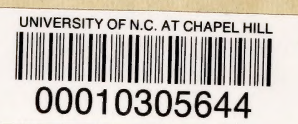
Samuel Darío Maldonado

TIERRA NUESTRA

(POR EL RIO CAURA)


LITOGRAFIA DEL COMERCIO
TIPOGRAFIA
CARACAS
FABRICA DE SOBRES


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00010305644

SAMUEL DARIO MALDONADO

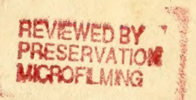
Tierra Nuestra

(Por el río Caura)

Con un vocabulario



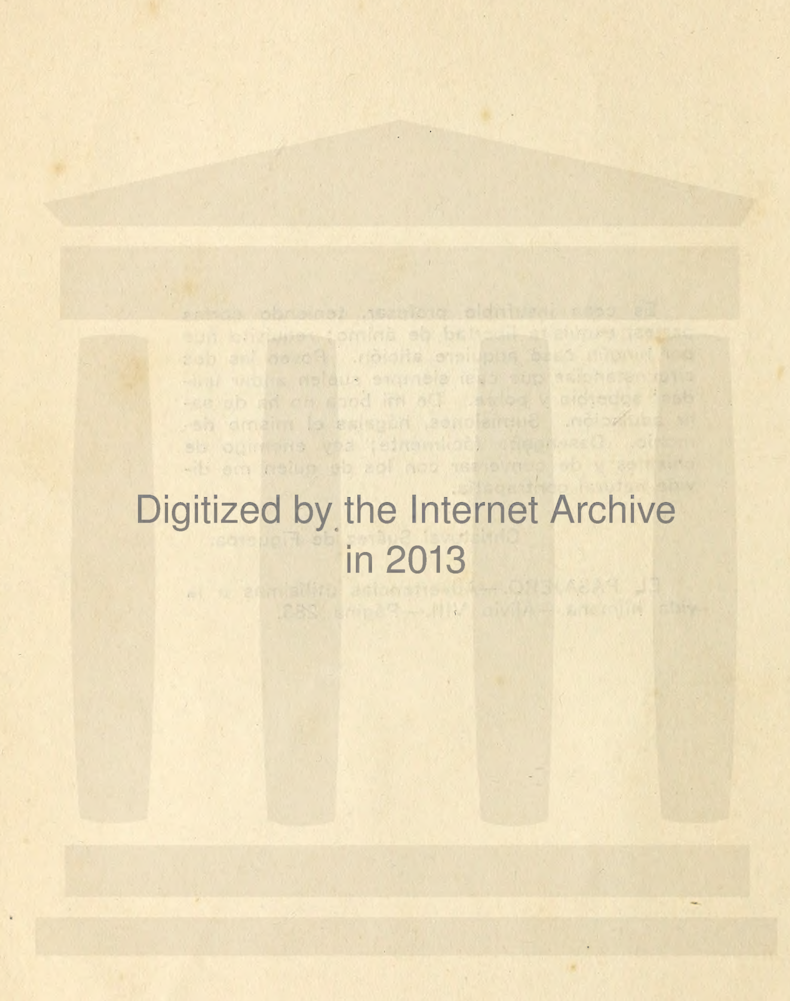
Caracas
Litografía del Comercio
1920



Es cosa insufrible profesar, teniendo cortas partes, exquisita libertad de ánimo; requisito que por ningún caso adquiere afición. Poseo las dos circunstancias que casi siempre suelen andar unidas: soberbio y pobre. De mi boca no ha de salir adulación. Sumisiones, hágalas el mismo demonio. Desengaño fácilmente; soy enemigo de chismes y de conversar con los de quien me divide natural contrapatía.

Christoval Suárez de Figueroa.

EL PASAJERO.—Advertencias utilísimas a la vida humana.—Alivio VIII.—Página 283.



I

Pero ¡qué cambiado le parecía todo aquello! Por la avenida del Orinoco apenas uno que otro paseante moviéndose bajo la sombra de los árboles. Tres meses antes, cuando llegaron, había como un hormiguear de gente: musculosos marinos margariteños, caleteros blancos y negros, mujeres criollas, mestizas, aindiadas, transeúntes en un ir y venir por las barrancas de la playa y por los malecones. Bongos, *falcas*, botes, balandras y *curiaras*, hasta un vapor de río estaba cargado esperando la hora de zarpar. La luz de los fanales, filtrada por entre las hojas de los samanes, mustia, opaca, igual a la de faroles de vejiga, con pestañeo de ojos con ceguera. La población dormida o preparada para ello. Enfrente de un *botiquín* modernizado, donde había unas cuantas mesitas solas, un señorote cogotudo, vestido de blanco, parecía atrincherado tras un jarro de cerveza. Kalunga se le fué acercando. Ah! Ya caigo, se decía para sus adentros, es un amigo, el *jurungo* amable y complaciente que me despachó esta mañana la última factura en la casa de Rosemthal & C[a]. Y se le arrimó más. El alemán parecía embebido, y acaso con razón, en algún sueño brumoso de su país de origen: agachada y apoyada la barbilla sobre el puño del bastón donde asentaba una mano sobre otra, levantó la cabeza cuando sintió los pasos de Kalunga que le espetaba unas buenas noches a quema ropa.

—Buenas, amigo, muy buenas noches. Siéntese. ¿No me acompañaría usted? Cuándo se embarca? No era esta noche?

Ante aquella andanada de preguntas, Kalunga que tenía ganas de encontrarse con alguien, hasta con un sablista de oficio, o con un pedigüeño de nacimiento, asió una silla, la retiró un poco fuera de la mesita y se sentó dispuesto a contestar de cacho a rabo el interrogatorio.

—Ah! Sí, cómo no; me voy en la madrugada, cuando salga la luna, y si usted no dispone otra cosa.

—Pero, bien, antes de todo ¿qué toma usted? Esta cervecita criolla, que han empezado a fabricar aquí, aunque la siente úno en los labios como gruesa, como cruda, si no la descomponen o la adulteran después, me parece que no es tan despreciable.

Y volviendo la cara al *botiquín* y apurando el resto del bock, llamó con su marcado acento tudesco:

—Hombre! muchacho, traiga dos vasos más.

Y continuó:

—Conque la luna, eh? Ajá! Eso de la luna, me costó trabajo aprenderlo, recién venido. Yo no me podía imaginar que se necesitara de ese farolito para navegar de noche.

—Pues, así es, y mucho que se ha menester, Don Guillermo. El servicio de ese faro es de tal naturaleza que si nos falta o se nos apaga en un momento dado, el vapor, cayuco o lo que fuere, se revienta las narices contra el primer tronco o pedrejón que tope, y santas pascuas. Adiós, paloma turca! Ni yo le vuelvo a ver la cara a usted, ni usted a mí la lámina, ni le pagamos los *corotos*. De noche, en estos meses de verano, navegar en el Orinoco, o en cualquiera de sus hijos, es un suicidio. Cada vez que lo hago voy con el pelo erizado, y me encomiendo a todos los santos y santas del almanaque, a las once mil vírgenes, y ni por esas las llevo todas conmigo.

—Ah! Sí es verdad. Yo conozco muchas historias de barcos que se trabucan con los *corotos* y tengo por eso muchas cuentecitas sin cancelar todavía. Y también conozco de cuando se trabucan los *corotos* y no las *curiaras*. Y se sonrió.

Y Kalunga, atajándose una risa, dijo:

—Tal cual *carro* que no falta, de todo hay en la viña del Señor, y vaya lo uno por lo otro.

Empinaron los jarros. Don Guillermo, como casi todos los hombres de fuerza hercúlea, gustaba mucho de hablar en

diminutivos. Para él, caballito, mujercita, hombrecito, etc., etc., eran como cachivaches muy pequeños, fáciles de destripar con las manos. En el almacén se contaban algunas anécdotas de su vigor muscular. Aunque manso como un borrego, bien hablado, expansivo y cariñoso, siempre inclinado a oír reclamos, atender necesidades y prestar servicios, no toleraba jamás una falta de respeto o de educación. Cierto día en que de muy buenos modos le hizo una observación a un caletero marrajo, gran conversador y que de costumbre mañoseaba en el trabajo, por malos de sus pecados dejó salir un aliño fuerte y el alemán volviéndose con una agilidad nunca esperada en un hombre de tanto peso y volumen, lo agarró por el cinturón, lo levantó en vilo y lo alzó y recostó contra la pared, diciendo con una voz estentórea:

—Hombrecito grosero, no se le vuelva a ocurrir otra vez.

Y lo apretaba de tal modo que el corpacho de aquel peón (según propia referencia) sintió crugir todo el maderamen de sus huesos, y cuando lo soltó no pudo tenerse en pié y fué tambaleando y trastabillando hasta dar con su bulto de carne en el suelo.

Don Guillermo al oír lo último de Kalunga, sintió el aguijón de la avispa:

—Con tal que no se ahoguen ni ustedes ni la sarrapia ni su gente, aunque el barquito se vaya al fondo del río a negociar con rayas y *tembladores* y en las orillas con los caimanes.

—Pero es lo que no sucede nunca ni por chanza, Don Guillermo. ¿Ignora usted que cuando se voltea una de esas cáscaras en que navegamos es de súbito, como una *totuma* que se vuelca boca abajo? Los bogas que se han escapado, pintan gráficamente el caso, diciendo que el chirimbolo les quedó de sombrero, pero sin alas. ¿No sabe usted ni le han contado tampoco, que no se salva ninguno de los que caen en este charco? Y señalaba el Orinoco.

—Eso también si no es verdad me lo supongo, como que los reptiles y otros bichos bravos no les dan tiempo de chapotear ni de beber agua siquiera. Mas por lo visto creo salva la facturita de usted ¿no le parece?

Y asociando repentinamente la factura con el comercio, y el negocio con la sarrapia, torció la conversación añadiendo:

—¿Y cómo va la cosecha? ¿Les faltan o les sobran brazos, no tendremos recogidos unos diez quintalitos hasta la fecha?

—A decir lo cierto, Don Guillermo, nosotros tenemos bastante sarrapia para cumplir nuestros compromisos, embolsillar unos bolívares y salir de trampas. La peonada no falta. La dificultad consiste para la gente bisoña, no en la recolección, porque hasta los muchachos llenan sacos y cestas, sino en la machucada o abertura de la fruta para extraer la almendra. Los peones que no son prácticos, por más que se interesen, es muy poca la cantidad que sacan al día. El tiempo se les va sin utilidad alguna y las provisiones se consumen en un abrir y cerrar de ojos, sin reposición, por supuesto. Si usted los viera! Con una piedra machuca que machuca la sarrapia sobre otra piedra, y las nueces como si tal, son tercas, no se dejan romper sino cuando les da la gana y los pobres se magullan los dedos y las uñas, se ensangrientan las manos, se estropean de lo lindo, desde que sale el sol hasta que anochece, y todo por unos kilos, cuando son kilos y no unas *buruzas*.

—Pero, bueno ¿y no me dice que tienen bastante gente? Otros también me han asegurado que en este año han ido muchas familias trabajadoras del Guárico y de otras partes. Lo que es por obreros, entonces...

—Sí, eso es la pura verdad, cimarronera no falta, a Dios gracias. Pero ahí está el busilis: las provisiones nos cuestan un ojo de la cara. (El tudesco picado de nuevo se sonríe). Y nosotros no hemos inventado, aunque lo buscamos como palito de romero, ayúdenos usted, un método para cerrar a tanta boca el apetito. Las ganas de comer están en razón directa de las provisiones: mientras más víveres, peor. Yo he deseado hasta que se les caigan los dientes o se les inflamen las mandíbulas. Otra cosa fuera si pudiésemos aspirar al resultado de aquel guasón de marras que no harponeaba una *locha* en el bolsillo, que si lo levantaban de los piés y lo sacudían no solamente no se le rodaba un palo de fósforo de la faltriquera, pero ni siquiera picadura, y que entre ceja y ceja maduraba el proyecto de casarse, porque el hambre repartida entre dos, toca a menos.

Don Guillermo se sonreía, se sonreía socarronamente y le renovaba los besos al jarro. Kalunga se desguitarraba:

—Cuando la sarrapia vale mucho, valen muchísimo la sal, la manteca, la carne, el papelón, y páre de contar. Los comerciantes nos tiran a la cara y dicen que yerran cuando nos pegan en el ojo. A ese paso la vida es un soplo, con esa serenata quién duerme, nos sale lo roto por lo descosido. Y ustedes los del gremio, tan desprevenidos, tan maniabiertos que son para fijar los precios.

Y esperó el efecto, y aprovechó la ocasión para continuar:

—¿No es usted el que calcula las facturas? Los encauchados, las escopetas de uno y de dos cañones que llevamos, las pusieron por las nubes, y Bocayuba por la precipitación del viaje no se fijó de pronto para exigirles una rebaja. Lo vinimos a saber tres días después de marcha cuando leíamos y ordenábamos los papeles, cuando ya era clavo pasado.

—Ah! Sí, yo no calculo. Hace mucho tiempo que me quitaron esa diversión; son otros los que desempeñan ese oficio ahora, pero no se nos pasan por alto las molestias y engorros que puedan suceder.

Kalunga fué al punto el que sonrió, y de veras logró el esfuerzo para detener una carcajada que le retozaba por abotonar.

—Conque ustedes añaden a la cuenta que nos podemos trabucar? Entonces para cuando salgamos ilesos, le suplico un descuento de consideración, porque yo no estoy dispuesto, ni mi compañero tampoco, a beber agua sin ganas ni a que nos quede una *curiara* de paraguas o de cobija ni a dejar el pellejo en las arenosas soledades del Caura. O no vaya a suceder, Don Guillermo, que usted haga el cálculo de aquel honesto comprador de volatería que afirmaba a pié juntillas que una gallina enteca, flaca, y a veinte pesos, no era cara... porque no la pagaba nunca!

—Juá! Juá! estalló Don Guillermo en una risotada que le retuvo el último trago de cerveza en el gaznate y trató de írsele o se le fué por el camino viejo, pues el acceso no sólo fué largo y por sacudidas, sino que estuvo también acompañado de toses y estornudos. Y después de usar en la boca y en las narices un pañuelo a cuadros, de buen tamaño, reanudó la conversación:

—Es usted un gran amigo, ya me lo sabía, y para echar cuentos nadie le gana. Vamos, es temprano, ni siquiera han sonado las diez. Repita, repita el jarrito y hablemos del otro joven, que si no me engaño, es digno compañero suyo. ¿De dónde son ustedes?

—Para confesarle lo cierto...

Aquí lo interrumpió Don Guillermo para exclamar:

—Hola! muchacho, hombre! repítanos dos cervezas, ligero, mueva esos adobes.

Y en voz baja añadió:

—¿No ha observado usted que a los que nos gusta la cerveza experimentamos un fenómeno singular?

—En realidad no sé, no me he fijado, soy un poco recluta en eso.

—Pues fíjese: mientras más bebemos, menos se nos apaga la sed. Siento como que me rasca la campanilla. Empiezo por un vasito chiquito, poco a poco, y cuando voy por tres o cuatro, tengo que mudarme para los grandes, para los *pumpás,* y cuando alcanzo a los diez de éstos, me encuentro *finito,* como al principio, con la misma sequía, ni más ni menos.

Kalunga sintió que el tudesco también conservaba por dentro, allá en las profundidades de su hombría de bién, de su gravedad y de su grasa, un algo de sal para aliñar los ratos insípidos de la vida.

Y servidos los nuevos vasos, no se hicieron esperar en el *prosit,* y en acercarlos al hocico, cual diría un llanero apureño.

Y reanudó sus fuegos Don Guillermo:

—¿Pero en dónde, pero en dónde estábamos? Con el estornudito se me espantaron las ideas, también aseguran algunos que se nos aguan con el mucho líquido y lo que es por falta de él no dejarán de anegarse, y si no, yo las zambullo y las baño.

Kalunga le apuntó:

—Habíamos llegado a mi compañero, y a que de dónde éramos. Pues para no engañarlo, nosotros somos dos angelitos, aunque no muy pichones, mi compañero es de por allá lejos, de aquellas montañas que llaman de Los Andes, y yo de por ahí, del centro, ingerto de carabobeña y caraqueño.

—Quedo bien enterado, respondió con sorna Don Guillermo, ya tienen alas, no creo que se vayan a caer del nido. Pero vamos, en fin, hablemos algo serio. Por el atoro no le había preguntado cómo quedó su compañero.

—En ascuas lo dejé, para hablarle en plata. A estas horas estará pensando en la apremiante necesidad de mi regreso, en tanto que yo aquí muy cómodo, repantigado en una silla, alrededor de una mesa, al fresco de la alameda, en compañía de un buen amigo alegre y trasnochador, me divierto de lo lindo y me olvido de las estrecheces y amarguras que pasa nuestra gente por falta de municiones de boca. Carecen hasta de sal, por no habérsele ocurrido al que hizo el mundo formar por allá otra Península de Araya, pues entonces la sacaríamos hasta con las uñas...

—¿De manera que la cosa es tan peliaguda? Yo creía que por allá podría haber escasez y hasta penuria, pero no miseria y hambre. Como que no es tan lejos para rebuscarse algunos víveres en la vecindad.

—¿Qué no es tan lejos? Pues allá de seguro están con los dientes largos de tanto bostezar y esperarme.

—*Donnerbetter!* Pa su viejo.

—¿Qué no es tan lejos? Eso dependen del lugar en que úno se sitúe. Nosotros, como la cabra coja, llegamos de los últimos a sacar los permisos y por eso nos tocó muy arriba, muy arriba, tan arriba que acampamos en las islas, al pié del Raudal de Para.

Don Guillermo, a quien no le era posible apreciar aquella distancia, escuchaba atentamente y de rato en rato daba unos buenos chuponazos al jarro.

Kalunga proseguía, después de encender su sexto o séptimo cigarrillo, que en esto sí no era bisoño ni haragán:

—Mire, Don Guillermo, para remontar el río hasta las islas *sarrapieras* se gastan días tras días. Un nadador que iba conmigo en el primer viaje me aseguraba que para llegar a nuestro sitio era necesario bogar mucho, mucho, sin pereza, con empeño, hasta hacer espuma con los codos, por no mentar otra cosa. El vapor en su viaje ordinario no entra al Caura, deja a los pasajeros en Las Bonitas y tenemos que trasbordar la carga a nuestras embarcaciones, comenzar la subida como

agarrados a un mecate, que se cobra, se encoge y se vuelve a cobrar y no termina nunca. Además, y para colmo de fastidio, tampoco podemos navegar de noche: anclamos al obscurecer en una playa para aderezar la comida y para que descansen los remeros. Amaneciendo, recomienza la marcha sin detenernos a derechas en ninguna parte, a no ser por avería o necesidad imperiosa.

—¿Y de día ayunan? Ya los voy considerando, pero no sabía que fueran tan cumplidores del precepto.

—No siempre, aposta la tripulación reserva parte de su ración de la noche y por la mañana se la engulle en frío, antes de coger los remos. Siempre, por supuesto, no falta la tacita de café, de ese que le hace brincar a úno el estómago, de puro fuerte o de puro cerrero.

—¿Y se puede resistir así? Me parece muy poco y escaso combustible para una brega tan ruda. Yo creía que esa gente se cuidaba mejor o movía el molino de los dientes más a menudo.

—Ni mejor ni peor. Eso también tiene sus bemoles: individuos hay que van masticando sin saber úno de dónde sacan los bocados. Por lo regular no se alimentan mal ni con cicatería. El hábito influye en hacer una o dos comidas, y si es única, la recargan demasiado: entonces no comen sino tragan o devoran con una ligereza y avidez que espantan. Las ollas de carne o de pescado, con legumbres y granos, o sin éstos, desaparecen en lo que se persigna un cura loco. Luego asientan con agua, porque lo que es cerveza, Don Guillermo, ni a tiros. De sobremesa fuman, mascan tabaco, charlan un poco y se tienden patas arriba, como troncos, sobre la arena limpia o sobre sus cobijas. Minutos después, no se escucha sino un solo ronquido cadencioso, formado de todos los ronquidos de la tripulación.

—Usted me entusiasma con esas pinturas: yo sería capaz de emprender un viaje a esas regiones, lo acompañaría de buen grado para ver esas costumbres, para sentir algo nuevo. Hace bastante no salgo a ninguna parte. En otro tiempo iba los días de fiesta, por allí, por los alrededores, a cazar aunque fueran torcaces. Pero ahora, nada. Llevo una vida de modorra. De mi casa al almacén y de éste a mi morichal. Bien es

verdad que allá dispongo de todas las comodidades que se pueden apetecer aquí. Sin embargo, esta vida monótona de mostrador y de oficina nos vuelve neurasténicos.

En ese momento una pareja de hombre y mujer poblanos, pasaron hacia arriba, en dirección de la Aduana y se detuvieron en el trecho a hablar, no muy lejos, con otro individuo que bajaba. Kalunga los observó y murmuró.

—El que viene como que es el patrón de mi *falca,* ya se están acercando y reuniendo los marineros porque pensamos madrugar. ¿Qué hora tiene, Don Gillermo?

—Oh! Es muy temprano, y se miró el reloj-pulsera que llevaba en la muñeca izquierda. Las once y un piquito. Quién se acuesta a las once, en una noche tan fresca, para ir a soportar el calor dando vueltas en la cama?

—¿Y usted habita dos casas, aquí, en la ciudad, y en el *morichal,* o es que se va a pié cuando piensa recogerse?

—No; me viene a llevar mi sirviente en un quitrín. Mi única propiedad es un *morichalito.* No resisto sino allá: he sembrado muchas matas, la arboleda está muy tupida, me he encariñado con mi rancho, y así puedo vivir en este horno. Míre usted, cuando vine me puse tan flaco que parecía que toda la grasa de mi cuerpo se había derretido con los treinta y cuatro grados fijos de que gozamos todo el tiempo, si se exceptúan los meses de fin y principio de año.

El individuo que descendía, y que resultó ser en realidad el patrón, venía fijándose en los dos dialogantes y cuando reconoció a Kalunga, se detuvo a corta distancia y le dijo:

—Para las dos y media o tres de la madrugada estamos listos.

Y siguió contoneándose por la orilla del malecón, con rumbo hacia la *falca.*

—Está bien, le contestó el interpelado: que no vayamos a salir con que a la hora precisa falta un boga, porque lo dejo en tierra, aunque relinche.

Y el patrón volteó la cara y contestó:

—No tenga cuidado, que ya por las orejas los saqué de Santa Justa (*) y arrié pa la playa.

Y desapareció al punto por la peña abajo.

(*) Barrio de las parrandas en Ciudad Bolívar.

Don Guillermo observó su jarro vacío, y pasaban de media docena los grandes que habían corrido la misma suerte, mientras su acompañante a mucho estirar iba por el segundo, y manifestó aquél con naturalidad teutónica:

—Todavía hay tiempo; el sirviente no viene; ¿repetimos o nos *canchamos* el gorro de dormir? (*)

—Por mi parte, lo que usted quiera. Tal vez en lo del gorro no lo acompañe: para mí el wisky, el brandy o cualquier otro licor es un barbasco, un menjurje infernal, un veneno. Me hacen echar llamaradas de candela hasta por las narices. Lo único que bebo y en muy pequeña cantidad, como lo ha palpado, es la cerveza. Esta noche, por lo visto, tenía que echar una cana al aire. A un hombre como a usted no se le afrenta ni se le deja solo, hay que hacerle el dúo aunque se desafine. Pero ahora el turno me toca a mí; no crea que porque estamos internados en los matorrales del Caura y atollados de deudas hasta las orejas, me ha de faltar para corresponder a un amigo.

Y concluyó, alzando la voz:

—Ea! garzón: tráigame una cerveza más. ¿Y para usted, dirigiéndose a Don Guillermo, qué le gustaría?

—Pues, a mí una cervecita, yo no lo contrarío; el gorro me lo pondré después.

—Garzón! son dos cervezas, por mi cuenta, reanudó Kalunga.

En el intertanto, y hablando recio, salían de las encrucijadas de Santa Justa, por la esquina del *botiquín,* dos hombres que a la legua pregonaban el desequilibrio de sus piernas por los columpios que hacían. Kalunga inclinó un poco la cabeza hacia adelante para distinguirlos con precisión, y una vez logrado su objeto reconociéndolos, le indicó a su interlocutor:

—Vea este par de pájaros para una jaula de policía: son marineros de mi *falca* que están haciendo lo mismo que nosotros, con la diferencia que ellos se trancan de juro y usted y yo nos medio trancamos.

—Ah! Sí, cómo no, mascullaba Don Guillermo mirándolos. De veras se les ha pasado la mano, como que no podrían pasar un puente de una sola viga ni hacer la pata de gallina.

(*) Night-cap: Gorro de dormir, último trago.

—Ni tenerse en las propias pantorrillas, Don Guillermo. No es la mano lo que se les ha pasado, es que sin atorarse, se han pasado las botellas.

—Y también su patrón, a lo que se ve por la muestra, es muy buen arreador.

—Magnífico peón de llano. Lo voy a contratar para el hato: se imagina que echa por delante todo el ganado y sin percatarse se le quedan *cachilapos* atrás.

—Dígame usted, si a la hora de freir los panecitos faltan tres o cuatro remeros, ya vamos a estar listos. El patrón como que no iba haciendo eses, pero sí viendo estrellas.

—Marineros en tierra en una sola noche se desquitan de un año de abstinencia. Marineritos que se divierten y parrandean. Aquí hay veces en que se riegan y ni con cuchara los capitanes de barco los pueden recoger en una semana. Pobrecitos! Se vengan de los malos ratos y de las tandas de zancudos del río. Déjelos, no los fastidie. Ellos no echan las canas al aire, como nosotros, lo que echan es el mareo de ron por la cabeza.

Los dos marineros les pasaron por la orilla, deletreando con las zancas la misma letra del abecedario y se encaminaron a la barranca. Don Guillermo se sentía con el trasiego de cerveza, como dicen, en la tónica. Y a Kalunga, por más que se había aflojado el cinturón, le ahogaba esa sensación de llenura que producen los líquidos embaulados con exorbitancia. Sin embargo, los humos del brebaje alemán no se le encaramaban de una vez a la cumbre del meollo, el alcohol hacía sus efectos a dosis mínimas. Como que pensaba con más lucidez y las palabras no se le detenían ni enredaban en la lengua: atento siempre y en toda circunstancia a sostener la conversación empeñada, por deber y por cortesanía. La imaginación se le alejaba hacia las ondas y márgenes del Caura, donde a esas horas su compañero y amigo estaría en el chinchorro, no meciéndose risueño y alegre, divertido como él, sino tal vez desvelado, cohibido por la zozobra de aquella penosa situación en que lo dejó diez o doce días antes. Y rumiando estas azarosas aprehensiones, se le soltó, casi sin percatarlo:

—Qué de cosas, Don Guillermo....

El empleado de Rosemthal & Cª, por esta brusca salida sorprendiendo, y adivinando acaso los torvos pensamientos que asaltaron a Kalunga en aquel instante, se apresuró a decirle:

—Pero su compañero Bocayuba no es un hombre a quien se le agua el ojo. No lo cree usted así? Me han asegurado los que lo conocen mejor que yo que, es un hombre de monte, aunque nacido y educado en las ciudades.

—Seguramente que sí. No le quede una chispa de duda, no es un *patiquín* ni yo tampoco, perdóneme la inmodestia; se engañan de medio a medio con nosotros si se imaginan lo contrario; cuando nos ven por allá, de blusa y pantalones arrollados, saben a qué atenerse. No se le enfría el guarapo ni se arredra por los contratiempos, pero el caso actual es más peliagudo: ahora es suya la responsabilidad de sostener a una multitud de personas y estas personas tienen muchas bocas (incluyendo las de las mujeres y los hijos); y esas bocas con dientes terminan en unas fauces que no están desganadas ni cosa que lo parezca. Supóngase usted, que con la manera discreta y generosa de tratar la gente, se han ido muchos jornaleros de otros lugares para nuestra ranchería, sin embargo que él ha buscado con esmero y encontró, por entendido, el modo de emplearlos en la recolección de sarrapia, aquel montón de cimarrones, en un mes escaso, se nos ha convertido casi en una colonia en forma. Piensa aprovechar la circunstancia y fundar un pueblo, hasta repartirles lotes de tierra bien alinderados, hacer al Gobierno las solicitudes correspondientes, desmontar, sembrar, cultivar toda clase de frutos menores, hacer algo, en fin, que tuviera el cariz de ser la base de la futura población de ese magnífico río, tan desconocido y abandonado por nosotros y que guarda tesoros de vegetales y de minas que no somos capaces de sospechar ni disfrutar por ignorantes. Y aquello se puede decir que es hermoso con toda la boca. No se le puede pintar a nadie lo que es la región del Caura: es necesario ir, verla, sentirla, palparla, como lo estamos haciendo nosotros, para estimar en lo que vale aquella naturaleza exuberante y virgen. El Caura, el Caura, hasta su nombre es eufónico, atrayente, sugestionador, como que al-

berga el imán de lo ignoto y lo lejano, de la grandeza y del misterio.

Don Guillermo, boquiabierto, alelado, suspenso, se hacía todo oídos para que no se le escapase ni una letra, ni una sílaba de aquel arranque patriótico y entusiástico de Kalunga.

Y continuaba:

—La belleza de este país no se columbra ni por asomos cuando se vive en casas obscuras y achatadas, en camaranchones altos o bajos, separados por calles estrechas, desiguales y tortuosas, mal barridas y de ordinario mal olientes también. De este defecto cojean las ciudades chicas o grandes, populosas o nó, del interior o de la costa, capitales o no capitales, y como no hay sistema de alcantarillado en la verdadera acepción de la palabra, de drenaje, o como dicen pomposamente los periodistas de la morralla, *red de cloacas;* como la mayor parte carecen de acueducto o tienen uno insuficiente, o conservan los antiguos aljibes, de modo que, si surten de agua la cocina, falta para el baño, para los búcaros, cuando no para lavarse la cara, y eso que por añadidura es sin filtrar o impotable y a veces no hay por días ni semanas enteras, cuando se vive en estos lugares, por más que lo vociferen, no se puede juzgar a Venezuela. Como el W. C. es una prenda de lujo en la mayor parte de las habitaciones, pues apenas hay pueblos donde se sepa usar y mantener aseado, y en fin, comenzando por el pavimento, que por lo regular es un empedrado con huecos y hoyos, estilo colonial, o una moderna pasta de concreto, fábrica de polvo para estornudar o distribuir catarros y concluyendo a la ligera por los productos alimenticios que, si bien se mira, no tienen de tales sino el nombre, excepción hecha de los enteramente criollos que no saben adulterar, si por las faltas o delitos de higiene se nos fuese a castigar o se nos propinase un lapo por cada uno, de la mañana a la tarde no nos quedarían con seguridad costillas sanas o pegadas al espinazo.

Don Guillermo abrió el paraguas para escaparse de aquel chaparrón. Mas no chistó ni pestañeó siquiera. Estaba aturdido, anonadado con la franqueza y verdadero y legítimo patriotismo que borbotaban las palabras de aquel muchacho.

Prosiguió en el mismo tono impertérrito:

—Yo prefiero el bosque, la selva, el monte, a esa clase de aglomeraciones que van creciendo y desarrollándose como inmensos viveros y almácigas de enfermedades contagiosas. La tisis, la tifoidea, la *lúes venérea* y la lepra... y chupe que se le apaga, que esas euménides forman el cortejo implacable de todas nuestras poblaciones. Y los habitantes lo ignoran o lo olvidan o hacen la vista gorda o dicen con un desparpajo insolente: " el que venga atrás que arrée!", y este grito de la tradición errada, de la crasa ignorancia de todos los tiempos, lo vemos cumplir como una profecía. Sí, ya estamos arreando, los hijos de todos aquellos que no se preocuparon, por ignorancia o por inercia, de las verdaderas e implacables necesidades de la nación.

Kalunga exaltado más que de costumbre, se producía a borbotones, se puso de piés y accionaba. El teutón con su característica pachorra, lo miraba de hito en hito. A vuelta del último párrafo, el orador, sentándose, tomó la palabra de nuevo:

—La verdad es amarga al paladar y arde como una quemadura sobre la piel. El ambiente malsano que respiramos y que nos circunda, es inaguantable, nos queda como una herencia de malos hábitos y lo sostenemos como una reliquia del pasado mantenida por nuestra ignorancia. Y todos alzan la voz desaforados: " inmigración, inmigración, brazos, muchos brazos, eso es lo que nos falta, eso es lo que nos salva!", como si los inmigrantes o sus conscientes gobiernos no sintieran en dónde les aprieta el zapato. ¿Quién deja de largarse a los Estados Unidos, Australia o Argentina, para venir al trópico a caer en la trompa de los *zancudos* o en las fauces de las amibas? Quién o quiénes? El expulsado, el vago, el agiotista, el especulador vulgar, el solapado tramoyista, el malhechor, el cayenero, y no me aleguen excepciones, los reos que han cumplido su condena, los desesperados y locos de atar; y todas esas palomitas sin hiel se tiran de cabeza por un peñasco diciendo que se dan un baño de rosas o se comen un brasero y no beben agua y se saborean como si fuera un panal. Inmigración, inmigración! A otro perro con ese hueso, me acordaré mucho de eso, y les mandaré el retrato, como enuncia un remoquete vulgar. Y no se cansan de gritar a voz en cuello, en

todos los tonos: "hay que sanear a Venezuela", como si con esto expresaran una verdad inaudita o resolvieran la cuadratura del círculo, como si no supiera la gente de criterio que la salud de un pueblo es la piedra angular de su prosperidad y engrandecimiento. Sí, es preciso sanear al país, estamos de acuerdo, ¿quién les sostiene lo contrario?; pero el saneamiento no se efectúa con articulejos insulsos de periódicos más insulsos y desacreditados aún, ni con sentencias y teorías de académicos de la lengua, ni con discursos o fórmulas de médicos, ni proyectos ni conferencias de caza-sueldos o vividores de la ralea. Ni con opiniones de señorones de *pumpá* y de levita, que porque gastan canas y barbas largas se creen autorizados para que se les respeten sus torpezas y necedades de cerebros reblandecidos. El saneamiento se lleva a la práctica con mucho ingeniero de músculos morales y físicos y que sepa del oficio, y con mucho peón sin pereza y adiestrado, y con mucho dinero, eso sí, pero mucho dinero bien gastado. ¿Qué médico, de capital o de parroquia, por trasnochado que esté, y por ayuno de conocimientos profesionales que se halle, no sabe a esta fecha que el paludismo lo trasmite un *zancudo* y la fiebre amarilla el de patas rayadas? ¿Ignora acaso la mayoría de los borleados, pertenezcan o no a un cuerpo colegiado y llámese éste cualquier cosa, verbigracia, academia o sociedad de médicos, que los gérmenes de la disentería, de la tisis, de la lepra o de la sífilis, son un hecho tangible y que fueron descubiertos y observados en tal o cual tiempo por este o aquel investigador? Solamente la petulancia y la presunción son las que no saben nada, absolutamente nada, y sólo los farolones de vejiga son los que menos alumbran. Pero convénzase usted, con humo no se asan jojotos, con el microscopio no se sanean ciudades ni mucho menos naciones. Salga de las cuatro paredes de su laboratorio, recoja sus *macundales* y vaya a matar *zancudos* con el microscopio, le dije en cierta ocasión a un médico. Así no lleve suficientes peones para desaguar o el petróleo necesario para verter en los charcos; así no extinga o suprima en una o en otra forma los criaderos de anofeles y de otros bichos iguales; así no los busque y rebusque dentro de las zanjas y yerbajos, como perro cazador; y verá lo que saca: lo del jumento que escuchaba el sermón, que des-

pués de oírlo con el mayor cuidado, por aplauso no rebuznó, como lo que era, como un burro, porque le tuvo respeto a la concurrencia. Sanear, higienizar: bellos, magníficos voquibles; yo sospecho que Sancho Panza los usó también; maravillosos si surgieran de buenas, patrióticas y abnegadas gargantas. Mas expulsados por labios que yo muy bien me sé y los conozco más que a medio *chimbo,* que no son sino puertas sin quicio por donde escupen la envidia y la hipocresía, y la ignorancia y la mala fe y la ratería, esa mágica palabra que necesitamos se cristalice en realidades palpables, no es sino una farsa, una mentira, una vascosidad. Por eso, amigo Don Guillermo, dispense, y a pescar a otro charco: al Caura, al Caura, donde hay un volumen de agua que no está contaminada por ningún detrito lugareño, donde sobra oxígeno sin mácula para saciar los pulmones y donde se encuentran riquezas a granel para los laboriosos o para los hambrientos.

Aquí llegaba el flamante y oficioso orador cuando se sintió el ruido de un carromato o de algo por el estilo que bajaba por las piedras de la calle, y Don Guillermo, aunque muy embriagado (no sin razón) y muy absorto en el discurso, levantó la cabeza un tanto doblegada, y distinguiéndolo, masculló:

—Ese es mi quitrincito, yo lo conozco por el chirrido; el muchacho y el caballo son más fijos que un reloj de pared. Ya es hora del gorro, en esto no me equivoco jamás; ¿nos lo ponemos, amigo? Ahora sí no le acepto excusas, porque me he puesto casi sordo.

—Pero tiene que atenderme la última y se lo agradeceré de todo corazón. Usted no necesita madrugar y yo sí; debo largarme apenas salga la luna. A usted ni lo echarán del almacén porque llegue a las ocho o nueve de la mañana, más o menos encandilado, y a mí no me perdonaría nadie, puesto que yo mismo en caso tal no perdonaré nunca la demora de una hora más en el viaje.

Y el quitrín llegó.

Don Guillermo al igual de todos los hombres de talla, peso y grasa, era muy recalcador, y errado un golpe lo repetía en la misma o en cualquier otra forma, como quien no dice

nada, como quien oye llover, y así fué como instó sin darse por entendido:

—Pues si no hay gorro habrá cerveza. A ver, a ver, garzón; aunque el amigo se niegue hágase usted el *musiú* y traiga cerveza.

Kalunga no rebatió. Con aquel acuñador era imposible la resistencia, y se entregó a discreción. Y volviendo la cara hacia el río, buscaba con los ojos la *falca* como el que trata de desprenderse de alguna garra, o salvarse de naufragio en una tabla. Allá, a lo lejos, en lo bajo, las luces de las embarcaciones ancladas parecían medio borradas por los húmedos vahos de la noche; y acá, en la alameda, tras de ser escasos los focos del alumbrado, centelleaban su parsimoniosa claridad como deseando apagarse. Y bebieron a un mismo tiempo. Don Guillermo todavía a tragos; Kalunga de una asentada, sin hacer un alto para respirar, se embutió sin ganas todo aquel líquido y limpiándose la boca, encendió un cigarrillo y manifestó:

—Espero sus órdenes para el Caura. Nos veremos muy pronto, si Dios quiere y le tendió la mano.

El germano se la apretó cordialmente, diciéndole: vaya un abrazo, pues; y al dárselo y repetírselo, murmuraba otra vez:

—Llévele uno también al amigo Bocayuba. *Aus vider schön*... (sin percatar se le salió la despedida en alemán) por lo que tuvo que rectificar: hasta volvernos a ver.

—Hasta entonces.

—Felicidad!

—Adiós!

Uno de los bultos se dirigió a la playa por el malecón, por aquel barranco coronado de mampostería; y el otro, no muy firme en los piés, subió al vehículo, que tomó el portante a lo largo del río para circunvalar la laguna por el dique en busca del *morichal*.

CAPITULO II

Tres días después y al crepúsculo, la *falca* se acostaba a la playa pendiente y pedregosa de Moitaco. Los bogas soltaron sus remos y saltaron a la orilla para estirarse, como dicen ellos. El patrón les advirtió que no se ajumaran, pues tenían que *tomar el banco* temprano. El cocinero dió principio a su tarea de montar las ollas en el borde del agua, donde empieza el arenal de la ribera. Kalunga, abotonándose el cuello de la blusa, miraba de pies sobre la popa, al grupo de casas, diseminadas en desorden por la peña, con paredes desconchadas o encaladas y techos de teja, que presentaba de lejos al divisarlo por primera vez, la apariencia de un bonito pueblo, y que en realidad de cerca era un pequeño caserío, sin movimiento, casi sin habitantes, siempre igual y solitario, siempre en silencio, siempre el mismo, siempre estacionario desde hace mucho tiempo. Por supuesto, mal de muchos consuelo de tontos, el defecto que apuntamos es aplicable con muy pocas variantes a todos los pueblos marginales del Orinoco, desde Ciudad Bolívar hacia el Sur. Y desde Atures hasta el Brasil, sólo hay que exceptuar a San Fernando de Atabapo. Entre la Colonia y la República el proceso de la población, valga la verdad tremenda, se ha decidido en favor de la primera.

El patrón ya para desembarcar le habló a Kalunga:

—Voy a dar unas vueltas a ver si encuentro conocidos, por aquí no falta a veces un margariteño desgaritado. Nos veremos a la comida.

Kalunga respondió:

—Está bien; le alabo el gusto. Yo me quedo por aquí, en los alrededores.

Y dicho y hecho, pisó tierra para encaminarse playa arriba, muy por la orilla. Hacia el poniente una floración de arreboles. Los matices delicados del azul se desvanecían en cromos plomizos, color lila, apizarrados en el horizonte. Lejanos lomos de serranía esbozados por encima de las selvas obscuras y apartadas. El río con el vaivén sonoro de sus aguas turbulentas. De cuando en cuando un casar de guacamayas que surca el cielo lanzando sus intermitentes y bullangueros chillidos en que parece modular la palabra, gua-cá, gua-cá! Pericos errantes y vagabundos en busca de sus nidos; hileras de gabanes o grullos cuellinegros dibujando majestuosos círculos por el cielo. Alguna bandada de torcaces que baten las alas con su ruido peculiar, como si diesen palmadas nerviosas de aplauso.

Las últimas lavanderas recogían sus cestas de ropa, la apoyaban sobre el cuadril y ascendían hacia las casas. Un mocetón aindiado, en mangas de camisa, arrollados los pantalones, con el agua hasta las rodillas, lavaba las mataduras sanguinosas a un jamelgo canijo y espeluzniento.

Kalunga se sentó sobre una piedra y en medio de aquel amodorramiento de los hombres y de las cosas, se veía envolver lentamente por las sombras de más en más espesas, de más en más opacas...

Siempre había gustado de permanecer solo, en aquellas horas de calma y de recogimiento, de buscar a veces la manera o achaques para que nadie lo viese al toque de la queda. Aun en medio de compañeros alegres, bulliciosos y vivarachos como él, en el club, en una reunión, en la ciudad, en el campo, se retiraba con un pretexto más o menos razonable para quedarse en silencio, para concentrarse en sí mismo; y entonces se iba a su casa, hotel o lo que fuere, sin que nadie lograra sustraerlo a su propósito. En aquellos instantes del véspero, se fué a paso de buey por la playa arriba, levantando de tiempo en tiempo la vista al cielo y murmurando los célebres versos de Don Andrés:

. . . . Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo:
cesó el trabajo afanador y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
al soplo de la noche; y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto
se ve temblar el viejo torreón.

Calló un instante. Se engolfó en hondas reflexiones. Aprendidas estas sugerentes estrofas desde niño, enseñadas por la madre, a través de los vaivenes de su vida joven, las guardaba como un manojo de cariño en el anaquel de sus recuerdos, se complacía en recitarlas melancólicamente. Continuó, moviendo apenas los labios:

Mira! Su ruedo de cambiante nácar
el occidente más y más angosta;
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
brilla el albergue rústico; y la tarda
vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante
y ya apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia y la choza y la alquería;
y a los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

Seguía al modo de quien mastica y rumia las ideas, meditando. Podían ser muy malos, todo lo malo que quisieran. Críticos hubo de aquende y allende los mares que sostenían con encarnizamiento que esos versos, junto con no valer un pito, eran una traducción más o menos servil. Valientes críticos de ojos y orejas de topo! Pero en cambio, aquellos que tánto alaban, a los que repican esquilones de inverecunda admiración, que son muy lisos, muy correctos, muy pulidos,

muy *chic* (palabreja que le retozaba en la lengua), muy fin de siglo, tienen la gracia de que no se agarran a ninguna parte por lo fofos, que por lo frívolos no se pegan a los oídos del alma, como los rememorados de Don Andrés. Con ser que había leído en varios idiomas muchos versos sobre el mismo tema: el atardecer, el toque de oración, el ángelus, el crepúsculo, especialmente crepúsculos, ningunos suplantaban en su sensibilidad a aquellos endecasílabos patéticos. Y prosiguió de nuevo:

Naturaleza toda gime: el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes.
Hé aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
quiere descanso y oración y paz.

Eran unos versos que se le habían impreso en la cera virgen de su alma, de su alma de niño, sin que la esponja de otros mejores y modernos lograra desvanecerlos o borrarlos. De dónde esta peculiaridad? de dónde esta inaudita resistencia? Estupendas poesías, ensalzadas en todos los tonos y por todas las lenguas buenas o malas, quiso retenerlas con empeño, atesorarlas con ahinco. Modas de tararear versos anticuados o recientes, a público y a cántaros, se sucedieron una tras otra como la peluca empolvada, la crinolina o miriñaque: capricho sobre capricho engendraron las molleras *atulampadas* de viejos y de jóvenes; y sin embargo era en vano que pretendieran desalojar a versos que como aquellos que acababa de musitar eran versos de verdad, versos de bardo, versos eternos, impregnados de poesía genuina y legítima. Los otros, los sin nervios, sin alma, desaparecen como pompas de jabón, eran nada o casi nada. Esos los llamaba un crítico malévolo de su tierra con un aire despectivo y amujerado: *versas*, versas hembras, y páre de calificar. De cierto no se adhieren a ninguna raíz de las moléculas de la inteligencia, gozan la vida de los insectos efímeros, hechuras ridículas del carnaval emotivo, lentejuelas y abalorios de relumbrón, cascabeles y contorsiones de payaso.

Sí. En materia de versos que le vinieran a él con dimes y diretes, a él que saboreaba en el idioma original a Burns, el escocés magnífico del canto a *La Cebada;* a Moore, el poeta y famoso polemista irlandés; a Gray en su elegía vesperal, rapsodia de canto mesenio, y para ser sincero, el único que podía compararse con los versos zarandeados de Bello. Y no era presunción; a qué presunciones ni orgullos cuando se trata de letras humanas! No era fanfarronería tampoco. El hambre devoradora de lecturas lo arrastró desde muy temprano a espigar granos literarios por todos los países, y estaba seguro que de los tañidos del arpa universal había escuchado los más preclaros y gloriosos, aunque fuera en traducciones, desde los persas Firdusi y Omar Khayyam, de tiempos remotos, hasta un poetastro cualquiera de nuestros días, era muy raro que se le hubiese escapado alguien.

Ni podía ni debía escapársele. El hecho era notorio. Lo aseveraba rotundamente y llegó a demostrarlo. Recordaba en ese momento que una vez tuvo una discusión acalorada con un *clubman, sportman, gentleman* y *cientificman,* sobre un poeta ramplón de actualidad, pero muy en boga, muy sahumado con toda clase de inciensos, hasta el de la necedad, muy engreído con su equipaje de ripios, puesto en pública subasta por todas las capitales de Sur América. Y como argumento el más contundente le lanzó cual una bomba explosiva: "me he leído seis o siete millones de versos de todas las lenguas y comarcas, de todos los tamaños y calidades, legítimos o falsificados. Poseo un arsenal de renglones cortos en mis estantes; viajo con una maleta atestada de producciones poéticas, entro a saco en las librerías modernas o de viejo y me adueño de cuanto centón se me pone al alcance de la mano. Leer versos para mí es un vicio como fumar o beber para otros. He tenido y tengo el valor de pasarle revista a todos los fabricantes que de ese estambre hay en mi tierra. ¿Quiere usted más? Pues a veces yo mismo me aplico a rascar la vihuela, no como aquel de quien dijo Horacio que medía con los dedos cuidadoso *de un verso vil las sílabas cabales,* sino a pura oreja, con estro o espontaneidad, con imaginación y rapidez y por consecuencia final, es lógico que me resten de tanta borrachera, algunos humos en la cabeza, algún sabor en el paladar, algún eco de

ritmo en los oídos". Ante aquel aguacero el contrincante no abrió el paraguas, porque no lo traía; mas para no quedar loco si llegara a repetirse, se dió por vencido.

Insensiblemente se había levantado. La noche avanzaba con su mudez y serenidad. Del caserío semiborrado por las sombras, a intervalos partían ruidos de animales. Algún relincho de caballo se derramaba por la atmósfera. Cacareos de las clásicas gallinas que se alborotan al trepar a sus chinchorros de matas de tártago; solos de jumentos que huelen el último y tal vez el primer bocado de yerbas, después de una jornada de hambre y de palos; y en los árboles de la barranca, transformados por las tinieblas en borrones de tinta, la final vocinglería de pájaros silvestres.

Se vino andando en pos de los compañeros. La obscuridad envolvía al caserío a la manera de una gran túnica negra que por rotos o intersticios dejase escapar algunos mechones de luz: ventanas de escasas habitaciones alumbradas que podían contarse con los dedos de la mano. El único faro era la fogata encendida en la playa por el cocinero de la *falca*. Alrededor casi todos los marinos, unos de piés y otros en cuclillas o sentados a la turca, iluminadas las caras por las llamas, aparecían silenciosos. Kalunga los observaba acercándose y para sus adentros se complacía en la actitud inocente de aquellos trabajadores que aguardaban tal vez con impaciencia, pero sin demostrarlo, la única pitanza de la jornada. Saludó con unas "buenas noches", al llegar y ver dentro del grupo una persona extraña que se le enfrentó como para dirigirle la palabra y contestarle, al mismo tiempo que el timonel enderezándose le hizo la presentación:

—Este señor viene en busca suya, hace rato que lo espera, es un . . . un. . . maestro.

—Sí, señor, asintió el forastero, me dijo el patrón Ortega, con quien me avisté en la pulpería, que hablara con usted. Quiero cuanto antes irme de cualquier modo al Caura; si no hay inconveniente, además de agradecerle el servicio, le abonaré el pasaje.

Ante aquella inesperada acometida, Kalunga en vez de vacilar, le repuso:

—Y hacia qué parte del Caura se dirige usted? si no es indiscreta la pregunta.

—De ningún modo. En la situación en que me encuentro hace más de tres meses, sin tener en qué ocuparme en este peñasco aburridor, soy capaz de quedarme en cualquier playa o recodo donde consiga trabajo y bienestar.

El caso era apurado por lo visto. Kalunga le echó un vistazo a la barca, para calcular si cabía un bípedo más, y satisfecho de su examen, no tuvo empacho en responderle a usanza de caballero:

—Con mucho gusto acepto llevarlo en nuestra compañía; el pasaje es lo de menos. ¿Usted sabrá las incomodidades de un viaje de esta naturaleza, no es verdad?

—Y muchas. Me sé de memoria lo que es un paseo en *curiara.* Se lo agradezco en el alma, aquí es muy fácil entrar, pero le aseguro que salir es casi un problema irresoluble: transcurren semanas tras semanas en que no hay embarcación ni riesgo de que atraque ninguna ni salga para arriba o para abajo.

Y esto diciendo, se agachó, escogió un tizón de los menos gruesos y lo levantó para encender un cigarrillo. Las llamas de la candela chisporroteaban alegres, la olla hacía gorgoritos, un olor provocante de comida en sazón se difundía por el circuito.

Kalunga con mirada de garza se fijó en el recién llegado cuando le daba en la cara la lumbre de aquel fósforo natural y estrafalario. Era bastante joven, de ojos pequeños, aguamielados y vivos, nariz semicurva y carilampiño; apenas tenía un bigote ralo, como patas de araña, con las puntas retorcidas hacia arriba. El color moreno aceitunado, de limón madurado a destiempo, peculiar de los habitantes de regiones palúdicas. La diestra mano (la sola que veía) estaba bien cuidada y con las uñas en regla. El puño ajado de la camisa blanca y limpia, por lo mal aplanchado, echaba menos la presencia del *compale* chino en la aldea.

Vestía una blusa de dril terroso, que pudo ser de color azulado en sus mocedades, bien cerrada en el cuello y por broche los inmancables botones blancos sin lustre, de piedra de *sapoara,* vieja moda guayanesa. Pantalón de la misma clase, bien perfilado. Estaba para concluir el inventario de la exi-

gua indumentaria del pasajero, cuando volvía a poner el tizón en la hoguera y soltando una bocanada de humo dejaba trasparentar en su semblante la satisfacción de haber logrado su objeto.

Se quedaron, pues, los zapatos que el narrador se los imagina de cuero marrón, y también el sombrero, que debía ser de fieltro aplomado o de pelo de guama, color de barriga de araguato y bastante gastado por el uso o las barbas del cepillo. Y no faltaba más cuando el pinche bajó la olla y cuando los congregados cerca del fuego sintieron a las espaldas trancos retemblantes y precipitados del patrón que llegaba acezando y con esa locuacidad que infunden los palos de *caña,* prorrumpió:

—Más vale llegar a tiempo que ser convidado. ¿Qué tal, señor Kalunga, como que no quiso recorrer el caserío? No le echó un vistazo?

Y tomándose esas familiaridades tan frecuentes en nuestro pueblo, le puso la mano en la espalda al visitante y añadió:

—El amigo Ramírez tenía que hablar con usted, ¿se entendieron? Es una buena persona, lo conozco desde hace mucho.

Los dos mencionados respondieron por turno. El maestro, porque a la legua se le conocía el oficio, con expresión de contento:

—Lo esperaba a usted solamente. Estamos arreglados. Facilíteme un muchacho para que me traiga la maleta.

Y Kalunga:

—Un viajero más que se arriesga a fastidiarse en nuestra compañía, que tendrá paciencia y santas pascuas.

Y otra vez hablaba el margariteño:

—Ahora después de comida — a los marineros — vaya uno de ustedes con el señor por los *macundales;* ¿y no gusta de acompañarnos?— mirando a Ramírez.— No es gran cosa la comida, pero la buena voluntad es la que sobra.

—Yo, por fortuna, ya pasé el susto, le contestó el pedagogo, muchas gracias. En estos pueblochos menea úno las quijadas cuando encuentra qué morder, o en qué utilizarlas, antes de obscurecer; se acuesta con las gallinas, es decir, muy temprano, y se levanta con ellas y con el gallo, antes de salir el sol.

Sonaron los platos de peltre y salieron a relucir como de costumbre, arrugados, desiguales, con descascaraduras en el fondo, así cual manchas de betún. El cocinero empezó a disponer los del patrón primero y después los de Kalunga, colocando en cada uno, a manera de montoncitos, pescado, arroz, carne frita, caraotas, y encima y por remate, pedazos de torta de casabe. Metió luego la mano en un cajón y sacó tenedores y cuchillos que no deslumbraban tampoco la atención por su buen estado y por su brillo, y que al verlos, manifestó Ortega:

—Mira, chico, eso para mí está demás, yo me bato a espuela limpia.

Y sin sentarse recibió el plato copetón que le tendía y se dió a la tarea de mover con diligencia la hélice de las mandíbulas.

Kalunga fué el segundo favorecido y con el plato en la mano miró a uno y otro lado buscando en qué sentarse, sin lograr conseguirlo, hasta que lo hizo en una piedra que le señaló el maestro. Los demás tripulantes no se quedaron atrás. En el silencio ninguno parecía atreverse a decir oste ni moste. Con la salsa del hambre de que habla Cervantes, es fácil le enmudecer hasta un orador de oficio. Kalunga desde las últimas palabras que pronunció el institutor, al excusarse de aceptar el ofrecimiento que le hacía el patrón, vislumbró que el nuevo individuo, aunque de la docena de propagadores de las luces o de las velas del alumbrado de América, como diría el irónico Don Simón Rodríguez, no era del montón adocenado, sino un hombre de cabeza, sacudida al menos por la disciplina de la enseñanza; de clara inteligencia, de chispa y de una regocijada conversación, lo suficiente traviesa para hacerle pasar buenos ratos en aquellas horas de murria, cuando metidos las horas largas, monótonas y pesadas bajo la *carroza* de una *falca,* encorvado o doblado el cuerpo como un anzuelo, por más esfuerzos que se hagan, y por amenas lecturas o chistosos libros que úno lleve, todo el optimismo y fortaleza de ánimo son capaces de abandonarnos y hundirse de desaliento y de tedio el corazón del hombre más valiente y resuelto.

Por las muestras, aquel andarín se le aparecía en momento propicio; y consecuente con sus teorías, lo consideraba un enviado de los Protectores invisibles, de esos entes espirituales

que están en guarda al lado del hombre, en las horas de vacilación y de prueba, para impulsarlo hacia adelante cuando se detiene o desfallece, o para salvarlo de un desastre o de una crisis. Comió sin saber qué, pero sin reparos, con hambre, como debe comer siempre el hombre. Y ensimismado en sus ideas, cuando fué a entregar el plato, el nuevo huésped se adelantó con una cortesía no rebuscada ni adulatoria, y le dijo: "permítame usted"; y tampoco se dió cuenta de que se lo había quitado de las manos, sino cuando al coger además una taza de café, que estiraba el cocinero, se la presentó en seguida.

—Basta, gracias, murmuró saliendo de su engolfamiento.

Y con su viveza habitual añadió:

—¿Por qué no toma un poco de café?

Lo aceptó. Kalunga al punto le ofreció un cigarrillo, y al recibirlo, cada uno con una taza en una mano y con la otra ocupada también, se encontraron en esos momentos de perplejidad torpe, sin hallar qué hacerse, en que parece que todo el atolondramiento se nos echa encima sin saber de dónde, hasta que el maestro, desenvolviéndose primero, salvó la situación ridícula con otra futileza igual.

—Deme usted la taza y encienda.

Lo que una vez hecho, se repitió a la inversa. Y las dos chimeneas de tabaco y de papel, entre sorbo y sorbo, trago y trago, empezaron a humear. Todavía engullían los marineros, o mejor, raspaban los platos, y el cocinero concluía con la olla y remataba con los últimos retazos, cuando el patrón se dirigió a la orilla con una *totuma* en la mano para cerrar con agua aquel rústico banquete.

Kalunga rompió el silencio, después del primer trago de café y luego de la primer andanada de humo que le salió bailando de las narices.

—¿Hace mucho tiempo que está usted por aquí? Estos lugares son para visitarlos en globo o a vuelo de pájaro.

—Tres meses y pico no más.

También echó su bocanada para desentenderse de obstáculos y contestar a pelo.

—Tres meses, reanudó, que me parecen tres siglos. Me nombraron maestro de este municipio, de la escuela del Estado, se comprende, porque las federales o nacionales, en es-

tos retiros o lugares de confinamiento, no las vemos ni con microscopio ni anteojo de larga vista. Hay pueblos que figuran en el mapa, que no son tan pequeños, ni de las huroneras ni tan imperceptibles que no se distingan, pero no xisten para los Ministros del ramo que se descuidan hasta de la indispensable geografía para su uso. Y vaya usted a decírselos o apuntárselos de la mejor fe, hasta con temor, temblando de susto, con el deseo de hacer un beneficio a la instrucción, y verá cómo le salen cargados con dos piedras en la mano, y cuando mejor librado queda, queda borrado de los institutores titulares por esa falta de respeto.

Como que tampoco se hacía de pencas para soltar la sin hueso. Era de aquellos que desembuchan verdades inofensivas y peladas, sin reticencias y sin rodeos, y que algunos las toman, especialmente funcionarios de baja estofa, por actos de aviesa hostilidad. Me refiero a ciertos políticos conterráneos al uso, que están siempre viendo avispas con tercerolas, que son tan listos o inocentes y pudibundos que descubren la intención antes de que aparezca. A esos políticos de pacotilla, pues no gastamos otros y no sería patriótico importarlos de fuera.

Kalunga no había ejercitado mal el olfato cuando así lo consideró, inteligente y vivo, desde el primer momento de su entrevista, y observó:

—Y eso sin atacarlos a ellos directamente, se humedecen con el primer conato de llovizna.

—Pero es que tienen la conciencia más cargada de pecados que una colmena a tiempo de castrar; y por eso son de una epidermis muy sensible.

—Sí, hombre, de una piel hiperestésica, según diría un médico remilgado para soltar el terminacho.

—¿Recuerda usted la anécdota del general Crespo con uno de sus ministros?

—Como hay tantas de cada uno de nuestros Presidentes, no sé a punto fijo a cuál se refiere.

—Pues le echaré el cuento con todos sus pelos y señales. Estaba encargado del Despacho del Interior el doctor Juan Calcaño Mathieu. Sucedió que una vez los periódicos de la mañana le dieron una felpa de lo lindo por sus muchas inso-

lencias y desmanes. Leerlos, montar en cólera y largarse a ponerle la queja al general Crespo, todo fué uno. Llegó a Santa Inés, hízose anunciar por el edecán de guardia para asunto inaplazable, de gran urgencia. Al punto salió aquél, a quien había alarmado la visita inesperada de un servidor, que no figuraba entre los madrugadores, y encontró a su ministro demudado, excitado, fuera de sí, hecho un energúmeno, echando espuma por la boca. Oyó calmosamente la acusación contra toda la prensa y el propósito, como una medida de orden público, de meter de un solo golpe a la cárcel y en masa a todos los redactores, directores, periodistas y hasta los mismos cajistas. Entonces con más tranquilidad todavía, abriendo una de las gavetas de su escritorio, sacó un periodiquito de la misma capital, y le dijo: "pase la vista por eso."

El miembro del Ejecutivo leyó:

Gracias a Dios hemos visto
Descansar a Parapara:
Al fin se nos fué Jacinta,
Qué zamba bien ladronaza!

El general Crespo, siempre con una gran calma, miraba a su ministro, quien al concluir, prorrumpió ahogándose frenético:

—Pero esto es una grosería incalificable, la alusión es muy directa, descarada, abochornante: eso no lo podemos soportar.

—Y ya ve usted, le respondió el sagaz llanero, que no era doctor, ni mi mujer ni yo nos hemos considerado aludidos ni hemos dicho nada.

—Y Calcaño Mathieu se quedó patitieso, agregó Ramírez.

—Y salió como perro con vejiga. Y ese hombre era un abogado y además instruido, y hasta se cuenta de él que había viajado mucho.

—Pero aténgase usted a los doctores de esa calaña y no corra: cada vez que uno de ellos sube a un puésto político de importancia, se va hinchando, se va creciendo, se va soplando y es raro que no pierda la chaveta o reviente como la rana del fabulista. Suben como unos corderos y luego se transforman

en unos puercoespines. Suben enteleridos como pollos *emparamados* y bajan como unos pavorreales. Y bajan, porque si algunos se imaginan que se van a quedar arriba, en el cogollo, el batacazo de la caída los despierta muy pronto de su atolondramiento.

—Hay un rollo de esa cuerda de anécdotas. Y un rollo bien largo. Se narran tantas cosas desde el Libertador para acá, que parecen mentiras. El mismo se vió en la necesidad de poner una torga a sus conmilitones, porque apenas asían la ocasión por los cabellos, se alzaban con el santo y la limosna. Después de la Independencia cada uno de los próceres, las excepciones confirman la regla, quería proceder a su antojo, según lo que le viniese en ganas, porque había hecho patria, porque contribuyó a darnos libertad, de forma que los ciudadanos que no tomaron parte directa o indirectamente en la Guerra Magna o nacidos en aquel tiempo no estuvieron en edad de disparar un chopo, blandir un machete, afilar una lanza para acometer, herir y destripar godos, no podían tener de modo alguno ninguna clase de derechos y por añadidura gozar franquicias de ningún género. Era la nacionalidad forzuda de que habla un historiador alemán al estudiar ciertos períodos de la evolución de su tierra. (*) Eran una fuerza superior a cualquier fuerza, brío del potro cerril indómito y rabia de la fiera montaraz. Y ese prejuicio, que fué una expresión del ambiente en donde se nutrió el que se las hubo a campo raso con los chapetones y cara a cara con la muerte, se lo enrostraba en público al hombre más meritorio cualquier pelafustán, cualquier majagranzas. Los esclavos, después que se vieron fuera del palenque, sin argolla al cuello, aunque trajeran el hierro en las espaldas, se convirtieron en amos. Ese estado social lo pinta muy bien, con mucha exactitud, una copla de nuestro *Folklore* de aquellos tiempos:

Bolívar tumbó a los godos
Y desde ese infausto día,
Por un tirano que había
Se hicieron tiranos todos.

(*) Juan Schörr.

Y a ese paso cojete la piragüita, como diría un *maracucho,* expresión con que significan los zulianos, en determinadas circunstancias, los excesos de todo género.

—Y eso, que fué un hecho y de donde arranca la mayor parte de nuestros males criollos, eso que aún encontramos en leyendas, tradiciones y cuentos, eso que nos pinta de cuerpo entero, es lo que no escriben muchos escribidores que andan con unas ínfulas que meten miedo, gruñendo como váquiros.

—Y todo eso es lo que nosotros, representantes de tiempos nuevos, no debemos callar por ningún respecto ni por ningún temor ni amenaza, pues me figuro que el mejor patriotismo no consiste en tapar nuestras úlceras, sino en descubrirlas para cauterizarlas y curarlas. Hay peleles que todavía andan echándole a determinado círculo o gobierno lo que es vicio, defecto o mácula de una colectividad.

—Así también pienso yo, y por mis frecuentes andanzas por tan diversos lugares del país, me he convencido de que son incontables los que nos acompañan en esta manera de ver las cosas que tan de cerca nos atañen.

—¿Y aquí, ya que usted es del oficio, se cuenta con alguna población escolar?

—Con exactitud no le podré precisar el número, pero es mucha, tal vez muchísima.

—He visitado pueblos tanto en la Cordillera como en el Centro y el Oriente, encaramados en un picacho o escondidos en una selva, que parecen un hormiguero, tal es la abundancia de rapaces y sin embargo no tienen una escuela del Estado o de la Nación. Bien entendido que los magistrados regionales no escatiman el publicar decretos, y hacerse el bombo y la barba, pregonarse a todos los cuatro vientos que son amantes decididos de la enseñanza y que se desviven y desvelan por ella. Pero no hay tales carneros, los decretos se quedan en el papel y los muchachos analfebetos. Cuanto al Gobierno Nacional, es enorme lo que ha gastado, desde hace cuarenta años hasta la fecha, es mucho lo que eroga y seguirá erogando para la instrucción; así lo confiesan propios y extraños. Pero excesivas deficiencias, tanto en los métodos como en el personal, junto con el ir y venir de nuestras agitaciones,

han contribuido a que se pierdan tristemente bolívares y esfuerzos.

—Muchachos de escuela es lo que sobra, sobran como las garrapatas. Lo que no abunda es la buena voluntad de los padres para enviarlos a desasnar: este es uno de los grandes y perennes obstáculos. Los matriculan después de muchas vacilaciones, les compran el primer fluxesito, el primer par de alpargatas, el primer sombrero y hasta un abecedario, pero son también los primeros que se cansan, que se descuidan y que no los vuelven a mandar a la escuela. Y los alumnos cuando están algún tiempo de huelga, pierden el deseo de aprender, si ya se les había suscitado, no se les ve por ninguna parte, no se les consigue ni enlazados; y los papás, después de úno amonestarlos y excusarse lo mejor posible, los vuelven a enviar de mala gana, por cumplir y no mentir, y a la postre continúan pretextando que los necesitan para echar el pasto al burro, para traer los plátanos del conuco, acarrear el agua y hacer mandados. En fin, la mar de disculpas y para nosotros los del oficio, la mar de inconvenientes. La instrucción es gratuita y pública y popular, y todo lo que se quiera, pero obligatoria el día del juicio en la tarde, si no nos aturde la trompeta del exterminio.

A poco rato, cada uno de los marineros se estiraba sobre la manta tendida en la arena. El patrón, sin preguntárselo, explicó que él se quedaba a dormir en casa del pulpero, donde siempre había encontrado benévolo hospedaje. Lo único malo era que de costumbre no faltaba serenata de los músicos *zancudos,* galopes de ratas por el techo; tropeles de murciélagos lo despertaban con frecuencia, porque la única cama del albergue la componía un mostrador de tablas y del techo de cañas colgaban racimos maduros de cambur, que por el olor atraían aquellos bichos que lo asustaban, que no eran de color de ardita, los verdaderos chupadores de sangre. Luego sacó su yesquero, encendió un *majunche* y agregó:

—Si es que debemos salir al primer canto del gallo de la madrugada, no tengan cuidado por mí, que siempre les llamaré a tiempo. Cocinero, ordenó al muchacho, aliste café para las tres. ¿Y ustedes, dirigiéndose a Kalunga y al maestro, en dónde piensan pasar la noche?

—Por mí no se preocupe, Ortega, repuso Kalunga. Yo me quedo en la playa, aunque no haya donde colgar, a menos que se claven dos remos largos en la arena.

—No hay necesidad de eso: podemos, si usted no dispone otra cosa, contestó el maestro, recogernos a mi pieza, que tiene alcayatas para los chinchorros.

El patrón concluyó, entre chupada y chupada de su proyecto frustrado de habano:

—Ustedes son blancos y se entienden. Por si acaso me necesitan, en la pulpería me encuentran.

Y se deslizó por la obscuridad y por la peña arriba.

En la eminencia del terreno, una lámpara de kerosén y de mano, sola, aislada, parpadeaba su luz amarillenta, no muy lejos de las cabezas de los marineros. Algunos de éstos sentados y otros panza al cielo, conversaban en voz queda. La candela de sus tabacos hacía juegos de luciérnagas de verano en los pajonales. Los dos bultos que dialogaban, el uno de piés y el otro sobre su piedra, apenas se destacaban entre las sombras. El maestro creyó oportuna una aclaración:

—Desde que vine aquí, tal vez a pagar las que debo, porque al fin he de pagarlas, alquilé una pieza cerca del local de la escuela y la retengo hasta mañana. Allá dejé mi hamaca guindada todavía. Usted sabe que es el último bártulo que recogemos cuando nos ponemos en marcha los que andamos por estos andurriales. El cuarto está situado en la parte más alta y no hay plaga ni murciélagos. Al principio, recién venido, tuve que luchar sin descanso contra toda clase de sabandijas. De noche sonaban los encañados como si los estuvieran desarmando. Algunas veces caía una rata al suelo y hasta me despertaba sobresaltado, temeroso con el golpe. Las desterré con trabajo, logré limpiarla y lo siento ahora que me voy, pues provoca habitarla por lo fresca. No pasaremos una mala noche, que no es poco decir. Además, una vecina que madruga más que yo nos hará buen café para la hora de partir. Nos llevaremos una lámpara a fin de no reventarnos la crisma en el pedregal. Señor Kalunga, cuando usted quiera irse estoy a sus órdenes.

—Y yo a las suyas. Mas esperemos siquiera a que sean las nueve. Esta necesidad, que no costumbre, de acostarse con

el sol y salir con él, o antes, no es lo mejor al comienzo de la vida cerril, hay que habituarse a ser lirón, a dormir de crepúsculo a crepúsculo. A mí me quedan resabios de la vida ciudadana. La primera vez, cuando tuve que acostarme a las seis de la tarde, me pareció un sacrificio. No pegué los ojos en toda la noche. En lo sucesivo, ya la cosa no me sentó tan mal y ahora hay veces en que si no tengo con quien cruzar unas palabras, aunque sea de chinchorro a chinchorro, empiezo a roncar desde que anochece. Y además, para qué está úno por ahí afuera? En los lugares plagosos usted sabe que son insoportables las primeras horas de la noche. Aprovechemos de la brisa con que nos deleita y acaricia el viejo y amable Orinoco. Estos viajes para mí, con privaciones y todo, son encantadores, son mis quita pesares. ¿No lo cree usted así?

—A decirle la verdad, cuando úno vive mucho tiempo en un mismo sitio por ameno que sea, la monótona uniformidad de las cosas, de las gentes, de los paisajes, ese sosiego continuo, sin alteraciones de ninguna especie, es como una laguna turbia, sin movimiento, casi la muerte. Al cabo se nos hace todo tan familiar, que nada nos lleva la atención y al fin concluimos por fastidiarnos hasta los tuétanos. Recién instalado, en la tarde, playa arriba y playa abajo, hacia dentro, hacia los montes de fuera, recorría los alrededores del pueblo con una fijeza tal, que los vecinos que me fueron conociendo notaban mi ausencia y así me lo manifestaron cuando no salía de casa. Al mes y medio, el Orinoco y sus brisas y sus orillas y sus loros y sus caimanes y todo este conjunto inalterable se me volvió tan aburridor, que después de soltar a los muchachos me acostaba a leer en el chinchorro hasta que había luz o era la hora de comer. Para colmo de los colmos, se me agotó mi escasa provisión de libros, los releí una y otra vez, busqué en el pueblo, entre la gente conocida, la manera de adquirirlos, rogué que me diesen prestados los que tuvieran y recogí algunos libracos nacionales que me produjeron náuseas por lo insulsos y me harté con novelones de autores anónimos, de esos que vienen de fuera, publicados por entregas, con láminas de colores chillones intercaladas y representando escenas inverosímiles y espeluznantes. Aun traté de desencamar a toda costa colecciones de periódicos viejos que no fal-

tan de fijo en ningún lugar habitado, y fueron inútiles mis pesquisas.

Kalunga sorprendido, casi lo interrumpió preguntando:

—¿Y entonces qué hizo usted?

—Entonces trabé amistad y me asocié con el pulpero.

—¿Y eso para qué?

—Para jugar siquiera dominó.

—¿Los dos solos?

—Y gracias. Encontrar aquí con quién conversar por la noche, es a veces un milagro. Es como dicen en Caracas: pescar un carite en la Plaza Bolívar. Los vecinos pudientes no habitan de fijo en el pueblo. Viven donde tienen sus intereses. Vienen los sábados, si es que vienen por este o aquel motivo. En general no hay sino criadores en pequeño. El más acaudalado posée quinientas cabezas, lo que llaman una fundación. El resto disfruta de sus pegujales. Me informan que allá lejos, muy adentro, hay un hato de alguna riqueza.

—¿Y hasta qué hora jugaban? Vaya un entretenimiento!

—Cuando más hasta las nueve.

—Tres o cuatro horas y tenían cara de no aburrirse? Yo no creo que haya un juego más soporífero que ese infeliz. Convengo en que se le pueda tolerar, en el caso fortuito de usted, me lo figuro. Hasta es excusable que dos fastidiados se entretengan, puesto que en realidad no se distraen, en colocar hora tras hora cuadrito tras de cuadrito, dentro de una atmósfera de aguardiente o de humo si son viciosos. Eso envuelve entonces alguna razón de ser, hay un motivo. De lo contrario me figuro que sólo las cabezas hueras o de chorlito, mentecatos de club, se diviertan con esa diversión sin diversión. Supongo que lo inventó un misántropo para acabarse de aburrir o para hastiar a los demás o para hartarse de tedio hasta morirse.

—Ya ve usted cómo habrá sido mi vida durante tres meses largos donde no hay siquiera quien sepa o quiera leer, donde es más fácil encontrar un analfabeto que un *zancudo,* ¿qué esperanzas le lisonjean a un maestro para dedicarse a la enseñanza? Y qué interés podrá estimular a los padres para que sus hijos salgan de la barbarie, para que aprendan algo, cuando ellos son más ignorantes que una *topia.* Estas gen-

tes viven en completo abandono; decir que están en el limbo, es hacerles un elogio. Son brutos por los cuatro costados. Andan para adelante porque no llevan ojos en el cogote. Su vida no tiene más necesidades que las animales: comer, beber, dormir y reproducirse. Si por aquí no atracara tal cual embarcación, dentro de un par de años, a mucho estirar, no habría una sola casa habitada; y como son tan perezosos y negligentes, no buscarían modos de comprar telas para cubrirse y volverían con gusto al *guayuco,* al carcaj y a la flecha.

Kalunga, ante aquellas palabras dichas con ingenuidad y sencillez desconcertantes, sintió como un estremecimiento de frío en el alma, el terror de que en un porvenir cercano aquella onda de incuria y de ignorancia se desbordara por todo el país, en donde ya en muchas partes la vida se regodea con los beneficios de la cultura y de la civilización, y como aquella amenaza en cierne pudiera hacer los estragos del retroceso al salvajismo, buscó en las profundidades de su conciencia un remedio, el único que salva, cuando todo fracasa: la religión. Por eso preguntó con ansia:

—¿Y aquí no hay cura?

—Ni hay para qué.

—¿Qué es lo que está usted diciendo? Explíqueme.

—Si no hay iglesia, porque en realidad está cayéndose, ni fiesta patronal, ni matrimonios, ni bautismos; si los muertos no necesitan de cura para que los entierren, ¿para qué sacerdote?

—Sí, para todo eso que usted acaba de notar es para lo que se necesita del cura, no le quede una hilacha de duda. Para todo eso que usted dice que no hay, justamente para que lo haya.

—Puede ser, pero yo creo que si viene de chiripa uno, le sucederá lo mismo que a mí. Los primeros días lo *ajonjean,* lo visitan, le obsequian cestas de frutas, tal vez una gallina medio apestada, un par de loros que no hablan, un turpial en una jaula vieja, y si es tiempo de cosecha, mazorcas de maíz, plátanos, *ocumos, ahuyamas* y asunto concluido. A los quince días no aportan por el umbral de la casa en que está hospedado. Al mes no se acuerdan del sotanudo, y ¡abur! papamoscas. Al semestre tendrá que liar las petacas, o lavar y aplanchar él mismo su ropa y pescar con anzuelo para sustentarse,

y ésto si la burra arrisca y le pica el pescado, porque si no, se muere de hambre o se vuelve loco.

—Lo que me cuenta es inaudito. Me desconcierta a mí que no me arrastran cueros, que mato un burro a pellizcos.

—Y es un hecho.

—Que me eriza el cabello.

—Opino lo mismo que usted, en cuanto al único remedio. He visto sus beneficios en otros lugares. Un sacerdote para pueblos como este, fuera del mapa o de la vida moderna, será un puntal para que no se acaben de caer. Usted habrá palpado en aldeas miserables y recónditas, donde según la frase manoseada toda incomodidad tiene su asiento, en que el cura es el trompo servidor. Si viene un viajero trashumante, a la casa del cura; si un agente de comercio, a donde el cura; si una nueva autoridad llega, que el cura la hospede de balde; que hay un incendio, que lo apague el cura; que es preciso hacer algo, aunque sea un disparate, un escándalo, pues que lo haga el cura también; y el cura por aquí y el cura por allá, el cura de ceca en meca, por más que rabien los llamados espíritus fuertes, el cura es todo: posadero gratis, médico sin honorarios, abogado sin emolumentos, boticario, enfermero, fámulo, enterrador: porque es el único que sabe leer, el único que presta servicios, el único que no se esquiva o excusa para nada, y como en la tierra de ciegos el tuerto es rey, ¿les ha de parecer extraño que un hombre que es el factótum, el sábelo todo, sea la cabeza del pueblo y no la cola?

—Claro está. Decir lo contrario es hablar por la tapa de la barriga.

—Pues bien. A pesar de que he visto en una novela muy leída antaño y hoy casi olvidada, "que en todo pueblo hay una lámpara encendida: el maestro de escuela, y una boca que sopla: el cura"; aquí si hubiera un hombre de sombrero a la teja y manteo, sucedería que con los soplidos del fuelle de sus pulmones se avivarían los tizones de esta hoguera que se apaga.

—Aunque Jiusti, aquel satírico y poeta de la revolución italiana, dijera en monótonos tercetos, que en otros tiempos se aprendían de memoria los anticlericales para lucir su tirria, que aquellos cuervos negros no viven sino a la husma de ca-

dáveres, yo creo que hasta para eso los necesitamos: para que entierren los muertos, porque en algunos pueblos cuesta trabajo abrir la sepultura para inhumar un desventurado.

—Ahora es usted el que me hace estremecer el pellejo.

—Conformes: verdades tan tremendas, son abracadabrantes, para darles algún calificativo aturrullador y a la moda.

—Pero tienen miedo de decirlas, aun aquellos que las echan de patriotas a lo Coto Paúl, pero de dientes para afuera.

—Yo no me empacho con ellas, tengo que vomitarlas o me ahito.

—Hay escritores como ese que cité enantes, que si no han hablado por el ombligo, no ha sido por falta de ganas, y que no rebuznaron porque no se lo permitía la familia o la mala configuración de la garganta. Y esos han hecho grandes perjuicios a los pueblos, a las sociedades y en especial a los jóvenes que se pagan de la forma más que del fondo.

—Es que esos fatuos, a falta de ideas, riñeron con esa vieja refunfuñadora de la lógica.

—Vieja, fea, regañona y con cara de suegra porque nos canta la cartilla. Habrá curas malos, lo mismo que existen ciudadanos perversos, mercachifles desalmados, ingenieros, médicos, abogados y generales que son un prodigio de rustiquez; pero eso no quiere decir que el comercio, las matemáticas, la medicina, la abogacía, la carrera militar, sean un desastre, ni que merezcan la horca todos sus adeptos. Me acuerdo ahora, por haber rodado tánto de parroquia en parroquia, que en una de Carabobo al preguntarle, delante de mí, un individuo a otro quién recetaba a su mujer, le respondiera entre una risotada: "quién va a ser, hombre? Pues el Doctor Mausser."

Kalunga se sonrió, interrogándole:

—¿Y eso por qué? Por qué ese apodo?

—Porque cada receta suya era un tiro... y no lo erraba.

Kalunga siguió riendo y en medio de su risa añadía:

—Sí, hombre, ahora caigo. Yo también conocí en un lugar donde temperaba, para desasirme de un paludismo orinoqués, a un doctor en medicina a quien apellidaban Herodes, porque lo era en fusilar a todos los niños de la parroquia que le ponían al alcance del cañón de sus fórmulas.

—Si a ese paso fuéramos, a nadie le quedaría hueso sano, ni aun cara en que persignarse. En el Táchira conocí al ingeniero doctor Cabuya, por ser una cuerda el único teodolito con que sabía medir. Y al abogado aquel de nombre Congorocho, por lo feos y mal olientes de los asuntos que defendía. Pero en realidad no he visto, con tener "bastante edad para morir mañana", según el endecasílabo de Campoamor, un cura malo; jamás he descubierto un clérigo en acecho, velando a un prójimo, machete y revólver al cinto; nadie lo ha sorprendido en flagrante delito de robo, no da de cintarazos a un ebrio, ni estropea a una mujer, ni mete a un infeliz en la cárcel para exigirle dinero, ni que a todo desmán y a todo atropello, grite a boca llena para excusarse él mismo, ya que no lo disculpará su propia conciencia: "eso lo hago por orden superior!"; ni que imponga contribuciones por su cuenta y riesgo, ni viva a costilla de los pusilánimes, explotando el terror que infunde, ni alardée de vivir amancebado, ni que cargue y se fugue con las rentas municipales y hasta con los útiles y enseres de las oficinas: todas estas glorias inmarcesibles se las dejo al jefe civil!

El pichón de Pestalozzi se despotricaba en medio de aquella playa silenciosa con una afluencia y facilidad envidiables. Todos los marineros no se habían dormido. Algunos tosían, otros cuchicheaban con risitas de complacencia al oir la animada conversación de los dos señores.

—Lo que sí he visto, continuaba, es al cura, a cara descubierta, salvador de un pueblo entero. Que falta quinina para un febricitante, el cura destina un frasco a la orden del enfermo y del vecindario; que una vieja derrengada no halla quien la ampare ni perro que le ladre, del bolsillo de la sotana del cura salen las *lochas* que la sostienen; que se necesita una bestia para hacer una diligencia urgente, pues ahí está la mulita o el caballito del padre; que la fulana dejó al atajársele el resuello media docena de huerfanitos, todos volantones y con los dientes afilados, al párroco le toca aquella herencia de mandíbulas inútiles; que hay burro pudriéndose en la mitad de la plaza, pues que lo arrastre y lo bote el señor cura, porque los insulsos y haraganes vecinos no hacen otra cosa que poner las narices y oler y echar pestes, pero no mue-

ven un dedo de la mano para librarse de aquella fetidez. Y al venir el día del santo del pueblo, debe alistar desde las velas de cera hasta aprontarse él mismo, tiene que arreglarlo todo, entonces es el acabóse. Cuando son muchos los ayudantes, sólo cuenta con un raquítico monaguillo que lo acompaña en sus afanes, y cuando el muchacho barre la iglesia, el señor cura limpia los candelabros, recibe los ramos de flores (la única ayuda que mandan las orondas feligresas), sacude el polvo de los altares y de los paños que los cubren, y por último, se atavía y se saca él mismo porque no hay sacristán que asome las narices por la iglesia; si en rigor de verdad nadie repica y anda en la procesión, el pobre clérigo ha menester repicarse para hacerse la función. El presbítero y el monaguillo son los burritos *malojeros* de muchos pueblos con ínfulas de ciudades, y si recargo los colores de la pintura, no por eso deja de ser un cuadro verdadero de la vida lugareña.

—Y entonces, ¿por qué murmuran tánto de los sacerdotes y hay pueblos en que los caciques, sus paniaguados o sus compinches, afirman que los curas son una calamidad?

—Cómo va el cacique a querer al cura! Si es un caimán, un tiburón que devora a sus propios hijos, si él es la peste bubónica y no consiente que haya otro que le gane de mano, si a eso vamos.

Kalunga sonriendo arrojó una colilla de cigarrillo.

—Ah! eso del cura tiene sus bemoles, reanudó el narrador, por testarudo y bruto que sea, a despecho de la novela de marras, quizás es el único candil que alumbra la obscuridad de la parroquia y por más que nadie se confiese, conoce de pe a pa las marramuncias de los vecinos y los tejemanejes de sus mujeres y a los rocines les arde que les descubran o les cautericen las mataduras. Cuando es un hombre que se sabe suspender los pantalones y el domingo menos pensado se encarama al púlpito y les endilga una plática contra el robo, contra la injusticia, contra la mala fe, contra las perversas costumbres, contra la holgazanería, el concubinato, el juego y la borrachera, todos los feligreses salen de la iglesia mohinos, con la cara amarrada, con el rabo entre las piernas porque se consideran aludidos.

—Ahora me hace acordar usted de una historieta de Guarenas. Predicaba el cura, y un *cañita* inteligente del pueblo se metió a la iglesia y se recostó a un pilar para sostenerse; pero a pesar de los humos que le nublaban la cabeza oía con atención. El platicador se destapó al cabo contra la embriaguez: "Esos beodos, que son la vergüenza de su familia, que son el escándalo de la población, que debieran vivir en la cálcel!..." El *cañita* levantó una mano como para detenerlo y en medio del silencio del auditorio gritó con voz de trueno: "Padre, no me pegue en el suelo que estoy rendido!" Y la concurrencia se disolvió, pues nadie pudo dominar su hilaridad.

—Ese es el caso. Por eso es la ojeriza de que le hablaba. Sí, mi amigo, usted habla como un libro viejo acabado de empastar, no tiene tolondrones en la lengua, y me doy la enhorabuena por haber encontrado un hombre de mi misma madera y que no se indigesta por retener la verdad en el estómago. Pero ya sabe usted la suerte de los gallos que cantan la verdad clara.

—Les tuercen el pescuezo.

—O los enjaulan o descrestan.

—También es verdad. Según y como. Nadie puede evitarse la crítica. Sin darse cuenta úno repara en todo, a todo le mete las tijeras, como aquel que rebuznaba sin haberse notado esa cualidad artística. Y si no la hace en público, la ejerce en privado; si no la de desembucha, la guarda para su propio uso. Se es también crítico a palos. ¿Cómo se pueden limpiar las manchas de grasa de un cañamazo burdo y sucio sin lavarlo con jabón de la tierra y chapotearlo con brío contra una piedra? Abajo, muy abajo, en lo más hondo, en las capas ínfimas del pueblo es donde está el germen y raíz de nuestros males. Un pueblo ignorante, inconsciente, abandonado a sus propios instintos, que vive a pierna suelta, que no siente la necesidad de instruirse y defenderse porque no lo espolea la lucha por la vida, por lo fácil de adquirir el sustento y de saciarse, dada la fertilidad de nuestra tierra; un pueblo de este pelambre, necesita de mangoneadores que lo empujen hacia adelante, que lo arréen, que lo aguijen, que lo adiestren como a los potros salvajes, porque si no se queda

atrás, en los *gamelotales* aspérrimos, del modo que nos hemos rezagado nosotros en Sur América. Es necesario desarrollarle las briosas capacidades que le son inherentes para el trabajo y para el combate. Las pirámides no se construyen por el vértice, expresó un político de fuste, no sé dónde ni cuándo, pero lo decía a sabiendas de la verdad que asentaba. Para que despierte el alma de nuestro pueblo aletargado en la sombra, es preciso sacudirlo, y después hay que acudir a transformarlo, a levantarlo del rasero nivel moral y físico en que vegeta, por todos los medios de que dispone la civilización y utilizar así las nobles, las robustas, las altísimas cualidades que guarda en el fondo de su légamo de barbarie. En el antro de los leones impera un silencio de estupor y de pujanza. La célula inmutable de que hablaba el jesuíta Méndel, permanece intacta, esa célula que desarrolló toda su fuerza dinámica para el heroísmo y la epopeya de la Emancipación, tal vez esté dormida en espera de otras grandes, futuras jornadas de la raza.

La hoguera crepitaba con síntomas de extinguirse. Algunos tizones convertidos en brasas, todavía destellaban su agonizante lumbre. De los marineros dormidos, de medio lado, boca arriba, enrollados en sus cobijas a guisa de fardos mal envueltos, se percibía el ritmo pausado, intercadente de la respiración. El sordo bramar de las aguas tumultuosas del río era como el hosco y lejano mugir de los toros en las pampas. El viento de la noche, helado y displicente, pellizcaba la piel de los dos interlocutores. La hora tenía la majestad del silencio sombrío de las selvas seculares. El cielo desplegaba el milagro fascinador de parpadeos rutilantes. La Y simbólica de Pitágoras, la horqueta de lo ignoto y del misterio, la Vía Láctea, aparecía en la comba del vacío al modo de dos gajos de un árbol gigantesco y luminoso sesgados sobre los espacios siderales.

Era la hora de irse, de recogerse. El maestro se adelantó hacia la lámpara de la cabecera de los tripulantes en ademán de asirla para emprender el camino de la vivienda. Kalunga al verlo le dijo:

—Vea, esa no, permítame, aquí en la *falca* hay otras. Es costumbre mantener una encendida cuando se acampa al ra-

so, es el modo de espantar al tigre que no se mete donde ve luz, se contenta con gruñir, olfatear y hacer la ronda. Aunque por estos parajes no hay ninguno de esos traviesos paisanos, es bueno conservar el hábito.

—Dispense, no sabía, contestó el maestro, soy un poco bisoño en esos achaques.

—Aprendí esa lección la primera vez cuando viajé en *falca* por el Orinoco y ahora que la deletreo, no quiero que se me traspapele.

Encendieron la lámpara entre los dos y el maestro con ella de la mano siguió de puntero entre la obscuridad. Kalunga llevaba a cuestas la manta y su chinchorro con mosquitero.

Los perros al verlos llegar arriba, a la meseta de la peña, se alborotaron y la emprendieron a ladridos al pasar los dos individuos por delante de las casas, pero no dieron mayores señales de sorpresa o de agresión.

Era el refugio donde arribaron un cuadrado de tapias de bahareque, piso de tierra y techumbre de encañado y teja morisca. Un cajón boca abajo y forrado en papel de periódico y con patas de palo sin labrar, servía de mesa hacia la testera de la pieza. Sobre otro más pequeño y de la misma clase y construcción, de tablas peladas, había una *pimpina* de barro, jofaina y jarra de peltre esmaltado. Por encima de este lujoso lavabo, un clavo en la pared sostenía un espejito redondo, de marco de hoja de lata blanca, producto de industria y buhonero turcos. En cada costado colgaba un ajedrez de figurinas formado con las tarjetas postales de las cajas de cigarrillos. Láminas de anuncios de medicinas sánalotodo: el hombre con el bacalao al hombro, un *zancudo* fenomenal, el diestro matando al toro (paludismo), obsequio de casas norteamericanas, especuladoras sin escrúpulo. Una hamaca de rayas coloradas y azules.

Puesta la luz sobre la caja-mesa grande, el hospedante se dirigió a Kalunga:

—Esto es todo lo que ofrecí a usted; disimule lo mal *macaneado*.

—Y es bastante.

—Por lo conforme.

—¿Y qué más dá? La vida necesita de muy poco. Hay muchas cosas que están de sobra para molestarnos. Creo que los espartanos con sus hábitos de austeridad y sencillez vivían mejor que nosotros. A mí, valga la verdad, hay veces en que me estorban los zapatos y que hasta en la calle me dan ganas, como a un estudiante a quien le mataban los callos, de poner en libertad a sus diez prisioneros. Y si no, dígame, para qué sirven la corbata, el chaleco, el paraguas o el bastón? Hemos complicado demasiado la existencia, y esos apéndices inútiles son una de las tantas roñas de los civilizados.

—También lo creo. Un espartano a voluntad, pase; mas a garrocha ninguna condición o estado se soportan sin protesta.

—Todo es lo mismo.

Dialogaban frente a frente, a uno y otro lado de la cuasi mesa, con la lámpara de por medio.

—Usted por espíritu de trabajo y de empresa, por exceso de energía, se profundiza en el Caura, y yo por necesidad u oficio estoy obligado a meterme o a que me releguen en esta cueva. La diferencia es grande, muy grande, como del cielo a la tierra.

Estas últimas palabras salieron de la boca del maestro con la tristeza resignada de los que sufren en silencio, pero que al fin borbotan en un momento de expansión, estallan acerbas y dolientes contra un ambiente de hostilidad y de indiferencia. Kalunga lo miró con ojos compasivos, sorprendiendo allá, en la profundidad de aquella alma, la amargura acumulada a paso lento, gota a gota, por una serie de contrariedades y privaciones inmerecidas. Colgaron el chinchorro, utilizando la tranca de la puerta para engarzar los mecates en las alcayatas. Cada uno se aligeró de su fardo diario, guindando el revólver en sendas estacas de la pared. Kalunga vió la hora.

—No son todavía las ocho.

—Me suponía que fuera más tarde. Por estos andurriales el reloj es un estorbo. Es un triste aparato para sumar las olas de existencia que perdemos. El mío, para excusar la carencia, como dijo un estudiante, lo tiene la lavandera.

—Y ojalá no se lo traiga. En los montes se pierde la noción del tiempo y llega un momento en que úno no sabe el día de la semana y la fecha del mes. Entonces el reloj, ha dicho usted muy bien, es un impedimento, un trasto de los más inútiles.

—Dígame usted que no sirve sino para indicar el ir y venir del fastidio, de la indolencia, de la inercia, y cuando se está solo, eso es más fastidioso todavía. Ponerse úno a contar los instantes y las horas, desde que amanece un día gris hasta que se extingue al fin en un atediante obscurecer, es una tarea que tiene algo de locura.

—Y a mí que siempre me ha parecido inoportuno, intruso, entremetido, latoso; y mientras más pequeño, peor. Supóngase que este mequetrefe se empeña en repetirle a úno, sin exigirle un bis, ta-qui, ta-qui, ta-qui; y con una vocecita de falsete, que nos quiere recalcar: ton-to, ton-to, ton-to, es decir, que le atendemos y soportamos su música, a él que de puro avispón y bellaco, de puro pícaro va restando, sin mandárselo, las horas que vivimos, sin que nos las haya concedido. En los raptos de felicidad nos amenaza con andar de prisa, muy de prisa, viento en popa, y lo hace el vagabundo; en los momentos de tristeza y desventura, cuando queremos respirar, salir, libertarnos de esa pesadumbre, huir a toda máquina, entonces nos amaga con pararse, con marchar poco a poco, con una pata coja, como rocín despaletado.

La hamaca y el chinchorro chirriaban en un vaivén continuo y de una y otro subían al techo los hilos de humo de los cigarrillos.

—Una india vieja y ladina, continuó Ramírez, que me servía en la costa de Paria, me dijo una vez que saqué mi *maracómetro,* digo el relojito, de esos de acero oxidado que parecen hicoteas recién nacidas, para avisarle que el estómago pegado al espinazo bostezaba por el almuerzo: "Niño, soy tan vieja como una guacamaya, usté podría ser mi tataranieto, hago todo lo que puede hacer la más canilluda mujer de mi clase y no he necesitado nunca de ese perendengue. Usté me va a decir ahora: Ña Joaquina, son las doce, ¿qué hay del sancocho? y yo lo sé por el gallo desde hace rato: míreIo cómo

ajonjea curucuteando a todas sus hembras recogidas debajo del guásimo."

—Casi todos los animales conocen mejor el tiempo que nosotros. Hay astrónomos y meteorologistas de primera línea. Y sin observatorio, a no ser que se llame así el cucurucho de un árbol, o las grietas de una cripta; y sin instrumentos nos indican las variaciones del tiempo, sin pelarse. De eso habló mucho, en uno de sus tan amenos artículos, don Arístides Rojas, quien se pirraba por echar al aire una curiosidad, un algo raro que le placiese en sus lecturas favoritas.

—Don Arístides, el de las Leyendas Venezolanas, es muy agradable por lo que contiene de lo nuestro, de nuestra tierra. En lo demás...

—En lo demás, es un cualquiera, un hombre que escribe como la generalidad, como pueden escribir en otra parte, y entonces se confunde con la morralla de escribidores. Entonces no tiene ni gracia, ni sal, ni amenidad.

—Mal de muchos...

—Consuelo de tontos! Consuelo de los que se consuelan con sus majaderías y vaciedades.

Hacia la pared donde estaba la hamaca del maestro y por el lado opuesto sonaron tres golpecitos muy suaves, pero claramente perceptibles. Un instante después hubo una garganta que carraspeaba, reprimiéndose, con suavidad femenina. Kalunga, sin darse por entendido de lo que pudiera significar, medio terció la conversación, diciendo:

—¿Como que hay vecinos? Vamos a trasnochar a esa gente de la otra casa.

—Las personas que la habitan son muy buenas y tolerantes. A usted le perdonarán la primera mala pasada que les haga y a mí la última.

—A este momento y rasgando el silencio, un perro lanzó su aullido penetrante y rudo, en frente de la casa y por fuera. Otro de bien lejos le secundó después en medio de la calma, y luego otro más retirado, y así, de uno en uno, el aullar desapacible y medroso se fué extendiendo y prolongando hasta los más distantes y apartados rincones del caserío. El que estaba cercano, tras de unos instantes, lo reanudó con mayor agudez y entonación, y al cabo, como si fuera una señal conveni-

da, tornaron a repetirse y juntarse en un solo coro de voces perrunas, aquellos lamentos que estremecían el aire con su aterrante vibración de pavura.

Ambos parlanchines, callaban y escuchaban. De repente Kalunga saltó del chinchorro y preguntó:

—¿No hay por aquí unas chancletas viejas? Este aquelarre es insoportable y yo no tengo orejas de mercader.

—¡Cómo no! A mí me faltará todo, menos un par de *cholas,* contestó el interpelado, y diciendo y haciendo, se bajó de la hamaca para buscar y agachándose sacó unas que estaban debajo del cajón-lavabo.

Kalunga al verlas le indicó:

—Póngalas en el suelo volteadas. No las sacuda.

—Me han asegurado que ese es el remedio.

—¿Y no lo ha aplicado nunca?

—Los agüeros y abusiones son tantos que a la mayor parte no se les hace caso. Aquí la ocasión es frecuente: hay veces en que yo no sé cómo se duerme úno en este villorrio, por la algarabía de aullidos que dura horas enteras. Dicen que los asusta o enfurece la luz del satélite, y de allí el adagio: "ladrarle a la luna..."

—¿Y en las noches obscuras? ¿Cómo se explican el caso cuando ella falta? ¿Cuándo esa casquivana no se asoma a las rejas? A mí no me satisfacen explicaciones a medias.

Entonces pareció que el perro reculando se acercaba a la puerta y lanzó un aullido aturdidor, que repercutió dentro de la misma pieza.

El maestro, sentado en la hamaca, con las piernas cruzadas, miró a su compañero de un modo tan significativo que semejaba dudar de la eficacia del recurso.

Kalunga, que en ese momento lo veía y se desabrochaba la blusa para quitársela, aseguró:

—Será el último. El resto de la película que lo dejen para otra función. Nunca me ha fallado.

A lo lejos, allá hacia las afueras del pueblucho, retumbaban los retiñidos de aquella algazara.

Luego a luego, el perro iniciador de aquel concierto, ladró tres veces, con intervalos cortos y con un tono distinto al

anterior, agudo, alegre, intermitente, rápido. Los demás también lo imitaron y segundos después cesó la baraúnda.

En medio de la calma Kalunga añadió:

—Ya tendremos tiempo de charlar sobre estas cosas, que para el vulgo pasan inadvertidas y para muchos no. Harto hay que decir y comentar sobre lo que llaman supersticiones y otros fenómenos que no se explican por los medios usuales y que se niegan a pié juntillas sin razones plausibles.

Desabotonóse el cuello de la camisa, se acercó al cajón grande y apagó la lámpara. En medio de la obscuridad se acabó de desnudar y terminó diciendo:

—A dormir y a madrugar en nombre de Dios.

—Que así sea.

Y al acostarse sonó el crujir de las fibras con el cimbronazo del chinchorro.

CAPITULO III

Cuando Néstor Ramírez arribó a Moitaco, echado en la playa por el vapor *Guanare,* ni más ni menos que si dejara a la orilla un guacal de loza o un saco de víveres, tenía en los bolsillos por todo capital sesenta bolívares no completos, una maleta de cuero estropeada, con tres fluxes de kaki ceniciento y en buen estado, raída, de esas que no cierran y si lo hacen quedan con los labios entreabiertos; dos mudas viejas de dril a rayas, color de plomo, en vísperas de desleírse; camisas de diversos dibujos y tintes, unas descosidas y otras por descoserse, ropa blanca interior de hilo, no muy católica; y dos sombreros, de pelo de guama el uno, de jipijapa el otro. Tres pares de zapatos servibles, de punta torcida hacia adentro: no estaba, pues, tan mal equipado ni desurtido; a su modo de juzgar eran los restos de una antigua opulencia. Le restaba además un revólver Smith & Wesson de nueve milímetros, cañón largo, de antiguo sistema, con un repuesto de cápsulas en el cinturón, y se conformaba con que al general Presidente del Estado se le hubiera ocurrido nombrarlo preceptor de la escuela de varones número 12, porque a mucho tirar la manta del presupuesto se había estirado hasta la docena, una docena limpia y pelada, tal vez con fallas e imaginarias, glorioso total de los establecimientos docentes de aquella Entidad política, para hablar en términos morrallescos de periodista al uso. Para remate de cuentas, ciento veinte *simones* pagaderos por quincenas vencidas, frágiles tapaderas de bostezos si no le jugaban una *caña.*

Mas, ¿cuándo, cuándo iría a cobrarlos? y seguía reflexionando para su capote, a no ser que los entregaran el 14 de cada mes al que había encargado de remitírselos, si ese condolido de miserias ajenas encontraba ocasión de hacerlo, y fuera del riesgo inminente de que no ligase y se los recortaran o se los pasaran por el filo. Todo esto podría ser una exageración, una suspicacia de empleado a salto de mata, pero el caso había sucedido, y lo que una vez acontece no es raro que se repita, aunque sea por un azar de la suerte; y es que también a las sanguijuelas del presupuesto les ha caído el gordo de tener mucha gazuza y nada que chupar. Contaba además, y no eran cuentas alegres, pero estaban en pico de zamuro, con seiscientos bolívares que le quedó a deber en el arreglo de *patucos* un explotador de balatá, a quien por seis meses largos había servido de escribiente y secretario ni más ni menos que un azacán y que ofreció depositarlos a su orden en la casa de Carmagnola & Ca., domiciliada en Tumeremo y Ciudad Bolívar, casa fuerte y acreditada porque así lo pregonaba ella; y con esta esperanza, tan enteca, porque la del sueldo le parecía *pelizorrera,* no tuvo melindres en aceptar aquel cargo, para resolverse a encender las velas de la enseñanza en la obscuridad de aquel pueblecillo ribereño del Orinoco, y del cual cuando recibió el nombramiento, aunque no era un Codazzi, apenas sabía que figuraba con el carácter de municipio en la Ley de División Territorial.

Soñaba, pues, como sueñan los bohemios, como el estudiante aquel a quien no le escocía cabalgar en un ridículo jamelgo, porque al fin tendría caballos árabes; soñaba en que aquella buena firma en estilo comercial, honrada porque no había dado el brazo a torcer, siendo la encargada de recibir la deuda y el sueldo, en primera oportunidad, como en esos casos se asegura siempre, pondría con el barco de confianza que subiese, los *churupos* en la puerta de la escuela.

Del primer mes, que no tengo tapujos en decir a voz en cuello, le pagaron adelantado y para que saliese a encargarse de aquel flamante magisterio, o para quitárselo de encima, descontadas las erogaciones hechas en renovar algunas piezas menudas de su equipaje, le acompañaban, repito, algunos tantos bolívares, primero zangoloteando en la faltriquera, y luego

enrollados en un cartucho de papel, bien ajustado en un ángulo de la valija. Le quedaba aquella bicoca miserable, cuando casi a empellones lo empujaron a desembarcar, que tal es la cortesía de maneras de algunos empleados a bordo de los vapores criollos; y sin saber cómo ni por dónde, ni a quién dirigirse, al toque de oración; y *chécheres* en mano, que no había en la playa un zopenco mirón que se los cogiese ni llevase, subió a paso tendido por el peñasco, en derechura de las primeras casas, a tiempo que el *Guanare* echando columnas de humo negro y espeso, se perdía en el horizonte, hacia las bocas lejanas y sombrías del raudal de Camiseta. (*) Subía a paso de bombero, con la mira de inquirir por el ciudadano jefe civil, personaje descollante, padre, señor y amo (cuando no lo ponen en jaque) de toda parroquia, de fauces y muñecas de oso, que si le viene en ganas, lo que sucede por equivocación o de chiripa, saca del precipicio de las necesidades y los apuros o hunde en el báratro a las almas de los viajeros o los extraviados en las encrucijadas y vericuetos provinciales.

Obscurecía al galope. Néstor Ramírez había logrado coronar la barranca, al momento en que se empezaban a borrar los contornos de las gentes y de las cosas, y al observar en una esquina bultos de personas, encaminóse al sitio donde quizás le darían algunos informes; mas antes tuvo que hacer alto con la lengua seca, poner la maleta en el suelo, haciendo de tripas corazón, porque este individuo quería salírsele por la boca.

Repuesto de su agitación, continuó andando. Era la casa una pulpería en donde estaban unos tres o cuatro clientes y que casi no se fijaron cuando se les presentó a las espaldas el repentino acezador. El pulpero, luego que hubo despachado a sus parroquianos, oyó en síntesis al forastero e impuesto del caso, le dió las señas fisonómicas inconfundibles para que sin errarse encontrara al sujeto.

—Pues vea, señor, si busca al jefe civil en este momento lo encuentra; el general es muy conocido: es bajito de cuerpo, cenceño, usa *liquiliqui* de dril blanco y pantalones de casimir negro, sombrero de panamá, con alas derechas y tiesas, terciado sobre la oreja izquierda. Aquí no hay otro de ese tipo; a la legua se le conoce por la facha. A estas horas de seguro que

(*) Se le conoce generalmente con el nombre de El Infierno, en la parte Occidental, porque la del Este se denomina El Torno.

está recostado en una silla a la puerta de la Jefatura, con carabina echada y torciéndose la *chiva.*

—¿Eso es muy lejos? Hacia qué lado está la casa? Aquí no conozco a nadie; acabo de llegar como lo ve.

—No, señor, es allí mismo, y le indicó con el dedo; a la tercera casa de la izquierda; por más señas es la única recién pintada.

Ramírez se despidió incontinenti para avistarse con el gran *chivato,* encontrado a poco en el lugar y en la posición académica con que le había delineado el hombre de la pulpería, y quien después de agarrar la indefectible carta de recomendación que llevaba del secretario del Presidente regional y después de mucho sobarla, no disimuló los aprietos en que se veía para hospedarlo.

—Ya ve, mi amigo, las cosas de este país, ni siquiera me avisan con un mes de anticipación, para úno estar alerta; porque aquí no hay ni un fonducho de mala muerte, ni siquiera una ranchería... Usted dispensará, pero la verdad es la verdad, pura y raspada; aquí cuesta más trabajo alojar una persona que encontrar un obispo.

—General, le interrumpió Ramírez, yo soy hombre de casa y de plaza, acostumbrado a los viajes y correrías por el interior, sé lo que son las comodidades de nuestros pueblos: están por venir.

Con este pié que le dió el maestro, el general se destapó:

—Supóngase usted que no es la primera vez que me ponen en ascuas y me sacan de mis casillas, están creyendo que aquí se encuentran los hoteles de cuarta a cuarta.

Y como le quedaban algunos rasgos o resabios de haberse codeado con mucha gente de copete, procuraba dar muestras de sus buenos modales:

—No lo digo por usted, ya se ve; disimule, mi amigo.

Y se torció la *chiva* y manoteaba en la obscuridad.

El secretario (según lo supo después) que estaba al lado, muy junto, sentado sobre el quicio de la puerta, con las manos sosteniéndose las rodillas, que a duras penas se distinguía como algo informe, rechoncho y en mangas de camisa, vino en su auxilio y le apuntó:

—La señora Remedios tiene una pieza desalquilada hace tiempo. No es tan lejos.

—¡Hombre! de veras, hombre! y no me acordaba: vaya una memoria la mía! Y está aquí no más, a dos pasos, como quien dice en las narices. Don Panchito: qué feliz idea la suya! Váyase usted mismo, háblele de mi parte y dígale que la necesito para un empleado que acaba de llegar ahora. Supongo que allá también se le puede preparar algo de comer: carne asada, un par de huevos tibios, arepa, café, en fin, cualquier cosa por esta noche. Después es después, en el camino se enderezan las cargas, ¿no le parece? ,

—General, lo que es por mí no se moleste. Ya pasé el trance, me despaché de ese engorro en el *Guanare,* antes de desembarcar.

—Ajá, todavía mejor; se conoce que usted es hombre previsor, viene con las espuelas amoladas, eso se llama estar en los toques; por aquí (accionaba con la izquierda, que la otra la tenía dale que dale ocupada con la *chiva)* por aquí, como le estoy diciendo, todo es difícil; ya irá viendo cómo se bate el cobre.

El secretario salió de raspa a cumplir las órdenes. El jefe, siempre agarrada la perilla, alternando las manos en ese menester, continuó:

—¡Qué felicidad es tener siempre a la mano un Don Panchito! Un secretario como éste, ni mandado a hacer. No se le encuentra ni con aguja de marear, ni buscándolo como palito de romero. Mete el hocico o la pezuña en todo, pero los mete bien metidos. Es lo único que se necesita para revolcar un pueblo al derecho y al revés, y no me ha *pistoneado* nunca.

Y como aquel frasco de verborrea seguía sin tapón, después del paréntesis o apología del secretario, se dirigió a Ramírez:

—¿Y qué noticias me trae usted? Por aquí estoy o estamos en el limbo, como un cacho tapado con otro. Por de contado ¿viene de Ciudad Bolívar? No?

—Sí, señor, salí antier, y para esa fecha anunciaban cambio de administrador de aduana, era lo único de nuevo.

—Ujú! Ya me lo habían dado a oler. Aquel muchacho atolondrado no podía hacer huesos viejos en ese puésto. Lo co-

nozco como a la palma de mis manos: es una criaturita, es hijo de un compadre mío de la Guerra Larga, pero no usa botas de bailar con espuelas; ningún juicio, ninguna práctica y de reata parrandeaba de lunes a lunes, bebía cual una botana y hasta corren por lo bajo rumores feúcos, algo así como que lo descubrieron con las manos en la masa, con el queso frito de un contrabando. Rumores más o menos fundados, habladurías, chismes, pero corren.

A estas horas y entre aquel chaparrón de palabras ni le había brindado asiento, tal vez por no descompletar el surtido del mobiliario de la Jefatura, quizás porque eran de vaqueta y Ramírez permanecía derecho, la maleta en tierra, y apoyándose para descansar, ya en uno, ya en otro pié, como las grullas. Apenas se distinguía entre la oscuridad la silueta del individuo repantigado en su posición favorita. El *fefe,* como llaman a este funcionario algunos campesinos de las altas cordilleras andinas de Venezuela, debía guardar algún presupuesto de alumbrado en proyecto de ejecución, aplazado o resuelto a ponerlo en práctica el día en que San Juan agache el dedo, pues sólo dió barruntos de su predilección por la luz, cuando después de raspa que te raspa y de descabezar casi una caja de cerillas de la Fábrica Nacional, logró hacer candela y acercarla a la punta de un rollo de hojas en forma de tabaco. En la casa de enfrente no estaban suprimidas las velas del gasto doméstico y en la sala encendieron alguna cuya lumbre, saliendo por un postigo, tuvo la pícara ocurrencia de bañarle la cara al general. El maestro que acechaba en guardia le clavó los ojos como dos chuzos. Era un cincuentón enjuto y de cabello entrecano, cuencanudo y con anteojos ahumados, de esos que usaba un chusco, no para ver mejor ni para defenderse del polvo o del mucho resol, sino para que no le sorprendieran las malas intenciones. Estilaba un bigote de empedernido fumador, ralo y canijo, disparejo y a lo chino, blanquizco y amarillento en las puntas de los pelos. La *chiva* era lo que estaba al modo de la cola del macho cabrío, torcida y lustrosa. La moda de dejarse este rabo como única barba en la cara, usada por Guzmán Blanco, indujo a sus compañeros y compinches a no quitársela nunca y como todos eran, o lo remedaban, hombres de pro o de algún valer en las esferas políticas, a falta de otro mejor y sin

almizcle se les dió por antonomasia el nombre de *chivatos*. El que Ramírez tenía de frente no parecía un vagabundo a la simple vista, pero en realidad lo era, aun para los que no se jactasen de ojos de lince. Ostentaba un aire de gran señor venido a menos, y a mucho exagerar no gastaba de hidalgo ni el sustantivo. El maestro pretendía sondearlo de una vez hasta calarlo en la profundidad, si es que había algo más que superficie o fachada y para saber de cierto qué puntos calzaría de taimado y de pillo cuando se viera en el caso de habérselas y medírselas con él. Por la vida que llevaba de villorrio en villorrio, de titiritero de la enseñanza, saltando por encima de inconvenientes como brincando candeladas, conocía a los jefes civiles ni más ni menos que la tabla pitagórica. Por lo visto el badulaque con quien dialogaba no desmentía de la estirpe, congregación o manada, por lo progresista y patriota de aquel que en Tumeremo quebró los escasos faroles de las esquinas para cogerse los bolívares del alumbrado que ni siquiera era costeado por las rentas municipales sino por una junta de comerciantes y vecinos; y de otro que en Guasipati derribó las frondosas ceibas de la plaza para venderlas convertidas en leña, y de otros muchos de este mismo jaez y condiciones sociales, que abundan como las sabandijas. Cuando así lo despellejaba, regresó el acucioso secretario, con la lengua afuera de puro correr, y con la fausta nuéva de que la señora Remedios le cedía la pieza por ser exigencia del jefe y venía desalado a participársela a su superior jerárquico y a conducir al forastero, que dió por terminada aquella entrevista a obscuras y expresando el agradecimiento con las trilladas palabras de costumbre, se marchó con su música y el acompañante al lugar del alojamiento.

El grasudo secretario lo guió hasta el umbral. El maestro respiró, abrió el cuartucho, al fin se acomodaba. Encendió un cabo de vela que llevaba en el bolsillo, guindó como pudo la hamaca y cayó sobre ella de bruces. Noche de santo varón: en vano hubieran pretendido trasnocharlo todas las chinches de La Guaira y todos los *zancudos* trompeteros de los manglares de Puerto Cabello y los caños de Maturín. Amaneció. ¡Cuán bello es un tranquilo despertar! La claridad se le metía sin avisarle, sin anunciarse, en la forma de una faja larga y blanca

tendida entre los batientes de la puerta y sus cabellos. Volteó la cara una y otra vez, para librarse de aquella única molestia intempestiva. El piar de los pájaros, la algazara de aves y animales caseros, aquel alboroto de jardín zoológico, no le dejaron chispa de duda a Néstor Ramírez, preceptor graduado y no por recomendaciones, en propincuo ejercicio, de que un nuevo día lo estaba acariciando en tierra extraña y remota, dentro de su propia patria, en donde quién sabe cuántos contratiempos y desazones le esperaban. Se estiró, se desperezó. Un cerro de ideas y de angustias se le vino encima; otra vez a reanudar las tantas veces interrumpida tarea de maestro trashumante, de caserío en aldea, y de villorrio en pueblo; ahora por aquí, a través de chaparrales; luego por allá, a lo largo de los caños; siempre de paso, de romería, a manera de esas aves errantes que no fabrican nido en ninguna fronda, que no tienen apego ni a los montes ni a los climas. A tejer y a destejer, no el paño sedeño y pulcro de la leyenda antigua y poética, sino el camastro burdo y grosero de una cuasi comedia vulgar. De nuevo sobre el yunque tosco con el martillo en la mano. A abrir el zaquizamí de una escuela rural, a encorralar unos párvulos cerreros, a empezar con el abecé y a concluir con un reemplazo inmotivado y súbito, o un cambio imprevisto de localidad, porque así lo requieren las necedades, digo, necesidades del servicio: a lo sumo, nada en dos platos. Vida de altibajos, vida de azares, vida de buhonero que va de puerta en puerta con su caja de chucherías y baratijas al hombro, pero siquiera con el móvil seguro de acaparar de centavo en centavo el sustento diario y de granjearse al postre una posición holgada para cuando vengan los alifafes de la edad; mas para él barruntaba solamente una cáfila de ceros! ¿En qué iría a parar el maestrín con sus bártulos de conocimientos en la cabeza, con ese morral de angustias y desengaños; hacia qué meta aspiraba, hacia qué Paflagonia misteriosa dirigía sus plantas? Hacia dónde, por Dios! Qué le restaría de positivo, de efectivo, de real, de sustancial, en el haber de su existencia, después de tántas vueltas y revueltas, después de tánto ajetreo con la quincalla de la enseñanza al lomo? Y en retribución de tánto afán, de tánto malestar, de tánta privación, de tánta consagración, cuando llegase el momento de quedar inútil por enfermedad,

por invalidez, por los años, con qué contaba para sostenerse en firme, si los sacos vacíos, al decir de Benjamín Franklin, jamás se tienen derechos ni de pié? Masticaba y rumiaba estas enconadas cavilaciones cuando la luz matinal bullente, dicharachera, como un abanico de rayos se abrió por todos los intersticios de aquella escuálida pieza en que sólo aparecían la maleta, la hamaca y debajo los zapatos, un cabo de vela de cebo ajustado en el gollete de una botella... Arriba, en el techo las viguetas, las varas, las cañas lisas, y él, íngrimo, sentado, con las piernas colgando, o mejor dicho, la negación escueta y hostil de todo bienestar, de toda comodidad, empezaba a dibujarse una vez más en el estrecho horizonte de su vida: implacable como siempre, descarnada y horripilante como nunca. Se llevó las manos a la frente, se la apretaba en su desesperación; aquello era para perder el juicio.

Al cabo y haciendo uno de esos esfuerzos subitáneos de los legítimos hombres de acción, se irguió de un golpe cual si fuese sacudido por una corriente eléctrica para echarse afuera, emprender a puñetazos la brega, derecho, de frente, hacia delante, con su resolución y voluntad desplegadas a toda vela.

Y de veras desarrolló sin vacilaciones la agilidad y diligencia de que era capaz y con una maestría digna de verdadera loa, cuatro días después de su arribo, abrió la escuela con una pentalfa de analfabetos de la cimarronera, recogidos a uñas de buen caballo por entre los matorrales del caserío. Por bancos utilizó dos taburetes viejos, desvencijados, de cuero peludo, descubiertos en una *chivera,* cuya propietaria le cedió a préstamo y que él con sus propias muñecas limpió, ajustó y claveteó lo mejor que pudo; dos pilas de adobes con una tabla atravesada encima, le dieron sitio para tres alumnos; y una silla descosida, rota por el respaldo y chirriadora, y una mesa, que lo fué en un tiempo, puesto que hubo que ponerle patas del primer leño que halló a manos, regalo de una de las madres de familia para el maestro, fueron los primeros enseres del simulacro de escuela. Hizo de pizarrón un pedazo de coleta pintado de negro humo a la carrera y colgado a la pared; y con todo este superabundante mobiliario comenzó la tarea de chalán de chicos cerriles y farolero de la instrucción primaria. Todo le salió por aquellos días a pedir de boca, en

vez de huirle la suerte amiga y aliada de los animosos, al modo de las hembras rendidas, se tropezaba con él. La señora Remedios, tan huraña, tan incomunicativa, tan inservicial, se le ofreció de propio marte para prepararle la comida por lo que quisiera, por unos cuarenta bolívares al mes, y a lo sumo, eso sí, por un mes nada más y perdonándole mucho, pues como ella misma le había explicado, no era hostelera ni sabía de guisos ni le gustaba el oficio: de ñapa poseía un pegujar con unas cuantas vacas y otros animales y casa en qué vivir. Le arreglaría la mesada no fueran a decir las lenguas malignas y ociosas que en un pueblo como Moitaco el maestro tuvo que largarse por falta de fonda: era solamente por hacerle el servicio—un favor no se le niega a nadie—y nada más.

En aquellas apremiantes circunstancias la acción de la buena mujer, dar de comer al hambriento, resultó una graciosa caridad sin uñas. En tiempo no muy lejano, un sirio de Monte Líbano, de esos que vienen con una caja a las costillas y regresan a su tierra como unos potentados, de esos que no se trascuerdan de un bohío por más que se les trate de esconder entre las cuevas y bejucales de un rastrojo, anduvo todo un día con el avío crudo en la mano, de casa en casa, sin que le vendieran ni le ofreciesen de balde una olla para cocerlo. Después de aquella abstinencia, sin haber ofrecido el ayuno, el *jurungo* salió de aquel pueblo como espantado de tigre. Y juró no volver con sus baratijas, que es el mayor juramento de un turco.

La señora Remedios, una cuarentona trigueña y apulpada, era viuda de un *sarrapiero* que en afortunados tiempos logró reunir en buena cosecha un par de miles de pesos y con estos andamios construyó la casa en que habitaba, compró unas cabezas de ganado vacuno y como aquel su primer negocio tenía más altos y bajos que una calle de Ciudad Bolívar y daba más brincos que cacho en un empedrado, resolvió no aventurar sus ahorros y no volvió a asomar las narices por las vegas del río Caura; y cuando San Pedro lo llamó para el arreglo definitivo de cuentas, estaba en camino de ponerse las botas, limpio de polvo y paja, libre de compromisos pendientes, pues el rebaño pasaba de las ciento y pico de reses; los conucos de lozanos parecían una bendición y como los empe-

ños y consejos bíblicos de multiplicarse no habían llegado sino a un casar de muchachos, con aquello y la mano de Dios era suficiente para más de cuatro dentaduras. Por fortuna el varón resultó sin un vicio ni malas mañas, era un *guáramo* como ella se ufanaba en repetirlo, era como su padre un palo de hombre para el trabajo; y la hembra una mocita de fundamento, agenciosa, que también sabía amarrarse los fustanes, y ella, por si acaso, la llevaba prendida de la pretina de los suyos.

Madre e hija habitaban de fijo en Moitaco. Uno o dos meses al año residían, por una corta temporada, en la posesión de *Naranjal,* al lado de Isidro, cuando tenía que desmontar para las rozas nuevas, ayudándolo en el manejo de peones o cuando el maíz estaba de hacer *cachapas,* tiempo de abundancia y de regocijo. Eran dos ocasiones que hacían época en aquellos campesinos. Entonces se multiplicaban las dos mujeres: si la una atendía la cocina, cargaba el agua del jagüey, cuidando de los animales domésticos, lavando la ropa, la otra se entregaba de lleno a los quehaceres más cónsonos con su inexperiencia: zurcir, remendar, aplanchar, servir la mesa para el hermano y para ella, pues la señora Remedios, como de costumbre, comía después de sus hijos, en una barbacoa cercana al fogón.

Aquellas permanencias en el campo estrechaban más, si se puede, los vínculos de aquel trío de labriegos, y cuando era el momento de trasladarse a la finca, ambas con retozos de alegría en el pecho, con mucha anticipación, cual si fuese para muy lejos, principiaban a tomar las disposiciones de arreglar el viaje.

Fué después de uno de esos regresos de la hacienda cuando apareció el huésped, como caído de una nube. Remedios llegó redonda de puro gorda, casi lo mismo que antes del matrimonio, porque ella se casó un poco *jechona,* pero en sazón. Traía la cara tostada por el sol, con ese color de canela seca que revela salud, y las manos y los brazos manchados y endurecidos por la rudeza de la faena, muy alegre y servicial, vendiendo bienestar; y la muchacha más espigada, robusta, frescota, había almacenado una buena porción de oxígeno montaraz en la sangre, que le circulaba hobachona por el cuerpo y

le pintaba, al igual que a su homónima la rosa de montaña, unos arreboles de fuego en las mejillas.

Le decía el pulpero a una su comadre semi provecta, solterona y medio endiablada:

—La Remedios ha llegao que ni pa encargo, a cualquiera le provoca meterle el diente. Está que se raja de gordura. Y con unos meneos!

—¿Y por qué no se arriesga? le contestó. Nadie le pone a usted bozal en la bemba.

—¿Que por qué no lo hago? Porque no se me ha ocurrío.

—¿Qué no se le ha ocurrido? ¿Qué es lo que no se le ocurre a usted? Es que están verdes los cambures.

—¡Miren qué salía! Pa esa gracia le hacía la rueda a la hija, que está de rechupete.

Se llevaba los dedos a la boca, con un gesto bellaco y reía socarronamente.

—¿A la hija? Otra ocurrencia mejor. ¿Y no le haría daño, compadre?

—¿Y cuándo se ha indigestao nadie con un caramelo?

—¿A la hija? continuó remordida por aquella presunción, no venga con esas, ni que estuviera de apuros. Una zagaletona empezando a vivir, y con su buen pasar, bonita, avispada, más arisca que una matacán, compadre, no le arriendo la ganancia. Métale el pié y verá el resbalón, si no es el costalazo que va a dar con vuelta de carnero.

—¿Qué está creyendo, comadre? ¿Si toavía no estoy de baja. Yo me echo al hombro un saco de seis arrobas y me quedo como si tal. Le apuesto a que no me hacen un cacao esos mocitos de ahora.

—Pero ese costal no se lo echa, ni siquiera lo toca, por más que puje y sude. Ese bojote no es de hojas. No arriesgue una *locha* porque la pierde. Eso se quisiera el sapo.

Continuaba riendo la comadre, con una de esas risas comprimidas y maliciosas, haciéndose la desentendida, al tiempo que acomodaba sus compras en el *mapire* que sostenía sobre el mostrador; y volvió a la carga:

—Haga la diligencia con la madre, que las viudas aunque se espanten y se alcen como las potrancas, siempre llegan a la puerta del corral.

—Pero ¿qué se le ha pegao a usté? Parece que le hago estorbo; ni que me estuvieran arreando con garrocha.

—O mostrándole el collar.

—Qué collar ni qué Juan collar. ¿A qué usté no se acuerda de la tonada?

—¡Al agua patos! Le picó el ají! Hasta coplas tenemos en la busaca: échela.

El pulpero, sacudiéndose las manos una con otra, porque acababa de picar papelón, se puso en jarras y entonó con un aire de solemne suficiencia y garbo:

Yo no me caso con viuda,
Voy a llevarme ese punto,
Por no ponerle la mano
Onde la puso el difunto.

Y continuaba:

—Ya sabe usté, donde la puso..... en...

Y se gozaba.

—Ji, ji, ji, se rió la contendora, ¿conque de esas tenemos? Oiga: dejémonos de chanzas, ahora soy yo la que le hago la apuesta y se la sostengo. Mire, no sea tan bobo, usted no le pone la mano en esa ni en ninguna parte que valga y si no que lo diga, que lo diga... la...

—¿Que lo diga quién?

El hombrote abrió los ojos tamaños como los de un vendedor de prendas, y algún trance ridículo de su vida le cruzó por la imaginación, avergonzándolo y haciéndole arrugar el ceño de un modo tal, que la indiscreta sabedora de todos los intríngulis del pueblaco, resolvió alejarse dejándolo con la soga en los cachos.

—¿Que se lo diga yo? Que se lo diga la otra. Si eso le revienta y le remuerde, ¿me crée tan zonza para decirle una jota? A otro perro con ese hueso.

Asió el canasto de un tirón y se lo acomodó en la cadera y salió por la puerta afuera como ánima que lleva el diablo. Ya le habían pasado al pulpero Candelario sus manos por me-

terse con aquella lengua de *chirel* que esgrimía la comadre y que no dejaba títere con gorra cuando se la picaba. El hecho aludido y que la ardía como un sinapismo en los ijares, era el recuerdo de las calabazas que le dió una muchacha campechana, a quien estuvo cortejando por mucho tiempo y que lo dejó como burro enflorado, con el rancho y los muebles listos para sacársela, y todo a causa de que el individuo o individua que olió el tocino pintóle a la interesada la avaricia y el mal carácter del pretendiente, con el chiste de que los ratones y cucarachas se huyeron de la pulpería con el equipaje a cuestas y bostezando, locos de hambre; y que los limones agrios eran más dulces que él cuando estaba de buen humor, lo que sucedía muy raras veces, y con aquellos malévolos, envidiosos, exagerados embustes de parroquia, *chísmenes* según Romanace, le tiznaron y ensombrecieron la cara para toda la vida.

Más vale caer en gracia que ser gracioso. Y un comedido se gana una vaca parida en el llano si lleva con qué, al decir de las gentes de hato. Ramírez cayó bien parado y se las ganó por arte de birlibirloque, a no ser que el esfuerzo de instalarse, logrado en un seis por ocho, irradiara sobre los seres que le rodeaban, sin sospechárselo él mismo, los rayos invisibles de ocultas energías. Se encontró entre los barzales de Moitaco no una patrona, sino casi y sin casi un hogar preparado de bóbilis bóbilis. Remedios le obsequiaba con la limpieza de la habitación y de los cachivaches y de adehala también con el aseo de la escuela. A las siete antemeridiano podían llegar los muchachos y ya estaba el piso estregado, barrido y empapado de agua, la única manera conocida en la parroquia y en la ciudad (si no me engaño) para salvar del polvo narices y bronquios. Los semi bosquejos de muebles sacudidos y el agua de una tinaja barrigona que había en uno de los rincones, a horcajadas sobre una horqueta, aguardaban las asentaderas y las fauces de los discípulos. Y luego las horas de comida eran tan exactas como las más precisas que se pueden apetecer cuando se es maestro de escuela, que si esta legión de patriotas carga la fama de vivir con canina, tal vez no es mal adquirida ni una hipérbole tampoco.

Ramírez jamás tenía necesidad de dar indicios ruidosos de que no estaba con desgana, eso de abrir un palmo de boca, descubrir las agallas o bostezar a solas o delante de la gente, hubiera sido una exageración: primero dejaba el sol de salir que él de sentarse a la mesa, detrás de una trinchera de arepas, queso, alguna costilla de marrano, café con leche y algo más. Entiéndase sin subrayar, que eran las de Remedios las únicas faldas que se daban el gusto de deslizarse por los cuartos (por cierto muy suyos); entiéndase también, a pesar de la opinión embustera del pulpero, que todo lo encontraba fácil tocante al sexo débil, a quien, no obstante el berrinche que le causó la comadre de marras, se le volvía el caldo tajadas cada vez que la veía reluciente y en condición, como diría un perito en hipología. Pero nada más que la madre, Rosita Caicavare no aportaba por la presencia del maestro sino de tarde en tarde, cuando la madre le permitía que saliera hasta el quicio de la puerta de la calle. Allí, antes de que le abonasen al bachiller la primera quincena que estaba en la perspectiva de quedarse colgando de un bejuco, le pagó tributo a la soledad que inspira sentimientos almibarados y blanduzcos y a los caprichos que liban las abejas del amor. Cayó en la nasa y soportó el noviciado, mas no ganó los derechos que se derivan del abono de todo impuesto y la muchacha se hacía la sorda y remolona cuando con el entusiasmo lírico de un galán de pueblo (no escaso en metrópolis) se desleía en piropos y chicoleos de tres al cuarto, de esos que empiezan por sentar que con "tu sal y tu gracia, me atas el cuerpo y el alma; y si no me quieres, niña, hasta aborrezco la vida" y terminan mal cuando no concluyen peor. Y sudaba la gota gorda pelando la pava. Pero ni por esas. Si la cimarrona no era manca de los oídos, estaba en camino de serlo. La zagaleja, como todas esas muchachas montunas, hablaba poco, contestaba con parquedad y discutía menos. Después de los primeros escarceos y *repeluces* (estilo de gallero), aparentaba igual indiferencia, seguía sin darse por entendida ni sospechosa, con la cara fresca y jovial y con las pestañas de sus ojos impasibles y negros, con la flexibilidad y esbeltez de su cuerpo, con su orgullo y desdén de raza, porque era bien formada y bonita la caribe, era un típico ejemplar de aquellos famosos

aborígenes que aun se encuentran y demoran en los afluentes y riberas del Orinoco. Ramírez se acostó varias veces, después de sus vesperales entrevistas o paliques, cavilando que donde menos se piensa salta la liebre y que aquella india ingenua, que olía a selva virgen, a orégano, era por el momento la horma de su zapato que no le apretaba en los callos de los pies sino en el alma. Con la condición apetitosa, estímulo de paladar de sibarita, de que no había querido ni quería a nadie, mas con la desesperanza y desaliento de que pudiera ser el afortunado y predilecto de la empresa acometida. Se lo habían dicho—y no lo creyó al principio—los monteros que lograban hacerse amigos de los indios y que les tuvieran confianza sin sospechas y reservas, sin temores y recelos: "Es difícil, ni más ni menos que encaramarse a un corozo, el que una india se enamore de un blanco, y aun enamorada, trabajoso que se resuelva y disponga a tirar una parada; mas cuando de veras se encabrita a salirse de su querencia, no hay vallado ni espinero que la atajen". Y ahora estaba palpando en propia cabeza la verdad de aquellas ajenas observaciones y experiencias.

Cierta vez que tras de mil circunloquios y palabrerías a propósito, arribó a pronunciar con la mayor delicadeza, no una declaración directa, que el *guaral* no daba para tánto, sino casi balbuciendo por dentro las frases reglamentarias, pero en realidad diciendo:

—¿Qué hará usted, Rosita, cuando un hombre serio y formal la quiera con toda el alma?

La caribe con una rapidez de pájaro, con los ojos negros que relampagueaban extraños y agresivos fulgores en la sombra, y con una voz acerada y decidida, le repuso:

—¿Querer yo? ¿Y a quién? Eso está por ver.

No le quedó más recurso que embolsar el violín y casi escurrir el bulto, estarse quieto o quedar colgando. Y luego de una pausa embarazosa, zaherido por una corriente magnética irresistible, algo así como el afán de las mariposas atolondradas que mientras más se chamuscan más se arrojan a la luz, en medio de una ofuscación desconcertante, sacando fuerzas de donde tal vez no se imaginaba él mismo que las hubiese, de ese venero de audacia masculina que no se detiene ni

acobarda ante las fugas o repulsas de la hembra, se lo cantó sin rodeos:

—Sí, ¿qué hará usted con el hombre que la quiera de veras, como lo está oyendo, con el hombre que la quiera y se lo confiese con franqueza?

—Eso está por ver, repitió, con sequedad y dureza.

Aquella situación era para enfriar un témpano o para descoyuntar a un hércules. Se miraron, se volvieron a mirar y con la viveza de los ojos la púber agreste dominaba a Ramírez. De aquel paso lo sacó con bién y salud la voz de Remedios que en ese momento atareada en sus quehaceres domésticos y haciendo ruido al envolver y desenvolver bojotes, desde el corredor de la casa le decía a la hija:

—Díle a Don Néstor que para mañana le tengo carne de *váquira,* que mandada por Isidro acabo de recibir de *Naranjal.* Y que provoca de lo gorda!

—Gracias, se adelantó a contestar, y hasta mañana.

Fué lo único que pudo balbucir y agregar, y así terminó la frustrada primera intentona de amorosa declaración.

Meses atrás, el *chivato,* el jefe, único ratón que huele todos los quesos del pueblo, que disfruta de la especialidad de meter las narices en toda grieta o rendija, aunque se las pinchen, había olido la cuajada de aquel zarando, pero también se le cuajó la palabra en el gaznate cuando a la segunda o tercer visita se encontró con que la madre, en una salota desmoblada e íngrima y más alumbrada que de costumbre y a vueltas de confesar de buenas a primeras, sin que él se lo preguntara, que Rosita era muy dormilona, se acostaba con el último sorbo y con el último bocado de la cena, el chorro de interrogaciones se lo atajó con respuestas cortas, con monosílabos secos, enteramente insípidos.

—¿Que si ella no ha ido nunca a Ciudad Bolívar? ,

—Nó.

—¿Que cuándo piensa hacer un viaje a ésa?

—Nunca.

—¿Y a la fundación?

—Por ahora no.

—¿Isidro vive de continuo en la finquita?

—Sí.

—¿Viene por una rareza? no se le ve por el pueblo?

—Sí.

Y con esta avaricia de palabras, como al buen entendedor le basta con una, le fueron suficientes los síes y los nóes de aquella visita para no chocar otra vez al tranquero, y pagándole el pato la *chiva*, dándole que es tarde, estirándola y manoseándola, le dejó el puésto.

Me soltó frío, se decía a sí mismo, y gracias a que no me diera con la puerta en las narices.

A poco ir y venir, el *chivato* trató de intimar con Ramírez para imponerse de algo interesante que husmeaba, verbigracia, si no había por allá, por los lados del capitolio bolivarense, quién le estuviera minando el puésto, pretendiendo desmontarlo de su silla, que aunque matadora y pelada, casi un fuste, era silla; porque para una correa no falta cuero y para una Jefatura Civil, sin embargo de que la entierren en el bache más hondo del país, no falta un falderillo que le ladre en la boca. Y este peligro es harto inminente cuando un ciudadano de sus servicios y condiciones logra organizar la renta y redondearse un sueldo simpaticón, a expensas de sus habilidades y manejos de tapadijo y "propende por todos los medios que están a su alcance al progreso y bienestar del Distrito y de sus habitantes".

Era preciso concretar el punto. Fuéra lo había estado *sabaneando* y por dos o tres veces, con el mayor disimulo, le insinuó aquello, sin ir a fondo, pero no le sacó nada. Ahora era urgente hacerle una visita en forma y meterle el pico.

Fuése a donde el maestro.

Era uno de esos días turbios, nubosos, lloviznones, en que tras de un aguacero aburridor, se viene otro encima sin avisarse y cuando úno cree que ya no habrá más agua, las nubes simulan descolgarse poco a poco y hechas las bobas dejan caer el resto de la que guardan en sus cántaros. Tal cual transeúnte, a trancos largos, pasaba bajo los aleros, a relés de las paredes

Néstor había acabado de cerrar la escuela y con aquella displicencia del que nada tiene que hacer, se disponía a echar un vistazo hacia el corral, a ver si por casualidad divisaba el penacho de Rosita, lo que escasas veces sucedía, pero no era

raro que aconteciera, pues en tiempos secos salía con una *camaza* a regar la barbacoa arrimada al cercado, donde estaban los cacharros con matas de flores y un cuadro de hortalizas; y ahora podía arribar, ya fuese a ver los deterioros causados por la lluvia en sus potes favoritos. Miraba, pues, con un libro en la mano, cuando a la espalda sintió detenerse unos pasos; tocando con el bastón la puerta se anunciaba el general.

—Tun, tun, golpeaba. Epa, amigo, ¿qué tal?

Y se metía de rondón antes de que le diera tiempo de mandarlo pasar adelante.

—Así, así, me alegro de verlo. Voy empezandito.

—Eso me han dicho, que usted abrió la escuela con un buen número de muchachos y se le llenará tal vez. Y eso es de alegrarse.

—Mucho lo dudo.

—Pues no lo dude; por algo se empieza; eso es como el comer y rascar.

—Si es verdad, por lo regular el principio es bueno. A poco andar es que vienen los tropiezos, se desalientan los papás o los alumnos.

—Y quieren andar al vapor, y como no lo consiguen se *chacean.*

—Pero siéntese, aunque sea en este bártulo.

Echó mano de la silla aquella de agujeros en el respaldo y se la brindó. Era el único mueble con que se podía hacer esa mueca de galantería. Y él ocupó uno de los *butaques.*

—Pues como le iba diciendo, agregaba el mandatario, ya tiene escuela y discípulos, que no es poco, si a eso vamos. Cuentan que aquí años pasados un maestro lució por mucho tiempo tres escolares apenas, y yo no lo dudo, ganaba treinta *morlacos,* le salía cada chico a diez mensuales. Si se lo estoy diciendo, ya verá que no es poco.

Creía decir una cosa inaudita con esa trivialidad y se apoyó más en el asiento, como para asegurarse, a la vez que se metía en la boca, como para entretenerse, el puño del garrote de *araguaney* que le servía de bastón.

—No ha salido estos días, añadió.

—Ni poco ni mucho.

—¿Y qué hace? Aquí se muere úno de fastidio.

—Me la paso leyendo después de las clases.

—A mí me cansa mucho la lectura. Tengo la vista corta. Y además por el atraso de los correos me llegan unos rimeros de periódicos de Caracas que son capaces de asustar al más guapo: los leo salteados, entresacando lo que más me gusta o me pica la curiosidad.

Y paró el trote. Larga, dislocante pausa. Se sentía el volar de las moscas. El maestro no sabía cómo levantar el muerto de la conversación, ni el otro tampoco.

Soltó el bastón y se agarró la *chiva* el jefe. El chin chin de la lluvia seguía con su monótono caer. El desconcertado institutor trató de abrir el libro, pero luego se detuvo y miró hacia el patio: pudiera herir al visitante en lo vivo aquella descortesía. El general lo miraba por encima de los anteojos, que los tenía muy caídos, hacia la punta de la nariz. Suspiró muy compungido y hastiado y giró la vista en torno, con unos ojos de requisidor de aduana, y comenzó a hacer un inventario comparativo: Ramírez no estaba mejor que él cuanto a los muebles, pero sí le llevaba un jeme de ventaja en el aseo. Se comprendía que por ahí andaba de un modo u otro la mano de alguna mujer. La pieza de habitación que ocupaba era una dependencia de la Jefatura, olía a fábrica de tabacos, los chicotes andaban esparcidos por la orilla de las paredes, por debajo de la hamaca, a granel. Se la barría un criado del secretario, por no dejar, o como quien dice, una vez al año por la cuaresma; y aparte de su silla vaquera aperada poseía un gran baúl de esos forrados en hojalata, de color chillón azul o amarillo mamey, gusto y refinamiento de las elegantes manufacturas de Curazao o de Trinidad.

Hecha la requisa, se encaró a Néstor, quien por no hallar nada que decir esperaba la embestida.

—Aquí ni siquiera encuentra úno con quién entenderse. Hombre, qué fastidio! Es para aburrirse el aburrimiento. Los domingos no juegan gallos, nuestra fiesta más popular, mi diversión favorita. Ni por pienso me había figurado esa plancha. Yo creo que al que no le gustan los gallos, no le gusta ni la *manteca* (y hacía la seña de rascarse la mano). Esta

gente es muy antipática. No se consigue un par de tercios para un golfito, no conocen el póker, la malilla, el solo. Y lo que es tirar unas paradas de dados, ni de *guama*. Y créamelo, por lo más sagrado, los santos deben tener naipes en el mismo cielo, porque si no se fugan de la gloria. Aquí pierde la paciencia el flemático Job, hasta las piedras de la playa sudan de puro aburridas. Qué vida, compañero!

Dejó las chocarrerías para encajar la muletilla de costumbre:

—Después de tanto servir a la patria y aguantar plomo hereje de los godos, después de tantos sacrificios, condenarle a morir a úno en un degredo, no le parece una bien gorda?

—No tanto, general. Un hombre puede adaptarse a la desolación más grande y a las mayores privaciones. Usted no ha sido un andariego? El ir y venir, el golpe tras golpe de la vida nos hacen más resignados, y más fuertes.

—Ah! Cómo no. Si a eso vamos, a un hombre como yo, de *rajamacana,* que empezó su carrera con el general Camero y la terminó con Falcón, no se le frunce el pellejo, no se pára en pelillos.

Otro receso, otra suspensión; no se podían atar los cabos de aquella charla que se desmenuzaba de por sí sola.

El maestro divagaba.

Creía aturrullar a Ramírez con citarle aquellos nombres y como el institutor no estaba tan descalzo en achaques de historia contemporánea, le dió a entender a las claras que tenía delante a un tránsfuga, a un veleta, a un pastelero. Empezar la carrera con un hombre como el general Facundo Camero, que fué por su entereza y gallardía respetado hasta de sus bravíos contendores, para rematar en la vergüenza de la claudicación. Juzgaba las cosas tal y como fueron, su criterio no era nido de telarañas, veía en las revueltas nuestras con ojos imparciales y toleraba lo que humanamente merece tolerancia. De resto no. A él no lo engañaban con nombres pomposos o con hazañas nunca vistas, si debajo de esos nombres o esos hechos se topetaba con la realidad y los vicios que nos han azotado violentos e implacables por tres cuartos de siglo. Para él un apellido no significaba nada, si no es la encarnación de ideas o de acciones eminentes. Entonces fué el maestro

quien le echó la vista escudriñadora, de modo que no le quedara un jerónimo de duda sobre el juicio que se había formado desde el principio. No tenía lazos de familia, entronques ni complicidades con el pasado, y podía analizar fría, serenamente, la comedia o tragedia de cualquiera de nuestros hombres públicos, y que rabien y vociferen los zaheridos o paniaguados. En otros tiempos eran omnímodos, ahora les quedaba el recurso del pataleo. Su visitante era uno de la manada presupuestívora, que empezó sus inalterables funciones de sanguijuela ahora media centuria, que si dejaron rastros fueron a guisa de los de la zorra, conocidos por el reguero de plumas; y que ya inválidos, porque inútiles han sido siempre, para hacer más daño, si se quiere, tienen la habilidad de colocar hasta los últimos roedores de su parentela en puéstos distribuidos por diversas localidades del país. Era un rezago de la errada tradición de políticos embusteros, buscones y pillastres, que hoy al presente y a las puertas de los tiempos nuevos, con la vista desfalleciente, fija en el pasado que se les aleja más y más cada día, sueñan y suspiran por retrotraer, por renovar la farándula desacreditada y ridícula de su época; que sólo sirven de estorbo, cuando no de rémora, y si alguien trata o emprende innovaciones o adelantos, se amilanan, se asustan, se oponen, porque sus cerebros se fosilizaron y detuvieron por los años de 70 ó de 80 y sólo piensan como pensaron entonces y quieren vivir de enredos y de trácalas como vivieron en aquel tiempo, y se imaginan que la luna es pan de horno, es decir, que el mundo se paró en su marcha de civilización porque hace muchas décadas se estancaron y murieron, sin que los hayan inhumado todavía. Era uno de esos infelices ejemplares destinados a desaparecer, mas que por desgracia nuestra no desaparecen aún; que no se acaban para dejar, al extinguirse, siquiera franco el paso a la falange entusiasta y joven que no mira hacia atrás, hacia la sombra y va de cara al sol, porque sabe que el mismo iniciado de Judea mandó que los muertos enterraran a sus muertos y porque espera confiada, y con razón, que para un pueblo de grandes quilates las épocas venideras, lejos de ser nubladas, no tendrán eclipses y serán de fijo espléndidas.

El *chivato* se había hundido en el golfo de sus propias lucubraciones, y ya sin el puño del bastón en la boca, torcía y retorcía la *chiva,* cual si quisiera adelgazarla o sacarle punta, con los ojos fijos en el suelo y una pierna cruzada sobre la otra. Acaso soñaba en las canongías y gangas que a su pesar lo abandonaron, en las mordiscadas que dió al turrón del presupuesto, cuando sus mejores amigos de francachelas y retozos políticos calavereaban, al antojo disponían de empleos y emolumentos; pero aquel delirio o realidad se deslía en un lejano crepúsculo, al modo de una barca que sola y aislada, en una tarde sombría, se perdiese en el horizonte azul de los mares margariteños.

Ramírez lo hizo volver en sí con una salida imprevista, de maestro:

—Usted no piensa dejar este municipio, como que le ha gustado mucho, me dijeron que tiene tres años de permanencia en el lugar.

—¿Cómo dice? Dispense, le repuso, estaba distraído.

Levantó la cara, con ojos y boca de alelamiento.

—Que si usted está acomodado en estas playas tan simpáticas y ha resuelto fijar aquí su residencia, o a lo que se ve, invertir una docena y media de años en este edén.

—Acomodado, simpáticas, repetía, barajo ese tiro, como que usted está hoy con intenciones de *mamar el gallo,* y no estoy para chanzas. Mire, maestro, que si no fuera por la carta de recomendación (hablaba sonreído) lo pongo a bailar en un tusero, lo metía de cabeza al cepo. Sí, muy acomodado que estoy, y muy contento. Lo que me falta para acabar de arreglarme es una nidada de niguas en los pies, que se me hinche el hígado y me den los fríos y calenturas.

Ramírez había descubierto un filón y pensaba explotarlo, valiéndose de sus ardides.

—Ahora, añadió el jefe civil, yo también le voy a pagar en la misma moneda: usted se debe sentir a sus anchas, con la cincha floja; por lo menos tiene un par de vecinas que llenan el ojo.

Esto último lo dijo bajando la voz y con los labios estirados le hacía señas hacia las habitaciones de Remedios.

—Por ahí no me ande. Usted conoce el patio mejor que yo y debe estar más aquerenciado a lo que parece; lo único es que no lo demuestra, porque si no a los seis primeros meses sacude las sandalias, sin ser un apóstol. Usted se ha quedado por algo, general. Ya tenemos bastante amistad para ciertas confidencias y estamos solos. Hábleme con franqueza; algunas raíces le retienen sembrado en Moitaco.

—¡Pshe!

—Tal vez algún entretenimiento, algún cariño, de esos que se disfrutan a escondidas y no se cuentan.

Se sonrió complacido el *chivato* y miró al maestro con aire bonachón y expansivo.

—El cariño (y se daba algunos golpecitos en el bolsillo), el cariño indeleble que inspira el *monis*.

—Y qué más quiere usted: es un cariño sin que le quede arrugas. ¿Y quién le puede sostener lo contrario? Lo que no veo, por más que abro los ojos, es el modo de que se convierta en hechos palpables y sonantes.

—Ahí está la gracia.

—¡Que no es poca ni chinga!

—En sacarle punta a una bola de billar con los dientes, sin romperla, o en sacarse con ella las niguas sin desgarrarse las uñas.

—En atar perros con longaniza.

—O en morder con la boca cerrada.

—¡Qué palo de hombre!

—Y sin cáscara.

—Y no de *maraca*.

La risa se le vino tan de súbito a Ramírez, que por tratar de retenerla se le convirtió en un sibilante estornudo. Al visitante, que tampoco se pudo reprimir, se le iban cayendo los anteojos: los agarró en el aire, soltó una carcajada y se puso de pies, más alegre que unas pascuas. Sacó una cigarrera para brindarle. Por todo el semblante le corrían olas de pícara hilaridad y juventud. A la primera bocanada de humo, se abrió como un paraguas: la declaración paladina de sus fechorías empezó a caer de sus labios, sin intermitencias ni eufemismos.

—Uno tiene que mover los dedales y rebuscarse. El que no sabe andar por las teclas no le saca el són a ninguna música. Crear las rentas y después de bien gordas dar de comer al hambriento (hacía con los dedos de la diestra el signo de engullir) es una obra santa de misericordia. A un hombre como yo no se le hace cuesta arriba arbitrarse recursos. Si fuera en campaña, cuando úno se alza, y toma por asalto el primer pueblo solo o que le desocupen, un empréstito se le pega en la frente al lucero del alba, pero en tiempo de paz y bienandanza, ahora que la paz horrible nos ata las manos y nos embozala (hablo del gremio); ahora que el orden y la regularidad avergüenzan a nuestras actividades y celos nunca desmentidos para el mal ajeno, ahora es necesario hilar muy fino, aguzar las entendederas y asestarle al gallo un golpe de liendre sin que nos vean las espuelas. Ahora es necesario que el pollo caiga de abanico a los primeros *repeluces*. Supóngase que lo nombran jefe civil y no le dicen a úno: este es su sueldo, estos son los gastos, tanto para cuanto, tal para cual, sino que el Presidente cuando le toqué el punto me miró con ojos de cucaracha y riéndose me dió una palmadita en el hombro, mascullando: "General, perro viejo late sentado, no me venga con esas, usted es de la cuerda, no nos tiremos, se rebusca el sueldo y se lo redondea, salga de donde saliere, yo sé que sin draga saca polvo del fondo del Orinoco, hay compañeros míos y suyos que se tragan un tiesto de brasas sin beber agua. Las rentas del Estado no alcanzan ni para pellizcos; este papelón se lo llevan las avispas sin saber a qué hora; la comejonera que me rodea no tiene dientes sino serruchos; preferiría mantener con tallarines una arria de burros o enjaular un cardumen de tiburones. Un hombre de prestigio, como yo, no lo conserva sino a fuerza de maromas y de mañas; a los servidores y subalternos hay que sobarles el lomo con alguna *manteca* para que no refunfuñen o se escurran". Y todo esto me lo espetaba a quema ropa, como si yo no fuese un servidor también, y qué penca de servidor, un prócer de la Federación. Terminó con lo de siempre, que hiciera la diligencia, que yo no era baldado, que el pueblo de Moitaco tenía que ser el pagano, que yo no soy corto de genio, bailo un *joropo* en el filo de un cuchillo y no me pandeo por echarme un código al hombro!

No se lo dijo a ningún bobo ni el bobo lo echó en saco roto. Mi amigo, si se viere en ese aprieto, eche "pa lante" y con la cruz a cuestas y con el mazo dando. A cualquiera se le caen las alas del corazón y a cualquiera se las doy cuando al llegar aquí se encuentre con que las patentes de industria se reducen a las de unas diez pulperías, contando las de todo el vecindario; que no hay derecho de jugada, porque mis conciudadanos no conocen sino el jueguito viejo; que nadie se emborracha ni forma pleitos y no poder cobrar excarcelaciones; que no existen bailes públicos ni rentas de mercado para exprimirles el zumo; que no arramblo nada, porque ni comen carne, y siquiera arañar el impuesto de degüello; que no se casa un par de locos para rascarles el bolsillo a los contrayentes; y que para ponerla de oro, a ningún palúdico se le ocurre morir, para cobrarle a los dolientes el derecho de sepultura.

Ramírez, que lo escuchaba con atención, se hizo el sueco y fingiendo una sorpresa bufonesca, le manifestó:

—Eso era condenarlo a usted a morir de la peor de las muertes.

El *chivato* ante esta palabra, como era tan resbaloso y se pasaba de listo, pareció asombrarse de veras.

—¿Y cuál cree usted que es la peor defunción?

—No se haga el *musiú,* general: la de hambre, esa es la muerte más horrenda, según la opinión de los entendidos, por suposiciones y sospechas, porque los que la han experimentado no han vuelto para servir de testigos: esa es a la única que le tengo miedo. Créamelo, esa debe ser aterrante!

—Pues de esa me escapé yo, porque no se me agua el ojo ni dormido me arrastran las hormigas.

—No veo cómo. Es necesario tener la cabeza fértil en recursos para salir de un atolladero semejante.

—Salí de chiripa.

—¿Y cómo fué eso? Vale la pena saber cómo se resuelve el problema del hambre con las uñas, o de las uñas con hambre.

—Al que no las tiene largas o no las sabe manejar con arte. Ya verá cómo se brujulea en esos casos. Se me vino a la mollera un ardid de militar en campaña; cité a todos los vecinos, sin excepción de persona, y los reuní en la Jefatura

Civil, y cuando estaban más asustados que volverlo a decir, con las orejas paradas, porque hice de antemano circular la *bola* que tenían una pata en la cárcel y lo que les faltaba para remacharles el clavo era meter la otra, les espeté un discurso, poco más o menos en estos términos: " El objeto de haberlos congregado aquí, como ustedes comprenderán, ha sido obra de circunstancias apremiantes y fortuitas, obligado por una necesidad tan urgente que no tengo palabras con qué explicarla sinceramente. No dudo que sepan interpretar la justicia de mis intenciones; en dos palabras y contra mi voluntad, aunque me avergüenzo, debo cantar muy claro. Aquí me han mandado, sin que yo pusiera de mi parte el más leve esfuerzo, fatalidades del servicio, sin saber de qué rentas dispondría, y yo no puedo vivir del aire como los camaleones, ni tampoco colgar a unos honrados ciudadanos de los pies para sacarles plata y no dejarme morir de hambre! " (Grande estupor!)

Las caras de mis oyentes expresaban el temor y la sorpresa en sus distintos matices, estaban consternados, mudos, en suspenso. Todas aquellas facciones parecían de espectros, desde las arrugadas y lívidas, hasta las que presentan los ojos abiertos y brotados, cual si a sus dueños les apretasen la garganta para ahorcarlos.

Continué con una seriedad nunca vista, al menos entre los baturros de Moitaco:

" ¿Qué hacer entonces? De qué modo salgo de ese abismo? La difícil situación porque atravieso me ha colocado entre la espada y la pared: la espada es la necesidad y la pared, ustedes... "

Al llegar a este punto el miedo había tomado las actitudes del espanto, el silencio era de muerte y agarrando la ocasión por la cola, les disparé el trabucazo a boca de jarro. Hubo un momento de anhelación en todos los semblantes, y con la mayor sangre fría proseguí:

" Y todo eso se puede arreglar de una manera muy fácil, facilísima, sin perjuicios para nadie, sin gravamen para ninguno: yo necesito de un diario de veinte bolívares para mi sueldo y diez para mis compromisos particulares. Entiendan y no se olviden que en todo eso quedan comprendidos los útiles

de escritorio y gastos extraordinarios. Háganse el cargo de que por ese modo pagan la patente de res y media, que no la matan ni se la comen, pero que es la única salvación del conflicto en que nos encontramos. Mi secretario arreglará los inconvenientes y dificultades con las instrucciones terminantes que les comunicará a ustedes."

Y los dejé estupefactos.

—Como he quedado yo con todo eso, porque todavía no me doy cuenta precisa del *modus operandi,* o del *arañandi,* que decía el tío Luna.

—¿Del modo, del manipuleo? Eso fuera muy ácido, si no me hubiese encontrado con un hombre como mi secretario, con mi don Panchito, que los acabó de encandilar, que les metió las cabras dentro del chiquero: les explicó con la usura de un pulpero y las habilidades del oficio, que aquella suma distribuida entre doscientas personas pudientes no valía un comino, y en resumen: quince céntimos, en números decimales, o la miseria de tres *guasos* o *monagueros,* los puede y debe vomitar el bolsillo de cada uno de los vecinos en cambio de la tranquilidad del hogar, de la garantía de sus bienes, de la seguridad de sus personas; y que un hombre de la influencia y de los quilates patrióticos del general Rebollo, el único jefe civil sensato, de procedimientos correctos, les preservaría de las garras y la voracidad de los gavilanes.

Total: todos quedaron convencidos con aquellas contundentes razones, erizados por el riesgo inminente que corrieron y resueltos a entregar la cantidad convenida a la hora y punto en que se les ordenase; y sin decir esta boca es mía, se fué cada mochuelo a su olivo.

—¡Bravo, general, estupendo! prorrumpió Ramírez. Usted es el palo en que se rascó el verraco! Yo creo que otro hombre en igualdad de circunstancias hubiera renunciado el puésto en un brinco, pero usted está muy lejos de pertenecer a la clase de los pusilánimes, usted prefiere que lo renuncien.

—Pero la cosa no era tan mansa como usted se la imagina. Los corderos tenían la lana a mi disposición y al alcance de mis tijeras amoladas; la dificultad consistía en esquilarlos.

—Si pujaban amarrados y no pataleaban siquiera!

—La manada de mostrencos pastaba dispersa. Ese era el busilis.

—Pero eso era lo de menos cuando se había logrado lo de más. ¿Se había espantado de su propia obra? Sin dar un corcovo ni un balido, qué inconveniente se hallaría en trasquilarlos con pellejo y todo?

—Sin embargo, ahí era donde se encontraba el nudo.

—¿Y cómo lo hizo pasar sin tropiezo? Yo creo que para usted no hay atrancos ni nudos.

—Para eso estaba mi secretario, que si yo soy el palo donde se rascó el verraco, él es la piedra de tranca!

—Para bachaco chivo y para dientes colmillos.

—Ja! Ja! Ja! Tal para cual, cortados por una misma medida. Dios los cría y el diablo los junta.

Ríase, desternílllese, pero le aseguro que después de muerto el tigre no me asustaba del cuero, que como usted está viendo y palpando, mi secretario y yo contra los que salgan, nos jugamos embotados! Mas es lo cierto que si a los cinco días no veo a mi *sigüí* jineteando en una yegua rucia y con su morral terciado, salir del pueblo para recoger de rancho en rancho la primera quincena, se me hubiera quemado el pan en la puerta del horno.

—Pero a usted no se le chamusca ni se le quema nada.

—Ni a mi secretario tampoco.

—Ustedes fueron los que le sacaron la muela al gallo!...

—Y le metimos candela a un pozo de agua!

Una carcajada, cruzándose de parte a parte, remató aquella exposición verídica y descarada de nuestros males criollos, rezago de viejos sistemas y vicios de pueblos y razas heterogéneos, que si no son difíciles de extinguir, por desgracia no se han logrado extirpar todavía.

El *chivato* concluyó por invitar a Ramírez a dar un paseo por la playa.

La tarde descendía al toque del Angelus, estaba muy limpio y claro el cielo, de un azul profundo de violetas, los montes despejados y reverberantes las cimas, cual si aquel baño benéfico de tantas horas los hubiera rejuvenecido y hermoseado.

———

CAPITULO IV

Tanto va y viene el cántaro al agua hasta que al fin se rompe, y tánto insistió Ramírez, hasta que al cabo de varios amagos e intentonas logró acercarse a la potranca, sin que le asestara, por cariño al domador, un par de coces. El chicoleo continuó con las interrupciones habituales en esos casos, unas veces sí y otras no, día por medio o con mayores y molestos intervalos. Rosa no asomaba a la puerta, porque debido a sus quehaceres no tenía lugar de mudarse la ropa casera, de emperejilarse, o porque estuvo aplanchando todo el santo día. ¿Y qué mujer de nuestro pueblo, acalorada por aquel oficio, lo suelta al anochecer para lavarse la cara o siquiera la punta de los dedos? Eso es una brutalidad, eso no lo hacen sino las locas y disparateras; puede sobrevenir un pasmo; no es raro una parálisis, y las madres, por su mucha experiencia, no permiten que sus hijas vayan a peligrar por esa causa. Había, pues, dentro de la semana, tardes de enojosa espera; y cuando el aburrimiento le subía al maestro hasta la coronilla, y en la ansiedad de si sale o no sale la rapaza, llegaba la noche con sus reservas tremendas de hastío. En tal situación los progresos eran muy lentos, a paso de morrocoy, si es que en realidad los alcanzaba, y sus cavilaciones lo disponían a considerar aquel enamoricamiento, no como un pasatiempo, ni como un recurso para amenizar la vida y sacudir el tedio, sino como un rompecabe-

zas que de veras ponía a prueba su constancia y su paciencia. Metido en el chinchorro, boca arriba, con un libro y un periódico caído sobre el abdomen, revolvía sus pensares, cuando oyó por los lados de la próxima cocina la voz de la Remedios preguntándole si ya era hora de llevarle la comida.

La respuesta rápida y afirmativa no se hizo esperar, y cuando vino el refrigerio ni siquiera se fijó en los brazos que redondos y provocantes llevaban los platos, cual solía hacerlo con la boca hecha agua. Y una vez que hubo satisfecho las exigencias del estómago, que en un maestro perorador no son un grano de anís, un elefante blanco, quiso también mitigar las de su espíritu y salió con un limpiadientes en la boca. De pies en el quicio de la puerta y recostada a uno de los batientes, estaba la muchacha caribe, si no más bonita, por lo menos más peripuesta que de costumbre: vestía una blusa rosada y tenía la macolla de cabellos recogida sobre la nuca por una cinta carmesí, (*tapiramo* llaman los de su raza este último color), uno de los que estilan con preferencia en su indumentaria, cuando se *criollizan*, o mejor, cuando viven en poblado y adoptan nuestros hábitos, pues ambos sexos lo que usan en las rancherías, ya en contacto con nosotros, es la holandilla azul: las mujeres batas largas, sin encajes ni complicaciones de costura con cintas rojas en el cuello, las bocamangas y el ruedo, fuera de algunos abalorios, como pulseras y collares; los hombres apenas una faldeta hasta las rodillas, tórax y brazos al desnudo o franela y cinturón de *moriche*, de *curagua*, o de cualquiera otra planta textil y siempre descalzos, tanto las unas como los otros.

Rosa pertenecía a la raza, poblada desde mucho tiempo atrás, por varias generaciones, en caseríos y aldeas de las márgenes orinoquesas, de modo que por sus ascendientes y raigambres tenía el origen indígena, mas no por su vida y sus costumbres actuales. Llevaba esa vez una falda blanca a rayas moradas, zapatos de tacón alto y puntiagudos, de esos que parece que en lugar de trancos hacen dar brincos a los noveles en el arte de gastar coturnos. Aunque parecía bien engalanada, el don Juan juzgaba al acercarse, que aquella hembra joven se desenvolvía con mayor naturalidad en trajes sencillos, de casa, más afines con su abolengo, lozaneaba más airosa,

conforme la había visto alguna vez, de bata *tapire* y con el pelo destrenzado, caído como las alas de un paujil sobre la espalda, regando de mañana las macetas de flores, tarareando canciones populares. Y así, casi informe, dentro de aquella holgura de ropa se admiraban atrayentes, provocadoras, las carnes opulentas de una naturaleza virgen, capaz de tentar a un ermitaño, volverle a cualquiera el cerebro al revés y atizar el incendio de un corazón.

Se saludaron, ambos con cierto aire de encogimiento. No encontraba ahora por dónde empezar el hilo de la conversación, y como no falta nunca el achaque del tiempo, iba a estallar en las consagradas trivialidades: "qué calor hace", "qué día tan fuerte", "ojalá que llueva" o "que sople un poco de brisa", algo de semejante y frívolo, cuando la muchacha, animándolo con los ojos, esperaba que comenzara por donde mejor le pareciera, y notando que el silencio de Ramírez (gato escaldado huye del agua) se estiraba de más en más, saliéndose de sus hábitos, prorrumpió ella misma, primera vez que lo hacía:

—¿No sabe, maestro, que viene Isidro? Mi mamá recibió un recado. Lo esperamos de un momento a otro.

—Al fin lo voy a conocer; me alegro mucho.

Trató de sonreír, y añadió:

—Lo que está demás es el maestro. ¿No conoce mi nombre, o se le olvida?

La muchacha se medio sonrojó con esta salida y repuso:

—Lo mismo da; es la costumbre de oírlo llamar así. Dispense.

Otro silencio. Estaba visto que el galán no daba pata con bola. Rosa lo envolvía en una mirada de curiosidad, y a Ramírez le corrió un ligero tinte de rubor por la cara. Hallábase cortado de remate, sin saber a ciencia cierta el motivo, tímido y receloso, hasta pensó para sus adentros si por casualidad tendría algo mal puesto, o si le faltaba algún botón por alguna parte, pues nunca la había encontrado con aquel aire tan expansivo y risueño. Luego se convenció de que no había tales canastos, que él andaba de punta en blanco y se reputó el más tonto de los hombres, al perder aquella ocasión y portarse como un aldeano en la capital.

La muchacha lo acometió de nuevo.

—Nos dijo el secretario que usted se iba, ¿es cierto?

—Muy cierto: no las acompaño más, murmuró con un dejo de tristeza y poniendo la cara compungida. Nada tengo que hacer por aquí.

—¿Cómo que nada? ¿Y la escuela?

—La escuela es lo de menos, no sea tan inocente. Del modo que marcha sería una vergüenza presentar exámenes. Y además... además yo no tengo obligación de trabajar sin sueldo, y el deber fija a cada uno sus límites: como no me han pagado renuncié.

—¿Y eso por qué? Si me han dicho todo lo contrario, que los maestros de escuela están siempre bien pagos.

—No venga con eso, es por sarcasmo y por burla que hablan de la buena remuneración, es la cantaleta de siempre. Si no conservase algunos ahorros asegurados, aquí paso las de San Quintín, las crujías más horrorosas, hasta hambre. Y además ustedes, o mejor, su mamá, no es una mujer interesada y el servicio que me hace no tengo con qué retribuírselo, se lo agradezco y se lo agradeceré en el alma. Debo irme a cualquier parte y de cualquier modo: no espero sino una embarcación que suba o que baje. A mí me da lo mismo tirar hacia el Territorio Amazonas, a Río Negro, o salir al trote rumbo a Trinidad. Estoy en un disparadero y no hay demora que valga.

Calló, mirándola con insistencia; y luégo bajó los ojos tristones, dejando traslucir su emoción en todo el semblante. Rosa, con la sagacidad de la india, descubrió que en todo aquello había mucha verdad, pero que ella misma tenía alguna parte en la determinación que le comunicaba su interlocutor y galán. Vagos estremecimientos le erizaban la piel al modo de escalofríos.

—Pero yo creía que usted estuviera amañado en este lugar. Aunque para uno de fuera, acostumbrado a otra vida, permanecer aquí largo tiempo debe ser un sacrificio, por lo menos yo me lo figuro así.

Ramírez se fué animando y murmuró:

—Un sacrificio de lo más inútil. ¡Nadie se lo agradece a úno, es majar en hierro frío: si siquiera los padres de familia se interesaran por el aprendizaje de sus hijos, ¡vaya! Valdría

hasta la pena el perder un año de vida amansando burritos orejanos. Pero ni los muchachos se dan por entendidos de que al faltarles el maestro, van a ser los más perjudicados, ni los padres caen en la cuenta de que es preciso—por cálculo—que los hombres de la casa deben conocer su mano derecha, como dicen los campesinos de otras partes.

Y haciendo una gran aspiración de aire, que simulaba un suspiro intencional, ya que no espontáneo, le endilgó:

—Me voy, Rosa, para no volver jamás. Iré muy lejos, tal vez hasta el Centro, a dedicarme a otro oficio que remunere mis esfuerzos. Usted ve lo que trabajo todas las mañanas en la escuela, hay veces en que salgo extenuado y ronco de tanto charlar. Con el almuerzo y el descanso me repongo: en la tarde o repito el traqueteo de la mañana o hago leer a los discípulos en masa, y esto aunque me obliga a perorar menos, también cansa, también fatiga. A no ser que las gentes crean por aquí lo que un zafio gañán de mi tierruca, que no consideraba trabajo a lo que no era arrear sus bueyes, hender la tierra con el arado y sudar con el trajín.

La muchacha parecía embobada: le daba unos vistazos de relámpago y oía con interés.

—Me voy de un lugar donde pretendí encontrar refugio para mucho tiempo, algo como la cueva en que se ocultan los animaluchos enfermos o perseguidos: donde no hice ni me hicieron ningún mál y donde (aquí acentuó las palabras) sin imaginármelo recibí una decepción profunda...

Y le salió un suspiro de los más románticos y oportunos.

Y continuó, con una indirecta del padre Cobos, clavándole los ojos con una fijeza de hipnotizador de teatro:

—Quién sabe si la misma culpable de aquella decepción, una vez que haya dado yo las espaldas al pueblo, sienta allá en un rincón de su alma el espeluznamiento de algo extraño, de haber herido sin quererlo, sin intenciones, pero segura de haber herido... Pero ya ve todo lo que me pasa. hice la diligencia de quedarme, y hasta de echar raíces en este suelo: no ha sido culpa mía si no he logrado mi objeto. A veces parece que se anda o se vive sin fortuna: usted misma no me ha aceptado, no le caí en gracia, es indiferente a mi cariño o se burla de quien la quiere.

Hablaba con una voz apagada, doliente, con esa semironquera en que se transparenta la emoción, por más que se trate de disimular, como si el alma buscara ansiosa salirse por los labios.

Rosa le observaba con miradas escrutadoras. Qué sabía ella de todo aquello? Lo que percibe el que se aproxima al fuego, la sensibilidad no manca.

Continuó:

—Rosa, la vida es así, nos lleva y trae a su talante, no como nosotros queremos desenvolvernos, mas como a ella le place. Hay que tomarla tal cual es, nosotros la recibimos, no la encargamos ni la hicimos. Hoy aquí, mañana por allá, unas veces cerca, otras más lejos, tal vez con el corazón apesadumbrado y con el ansia de tornar a ver las personas que nos interesaban de algún modo o que nos infundieron cariño. Mi destino es incansable, tenaz, no me deja reposar. Cuando pienso detenerme en algún lugar que me agrada, me empuja por las buenas o por las malas a reanudar el viaje, a salga lo que saliere. Si me resisto y me detengo, tal vez sea peor. Lo mejor, dicen, es lo que sucede: debo salir de aquí, me voy de un momento a otro.

La caribe sintió un estremecimiento en lo hondo de su sér. Latidos acelerados en el pecho y en las sienes. Deglutía de cuando en cuando. Quería como huirse, zafarse de aquel quicio de donde no se había movido ni intentado hacerlo desde que empezó la conversación. La ansiedad o el miedo la acorralaban. Aquello le parecía extraño, ¿qué sería aquello? Jamás había experimentado desazón o susto de esa naturaleza.

Ramírez alzó la vista y le encontró una repentina transformación en el semblante: estaba pálida, desencajada, zozobrante, con las sienes y el cuello sudorosos. Le notaba en los ojos una anhelación de angustia y que trataba de explicarse, de hablar algo.

Esperó. En aquella pausa comprendió que sus palabras no cayeron en balde, que sus quejas habían hecho mella en la ternura de la mujer arisca y púber. Pero en tanto que aguardaba, con ojos de lince veía que el silencio proseguía, inmutable,

que por su misma inexperiencia y timidez de muchacha era incapaz de contestarle.

Entonces creyó de mejor efecto abrirle campo, a ver lo que diría.

—Rosa, vamos, ¿qué inconvenientes la obligan a ser tan huraña conmigo? Se puede saber?

—¿A mí?

—Sí, a usted, Rosa.

—Pues ningunos.

—¿Y entonces?

—Entonces... es que...

La pobre no daba con las palabras, se le enredaba la lengua. El maestro aprovechó el instante:

—Hable, hable, estamos solos. Aquí nadie nos oye.

—Es que usted, ya lo ve, me lo confiesa, se va...

—Sí, me voy por eso, porque usted es indiferente conmigo, de otro modo nó. No me movería una cuarta.

La zagaleja, pasado el primer ímpetu de la emoción, tornó a serenarse.

—Se iría siempre. Usted no es de aquí, no puede vivir en una ranchería toda la vida. Soy una pobre campesina, pero lo comprendo muy bien. Nadie podría atajarlo.

Calló y envolvió a Ramírez en una mirada de inquisición y de instintiva defensa, penetrante y abrumadora.

El maestro se vió descubierto por aquel flanco y no abrió los labios.

Rosa continuó sagaz:

—¿Y yo? ¡Pobrecita de mí! Qué haría yo el día en que usted se fuera? Hable, responda.

Ahora fué Ramírez el acorralado: el callejón era sin salida.

Y balbuceó a medias palabras:

—No me podría ir.

La contestación resultó inexpresiva, demasiado fría, demasiado floja para el alma de una mujer montaraz de indómitos arranques, que tiene esa penetración ingénita y aguda de las razas aborígenes.

—¿No se podría ir? Y quién lo atajaba?

—Usted, usted misma.

—No se lo creo, es mucho cuento.

—¿Por qué no?

—Ah! Porque los forasteros son todos iguales, se van cuando se cansan o cuando se les mete el capricho de irse y dejan a las pobres muchachas como loros en estacas: por aquí les ha sucedido ese chasco, son por eso tan retraídas.

Se sonrió, y allá, en las negras pupilas, cruzó un relámpago de irónico desdén, como se cruzan las flechas en el aire. Ramírez se sintió otra vez dominado, sin encontrar en su almacén de reservas una buena objeción o un buen argumento que lo sacara con bien del paso, y al fin pudo mascullar:

—Los forasteros no son todos iguales, cortados por una misma tijera: eso no puede ser, Rosa. Sería muy injusto juzgarme a mí de ingrato, tacharme de inconstante sin tener las pruebas.

Rosa continuaba mirándolo sin decir una jota. Había obscurecido por completo y Remedios entró en la sala con una lámpara de kerosén en las manos, y aunque sabedora y casi impuesta de mucho de lo que habían conversado aquel par de pollos, disimuló preguntando:

—¿Quién está por ahí? Como que es el amigo Néstor? Yo creí que andaba por los lados de la playa.

—No me alcanzó el tiempo para salir de la vecindad y me quedé dándole conversación a Rosa. ¿Es verdad lo que me asegura ella, que viene muy pronto Isidro?

—Cómo nó! Hoy recibimos la noticia: ya le siento las pisadas al muchacho, porque siempre procura venirse a buena hora y llegar temprano.

—Ya tendré el gusto de conocerlo.

—¿Por qué no entra? Ahí se le van a encalambrar los pies de puro estar parado.

—Será después, de aquí a un rato. Voy a ver si me avisto con el general. Hace días que no lo veo, y regresaré pronto para conocer al joven.

Estiró la mano entre la obscuridad para buscar la de Rosa, se la estrechó cariñoso, se despidió con un hasta luego y se dirigió por la calle abajo hacia la Jefatura Civil.

Era si se quiere una de las últimas visitas que haría al *chivato*, si lo encontraba en la tertulia de siempre, sentado a

la puerta de la oficina, rodeado de algunos de los amigos lugareños y en la eterna compañía de aquel angelical don Panchito, del insustituible escribano del municipio, no por sus aptitudes, que en eso no pasaban de las de la raposa, sino por su gran capacidad, por su indiscutida disposición para servir de turiferario, usando un término decadente, gongorino y torremarfileño.

Se los topó en la posición inmancable: el mandarín recostado al marco de la puerta, a su lado el secretario de bambolla, con las asentaderas en el quicio. Había además con ellos Don Remigio, uno de los criadores del vecindario, en una silleta, la segunda y última de aquellos muebles que no se repararon ni aumentaron durante la gloriosa y pulcra administración del venerable Rebollo, uno de los ejes y propulsores del progreso de Moitaco. Gran novedad para el visitante fué hallar una candileja de petróleo, que daba más humo negro que luz opaca sobre la mesa del despacho.

Tenía la palabra don Panchito. Don Panchito tenía que mantenerla cuando no se la quitaba su jefe, y narraba las viejas trapisondas de los antecesores del actual espantajo. No le brindaron asiento, porque eso sería pescar en el golfo las cotufas del adagio, pero el general insinuó:

—Don Pancho, saque con el compadre el banquito.

Se refería también al último trasto de madera, hecho una criba por figuras, iniciales y muescas, en donde venían a posarse los ciudadanos concurrentes al chismorreo de la Jefatura, a escuchar las decisiones de aquel simulacro de autoridad parroquial.

Después de esta interrupción y ya mejor que la primera vez que lo recibió, agregaba:

—Siga, don Panchito, eso merece oírse.

—Quedamos en que para ese entonces no había por aquí ni en los alrededores la gente de ahora: esto si no era un rastrojo, lo semejaba. Todas estas casas que usted ve no estaban construidas y los habitantes raigales vivían en el paraíso, con la diferencia de que no llevaban hojas de higuera, ni eran blancos. Casi todos indios o mestizos, forasteros muy pocos o ningunos. La mayor parte tenían viviendas en el poblado y trabajaban en sus conucos para coger apenas lo necesario,

a fin de que no les faltara el cazabe, y merodeaban el resto del año en pescas y cacerías.

Había solamente un tenducho con zarazas, liencillos, alpargatas, hilo de costura, anzuelos, rollos de mecate y tal cual herramienta de labranza, etc. No se encontraban pulperías surtidas, como la de Candelario y las que llevaban el nombre de tal podían inventariarlas al galope de un caballo. Faltaban muchas cosas. Buscar una medicina era empresa romana; a yerba se batían los curanderos, que se han quedado con el resabio; pero en fin, se contentaba úno con que la bola rodase, el gobierno del jefe civil no se metiera con úno y la Pelona no nos engarzara con su guadaña. Qué tiempos, general, parece mentira, la gente pasaba una vidorria envidiable.

Y dirigiéndose al criador:

—¿No es verdad, don Remigio? Usted ya estaba comenzando su fundación.

El interrogado asintió con la cabeza y el secretario continuó:

—Los vecinos llegaban desnudos de sus correderos con una faja de trapo a la cintura, por *guayuco,* pero menos bonito que el usado por los indios, y a las afueras del pueblo sacaban de sus *guayares* la muda de ropa y se la *canchaban.* Las alpargatas eran un lujo para la mayoría, tanto de hombres como de mujeres, nadie se metía la falda por dentro de la pretina de los pantalones.

—Pero eso aún se acostumbra en diversos lugares; en Calabozo, en la misma capital del Guárico, es una moda corriente: todavía está en uso el pantalón de *garrasí,* que no lo llevan sino con las faldas de la camisa por fuera, y qué faldas, algunas parecen sotanas de fraile.

—Pa ca no tire, general, advirtió el secretario.

—No me acordaba, hombre! Si usted es de Ortiz, el bendito pueblo de las loras que no hablan.

—Me acabó de rematar, qué garrocha la suya!

—Eso no es nada, don Panchito, masculló el espectador de la segunda silla: la fama corre..

Y Néstor:

—No hay indirectas ni invectivas personales: eso apenas le pasó raspando.

—Y tan raspando que cuasi me arranca una tira de cuero, concluyó el guariqueño.

—Pero continúe, no se asuste por tan poca cosa; en algo debemos pasar el rato, como dicen las beatas: "¡Ave María Purísima! Dios nos libre de la murmuración", y se están comiendo crudo al prójimo, se hacen una cruz, de arriba abajo, del tamaño de un estandarte.

—Mi general, a usted hay que sacarle los lances con todo el cuerpo.

—Y en terreno limpio y con mucha agilidad.

Volteando la cara hacia el narrador y torciéndose la *chiva*, que no había soltado ni dejaba en paz, le demostró un gran interés con la acentuación de las palabras:

—Usted no me acabó de despepitar el otro día el motivo de su viaje para estos comederos. Llegó hasta el haber perdido de fríos y calenturas a su mujer: una lindísima y joven zaraceña, y quedar sin perro que le ladrara y más pelado que el ojo de un mono.

—Es verdad que dejamos en el tintero la causa de mi salida de Ortiz: fué después de la primera administración del renco Crespo y de los días en que calentó la silla la marrana de Naguanagua: por ahí, no puedo precisar la fecha, por esos meses en que se encargó Cara de Gallina. Nos mandaron un jefe civil que era un regalo, una bendición: si el anterior se había tragado la gurupera, el nuevo llegó para engullirse de un bocado la *vaquera*.

—Dispense que le interrumpa: ¿qué es eso de la gurupera y de la silla que usted me encaja de cuando en cuando? le preguntó el militar.

—Cuentan que en esas fiestas de pueblo, por la aglomeración de gente, hay veces en que se pasa por el hambre hereje, lo que pintó uno de los acontecidos con esta copla:

Una vez en una fiesta
Me comí la gurupera,
Y si más me apura el hambre
Me trago la silla entera.

—Y no es tan mala del todo porque pica: siga la marcha.

—Ese jefe civil, como decía, era la tapa del frasco de la cofradía, un tragaldabas.

—Voltee el chopo, amigo, dijo el general levantando el brazo derecho.

Y gesticulando socarronamente:

—Cambie la puntería.

—Tampoco hay pullas, resopló don Panchito, ni siquiera de *macanilla.*

Y don Remigio:

—Lo pasado pasado y ojo a lo que hemos quedado: por una teta no fué vaca.

Néstor tuvo que chancear también:

—Es que en estos casos, con un tiro suelto no se mata a un par de pájaros, sino hasta un rinoceronte.

—Ahora fué usted, maestro, el que me prendió los ijares con las espuelas: no se me resbale mucho.

—Quién se va resbalar con usted, general, si lo mejor es andarle de barriga para evitar el chuzo.

—Pero qué mosca se les ha metido esta noche, añadió Rebollo sonriéndose y raspando el yesquero para encender un *guácharo.*

Después de la primera chupada y del primer chorro de humo, se dispuso a oír de nuevo y estimulaba a don Panchito:

—No deje nada en la mochila: que no quede títere con cabeza, aunque peligre la mía.

El perpetuo, y no de ninguna otra corporación inútil, de nombre altisonante, empató las hebras de sus anales así:

—Salí de Ortiz con una mano adelante y otra atrás, que es cuanto puede decirse para pintar la situación en que me habían dejado los angelitos civiles de aquel tiempo: resuelto a hacer mil dibujos con los dedos, que a Dios gracias, no los tengo tullidos.

—Que son de buen organista, entre paréntesis.

—No me interrumpa, jefe, que yo soy muy tímido y me corto todo.

—Así será la navaja cuando se corta solo.

—No me embrome, mi superior. Como les iba diciendo, en aquel aprieto cualquiera se enzarza en la primera mata que

encuentra al paso o se pega un tiro para salirse del trance, pero yo no me lo hubiera disparado tampoco, porque yo no soy mujer de esas cosas y porque no cargaba ni un cortaplumas en el bolsillo. A esto se agregaba que el jamelgo era alquilado por quince días y con la fianza que me prestó un cura, de un pobre cura, pues quién más podría meter la mano en la candela por mí? Yo no tenía ni una estera donde caerme muerto.

—Tal vez por eso no lo había hecho.

—Sí, quizás por eso, general, ni esperanza de encontrármela a la puerta, porque para buscarla no soy muy escaso, perdonándome la ronca. Es que se me había cerrado el cielo con la tierra, es que estaba metido dentro de una *tapara* y no encontraba el agujero de escape. Por eso cuando a la madrugada me ví a caballo en puro fuste y en el camino de El Sombrero, me parecía que era un sueño, que no llegaba la hora de aclarar, de estar bien lejos de aquel pueblo infeliz, que fué un gran centro de negocios, animado y rico, y que ahora se está cayendo, desmoronando, como azotado en castigo de sus culpas por una mano tremenda.

—Algunas tendrá en la busaca, ¡quién sabe! Sin embargo, otros se comen un burro muerto, o se engullen un niño crudo y no se indigestan y ni siquiera eructan.

—Según eso, metió la cucharada Ramírez, ustedes creen que hay pueblos como individuos culpados, o que llegan a la ruina porque cometieron grandes fechorías, y a ese paso habrá ciudades que debieran estar borradas del mapa.

—No tan calvo que se le vean los sesos. Yo no tengo mucha letra menuda, pero en las pláticas domingueras los curas hablan de aquellas ciudades: Sodoma, Gomorra Seboím y Adama devoradas por el fuego del cielo.

—Está en razón, general Rebollo, cuando se lee con ojos desprevenidos se descubren cosas sorprendentes: las mismas crónicas de la Cosquista hablan de Nacaranda, en la hoy América Central, destruida con el mismo elemento celeste que la primera de las citadas por usted y por la misma causa.

—Entonces aquí, en la virgen descubierta por el gallego, estaban tan adelantados los indios; y tan inocentes, tan mansos que los consideraban algunos, reflexionó don Panchito.

—¿Y de dónde sale usted con eso de gallego? ¿De modo que Don Cristóforo no era genovés? Primer pitazo que me dan.

—¡Qué genovés ni qué italiano! Le han buscado la costura y se la han descubierto.

—¿Con que esas tenemos? Déle contra el suelo.

—Por ahí, en uno de esos periódicos que llegan aquí a la Jefatura en grandes mazos y de contrabando, es decir, mal dirigidos, y que los leo cuando estoy de balde y los vendo por libras a Candelario, a falta de papel de estraza para envolver, me encontré ahora poco con un articulón con el mote: *Origen de Cristóbal Colón.—Patria del célebre Almirante*—y le metí los cinco sentidos: resulta que nació en un pueblo de Galicia, han hallado la casa solariega, descubierto que su padre (el de Colón) por un delito lo penaron con doce años de cárcel y tuvo que irse para lejos, después que le abrieron el pulguero, con Cristobita, que era casi un niño de pecho y no volvió jamás a que le aguaitaran las mataduras por aquellos corrales. Y al párvulo, ya hecho hombre, tampoco le vieron la brújula en el lugar donde lo bautizaron, por aquello de la mula, para que algún soplón no le recordara al taita.

—Declaro que esa noticia me ha caído como un vaso de agua fría, y yo que lo creía *jurungo,* y venir ahora con que es un gallego, es decir, de nuestra misma casa, hasta con sus defectos y resabios; pero eso mismo no prueba nada en favor del origen: puede ser una de tantas consejas que andan mordiéndoles los talones a muchos hombres. ¿Qué dice usted, maestro, de todo ese *patuco* de don Panchito?

—Que no anda muy trasnochado: he leído el mismo artículo o algo parecido en una revista madrileña. El argumento más categórico que alegan en pro del origen galaico de Colón es que no sabía una jota de italiano, lo que es imposible que suceda a un hombre, olvidar la lengua que ha mamado, tanto más en uno que fué de vasta inteligencia y cultura superior. ¿Cómo se olvida de su propia lengua el Almirante? Todos sus informes y cartas están en castellano. Los documentos oficiales, pase; pero ¿la correspondencia de familia? Esto no cabe en ninguna cabeza, a menos que no sirva al dueño sino para cargar el sombrero. Y a mí no me desagrada ese hallazgo, porque me siento picado de la tarántula de la raza, y el descu-

brimiento de América, esa parte de la evolución de la humanidad, una de las más grandes de la Historia, se ha llevado a cabo tan sólo con la sangre, el esfuerzo y el espíritu de la Grande Iberia, predestinada tal vez para la renovación del mundo.

—Ese argumento es macanudo: si no me convence, me pone en camino de mirarlo con ojos de vidrio. Y a estas horas nos volvimos a quedar en la luna con su autobiografía o mejor, se quedó usted a caballo y a escape, mi don Panchito.

Aquella lata de la historia columbesca empalagó al compadre Remigio, quien, acaso temeroso de que se la renovaran en una u otra forma, les dejó, largándose, el puésto vacío. Don Panchito se irguió entonces para estirarse, desentumecer las rodillas, que bastante lo necesitaban, y coger aquella palomita, no fuera a suceder que por una de tantas casualidades viniese algún otro desocupado amigo y tuviera que volver a su quicio.

—Quedamos en que iba hacia El Sombrero y que lo pasé por una calle extramuros, agarrándome del pico de la silla, viendo avispas con tercerola, es decir, con el miedo de que me saliese del primer chaparral un jefe civil con el chafarote en la mano o que se subiera a las ancas de mi *mocho* algún mandón o mandarín de la calaña que había dejado en Ortiz. Pero la necesidad, hay que confesarlo, y el hambre, que es peor todavía, son muy malos consejeros y cuando me adelanté en plena sabana solo, y comenzaron a asomar cachos de res, creí, con la ingenuidad de la mayor parte de los llaneros, que toda vaca que se pára ante su vista o al alcance de su soga les pertenece por herencia de sus antepasados, que tenían el mismo o tanto derecho en aquellas haciendas como mi abuela la tuerta. Maña vieja no es resabio. Le puse el rejo a la primera horra que se me acercó al camino, la eché por delante, hacia detrás de unos palmares cercanos, y en lo que se persigna un cura loco le acaricié el pescuezo con el cuchillo y en un dos por tres le saqué el cuero, le dí un par de dobleces, lo subí y lo amarré a la grupa, y por aquí que es más derecho, y por allá que no hay peligro, unas veces por el camino real y otras desviándome por atajos y veredas, no fuera a ser que algún chismoso lenguaraz me topara con el bojote, me fuí en busca del primer pulpero conocido a que me comprara al contado

el fruto de mi trabajo y pasar la primera noche de raspa; exento de zozobras, por la tierra que había puesto en medio y todo se realizó a pedir de boca. Amaneció Dios y yo en fondos, gracias a esa habilidad que derrochamos los hijos del llano para descuerar ganado y engañar a los vaqueros que se preocupan en cuidar intereses ajenos. Por supuesto, me refiero a los que nos dedicamos al oficio y conocemos el arte de tocar el arpa de memoria.

Hizo el ademán de pasar los dedos por ese citado instrumento de cuerdas, y Rebollo, al verlo, le dijo con sorna:

—Como que el amigo no se ha olvidado de sus buenos tiempos; todavía mueve los dedos con agilidad.

—Pero, general, no venga con niñerías: si eso no es malo, una vaca vieja se atolla en cualquier charco y se la comen los *oripopos* y los zamuros, o la muerden los zorros con mal de rabia o la pica algún animal ponzoñoso: lo mismo da para el dueño, de todas maneras la pierde cuando la va a perder.

—¡Qué lógica! don Panchito, qué lógica la suya! A ese paso, porque un incendio devora un almacén de mercancías, se le puede tragar entero el primer caimacán que se presente.

El secretario, al oir esta inesperada salida, que era ni más ni menos que encontrar el diablo vestido de monaguillo y ayudando a decir misa, se quedó medio *zurumbático* y oliendo que semejante meticulosidad se debía a la presencia de Néstor, trató de esquivar el golpe.

—Por supuesto, ahora ya las cosas han cambiado por completo: el abigeato se considera, como lo que es, un delito, y al que lo cogen en flagrante le ponen la mano encima y lo zampan a un castillo o va a sudar el quilo en las carreteras.

El maestro se creyó obligado para terciar en el debate:

—Mal de muchos consuelo de tontos, pero al fin consuelo. De ese pié han cojeado todos los pueblos pastores de América y acaso del mundo: en el Uruguay y en la Argentina era corriente y moliente el robo de ganado en las pampas: el gaucho malo, en compañía de las indiadas salvajes, fué una amenaza perenne. Hacían estragos en los hatos y en las ciudades del interior. Denominaron *malón* a la feroz acometida de aquellas hordas heterogéneas que caían de repente sobre las propiedades y sobre los pueblos. En Sarmiento y en Gutiérrez

hay muchas páginas sobre esos actos violentos y primitivos. Atenúan la enormidad de la barbarie del primero con probar que se dió en cuerpo y alma a su patria, durante la guerra de la Independencia, a las órdenes de Güemes y el cura Aldao, sus grandes caudillos. Nosotros podemos decir otro tanto de los llaneros, cuya acción fué decisiva en la Guerra Magna. No toleraban otro jefe que al más hombre entre ellos, al más atlético, audaz, valeroso: sabían tanto de libertad, que desconocían a los patriotas y desertaban de sus banderas para incorporarse a las filas del rey; y además, no la necesitaban porque la vivían tan amplia y bravía como sus ásperos chaparrales, el caudal de sus ríos y la majestad de sus vastos horizontes. Quién no sabe eso? Boves, la figura más épica, si la hubo, de los españoles de América, vencido, diezmado, hecho trizas, casi solo, se abalanzaba sobre su bridón hacia las sabanas del Guárico y Apure, para reencender con el tizón de su coraje el ardor de la contienda. Y cuando retrocedía por los médanos y esteros, retemblaban las llanuras al tropel de sus mesnadas, las gentes pacíficas y neutrales huían con el espanto en el alma: Atila resucitado, mensajero de desastres volvía de las sombras a caballo, con empuje de ciclón y estremecimiento de cataclismo. ¡Ay de los bizarros que se le opusieron en La Puerta! De aquella viril falange que comandaba García de Sena no quedó ni rastro ni polvo bajo el casco de los corceles salvajes. Leyendo aquellas páginas se llega a dos conclusiones únicas: si el astur adalid no sucumbe en la jornada de Urica, la Independencia no se logra de ningún modo o se retarda indefinidamente. La República respiró oxígeno de vida cuando aparecieron en las sabanas de oriente los escuadrones de Zaraza y los Monagas, en las del centro y sur, el Centauro de nuestra Epopeya militar...

Al maestro se le había soltado la tarabilla, desbocóse con la ingenuidad de costumbre en conferencia patriótica a sus discípulos: jamás aquellos individuos le escucharon antes esos rasgos pasmáticos de entusiasmo y admiración. Había que atajarlo para que no se embarrancase en algún zanjón de la pampa y a Rebollo se le subió al punto de la vejiga de su bilis este regüeldo sanchopancesco:

—Ujú! Usted se refiere, sin duda, al hombre de Chupulún. (*)

—Al mismo, no le quede un ápice de duda, al mismo a quien acaba usted de aludir.

—Entonces usted no es de nuestra cuerda: es un godo, un godo sin ponzoña en el rabo.

El secretario, que no vislumbraba rendija por donde fugarse en el conflicto que venía encima, por uno de esos actos reflejos de la emoción, carraspeó y estornudó brutalmente, llevándose, para peor disimular, ambas manos a las narices.

Fué tal la cólera de Ramírez, que para hablar en buen venezolano por poco le mienta la *nona* al *chivato;* pero tuvo voluntad para reprimirse, dominarse y contestarle con guante blanco:

—Lo dicho, dicho, general Rebollo. Yo nací ayer tarde y me bautizaron esta mañana. Mi padre fué un hacendado de Mérida y mi madre una muchacha tocuyana de humilde origen. Aquel tiempo de nuestras guerras intestinas, desde el año 30 al 58 y de éste al 70 es para mí solamente un lapso de historia contemporánea, merecedor de estudio y de riguroso análisis. Y nada más. El ciclo del 70 al 80 y de aquí al 92, otros períodos que deben juzgarse con un criterio sereno y amplio. Por fortuna no tengo odios, ni mucho menos rencores históricos: al hombre de pro, de auténtico relieve, pájaro azul de estas épocas, y al farsante, al comediante de siempre, los coloco uno tras de otro sobre la mesa de autopsias y los diseco con el filo de mi escalpelo y la misma paciencia y tranquilidad que si fueran carreteros o peones. Jamás me ha hecho temblar el pulso la calidad de la materia de que dispongo para mi labor. Cuando encuentro que el úno, por las lesiones anatómicas, ha muerto de peste bubónica, anoto simplemente el caso en mi memorandum del día. Y cuando descubro que el otro sucumbió de cólera, también apunto el caso simplemente. Por estas comparaciones me podrá usted juzgar ahora: si mi trabajo es deficiente, la culpa no será mía, en conciencia no es mía, la buena voluntad me sobra, pero en ese supuesto mis facultades intelectuales carecen de condiciones

(*) Combate en las guerras civiles, donde pretendieron los adversarios de Páez haberlo derrotado.

para ejecutarlo con exactitud y precisión. Ninguno de mis antecesores estuvo en Santa Inés con los liberales, ni en Coplé con los godos u oligarcas. Yo soy de ayer: no tengo más entronques con el pasado que los vestigios que deja la fatalidad de la sucesión biológica de los gérmenes. He venido y vivido en tiempos difíciles por lo complejos, mas que indudablemente son mejores, sin recaudo a cavilaciones y dudas, que aquellos de los epilépticos del 61 y los amarillos mameyes del 78. Yo sé que para usted y otros muchos supervivientes de nuestras desgracias políticas, cualquiera tiempo pasado fué mejor, según el sentir de Jorge Manrique, y sé también que el prójimo que ha de morir a obscuras, aunque cargue un mazo de velas.

—Y el que nació barrigón, aunque lo fajen chiquito, le interrumpió Rebollo y agregó: abra el ojo, don Panchito, estos muchachos de ahora berrean en el vientre, nacen con muelas y le muerden los pezones a la madre. Nos ganó la parada en seco: el pollo es de raza.

El marrullero del secretario, que había oído el sermón con las orejas amusgadas, le puso tapa a quel *nos*, que le pareció muy fuera de cajón.

—General, usted ha capeado solo al becerro, y por más que le sacó lances y le hizo verónicas, al fin lo prendió con los pitones: lamento la revolcada que le ha pegado; pero no me queda ni el recurso de cubrirlo, sino de ayudarlo a levantar del suelo y sacudirle la ropa.

Ramírez permanecía en un silencio espectante, siempre frío, sereno, grave, y no tuvo empacho al decir:

—Pero si esto no es nada, apenas lo he amagado con unos tiros: padrote viejo no debe resentirse cuando le pegue un pollo, porque también ha sabido dar con las espuelas y hasta con las canillas.

—Y los gallos de cría mueren en la raya, rendidos pero no huídos. En otra ocasión nos volveremos a carear.

Se levantó de su clásica posición, sin soltarse la *chiva*, por supuesto, y en ademán de separarse.

—Como guste, murmuró el maestro: siempre estoy a sus órdenes.

Y para seguir el mismo símil, los *patarucos* y el pollo se fueron, cada uno por su lado, en busca de su gallinero.

CAPITULO V

Néstor se propuso a no desperdiciar momentos u ocasiones de observar a sus dos personajes, seguirles la huella, rastrearlos, ya que era tan fácil, pues no obstante sus atafagos escolares, le sobraba tiempo hasta para galantear a la Caicabare.

Los domingos eran allí, al igual que en otros lugares de provincia, lo más bullangueros, de animación y concurrencia, por la venida de gente de las huertas y fundaciones, y presentarse a la Jefatura Civil los que tenían alguna queja de poca monta y siempre por los mismos litigios o causas: fulano que no le pagó a zutano el maíz que le tomó al fiado; mengano que hirió una vaca que encontró pisoteándole los yucales; úno alegando que por los animales de su vecino, que no ha cercado el potrero, no puede lograr cultivo, pues se le meten en la roza aun antes de la siembra; ótro, cansado de cobrar un dinero que dió a préstamo; peones que llegan derrotados, porque los amos no les abonan a tiempo o de ningún modo los jornales; y aquél, que se ve en el forzoso caso de asestarle un par de mojicones a un zambo rascado que lo injurió en la pulpería. Rebollo los oía sin ser días hábiles, tal como si fuesen de entre semana, ya que siempre estaba mano sobre mano, supuesta la vagancia habitual de las oficinas de parroquia: remendaba o descosía, según la tela que le daban para zurcir o cortar. Por sistema hallábase acostumbrado a la bonachonería, mas por sus malos hábitos se inclinaba siempre a esgri-

mir las tijeras, y a quedarse con algún retazo, ya que todo no era posible, de los géneros que ponían a su discreción sobre su mesa de despacho.

En uno de esos, soleado y alegre de las tierras cálidas, Néstor arribó a eso de las nueve de la mañana. Había, para mayor sorpresa, un grupo de individuos al umbral del capitolillo de Moitaco, vestidos de limpio, con las ropas recién aplanchadas y sombreros de caña, estilo coriano. No conoció a ninguno, al primer golpe de vista, por lo apresurado o distraído o por el deseo de husmear lo que pasaba dentro del salón, desde donde partían voces hombrunas que discutían con viveza y acaloramiento.

Detúvose a escuchar, con las orejas arriscadas, tras de las espaldas de los curiosos.

—Mire, general, lo que le estoy diciendo se lo juro por mis hijos, decía úno, hasta por lo más sagrado: mi torete no se ha metido en el rastrojo del señor ni le ha comido una hoja de plátano.

—Por ahí no me ande, eso de rastrojo no, mi conuco es nuevecito, el maíz no está todavía de cachapa, contestó ótro; yo tengo con quién probárselo: testigos son los que sobran.

—Qué daño le pueden hacer los animales, si es que se zampan, en unas cuatro matas de *ocumo,* en una media docena de caña de maíz y en unos hijos de cambur? El charla del conuco, de la sementera, de que las vacas mías se tragaron su hacienda, puritas cuentas alegres: yo le sostengo que si a mi burro pastero se le ocurre darle un restregón de muela a todo su sembrado, saldrá de allí con los ojos claros y sin vista, porque si va con hambre, de seguro regresa bostezando.

—De eso me hablaba mucho la difunta, de ese bejuco tengo yo un rollo. No tiemple tanto la cabuya que se le revienta por lo más delgao. La prueba es que el animal tiene una oreja medio colgando del machetazo que le pegué de refilón: si lo cojo de lleno le parto el cogote.

—Veo esa *caña.*

—Véala que le va pu encima.

—Qué machete de mi ánima ni qué cortada del demonche. Todo el mundo sabe que aquí hay más murciélagos que piojos y que gente, y que no hay día en que no amanezca un

sangrero en las corralejas: por eso hay tantos animales *gochos* en la sabana. Por supuesto el que no tiene cara en que persignarse, el que no tiene un rabo en su casa, el que no tiene más bichos que los de su cabeza, siempre está viendo manadas de ganado.

—Mire, amigo, póngase una tranca en la lengua y no me ofenda, que soy de pocas pulgas, no esté creyendo que me mamo el deo.

—¿Pero qué ofensa ni mala palabra he dicho yo? ¿Usté no está oyendo, general, eso de los bichos o *cochochos* será una grosería? Vea por donde se descuelga el tercio.

—Al que le jincan el cuero se frunce.

—El que no tiene un maíz que asar, siempre está viendo gatos ensillados y santos con pistola y escopeta terciada.

—Barajo esa pulla. No crea que tengo pellejo de cachicamo.

El secretario se creyó forzado a intervenir y meter baza, como lo hacía siempre, al ver que se agriaban los ánimos de los discutidores. Rebollo con los ojos medio cerrados, se halaba la *chiva* o le metía los dedos de la diestra de atrás hacia adelante. Néstor creyó oportuno el momento de entrar, se coló sombrero en mano y los saludó con una inclinación de cabeza.

—Señores! todo, menos palabras hirientes; en las oficinas se le debe poner un torzal a la lengua, dijo el secretario.

Algunos de los circunstantes, al escuchar el final de la frase anterior, notaron que el tarrayazo, sin excepción, los envolvía a todos, y cual bestias al sentir el aguijón de las espuelas, se encogieron y pujaron. El secretario continuaba:

—A ver, Esquivel, ¿dónde están los testigos que usted trajo y qué pruebas alega en su defensa?

Se puso de piés un hombrecito picarazado de viruela, regordete, panzudo y empolainado, de un tinte de guacharaca, con ojos pequeños y vivos, de los que llaman en otras partes pulludos, porque les atribuyen ver con agudeza de más de la marca. Cabeza redonda y cubierta de pelo lacio, frente de unos dos dedos y en la mano el sombrero de fieltro, color gris panza de burro; blusa abierta, de kaki y cinturón de cuero color de cacao, pantalones de dril a cuadros negros: un revól-

ver de doce milímetros le abultaba del lado izquierdo como si tuviera algún tapadijo o tumor descomunal del cuadril. Se volvió hacia la puerta de la calle con gran desenfado y haciendo señas de que se acercara, con la mano que agarraba el chapeo, llamó a su hombre:

—Arrimate, Relámpago, pa que te vean la estampa y le sueltes a la autoridá lo que tienes en el buche.

Un ejemplar de campesino cazurro y de mala medra, macilento, los cabellos y barbas largos, al estricote, de ojos exangües y dolientes, labios de cera, barrigón, edematoso, la facies característica de la anemia tropical, avanzó unos pasos arrastrados y se paró con la cabeza agachada, dándole vueltas por el ruedo del ala a su sombrero de caña.

—A ver, repitió el secretario, a ver, qué sabe usted del torete que se metió en el conuco de Juan Araya, allá en la vega. Esquivel, según me han informado, sostiene que su propiedad está cercada por los cuatro vientos, que usted la conoce muy bien porque ha sido peón del fundo largos años y ahora vive en la vecindad. No tenga miedo, amigo; levante la cabeza; los testigos no deben decir sino lo que conocen o lo que han visto por sus propios ojos.

El interpelado obedeció, enderezando su cara espectral:

—Pus... (y seguía en la misma posición y maniobra) pus por lo que me ijeron, el orejano del señor Esquivel y otras reses más le hicieron un portiyo en la cerca, le pisaron y tragaron todo el sembrijo al compáe Juan.

Espectadores y empleados tuvieron que esforzarse para no reirse a mandíbula batiente, con una de esas risas que arañan por salir de la garganta; y el criador, con unos ojos que echaban rayos y centellas, no pudo dominarse y exclamó:

—Este caritieso de jipato me ha dejado con la cara pareja... me ha dejado como el frijol.

Juan Araya se quedó con la boca abierta y con los ojos chispeándoles la satisfacción del triunfo. Don Panchito que estaba a sus anchas, en su ambiente, volvió a la carga:

—¿Y eso es todo lo que tiene que decir el testigo, o le falta algo que añadir?

—Pus... yo no sé más ná del torete; lo demás que sé es que el señor Esquivel es un maula, muy mala paga: me ebe

casi un año de jornales... pus cada vez que le cobro me amenaza con ponerme un chaleco de mecate y mandame pa Ciudá Bolívar... Hora mismo se me presentó iciéndome: "tienes que irte conmigo mañana a declará contra Juan Araya" y como yo no le respondí muy ligero, me se encimó manoteándome en la cara: "y si no vas, ya vas a sabé por onde echas" y si no fuera así, yo no vengo, porque ya ven toos que estoy muy enfermo, hinchao y con cansancio.

Esquivel con el chasco no pudo contenerse, estaba que rompía las zapatillas y vociferó:

—Eso es falso. Todo el mundo en Moitaco me conoce a mí; y que me escupa la cara el que me pruebe que soy un mal pagador, un *muérgano*. Miren qué lavativas les echan a los hombres honrados estos sinvergüenzas, despué; que úno les mata el hambre.

Aquello pasaba de castaño a obscuro. Rebollo tuvo que soltar la *chiva* y tomar participación en aquel embrollo, hacer sentir el peso de su mando (que no era poco) y acordándose de sus buenos tiempos de insurgente, tránsfuga, o soldado de fila, se levantó de la silla y exclamó con aire retador:

—No se permiten palabras fuertes ni descompuestas delante de mí; no se equivoquen: soy la primera autoridad del municipio y me hago respetar cuando es preciso. Háganme el favor de medirse y moderarse en el lenguaje.

Los contendores y circunstantes se quedaron tamañitos. Néstor, si no se reía de para afuera, se reía de para adentro, y deseaba que el auditorio fuera más grande. ¡Qué cuadro tan interesante aquel! Indudablemente hay muchos rasgos inéditos o por publicarse, dignos de pintura o de caricatura en la tierra nuestra.

Rebollo, bajando un poco más la voz, añadía:

—Continúe, ciudadano secretario, tomando la averiguación con minuciosidad y que los testigos no omitan ninguna circunstancia que dé luz para el esclarecimiento de los hechos.

Y se volvió a sentar con un aire y compostura señoriles e imponentes, apoyando las manos sobre la mesa, cruzados los dedos unos entre otros, con olvido palmario de sobarse la *chiva*, pasado de listo o de cómico. Los concurrentes se miraron entre sí con los ojos significativos, y la cara larga y gra-

ve, solemne gravedad que singularizan con denominarla de burro embarcado. Don Panchito no se hizo el sordo y se aprovechó del réspice para darles un ejemplo. Con tono apausado (cada úno se había metido dentro de sus peroles), a tenor de nuestra frase criolla, o estaba en carácter, para hablar en castellano limpio, dijo a la postre:

—La otra parte. El ciudadano Juan Araya puede presentar sus testigos, porque la hora es avanzada; hay que aprovechar el tiempo.

—Como yo no traje ningún trompo enrollao pa que el tiro se me saliera por la culata y no hablo con muertos, aquí está Juan Mateo, el que yaman por mal nombre la Marimonda, él no tiene freniyo en la lengua.

—Que pase al frente el citado individuo y que exponga lo que sabe y ande ligero, sin mucho palabrerío.

Se destacó del grupo un mestizo de barba espesa, de pelos gruesos, semicalvo, cabeza de patilla, larga y angosta de delante hacia atrás, ojos negros y abovedados, de esos que llaman de ombligo cubierto de sebo, color cetrino, de un amarillo ceniciento, y vestido de *liquiliqui* sucio, calzones rotos y alpargatas; con un aire de pícaro y alevoso, tal vez asesino en embrión o criminal nato evadido de las manos de la justicia, muy parecido en movimientos, gestos y figura a un tal Cipriano Castro, hazmereír de propios y extraños, que por arte de birlibirloque se encaramó por algún tiempo en la Presidencia de Venezuela, hasta que un día se le ocurrió a Gómez tirarlo de la cola, sacudirlo como a un dañino *rabipelado* y aventarlo hacia las playas del Mar Caribe.

Esta caricatura de hombre se abalanzó con rapidez por en medio del salón, giró su mirada de vampiro hacia uno y otro lado, con atrevimiento y descaro y desató la sin hueso con estos iguales o parecidos términos:

—Antier de mañanita ví a Juan Araya corriendo y dando gritos detrás de una res, que apenitas por entre el maizal se le vía meniar la cola. El bicho estaba empeñao en no salir, y él en arrearlo y sacarlo: varias veces vinieron en barajuste a la talanquera del conuco, y luego el *maute* se rechazaba y retrocedía pa más a entro a toda carrera, hasta que escuché que el vecino, echando pestes por la boca, se le fué encima,

con un machete de rozar en la mano, y lo persiguió hasta una empalizá.

—¿Y usted sabe de quién es el animal?

—De este señor que está aquí (señalando a Esquivel); pero a mí no me costa.

—¿Entonces usted no le vió el hierro o la señal?

—Todo el ganao grande y *mautaje* que ramonea por áhi, tiene un jierro largo y ancho, que parece un adobe, de esos que yaman de plancha, como los que usan en el Guárico los Perique y que sirve pa borrar la marca de los ajenos.

—¿Usted sabe a quién pertenece ese hierro?

—Dicen que a este señor (volvía a indicar a Esquivel); pero a mí no me costa.

El interesado bufaba casi con espuma en la boca; y el vencedor en la queja mostraba en todo el semblante la alegría y la satisfacción.

El taimado de Rebollo, vuelto a su *chiva,* oía atentamente.

Don Panchito, el insuperable don Panchito, acabando de escarabajear en el papel, levantó su cara de hipócrita y de pillo, y apuntaba otra vez:

—Tiene algo más que añadir o aclarar el testigo en pro o en contra?

El mestizo, encarándose con Esquivel, árbol caído, le ajustó las clavijas:

—Pus la mesma cosa que le sucedió al Relámpago, cuando trabajaba con este señor, me sucedió a mí cuando me apalabrié con él, 'hora meses, pa unos desyerbos y corte de madera: me tiró también el carro. Y cuando después de mil engañifas: "que hoy no, que mañana sí, considerame que estoy muy corto, que debo mucho, que me tienen a cola alta, que voy a vender unos *cachilapos* y después te pago, que aguardame unos días más, no eres padre de familia ni estás cargado de hijos," una vez que fuí muy apurao, con más hambre que una langosta, se hizo el caliente y me trató como a un estropajo y me amenazó con que si me vía otra vez por la puerta de la casa, su compae el jefe civil de entonces me arreglaría las cuentas con un carcelazo.

Esquivel, de reojo, le lanzó una mirada de basilisco, preñada de futuras venganzas y murmuró todavía:

—¿A este par de fichas no se les ocurrirá nada más? ¡Qué lenguas para sacárselas con tirabuzón!

El secretario ordenó de nuevo hacer silencio y moderarse, y leyó lo que había garrapateado en alta, clara e inteligible voz, como dice el Código, y al concluir se volvió con circunspección al *chivato* y ceremoniosamente le dijo, acercándose con el papel en una mano y ofreciéndole la pluma que llevaba en la otra:

—General, está concluida la averiguación, puede firmar la diligencia.

Mirando por encima de los anteojos ahumados, que le colgaban al modo de dos murciélagos, como para caérseles, Rebollo hizo crugir el papel con el nombre y el apellido y una rúbrica complicada. Esquivel y Araya a su turno, mal que bien, pergeñaron sus palotes y los otros dos no firmaron por no saberlo hacer, según la frase habitual de esos casos. El jefe les dejó el puésto vacante y salió de la oficina, de bastón y *chiva* en mano. Testigos e interesados se dispusieron a seguirlo, pero don Panchito les llamó la atención con estas palabras:

—Un momento, no se precipiten, aguárdense un poco, falta por abonar los derechos de esta actuación civil: a Esquivel le corresponden sesenta y un bolívares y a Juan Araya diez y nueve.

A registrarse los bolsillos tocan, pensó Néstor, y al dirigirse a la puerta, sintió ruido de monedas sobre la mesa de don Panchito, y luego se detuvo fuera del quicio para presenciar el final del sainete y la despedida de aquellos buenos ejemplares de nuestro pueblo.

Esquivel pasó a poco, de largo, rezongando:

—Ya sabía yo que en esto iban a parar las tusas, en que se las comieron los cochinos.

Juan Araya también refunfuñó al salir:

—De las uñas de don Panchito no se salva úno ni salvándose.

Y siguió acompañado del mestizo charlatán.

Néstor que no había perdido detalle, se dió por satisfecho y se fué a su chinchorro y a sus libros, y a ver si quedaba un tiempo franco para hacerle algunos arrumacos y promesas a la gentil caribe.

CAPITULO VI

Ha dicho, no sé si Emilio Olivier, o algún otro escritor de nota, que a Napoleón le fueron fatídicas las reminiscencias clásicas evocadas en momentos solemnes, cuando la abdicación de Fontainebleaux al dirigirse tras la derrota final al comandante del *Belerofonte:* en la una alegando que no podía entregar a su hijo desvalido, pobre niño, como el príncipe Astianax en poder de los encarnizados enemigos; y en la última yendo inerme, a guisa de Temístocles, a pedir un asilo en el hogar de sus adversarios. Y esto que sucede a los grandes, a los superhombres, acaece también a los simplemente humanos, pues según veo, no es la primera vez que una grandeza en desgracia toca a las puertas de sus contendores para morir al modo de Pompeyo, el hegemón vencido en Farsalia, de capitado en las playas hostiles de Egipto, o con el heroísmo de Aníbal, envenenándose para que la felonía no lo entregara viejo y maniatado a la cólera de victoriosos rivales.

Por eso aquello de que los extremos se tocan, y lo de Vico que considera la historia (y qué más historia que una vida) como el nefando animal (¡lagarto!) que se enrosca en círculo mordiéndose la cola; y así seguiría sin que nadie me atajara recordando unas veces, haciendo otras piruetas de equilibrista para demostrar, sin exigírmelo, que sé tenérmelas tiesas en la cuerda floja de la erudición.

Pero no se asuste el lector porque lo amenace con una retahila de consideraciones sobre la vida y milagros del maes-

tro de escuela, el jefe civil y el secretario de parroquia o que vaya a describir una escena de amor a usanza de las que ruedan en la mayor parte de las novelas, novelines y novelones que viajan a sus anchas por el universo, en todas las lenguas y bajo todas las banderas: estoy dispuesto a empalagarlo, a arrancarle los últimos pelos de la paciencia, a producirle bascas y náuseas, pero únicamente con mis personajes, no con las pinturas narrativas de paisajes y estados de alma, estilo novísimo, que no tema eso; jamás me atrevería a aprovechar la ocasión de haber caído en sus manos con causa o sin ella; mi crueldad y mi ordinaria rustiquez no llegan a tanto. Le ahorro en nombre de todos los aburridos una descripción de pasiones de cinematógrafo, con estrella y besos del ídem y con el bombo infalible. Y adelante con los faroles.

Mi accidentado institutor titular se contentó por mucho tiempo con recitar de memoria un pasaje de Suárez de Figueroa, de aquel a quien sus coetáneos temieron y relegaron al olvido en su propia época por no escatimarles el flechazo certero, zaherir a los ineptos engreídos, sin perdonar las necedades, vinieran de quien viniesen, y porque valía mucho más, lo pregonan sus obras, que la mayoría de los que le miraban de reojo, hinchados de envanecimiento y por aquello de quién es tu enemigo de que habla la profundidad del adagio.

Rememoraba el maestro: "No bastó su oposición (no obstante ocasionarse tibieza); que estaba seguro el campo, respecto de la afición. Una tarde, ausente el enemigo, se rindió la fortaleza"...y hasta aquí llegó el clásico; pero él no había llegado a ninguna parte. Con defensores o sin ellos creía que no se tomaba la trinchera: a Remedios se le antojó salir una vez y de reata volver muy tarde, a boca de oraciones, y nada, lo mismo que nada, la caribe y él estuvieron de palique muy juntos, muy expansivos, con gran familiaridad, dando vueltas por el patio, registraron las hortalizas, olieron, palparon aquellas pobres matas de lechugas o de berros, metidas en latas a medio rellenar de tierra, creciendo larguchas y enfermizas, amarillentas, al igual de niños pobres encajados en tabucos sin aire y sin luz, enclenques, dolientes y desgraciados; vieron unas rosas descoloridas que daban lástima y al cabo de aquel examen minucioso encontraron macetas de claveles abiertos o con botones

por abrir, lujuriosos y alegres, de aquellos que tanto quiso Gonzalo Picón Febres, que le sirvieron para bautizar uno de sus volúmenes de versos, y la fértil imaginación del maestro se echó por el atajo recitando:

Junto al rosal que brilla como aurora,
el divino candor de la azucena,
la campanilla azul de rimas llena
y el tulipán de gracia triunfadora.

Pero todo en balde; o las galanas estrofas de Gonzalo no hacían mella en el ánimo de la muchacha cerril, o el efecto era contrario a sus esperanzas, o no quería en realidad querer como se quiere por primera vez a los diez y seis años, con una espontánea e indomable exaltación, con un hambre de amor y una virtud heroicas que se inmolan sinceras sin percatarse del sacrificio.

Y cuando aquella vez obscurecía, cuando era la hora más propicia a la ternura, a la confidencia, a la renunciación de todo egoísmo, se vino disimuladamente a parar a la puerta de sus habitaciones, se recogió cual esas tórtolas montaraces que buscan tempraneras las ramas de follajes favoritos para aguardar el silencio, la quietud, la tranquilidad bucólica de la noche. Remedios llegó al redopelo agitada, presurosa y hablando recio por el lado de la calle: se imaginaba en sus temores maternales que la separación de su hija era demasiado larga. Y ella nunca la dejaba sola, por aquello de que en arca abierta el justo peca.

—A ver, ¿en dónde está mi gente, qué ha hecho mi gentecita?

—De todo un poco, mamaíta, hasta conversar un rato con el vecino.

—Conque ¿por aquí tenemos al amigo Néstor? Has tenido un compañero que ni de encargo.

Y entró de una vez, haciendo sonar su ropa recién aplanchada.

Néstor le dió las gracias atorándose. Hasta la boca le supo a retama. Aquella mujer se le atravesaba sin culpa en su camino, sin intención marcada, ni más ni menos que una espina de *coporo* en la garganta. Y cuando se separó del lado de

Rosa, volvió de nuevo la para él fatídica reminiscencia clásica a azotarle las sienes con sus alas de murciélago:

"Al fin, tras muchas controversias, tras largos debates, dieron lugar a que les volviese para siempre las espaldas".

Así le acaeció al personaje del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, así tendría que sucederle a él, eso ya se lo había figurado muchas veces y hasta por algunos días estuvo de menos, sin acercarse por la puerta de la calle cuando Rosa estaba por ahí esperándolo; y acaso la saludaba por no dejar, con la trompa larga y unos modos que denotaban de lejos el descontento.

Y lo peor de todo fué que en esto, o sea en el retirarse, le aconteció como en lo otro, es decir, el no tomar la fortaleza sitiada: aquellas dos reminiscencias clásicas, aunque no era de los grandes y elegidos, le burlaron sus esperanzas, o para expresarlo en una frase típica de nuestro vocabulario: el burro se le quedó enflorado.

Paciencia y barajar. Su determinación duró lo que todo escándalo por más borrascoso que sea, unos ocho días. Al cabo él mismo, porque la muchacha no hacía ningún esfuerzo para atraerlo, se le arrimó tan manso como un cordero y con la rústica pachorra de su oficio, chalán de escuela, volvió de frente a convencerla, a requerirla, a sitiarla, a domesticar las voluntariedades y hobachonerías de aquella zebra africana.

Y los días pasaban con su monotonía de siempre, mas no se le ofrecía la ocasión de otra cita, así fuese tan infructuosa como la primera y al postre vino la hora de confesar que su viaje era de un momento a otro, en el primer barco que aportara, grande o chico, aparejado o sin velamen: poco importa el rumbo al marino que pierde en la borrasca el timón cuando alberga la esperanzada confianza de arribar a cualquier playa, amiga o enemiga, aunque no la vea ni perciba de lejos.

Néstor de espaldas, distraído, no vió surgir la *falca* en aquel silencioso y soñoliento atardecer: estaba en el sitio habitual, con la sencillez de su hombría de bién, hablando con Rosa sobre su próximo viaje y un tardío y problemático regreso. Ella lo escuchaba atenta, lo veía desaparecer resuelto y animado, irse para no tornar, salir de allí sin que nadie lo pu-

diese encontrar en el pueblo, por laderas y barrancos, por ninguno de aquellos contornos. El suceso futuro se lo figuraba con la mayor certidumbre, a su manera; y lo peor de todo, no volver a escuchar esa voz que le cantaba a los chicos de Moitaco el Himno Nacional al comienzo de las tareas de la mañana y poco antes de cerrar la escuela, para venir por último a conversarle de cosas bonitas, alegres, graciosas; a contar cuentos de lugares venezolanos que no conocía ni se lograba imaginar; a entusiasmarla, a despertarla de la murria con la curiosidad de paladear diversiones y fiestas que no se presentaban en su villorrio natal.

Néstor, concluyendo un párrafo pintoresco, bota la colilla del cigarrillo, mira hacia el río y casi suelta un grito de sorpresa al descubrir un barco que se acercaba lentamente a la playa.

—Mírelo, Rosa, a nadie le falta Dios: así tenía que suceder para salvarme de cualquier modo.

La caribe giró también los grandes y aguamielados ojos y se encontró con la *falca,* en cuya proa se erguía una persona joven, mejor vestida que el resto de los tripulantes y que era, a no dudarlo, el amo o el patrón. Ni una banderola se destacaba sobre la popa.

Callaban los dos con la vista fija en la embarcación. Por el alma de Néstor cruzaron en torbellino ráfagas de recuerdos. Casi ensimismado, sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a murmurar con voz muy queda los versos y el aire de una vieja canción, que venía al pelo en las presentes circunstancias:

Llegó el momento de los adioses,
Cogí en mis manos sus manos blancas,
Sus manos blancas como la nieve,
Como la nieve de las montañas. . .

Rosa, azorada, pusilánime, bajó los ojos, y se puso como a deshilachar, con los dedos agitados y trémulos, la orilla de un encaje de su blusa. Por su alma sensible de niña, más sensible cuanto más aborigen, surcaron veloces presentimientos que, sin poderlos apreciar a cabalidad, no por eso le escatimaron la impresión de vagos e indecisos temores. Se alborotaban todos los sobresaltos para infundir todos los miedos. Las dudas le traían y llevaban la cabeza de un lado para el otro,

cual si hubiese bebido algún licor que la marease. Mejor no parecía Ramírez, a quien no obstante lo concreto y preciso de la resolución, llegado el instante de ejecutarla, sentía la zozobra, el desconcierto de separarse, el malestar doloroso de la dejación de algo, la sorda perplejidad del que no encuentra en su espíritu la seguridad y la esperanza del retorno. Por fin habló; había que intentar la última cita: los minutos eran decisivos.

—Rosa, ¿en qué quedamos? ya no se puede pensar más, hay que disfrutar de las horas que van huyendo a todo escape y acaso para no volver. Quién sabe si esta es la última vez que nos encontramos en el mundo: úno se va para regresar; pero dicen que el hombre propone y Dios dispone. Si usted me asegura algo, algo que me satisfaga, yo venciendo cualquier obstáculo o cualquier dificultad, aunque nada tengo que hacer aquí, vuelvo únicamente por usted. De veras ¿me quiere o no me quiere? Dígame lo uno o lo otro, con su franqueza de costumbre, que no por una negativa final habré de quererla menos.

La cabizbaja muchacha, que había permanecido callada y compungida, levantó la cara reveladora de la impresión que le causaban las anteriores palabras del maestro: oleadas de sangre iban y venían por su cutis moreno, se le mudaba en las mejillas el color arrosquetado por el ceniciento del lívido. Tenía la boca contraída, el secreto comprimido largo tiempo ya no podía retenerlo, la estrangulaba. Le temblaron y se le abrieron los labios, tan descoloridos que parecían pétalos de malabares marchitos.

—Sí.

Tornó a bajar la cara de súbito, transformada por una rubicundez que le encendió todo el semblante.

—Sí. Eso no me lo había dicho usted, pero lo comprendía, lo adivinaba, ¿y ahora qué hacemos? El tiempo urge.

—Nada.

—¿Nada? Pero, Rosa, explíqueme ese nada tan seco! Yo no la entiendo.

—Nada...

Volvió a levantar la frente sudorosa y lívida, y lo miró con una ansiedad de fiera bravía y acorralada.

—¿Por qué me dice que sí, para después terminar con ese nada que me mortifica, que me confunde, que me deja más per-

plejo que nunca? Estos son los momentos de hablar, cualquiera explicación me basta.

Con esta insinuación Rosa recobró su serenidad y ya no se detuvo ni echó pié atrás. A borbotones le brotaron las palabras.

—La otra noche, cuando salí tan tarde por culpa suya, por darle gusto, a conversar con usted, mi mamá que no se había dormido estaba oyendo pegada a la puerta. Lo sabe todo. ¿Cree usted que ella es tan sin malicia y cerrada de mollera que la podamos engañar como una tonta? A lo menos yo no me le escapo; siempre me descubre cuando le oculto algo. Si usted dice entonces una mala palabra o se me arrima mucho, al otro día hasta en ayunas me lleva para el *Naranjal.* Después que tomamos el café, me llamó aparte para decirme sin tapujos: "yo sé que estás oyéndole palabras al maestro, no desde ahora, sino desde que vino. Me he hecho la desentendida y hasta la sorda, pero zamuro no cae en lazo tapado con hojas. Tú no debes ni puedes ocultarme ninguno de tus pasos: eso es lo que acostumbran las hijas obedientes y honradas. Yo no te he criado, aunque pobre e ignorante, para sacar de tí una mujer cualquiera. Antes, cuando alguien te echaba una flor, o te hacía una mueca, me lo contabas al punto, mas de cierto tiempo para acá, has estado callada, pensativa, medio atontada: tú puedes embaucar a otra, a mí no me engañas ni vendándome los ojos. Contéstame con claridad: ¿tú quieres a ese hombre?" y se me acercó como una tigre, echando chispas por los ojos.

Ramírez, que de satisfecho no le cabía un buey por dentro, estaba pendiente de las palabras de Rosa y la animaba con los ojos a continuar.

—¿Para qué lo negaba? Quién no sabe que las muchachas de pueblo se dejan ver sus tapadijos por lo simplotas que somos, cuanto más que usted, con las imprudencias y majaderías de asomarse y querer hablar conmigo a cada rato, se había dejado ver las clavijas, y yo que la echo de tan avispada, aunque lloviera o tronara me vestía todas las tardes para aguardarlo a la puerta. ¿Qué iba a hacer entonces? Le respondí raspado: "sí lo quiero; ¿qué hay con eso?" No había acabado de contestar, cuando se aproximó más y queriéndome comer con aquella

mirada, me puso la mano en un hombro y hablando pasito, para que ni las tapias la oyeran, me dijo con voz ronca:

—Sí, lo quieres, eso se te conoce por encimita, no necesitaba que me lo confesaras; pero una madre debe saber todos los tiquis miquis de la propia boca de su hija. Ahora vamos a otra cosa: ya que estás tan enamorada, en cambio ¿qué te ha ofrecido él? Porque tú eres una muchacha honrada y a una muchacha de esta clase, hija de familia, no se la engatusa por engatusarla. Vamos a ver: ¿qué te ha ofrecido ese hombre?

Le respondí también por todo el cañón lo que usted me había pintado tántas veces:

—Quererme... eso, quererme.

—Sí; y ese maestro, que tiene tánto con que sostener una casa...

Se rió como una loca.

—¿Y qué más le voy a decir, pues?

—¿Eso no más? Quererte, sí, quererte: comprendo el lance, ¿Estás creyendo que la luna es pan de horno? Eso se lo juran los hombres a todas las mujeres y a las muchachas crédulas; pero hagan el primer disparate y verán las muy pendejas en lo que van a parar esos quereres... Que me lo cuenten a mí, ajá-jái!... que me metan el dedo en la boca a ver si tengo dientes.

Se volvió a reír con una risa tan repelente, que me irritaba los nervios y me repitió eso de las pendejas varias veces, añadiendo un chorro de groserías tan gruesas y coloradas, que jamás se las oí en ninguna de las rabietas y disgustos que antes había tenido conmigo. No la conocía: estaba desencajada, temblorosa, me parecía por los gestos otra mujer; si la hubieran picado con una aguja, no echa una gota de sangre, sino de vinagre. Andaba de un lado para el otro, revolvía los trastos de cocina, no encontraba paradero. Se puso a lavar los platos, a barrer, a sacudir y trataba los *corotos* a los cipotazos: rompió el cabo de la escoba y unas cuantas escudillas. Yo me sentí sin ánimos de moverme; me daban ganas de correr, de esconderme en alguna parte; pero no podía levantar un pié. El corazón me hacía: tuqui, tuqui; me atropellaba el pecho como para ahogarme o salírseme por la boca. Un sudor frío me corría por todo el cuerpo; estaba helada. En una de

las idas y venidas se me arrimó más furiosa y gritó con la voz temblona:

—El o yo, ¿con quién te quedas? Necesito que me lo digas ya, ahorita mismo.

¿Qué otra salvación tenía yo para salir de aquel apuro tan serio?; y además, es mi madre, lo único que tengo en el mundo, ¿qué otra defensa sino confesarle también la verdad?

—Mamá, mamá, pues con quién me voy a quedar, sino con usted, mamaíta...

Y entonces se me vino otra vez encima y me abrazó y me apretó muy duro y me besó como una desesperada, y rompió a llorar y sollozar, y las dos, abrazadas, seguimos llorando, calladas, quién sabe cuántas horas, hasta que con el lloro se nos descargó el corazón de tánta pena.

A Rosa se le atragantaron las últimas palabras, agachó la cabeza, se llevó los dedos a los ojos como para recogerse algunas lágrimas que le goteaban. Aquella expansión, tanto tiempo ahogada y retenida en lo más recóndito del corazón, tan noble y franca, tan calurosa y sincera, sacudió de cuajo a Ramírez, que con voz apagada repuso:

—Está bien: eso lo necesitaba saber yo; ahora la quiero más por su franqueza. Ya sé a qué atenerme; ni la engaño ni me engaña. Pero como esta es la única noche que permanezco aquí, que nos vemos y hablamos, quiero y deseo que nos encontremos los dos solos en el mismo punto de la otra vez, aunque Remedios esté detrás de usted y oiga todo lo que conversemos. ¿No le parece que debemos despedirnos solos, usted y yo nada más, puesto que somos los únicos que vamos a sufrir más con la ausencia?

—¿A la misma hora? A las once?

—Sí, y con los mismos golpecitos en la pared para que me indique que está en vela y alerta.

—Convenido.

—No debo perder tiempo. Me voy a buscar el pasaje. Hasta luego.

Era casi de noche ya cuando Ramírez, dejando a Rosa en la penumbra y en la puerta de su casa, se dirigió por la barranca en busca de la barca salvadora. A lo lejos alumbraba la fogata y se distinguían apenas los bultos de los tripulantes en la playa.

CAPITULO VII

Alma ibérica de Camillo Castello Branco, tan atormentada y doliente, tan hermana y gemela de la mía, permíteme que te evoque! Concédeme la protección de tu virtud excelsa y dame el fuego de la divina gracia de tu estilo, para que fluyan y vivifiquen alientos de sinceridad las venas de mis páginas. Alma caballeresca y fosca, por amor y dolor en lucha siempre, mártir de la belleza y amartelada de la vida real, de la vida santa o malévola, alta o rastrera, noble o villana, de esa vida que todos vivimos y degustamos con los labios que han hambre y sed de ventura y de ideal, pero abierta como el cárdeno cáliz de una flor a los hados siniestros de la abnegación; alma que fuiste ungida por la verdad y la justicia; alma robusta y grande, como es la vieja raza que te incuba y te nutre y en tus cláusulas vibra, gajo del viejo lar hispánico, acórreme piadosa y sostenme con el bronce palpitante de tu egida!

El viento de las riberas orinoquesas menea lánguidamente las pencas de las palmas y las frondas de los árboles. Nocturnos chillidos de pájaros estremecen el ambiente y simulan ayes o voces atribuladas de seres humanos que suplican el auxilio virtuoso de algún amparo. En la cumbrera del rancho rumores sugerentes, balbuceos y sollozos de cosas vivas o de anhelos soterrados en el sarcófago del olvido, vueltos a renacer para mayor tormento, a sacudir la vida para mayor sarcasmo, a entreabrir heridas donde jamás se restañó la sangre; roces, estregamientos de besos que deambulan en la

sombra, huérfanos y tristes, en pos de las bocas palpitantes, inebriadas de celeste llama intextiguible, que no habrán de volver a comprimirse, a revivir para juntarse nunca. Mucho recuerdo, mucho, arrebujado en su clámide de angustias, o aterido por la frialdad de la ausencia y la impiedad del desencanto; y mucha esperanza, mucha, que al nacer estrujó la desventura, desfilaron en silencio, cabizbajos, sombríos, envueltos en sudario de infortunio, a semejanzas de largas teorías de espectros por bosques milenarios, por la viacrucis inmensurable de la eternidad.

Era la hora trágica, la hora que preludia en la existencia humana algún acontecimiento, que por mínimo y levísimo que sea, trasciende en el tiempo, la distancia y lo porvenir. Kalunga, el huésped recién llegado, dormía a pierna suelta. De su respiración el murmullo rítmico, apenas se difundía para llegar a los oídos del insomne y vigilante Ramírez.

La calma incitaba al recogimiento del espíritu y a las ilusas divagaciones de amor y felicidad. Cantó un gallo en la vecindad con voz metálica de tímpano y resonó a lo lejos en la soledosa quietud y el silencio de la noche. El avizorado galán alzó la muñeca izquierda para ver en su reloj de pulsera las marcas fosforescentes de las agujas. Eran las once; los tres golpes en la pared no le dejaron titubeos de duda. El primero corto, el segundo, a poco, bien perceptible y el tercero más largo, le señalaron el momento oportuno de la cita.

Se sentó en el chinchorro, descolgó las piernas, apoyólas de firme contra el suelo y a tientas buscó y recogió una de las volteadas chancletas, y al instante la otra, y se las puso con una suavidad y cuidado sumos para que no chirriaran y el vecino no se impusiera o barruntase ni un ápice de su excursión nocturnal. Al enderezarse y erguirse le sonaron las coyunturas con un traquido seco, y asustado se detuvo y no se atrevió a dar o intentar el primer paso; pero se le ocurrió una maniobra a que tal vez no recurren las cabras que también padecen del mismo achaque, ni acudió don Pedro el Cruel, famoso por el crujido de las rodillas y algunas excentricidades más: levantó, estiró y sacudió uno de los miembros inferiores para suavizar el gozne de las choquezuelas y asentó la planta del pié toda entera y luego hizo lo mismo con

la otra, después de repetir el procedimiento. En seguida, con las manos estiradas hacia adelante, en un par de trancos estuvo en la puerta, que de antemano sólo tenía ajustada.

Al deslizarse por entre las hojas, entró una faja de la claridad indecisa y difusa de las estrellas y al punto, con cautela, las entornó para dejarlas lo mismo que antes. Anduvo un tanto para orientarse y a medio patio se paró mirando alrededor por ver si descubría a Rosa en alguna parte. Las aves de corral, encaramadas en su dormitorios de matas de *totumo,* despertaron al aparecimiento del intruso, se estremecieron y hubo ruido y sonajas de alas y de plumas y cloqueos chichisbeantes de alarma y de miedo, entrecortados y apenas perceptibles en el silencio. Por el momento no vió a nadie. El alboroto de las gallinas desapareció poco a poco y entonces levantó la vista al cielo, "impasible y mudo", con esa indiferencia de que habló Núñez de Arce: qué soledad en medio de tánta vida y de tánta belleza, la armonía de la luz y de la calma, el enervamiento sin letargo, y estrellas y más estrellas, focos tras focos rutilantes y vivos, que parecen muy cerca, por encima de las cabezas y al alcance de las manos; o turbios y borrosos y lejanos, diseminados, esparcidos por una inmensidad sorprendente y aterradora. Estaba alelado, suspenso en el espíritu y en el cuerpo, trastrocado en el laberinto de aquel embolismo; jamás había visto una noche con tantos centelleos de luceros. Ya sabía él, y desde cuándo, que eran millones sobre millones; pero ahora difundían el prodigio de los números, millaradas de perlas de Margarita y diamantes de Guayana, vaciados a chorros en un desbarajuste y desparramamiento sin igual por todo el ámbito fascinador de los cielos. Sintió en la profundidad de su espíritu una soñolencia inexpresable, el amor y la muerte se asemejan, se hermanan, orto y crepúsculo de la existencia, se mezclan y confunden al azar, y vaciló de pesadumbre y hasta ganas le dieron de anonadarse, de morirse.

Un sonido metálico de cerradura le sacó de su éxtasis, en que había la dulcedumbre del ensueño y la morbosidad voluptuosa de los goces hondamente presentidos y largamente esperados. La puerta interior de la casa vecina acababa de abrirse y un bulto apareció en el medio y se adelantó unos pa-

sos, traspuso el quicio y se quedó detenido hacia el lado derecho, cerca de una barbacoa, entre unas matas de geranios y amapolas.

Rosa, con una manta de algodón blanquizco echada por encima del cuello y la espalda, a modo de un chal caído al desgaire, acababa de pararse allí para esperarlo, en el mismo sitio que antes y a la misma hora. Cuando Néstor se le acercó, murmurando el sacramental "qué hay", intonso y ridículo, con voces entrecortadas y tendiéndole la diestra, ella se pasaba las manos por las sienes y la cabeza, como para alisar algún bucle indócil o cerciorarse de que no había alboroto en los cabellos, que los llevaba destrenzados por fuera del abrigo. Se le notaba el ijadear de la zozobra, las palpitaciones turbulentas del pecho, la mujer dentro de la virgen no podía ocultar el ímpetu de la emoción: al hombre en el muchacho le subía la sangre a oleadas de fuego que hacían retemblar las sienes y se entregaba a la embriaguez de los instantes.

Le apretó las manos, que estaban frías y temblorosas, y masculló con voz cuchicheada:

—¿Estás convencida ya de que me voy? ¿No oyeron ustedes que vine temprano del río, acompañado de un señor, que charlamos un largo rato y que está durmiendo allí dentro?

—Yo no sé a punto fijo si mi mamá percibió cuando usted y el otro individuo llegaron. Escuché que dos personas conversaban, porque no he podido pegar los ojos desde que me acosté. Cuando cesó el aullido de los perros, todavía los sentí hablar. Se me quisieron caer de sueño los párpados y me los froté para no dormir. Como que ese señor es joven: ¿hacia dónde es que va?

—Al fin salió el viaje para donde me gusta más, para arriba.

Se interpuso un silencio. Estaba inquieta, con esa locuacidad que pretende disimular o ahogar las encontradas emociones que nos asaltan. Néstor, muy cerca, la sentía respirar, azorada y con la diestra apretaba la de ella, a la vez que le tenía puesta la mano izquierda sobre el hombro del mismo lado y como sobrecogido por alguna duda momentánea, se le aproximó más, casi hasta tocarle el oído con la boca:

—¿Pero tú no has querido a nadie más que a mí, Rosa?

—A usted no más, no; he querido, quiero y no puedo dejar de querer a otra persona.

—¿Y la has querido mucho, mucho?

—Como no se quiere sino una sola vez, muchísimo.

Borbotó este muchísimo, expresado con una firmeza y calor tales, que en aquellas supremas circunstancias el hecho de entrar en juego en la vida pasada de la muchacha, una persona extraña para él, tras de la duda inicial le surgió en el ánimo un relámpago de celos.

Néstor, que hasta ese momento conservaba aún la mano de Rosa entre las suyas, se la soltó de improviso: una ola de enfriamiento le corrió por todo el cuerpo.

—¿Y ahora me vienes con esa?

—¿Y con cuál otra, pues?

—¿Y cómo tú, que eres tan franca, me habías reservado algo, o me lo ocultabas como un secreto? ¿Por qué antes nada me hablaste de eso?

En esta entrevista empezó a tutearla sin darse cuenta. A Rosa no se le escapó este ínfimo detalle.

—Porque cada úno dice lo que le conviene y se guarda el resto.

—Ya me lo sospechaba, pero no lo llegué a creer.

—¿Sospechar qué?

—Que tú has querido a otro.

Este nuevo tú le salió tan inesperado, que la perspicacia de la moza india penetró hasta muy adentro en la intención de aquellas palabras, y se sonrió en medio de la semiopacidad obscurona del sitio, de modo que no podía descubrírsele el ardid de aquel juego atrevido, pero inocente, que no eran para poco el chasco y broma en que había enredado a su galán celoso.

Néstor veía visiones y junto con el desconocido móvil de la renuencia, en el espacio de un segundo, se figuró un desorden anterior, hacia atrás una serie de aventuras o incidentes amorosos, de complacencias y hasta claudicaciones de virtud y caídas del pedestal de su pureza y candidez, y aquel potro fogoso de la imaginación no pudo contenerse.

—Rosa, eso me lo has debido confesar primero, antes de todo, para yo saber a ciencia cierta con quién trataba. ¿Se puede saber el nombre de ese amante?

—Sí, cómo no; usted lo conoce mucho, respondió con viveza, y con su respuesta también agresiva, picada en el amor propio por aquella brusca e inesperada salida.

Néstor se atortoló más, interrogando.

—Yo?

—Sí, hombre, usted; pues cómo no lo va a conocer si lo tiene al lado, en la vecindad.

—En la vecindad?.. Eso no más faltaba para remate! Pero dígame el nombre de ese prójimo y no me mortifique más, que ya pierdo la paciencia.

Ella trataba de comprimir y retener una risita picaresca y repugnante; pero ya por su misma nerviosidad no pudo resistir y se le salió de una vez, estirando e inclinando la cabeza hacia adelante:

—Se llama Remedios. Chúpesela, ño preguntón. No lo creía tan pasado de bobo.

—Ah!

Fué lo único que en la sorpresa le saltó de la boca al chasqueado maestro.

—Ah! Más ligero cae en una trampa un avispado que un *acure*.

Y luego, satisfecha del rubor que le había hecho coger, volvió a repetirle, entre risa y chercha:

—Ah! Y usted tiene cara de imaginarse otra cosa? No sea tan bueno, no se alcance. Muy pobrecita y orejana soy, pero a mí no me endulza el oído el primer chisgarabís que pasa ni el primero que se le antoje florearme.

—Eso pensaba yo, murmuró Néstor, cortado y casi arrepentido de su ligereza. Para chanza era muy pesada, sin mucha sal. Cuando se quiere de veras a una mujer, hasta la sombra de una duda o de una falta asustan el corazón, aunque sea sin motivo.

La caribe tornó a reír y a murmurar:

—Se la pegué bien pegada, detrás de la oreja; ¿no le parece, Ramírez?

—Y tan bien pegada que me están ardiendo, no una, sino las dos.

—Flecha de india, que no manca y que no yerra; pero no emponzoñada, y que tampoco duele.

—Aunque tiene curare.

—Y del legítimo.

—Que no perdona.

—No exagere; no diga eso.

—No se necesita solamente de veneno para matar: se mata de diversas maneras, se mata hasta con cariño; ¿y cómo no se ha de matar con desdenes y reproches? Ahora comprendo, y no me refiero a nuestro caso, por qué la conducta y crueles manejos de una mujer pérfida acaban con la vida del hombre más despreocupado y valiente.

—Pero si a usted no lo han matado hasta la fecha, es porque tiene la vida del gato, pues supongo que se haya visto en algunos aprietos parecidos.

Y hasta sonrió con esta última travesura. La mujer, la eterna mujer, que vislumbra o prevé lo que no sabe y adivina lo que está por venir, ese algo misterioso en ese instante vivificaba la lengua de aquella campesina enamorada y vivaracha.

—Usted ha corrido mucho mundo, a usted le han pasado muchas cosas; no sé cómo explicarme, y creo que tal vez le será más fácil sobrellevar este trance de ahora: a espaldas vueltas esperanzas muertas; pero a mí, que es la primera vez que me sucede, cómo me veré mañana en esta casa solita con mi mamá, porque usted sabe que tenemos muchos conocidos y conocidas; amigos de confianza, ninguno o casi ninguno. Para usted es mejor irse, que para mí quedarme. Yo he oído un cantar que dice:

El que se va se divierte
Con las vueltas del camino,
Y el que se queda, se queda
Llorando su mal destino.

Y así me quedaré yo, solita, muy solita, llorando a todas horas para mí solita.

Había tal sencillez y melancolía encerrada en estas palabras y rebosaban de tan ingenua e infantil expresión de ca-

riño, que Ramírez se vió impulsado a intentar desvanecer cualquier nubarrón de llanto que amagara cernerse sobre los ojos de la muchacha.

—Solita, no. Usted cuenta con Remedios y al lado de ella cualquier dolor es soportable, hasta las espinas se amellan en el regazo de una madre, hasta el acíbar parece miel cuando ella nos habla y nos acaricia, cuando nos besa... Los huérfanos, parias de la vida, no tienen a quién volver los ojos, a menos que se acuerden de Dios...

Por fortuna, sin darse cuenta de lo que hacía, Rosa cortó aquella tirada romántica.

—¿Y usted perdió su mamá?

—Sí, desde muy niño y la recuerdo siempre, a pesar de los años; pero no me acuerdo, por desgracia, de sus facciones. ¿No se lo había dicho?

—Creo que no, o es que se me olvidó. ¡Tengo una memoria!...

—Como no la tenga para olvidarme, todo está bueno.

—¿Para olvidarlo? No venga con esas. Si de chanza lo dice, no tiene pizca de gracioso. ¿De dónde se le ha pegado ese berrinche de que lo voy a olvidar? ¡Si será que el ladrón juzga por su condición! Al revés traigo las botas: ningún peje arponeado se queda tranquilo ni duerme con la pulla entre las carnes.

—Pero el arpón ha sido para dos, no para uno solo.

—Para uno más que otro.

—Eso nadie lo puede asegurar: ¿quién le ha probado que el arpón se le clavó a usted más?

—Cada úno mira por su corazón, yo miro por el mío. Desde que me habló de ese bendito viaje, no tengo vida ni de día ni de noche, y cuando usted vió la barca, no pudo disimular la alegría de pensar que se iba y por un tris me aturde con el grito.

—Usted sabe el por qué; no merezco reproche: mi contento no es por el viaje, es por salir a trabajar.

—Por lo que sea, pero se alegró. A mí no me sacan ahora ni con un garfio el miedo que tengo entre pecho y espalda; me estoy ahogando; quiero gritar para aliviarme; soy capaz de hacer un disparate, de volverme loca.

Se llevó las manos a la cara inclinándose, y casi desfallecida, se apoyó con el hombro derecho en el horcón cerca del cual estaba. Ramírez volvió a ponerle una mano sobre la espalda, sin saber qué hacer ni qué decirle. Al través de la ropa, le notaba la piel fría y húmeda. Momentos después, bruscamente, como volviendo en sí de un vahido, extendió los dos brazos al cielo para exclamar con voz suave, dulce, entrecortada por los sollozos: "¡Virgencita de los Dolores, Virgencita mía, dime que no me olvida Néstor, y que vuelve, aunque no sea pronto. Virgencita mía, llévatelo, pero no lo desampares!"

Una de estas explosiones incontenibles en que abundan y rebosan toda una amargura y una desesperación toda, le brotó apagada, profunda, íncita, en forma de un agonizante sollozo, que se prolongó por sacudidas intermitentes, por hipos del pecho. Ramírez la atrajo hacia el suyo, la inclinó apoyándola en su hombro, y la abrazó con un apretón largo y estremecedor.

Las lágrimas calientes de aquel llanto sincero le empaparon las mejillas y le cayeron amargas en la boca, que tropezó con ansia febril la de Rosa y se juntaron enloquecidas, primera vez que lo hacían, con la violencia pasional y el vigor de la juventud.

Pasado aquel instante de embriaguez y de ceguedad, se desprendió de súbito de aquellos labios febriles y murmuró, enronquecida por la emoción:

—Néstor, repítame que vuelve, repítamelo muchas veces... y tornó a sollozar, desgonzada, con las manos y la cabeza caídas, con una tristeza y una ternura más grandes y más dolientes aún.

Allí mismo, en el pavor de aquel silencio y de aquella calma, detrás de ellos, una voz, no muy bien segura, se hizo oír:

—Rosa, éntrate; Dios sabrá lo que hace de nosotras. Señor Ramírez, que tenga un feliz viaje, y compadézcase de mi pobre hija.

No hubo tiempo de contestar. A la puerta de la calle golpeaban con fuerza y llamaron recio:

—Señor Kalunga, ya es hora. Aquí venimos por los *macundales* del pasajero. El patrón los está esperando a ustedes.

Rosa y Ramírez, en la ofuscación, se habían separado, buscando cada cual sus habitaciones, con brusco atolondramiento, y cuando el último entró en la suya, sintió que Kalunga se rebullía en el chinchorro y preguntaba:

¿Qué hora es? Ortega la está echando de madrugador.

Néstor, con la mano puesta en los hicos para descolgar su hamaca, le repuso:

—La de irse, que es la mejor.

Kalunga se incorporó de un salto, fuése a obscuras a su ropa y luego añadió:

—No será por falta de diligencia ni de fósforos que nos quedaremos.

Y raspó uno y encendió la lámpara. Se vistieron con ligereza de cómicos.

Y un cuarto de hora después, un marino delante con la luz, otro con la maleta de Ramírez y éste tras de Kalunga, enfilados y en silencio, llegaban al embarcadero a manera de chivos por una ladera abajo.

CAPITULO VIII

Navegaban a pleno sol mañanero, resguardados por la sombra de los cañaverales y frondosas arboledas de la orilla. A poco andar empezaron a ver desde lejos esos grandes remolinos que forman las corrientes encontradas de las aguas del Orinoco, en los cambios de nivel o en los pasos estrechos, por medio de rocas resquebrajadas y abruptas, que parecen rotas por el martilleo continuo de un titán y por muchos siglos. Cuando Néstor, que iba sobre la proa en cuclillas, solo y vestido de un flux gris ceniciento, de forma que remedaba una grulla posada en el vértice de una mata seca y desnuda, al encontrarse de repente con aquellos borbollones inesperados y aquel rugir sordo y bramador, sin alarmarse, pero sin tenerlas todas consigo, ignorante del nombre del raudal, aunque había estado por ahí cerca varios meses, preguntó a uno de los marineros que, palanca en mano junto con sus otros compañeros, empujaba la barca muy por el *relés* de la orilla:

—Tú sabes cómo se llama esta berenjena, y le señaló con el dedo el sitio.

El interrogado, con una indiferencia suma, encogiendo los hombros, con el sombrero de *cogollo* echado para atrás, le respondió:

—¿Cuál? Aquella chorrera?

—Sí, esa en que vamos a entrar.

—A entrar no, ¡líbrenos Dios!

—Y su santa madre.

—Pus a decir verdá, yo no le sé el ligítimo nombre, como que la llaman la Chorrera de Moitaco.

—De Moitaco no, hombre!

Se interpuso Ortega, hablando por un lado de la boca, porque el otro lo llevaba ocupado y abombado con una mascada de tabaco de *hueva*. Escupió para mejor expresarse:

—Moitaco está como a cuatro horas de aquí, en curiara y subiendo; este es el raudal de El Torno porque, según dicen, ha torneado a mucha gente.

—El nombre sí se lo sabía, agregó Néstor; pero no así, los libros lo denominan Raudal de El Infierno.

Kalunga, que por defenderse del sol iba debajo de la *carroza,* doblado y encogido, absorto en una lectura, manoteando a diestra y siniestra los mosquitos, percibió aquel debate, y fué saliendo agachado con un libro en la mano, casi en cuatro patas, para tomar parte en la disquisición geográfica:

—O Raudal de Camiseta, señor maestro, a quien incumben el deber y la obligación de saber de cruz a fecha el nombre de todos los rincones, vericuetos, escondrijos y madrigueras de la república. ¿No es verdad, joven Ortega? concluyó dirigiéndose al patrón.

—Lo de joven pase, aunque ya hace algunos días que peino canas; lo de Camiseta, barajo porque no la uso; pero me moja la noticia como un chubasco; es la primera vez que lo oigo llamar así; y terminó repitiendo: Raudal de Ca.... mi... se... ta. ¿De dónde habrán sacado este apelativo?

—De cualquier parte: el lugar de la sacada importa poco y ahora aguante este chaparrón: es que ustedes los margariteños cuando más aprenden, han fojeado una sola vez por la cuaresma el libro titulado *Rumbos y Derroteros,* que se publicó ayer tarde, en tiempos del Rey, cuando Fernando VII usaba paletó. Ustedes navegan por todos nuestros mares, ríos y lagos a tontas y a locas y hacen milagros a fuerza de instinto, por la herencia de caribe y guaiquerí que les hierve en la sangre. También es verdad—y valga la justicia—que no son culpables, pues fuera de ese libro, apenas hay tal cual estudio posterior de navegación que merezca el trabajo de leerse: todavía tenemos, por desgracia, que valernos de los derroteros

y sondeos del Almirantazgo inglés; es decir, comemos en esta materia, y en muchas otras, por mano ajena, y qué manos!

—Dios se lo pague, es obra de misericordia enseñar al que no sabe; por casualidá sé leer y firmar. En una isla, como Margarita, que no es sino criadero de navegantes, de hombres bravos de mar, el único que conozco yo que fué a estudiar al Norte la marinería y por cuenta de su páe, que era también una de nuestras toninas, es mi pariente Ciriaco Campos: los demás tocamos el *cuatro* por fantasía y bailamos el *joropo* por inclinación.

Néstor oía y se gozaba; no se contuvo:

—¿Y dónde, amigo Kalunga, se encontró usted con eso de Raudal de Camiseta? Yo he leído mucho papel viejo o nuevo de nuestra geografía, por afición y oficio, y estaba en ayunas.

—En Codazzi, en quién va a ser; si muerto el sabio *jurungo,* a persona nacida se le ha ocurrido escribir una geografía en forma; o si le pasó por el cacumen hacerlo, fué para aprovechar lo bueno, por lo fácil, y dejar los disparates por lo difícil de enmendar, como a don Arístides Rojas, el diletante de marras, y nuestro muy querido viejo; o han pergeñado en Maracaibo una obrilla, horrenda copia de copias, y que nadie la bota porque nadie la tiene, o se aferraron a emborronar manuales de escuela, a lo Granado, que es como agarrarse a la cola de un rengo sin cerda.

Mas entiendo que esa denominación se aplica al volumen de aguas en conjunto, y según los prácticos que he tratado, circunscriben el nombre de Torno a esta boca oriental por donde vamos; la de allá, del poniente (señalaba con la diestra), la dejan sin bautismo y todo es una misma cosa en el celebérrimo geógrafo; tiene la gloria de ser este lugar el punto donde, cuando o bregaban por la supremacía del río los caribes y los caberre o cabre, Tep, el esforzado caudillo de los primeros, esperó a los segundos, a quienes derrotó y desalojó para siempre de las regiones del Orinoco.

—¡Otra te pego! Hoy amanecí trasnochado, o *zurumbático,* o usted se ha propuesto confundirme a sorpresas geográficas e históricas. ¿De dónde sacó usted ese lindísimo monosilábico nombre indígena?

—Lo de trasnochado, respondió con marrullería Kalunga, quizás sea verdad (pues no se le fué por alto la despedida romancesca de la noche); lo otro es una nota también de Codazzi, la cual atrajo mucho la atención de los antropólogos venezolanos, cuando la jugó Samuel Darío en una polémica, entre ellos la de nuestro malogrado y querido Elías Toro (*), y tan es así que la utilizó en una de sus obras, a tal punto que encontrándose con aquél, que andaba en la Plaza Bolívar, en compañía de un hermoso mastín de nombre Tep, le preguntó:

—¿Dónde conseguiste este animal tan raro? (era de lanas crespas y cortas, todo negro, collar de pelo blanco y parche del mismo color cual una estrella en la frente); ¿de dónde sacaste ese par de curiosidades, el perro y el nombre?

—Este joven—se refería al perro—le repuso Samuel Darío, es oriundo de Mucuchíes, de la hacienda Escagüey, propiedad de la familia de don Rafael Pino, quien regaló a Bolívar uno de la misma raza y vino en el ejército patriota en 1813 con el indio Tinjacá que lo cuidaba; cayeron ambos presos en manos de Boves, en la segunda derrota de La Puerta, y cuando supo nada menos que el nombre del amo, anduvieron con el formidable adalid muy *ajonjeados* hasta el sitio y toma de Valencia, desde donde se fugó el perrero llevándoselo para su tierra al primitivo dueño. ¿No conoces tú la leyenda de Tulio, basada en una tradición de aquella familia que conserva todavía esa famosa cría de mastines? (**) Allá mismo, un tataranieto, homónimo del amigo del Libertador, me regaló este ejemplar, que me ha seguido por muchas partes, dentro y fuera del país.

Y volviéndose a su can, le gritó:

—Tep!

El cuasi alano se acercó zalamero a los dialogantes, y el que llevaba en ese momento la palabra, prosiguió acariciándolo:

—Te presento a este buen amigo; cuídalo y no se te olvide el encargo.

(*) Cuando Espronceda en **El Diablo Mundo** llegó al canto de Teresa, suplicó al lector que lo saltara porque era tan sólo un desahogo de su corazón: yo no quiero ni de lejos imitar al célebre poeta, y al trazar este rasgo personal que se refiere a Elías Toro y Alejandro Carías, muertos por la epidemia de grippe, y cuya memoria, como la de otros tantos amigos míos aspiro a conservar en mis escritos, ruego y encarezco sinceramente que se me perdone.—**Samuel Darío Maldonado.**

(**) Tulio Febres Cordero.—Leyendas.

Tep se fijó en el presentado y Samuel Darío se volvió a Elías para continuar.

—Es un magnífico muchacho, pero así donde lo ves de manso y cariñoso, no lo espanta ni toro ni hombre armado de ninguna clase. Lo voy a llevar al Llano y cuando saque una cría, siquiera unos treinta, yo no sé adónde irán a parar los jarretes de los descueradores. Este es de la misma especie con que Artigas retó al general brasileño Lecort. No recuerdas aquel pasaje de la Independencia uruguaya en que el gran indómito le contestó al comisionado que traía a los patriotas la intimación de rendirse: "Dígale a su amo que cuando no me queden soldados para combatirlo, lo pelearé con perros cimarrones!" (*) Son de los mismos que azuzaron los españoles en los momentos híspidos de la ocupación y de los cuales la historia conserva la fama espantosa de ferocidad de algunos. ¿Te acuerdas de Becerrillo, el que estuvo en la conquista de Santo Domingo?

—Cómo que si me acuerdo! Figúrate que estoy emparentado con los Ponce de León de Quisqueya y muy muchacho pasé una temporada con ellos y aprendí mucho de historia dominicana, casi todas sus tradiciones me son familiares, jamás me he olvidado de mi permanencia en aquella república. Pero no nos diluyamos en digresiones, falta que me aclares el punto: yo utilicé el rasgo sobre Tep, de tu polémica con Gil Fortoul, pero no he encontrado jamás dónde corroborarlo; excepto tu palabra, me he quedado en el aire. Cualquiera diría que es fabuloso ese nombre.

—Ahora me mientas aquello, aquel estudio incongruo y áspero, fruto de una necesidad y que apareció en folleto porque ninguno de esos diarios mendigos de Venezuela se atrevió a publicar el primitivo engendro, que al principio no era sino un artículo, contestación a otro igual del historiador escamado, enardecido y violento en la forma, por las notas marginales que puse a su *El Hombre y la Historia.* Para enhebrar esas páginas tuve que leer a toda máquina cuanto en los pueblos me cayó en las manos; estaba en Barquisimeto y yo no podía cargar una biblioteca en el bolsillo. Andaba en una gira profesional y no lo concluí sino hasta llegar a Valencia, donde

(*) Hugo Barbagelata.

tuvieron la galantería de franquearme bibliotecas privadas y después las del Club y la Universidad; esta última en un estado de dejadez lamentable y casi destruída por los bárbaros; y entonces repasé lo que pude de Codazzi, de quien para mi uso, sacada por un amigo, conservaba también unas copias de sus informes y notas inéditos que existen en el archivo de Ciudad Bolívar. De esta ciudad fuí en excursión al extinguido pueblo caribe de San Pedro del Caris, entrando por el río de este nombre y acompañado de los mismos parientes de los muertos, de su cementerio indígena extraje veinticuatro cráneos para mi colección—que está a tu orden,—el número que requería Brocca para estudiar una raza.

—Qué hermoso es todo eso; pero dime, ¿tienes la seguridad de que son todos muy puros?

—Ah! cómo nó! Suponte que escarbábamos en la fosa marcada por un padre o por un hijo, excepción hecha, donde habían enterrado muertos de *quiriquiri.*

—Y qué es eso de *quiriquiri?* Yo no conozco con esta denominación sino a los indios que designaron por aquí, en el centro, de ese modo.

—Así me pasaba a mí; pero *quiriquiri* es el nombre que dan los caribes a la viruela, y a ellos los había diezmado la epidemia de 1901. Tampoco pertenecían a cráneos antiguos, de la época de los misioneros cuando poblaron aquel asiento de indios, sino a tribus de las que residen ahora en los caseríos de Maureka y de Tabaro y en el hato de los Orsoni, donde fijé la residencia por esos días.

—Pero no ves tú que todos esos indios viven en contacto con los criollos?

—Claro que sí. Pero, Elías, ¿te vas a figurar tú que yo me meta a escarbar fosas de mestizos? Para esa gracia, valiente gracia, no necesito salir de ciertas poblaciones, excepto donde hay elementos europeos modernos; nosotros estamos tan mezclados, confundidos y barajados, que los sacos de papelillos de carnaval se quedan cortos; tú sabes muy bien que, si ahondamos la cuestión, no queda una raza pura en toda la acepción de la palabra.

—Basta, quería picarte la lengua y te disparé un tiro cazcorvo.

Se rió con su risa de hombría de bién, de franqueza, agregando:

—Ahora que hablas de nuestro sancocho (salcocho, según un académico relamido!) de razas y subrazas, de todo ese berenjenal con que nos hemos formado, a pesar de nuestros humos aristocráticos, muy discutibles por cierto, me haces acordar de un chascarrillo de la Universidad. Preguntaba un catedrático de medicina a un estudiante, y olvidaba el nombre; el del lado trató de responder, y entonces el profesor, que no era muy parco de lengua, y embrollándose mucho más, para hacer la distinción, exclamó:

—No es con usted, es con ese chocolatico que está más allá.

El estudiante aludido, continuó Elías, como todo zambo muy susceptible y quisquilloso, le lanzó a la cara:

—Pero usted, doctor, que se las echa de *mantuano,* no es muy café con leche que digamos.

Toro se entusiasmó añadiendo:

—Con una carcajada general terminó aquella clase. Cada uno sabe en América dónde le aprieta el zapato en materia de orígenes; algunos andan rencos, pero con unas ínfulas como el catedrático de marras: la sangre que vino al descubrimiento se ha diluído al tenor de las soluciones de homeopatía. Pero no has desollado todo tu rabo, es decir, el de tus investigaciones. En primer lugar, ¿qué has deducido del asendereado origen de los caribes, punto tan importante a mi ver, y el de otros muchos, que de por sí sólo merece cualquier sacrificio? ¿Encontraste algún rastro?

—Que vinieron del sur, por la hoya amazónica, por nuestra comunicación con ella, por el Casiquiari, o faldeando montañas, o descendiendo cordilleras...

—Dispensa que te interrumpa y no te sulfures. Ese es un pan y cacao de que estamos ahitos. Los españoles encontraron en el Paraguay, y tal vez el conquistador Ayolas, los rastros de una inmigración hacia el norte.

—Pero déjame hablar, ya que me has picado la lengua!

—Era otro tirito sin premeditación.

—Que casi se convirtió en un trabucazo.

—Continúa, pues, que me tienes en ascuas.

—Si me guardas el secreto, porque tú eres del mismo oficio y me puedes echar una zancadilla del modo que me la pegó aquel etnólogo de botarga, que en Ciudad Bolívar se puso en unos originales míos, por medio de un amigo sin malicia, y que se los mostró sin culpa.

—Déjate de bromas. Conozco por referencias el incidente, y dále en primera oportunidad un vapuleo por cuenta de nosotros dos; pero entre tú y yo no hay reservas que valgan a ese y a muchos otros respectos; convencidos estamos de nuestra mutua sinceridad.

Le relampaguearon a Toro los negros, vivos e inteligentísimos ojos, donde fulguraban los rayos de su incurable puntillo.

Y el narrador se le acercó al oído para revelarle:

—Los caribes son quichuas.

Se puso de pies de un solo salto, y con gran sorpresa exclamó, con el sombrero en una mano y en la otra el bastón:

—¿Qué pruebas hay, qué pruebas?

—Todos los veinticuatro cráneos tienen el *hueso de los Incas*.

—El dato es concluyente. Las sospechas que había no eran infundadas, pero faltaba la prueba fehaciente, que sin duda es ésta. ¿Cuándo los vemos y medimos? Ese hallazgo estaba reservado para tí que tánto te has trabajado, lo mismo que yo, por hurgar escondrijos y sepulturas de indios. Es la última novedad de antropología suramericana. ¿Cuándo publicas algo?

—Cuando me crea completo en esa materia; es mucho lo que me falta por huronear; tengo que ir exprofeso a dos focos o lugares Caribes: uno que está a mano derecha del Orinoco, en un lugar que yo me sé; y otro en la cuenca del Cuyuni, cerca de donde tú estuviste; por ahí, por donde encontraste la nuestra de caribe de que has hablado en *Por las selvas de Guayana.* Y estudiar uno o dos focos de la inglesa...

—Esa ambición es muy vasta.

—Como toda ambición, que no se satisface nunca.

—Vamos al segundo punto que te queda por resolver. ¿De dónde salió Tep cuando fué a batir a los caberres al Raudal de El Infierno? Codazzi o tú, los dos únicos comprometidos en el

lío ese, son los que tienen que hablar; al geógrafo hace mucho que se le apagó la voz; ahora eres tú el que debe subir a la cucaña.

—Pero si yo me abroquelo con referirme al coronel Agustín, del Cuerpo de Ingenieros de los patriotas, al técnico que hizo los planos a Páez, desde el lago de Maracaibo al Táchira, para defenderse del gobierno legítimo cuando empezó el movimiento de Venezuela para separarse de la Gran Colombia, y nada más. El Caris cae en el Orinoco abajo de dicho rápido y desde la desembocadura hasta su nacimiento, a ambos lados de sus márgenes, era una región muy poblada de caribes; de aquí que los Misioneros escogieran a San Pedro para centro de catequización y que de allí salieran aquellos en cada una de sus guerras o *razzias;* y a mí no me es extraño que remontaran y subiesen en busca de los caberres que denominaban el río desde el raudal hacia arriba. Este último indio, del cual se sabe también muy poco, parece una rama o subraza del que venimos hablando, y fué a discutirle regiones y dominios que no hacía mucho tiempo ocupaba el otro, porque nadie ignora que los españoles encontraron al caribe en guerra abierta con las otras naciones del continente y antillanas. Colón lo sorprendió así en la isla de Turuqueire, (*) que hoy no sé o no sabemos cuál es su nombre moderno: por lo visto había llegado a las de Saint Thomas y San Juan; se cree que a la de Santo Domingo; pero en Cuba no había aparecido todavía. Este es mi argumento para redargüir a los que sostienen que partió de la Florida en los Estados Unidos: si tal fuese, ¿por qué no pasó a esa región que es la más cercana de tierra firme, por un estrecho como el que media entre Cayo Hueso y la hoy ciudad de La Habana, siendo como era tan experto y atrevidísimo navegante? Encontraron en aquellos tiempos piraguas de caribe surcando de la costa venezolana hacia Curazao.

—Conformes, me adhiero a tu opinión. Venir de Las Antillas menores sin pasar u ocupar a San Salvador o Guanahaní, del grupo de las Bahamas o Lucayas, me parece un salto inexplicable de equilibrista, y llegar al continente suramericano, cuando no lo había en México ni en Centro América, también me parece un arriesgado artificio de prestidigitador. Los cari-

(*) Santa Cruz, a lo que parece.

bes que Balboa encontró en el Itsmo estaban recién avecindados, y eran una parcialidad insignificante. Contra estos datos o pruebas históricas es necesario oponer otros hechos irrefutables que nadie ha presentado aún.

Pero volvamos, prosiguió, sobre la pista: ¿qué fué de Tep después de aquella gloriosa hazaña?

—Te has empeñado en que te trace su biografía, y por poco no me pides su fe de bautismo. En Ciudad Bolívar rastreando, escudriñando, dí con un individuo hatero de Pariaguán, cuyo nombre he olvidado, pero que repondré en primera ocasión, y como había viajado mucho en su juventud por aquellos lugares, le pregunté si entre tanto indio que tuvo oportunidad de conocer no recordaba uno que llevase el nombre de Tep. Y me contestó, que él nó, pero que su padre en el caserío de Las Múcuras, entre Pariaguán y El Caris, por el año de 60, había conocido un cacique llamado así. Tú conoces que la homonimia es una buena raíz en genealogía, y que todo el mundo la utiliza. ¿Está usted satisfecho, fundador y profesor de la cátedra de Antropología?

—Y si no me gusta, según dijo el otro, que me vaya a comprar lo que tú sabes. ¿Pero eso es todo?

—¿Y te parece poco?

—Respecto a Tep, sí; respecto a los demás, nó: hay algo que me dijo Carías sobre teogonía caribe, y que tú has versificado.

—Eso también es un hallazgo, que introduje en una leyenda de *Luis Cardozzo;* a eso tal vez se refirió Alejandro; voy a ver si recuerdo.

Samuel Darío se puso a hacer memoria y luego empezó a recitar:

Tremenda era la hora, llena de miedo, opaca,
Cuando el misterio monstruos de su cubil destaca,
Yoróscan en las sombras su hegemonía pasea
y ríspido espolea
a Larva y Egregor.
Y el viento de la noche silbaba en derredor
Como las odas bárbaras de algún sangriento amor!

—Magnífico, el dios del mal como en la mitología persa; y repitió saboreando el vocablo: Yoróscan... es un verdadero

descubrimiento en esa raza que tanto hemos estudiado tú y yo, y sobre la cual—a no dudarlo ya—has descubierto el origen. También me dijo Alejandro que has levantado un vocabulario caribe. ¿Cuándo publicas todo eso?

—Cuando salga el primer volumen de nuestra proyectada Antropología Venezolana, de la que vamos a escribir en colaboración, con todos los materiales que tú y yo hemos recogido en la *terra natía,* para copiar a Leopardi, y en los países vecinos.

—Muy bien, convenido: desde mañana podemos empezar; hay que adelantarse al tiempo; nada sabemos de lo que nos reserva lo por venir.

—Me faltan algunos detalles; necesito volver a la Guayana y pasar a la *Cayana.* (*)

—Eso no importa; lo que nos falta por ahora se completa o rectifica en ulteriores trabajos o ediciones, pues tú sabes que en caminos nuevos nadie hace obra definitiva: debemos comenzar.

—Es que tengo que salir de Caracas.

—Eso ya es harina de otro costal. Aceptado, pues, el trabajo para el año entrante.

—Dios lo quiera".

Y así terminaron aquellos dos entusiastas y amartelados de la gloria de nuestro suelo.

—Y este es mi corrido coriano sobre la materia en candelero, estos son mis datos, aunque fragmentarios, pero datos al fin y al postre que cuando yo me pelo de un cabo, otros se han resbalado de los cuatro o atollado hasta la coraza. ¿Cómo le parece la dimensión de esta lata, bachiller Ramírez?

—Para cuento de camino es mucho cuento; para lata es una lata de latas; lata tan larga como la nariz del soneto de

---

(*) "Siguiendo la Cofta, debemos confolarnos al llegar a la **Cayana,** Ciudad y fuerza regular, con Governador, y Capitán General, y la Guarnición neceffaria, Provincia fujeta al Chriftianifimo Rey de Francia: (los menos inteligentes confunden la **Cayana** con la **Guayana,** que efta en Orinoco a 60 leguas de las bocas) los frutos del terreno de la Cayana fon los mifmos que infinué arriba darfe en la Cofta de **Surinama:** digo los frutos de la tierra, porque en la **Cayana** fe cogen a manos llenas otros más apreciables para el Cielo en muchas, y muy floridas Myfsiones, que los Padres de Jefsus han fundado, cultivan, y aunmentan cada día a expenfas de la Mageftad Chriftianifsima. Defde la Isla **Trinidad,** hafta la **Cayana** se computan 140 y 160 defde la **Cayana,** al Río Marañón". El Orinoco Ilustrado, y defendido, Historia Natural, Civil y Geographica de este Gran Río, por el Padre Joseph Gumilla.—Tomo Primero.—Páginas 20 y 21

Quevedo; lata superlativa; pero al fin como las alimenticias de primera clase, sin falsificar y de buena marca, demasiado *fuejste,* que dijo un alemán al sentir olores que no eran de ámbar, fuerte para muchos paladares, pero muy sustanciosa... ¡Ave María Purísima! ¿Qué es esto?

Así terminó el pedagogo, interrumpido por una súbita y violenta sacudida de aquella cáscara.

Kalunga lo miró sonriendo mañosamente:

—No se asuste por tan poca cosa; es que le crugen los costillares a esta vieja rocinanta de agua. Cuando más se volteará la *falca,* nos zabullimos de cabeza y nos pegaremos un baño al aire libre sin desnudarnos.

El maestro le pagó en la misma moneda:

—Pero nadie tiene ganas de beber o hartarse de líquido y es mucha la totuma para tan poca sed.

En ese momento la corteza de aquella barca crugía, bajaba con el oleaje y volvía a subir, bamboleaba, amenazando hacerse añicos, aunque sostenida en equilibrio a palanca por aquellas robustas muñecas insulares, porque los tumbos del raudal se abalanzaban unos sobre otros con increíbles ímpetus de violencia hasta las propias lajas de los peñascos de la orilla.

—Cada uno es dueño de su miedo, y este artículo se vende muy barato.

—Yo soy un gato para el agua; a veces, si no fuera por la higiene no me lavaría la cara sino en la cuaresma, mucho menos en ayunas.

—¿Y no sabe nadar habiendo viajado tanto por nuestra tierra?

—Nado más que una guabina... pero boca abajo.

Ortega escupió el resto de aquella vieja mascada, para meter su cuchara:

—Esa costumbre de nadar sí no la conozco yo, que soy de la tierra en que los muchachos nacen nadando y con un anzuelo en la mano.

—Es la más fácil, continuó el maestro, y la más sencilla: se va úno con los pies para arriba, derechito como un *guarataro* hasta tocar fondo.

Kalunga sonó las notas de su cuerda irónica:

—Y sale el tercio aventado después que aboya.

—No mamen, siguió Ortega; eso es mucho para tetero.

Sacó luégo de su faltriquera una bolsa de vejiga, negra, curada, hecha puras arrugas o pliegues, donde tenía el tabaco de mascar, y cortó magistralmente con los incisivos una nueva porción que, después de remolinearla de cachete a cachete, acomodó por último en el derecho que se le puso hinchado y abombado, al modo de ciertas *chácaras* con plata.

Ramírez, taciturno, observaba con atención los remolinos que hacían en el agua gigantescos embudos o pailas en movimiento, apareciendo y desapareciendo sucesivamente en distintas direcciones. El golpe de las palancas contra la borda era lo único que se oía: el silencio los arropaba sombrío, horripilante, abrumador. Para amenizar aquella situación, si alguien alegrar pudiese la zozobra y el espanto y para mostrarse sereno, aunque ya se imaginaba que alguno de aquellos vórtices se los iba a chupar cual espárragos, con barca y todo, entró en materia con un *joropo* de historia:

—A mí no más no se me engrifa el pellejo, a mí, que soy un hombre de cerro, de las cordilleras, de los que tienen la indiscutible fama de que se mojan dos veces en la vida, y nunca por su gusto o espontánea voluntad: al nacer y al morir. Los viejos montañeses de otros tiempos decían que nadie se ha muerto por falta de lavarse, pero de un baño sí; para defenderse del cargo de sucios y mal olientes sostienen que la mugre es una capa *protectriz* (calificativo gongorino de Venezuela) y que la cáscara guarda el palo.

A Colón, según sus cartas, cuando recorrió la costa oriental de Paria, y vió en Güiria aquellos *gatos paúles,* animales que nadie conoce a estas horas por ese nombre, y descubrió a Macuro y la Boca de Dragos; a Colón, con ser quien era, no le llegaba el alma al cuerpo con las corrientes impetuosas, con los hileros bramadores de aquellos mares, que denominó Golfo Triste, acaso por haber pasado allí en su larga carrera de sinsabores y amarguras la más honda nostalgia de su vida. Si a los grandes los acorrala la naturaleza enfurecida o los saca de quicio y asombra el rasgar silencioso de una exhalación en el cielo, ¿qué será a un pobre maestro de escuela, al que los altibajos de la profesión impelen de un lugar para otro, no como la hoja seca de los versos adocenados y comu-

nes, ni a manera de las aristas de espiga, a compás de la clásica lira, sino a guisa de basura de playa arrastrada por las aguas de este río? Ya habrá tiempo, mi buen amigo Kalunga, de convencerse, de convenir en que los pedagogos se saben amarrar los pantalones cuando llega el caso y que los han calumniado lo mismo que a los sacristanes.

—Yo no *calurnio* a nadie, para imitar a un presidente de Carabobo; veo que le ha picado el ají, Bachiller, pero no es *chirel:* es del que uso para sazonar la desabrida conversación. ¿Qué haríamos usted y yo, subiendo esta corriente de una manera tan espaciosa, si no nos mordemos el uno al otro y retozamos, como los dos jamelgos aquellos que se juntan para rascarse, pero no como el par de individuos que se rascan para juntarse, para hablar con el humorista viejo Cook, el farmacéutico de Maracaibo? Mas explíqueme ahora eso de la cobardía de los sacristanes; en algo debemos pasar el tiempo, porque si nosotros no procuramos divertirnos aquí a la buena de Dios, a fe mía que venga un temblador a tocarnos el *Príncipe Carnaval.*

—Pero si yo no me pico por nada; aunque me echen agua caliente, digo que me están rociando con jazmines: eso sería ridículo en un maestro de escuela, a quien hiel y vinagre es lo que le brindan cuando tiene sed y rejalgar por caramelos cuando le arrecia el hambre.

—Le explicaré lo primero para que usted me aclare lo del *Príncipe;* cuando un hombre se pasa de pusilánime, cuando no se entusiasma ni con la Ronda de Guanare, se le enrostra que es flojo como un sacristán. Y no es cierto, hay y hubo tragacera de iglesia que dejó fama de cortador en nuestras guerras y me refiero al anagrama con que pretendieron zaherir al Mariscal Juan Crisóstomo Falcón. Ahora le toca a usted lo del Príncipe.

—La última compañía de variedades que estuvo en Caracas trajo como gran novedad una cosa que no es zarzuela sino lo que llaman revista o exposición de cuadros de diversas escenas, entre ellas figuraba una con ese nombre: la música no carecía de gracia, pero tampoco descollaba de original: era un *pot pourrit,* agáchese que le pego el galicismo, una mezcolanza de números musicales, adaptados por Quinito Valverde, un

artista genial para esa clase de juguetes. Fué lo cierto de todo que aquello nos dió en la vena del gusto. Se representó noventa veces seguidas; noventa veces seguidas para un público tan raquítico como el nuestro, es una monstruosidad. Pero desde que comenzaba el espectáculo no se hacía otra cosa que aplaudir con las manos y con los pies: a mí y a una señorita de mis amistades se nos ampollaron una noche las palmas de tanto aplaudir. Hubo quien enronqueciera y tuviese que echar en la madrugada mano de un especialista para que le enfriase la irritación del gaznate. En un pasaje donde los cómicos silbaban y el público les tarareaba el acompañamiento, eso era despampanante; siempre que comenzó hasta que acabó fué un solo chiflido, de tal suerte que nos quedamos todos con la boca hecha una *churumbela*, un *júcaro* o cartucho, llevando los labios encogidos o estirados por espacio de tres meses consecutivos.

Nosotros somos así: si en alguna parte se tocan los extremos, es en Venezuela donde se rebasan, me decía una jamona: cuando se nos mete un enamoricamiento entre pecho y espalda o un capricho político entre ceja y ceja, nos dura hasta que San Juan agacha el dedo: nadie nos los quita ni quitándonoslos. De tal palo tal astilla; y ustedes los hombres son hijos de los mismos taitas, y qué taitas, se enamoran de los hombres, que si no es un colmo es un pleno. A veces se les meten unos títeres que el diablo se los aguante: un adulador le susurró a Guzmán Blanco (y este megalómano no lo zampó a la cálcel por el conato) que tenía los piececitos diminutos y aristocráticos de una gentil andaluza. (*)

Y para mayor guasa, la condenada, poniéndose las manos en la cintura y contoneándose—agregaba el expositor—me escocía, diciendo: ¡ay, mamá! ¡ay, papá! tararí, tarará! y todo aquello con ciertos melindres, con tales meneos y sandungas ambiguos y repugnantes para ridiculizar más, si cabe, aquel patibulario y extravagante encomio.

—¡Caracoles! , murmuró Néstor, eso pasó de castauo oscuro a castaño verde.

—Nada de caracoles, continuó Kalunga, nada de conchas ni de mariscos; no acababa el *Príncipe Carnaval* de derretirnos

(*) Servilismo atribuido a Ricardo Becerra.

la mollera, si es que la usamos en esos días, cuando se nos presenta un fenómeno sin fenomenalismo, y del circo lo llevaron en triunfo y en vilo al bodegón en los brazos de la juventud florida, de la crema.

—Como a ese último que sacaron del teatro para el Gran Hotel y que los periódicos nombraban algo así como *mezquina.*

Interrumpió Ortega expulsando un salivazo de esos que llaman de pato y pasando la mascada de un cachete para el otro.

—¡Qué barbaridad está vomitando, patrón! Un torero sacado del teatro por la multitud! No, hombre! Eso fué otra cosa peor; preferible hubiera sido ovacionar a un espada, aunque no fuese ni puntilla: aquello fué la tontería, el desacierto, el disparate, desatino, despropósito, necedad, patochada, ridiculez, y no encuentro todavía términos en mi vocabulario; aquello fué una de las más grandes atrocidades y estupideces de mi pueblo.

Ramírez lo miraba con aire de estupefacción; Ortega rumiaba su tabaco después de haber alcanzado también para su avío; y Kalunga tuvo que hacer alto para respirar, después de aquel desparramamiento de substantivos.

—Está visto, añadió el último, en masa los venezolanos de parroquia o de capital hacen pocos o ningunos disparates colectivos, por eso no se amotinan sino por casualidad; pero cuando los abortan son del tamaño de un Chimborazo. Qué ocurrencia tan peregrina la de sacar en triunfo del Teatro Municipal al *merquina* o mezquina ese de que habló Ortega o Marquina que nos trajo de bulto la compañía dramática Guerrero-Mendoza, una especie de agregado o mejor de cirineo que nos leyó un gazafatón en verso la noche en que representaron una de sus piezas.

—¿Pero no es el autor de *En Flandes se ha puesto el sol?*

—Cabalmente; pero a él se le puso el sol en aquella misma obra, y se ha quedado a la luna de Valencia y parece que seguirá a obscuras. Entusiasmarse y delirar por aquella chorrera de lugares comunes, imágenes falsas, endecasílabos pedestres y aquella sarta de ripios! ¿Cómo se pondrá Bocayuba cuando lo sepa? Por lo menos le va a dar jaqueca una vez que

le sople el cuento: una tontería de esa clase lo enferma por un mes, aunque esté metido en los desiertos guajiros.

Ramírez, que no esperaba aquella subitánea exaltación e incapaz para zurcir un juicio, por no saber de qué se trataba, embolsó su violín y trató de voltear la página.

—Si no me pasare de listo o indiscreto, dígame, ¿quién es ese señor que acaba de citar? Su nombre no me es extraño.

—Es mi compañero, mi amigo de siempre, un trabajador de tuerca y tornillo en cualquier terreno en que lo busquen; y para muchos de nosotros, los que no hemos claudicado, los que como usted y yo llevamos todavía en la cabeza, sin poderlo destripar, ese nido de cucarachas que llaman por otro nombre ideales, es, a no dudarlo, una fuerza y un asilo, un remanso, donde podemos resguardarnos de las vicisitudes de los tiempos.

—¡Dios lo salve! ¿De manera que no estamos solos?

—Qué solos vamos a estar! Solos están los desgraciados que no tienen una idea trascendental en el cacumen, ni una esperanza en el corazón: ésos no solamente están solos e íngrimos, ya están a boca de sepultura, son cadáveres. Solos están los desamparados de la mano de Dios; y nosotros no estamos ni estaremos jamás en ese caso, porque representamos el trabajo, la bondad y la justicia, que son las palancas con que la Divinidad mueve los sistemas del mundo. *Mens agitat molem!*

Serían las once antemeridiano y bogaban a la sombra de grandes ceibales cubiertos de lianas en florescencia, que al vaivén de los vientos lanzaban regueros de pétalos multicolores sobre las aguas de la ribera y perfumaban el ambiente. Kalunga se había transformado. Tenía esa palidez languideciente de las grandes emociones sinceras: los ojos le fulguraban con esos centelleos de los predestinados.

Todos le oían; hasta los bogas, aquellos hombres rudos y encallecidos por las faenas e intemperies, morigeraron el golpe monótono y rítmico de las palancas. La sagacidad del instinto, que es agudo e inquisidor en el rústico, les hacía creer que en aquellas palabras, aunque comprendidas a medias, algo se encerraba de bueno y de justo.

—Una vez, prosiguió, Bocayuba y yo, espantados por algo semejante a lo que pasó ahora en Caracas y que vimos algún tiempo después en los periódicos, que de chiripa nos alcanzaron en marcha, cuando remontábamos en una exploración el río Catatumbo, se irguió sobre la cubierta del bongo y accionando con el diario en la diestra, se produjo poco más o menos en esta filípica:

—Kalunga, hasta cuándo se cometerán necedades en esta tierra? Estoy harto de ver arrodillamientos inexplicables. Júrame que mientras yo peregrine por estas selvas de América, adoración perpetua de mi vida, no cometerás ningún acto que te desdore un ápice en esta o cualquiera otra forma parecida. Júramelo aquí mismo, donde ponemos por testigos a Dios y la naturaleza, en la plenitud del artífice y en la perfección de la obra: júramelo!

Tuve que jurárselo. A estos hombres de ancho corazón optimista, caballeros gallardos del ideal, hay que jugarles limpio y hacer las cosas a toda velocidad, porque sus ideas andan por los cielos y la tierra con el vigor de corrientes eléctricas de una potencia peligrosísima. Te lo juro una y cien veces, le grité, te lo juro por los bucles sedosos de mi novia, que deben ser tan puros como los de toda virgen; te lo juro por mi madre, que necesita ser santa como toda madre.

Entonces añadió sonriendo, con una de esas grandes e ingenuas sonrisas de niño y de benevolencia:

—Mira u oye, K corta, digo, Kalunga (y no te amostaces ni piques por el *lapsus linguæ*), me irritan el sistema nervioso esos juicios desatentados y paquidérmicos de los periódicos suramericanos; en el un país más que en el otro, hay excepciones por entendido. Los nuestros ni siquiera entran en cuenta, han caído tánto y tan abajo, es tan profundo el légamo en que se revuelcan, que no admiten términos de comparación.

Un día, por dácame esas pajas, a un versificador de pacotilla tuvieron cara de compararlo con Walt Whitman; y has de saber que éste, junto con Edgar Poe, representan lo más alto y selecto de la lírica en aquel país de cien millones de habitantes. ¿Te parece mucho eso? pues tal vez me quedo corto. Sin embargo, posponiendo o deprimiendo a todos los

grandes líricos de Sur América, el desgraciado periodiquejo no tuvo rubor de encaramar a su figurín, a su idolillo, a su títere. José Enrique Rodó, que como todo hombre sólo vale cuando es sincero, se vió un día en la necesidad de preguntarles a esas falanges anónimas que van erigiendo estatuas anónimas: "¿En dónde están los super Andrade, en dónde están los super Montalvo, en dónde están, que no los veo surgir de ninguna parte del continente?" (*) Otra vez acaeció el mismo hecho con un escritor francés, de esos novelistas modernos que representan la decadencia de ese arte en su país; lo subieron por encima del viejo Dumas, de Balzac, de Zola, Stendhal, Daudet, Bourget y los Goncourt. Y así por el estilo, cada vez que lanzan una opinión es un desacierto, cada vez que emiten un juicio cometen una injusticia, óyelo bien, punible por todas las leyes divinas y humanas; cada vez que hablan, en fin, es para desbarrar, para servir de ludibrio, para desleírse en adefesios. ¿A dónde vamos, me pregunto ahora, con esa confusión de valores? ¿Es inconsciencia, es a título de irresponsable, de casos teratológicos de moral, como se perpetran esos crímenes de lesa libertad, de lesa justicia, de lesa literatura, de lesa ciencia? Ojalá que así fuese, bendito Dios que así sea, ojalá que me equivoque! Pero si es con premeditación, a plena sangre fría, a pleno libre albedrío, si no hay un rasgo de vesania comprobable, créelo, amigo mío, este continente va camino de un fracaso estupendo. Los fenómenos psíquicos nacen y se desarrollan primero que los actos físicos: un cerebro maquina un robo y cuando lo completa en detalles, lo ejecuta. Este proceso es el que conocemos hasta la fecha; cuando haya otro, también lo sabré, porque si no lo observo, no me faltará un libro donde aprenderlo. Cuando se niega el derecho ajeno, se está en camino de cometer toda clase de atropellos; cuando se desacata la razón que tiene el prójimo, se va derecho a la negación de la justicia que esperan los demás. Por esta vía nos engolfaríamos muy lejos y no pretendo atiborrarte de cosas tan fútiles y baldías, y caer en lo mismo que detesto, en la repetición de ideas tan raseras; vamos al grano y completemos el punto. ¿Piensas tú que yo renuncie a mi

(*) El autor se permite abreviar la cita de Rodó.

sangre, a mi raza y a mi Patria? Se puede renunciar a todo, menos a esa trinidad divina! ¿Pero si no me permito contemporizaciones ni conmigo mismo, se las voy a conceder a la morralla? ¿Crees tú que hay un Menéndez Pelayo en la América, verbigracia, polígrafos de esa especie?

—Le repuse secamente no. El siguió, sin detenerse, a toda furia:

—Pues vas a saber lo bueno. Te imaginas tú que haya un Joaquín Costa desde California a la Patagonia?

Yo no estaba muy bien seguro para esa época de lo que representaba ese nombre, que hasta parece un símbolo por lo sonoro y bello, y me quedé acurrucado en mi puésto, sin decir esta boca es mía, mirándolo y asintiendo.

—Pues, asómbrate con asombro de pánico. A cualquier zurcidor de malos artículos de ciencias políticas, a cualquier repetidor en mal castellano de perogrulladas sociológicas escritas hasta en pésimo francés, lo llaman mondo y lirondo nuestro Joaquín Costa. Y este español representa por excelencia, para su tiempo y para su época, el tipo genuino del pensador de sangre, del que genera ideas, las sintetiza, analiza o generaliza: del que las pare, las cría y las moldea al derecho y al revés; del que concibe y discurre con la misma facilidad que el artista de estirpe compone y toca, dibuja y pinta, modela y esculpe; del mecánico que planea una máquina y la construye; del sabio que investiga y difunde sus hallazgos y del genio creador que da forma a sus inventos. Joaquín Costa es un hombre de pensamiento, por eso jamás es común y para su siclo tenía pocos o ningunos rivales en las naciones europeas donde a más y mejor se han ejercitado las funciones de la inteligencia, Alemania a la cabeza de todas. ¿Cómo confundimos, pues, a este ejemplar de la alta selección intelectual humana con cualquier espantacuervos, emborronador de cuartillas?

Yo cargaba un libro y en mi embelesamiento se me escurrió de las manos sin sentirlo y me cayó a los pies haciendo ruido. Bocayuba, al ver que lo recogía y lo limpiaba, me preguntó, medio sonreído:

—Qué pájaro es ese?

—Una novela de Martínez Sierra.

Y él, que no se había interrumpido mentalmente, como sucede a los verdaderos inteligentes, tomó de aquello pie para continuar:

—Ahí me lo tienes, ahí está ese libro, que es una prueba palmaria de lo que vengo diciendo. Yo no pido ni doy cuartel. ¿No has visto las alabanzas extravagantes con que han recibido aquí en Venezuela y quizás en todo el resto de la América Hispana, los engendros y partos infelices de ese individuo?

Me quedé en espera del batacazo y no quise halarle la cola al loro. No se hizo esperar.

—Que se acate y venere a Don Benito Pérez Galdós, me lo explico; que se levante en un estrado a Armando Palacio Valdés, santo y bueno; que se la cuente entre los grandes escritores y se la respete, como a dama y como a pensadora de raza, a doña Emilia Pardo Bazán, quién lo pone en tela de juicio? Que se diviertan con Jacinto Octavio Picón, bendito solaz; todo eso es muy explicable, lo repito, y digno de alabanza; lo mismo que se llegue a aplaudir a Don Ramón del Valle Inclán (en las novelas); a Ricardo León, a Azorín, Baroja, Blasco Ibáñez (el de los sablazos en la Argentina), razones hay — y muchas — para alegarse en favor; pero que no me vengan a producir bascas con esa falange anónima que sólo tiene nombre porque los que la forman y sostienen fueron bautizados.

Se detuvo. Ibamos, como hoy, por una de esas riberas nemorosas que no se pueden pintar ni describir con la pluma: tales eran la exuberancia y hermosura de aquellas selvas vírgenes. Después, saliendo como de un éxtasis, dijo con una sencillez de niño:

—Que venga a conferenciar Altamira; que llamen a Unamuno, aunque se disgusten en Salamanca; que se expongan brochas del tamaño de las de Zuloaga y Sorolla, y cinceles del temple de los de Benlliure y de Querol; que se presenten para conocerlos los Alvarez Quintero y que llegue esa antítesis viviente de hombre y de comediógrafo apellidado Benavente, y hasta que desembarque otra vez la caricatura de persona y de torero que revela en sus quijadas el desequilibrio y la degeneración, que vuelva Belmonte. Todos éstos merecen, por una y otra causa, la pena de verse y de aplau-

dirse. Pero que atajen a Zamacois, o que no encuentre pasaje para ninguna parte del Nuevo Mundo; que le vaya bien, a pedir de boca, en su viaje por las Américas, a Francisco Villaespesa.... Hay que hacer justicia hoy que suena tal vez el día de las grandes y tremendas sanciones para la humanidad.

Levantó la cara al cielo y exclamó, transfigurado, y con una voz profunda y dulce, que me conmovió hasta lo más hondo de las entrañas:

—Joaquín Costa! Joaquín Costa! Joaquín Costa! No has de oir mi voz que te llama de tan lejos, del corazón de un bosque venezolano y no me has de sentir ni de atender, porque hace tiempo que duermes tus ensueños bajo la losa del sepulcro. Dime, si te es posible escucharme en la forma que tienes hoy: ¿por qué no se te ocurrió venir a la América Hispana, para que se pusieran de pies dos Continentes?

Y después concluyó:

—Ramón y Cajal, es tiempo aún: vente, vente ya, no tardes más, para que te salga a recibir el Nuevo Mundo!

Tal es el hombre; por ahí, por esa astilla, puede usted juzgar, señor maestro, el grano de tal madera.

Ramírez, que estaba satisfecho y con el espíritu vuelto agresivo por aquella balumba de ideas que ya las sentía escarbando y haciendo surcos en los sesos, dejó caer de la punta de la lengua:

—Y ahora ¿qué opina usted de Doña María y de Don Fernando?

—Que ojalá nos lleguen por el próximo vapor; nuestra casa es de ellos; pero que se apiadan de nosotros y no vuelvan con marquinas o marquinillas de zascandiles, que para muestra con el primer color nos basta.

Y como la hora avanzaba y el sol quemador caía recio y de plano, al llegar a un claro de la orilla resolvieron los dialogantes agacharse, reducirse y meterse a gatas bajo la carroza de la *falca*.

CAPITULO IX

Se les hizo tarde en la marcha y desembarcaron de prisa entre la obscuridad, apenas alumbrados por una lámpara que mantenía levantada en alto uno de los bogas sobre la proa, mientras el más corpulento de ellos, con los calzones arrollados hasta la rodilla, se situaba al borde de la *falca,* distante algunos metros de la peña, para echarse a cuestas a los viajeros. Ortega le indicó señalándole con la mano:

—Vea, Antoñote, por aquí es más cerca y más bajo. Cuidado trastabilla y se cae; por este lado no hay pedregales.

—No tenga miedo, patrón; si los zambullo y los mojo, que no me cobren eso, porque yo no conozco este puerto, y menos de noche.

Alzó y les tendió los brazos. Estrechado al cuello del cargador y agarrado por éste, a manera de un mono suspendido sobre el espinazo de la madre jimia, Kalunga fué el primer trasportado a la orilla del río. Cuando ya estuvieron listos, con los chinchorros al hombro, Ortega, que los seguía, se volvió para decir a su gente:

—Si van al pueblo que se quede uno a bordo. Por aquí no hay riesgo de que nos esculquen, pero no dejen ese perolaje solo. Que se venga el proero con las maletas de los amigos.

Una voz gruesa lo interrumpió desde encima del barranco:

—Buenas noches; como que es el capitán Ortega; lo estoy sacando por la voz.

—El mismo margariteño, el mismo que viste y calza, le respondió; vengo a ver si nos dan posada en La Piedra, Coronel Muriyo.

—Usted sabe que donde estoy yo no hay más que chocar el *tranquero.* Y estos señores, si no es indiscreto, para dónde bueno la llevan?

—Vamos, contestó Kalunga, para el Caura si Dios quiere. Hace como quince días que bajamos a buscar provisiones. ¿Qué hay por aquí de nuevo?

—De nuevo nada, de viejo los mismos ranchos; la gracia que hubo fué una tanda de calenturas, que por poco nos acaban el pueblo y el vecindario. Afortunadamente ya se espantaron con la sequía.

Antoñote, no muy cómodo con la lámpara en la izquierda y con la otra sosteniendo las dos maletas en el hombro, aguardaba el momento de seguir. A la luz amarillenta del kerosén destacábanse los tres forasteros, apenas distinguibles de frente. Detrás la *falca* como un bulto largo y deforme acostado a la peña y el Orinoco rodando silencioso en aquella oscuridad, donde el caudal de sus aguas opacas simulaba gigantesco lago de asfalto adormecido.

¿Están listos? masculló el Coronel; póngase usted con la lámpara al costado porque me estoy encandilando y monte los escalones por la peña arriba .

Llegados al tope de la orilla, se les unió el Comisario y prosiguieron por entre unas matas de tártago y de mastranto en un sendero de arena, donde se les atascaban los zapatos hasta el empeine y dieron a una especie de plazoleta pavimentada del mismo piso sin desyerbar, obscura como una boca de caño en noche de lluvia. Hacia uno de los ángulos brillaba una lucecita borrosa. Más al lejos se oía la música de un cuatro con acompañamiento de maracas y rezongos apagados de voces.

Muriyo paróse a la puerta de una casa situada a la mitad de la manzana y les habló al meter la llave en la cerradura:

—Aquí tienen ustedes este rancho a sus órdenes; hay puésto donde colgar para todos.

Entraron siguiéndolo; desocupó la mesa de algunos papeles y enseres de escribir y de botellas, frascos vacíos y algu-

nos otros cacharros que colocaba debajo y añadió, dirigiéndose al marinero:

—Ponga encima esos *chécheres* y véngase conmigo para enviarles una *pimpina* y vasos.

Salió disparado junto con el hombre. La habitación inmediata a la pieza que acababan de invadir los huéspedes, era la casa de familia del comisario. Se oyeron disposiciones sobre mandarles agua, paño de manos, jabón y jofaina. Una mujer preguntaba si los señores habían comido y si no era preciso prepararles algún refrigerio. También se escuchó el repique argentino de voces femeninas y jóvenes. El Coronel puso en movimiento a los suyos con desusada actividad.

En el entretanto los recién llegados guindaban sus chinchorros y sentados en ellos esperaron a su aposentador. Ortega listo ya, recostado a uno de los batientes, de pies sobre el quicio de la puerta, con parte del cuerpo adentro y parte afuera y poniendo atención al lugar de donde procedía la música, fué el primero en hablar:

—Me dan ganas de ir a ver aquel *joropo;* hoy es sábado, y se están divirtiendo como lo acostumbramos en todas partes. Hace mucho tiempo que no me riego en ningún jaleo. Puede ser que haya hasta con quien bailar y soy capaz de dar unas vueltas.

—Le aplaudo la idea, le respondió Kalunga; váyase, estire esas piernas y avísenos si hay algo que sirva de algo; nosotros iremos detrás pisándole los talones.

—Lo veo difícil; por estos peñones del Orinoco lo que encuentra úno son carestías o hambres; pero hay que hacer la diligencia. Les daré parte si topo donde chapalear.

Y se hundió en la negrura de aquel matorral, siguiendo la faja de luz que salía de la pieza. Antoñote regresó con medio o todo un ajuar de la vecindad. El comisario tornaba cargando aguamanil y jofaina. Arreglado y dispuesto el improvisado tocador en uno de los rincones, se volvió hacia los presentes para excusarse:

—Ustedes dispensarán lo mal servido; aquí no hay sino buena voluntad. Pero antes díganme con franqueza si ya comieron; no faltará por esta casa de ustedes una cuarta de carne asada con cazabe y café.

—Le agradecemos de veras la oferta. Nosotros nos habituamos en marcha a comer muy temprano; hay que aprovechar la claridad antes de que organéen las trullas de zancudos; es muy desagradable irlos masticando junto con cada bocado: desembarcamos a dormir solamente.

—Parecen ustedes del centro, continuó Muriyo; no tienen empaque de guayaneses. Conozco a la gente forastera desde lejos. Si no es mala la pregunta, probablemente van a Las Bonitas, o al Cuchivero a comprar sarrapia.

—Es verdad, no somos de por aquí. Al patrón Ortega se le olvidó presentarnos a usted; en Venezuela, la clásica tierra de Carreño, no nos carreñiza su urbanidad. El amigo a quien le recomiendo es de Barquisimeto, y yo, Manuel Kalunga, de más acá, de Tinaquillo, bautizado en Valencia y criado en la capital; por señas no me quedo zancón.

Los dos mozos le estrecharon las velludas manazas al preguntón del coronel y volvieron a sus asientos de chinchorro. El marinero se presentó con un par de sillas de madera y cuero peludo al respaldar. El anfitrión se apoderó de una de ellas dispuesto a darles una lata. Las gentes de algún roce social, dueños de haciendas de agricultura o de cría, los mismos particulares en esos puntos de pocas o ningunas comunicaciones con lugares de mayor población y actividad, viven pendientes de las noticias que les llevan los escasos transeúntes que los visitan; y cuando arriba alguien con quien puedan intimar, se convierten en unos averiguadores, revisteros o repórteres a su modo y de la peor calaña, inaguantables por añadidura.

Rompió con este fuego graneado:

—Ustedes ya sabrán lo que es la vida de los sarrapieros; aquí hay algunos vecinos que hicieron ese negocio en años pasados; pero que ahora ni con el aliciente del precio actual han querido meterse en ese berenjenal: están escaldados y remolones. Supónganse que adelantan en Ciudad Bolívar a los recogedores las provisiones de boca y alguna plata y les compran la sarrapia a un precio estipulado de antemano. Resulta que los víveres se lo arremachan hasta la guarnición, y qué víveres: si es la manteca, ni siquiera la pueden oler de puro manida; las galletas son tan duras y secas, que primero se le parten a úno las mandíbulas que romperlas o sacarles una as-

tilla; el ron, que si es bueno hace reventar a cualquiera, cómo será cuando con el solo tufo apesta; y para encender los tabacos, si es que encienden, se necesita llevar tizón en la mano para repetir las chupadas. Y si de los víveres pasamos a las telas, eso es de no acabar; los driles y liencillos, las zarazas, cualquier cosa que sirva para taparse úno las carnes o para vestir a las mujeres, están podridos, duran (dispénseme la comparación) lo que permanece un mal viento en un chinchorro. Y al arreglo de cuentas, no hay tu tía, se quiebra o arranca la macolla; aparece que a un triste sarrapiero después de tres meses de privaciones, de trabajos, de penalidades, de hambre—¡sí, señor, de hambre!—le sale un Fálton y Cº con unas cortas y otras largas; es raro el que no queda debiendo hasta las orejas o loco de bola, porque antes nos apuntaban con tenedor de tres puntas y ahora con un peine que tiene doce.

El comisario y coronel, era un mestizo presumido y ladino que por lo visto las echaba de muy honesto y justiciero, proclive a favorecer la clase menesterosa y trabajadora tan extorsionada siempre por toda suerte de especuladores y agiotistas que, respaldados con su oficio de comerciantes, han sido en diversas localidades de Venezuela un azote para nuestra agricultura y nuestra cría, una rémora para nuestro desarrollo y adelanto. Tales individuos con sus métodos anticuados, o con su avaricia y usura incontenibles, en vez de ser los zapadores del desenvolvimiento nacional, son los heraldos del atraso y la desolación. Hay pueblos que los ha devorado una empresa, criolla o extranjera; aldeas que se las ha engullido un propietario voraz, como la de Catalina en el Delta. Muchas veces donde se asienta un hacendado de empuje, tienen que huir los vecinos a la desbandada: esto sucede y ha sucedido tanto aquí en el Orinoco, como en lo que llamamos Centro, y en el Occidente de Venezuela. La familia de los pulpos es numerosa.

Kalunga rompió su silencio:

—Habla usted con la lengua de un misionero; quizá su prédica se pierda en este desierto; sin embargo, siempre será preferible y útil que haya un San Juan a que se carezca de él. Nosotros, a sabiendas del agio de la mayor parte, por no decir de todo el comercio de Ciudad Bolívar, nos hemos metido

a explotar sarrapia; es preciso hacer algo para sostenerse derechos y firmes; la vida no es un cuento de camino, ni un idilio de tórtolas, ni una luna de miel; eso se queda para los líricos hueros y para los tontos de diversas clases que todavía sueñan con que les ha de caer el maná del cielo. La vida por lo regular es un pugilato, y las más de las veces una brega de perro tigrero y de jaguar bravío.

Néstor que sentía cosquillas en la punta de la lengua, dió rienda suelta a sus hábitos:

—Coronel, ¿qué clase de escuelas tienen, Federal o del Estado?

—Ni una cosa ni otra. Aquí nunca ha habido escuela pública. Estamos muy lejos para que se acuerden de nosotros por tan poca cosa; los únicos que no nos olvidan son los músicos del fisco: fiscales de licores, fiscales de Estampillas, fiscales de papel sellado, fiscales...

—Todas las letanías, terció Kalunga, que se rezan, digo que se rozan contra el bolsillo y ninguna de las que se aplican a las obras de misericordia: enseñar al que no sabe, vestir al desnudo y llenar al hambriento; todas las que se cantan con el *ora pro nobis* y jamás de las que se ganguean con el *ora pro vobis.*

Y esos fiscales, continuó el comisario, pasan al barajuste y barriendo como una escoba de alambre. Y se da úno por satisfecho cuando no se lo cargan, aunque lo dejen temblando.

—Que no barre esa escoba, agregó el expedagogo, sino de una sola manera: de para siempre y de para dentro.

—Supónganse qué le encajan una multa a San José porque era carpintero y usaba banco, y a la sombra de úno, por llevarla prendida al cuerpo. El que viene pega multas porque el anterior no pegó, y éste las pega porque debía pegarlas. Si en otras partes les tienen miedo, por aquí lo que les tenemos es pánico. Si en algunos pueblos los odian, aquí los aborrecen. En este lugarejo, con ser que los curas no nos visitan por flojera, o porque nos ven en la cara la falta de monis o porque el obispo no nos encuentra en su mapa, hay una capilla, bien mantenida y aseada, por cierto, y celebramos en el mes de mayo la fiesta de la Cruz, a nuestra manera, con alguna rumbosidad. Pues habrán de saber ustedes que la tarde de las

vísperas, el año pasado, atracó una curiara con un fiscal que venía desgaritado de Apure y la noticia circuló por todo el caserío con la ligereza de un reguero de pólvora incendiada. A todo el mundo le cayó aquella nuéva como un vaso de agua fría y se le heló la sangre en el cuerpo. ¡Adiós, fiesta; adiós, alegría; adiós, cohetes, triquitraques y parranda, adiós! Los pulperos cerraron, cerraron las casas de familia, no cerró el clérigo porque no lo hay, y cerró un turco su ventorrillo, que no es poco cerrar, y ajustaron puertas y ventanas y portones y los trancaron con siete trancas. El pueblo se convirtió en un cementerio; aquello fué la invasión de la peste. Creo que hasta los gallos dejaron de cantar esa noche, para que no supiera el mostrenco que había gallinas en las casas, aunque no se meten con ellas sino con los dueños y porque tal vez sucediera que por ablandarle el corazón ablandaran las carnes de alguna o de algunas en la olla. Al otro día nadie se atrevía a ser el primero en asomar las narices y debí arriesgarme yo, sin vuelta de hoja, porque era autoridad, que si no tampoco me ven la estampa por la calle. Las cuarenta y ocho horas que pasó entre nosotros aquel apache, fueron de quebrantos y quejidos. Con un rollo de papeles en la mano, revólver a la cintura, faja llena de cápsulas y el pelo de guama de medio lado, más bien que un empleado nacional semejaba un guerrillero que había tomado el lugar a sangre y fuego. ¿Qué va a saber úno por estos rastrojos, de la ley tal, del reglamento cual, de la resolución aquella o de éstas u otras disposiciones sobre rentas? Mucha gracia es que sepamos dónde nos quedan las orejas para cuando nos las tiren y que no caminemos como los cangrejos, hacia atrás.

—Atiborrarse de leyes como un roedor de picapleitos y no digerirlas, costumbre general, no es obligación de ningún ciudadano en ningún país; violarlas o eludirlas por cualquier subterfugio o añagaza, una falta, cuando no un delito. Alardear de no morir de empacho de legalidad, frase copiada del general Prim, por un politiquejo nuestro de mala raza y de peores instintos, es anticiparse a defender sus atropellos o sus crímenes. Señor comisario, lo que pasa y pasará entre nosotros, mientras no se levante el nivel moral—moral no en el sentido de gazmoño, de meticuloso y santurrón, sino en el de recto y justo—es

que hay millares de vagabundos que no lo demuestran por encima, por la catadura, por el traje, pero lo son por dentro, esconden el pícaro en el alma y viven como la zorra de la fábula disfrazados de corderos y engañan desde el ministro para abajo y desde el ministro para arriba a quienes no lo conozcan por sus manejos e hipocresías, y tanto dan, cuando se empeñan en adquirir un puésto o cuando los reemplazan por inútiles y perniciosos, que al fin logran encajarse en una administración ni más ni menos que reptiles por una rendija, para ser luégo un escarnio, un oprobio, un escándalo; carcoma, peste, maldición perenne de los gobiernos que tuvieron la imprudencia o indiscreción de aceptarlos. ¿No ha visto usted a esos destripaterrones, a esos malas pécoras, a esos escarabajos de la insolencia que se jactan ante los bolonios y mentecatos de parroquia de que todos sus latrocinios y pillerías las hacen en cumplimiento de " órdenes superiores " y hablan de la intimidad de que gozan con los altos dignatarios, de una familiaridad que llega hasta el tuteo, comenzando por el Presidente de la República? ¿No recuerda usted el caso cuando Guzmán Blanco mandó a Crespo a debelar la insurrección de Solórzano—que no estaba en armas por la sencilla razón de que estaba enfermo—y le participó aquel subalterno por telegrama la noticia del asesinato, pues nadie combate sin estar alzado, poco más o menos en estos encomiásticos dislates: "He derrotado y muerto al jefe de la rebelión; esas son glorias suyas y del Gran Partido Liberal," y que el autócrata le sacó el cuerpo y le barajó el tiro, contestándole irónicamente: "Recibida noticia del triunfo; esas son glorias tuyas, Joaquín". Por este incidente, verdadero o ficticio, puede usted juzgar las ruedas de molino con que nos comulgan en provincia. Le ha pasado a alguien por la mollera que aunque el Primer Magistrado albergue el alma más negra que un pozo de brea y fuese el monstruo más horrendo, junto con su sacristán, el Ministro de un ramo cualquiera, que aprueben el ir a robar y atropellar a usted, a usted de quien no llevan deudas que cobrar; a usted a quien no conocen ni habrán de conocer nunca; a usted que es muy célebre en su pueblo y en su casa, si la tiene; a usted que es un pobre (iba en su arranque a llamar al coronel por lo que era, diablo, virote o algo por el estilo) un pobre trabajador,

que vive en el rincón más recóndito de nuestra tierra incomparable!

Kalunga cada vez que se enardecía contra nuestro pecado original, el más grande por cierto, nuestra ignorancia y sus hijos legítimos el desorden, el favoritismo, las complacencias punibles, se ponía de un humor y talante insoportables, sólo que por el reverso la medalla de su carácter brillaba con la ventaja y la fortuna de dominarse a tiempo. Néstor para descargar el bicho, en lenguaje de torero, con su capa vistosa se metió de través.

—¿Y usted recuerda el nombre del bribón ese o puede darnos una seña para identificarlo? Sería curioso hasta coleccionar las fotografías de esos ejemplares de nuestra fauna política.

—Era alto, largo, seco, con unos ojos vidriosos y verduzcos, carilampiño, el pelo no muy católico: parecía un araguato flacuchento.

—Ah! Entonces es del género bachacoide, para hablar en términos zoológicos. Por los rasgos me parece que he visto al tipo ese.

—Se llamaba algo así como la lima....

—¿La lima? se atravesó Kalunga, eso no era lima ni cuchillo de dos filos, eso era un serrucho ganzúa que tenía por dentro una máquina de poner multas. Sospecho que también he conocido a ese gaznápiro; es un legítimo dechado de la casta de que hablaba enantes.

Unos pasos se detuvieron a la puerta y el marino margariteño que regresaba asomó el bulto, murmurando:

—Ortega les manda a decir que vayan a fisgonear el joropo, y que yo les sirva de puntero.

El comisario les insinuó:

—Aunque la invitación no reza conmigo, como son advenedizos, no debo dejarlos solos y me arrebiato con mucho gusto.

Salieron andando. Al pasar por frente a la casa de la familia, se hizo oir la voz de una mujer:

—Mira, Muriyo, no vayas a tardarte mucho, con perdón de los señores; a tí te irritan las trasnochadas.

—No está el palo para hacer cucharas, replicó entre dientes el interpelado.

Y dirigiéndose a los acompañantes, les dijo:

—¿Ninguno de ustedes es casado? Me parecen muy jóvenes para ser de la cofradía de San Marcos. Sin estármelo pidiendo, les voy a dar un consejo: cásense para que se alivien.

—Vivimos bonachonamente, dijo Kalunga cogiendo en el aire la respuesta, a todo lo ancho de la ruana; y no veo el mal que le hayamos hecho para que nos reviente esa bomba en los oídos o nos tire esas chinitas cazcorvas. Ramoneamos sin herrar todavía, a Dios gracias; y buey suelto bien se lame.

—No me lo tome a mal, es que cada uno resuella por la herida, pues creo, eso sí, que el matrimonio es un laberinto, un bachaquero en que cae úno cuando se casa. Cójame ese trompo en la uña: mi mujer me aconseja que no me trasnoche ahora que voy renco, camino de cruzar las piernas; ¿cómo sería de solícita y cuidadosa con su media costilla cuando nos tropezamos los dedales ahora veinticinco años?

Ramírez, que lo iba midiendo, le echó una zancadilla a Muriyo:

—Es que su mujer, sin duda conoce muy bien el almendrón y el mono sabe bien el palo en que trepa.

—Hombre, amigo, si no fuéramos tan recién conocidos le escamotearía la confianza de meterle las espuelas. No me ande por ahí: perro viejo late sentado.

Kalunga agarró los ralos pelos de aquella calva. Puestos en el camino del jolgorio en perspectiva, como que el ambiente se volvía picaresco y maleante. Se acordó de las fábulas políticas de nuestro Iriarte del último cuarto de siglo, anónimo hasta la fecha porque nadie le recuerda el nombre. Y le narró a grandes rasgos la del viejo galgo Sultán con todas las peripecias, escarceos y remilgos de la perruna aventura donjuanesca, indicadora del bien que hasta a los valetudinarios resulta de saber esperar, y de que la fortuna ciega le concede gratis al hombre lo que jamás ha soñado, y concluyó con aquel golpe de satírica maestría:

Con esta sola ciencia
Villegas se caló la Presidencia.

Y añadió mañosamente:

—Y circulan decires de que Villegas ya estaba mascando el agua. Aténganse a eso y no corran. Con esa clase de inválidos hay que tomar precauciones vertiginosas.

El coronel Muriyo se iba casi desternillando al prorrumpir:

—Ustedes tienen más correa que una talabartería y más puntas que un cabestro de cerda.

Suspendieron de improviso el diálogo. El sucucho donde se bailaba el joropo apareció allí mismo todo iluminado, concurrido de hombres que se aglomeraban al frente y a las puertas, mirando hacia adentro y que se abrieron para dar paso al llegar la primera autoridad y los dos forasteros.

No eran muchos los que a todo trapo, y para hablar en decadente, o en clásico antiguo, se entregaban a la fiesta de Terpsícore. Ortega con su pareja, una no muy abrileña mujer, pasaba a poco por delante de ellos, a pesar de su volumen, *tongoneándose* a más y mejor, escobillando con los pies y cierta gracia, la música del alegre, retozón y pícaro baile popular.

Ni Kalunga ni Ramírez pudieron reprimir una exclamación de júbilo al ver a su patrón animado y zandunguero hasta los tuétanos, y prorrumpieron a dúo:

—¡Urpia, Dolores!

—¡Así se hace, capitán! ¡Hurra! ¡No hay que perder el tiempo! ¡Bravo!

El margariteño, al oir las voces, se vino a la puerta con la pareja, todo sudoroso y con el semblante risueño, presentándola y ofreciéndola a los tres. Cada uno se excusó con un: "está en buenas manos", "que le aproveche y se le convierta en enjundia", "démele betún a ese joropo"....

El dueño del establecimiento, nuestro típico, clásico, característico e insustituible pulpero, al oir nuevos parroquianos apareció en la sala " en mangas de camisa y sin cuello, caminando hacia el comisario y les brindó de sopetón "lo que quisieran" y lo instó a que pasara adelante junto con los compañeros. No se hizo de pencas el invitado, y los dos mozos lo siguieron. En ese momento se había terminado el joropo *La Negrita,* uno de los más regocijados y populares de aquellos días. Uno de esos que circulan por el país con más velocidad

que nuestro telégrafo y se extinguen en una forma sin saber por qué, cómo, ni cuándo, para reaparecer del mismo modo en otra u otras partes, con añadiduras, supresiones o remiendos, pero siempre alegres o tristes, risueños o graves, juguetones o bravíos, estimulantes o melancólicos, vivos y eléctricos como hechos de sangre, nervios y músculos, genuino indicio de nuestro temperamento revoltoso y audaz, pero gallardo y desprendido: trasunto exacto, fidelísima expresión de nuestra verdadera y legítima alma nacional.

—Conque no toman nada, insistía el pulpero, que consideraba punto de honra el que le aceptaran unos tragos.

Los viajeros no le admitían el brindis porque estaban en plena digestión. Lo aplazaron para más tarde. El comisario que no lo aparentaba, pero que era una buena copa, un bebedor reservado o capillero, de esos que empinan el codo sin hacer ruido ni escándalo, no obstante de que embaúlan aguardiente sin atorarse, mucho más si nada les cuesta, agarró el vaso y abriendo las fauces se lo empujó en un santiamén. Volteando la cara hacia un lado se limpió en seguida bigotes y boca con el dorso de la mano.

En el entretanto los viajeros pasaron revista a los individuos de la parranda. Nada había de singular ni de pintoresco: las pobres mujeres no se hacían notar por su gracia o por lo churrigueresco de sus vestidos, y no pasaban de unas cinco, ni viejas ni jóvenes, con trajes de limpio, criollas mestizas. El color cetrino de los climas cálidos disimulado tal vez por polvos de arroz o cáscara de huevos. Entre los hombres, que ni el sombrero se quitaban, casi todos de alpargatas o cotizas; los tipos eran de esos comunes de labriegos ribereños y se veía entre ellos un mulato conversador que hablaba a los músicos con mucho énfasis y accionaba con un palo en la mano o metiéndoselo debajo del brazo. El pulpero se le acercó para decirle algo al oído y después lo llevó a Muriyo, quien le preguntó:

—¿Tienes compañeros para que cantes un corrido? Hay que festejar con algo a estos señores.

—No tardará en llegar Guadalupe, el hijo de José Mercedes, ese muchacho es un relámpago para un desafío. Y si no

viene, no faltará quien tercie, porque para una correa nunca falta cuero.

Se retiró y se volvió a donde los músicos. No había sino un cuatro y un par de maracas, y en aquella penuria de instrumentos otro de los acompañantes había echado mano de dos pedazos de machete que los frotaba de arriba para abajo y a la inversa, con lo cual obtenía un sonido que, llevado a compás, era muy suficiente y adecuado por lo original y chirriador.

Al fin se acordaron tras de un parlamento en que el cantador proponía un aire o tonada y los músicos le indicaban otros, y aquél mandó que tocaran, y apoyada la diestra en su araguaney o vera, levantó la cabeza, la tiró hacia atrás y rompió así:

Me llamo el negro Zambomba,
De las orillas del río,
No soy general ni jefe,
Soy cantador de corridos.

Repitió la copla dos veces y ninguno salió a la palestra. Buscó con los ojos entre los circunstantes a ver si había alguno que le hiciera el dúo en aquella cantata, y no logrando su objeto, volvía a repetir los dos versos finales, cuando, metiéndose de improviso por entre los que obstruían la puerta, el muchacho trovador, llamado al parecer por el comisario, le contestó, poniéndosele al lado:

Aquí me tienes, Zambomba,
Si de cantor es tu oficio;
Ya vas a saber lo bueno
Que soy pollo y no gallino.

Guadalupe repitió los dos últimos versos con ánimo desenvuelto y una voz clara y vibrante. Era un mocetón de unos diez y ocho años, blanco, curtido por el sol, de ojos pardos y centellones, regordete de cuerpo y buena musculatura. Con la cara alegre y risueña, sombrero en mano, el pelo castaño alborotado, esperó la respuesta del contendor:

A mí no me importan pollos,
Por si acaso, las gallinas;
Lo que me importa es pelear
Y peleo a espuela limpia.

Se había despertado el interés en la concurrencia y varios de los hombres rodearon a los cantores, nadie chistaba alrededor, como es de costumbre en esas circunstancias. Kalunga veía en todo aquello un momento precioso de nuestra vida de agitaciones y de peripecias, en que entra por mucho el espíritu de combatividad que asoma en todos nuestros actos acompañado de la fanfarronería que heredamos de nuestros mayores, los hombres recios, fuertes y emprendedores que vinieron al descubrimiento y la conquista. No quería perder una brizna de las coplas y aplaudió calurosamente a los dos guerrilleros que escaramuceaban en verso. Zambomba hizo una señal significativa al pulpero, quien no se hizo el ciego; se metió al tabuco y vino al punto con una botella y vasos. Mientras tanto el hijo de José Mercedes cogía los dos primeros versos y completaba la estrofa con otros de su cosecha:

A mí no me importan pollos,
Por si acaso, las gallinas;
Aguáiten que es pataruco,
Aguáiten cómo se eriza.

Todos los circunstantes se rieron. El muchacho le había asestado al gallo padrote un golpe de zorro o sea aquel en que el animal herido da unos saltos de espanto y cacarea y hasta sale fuera del redondel de la gallera, sin que todo este aspaviento páre en nada, pues sucede muchas veces que vuelve a la riña con mayor entereza y brío. Repartiéronse sendos tragos del obsequio de ron, desgraciadamente no de Carúpano ni de La Ceiba; el músico de las maracas, apenas torció la cara hacia un hombro y el pulpero le encajó el *palo* con tan poca habilidad, que se le derramó por el cuello y la camisa, pero esto no le impidió continuar en el chuquí quichuqui del instrumento. Guadalupe, por más que le instaron, no quiso beber, alegando que no pertenecía a la hermandad de los bebo-

nes y que era de la familia de los sapos. Zambomba que lo oyó, le dijo:

—No te resbales mucho, garganta de campana, que al fin habrás de irte de bruces; no te arriendo el vastagazo: yo empecé por no beber y ahora prefiero tomar a comer.

—Es que soy de la isla de las perlas, donde no hay haciendas de caña, sino de chinchorros. Esas gracias se las dejo a usted; yo canto pero no empino por nota.

Por lo visto también en prosa se lo llevaba de pecho el muchacho, quien quería dar a entender que en nuestra isla legendaria por el valor de sus hijos durante la guerra de la emancipación, no hay alambiques y se vive de la pesca. Muriyo se enderezó otro *palo:* era uno de aquellos individuos que beben siempre que los convidan y tragan del mismo modo, aunque hayan acabado de engullirse una sementera de frijoles, y un cochino a la parrilla; y se apresuró a picar al viejo cantor para que continuase el pugilato de coplas:

—Zambomba, apriétese contra la silla, no se deje gañotear por un mocoso. A un hombre de su peso no se le baja el rabo por tan poca cosa. Eche palante y chupe que se le apaga.

El blanco de los ojos y de la dentadura le brillaron a Zambomba con una sonrisa rencorosa, para decirle al del cuatro:

—Jálale a otro són, al *Polo,* a la *Sapa;* ese *Zumba que Zumba* margariteño me tiene acatarrado.

Todo el mundo esperaba la acometida, porque el viejo cantador, tras del continuo correr la tuna por peñascos del Orinoco, era muy conocido y simpático: desde los manglares de Boca Grande para arriba, hasta los caños de Apure, no había parranda de trago y palos, velorio de cruz o de angelito o cualquiera otra fiesta popular en donde no dejara oir su voz, hacía para muchos lustros, venciendo o intimidando a muchos de sus más ilustres rivales en el género.

El instrumentista le contestó con sorna:

—Con el *Zumba que Zumba* o cualquiera otra tonada, el muchacho le va a hacer pasar un susto o a sacudir el polvo.

Y comenzó a tocar con entusiasmo un nuevo corrido, uno de los tantos que consideró el más bullicioso y decisivo para las circunstancias.

Zambomba se alegró, exclamando:

—Ahora sí es cuatro, ahora sí se puede cantar.

Se aclaró la garganta con un estrepitoso carraspeo y escupió en el suelo, para entonar la siguiente copla:

—A mí no me asustan roncas
Ni me hacen saltar candelas,
Que cuando yo me enverraco
Se acuerdan mucho en mi tierra.

—Que cuando yo me enverraco
Se acuerdan mucho en mi tierra;
Morrocoy no sube palo
Ni cachicamo se afeita.

—Zamuro no come alpiste,
Mono no tiene manteca
Y tigre no come tigre
Ni caimán se duerme en tierra.

—Si tigre no come tigre,
Si caimán no duerme en tierra,
Cuando hay temblador en charco
Hay mucho animal que tiembla.

—Cuando hay temblador en charco
Hay mucho animal que tiembla;
Si buscas una lección
Aquí está quien te la enseña.

Al llegar aquí, Guadalupe se vió a tiros de caer bajo la mofa del rival, y girando la vista a su alrededor, cambió el corrido engarzado por esta copla:

Calla la boca, bocón,
Que tú no sabes cantar;
No te arriendo el avispero
Que viniste a *jurungar*.

—No te arriendo el avispero
Que viniste a *jurungar;*
Te van a poner la bemba
Como una arepa de a real.

Y empatado otra vez el corrido, el muchacho acudió a una sátira:

Te van a poner la bemba
Como una arepa de a real:
Con un baño de ponzoña
Hasta blanco te pondrán.

Hasta blanco te pondrán! La multitud asordó el ambiente con una carcajada estruendosa, a borbotones, fenomenal, porque le habían dado a Zambomba en el talón sensible. Era de aquella gente de color, según la eutrapelia usada en Cuba, que no dicen jamás negro, sino moreno y que a éste denominan impropiamente trigueño, y se ofenden hasta de que nombren en su presencia el ébano o la tinta de China, porque se consideran incluidos.

Zambomba se echó para atrás al sentir el alfilerazo y prorrumpió con rabia y amargura:

—Mire, joven, yo soy muy amigo de su padre; no hay necesidad de que me ofenda y de que me saquen a bailar a la abuela. Conténtese con que me lleva una cuarta de ventaja; soy viejo y voy siempre de para abajo; usted empieza a vivir y seguirá echando hojas y cogollos hasta que le llegue el turno y se le caiga la ramazón.

Guadalupe se amostazó y cohibido no respondió una palabra. Muriyo al ver aquel apaga y vámonos en que terminan muchos de nuestros jolgorios, se interpuso y le dijo que eso eran cosas de muchacho y chanzas de parranda.

Zambomba tornó a decir:

—Tiene usted razón, señor coronel, pero para chanza pesa una arroba y para verdad no la necesitaba ahora. Está usted servido.

Y se deslizó por entre los bailadores hacia el fondo de la casa.

El pulpero, a quien no podía convenirle de ningún modo que se enfriara la parranda, pues para eso no montó un detal de licores como lo mostraba la tablilla con su nombre puesto en el dintel de su establecimiento, en grandes letras quemadas, exclamó entonces:

—Que siga el joropo: no pierdan el tiempo, muchachos, que hoy es sábado y nadie, y menos yo, les va a cobrar el trasnoche.

Sonó otra vez el cuatro y se reanudó el baile. Kalunga y Ramírez salieron a la calle junto con el coronel, que pidió de fuera con su voz gruesa y áspera:

—Traigan unos taburetes.

Le llevaron uno de cuero y un banco en el cual se instalaron los dos amigos forasteros en señal de deferencia y respeto al primer magistrado del lugar. Quedaron con los zapatos entre la arena, un poco separados de la puerta del baile, huyendo del ruido, para no causar estorbo y para entenderse en lo que charlaran. Al repantigarse se expresó el mandarín:

—Por un tris les agua la fiesta el zamuro cantor. Díganme que ponerse bravo porque le mientan la pluma, cuando no puede arrancársela.

—Esa no es culpa de él, repuso Néstor; esa pobre gente es archisusceptible, prefieren un golpe en la espinilla a que le saquen la pinta.

—Mas ¿cómo se liberta el esclavo de la cadena que lo ahorca? comentó Kalunga.

Y siguió perorando:

—Por fortuna entre nosotros se ha ido extinguiendo de una manera casi inusitada el prejuicio de raza, a tal punto que se tilda de necio y torpe al que no lo ha sabido borrar, o se le burla y satiriza por más albino que sea. Sin embargo, entre los de origen africano hay individuos que lo conservan de un modo indeleble, así como el *malangá* y el *kalalú,* alimento y plato favorito traídos por los antepasados en los días de la trata de esclavos: en la península de Paria conocí a un mozo de apellido Carrera a quien sus amigos llamaban el *Doctor* por la letra menuda que tenía y no pudieron quitarle aquella aberración. Era como un coco curtido y relumbroso, de buenas facciones (no todas las razas africanas son prognatas), inteligente, hablaba inglés y francés, conocía de números bastante y afirmaba que toda su desgracia, la única desgracia de su vida, era haber nacido en aquel lugar, antiguo palenque de siervos, puesto que en otro sus padres hubieran sido blancos. Y poseía suficiente carácter porque se criticaba a sí mismo y

a los suyos, a veces con una crueldad rayana en la sevicia. De cierta familia que se las echaba de gran prosapia y de muy rancios pergaminos nos aseguró una vez, que si cualquiera de las muchachas cerraba los ojos y la boca, no se sabría dónde les quedaba la cara o la espalda, pues eran los únicos puntos de mira para saber si estaban al derecho o al revés. Uno de los compañeros le sostuvo que en casi todos los pueblos costeños se comía caraota negra con arroz y que en todas partes se jugaba dominó; pero él replicó que siempre la pinta era un estorbo en el plato nacional o en el juego. No iba a Caracas, porque desde la estación del ferrocarril creía que muchos cocheros al ofrecerle el vehículo no era sino para mofarse de él y que por dentro se reían, pensando: "por qué no lo tendrán de tamborero, que es para lo único que sirven estos negros". Y en fin de fines, que por no sentirse humillado en ninguna parte vivía allí, en aquel golfo, en donde nadie podía enrostrarle ni restregarle en el hocico el origen, porque casi nadie andaba de medio luto sino de luto entero y que por ese motivo sus viajes más largos los terminaba en Trinidad, residencia estupenda de toda la santa familia del Asia y del Africa. Se le manifestó muchas veces que todo aquello dependía de su voluntad y que era una manía enteramente curable y que se fijara en Booker Washington, aquel mástil de ébano, que además de ser un gran instruccionista, un alto filósofo y filántropo, era, sin duda alguna, uno de los más formidables oradores del universo, a quien brindaron su amistad altísimas personalidades de la raza blanca. Y que en su país, en aquel país en que el prejuicio del color era tan grave, que la ley de Lynch se inventó para los de su clase y está en vigencia todavía, siempre se le tuvo en gran estima. Y todo fué en vano. Y como los hombres de esa especie no se sabe por qué fatalidades atávicas son muy propensos a padecer de tristeza, murió de aquella enfermedad psíquica antes de llegar a los veinte y ocho años.

El astuto Ramírez lo aguardó en la bajada para espetarle:

—Es una nueva, curiosa y original manera de liar el petate para el otro barrio: sospecho que no es difícil morir úno de sed, de hambre, de atajársele a úno de pesadumbre el re-

suello, de dolor, de nostalgia; de estas últimas pestes se están extinguiendo siempre los poetas ramplones de todo el universo, desde hace algunas semanas, y no se acaban nunca; pero ni de chiripa me cruzaba por la imaginación que se pudiera morir nadie de puro negro....

—Maestro, no me induzca a tentaciones, exclamó el digresionista; cuidado y lo pongo Ciruela.

—Líbreme Dios del apodo (y se rió), del sobrenombre del colega que no supo leer y puso escuela, de esos aún hay algunos mostrencos que abeterno pacen tranquilamente en las dehesas de nuestra santa madre la Instrucción Pública.

Kalunga cortó el hilo de las chuscadas callándose, porque le exasperaba la rascazón de sacar algún partido, informaciones útiles y datos de aquel sargentón metido a gente y de modales suavizados a fuerza de almohaza, a la manera que se hace con los potros cerriles cuando se les amansa y destina para bestias de silla. Por su aspecto, por su sonsonete especial en el hablar, con ese modo de pronunciar ciertas palabras en que se distingue en un país a los nativos de tal o cual región, o de ésta o aquella localidad, se conocía a primera vista que no era oriundo de ninguna población de Guayana.

—Coronel, me parece que usted ha mandado en otra parte y estuvo de jefe civil cuando la llamada Restauración Liberal, que en mi tierra la bautizaron con mucha pimienta y vinagre: *Recaudación sin Rival.* He oído su nombre a ese respecto, no me cabe duda, y dispénseme esta curiosidad, ya que somos amigos y cuando no habrá motivo para no seguirlo siendo.

—Sí, señor, yo no fuí de los que estuvieron en la guerra en ese tiempo, porque vivía en Cúcuta de expender ganado, en donde me refugié desde la trifulca del 92. Me vine para San Cristóbal cuando aquella revolución entró triunfante a Caracas y después contribuí con mis amistades a las invasiones que se hacían del Táchira para Colombia y al revés, con el único objeto de embochinchar para sostener con los socios y compinches de más allá de la frontera el negocio de *pesa,* en que nos iba a pedir de boca. Los unos pasaban de un lado para el otro con el fin de matarse políticamente y nosotros los que estábamos en el secreto les prote-

giamos con armas y municiones y con todos los recursos y mañas imaginables para que hubiera guachafita y vender a mejor precio nuestras reses: los titulados revolucionarios de alguna importancia especulaban con sangre humana y nosotros los chicos, los hombres de la broza, el gremio de *peseros* con la de novillos; la diferencia no es poca. Nos untamos hasta más allá de la coronilla. Dios me perdone cuando estire la pata, pero aquello nos echó encima los odios de la gente honrada de los pueblos limítrofes. Yo quedé muy mal quisto, con muchas ojerizas y aunque no dejaba de gozar de influencias y favores, y ya casado, con numerosa familia, resolví dejarles el campo solo y venirme para el centro. Supónganse que me ofrecieron participación en los negocios de sal, de harina y de brandy, que son una mina más rica que las del Yuruary porque nada se pierde en explotarlas. Los tachirenses chillaban mucho con ese monopolio, pero como el que lo hacía era hermano del presidente de la república, no les quedaba más recurso que el derecho de pataleo.

Néstor, serio, asombrado por la desfachatez expresada con una voz tan clara, sonora, sin reticencias, haciéndose el bolonio, se metió en el diálogo:

—¿Y cómo es ese monopolio? Porque yo no me explico que se pueda monopolizar la sal, menos esos dos artículos que usted acaba de nombrar.

—Porque ustedes son muy bisoños y tal vez nunca han sido especuladores de industrias turbias de esa clase o que requieren las manos no muy limpias. Para la sal lo único que se necesita es permitirle a una sola persona que la introduzca en el Estado, aunque sea de Maracaibo, y para lo demás, la misma cosa. Es así que para la fecha a que me refiero era al presidente a quien se le concedía la dicha de vender brandy, harina, sal: con estos tejemanejes, una hermana y él de pulperos llegaron a convertirse en potentados de parroquia. Y sus parientes, afines y amigorros, gozaron de iguales o parecidas prebendas. No hubo uno que no ascendiera a saltos: de arrieros de alpargatas fueron a dar a generales de charreteras y uniformes chillones, y así disfrazados se emparentaron hasta con altas damas de la sociedad caraqueña. Se trajearon de gente para que no los conocieran, pero desde lejos se les

veía el pelo de la dehesa. Y yo, que no las tenía todas conmigo, le aseguro que me ví con el corazón en la boca del susto de que me fuesen a sacar del medio, y moví las de batir barro sin descanso hasta que llegué a la capital. Allí traté de volver a las andadas, es decir, a mi primer negocio, vender asaduras, picar carne, pero el gato me salió mal castrado: en Caracas no podía correr a los que tenían igual oficio; allí no había un socio que me espantara a los que me hiciesen la contraria; allí no fanfarroneaba jefe que me mimara y complaciera hasta subir a los demás del gremio la patente de degüello; allí fué mi muerte en vida: los reales del sacristán cantando vienen y cantando se van: los míos no se me metieron en el bolsillo con letanías sino con mucha mala maña, cuando me dejaban libres las uñas, y se fueron del mismo modo que vinieron, en un dos por tres. A mi mujer y a mis hijas se les pegaron los pujos de imitar a las caraqueñas, vestirse y andar elegantes como ellas; comer, dormir y vivir como ellas; pero ellas sí conocen el patio y saben de eso. Mi campechana familia me arruinó con la compra de sombreros, de trajes que no aguantaban quince días y de zapatillas de tacones de a cuarta, y por último le puse la rúbrica a mi quiebra con los paseos domingueros de a veinte bolívares en El Paraíso. Cuando las muchachas supieron las estrecheces de mi caja, cuando ya no les quedó ni una hilacha de duda, se pusieron compungidas a llorar a moco tendido, especialmente las dos mayorcitas, que se volvieron, con la permanencia en Caracas, muy ventaneras y que de seguro tendrían sus quereres: entonces fueron los ayes, no querían convencerse de que estábamos en la obligación forzosa de fugarnos de la capital, pues ya no hallaba con qué pagar el alquiler de casa, y a fuerza de muchos brincos y botes lograba reunir el dinero para el sustento diario. Al fin pude, después de muchas vueltas y revueltas, ponerle la mano a la Jefatura Civil de Carúpano, la que goza fama de ser muy productiva, como aquellas sabanas de los llanos que denominan cazadoras porque los propietarios cuentan mucho ganado orejano ajeno; pero el tiro se me salió por la culata, porque aquel Distrito es una comejonera de corsos, en que alguno o alguna otra firma no han hecho ni harán otra cosa que comprometer a las autoridades con sus malos manejos y

al Gobierno Nacional también, por reclamar en cualquier momento una millonada, como un sastre, un pelagatos de nombre Vincentelli, que vino de su tierra con un par de tijeras viejas y oxidadas y levantó, sin saber cómo ni cuándo ni por qué causa, un expediente donde figuraban pérdidas de intereses cuantiosos, y se los pagaron, se los tuvieron que pagar porque en las Américas es mucho lo que han abusado los extranjeros de nuestra ignorancia o de nuestros desórdenes. Entre otras cosas recuerdo que por aquella misma época, un italiano domiciliado en San Cristóbal, zapatero remendón y que se firmaba Schettino, tuvo cara de presentarse con un rollo de papeles al gobierno local, y en ellos y en una letra digna de su instrucción, porque apenas eran legibles aquellos garabatos, había un reclamo por saqueo de su establecimiento y nada menos que por cien mil bolívares. Unos muchachos le preguntaron en un periodiquito que si una tabla atravesada sobre dos cajones, un cuchillo gastado, una lezna y un carrete de pita, todo ello metido en un tabuco apestado y nauseabundo, junto con un jurungo viejo y borrachín, podía valer tanta plata. Parece que un cónsul italiano llegó en su desfachatez a decir que sí. Bueno, pues, aquellos hombres de que les hablé me hicieron dejar el pueblo a trompa tañida, en el primer zipizape que tuvimos, porque son una novedad para agavillarse y en ese entonces no les faltaron padrinos en Caracas.

Néstor lo buscó con la punta del florete:

—Sería que usted les metió la mano por debajo, tentándoles, en términos de avicultura criolla, la huevera y ellos se asustaron?

—No, señor, respondió Muriyo, yo no estaba para hacer gracias, pues venía de Caracas como un ratón de semana santa, con el buche pegado al espinazo y me encontraba entretenido en roer las primeras tajadas que le había mordido a mi queso: suprimí por corta maniobra el alumbrado público, puse multas por no barrer los frentes de casas y no pagué a los empleados la primera quincena. Yo no quería ni estirar de puertas afuera el hocico para que nadie me viera y seguir allí royendito, royendito *per omnia sécula seculorum*....

Kalunga le agregó: amén, y le tiró su puntazo:

—De modo que los corsos le echaron a usted de su tierra, en vez de agarrarlos usted por la cola y sacarlos a la arena, como se hace con las iguanas que están encuevadas? Esa no la hubiera aguantado yo ni de faina! como decía un alemán al pronunciar aquella palabreja, a la que sin culpa le han dado una significación de obscena y de verdosa.

El coronel se sonrió ante aquella travesura de palabras y Néstor se puso en campaña:

—Tenemos la mala costumbre de querer que las palabras expresen lo que en realidad no pueden decir. Pero eso viene de muy lejos. Unamuno dice por ahí en uno de sus tantos artículos críticos, que eso se lo debemos a Don Francisco de Quevedo y Villegas, a quien por su reconocida fama de satírico se le atribuyó que no podía usar una palabra sin que envolviese doble sentido.

El comisario ingenuamente dijo:

—En Caracas ya no se puede usar el verbo coger, y a una de mis muchachas se le ocurrió una mañana decir que estaba tomando flores en el jardín para que la oyera una pícara vecina suya que la embromaba mucho.

Kalunga, no obstante la interrupción, tuvo que mostrar algunos frutos de su cosecha:

—Eso llega a ser a veces tan burlesco y tan risible, que una vez que estábamos de fiesta, en celebración de un cumpleaños, un sapo viejo y cegato que merodeaba por el patio, tal vez asustado con la música y el ruido del baile, fué a dar de un par de brincos a la sala. La festejada que venía en ese momento del brazo de su *corazón dulce,* como dicen los ingleses, que no tienen una palabra para significar novio, gritó desaforada:

—¡Me coge el sapo! y se fué en carrera. La madre, que oyó aquella expresión, vino en socorro de la hija, seguida de otras muchas de las señoritas invitadas y que por hacer alardes de nerviosas o de asustadizas, gritaron también:

—¡Nos coge el sapo!

Y desde aquel momento entre me coge, nos coge, nos ha de coger, nos cogería o nos cogerá el batracio de marras, se formó el más lindo zaperoco que he visto en mi tunantesca vida.

—Qué ocurrencia, añadió Néstor, echar a perder una multitud de palabras que no se pueden suplir con otras. Un estudiante de Mérida me refería que en aquella ilustre ciudad no se podía decir cobija delante de las personas decentes ni tampoco "qué par de pájaros", expresión tan usada en todas partes por "qué par de pollos". Y nunca "huevo", porque había que reemplazarlo con *ñema.* Hay más jayanes en traje de caballeros que a la inversa.

—Y si le vamos a sacar punta o filo a palabras o cosas romas, encontramos una sátira o un grosero voquible, para hablar con Sancho, en toda voz o locución corriente.

—Pero ¿cómo se evitan las necedades de pueblo o de parroquia? tornó a exprimir Néstor. ¿Y si en la sociedad de los grandes es más la concurrencia de los zafios que de los hidalgos?

—Pues evitándolas, replicó con viveza Kalunga. Yo siempre estuve, estoy y estaré resuelto a darle palos de ciego a todo abuso, vicio o majadería de cualquier especie que sea. En Los Teques una tarde, en medio de un grupo de muchachas avispadas de Caracas, para encontrarle motivo al paseo, las convidé con marcada intención: vamos por el camino de Carrizal a tomar guayabitas silvestres; allá también podremos tomar flores en los matorrales de la orilla. ¿Ustedes no han ido a tomar lirios por esos lugares?

Y todas se picaron los ojos y no pudieron menos que sonreirse. Ese mal es tan viejo y torpe como la sarna. Por mi fiebre continua de leer, dí en *La Pícara Justina,* madre del buen decir, y me encontré con que unas benditas de barrio llamaban al culantro, cilantro; a las turmas del carnero, hígado blanco, y para colmo de colmos, con que el nombre asno se había de escribir con equis. Pero volvamos al asunto que esa digresión es tan larga y masacotuda como uno de los tantos tomos que andan por ahí de una inconclusa historia contemporánea, que nunca llegaba a término, porque era bueno que no terminasen las erogaciones para su publicación. Señor comisario, ¿por qué se dejó usted echar la zancadilla de esos corsos o corsarios?

—Pues me dieron el tute, porque no tenía quien me defendiera ni por las partes bajas ni por las altas, y por mi ignoran-

cia tampoco sabía cuál era el remedio que se le aplica a un extranjero de esos que se creen autorizados para cometer impunemente toda clase de picardías, como aquel turco-francés que anduvo por Camaguán, Cazorla y Guayabal estafando a cuantos infelices campesinos le cayeron por su lado, hasta que el Gobierno del Estado y el Ministerio del Interior le dijeron cuántas son cinco y le pusieron las peras a cuarto con el pasaporte para su tierra. (*)

—Permítame que le interrumpa, y aguárdeme que voy encima de usted lanza en ristre con mi descarnada rudeza, masculló Kalunga, que sentía escozores en la sangre. Eso le ha sucedido a usted y a otros muchos iguales o parecidos a usted y les seguirá aconteciendo, porque no saben de la misa la media.

—Cabalmente, murmuró medio avergonzado el coronel; me sacaron en volandas, porque no tenía dedos de organista.

—Sírvale esta anécdota de sacaclavos. En un pueblo de la frontera del Táchira había una familia de solteronas caritativas, inteligentes, acaudaladas, que se dedicaban a cuidar enfermos por el gusto de ejercer la beneficencia como Dios manda. Y de ese modo llegaron a adquirir una fama de expertas en medicina, a tal punto, que todos los pacientes del pueblo, transeúntes y vecinos, ocurrían a ellas sin pasar antes por la consulta de un médico. Sucedió que hubo un brote de fiebre amarilla, enfermedad que, como ustedes saben, hacía por entonces matazones. Un señor con esa clase de enfermedad en la casa de las doctoras, se echó a morir de lo gravísimo que estaba, como que el mal no residía en las sábanas, no por falta de menjurjes, acuciosidad de purgas, ni descuido de asistencia. Y en la desesperación acudieron a un médico amigo que con mucha frecuencia y con la mayor bondad las ponía a flote en las varadas y las sacaba de los atolladeros en que se metían por sus pruritos filantrópicos o por falta de experiencia. El discípulo de Vargas, que las estimó siempre de veras y les guardó los miramientos a que eran merecedoras, les tenía medido un golpe de maestro para hacerlas entrar en juicio, aunque de esa virtud atesoraban lo suficiente para sustentarse y repartir a los que la hubieren menester. Entró sin ceremonias

(*) Memoria del Ministerio de Relaciones Interiores.—1910.

a la pieza del febricitante que, en puridad de verdad y como en el cuento andaluz, a disgusto de la familia, llegaba a los últimos intantes. Las atribuladas y llorosísimas médicas se le abalanzaron con unos gritos y aspavientos, que más simulaban berridos y alharacas de histéricas insoportables que duelo de personas cuerdas, y a pesar de lo manso del carácter del galeno, se le sublevaron los nervios.

—¡Se nos muere el enfermo, doctor, se nos muere el enfermo: qué hacemos, doctor! Sálvenos, por la vida de sus hijos! exclamaron a coro las plañideras mujeres.

Con el sombrero sostenido por las dos manos cruzadas sobre el abdomen, se quedó impasible, oyéndolas y mirando al paciente que tenía los ojos desmesuradamente abiertos y fijos, como para no extraviarse en la senda del obscuro infinito; y al sentir el ronquido característico de los agónicos, al convencerse de que no podía retroceder un palmo en aquella fúnebre jornada, les contestó con la mayor sangre fría y la más estupefaciente serenidad:

—¿Qué voy a hacer, amigas, qué voy a hacer, me pregunto y me respondo yo mismo, ante este cuadro tan digno de lástima?... Pues nada, enteramente nada.

Permaneció largo rato en silencio, con la boca fruncida y mirándolas cara a cara; luego añadió:

—Se me ocurre un consejo, pero uno solo: que no lo vayan a dejar de enterrar... eso es lo único.

Las atolondradas señoritas que habían oído aquello con el asombro que es de imaginarse, al ver que les hacía una reverencia ceremoniosa y se alejaba de la pieza, redoblaron sus lamentos, y la más audaz y enloquecida se apresuró a alcanzarlo, cerrarle el paso y detenerlo, lo que pudo conseguir ya cerca del zaguán de la casa, donde renovó la súplica en esta forma:

—Doctor, no se disguste porque nosotras no sabemos lo que hacemos: perdónenos. Recétele algo a ese infeliz.

—Si yo no me disgusto, señorita, contestó el interpelado, ni tengo de qué perdonarles; pero sí una verdad gruesa y áspera que manifestarles y que les servirá de mucho en lo venidero.

Diciendo esto, se metió la mano en el bolsillo de su saco, de donde extrajo un papel amarillo, lo desdobló lentamente y

con sumo cuidado por lo viejo y maltrecho que se encontraba. En ese momento las otras cuatro hermanas habían llegado y lo rodeaban. Sin salirse de su gravedad, se puso a zarandear el papel de un lado para el otro, murmurando:

—¿Saben ustedes por qué se asustan tánto con un caso igual o semejante a éste?

En su tribulación y sin sospechar por dónde venía el tiro, le contestaron a una voz:

—No, doctor, no.

—Pues yo sí sé por qué se escandalizan tánto ustedes y las personas que como ustedes se meten a frailes sin haber hecho antes pasantía de legos. Porque no tienen este papel que, aunque viejo y deteriorado, me sirve a mí para echar mis muertos y dándoles una mecida los boto así (remedó el acto de aventar una cosa), los boto así, en la sepultura, porque hieden mucho; convénzanse de eso, muchachas; y no lo olviden. Este papelito ajado, y despreciable para muchos, es mi título, que me costó muchos sinsabores y trasnoches, muchas quemadas de pestañas para poder presentarme a exámenes y salir siquiera aprobado; este papelito me faculta a mí hasta para cometer disparates, y dispensármelos, porque sin duda alguna no se les confiere a los locos ni a los irresponsables que parecen cuerdos!

—Y se quedaron chiquiticas, agregó Néstor, y con las orejas gachas. Como que yo había oído algo de esta anécdota tachirense.

—Como me quedo yo, porque me ha dado codillo con el cuento, dijo entre dientes el coronel.

El *joropo* arreciaba de lo lindo en ese momento: mujeres y hombres parecían extenuados de cansancio, pero jadeantes y sudando no se daban punto de reposo ni con el cuerpo ni con los pies. Zambomba que había vuelto y semejaba pasado de punto o de copas, entonó enronquecido una copla que no llegó a terminar y luego se carcajeaba confesando él mismo, que se le iba a caer la cara de vergüenza, porque lo derrotó el más ombliguiverde de los cantores del Orinoco.

Kalunga le torció las clavijas a Muriyo.

—Ahora le aplico yo mismo la anécdota, aunque le escalde la piel como un sinapismo. Eso le pasa a usted, y a los que como usted mangonean debe sucederles fatalmente, porque nadie se defiende de un toro bravo sin saber capearlo. El gran defecto del sistema republicano o mejor del sistema de gobierno democrático, es el de tener que echar mano de todo lo que sea pueblo, que como pueblo, al fin y al cabo, es una masa incongrua, y por supuesto, no de un material exquisito, por más que lo parezca, y no habiendo personas en quienes es de exigirse una mediana preparación; como aquí no se nos dan los príncipes ni los duques, nuestro terreno es fértil para todo, menos para esa clase de semillas; es preciso utilizar las aptitudes, cuando las hay, de fulano, que es hijo de un Juan Bimbas o de mengano, que es el nieto de ña Romualda. Y apúrese que le piso los talones. Pero en este sistema lo popular no debería envolver o implicar sino el escoger dentro de la turba lo que sobresalga o sirva por algún respecto, lo que es fruto de la selección social en alguna forma, por ejemplo, de una cáfila de albañiles, el que más se empina sobre el nivel de su gremio, y de una caterva de abogados, no al más lenguaraz y entremetido, sino al que no se anda por las ramas ni por atajos y puede sentarse en una cueril, como dijo el otro, en lugar de curul, de la Corte de Casación, sin que se ruboricen los libracos que están en los escaparates de la biblioteca de aquella corporación forense. Nuestro admirable Rafael María Baralt, exclamaba una vez: «Los gobiernos! ¡De todo son culpables los gobiernos! ¿Y de dónde salen los gobiernos? ¿Vienen de las nubes? ¿Son como Adán, de formación sobrenatural? No. Los gobiernos, cualesquiera que ellos sean, salen del seno de los países gobernados.» (*)

El comisario pasó saliva y tosió porque el trago que le estaba haciendo chupar aquel amigo deslenguado y fresco, era el más amargo de los ajenjos que le habían embutido en su vida de semicacique de pueblo.

Kalunga siguió por el despeñadero:

—Pero no crea, mi buen amigo, que eso le araña a usted solo: yo hablo en general; consolémonos por aquello de mal de muchos... Si una de mis críticas hiere a una colectividad

(*) Rafael María Baralt. Letras españolas. (Primera mitad del siglo XIX. Pág. 46).

en forma de morralla, es porque ese conglomerado de hombres lo merece. A mí, que soy enemigo de puéstos públicos, por la sencilla razón de que no se sabe cuándo entra úno en ellos o cuándo lo sacan sin presentirlo o sospecharlo, me consiguió un Ministro, antiguo compinche de mi padre, el nombramiento de Secretario de la Cámara de Diputados, y me quedaba el traje tan ancho, que unos contemporáneos míos, viéndome con semejantes deformes bragas, al felicitarme por el suceso me dieron a oler que el muerto era más grande; y tan grande que si hoy con mayor experiencia y alguna versación sobre diversos asuntos me brindaran con aquel puésto, no lo aceptaría ni de chepa. Me acuerdo mucho de las tosecitas y sonrisitas y cuchicheos que se formaban entre el recinto y en la barra cada vez que tenía que leer el " acta anterior." Mi impericia fué tan notoria que un día unos chiquillos colados en las tribunas, me llamaron chambón. Para vergüenzas y sobresaltos no me alcanzó el tiempo, y aquellos bolívares de mi flamante Secretaría me salieron en diversos colores a la cara, porque le aseguro a usted, señor comisario, que a veces comenzaba por ponerme encendido como una pionía que se transformaba después de pura cólera en limón.

En la época de Guzmán Blanco, célebre entre otras muchas cosas en necedades tradicionales por lo rimbombante de los títulos y de los nombramientos, pues él mismo, tras de mandarse a erigir estatuas (que por fortuna se las tumbaron dos veces y no hubo mano de adulación piadosa que las volviera a enderezar), se las echaba de aristócrata, aristocracia que Manuel Briceño, de Colombia, (*) le probó con creces, en ese tiempo cuando él mismo se hacía llamar Ilustre Americano, Regenerador y Pacificador de Venezuela, Héroe del 27 de abril, etc., y acábense las vaciedades en este sentido y agótense los encomiásticos epítetos; por esas kalendas a un pariente mío, que sabía tanto de navegación como yo de aviador, que había visto buques en las láminas de los libros, a ese Vasco de Gama en

(*) **Los Ilustres,** por Manuel Briceño. Este gran escritor y polemista colombiano era oriundo de Venezuela. Como no comulgó nunca con la dictadura de Guzmán Blanco, cuando vino a Caracas en el Centenario del Libertador, aquél no permitió que tomara la palabra en ninguno de los actos de las fiestas; Briceño bien informado por tradiciones de su familia y porque su abuelo murió asfixiado en las mazmorras de La Guaira, perjeñó al regresar a Colombia este panfleto en que se destaca el abuelo de Guzmán Blanco como carcelero de aquellas célebres prisiones y la Tiñosa como mujer de aquél.

embrión, marino en agraz, piloto a palos, si los hay, le nombraron Almirante de la Escuadra Nacional.

Y se mareó hasta los tuétanos cuando fué a encargarse de un vaporcito liliputiense anclado en el puerto de La Guaira, la única muestra de que existían para entonces navíos de guerra en la República. Tuvo por fuerza que ponerse en movimiento para ir a las islas de Las Aves que distan dos horas de la costa: anduvo mareado durante toda la travesía, regresó echando los bofes por la boca, desembarcó desencajado, lívido, cadavérico y vomitando todavía hasta en la puerta de un hotel; así continuó por muchos días hasta que le dieron permiso para volver a Caracas donde la familia creyó que tomaba ipecacuana a escondidas para que lo eximieran del trabajo, es decir, del empleo no, de que tuviera que navegar sí, pues era muy lógico y muy justo que lo dejaran en tierra y en la Capital, gozando del sueldo, fanfarroneando, echándoselas de Nelson de agua dulce, pero sin meterse con buques ni con nada que los semejase.

Néstor se reía para sus adentros, al ver la cara que puso el estupefacto coronel con aquella tunda, y agregó:

—Ese lobo de mar era entonces como un amigo mío que no se embarcaba nunca, porque mareó desde que siendo sietemesino lo metieron por primera vez en una batea para bañarlo y se quedó con el resabio. No dormía en chinchorro ni en hamaca por el mismo motivo y le daban vértigos cuando se sentaba en una silla mecedora en plena sala de su casa.

—Hemos tenido de todo, agregó Kalunga, somos un surtido de incongruencias políticas y sociales: los vicios característicos de los pueblos jóvenes; pero ya estamos creciditos, no podemos continuar usando pantalones cortos, para seguir haciendo travesuras de muchachos; con un siglo a cuestas no se puede decir que nacimos ayer a la vida republicana; sin embargo, una centuria es nada para el desenvolvimiento y desarrollo de una nación.

El comisario de La Piedra no se quedó con la lengua quieta ni con el rabo entre las piernas: trató de salirse de la encrucijada del mejor modo posible.

—Usted me ha echado un sermón con tanta pimienta como sal, me ha metido dentro de un zapato y no me ha dicho

perro, pero me ha mostrado el tramojo; Dios le pague la lección, que es buena con ferulazos y todo.

—Yo soy un predicador de oficio sin sueldo ni gangas, mi coronel, pero todo el mundo me agradece la piedad de mi franqueza. Créame que tampoco nací para maestro de escuela, con perdón del amigo Ramírez; me siento con poca vocación para la pedagogía; lo único cierto es que hablo claro por que no soy turco o árabe de Siria ni tengo pepitas en la lengua, y aunque tampoco ando desfaciendo entuertos, también por mi poca inclinación a caballero andante, he enderezado a muchos que andaban corcovados. Oiga este otro cuento: en Ciudad Bolívar hubo un tal Strick que no barajaba ocasión de reclamar, porque jamás había sufrido por causa de ninguna revuelta, por la lógica razón de que nadie puede perder lo que no tiene. Y aquel buen señor estaba en la inopia, a fuerza de trampas. ¡Y qué clase de negocios los que manejaba! La última vez lo encontré conchabado con un tal Vacarino o Baturrino, con uno de esos perversos venezolanos que son capaces de todo, no sólo de vender su primogenitura por las bíblicas lentejas, sino de ahorcarse ellos mismos con tal de atiborrarse antes con especulaciones ilegales o inicuas; y que por fortuna son tan escasos y los cuenta úno con los dedos de la mano y sobran falanges; esa última vez, repito, me lo topé con un contrato de explotación de gomas y otros productos naturales que abarcaba una extensión de territorio de un tamaño nada menos que del Brasil al Atlántico; hablando con algunos mozos patriotas sorprendidos con semejante violación de nuestras leyes y yendo de paseo por las orillas del Orinoco en lugares de peligro, les dije con la mayor sangre fría: "y ustedes por qué son tan tontos que no convidan a ese *musiú* a dar una vuelta por esta laja de la Sapoara, y se hacen los resbalados y caedizos, pero haciendo de modo que él sí se resbale de veras y caiga en el río sin salvavidas y de cabeza, y ojos que te vieron ir que no te vuelvan a ver!" Ellos celebraron la chuscada a mandíbula batiente, único remedio que se me ocurrió para contrarrestar aquellos perjuicios y la especie cundió de tal manera que a los pocos días ya no se hablaba en los corrillos sino del paseo lánguido a la luz del crepúsculo por nuestra humilde Tarpeya, para los *jurungos*

reclamadores, comenzando por el tudesco Don Luis. En una de esas tardes, cuando estaba yo en el Club, llamaron a un amigo con quien departía, de una de las mesas vecinas donde se atracaban de cerveza algunos cuantos de esos señores, a quienes llaman graves y serios por muchas causas baladíes, entre otras porque tienen canas o panzas de batracio o arrugas a tutiplén.

Al regresar me dijo por lo bajo:

—Allí está Don Luis, el viejo aquel de barbuchas, el del paseo por la Sapoara, que quiere conocerte.

Yo que soy incapaz de odiar a nadie personalmente, pues creo que es lo más absurdo que puede haber, trabé amistad desde ese momento con aquel buen señor, que no tenía otro defecto y pecado capital que pretender vivir de parásito chupando la sangre a Venezuela; y entendí también lo zorro y farandulero del tipo que había penetrado perfectamente a donde alcanzaba la trascendencia de aquella al parecer inofensiva chanza, pero al fin y al postre señal sincera de los medios de defensa a que se ven impelidos los hombres en particular o las naciones en masa. Mi coronel Muriyo, concluyó Kalunga, si usted invita a los corsos de Carúpano a pasear por la playa de Guayacán, en una noche obscura de alta marejada, y les da una zambullida de padre y muy señor mío, con razón y justicia, por supuesto, no estuviera hoy tal vez de comisario de La Piedra, sería un futuro candidato a presidente de Estado o vería en lontananza los salones de una Aduana.

Con esto le volvió el alma al cuerpo del zarandeado funcionario parroquial, y si no se puso tan alegre como un bendito, fué porque no lo era o no lo podía ser nunca, dadas sus condiciones de servil y de mostrenco.

—Tal vez no estuviera aquí, respondió, pilando el maíz por el *nepe;* tal vez me vería en otra situación y en mejor puésto; y mi mujer y mis hijas no me sacaran a cada rato de mis trece con echar de menos las comodidades de Caracas y aturdirme con las delicias y holguras de este asoleadero de burros.

El *joropo* había seguido animado por la presencia de tanto forastero, pues el mismo Antoñote había sacudido las piernas y bebido sus *palos* de ron claro. Es una causa también

de regocijo en las parrandas de pueblo la asistencia o arribo de personajes *embitolados* y mucho más si toman participación y no son renuentes para alegrarse por dentro y por fuera, y es así que estaba en su mayor efervescencia el jolgorio cuando Ortega salió para reunirse al grupo, diciendo:

—Afortunadamente me pidieron la pareja! ¡Virgen del Valle! porque estoy hecho una sopa y me aliviaron de esa mujer con quien *joropeaba,* que me iba dejando sin uñas, porque brinca más que una potranca de primera trocha. ¡Qué calor! Esto, si no es La Guaira, se parece a Maracaibo, en donde no hay otra brisa que la de Los Haticos, o a Ciudad Bolívar, en donde parece que úno vive sentado sobre un anafe. Aquí creo que se pueden asar los plátanos poniéndolos al sol sobre los tejados.

El patrón se enjugaba el sudor de la cara y del cuello con un pañuelo que, si no era un estropajo, por lo menos sería una esponja al exprimirlo.

La decaída conversación tornó a animarse con la entrada de un personaje nuevo en la escena, o un tercio más en el palique.

Néstor se adelantó con su larga práctica de la vida por las tierras cálidas.

—En Tucupita hay épocas en que las velas no resisten y a mediodía se doblan en los candeleros como manducas o las encuentra úno agachadas a tal punto que parecen trasnochadas y borrachas. En un tiempo en que me ví muy apurado por los atrasos con que me pagaban las quincenas, cuando era maestro en Guanta, casi me mantuve con cambures asados sobre una plancha de zinc que tenía en el patio de la escuela.

Kalunga dejó que terminara para *mamarle el gallo.*

—Todos los que se fastidian o disgustan con nuestros calores sostienen que en tal pueblo es más fuerte que en cual, y que un maracaibero encontró a un guaireño feliz en el infierno, encobijado y tiritando de frío; pero esas son exageraciones de los que no le han visto la cara al tigre.

En Calabozo no hay necesidad de matar los marranos gordos en el mes de agosto; lo único que hacen los carniceros o los

dueños de piara para recoger la manteca, es ponerlos al sol y colocarles botellas debajo de la barriga.

—¡Pa su macho! murmuró el aludido; cuando está usted de guasa no hay pulla que no le suelte a úno y le pegue en blanco.

Ortega no podía quedarse callado: la garganta le hacía pucheros.

—Es lo cierto que a mí no me pica el sol, porque nací en una playa y mi madrina me enterró en la arena como un huevo de tortuga o de *parape*. Ni siquiera mudo de pellejo cuando me asoleo y cuando otros lo botan lo mismo que escamas. Pero nosotros tenemos pueblos donde hay horas de verano en que no es preciso echar las redes al agua, porque de puro calor los *carites* salen a la playa cocidos y corcoveando.

Kalunga aguantó disimulando estos tiros que le apuntaban a los ojos y le pegaban en las cejas.

—Nada de eso extraño, Ortega; a mí no me asombra lo que usted me acaba de decir; ya sabemos que un andaluz sostuvo a pie juntillas que en su pueblo no había motivo para llevar los huevos a la cocina, porque las gallinas los ponían fritos; pero otro le replicó en el acto que en el suyo les daban a comer pedacitos de hielo picado para que no salieran en tortillas.

El comisario fué el único que no pudo inmiscuirse en este debate de hipérboles que con más o menos fundamento rodaron sobre el pavés.

—Ustedes no bailan y por lo que veo el patrón debe de estar satisfecho. Vámonos a casa para presentarlos a mi familia. A los pobres desterrados de las ciudades les gusta ver a los paisanos venidos de fuera.

Se levantaron y siguieron por el arenal hacia la plazoleta de la comisaría, más o menos silenciosos, haciendo o contestando esas preguntas frívolas de los aburridos. Cuando llegaron a las puertas de la casa de Muriyo, acababa de dar la última vuelta un disco de fonógrafo *Víctor*, colocado en la mesa central de la sala. La mujer tendría a lo sumo unos cuarenta años y se mostraba lo que se llama en nuestro vocabulario, bien conservada, es a saber, pocas o ningunas canas sobre las

sienes, pocas o ningunas arrugas en la cara y ésta sin manchas, pero marchita y ajada; harto abultamiento de carne y de grasa en las caderas y muchísimo y reverendísimo tamaño en el abdomen. Las muchachas no eran gran cosa en hermosura y menos en atractivos, según el decir de las gentes andinas; tampoco se les hubiera negado un voto en uno de los tantos certámenes de belleza, donde lo que menos ha brillado es esta última cualidad. La mayor parecía bastante despierta, lucía su buena dentadura, bonitos ojos claros, espesos cabellos crespos, al parecer un tanto rebeldes al peine. Creo que Kalunga no hizo mucho empeño ni Ramírez, por lo visto, en conservar esos nombres de pila en algún rincón de la memoria. Les habló de su triste permanencia en aquel puebluco. Miraba con el rabo del ojo a su señor padre el comisario, quien hacía de la vista gorda. Mientras tanto la que le seguía en turno de edad oía la conversación entretenida en tocarse, arreglarse y tornar a tocar y sobar un encaje del corpiño. No pasaba de los diez y ocho y estaba más apulpada que su hermana mayor. Por lo larguirucha y de hombros encogidos no podría aspirar a ser una real moza, mas no podríamos regatearle un piropo con llamarla simpática, ya que tal calificativo no se le escatima a ninguna fea. La tercera o la cuba, (provincialismo tachirense), maraca (id. caraqueño) o bordona, (de la parte oriental de Venezuela), demostraba tener una docena y cuarto de años bien representados por el desarrollo y harmonía de las formas carnudas. Por supuesto, lucía más blanca que las otras dos, heredaba a la madre que venía sin muchas desviaciones o injertos del árbol genealógico español. Esta que era todo lo que se significa en dialecto berlinés un *backfish,* vocablo intraducible para los que entienden el alemán, pero no para aquellos a quienes les sobran malicias o marrullerías, miraba atenta a los circunstantes y no desperdiciaba una tilde de la conversación. Le habían interrumpido la tarea de repasar las piezas de su máquina de guardar palabras y de retener música, y buscaba una oportunidad de ofrecer a los recién presentados una selección del repertorio.

En una caída del diálogo en que Kalunga perdió el hilo y no encontró frivolidad que espetarle a la primera, Muriyo que

suspiraba de rato con largas inspiraciones al recordar a la Caracas de Heriberto García de Quevedo, es decir, de la lírica de aquella época del siglo XIX, se le escurrieron de los labios unos versos a la muchacha, casi o tal vez sin sentirlos, con una voz quedísima que más bién parecía un susurro:

En la falda de un monte que engalana
Feraz verdura de perpetuo abril,
. . . .

Al percibirlos Kalunga, como demostración de que no poseía memoria de mal pagador o de ingrato, la animó a que concluyera la estrofa, y después de las habituales excusas tuvo que acceder y complacerlo, y ya resuelta, la recitó en esta forma:

En la falda de un monte que engalana
Feraz verdura de perpetuo abril,
Tendida está, cual virgen musulmana,
Caracas la gentil.

—¡Magnífico! aplaudió Néstor, magnífico! Esos versos son muy populares, en todas partes los oigo; esos no son de los que andan en el estuche de un libro que nadie lo abre porque no tiene las llaves.

—Tienes razón; mas para los que no son del patio, nunca se los he oído rememorar a ningún hijo del Guaire; parece que ellos están aburridos con su monte, que si no es todo lo hermoso que debiera ser, no es por su culpa sino por la mano brutal del leñador o del carbonero o del hacendado que apenas le dejaron por lomas y hondonadas unas crenchas de su cabellera de árboles.

La muchacha se sonrió entusiasmada por haber dado en el hito, aquellos mozos que denotaban ser de la mejor sociedad por la que tánto había suspirado ella, pobre campesina de las riberas del Torbes, cuando se imaginaba que el sueño de una señorita de la crema de provincia era salir de su parroquia y casarse en Caracas para vivir eternamente al pié del Avila, escuchar las retretas domingueras de la Plaza Bolívar, no perder una función de cinematógrafo y pasearse por El

Paraíso las tardes de fiesta en landó o lancuatro, como dijo la mujer de un Presidente de la República.

—Esos versos, volvió a comentar Ramírez, como cualesquiera otras cosas tienen siempre su oportunidad; para usted, que vive lejos de la montaña caraqueña, son una resurrección de tiempos idos, de bellas añoranzas. Continúe, señorita.

No se hizo de rogar:

Y la corona de flotantes brumas
Que se cierne en la cima secular,
Parece un velo de nevadas plumas
Que Dios la quiso dar.

Prosiguió en medio del silencio de la sala, con esa voz atiplada de la timidez o de la emoción, pero segura y clara, hasta que pasó por aquella estrofa, que quizás es la mejor de aquellos versos viejos y nostálgicos:

Casi extranjero en el solar nativo,
Peregrino y oscuro trovador,
Arde en mi corazón, empero, vivo
El puro, patrio amor!

A los dos papás no les cabía el alma en el cuerpo, al ver que unas personas tan decentes y amables, tan encopetadas, según su vocabulario, escuchaban atentamente los cuartetos recitados por su hija. El que oía como quien oye llover, era nuestro amo y señor el patrón de la *falca;* sus orejas, se sospecha, no estaban aún adecuadas o acostumbradas a los ritmos líricos. De casualidad no se produjo en un bostezo desemejable, pero acaso tuvo que atajarlo, disimulándolo con pasarse la mano por la boca.

Kalunga se interpuso con un escolio.

—Qué lástima! No saber nada o casi nada de la vida de este poeta que vivió en España batallando con la pluma y murió el 70, fusil en mano, tras una barricada de París. Así hay muchas vidas entre nosotros, nadie las estudia, ni siquiera se las recuerda, pero fueron hombres de esfuerzo y de acción, de plena y robusta acción con la palabra y con la idea, o con

la espada, las únicas vidas que merecen un aplauso o un ramo de laurel.

Nadie le contestó, lo que no es de extrañar; aquello venía de muy alto y no era hojaldre para cualquier paladar. Ramírez atisbaba a la segunda de las Muriyo que de rato en rato levantaba la cabeza, miraba en derredor y volvía a disimular su turbación y encogimiento tocándose la punta de los encajes.

Los dos viejos se cruzaban ojeadas significativas de complacencia al recapacitar que sus hijas continuaban dando el golpe ante aquellos señores de lo más granado que había puesto los tacones por ahí.

Aprovechando el intervalo la menor, que no pensaba quedarse atrás ni perder la ocasión de exhibir alguna gracia o habilidad, se dirigió a los visitantes, envolviendo con los ojos al patrón, quien la asustaba con lo tosco del corpacho.

—A ustedes les gustará mucho la música. ¿Desean oir algunas piezas? Hay discos que no son tan malos.

Asintieron. Inmediatamente fué hacia la mesa central para colocar la primera, no sin volverles a preguntar:

—Hay algunos aires venezolanos: ¿quieren que ponga de esos?

—Dicen que en materia de gustos nadie ha legislado o que sobre ellos poco se ha escrito y por eso se venden zarazas. Señorita, empiece por lo criollo a ver qué de nuevo les ha llegado a ustedes.

La chica dió vueltas al manubrio, crugió el resorte y luego comenzó a sonar el *Adiós a Ocumare.* Permanecían en silencio los circunstantes con la vista fija, ora en la muchacha, ya en el aparato; las notas del popular straus se iban deslizando y diluyendo tristonas hasta llegar a la única frase musical donde es hondamente sentida aquella composición, la única también del repertorio de un pobre artista de parroquia, de quien nadie siquiera recuerda el nombre. Se sabe que era de ese pueblo, que la única vez que salió de él tuvo un acceso de morriña y se devolvió del camino con su valse en el morral de las nostalgias; es uno de los tantos olvidados, y por esa muestra que sin querer nos dejó, tal vez no merece la indife-

rencia de sus conterráneos, pues fué casi ayer cuando se despidió para el otro barrio.

Concluyó el disco. Ortega, que se había recostado a la pared y que, si no estaba pasado de punto, no era por falta de diligencia, emprendió con empeño la tarea de darse viento con su sombrerote de palma, como si con eso sólo refrescara la caldera de sus entrañas, encendidas por las llamas del ron; y si oía no escuchaba. Por fortuna no se le ocurrió ningún comentario, porque de fijo hubiera metido la pata hasta más arriba del tobillo.

La maquinista, para darle algún nombre que la singularice o la distinga, quitó la pieza y de nuevo trató de colocar otra por su cuenta y riesgo. Ya la tenía en las manos cuando el comisario se hizo notar con su espantable vozarrón:

—Mire, hijita, póngale aquel... aquel... en fin, que ni me acuerdo del nombre, yo no sé lo que será, porque tengo tanto de músico como de obispo; aquel que llaman *Popo le meo*....

Las muchachas se miraron unas a otras, revelando en sus ojos que habían prendido por el aire la barbaridad de su ilustre progenitor, haciendo de tripas corazón para no desgañitarse de risa. La señora, con más dominio de sí misma, disimuló con una tosecita seca.

Ramírez tuvo que morderse la lengua y procuró, por su maña de pedagogo, enmendar a la carrera la plana de aquel rabudo funcionario.

—Verdaderamente el *Popule Meus* nos viene ahora como lata de sardinas y con factura consular. Quién hubiera creído eso hace un siglo!

La obediente rapaza ya por lo pronto lo había colocado para salir del trance y hecho mover el disco a toda prisa. Kalunga, al oir las primeras graves y harmoniosas notas y distinguir la voz del tenor que lo cantaba, no pudo disimular un gesto displicente.

—De casualidad no está afónico Pepino, nuestro asendereado Pepino, el de la eterna flor grandota en el ojal, ya que no canta sino por una rareza. A este *jurungo* criollizado, por lo visto no le queda sino lo del refrán aplicado a músicos viejos: solamente el compás.

La música de aquella composición majestuosa y solemne infundió su gravedad en el ánimo de los oyentes, que no volvieron a pestañear ni a mover los labios; se quedaron del modo que los pinta nuestro símil de marras, con la boca abierta y como en misa.

La más alelada por el desarrollo de su sensibilidad, sin duda alguna fué la recitadora de los versos del lírico coriano: el diapasón de su espíritu tenía que vibrar en más alto grado de emoción. De las otras nada puede barruntar el cronista, y del comisario se debe sostener, sin temor de equivocarse, que escucharía aquello como quien oye caer un aguacero. Ortega, que a duras penas estuvo en calma y en silencio por el trajín de abanicarse, embebido quién sabe en qué recuerdos de francachelas o parrandas de tiempos lejanos, salió casi para concluir la sagrada música, con una de las suyas, pero no tan gruesa como de costumbre:

—Yo creo que he oído ese trompeteo en Semana Santa en el Valle del Espíritu Santo, pero no cantado; así con esos berridos parece más bonito.

—Sí, habló Kalunga, las berreadoras trompetas de esa música, según es fama, se hacen oír el Viernes Santo en la Capilla Sixtina, y el compositor era un venezolano, de Caracas por más señas, y de quien muy poco es lo que sabemos actualmente, por lo menos yo, que no soy del oficio ni estoy obligado a mayores informaciones.

Ramírez no quiso exponerse y se reservó para mejor ocasión. En este momento la dueña de la casa había pedido permiso para separarse y se dirigió al corredor, desde donde llamó a Muriyo. Hubo en seguida ruido de vasos y de tapones de botella. Mientras tanto Ramírez se enfrentó a la organista (para cambiarle el nombre), inquiriéndole si no tenía algunas piezas criollas.

—Hay un tango que nos gusta mucho; por aquí nadie sabe bailarlo; para nosotros es nuevo: se llama *El Choclo;* usted debe conocerlo, ¿no es verdad?

—Ah! Sí, está muy en boga. Lo cantan y lo bailan en casi todos los pueblos de Venezuela; mas voy a rectificarle, señorita: esa pieza es criolla, pero de la Argentina; el tango derivado del español es la música popular de aquel país. Ha te-

nido la fortuna de caer en gracia a las gentes y gustos de las más diversas razas y se ha difundido por todo el mundo. Hoy lo conocen y lo sandunguean los naturales del Congo y creo que hasta nuestros indios guajiros. En Europa, antes de la guerra, hubo una peste de tango, de tal suerte que tuvieron que reprimirlo por disposiciones policiales: medio universo estaba ido de cascos, o sin cascos, en los días que precedieron a los que hemos dado por antonomasia el nombre de conflicto, y entre nosotros se ha expandido con la ligereza de una mala noticia y al modo de una epidemia de cólera.

Kalunga, que acechaba la ocasión, le puso unas apostillas al comentario del maestro:

—Dijeron los periódicos que Guillermo II se vió en la necesidad de hacerlo prohibir en el ejército y el Papa impulsado a dirigir un Breve al orbe cristiano para que bailasen la Furlana, en vez del tango. ¿Qué opinaría un individuo que llegara por primera vez a una población y encontrase a todos sus habitantes danza que te danza en las calles, en las plazas, en los jardines y edificios públicos, en las cantinas, restaurantes y viviendas privadas? ¿Qué barruntaría un dueño de casa que al entrar en la suya en busca del frito, como dicen en casi toda Venezuela, le saliera la cocinera bailando el tango con una fuente de sancocho?

Las muchachas se sonrieron. Los demás circunstantes oían y callaban. Kalunga continuó con la verbosidad de su temperamento de vuelos tempestuosos o satíricos.

—Que la fregona estaba loca, ¿no es verdad? o que se había fugado del manicomio. Pues el mundo, aunque me sostengan lo contrario todos los papanatas discurridores de tres al cuarto, llámense *Le Matin,* bazofia de periódicos o *New York Herald,* morralla de especuladores, el mundo estaba loco de remate; no había por qué degollarse sin misericordia para celebrar los funerales de un archiduque, que lo mismo que de un tiro pudo morir de cualquiera otra enfermedad. Matarse horriblemente, matarse con todas las armas, con todos los fusiles, con todas las balas, con todos los explosivos, porque un estudiantillo tísico mandado desde Belgrado le acertó un disparo a la cabeza de un Habsburgo y al tórax de su esposa morganática, eso es el colmo de la vesania, eso es lo que úno no

creyera si se lo repitiesen mil infolios apolillados, por el hecho de ser viejos, y ahora hay que convenir borreguilmente en que marchamos a tientas por un mundo que generalmente está a oscuras. Aquí cuadra muy bien aquello de Hamlet: "Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía". Y a lo que yo me atrevo a agregarle: hay muchas cosas que nos rodean a las cuales no alcanzan las investigaciones del sabio ni el análisis de los superhombres.

—Me ha dejado usted, como siempre, con un taladro en el cerebro y la mecha encendida, balbuceó Ramírez. He visto tánto papel sobre esta guerra; momentos hubo en que sentí el mareo, cuando no quería abrir los paquetes de periódicos, por no encontrarme con: *Frente Oriental, frente Occidental, el ejército ruso, el ejército inglés, el ejército francés, campamento Italiano, en Macedonia.....* Aquello era inacabable, aquello era espantoso. Descansé unos días, dí largas al tiempo, pero luego como no concebía otra cosa que hacer, me tiraba de cacho a rabo todo aquel maremagnum de noticias, como una obligación ineludible, como una tarea inesquivable, porque al fin y a la postre era preciso leerlo. Pero una vez me asaltó la idea imprevista de que no se explicaba por razones de origen puramente egoísta aquella matanza junto con aquella carnicería. Había un delirio de beber sangre, un derroche por desgarrarse, la pasión que conduce al orgasmo de extinguirse, y recordé un pensamiento atribuido a un padre jesuíta: "Estamos rodeados de tántos misterios, que por lo regular damos nombres absurdos a lo que no podemos explicarnos por los métodos y medios usuales".

Aquella familia a la vez que Ortega hubieran quedado más turulatos todavía al prolongarse la andanada de palabras del pedagogo, si el patrón de barco no la interrumpe con una vaciedad:

—Todo eso está muy bueno; se conoce que el amigo no se cansa de beber letras de molde; pero el calor es mucho, estoy como en una parrilla...... ¿Por qué no salimos al umbral para no asarnos esta noche?

El comisario se aboyó desde el fondo de su brusquedad:

—Si ustedes gustan, a mí me da lo mismo. Por mí no se detengan, ni por mi gente tampoco. Por lo regular no nos acostamos temprano y permanecemos mucho tiempo de puertas afuera gozando del aire fresco.

Sacadas las sillas por los hombres, fueron los circunstantes a quedar parte en el arenal en frente de la casa, y parte cerca a la pared: hacia esta última se sentaron la señora y sus pimpollos. Los caballeros se pusieron delante de ellas, ya como en un ambiente de mayor familiaridad; y deseosas de oir aquella charla vivaz, alegre, insinuante, lo demostraban en la risueña expresión de los semblantes. En los pueblos de tierra caliente, de poco o ningún tráfico nocturno, es una costumbre de lo más extendida salir a sentarse bajo el alar de las casas, recibir allí mismo las visitas, trasmitirse noticias y estarse de palique hasta horas muy avanzadas. Este hábito bueno o malo, según las circunstancias, llega a convertirse en molesto, porque a los transeúntes que van por las aceras les es forzoso bajarse a cada puerta donde encuentran damas, y cuando son hombres los sentados, por un resto de cortesía moruna, es preciso separarse de los quicios con las silletas en la mano cuando pasan femeninas caminadoras.

Había que aguzar las entendederas para comenzar una nueva conversación que, en resumen, a la dueña de la casa no se le ocurrió, lo que por lo regular acontece en la plática familiar de la mayoría de la clase media venezolana: echar al viento la narración de sus muchas enfermedades o padecimientos desde muy tierna edad, detallar uno por uno los trastornos y riesgos de cada parto junto con la dentición de cada párvulo. Huyendo de este peligro, que lo consideraba inminente, Kalunga se dirigió a las mujeres para hacerles abrir la boca, la cual parecían no querer usar de *motu proprio.*

—Aquí en este pueblucho que es tan viejo, que cuenta los abriles por centenas (supónganse que figura en los mapas de ahora ciento cincuenta años), aquí en este peñasco pédregoso de donde deriva su nombre, debe existir alguna cosa merecedora de verse, como una laja o roca con letras, signos o figuras: un cementerio de indios, donde cavando se encuentren mezclados con los huesos, cacharros, ollas de barro, utensilios de cuerno; en conclusión: tiene que haber algún paraje que atrai-

ga la atención por cierta circunstancia especial o rara, o habrá alguna leyenda que ande de boca en boca. ¿No recuerdan ustedes haber oído hablar de algo de esto?

La mayor, adelantándose, no por ser la más avispada ni de lengua más ágil, sino por el apuro en que consideraba puestas a las otras, se desenvolvió enfrentándose a la mamá:

—¿No te acuerdas de aquella viejecita acartonada que nos echaba cuentos de los misioneros y de la guerra de Bolívar? ¿Qué se ha hecho? Hace tiempo que no la he vuelto a ver.

—Verdaderamente, señor Kalunga, es razonable lo que dice Engracia. Desde que llegamos al pueblo trabamos amistad con ña Carmen Olaya, una de las habitantes raigales del lugar, y nos ha impuesto de muchas cosas que supo por sus padres, o vió ella misma, o de las que tuvo noticias. Le cuenta a úno los sucesos o los pinta de una manera tan natural, con tántas señas, con tántas menudencias, que las cosas parece que las está úno viendo.

—Señora, esas personas viejas que tienen buena memoria, son un museo de cachivaches olvidados por la generalidad, y cuando la gente se imagina que son paparruchas, demuestran poca sindéresis, y desprecian páginas de historia vividas, pero no escritas. No se demore en darnos a conocer esas historietas con que las ha encantado la viejecita: empiece por alguna; para el comer y el rascar el todo es comenzar; y ahora me voy a volver puros oídos.

Ortega continuaba en su abanicamiento, insistía en refrescarse con aire y por fuera, daba a veces resoplidos de búfalo; pero todos en atenta espera se dispusieron a escuchar la narración.

—Había por aquí un guerrillero español, comenzó la Muriyo, hábil para su oficio, con fama de que dormía con un solo ojo y el otro lo dejada explayado, y no permitía asomar las narices a ningún patriota, y además era valeroso, resuelto, juzgaba que la causa del Rey, por lo santa, no se perdería nunca. Por otra parte su buena conducta para con los criollos y el respeto por lo ajeno lo rodeaban de ciertas consideraciones y miramientos de los habitantes de los alrededores. Se informaba de lo más mínimo, recibía cartas o postas de sus

amigos y estaba siempre con orejas de venado, alerta, y en disposición de marcha. Un día se puso en camino hacia la boca del río Caura y cuando el vecindario lo creía muy lejos, entró al pueblo con sus veinte y cinco o treinta hombres, volvió a salir, tornó a regresar y se acuarteló en el sitio de costumbre y en la noche, con la mayor precaución y sigilo, desapareció, sin que nadie le sospechara siquiera el rumbo. Al día siguiente en la tardecita se presentó de repente, venía a paso largo a la cabeza de sus hombres, y minutos después se regó por el pueblo la noticia de lo que habían presenciado los realistas desde la entrada a la boca de El Torno, estando escondidos y en acecho? A la banda opuesta a las barrancas del Guárico había atracado un bongo, y a la curiara que traía a remolque saltaron tres individuos, uno de los cuales ocupó el centro, mientras que los otros *canaletearon* con gran empeño y rapidez desusada para lanzarse en aquella cáscara hacia la mitad del raudal de El Infierno y el guerrillero español no había podido guardar el secreto que lo condujo al sitio y en medio de su asombro exclamó entonces:

—¡Qué palo de hombre! El General Bolívar se tiró al raudal en curiara.... Luchar contra ese hombre es oponerse a Dios!

Los oyentes, estupefactos, escucharon estas últimas palabras, sin ocurrírseles por el momento romper el silencio para hacer algún comentario.

La señora concluyó:

—El Libertador encontró en Moitaco una comisión que lo enteró de la celada que le habían armado los contrarios cuyos planes descubrieron los patriotas por la aprehensión de un posta, después de quedar lela de asombro al verlo atracar en la playa y salir de aquel diminuto y bamboleante esquife, sin ninguna escolta a la espalda y por aquellos parajes solitarios, poblados de enemigos y comprometiendo la vida a cada paso.

—Esa parada sí es cabezona, refunfuñó por fin Ortega; yo he visto a muchos locos contrabandistas lanzarse a plena mar en un cayuco perseguidos por los resguardos de aduana; y en una tabla se salva también un náufrago; pero en sano juicio, sin tener un tigre por la espalda, tirarse úno este cacho de agua

sin ton ni són, creo que es el paradón más grande en que puede arriesgar el pellejo un hombre.

—A mí, añadió Muriyo, casi no me picó el interés cuando me echaron ese cuento, y se me había traspapelado; ahora que paso por el lado de acá, de El Torno, y repaso con frecuencia esa chorrera que brama hasta ponerle a úno los pelos erizados, es que comprendo el peligro de atravesarla.

Kalunga, como decimos en venezolano, lo trajo al botón, comentando:

—Por lo regular no les damos importancia a ciertas hazañas, cuando las oímos narrar fuera del tiempo en que se ejecutaron, sin hacer aspavientos inútiles o extemporáneos; y también porque jamás intentamos acometer algo que se salga del nivel común, no sentimos ninguna admiración por los hechos magníficos. Estamos cortados con las tijeras de la frivolidad y no nos llevan la atención los grandes acontecimientos, porque somos muy chicos para apreciarlos. De este talón cojeamos la generalidad de los hombres, aquí y en cualquiera parte. A mí no me extraña, coronel, que los mentecatos de nuestros guerrilleros contemporáneos se jacten de decir que la guerra de la Independencia no vale un comino, porque entonces se peleaba con chopos de piedra, y ellos ahora han combatido con máuser de repetición.

Muriyo, como dicen, dió un tiro y al monte, y al sentir el espolazo se quedó con la lengua atascada, y Kalunga se dirigió a Ramírez:

—Señor bachiller, a usted que no se le esconde ningún enredo de historia, se le había escapado esta liebre de la guerra de Emancipación; ¿cuándo fué ese viaje del Libertador a la Antigua Angostura, zarandeándose por este río abajo? Yo como que no me siento hoy con el pulso firme para poner los puntos sobre las íes a este nuevo rasgo del genio bélico de los no conocidos del rebelde caraqueño, para hablar con nuestro paisano José Domingo Díaz, el renegado y energúmeno detractor implacable.

—Sería después de la campaña de Apure; sería... Yo también como que me noto sin pulso en la memoria. Del alto Apure bajó el Libertador cuando comenzaba la invasión de la Nueva Granada. Encaminó el ejército hacia el sur de Casa-

nare, y se vino a la chita callando por veredas y caños, por pantanos y ciénegas, a concluir multitud de asuntos pendientes, a dejar órdenes o normas para mientras estuviera ausente. Lo que yo no me imaginaba era que pudiese aventurarse sin séquito alguno en medio de comarcas infestadas aún por las armas antirrepublicanas, que es lo más atrayente y emocionador de esta nueva actitud en la vida del Héroe.

—Claro que sí, que yo no soy oriundo ni vecino de la ciudad de panfilia, y de otra manera tampoco valdría la molestia contar un cuento tan desabrido. La gracia, seor dómine, consiste en que se tire solo y de bruces por el vórtice; si lo hace a la cabeza de una división de infantería o de un escuadrón de jinetes llaneros, no le alquilo por un *chipe* el chiste al gesto épico de ese rasgo de Don Simón Macabeo de la Santísima Trinidad, para no cercenarle la retahila de sus otros nombres de pila.

Ortega bostezó, abriendo un palmo de quijadas. Aquello tenía barruntos de convertirse en un taller de latonero, lata, latón, laticas y latines por todas partes. La familia no chistaba, y Muriyo hacía fuerzas de velas con mal viento para no imitar al patrón, que refunfuñó:

—La conversación está muy requetebuena! Caramba! Pero yo no pienso trasnochar a nadie ni pasar la noche en claro; que cada mochuelo se encarame a su árbol. ¿A qué hora quieren ustedes que los llame?

—A la que usted crea mejor o que más le convenga o en que no haya mucha bruma para no ir a trompicones. Esas son cosas suyas. Por mi parte sería capaz de continuar la marcha si no fuese porque deben reposar y dormir los bogas.

—Pues entonces, cuando salga el *terecayero.*

—Cuando salga no, porque ahí está, véalo: qué hermoso y grande es; vestido de puro azul luminoso, parece un cocuyo gigantesco. Cuando decline hacia el horizonte iremos llegando a la *falca.*

Los allí reunidos habían levantado la cabeza fijándose en el lugar del cielo que indicaba Kalunga y éste remató el período:

—Los campesinos paisanos del Cacique Maturín llaman *terecayero* al planeta Júpiter, porque a la hora cuando es más

visible en la madrugada salen a cazar el *terecay,* orillas del río Tigre.

Se pusieron de pies y se despidieron de la familia Muriyo. Ortega con ese su caminar de marino, meciéndose de derecha a izquierda, movió los talones hacia la barranca; los dos huéspedes fueron conducidos por el amable anfitrión a la puerta vecina.

Mansa y serena la quietud de la noche. Gravedad del silencio en la tierra y en el cielo. A lo lejos, tan sólo en dirección donde yacía anclada la barca, hubo por un momento ladridos de perros.

CAPITULO X

— Ah, campana, compañero,
Ah! campana, campaná;
Quién quitara a la paloma
Sus alas para volar!

Ah! campana, compañero,
Ah! campana, campaná. . . . .

— Continúe, hombre, continúe. Yo no sabía que usted la daba por ahí, en vez de ponerse a tirar piedras. Suélteme el resto de esa canturria popular, que siempre es nueva, aunque ya hace algunos diciembres que le echaron sus puñados de tierra al buen Kalisto. (*)

—Mire, compañero, si no fuera por lo irritado que estoy, me pondría a cantar a todo pulmón. Quién pudiera tomarse una totuma de agua de papelón con limón: tengo el gaznate seco y quemado.

—Sí, es mucha la quemazón, por el parrandón que cogió anoche el patrón. Usted tararea versos; yo de hacerlos no pierdo la ocasión: quién pudiera endulzarle este Orinoco, aunque fuera con miel de abejas, para apagarle las entrañas retostadas por el ron.

—Para zambullirme, y no volver a salir sino cada vez que hubiera un joropo, zumo de caña y un par de zambas bailadoras.

(*) Calixto Pompa, poeta popular que firmaba con ese pseudónimo.

Dialogaban Kalunga y Ortega sentados, con las piernas colgando, en la proa de la *falca* que se deslizaba, gracias al *guáramo* de los marineros, a fuerza de mucha fuerza por la margen derecha. El primero le agregó:

—Dígame, mi querido Ortega, usted como buen margariteño debe tener dos debilidades: beber cada vez que encuentra oportunidad, a la gorra; y contrabandear para hacer ejercicio o por no perder la costumbre. Confiéseme, pero no se amostace; un hombre como usted, no se intimida por tan poca cosa: ¿desde qué edad comenzó a empinar el codo, y cuándo metió el primer contrabando para empezar el oficio?

—No me chupe el pollo; zapatée para allá, que me ensucia el arpa. Oiga, mi amito, usted se me quiere volver un padre cura confesor y yo le voy a soltar *guaral.* Creo que me ajumé el día en que me bautizaron para que nadie quedara en casa mirando para San Felipe. La culpa la tuvo mi madrina que no se mamaba el dedo cuando le mostraban una caneca de carupanero, aunque estuviera un chubasco de por medio. La culpa es de todos, y de ninguno quizás, pues nadie me quita de la mollera que el licor se ha hecho para colarlo entre los dientes y remojar las agallas, del mismo modo que no se debe usar el agua sino para hacer la comida o para remedio, porque para lavarse es preferible el aguardiente. Ella es lo único que está de sobra en el mundo, ella es un estorbo; y no me pique la lengua que le muerdo hasta la muñeca. Una vez que corrimos un mal tiempo y se nos derramó la que había en el depósito, los marineros comenzaron a gritar de alegría cuando se impusieron de que llevábamos sin tocar en la bodega una barrica de Santa Teresa.

—Eso me lo sabía yo, predilecto tataranieto de Baco; pertenece usted a la sacra familia de los beodos clásicos, pimpollo del mismo tronco de los *cañitas* criollos. ¿Por qué no fué agricultor de caña en vez de marino y alambiquero, en lugar de patrón de barco? Usted como un amigo mío, apasionado en el arte de embodegar en el estómago bebidas fermentadas y espirituosas, no ha venido a este valle de lágrimas para imitar a Jeremías en el gimoteo, sino a nuestro padre Noé, en destripar uvas o en vaciar botellas. Que San Caralampio lo inspire y lo ilumine y lo guíe por ese buen camino. Nuestra Señora

de las Monas le allane los tropiezos y no le arranque las uñas cuando tambalée. Para usted no ha habido amarguras sino dulzuras en la copa de la vida; es una penca de *hipopo* convertida en hombre por la bendición del que fabricó el Arca.

—No tan recio que no soy sordo, y hábleme claro. Desplíquese un poco más, porque me ha dejado con un palmo de narices. ¿Qué es eso de nuestro Padre Noé con las uvas y la bendición, y lo de la penca de *hipopo?*

—De manera que usted no sabe lo que es *hipopo?* Entonces no conoce lo que es un palo enflorado ni un tronco con ramazón: es la mata de la que sacan en Barquisimeto el *cocuy,* aquel aguardiente que tiene fama de prolongar la vida y de que las mujeres no pierden el tiempo en ensayos de ser prolíficas.

—El *cocuy* sí que lo conozco, es un viejo vale mío. En materia de tragos yo he trasegado con el sifón de mi garganta los más bravos que se expenden desde la laguna de Maracaibo a Punta Barima. ¡Qué mona tan pícara la que coleamos con ese bendito *cocuy* en el Puerto de Tucacas! Lo malo es que los pulperos a quienes no se les agua el ojo con venderle a úno empanadas de gato, lo mezclan con un lavagallos mata gente, para no perder en el negocio. Vamos, pero eso de nuestro padre Noé, que reza por los dos tal vez, desplíquemelo porque soy más cerrado que el casco de una mula.

—Pues yo se lo abriré en un dos por tres, aunque no soy veterinario y aunque ese oficio de hacer esas desplicaciones se lo dejo a Ramírez, a quien no le quiero amenazar con rivalidades ni competencias.

—Cuidado conmigo, refunfuñó Néstor, asomando las narices por la boca delantera de la carroza y cerrando un librito que se metió en el bolsillo de la blusa; empezó a salir agachado, apoyándose ya en la una, ya en la otra mano, ni más ni menos que haciendo ejercicios de gateo.

—Arrímese, compañero, que no le cobramos nada por la entrada a palco. Arrímese. Don Manuel y yo lo necesitamos para que nos eche el *cacho.*

—Oiga, patrón, le repuso Ramírez, irguiéndose y limpiándose las manos, no se imagine usted, que porque estaba de

trasquilador de orejanos en Moitaco, traje las tijeras para emparejarle la valona a todos los potrancos cerriles que me sorprendan en el camino, aunque anden embarcados.

—Lleve para su avío y métalo en su *capotera,* Ortega; el hombre está dispuesto a pullarlo con el arpón.

—Con tal que a usted no le falte un rayonazo también, no importa que a mí me rasguñe. Por suerte el cuero de mi espinazo está más curtido que una suela valenciana.

—Empiezo por partes, Ortega. Cuando usted visitaba la escuela de Juan Griego, mi colega de allá, de esa época no le explicaba a los chicos la historia del gran chubasco, es a saber, del diluvio universal. Por lo regular la gente de mi profesión se empeña en enseñar a los discípulos vejeces sin más importancia que el estar arrinconadas, y en que nadie les sacude el polvo del olvido y echan a mala parte el que aprendan las nociones indispensables de ciencias y artes modernas. Me despepito, pues: en los tiempos de Mari Castaña un buen señor por mandato divino tuvo que construir una piragua caladora más grande que la isla junto con todos los islotes y morros en que se esconden ustedes cuando están pellizcando la barriga al pollino del fisco nacional. Yo creo que sí, porque primero deja el sol de salir, que un maestro de entonces, como de ahora, de atiborrar a sus alumnos con paparruchas de ese jaez. No extrañe que el individuo se viese en la necesidad de meter en su barco un par de animales de cada especie, lo que era una fruslería, ya que para cazar los bichos silvestres debió de armar innumerables trampas; mas a lo que no le encuentro vuelta (porque la historia, como toda vieja, es muy zángana y marrullera y se calla a lo mejor del cuento,) es de qué manera pudo recoger y almacenar un alimento especial para cada animal; eso sí no me entra por más que me lo jure y rejure la mismísima dicharachera. ¿Usted no se ha pasado por eso, mi pedazo de navegante? Porque, verbigracia para las diversas clases de ganado llevaba pasto, para las aves de corral sacos de trigo o de maíz, para los animales de colmillo arrobas de carne; pero a usted no se le va por alto que no podía darle galletas a las ballenas, sopas de pan con leche a los tigres ni granitos de arroz con coco a los elefantes. Además, el chaparrón sin es-

campar duró cuarenta días con cuarenta noches y la barca convertida en jaula entre tumbos y brincos por aquellas olas embravecidas, corcovearía como un muleto cerrero en primera ensillada, como un tapón de corcho en una paila hirviendo. Ese hombre que no ahorró esfuerzos ni detalles para salir airoso en la empresa y que fué el prototipo de la previsión, ¿sabe usted lo primero que hizo cuando saltó a tierra? Pues sembrar unas matas de parra, por aquello de la mula. ¿Y no sabe tampoco lo primero que se le ocurrió cuando los racimos estuvieron desgranándose de maduros? Pues no dejarlos en la mata, y darse una hartada fenomenal que le produjo una *juma* del mismo calibre, y ese prójimo que fué el primero de la familia aguardientífera, es tu antiquísimo y lejanísimo tatarabuelo, del cual heredaste la inclinación y el hábito de empinar no el codo sino las botellas.

—Ya me partió en dos y me estropeó la crisma, gangueó Ortega.

—Y qué le parece, tampoco dice la entremetida y soplona matusalénica, cuántas bajas de alimañas hubo en la travesía, ni qué hizo el capitán para reponer los muertos, ni cómo se las arregló con los casares que quedaron descompletos, ni si se encontraba un margariteño de pasajero.

—¿Ni si cargaba un garrafoncito con que pasar el susto y matar en ayunas la lombriz? ¿Y quién le dijo a usted que no iba nadie de mi tierra, cuando ninguno de nosotros pierde el lance de un temporal para hacerle una jugarreta al cabo del resguardo, y qué mejor oportunidad que la de estar toda la tripulación botando las tripas por la boca para cogerse los botes del perol ese y tirarse con sus *corotos* en cualquier playa?

—Ajá! Néstor, la criada te salió respondona; se introdujo Kalunga; de tal palo tal astilla; debajo de una mala capa.... respira un buen bebedor. A él se le imagina que no ha nacido sino para descorchar litros y contrabandear, porque en su cacumen, a mucho estirar, no caben sino esas dos ideas, y si se le encajara una más, reñirían al brinco y se le saldrían desgaritadas en cualquier estornudo.

—No sean tan buenos, reanudó el marino; cada uno tiene los trebejos para lo que son. ¿Para qué nacimos con muelas?

Para mascar. ¿Para qué tienen ustedes la lengua tan larga? Para no dejar a nadie con hueso sano. ¿Y para qué me pusieron este hocico de a jeme, sino es para meterlo de punta y mojarlo en cualquier *camaza* que me tope?

—Rebosando y con el gollete bien ancho, por supuesto, le endilgó Ramírez, porque no lo va a introducir en un hormiguero, ni en garrafas secas ni en galones vacíos; usted tiene que zamparlo en algo que pique, que huela, que achispe, que tranque y que ajume, o cabras no dan leche.

Antoñote al oír la familiaridad con que estaba departiendo la gente principal, se atrevió a borbotar:

—Paisano, nosotros no bebemos en canasto cuando no lo encontramos, pues usté sabe que gané la apuesta de que bebía en un *mapire,* y bebí.

A Kalunga le cayó en gracia la salida original y le preguntó sonriendo al burdo marinero:

—Hombre, acláreme eso porque a mí ni a nadie que yo conozca se le ha ocurrido usar un cesto para vaso de beber.

Antoñote se carcajeó.

—Si eso es muy fácil; tan fácil que también a usté le apuesto a que bebo de ese modo. ¿Cuánto va y a que le gano?

—Si yo no te niego que bebas hasta en una tarraya; tú y tus compañeros son capaces de beber por telégrafo sin hilos; si las nubes fueran de ron se las chuparían desde la tierra. En los Llanos hay quien se lamenta de que al ordeñar las vacas las ubres no dan sino leche, porque sería mejor que destilaran aguardiente; lo que no me imagino por el momento es la maniobra que empleaste.

—Teneme la palanca, cuñao, le dijo al marinero cercano; estos son palos tirados; ahora lo verán.

Escogió entre los *mapires* vacíos uno de los más pequeños, lo sacudió contra la borda para limpiarlo de restos de hojas y de *buruzas* de cazabe y se le acercó a Ortega, mostrándoselo en la palma de la izquierda.

—Patrón, la prueba se hace de veras: ¿en dónde tiene el garrafoncito de reserva? Andese ligero que estoy más seco que un perro con mal de rabia.

En tanto que Ortega registraba los cachivaches de su equipaje y sacaba de su escondrijo la provisión de costumbre, An-

toñote lo esperaba en la proa, yendo de un lado a otro, haciendo maniobras con el cesto criollo, abierto de piernas y con aire zumbón y jayanesco:

—Si te pelas, le dijo, te voy a zumbar al agua.

—Con tal que me zumbe con el trago adentro, aunque me tenga que bañar sin ganas. Destape, destape ya, y écheme un chorro como para lavar una arria de burros caroreños.

Ortega levantó el brazo y un lampo de ron cayendo brilló por el aire, mientras que el genial apostador con un movimiento súbito acomodaba su sombrero de caña con la diestra, por el fondo del canasto, y recibía y aparaba el líquido de un solo golpe. Con un esfuerzo igual, logró suspenderlo y empinárselo, abriendo la bocaza de una oreja a la otra. Apenas unas gotas descendieron a la cubierta de la embarcación.

—Adiós *corotos,* gritó Ramírez; patrón, si usted no es de apellido Tirado, puede añadírselo de una vez, y lleve para cuerdas.

Y Kalunga que había previsto la superchería y la treta, se dejó sentir:

—Por eso les levantan a los margariteños el falso testimonio de que no han podido aprender a contrabandear, y por lo que veo son capaces de matar un burro a nalgadas y besar a una tintorera.

—Paren el trote y no canten gloria, resopló el chasqueado; esta me la saco de aquí a la boca del Suapure o me pongo vejigas para nadar. Paisano Antoñote, a manos vueltas, que donde las dan las toman y somos del mismo pulguero y nos rascamos con unas mismas uñas.

Eran como las nueve de la mañana y se anunciaba por lo claro del sol una jornada deliciosa, por lo menos hasta el mediodía. La orilla izquierda por la cual ascendían se presentaba muy escueta de árboles, con lomas cubiertas de achicharrados pajonales y en la propia margen peñascos deleznables y áridos, de esos que amenazan caérsele a úno encima cuando pasa por debajo. Después de aquella alegre guasa había caído una nube de silencio sobre los viajeros, apenas interrumpida por el monótono tam tam de las palancas al chocar con los costados de la falca. Kalunga iba y venía por la cubierta en

aquel estrecho circuito, con la inquietud de un pájaro montaraz enjaulado, con las manos metidas en los bolsillos, clavando la mirada ora aquí, ora allá, sin descubrir nada que lo distrajera en un horizonte fluvial reverberante y plomizo. En una de sus vueltas casi tropezó con el bachiller que se había acurrucado hojeando risueño, al parecer entretenido, el folleto que trajo en la mano al salir de la carroza y le entabló conversación, puesto por delante.

—¿Qué tánto te llevan la atención esas cuatro fojas impresas en mal papel y en peores tipos? No te arriendo las ganancias; la única cosa, a no ser que se invente una nueva, que indemnice del fastidio de leer un mamarracho de esa o de cualquiera otra especie es la amenidad, y te aseguro que no la tiene ese adefesio.

—Vaya con Dios, contestó el interrogado, si no se mete úno a espantar las moscas del esplín, aunque sea con este abanico (y sacudía el cuadernito) o con un novelón de los criollos o de los que han escrito nuestros estilistas de *guarandingas* y de cascabeles, de esos que escriben para que nadie los lea, o nadie los lée, porque en realidad nada escriben para recordar a Larra. Si no fuera por eso, compañero de martirio, hay momentos en que el tedio se convierte en el más horrendo pesimismo empapado en el humor más negro, y no se ahorca úno porque le sucede lo de Bertoldo, que no encontró el palo a propósito; y por resuelto que esté a desfigurarse la estampa, no se tiene una pistola a mano con que perforarse las sienes o una faca de dos filos para hacerse el *hara-kiri;* oiga y atienda: la mordedura del perro se cura con pelos del mismo perro; no se adelante con sus tijeras de sastre viejo y cegato.

Empezó a leer:

—*El Celoso.* Aguinaldo para las Pascuas de 1910. Ortiz: Noviembre de 1910. J. M. C. Tipografía París. Marrón al Doctor Paúl, número 8, Caracas. (*)

Comentó lentamente en seguida.

—No deja de ser original que el autor no ponga su nombre limpio y pelado, sino en iniciales y después del lugar en

(*) Se le ha dado algún orden al cuaderno para que sirviera al propósito del autor.

que cometió el ripio. Para la época de Navidad en casi todos los pueblos donde he habitado, hay los imprescindibles aguinaldos en verso, y así como no faltan hallacas y buñuelos para una Noche Buena, no se carece en un villorrio de un poetambre. No veo la ortografía; no asoma las orejas ni el rabo. El Juan Lanas como que resolvió servirla de sobremesa en lugar de brindarnos un *pousse-café*. Escuche lo que dice este gaznápiro en la introducción:

Perdonad, lector querido,
Si no fuere de tu agrado,
Pues esto de ser poeta
No es como comer pescado.

Si yo me he atrevido a tanto
Es por el tiempo maldito,
Pues es deber de los pobres
Buscar de algún modo el frito.

Kalunga estaba de pies, atisbando de para abajo el manojo de las coplas y masculló:

—Por la punta se saca el ovillo, y éste si no es detestable, es detestabilísimo; suene siquiera los motes, para que el chirrido me desgarre menos los tímpanos.

—*Al Niño,* gangueó Ramírez, *Un General Mentiroso, Los Celosos....*

—*Que haya un cadáver más, qué importa al mundo,* y un general embustero tampoco; de esos de pipiripao no me extraña; lo que me admiraría es que un matasiete no se produjese en baladronadas; mas lo que me pica la curiosidad es qué pitos toca en este florilegio?

—Es que la intoxicable familia de roedores literarios condimenta unas ensaladas incomibles para los demás, no para ella, que se las engulle sin hacer morisquetas.

—Sírvamela, pues, que en algo debemos pasar el rato, aunque me reviente con la indigestión o me afusile con las palabruchas.

—Le iré entresacando los mejores bocados. Allá van esos:

Sin decir mentira
Les voy a contar
Que a la edad de un año
Empecé a pelear.

—Con la teta, mi general, interrumpió Kalunga, y con el tetero después, y si era del presupuesto, qué palo de biberón.

—Pero déjeme seguir, exclamó sonreído Ramírez. Ya le dije que no se anticipara con sus herramientas de sastre.

—Continúe desgranando esas perlas de antología popular criolla.

Cuando fuí a Coplé
Con tanta bravura,
Ensarté en mi lanza
Cuarenta y dos curas.

En el Capitolio
Un día de San Juan,
Le arranqué la chiva
Al mismo Guzmán.

En Barquisimeto
(No se crea que es bola)
Tomé una trinchera
Con una pistola.
....

—Caracoles con el general ése!—exclamó Kalunga.—Era andaluz o tarasconés o marsellés, o portugués por el inconfundible empaque, o muy del terruño, porque en materia de hazañas inauditas nadie le pone el pié delante a uno de los nuestros. Se cuenta de Guzmán la ronca o especie de que no le daban por el tobillo los Mariscales de Francia, y un poeta satírico merideño, que murió joven y de un apellido que revela su origen, Luis Bourgoin, como médico que era le prescribió esta fórmula:

Dijo el general Fugales
Que escupe por el colmillo,
No me dan por el tobillo
De Francia los Mariscales.

Según mi saber lo entiende,
Convencido quedé luégo;
Pues si alguien *darle* pretende
Toma las de Villadiego.

—Y esa vena era de buena cepa por la muestra.

—Lástima que no hubiesen recogido el resto de sus chispazos de ingenio; no se produjo sino en epigramas, como otros en elegías; se le escapó la caterva de nuestros tragabalas a quienes les hubiera hecho bonitos dibujos y ronchas.

—A lo que sospecho, todos los nuestros están emparentados con Manolito Gásquez, aquel exmilitar, maestro de esgrima y amansador, célebre por sus fanfarronerías, donde batía el *record* de su profesión. Según se vanagloriaba él mismo saltando por aquí y por allí, pin pan, pin, no le caía ni una gota de agua de un chaparrón, porque todas se las quitaba en un abrir y cerrar de ojos con su espadín.

Los marineros con las orejas alertas, oían entretenidos y *palanqueaban* sin darse cuenta de su penosa tarea. Solamente Ortega no podía resistir el prurito de quedarse con la boca cerrada.

—Ese jugador de espada, habló, era el mismísimo demontre, ni más ni menos que un compadre mío que andaba siempre con el tole tole de que no necesitaba de ninguna clase de chinchorro ni de anzuelo ni de nasa ni de arpón para pescar, porque él tenía un par de peoncitos que le hacían el oficio sin costarle nada.

—Otra te pego, refunfuñó Ramírez; saque a relucir ese nuevo ejemplar de nuestra vida criolla, que yo lo anotaré en mi libreta; parece que hoy se nos ha alborotado el andaluz que llevamos por dentro.

—Esos muchachos eran, a no dudarlo, la tapa del frasco, y si pescaban sin ningún utensilio, de casualidad no le habían aserruchado los cuernos a la luna, punteaba Kalunga.

—Decía, pues, que a mi compadre no se lo ganaba nadie; cuando estaba escasón salía en busca del sancocho y llevaba un canasto de carnadas para ponérselas en las uñas......

Ortega se quedó callado y como parecía tratar de no concluir el cuento, Néstor le dirigió la palabra:

—En las uñas de quién?

—Pues en las uñas de quién iba a ser, sino de dos gaticos pescadores que jamás lo dejaron con la cara pareja y en ayunas.

—Ah!—exclamó el maestro—ese compadre suyo era de la parentela de don Natalio Omaña, un viejo cuentista tachirense que después de una parranda y bebezón de varios días en la feria de Táriba, quedó tan limpio de polvo y paja que estando durmiendo al raso, por no tener posada donde albergarse, vino un vendaval de la madrugada y le infló de tal manera los bolsillos que lo levantó por el aire, al modo de una mongolfiera, y fué a caer al rayar el alba en el propio patio de su casa, a muchas leguas, en el Palotal de la frontera.

—Si no eran de la misma camada, no se jugaban cañas, pues eran de nuestra tierra.

Néstor siguió hojeando el cuadernito, leía, volvía a leer, pasaba una foja, tornaba atrás, hasta que al fin habló:

—Esto no tiene asomos de gracia ni pizca de sal ni rastros de miel; son del mismo género que vapuló Don Antonio de Valbuena, aristocráticos o académicos, aunque ripios. Pasaré de largo, tanda tras de tanda; unos versos malos a mí me hacen el efecto del emético, del rejalgar, de la ipecacuana con sulfato de soda... qué menjurjes! Por aquí tenemos *Un Denuncio......*

—Jálele a ese menjurje, jálele de una vez, porque si se pone a escoger le obscurecerá escogiendo. La manta no da para tanto; en lugar de aguinaldos debió bautizarlos bostezos literarios, gruñía Kalunga acurrucándose al lado del maestro, que se lanzó por el atajo:

—Perdone usté, señor Juez,
Si vengo a su tribunal,
A introducir un denuncio
Contra un pillo criminal.

—Y qué clase de denuncio
Es el que viene a intentar?
—Es un daño que me causan
Y no lo puedo aguantar.

Desplíquese usté bien claro,
Que quede bien *desplicado,*
Y le aseguro que el pícaro
Quedará bien castigado.

Imagine, señor Juez,
Que la burra de su mama
Porque a ella le dé la gana
Le robé por la mañana;

Y que el perro de su papa
Y la zorra de su esposa,
Le corte los mataburros
Y le coma las lechozas.

Que la chiva de su hermana
Y la perra de su tía
Y la loca de su suegra
Le molesten noche y día,
¿No es verdad que este es un daño
Que usted no lo aguantaría?

Lo único que no aguanto
Es que venga usté a insultarme,
Pues yo soy la autoridad
Y debe de respetarme.

—Gracias a Dios que al fin se sulfuró ese criollo Pilatos, porque yo tampoco le aguanto un minuto más el chaparrón de insulseces en forma rimada, señor Licenciado.

—Qué culpa tengo yo, viajador inconforme, señor descontentadizo, en no haberle traído los *Versos dorados* de Pitágoras; que me olvidara de los *Rubaiyat* de Omar Khayyam, del *Cancionero* de Heine o *El Cuervo* de Egard Pöe, traducción de Pérez Bonalde; que no pueda ofrecerle sonetos lapidarios de Antero de Quenthal, los *Trofeos* de Heredia, odas de Leopardi o de Carducci; que no tenga a *Mireya, Belphegor, Belkis,* y algunos más? Perdóneme la falta de no haberme convertido

en una exquisita biblioteca ambulante para satisfacer a un amigo exigente por el paladar y el gusto literarios! Conténtese y satisfágase y agradézcame con que esté haciendo el esfuerzo colosal de aplicarle el *similia similibus curantur* de la homeopatía, matarle el tedio con unos octosílabos atediantes.

—El remedio es peor que la enfermedad; me dió el golpe de gracia con un latinazo ramplón, de los que andan en boca de los que no conocen ni por el forro la lengua insuperable de Horacio y de Virgilio, lengua de bellezas y de síntesis!

—Sulfúrese y pellizqueme, con tal que el chisporroteo no llegue a donde lo del juez que mandó a salir al cliente en un solo tiempo; no importa que su cráter vomite lava por el vértice. Pero no se corra; todavía le falta algo para rematarlo, que si no es peor que lo anterior, no se le queda a la zaga.

—*Diálogo entre un cagüeño y un llanero.* Leo o no leo? Avise.

Kalunga, con un alambrito que había desprendido de las cajas de provisiones, se puso a limpiar la boquilla de fumar y muy entretenido en la operación le rezongó por lo bajo:

—Acábeme de fusilar a ripios, no será la primera ni la última vez que me sucede. De mí no se han apiadado ni mis amigos ni mis enemigos ni los extraños; a mí me ha perseguido esa euménide como la sombra al cuerpo, en diversas lenguas, en el tudesco y en el inglés, por las palabras cernidas con la garganta y la nariz, la mabita-ripio es de las más feas. Y supóngase que hubo una época en que también incurrí, ha sido uno de los grandes deslices de mi vida, para decir al modo de una beata cuando se resbalaba, y para mayor desventura era tanta la vaciedad de mi meollo que no me percataba del desastre. *Acaba, acaba pronto, carpintero, y déjame dormir*...ya lo ve usted si tengo razón, ahora se me escurrieron esos del judío lírico alemán. (*) ¿No se lo decía? Se me agarran los versos como el polen a las patas de las abejas; pero a fe mía es un inconveniente mayúsculo; cuando son buenos es libar los panales que se guardan en la memoria; y cuando son malos

(*) Tu mano apoya sobre el pecho mío,
¿Oyes de un rudo golpe la inquietud?
Es que hay adentro un carpintero impío
Que labra mi ataúd.

(Heine.—Traducción de J. A. Pérez Bonalde).

hostigan, envenenan. La fatalidad me ha hecho el blanco de ataques a bombas de renglones cortos chavacanos: presumo que mi muerte será horrorosa, a garrote vil de ripios; dejaré escrito un epitafio que rece poco más o menos así:

Aquí yace un desgraciado
Que a ninguno mal le hizo,
Mas sin piedad lo murieron
A fuerza de puros ripios.

—Prosiga, no se detenga; no lo conocía por ese lado; no le había visto ese perfil sonoro y policromo: ahora me parece estar, sin vuelta de hoja, en la presencia de un burrodémico, digo un académico en cierne; y yo que me figuraba que ese zorro azul era tan escaso! Conque usted también metrifica? De manera que usted ha caído venial o mortalmente en brazos de esa Lamia? Venga acá esa mano, colega, esto merece una explosión de júbilo; ya no me considero perdido o desamparado por estas aguas monótonas; un mirlo blanco no puede revolotear solo en estos desiertos!

Los dos viajeros trashumantes se estrecharon la mano carcajeándose, y aunque no se daban cuenta bien precisa del motivo de aquella súbita hilaridad, los marineros se contagiaron con el retozo y encabezados por Ortega les hicieron coro de risotadas.

Kalunga emboquilló su cigarrillo y empezó a echar humo por los caminos superiores del aire, que es como llama las narices un galeno alemán, sin ahorrar palabras de su léxico kilométrico, plagado de voces que simulan locomotoras con una sarta atrás de vagones, y el licenciado, sin ser Aveledo, clavó los ojos en las últimas páginas, todavía con una mueca de risa en los labios.

—Cagüeño:

Dígame, querido amigo:
En esos pueblos del Llano
Donde hay tantas calenturas
¿Es verdad que andan descalzos
Y con garrasí los curas?

Que cuando van a Caracas,
Se quedan lelos, perplejos,
Y les venden a los pobres
Hojalata por espejos?

Que cuando van personajes
A pasear por esos Llanos,
Huyen mujeres y hombres
Como burros orejanos?

—Miren al entelerido del Cagüeño; no tenía papas en la lengua para cantarle la cartilla a nuestro hiperbólico y pantagruélico centauro. Veamos qué respondió el tozudo cimarrón.

Ramírez salteó unas fojas.

Llanero:

Pues mire, ño cachapero,
Con gusto contestaré:
En el Llano no se encuentran
Charlatanes como usté.

Allá los hombres trabajan
Y tienen mucha cultura;
No son flojos ni adulantes,
Ni sablistas, ni basuras.

Y cuando van a Caracas
Es a buscar el dinero
Del ganado que han enviado,
A pesar de ser llaneros.

Y muchos caraqueñitos
Educados y decentes,
Le sirven a los llaneros
De equipajista o sirviente.

—Vaya con el guasparrandón éste; para echar bravatas no le temblaban las quijadas: el criticastro se encontró con la horma de su zapato; lo que no compagino es que saque a bai-

lar la danza a los de la urbe avileña, que no habían tomado cartas en el asunto. Lo de equipajista, con solecismo y todo ese guirigay, no suena tan mal. Conocí a un guasón de provincia que sostenía con algún acopio de razones, que muchos sustantivos terminados en *ero* podrían sustituirse por otros menos chocantes, y así decía siempre: voy a encargarle unas botas al zapatista, vengo de casa del relojista. En otras ocasiones se encolerizaba con la complicación emanada de emplear verbos diversos para significar el desarrollo evolutivo de una misma función, y alegaba que después de comer la consecuencia forzosa era descomer, de beber desbeber, que reir envolvía desreír del mismo modo que andar desandar; que si usamos comercio, por qué no se dice bebercio, y así por el estilo llegaba a deducciones filológicas, curiosas y tolerables, a la simple vista estrambóticas. Creo que la originalidad en cualesquiera de sus formas consiste en apreciar los hechos o las cosas u otras manifestaciones humanas con la sinceridad de la primera sensación suscitada por ellos. Afirmaba aquel innovador a macha martillo, que emplear las mismas palabras que han usado los demás es vestirse con ropas de deshecho. Un ejemplo al caso: ¿es mejor aguacate que mantequilla en potes verdes? Nó. ¿Es mejor caña de azúcar que guarapo en varas? Tampoco. Y acaso harta razón tenía el Góngora inédito, que vivió en el limbo y no hizo una revolución literaria porque la fortuna le escatimó la dicha de que le editaran sus disparates y lo siguieran una chusma de majagranzas y manganzones gritándole: "Maestro!"

Néstor lo escuchaba remolón. Quería y no quería decir lo que se le ocurrió en ese momento. Por la cabeza le pasaron las modas literarias que se renuevan como pelambre de cuadrúpedos a cada primavera: los nombres de los decadentes, de los parnasianos, de los coloristas, de los simbolistas, de los futuristas y de todos los *istas* habidos y por haber. Pero se contuvo a tiempo y prefirió, según decimos, no halarle la cuerda al mico. Después agregó:

—*Un Consejo, Parranda y Hartazón, La Moda, Un Sueño*... Elija uno de estos cuatro botones del ramillete.

—¿Qué voy a elegir yo? Usted es el baquiano en ese matorral de gazapos; lo que le ruego es que entresaque lo mejorcito,

ya que no le faltan narices para olfatearlos. Si no revienta el bardo orticeño de su empacho de borregadas, yo sí me siento indigesto y a muy buen salir quedaré con jaqueca.

—Manos a la obra; por aquí entre estas pajas distingo algo que úno puede sacar a lo limpio:

Pues aquellas que no saben
Ni ponerse un camisón,
Parecen cuando se visten
Un mismo guaro pichón.

Yo conozco señoritas
Que se peinan un gran moño
Y quedan muy parecidas
A un araguato o un mono

Y que algunas vejarucas
Que se peinan gran copete,
Se dan una forma exacta
A un plato de manjarete.

Otras usan chupulún
O sea la bata imperial,
Y quedan más esponjadas
Que un pato o un pavo real.

Las que son cuerpo delgado
Y usan corset de primera,
Quedan como unas lombrices
O una iguana veranera.

Y esas viejas gordotas
Que corset nunca han usado,
Quedan como esos *tamales*
Que no están bien enrollados.

Por último......

—Por último; pero ¿cuándo llega usted a lo último de esa retahila desgraciada, de esa verborrea incalificable que me dilacera los nervios? Compadézcase de mí y concluya de una

vez tirando al agua ese montón de patochadas, ya que al autor, si estuviese aquí, no se le pudiera hacer lo mismo, porque no se puede castigar a los irresponsables.

—Sí, sí lo haré, no crea que estoy menos enfermo que usted; pero no antes de que escuche estas lindezas finales:

Soñé que yo me había muerto
En la subida de un cerro
Y que me habían presentado
Ante el apóstol San Pedro.

Que éste me dijo muy serio:
Usted pasará al Infierno
Por no haber usted matado
Ni a su suegra ni a su yerno...

En aquel lugar maldito
Había grandes personajes:
Obispos, curas, adúlteras,
Azules y liberales.

Cuando yo llegué al Infierno
Miré cuatro encobijados
Que estaban en un temblor
Pálidos y demacrados.

Pregunté al Diablo mayor
Con respeto y con dulzura:
¿Qué encobijados son esos
Que están junto de ese cura?

—Esos son cuatro apureños
Que tienen la calentura......

Al contestarme así el Diablo
Quedé yo en un gran mutismo
Viendo que hasta en el Infierno
También reina el paludismo.

—¡Cáscaras! ¡Aprieta! Por eso se dice que no hay libro que no contenga algo bueno por malo que sea. En el diálogo entre

el Cagüeño y el Llanero resalta la verdad amarga, exagerada por cierto, de que estamos plagados de malaria; mas no es hacia el centro del país ni en el Apure donde esa endemia señorea. Sus dominios son las costas. Empieza en las afueras de Macuto, camino de Naiguatá, se extiende en unos valles sí y en otros nó, al Golfo de Paria y la encontramos desde Cabo Blanco a las costas del Yaracuy, y en Falcón azota a Moroturo; en el Lago de Maracaibo también campea, pero no es como opina el poeta chapucero que los Llanos de Venezuela son por excelencia el asiento del parásito de Laveran. Se oye pregonar a destajo que nos devora el paludismo y a pié juntillas le sostengo y pruebo a cualquiera que la anquilostomosis es sin eufemismos la enfermedad nacional, porque impera desde los páramos andinos a los ribazos del Mar Caribe.

—De modo que por fas o por nefas alguna brizna se puede utilizar de esta insípida longaniza. El coplero de Ortiz encontró una palmada de aplauso en el cañón del Orinoco, cuando ni en sus desvaríos de loco se imaginó semejante relumbrón de gloria. Los del gremio se van a dar con una piedra en los dientes, vestirán de gala por una quincena, unos con otros se comerán a besos, si los juzgan con tanta blanduro y parsimonia, en vez de caerles encima con una férula del tamaño de la puerta del canal del Panamá.

—Ni tanto que queme al santo ni tanto que no se le alumbre. Me falta aún. Fíjese que la musa callejera siempre se ceba en sus tipos favoritos para tomarles el pelo o para zurrarles las espaldas: fustiga al juez de botarga, vapula al cura de misa y olla y no le regatea un pinchazo a la suegra; le faltó morder a los matasanos y a los rábulas. Quevedo hubiera desollado a los primeros, pero a los segundos no, porque nadie se chancea con mapurites. Veamos cómo termina el gazafatón, pues lo que mal empieza mal acaba, y esto comenzó con ripios y no puede concluir de otra manera.

Ramírez bajó la cabeza y al cabo se fijó en la última coplita:

Que pasen felices pascuas,
Que bailen mucho y que gocen,
Que les ofrezco volver
En mil novecientos once.

—¡Cayó un coco! Al fin vino la luz, la rima espontánea de nuestra lengua, añadió Kalunga, y repetía en voz baja: "que les ofrezco volver, en mil novecientos once..." Monologuizaba. No podía dejar de suceder. Cada vez que la sincera emoción popular brota en forma de versos, aparece la poesía en metro octosílabo, surge de las profundidades del alma de la raza, al modo que del astro la exuberancia del fulgor y de las florestas vírgenes la divinidad de los aromas. En donde quiera que hablan nuestro idioma lenguas de raigambre castellano, la modulan sin percatarse; cuando menos se espera ronronea esa rima encantadora del romance genial. Ahora poco leí que Antonio Machado, recluido en Soria, apartada ciudad de Castilla la Vieja, volvió a observar lo que otros muchos habían apuntado antes: que en sus arranques de entusiasmo, de cólera, de tristeza, de sátira o de alegría, el pueblo se produce siempre en coplas, y ahí, en esos cuatro borrones, cuando hubo la manifestación sincera del estro, asomó con ese ritmo, como por entre las grietas del áspero barranco el filón finísimo del oro.

—Zapateta! Bendita sea el alma del optimismo que permite a usanza de hidalgos y paladines defender lo indefensable, carraspeó Ramírez. Bendita sea mil veces, bendita sea, porque estirando y sutilizando el análisis, al descubrir el arquetipo de nuestra poesía, aun en la levísima chispa de un relámpago métrico, extendemos el manto de la piedad y de la tolerancia sobre dislates y perogrulladas, logomaquias y barbaridades de los poetastros auténticos de todos los siglos y de todos los países.

—Alto ahí, alto ahí, que se le desató el borrico de la sin hueso, maese; no me venga con unas largas y otras cortas; no se me salga por los cerros de Ubeda; usted es el que le está sacando punta a esa bola de billar. ¡Barajo! Juégueme limpio o le quito el naipe. Usted se me quiere desmontar por las orejas o por las ancas y comulgarme con tortas de cazabe; y yo no estoy defendiendo a los copleros adocenados, plebeyos o aristocráticos, que en nuestro país pululan al igual de la guazábara de las tierras estériles y del frailejón en las mesetas de la cordillera. Yo no voy a desasnar a nadie, dómine cachiporra. Yo lo que hago es aplaudir lo bueno, sincero y espontáneo, a despecho de relativas circunstancias de tiempo, na-

ción o persona. Atiza! que se te apaga el fogón y vuelve por otra tunda por si te falla la primera.

—Era que yo creía; perdone; era que yo me figuraba, sonrió quevedescamente el acometido, que usted se echaba al hombro la turbamulta de esos *calafres,* digo cadáveres, que andan por ahí en busca de la sepultura, a cuestas con sus fardos de versos malos, difuntos del mal de los siete días.

—La boca se le tuerza, Néstor; paso y las boto; baraje y vuelvo a cortar, que una chuscada de buen género la considero como una bendición en las horas de aburrimiento; pero no una calumnia contra un paladar que no es de corcho. Y para que esos perniciosos gérmenes no vayan a difundirse e infeccionar a nadie, porque los libros pésimos tienen la propiedad de contagiar y extenderse como la gripe, haciendo estragos inauditos, tírelo al agua, que ya desde la cuna vino náufrago.

—No sea tan cruel con estas hojitas de papel de imprenta manchadas con tipos de la misma. Tenga piedad de los humildes, que éstos no han fanfarroneado de ningunas pretensiones literarias ni librescas. Bienaventurados los pobres de espíritu. A fe mía que al autor se le olvidó haberle puesto una portada de adornos alegóricos, el cisne heráldico de cuello ebúrneo en campo de azur, diadema de laurel ciñendo las sienes de una esfinge, una bandada de íbis a la luz del crepúsculo; y un título de elocuentes cadencias lánguidas: "Manojos de lirios túrgidos", "Rimas glaucas de Versalles", "Arpegios helénicos de septicordes liras", "Mármoles panteónicos".... y entonces...

—¿Y entonces qué?

—Entonces no faltarían inocentes que cayeran en el lazo tapado con hojas.

—Y entonces te has salido con las tuyas; me has ganado de mano. No es el primero ni tal vez el último turno en que atraído por un título llamativo o fascinante, me engañen como a un babieca. Se puede decir que cada vez que voy a una librería en busca de novedades literarias, empiezan a mostrarme lo último de lo último y caigo como cualquier majadero. Así me sucedió con las *Temporeras,* de Claudio Farrére, y con *Resplandor de Hoguera,* de Don Ramón, el de las barbas de macho cabrío.

—Un título, un mote, un nombre y apellido altisonantes, son como el pabellón que cubre la mercancía. Francisco María Arouet, Gaetano Raspagneta, Félix Rubén García, transformados en Voltaire, D'Annunzio, Rubén Darío, hubieran flotado, a pesar de los pesares, aunque no tuviesen otras condiciones de inflamiento para suspenderse en el aire. Testigo clásico Miguel de Cervantes, que con *Quijote* y sin *Quijote* se les va por encima de un solo brinco a los que no contienen la mágica sonoridad de esas sílabas.

Ortega esperaba en acecho de que hubiera un aparte en aquel dialogar interminable para hacerles una pregunta, según su entender, de una importancia capital, y la formuló a paso largo.

—¿Cuándo quieren ustedes que paremos para dar principios a cocinar el sancocho? Es hora de pensar en ese zaperoco, porque si no movemos los adobes, se nos hará tarde. Y no hay que perder la ocasión; miren que ya empezamos a encontrar las orillas con bastante sombra.

—Por mí, se adelantó Kalunga, cuando usted lo disponga. No me siento con desgana; cuando comience a bostezar asustaré a los caimanes, y mientras más temprano, mejor. ¿Qué tiene usted proyectado para sacarnos hoy la tripa del mal año?

—Antoñote, que no se descuidaba, escuchó que anoche, por ser sábado, le arreglaban las cuentas a un cochino gordo y se fué a buscarlo, antes de aclarar, para que otros no lo dejaran en ayunas: se trajo el espinazo, un costillar y algo más; a usté le toca ordenar si se le añade alguna cosa.

—No, hombre; con tal que sea suficiente, aunque me lo sirvan con arroz; y si se le puede agregar a ese calumniado una ñapa de chicharrones, ninguno de los comensales se disgustará por ese disparate ni por ese derroche.

—¿Calumniado? y ¿de dónde ese mote tan insólito para ese sujeto, al que los judíos ni en figura pueden ver humeando en una fuente, pero sí convertido en patacones después de venderlo al detal o al por mayor?

—Chico, dispensa que empiece a familiarizarme contigo; no seas tan maestro, por no decirte tan guásimo y no calificarte de alcornoque, por no tenerlo. Calumniado como el que más, como ningún sér humano: la prueba al canto. Que un

papá se encuentra imposibilitado por alguna invalidez perentoria y extramatrimoñesca, le sirvan unas ruedas de morcón que están enloqueciendo las narices, y le llama la atención a su media naranja: "Siriaca, estoy indispuesto del estómago; por ahora no me entiendo ni a garrocha con ese cochino. Dáselo a esos muchachos que abren un palmo de boca en cada bostezo" (se refiere a los nenes, a quienes da dentera el olorcillo provocante). Que un *cañófilo* pasó el día en turbio y la noche en claro pegado como una sanguijuela a los vasos del botiquín y no puede, por sentirse irritado, atiborrarse el mondongo del domingo; que un colegial sin saber de maromas peló la cuerda y se cayó como un pichón del nido, lastimándose las mataduras, pues no debe comer marrano por un trimestre hasta que se le desaparezca la opilación. Luego ¿es o no un calumniado ese individuo, a quien le atribuyen haberse comido las habas que indigestaron a otros prójimos?

—Me rindo a discreción, y afilo mis dientes.

A poco andar por las sinuosidades de aquella costa, pararon en un recodo debajo del ramaje tupido de unos guamos.

El suelo en la propia orilla estaba a trechos cubierto de gramíneas verdeobscuras, enanas, de ralos arbustos crecidos aquí y allá por entre los guijarros blancos y limpios. Antoñote, acompañado de los marinos, se dió a la tarea de bajar a tierra los enseres de cocina, los trastos y las provisiones. El par de turistas para desencogerse o estirar las coyunturas, se apeó de la *falca* y se encaminó por los matorrales hacia afuera de la margen, tratando de reconocer el terreno, que no era sino un ángulo de sabana de gamelote retostado para esos días de febrero. El sol chisporroteaba detrás de algunas nubes parduzcas y allá en la lejanía del suroeste se destacaban las cimas apizarradas y brumosas de la sierra Maigualida!

Kalunga, que iba delante, se detuvo a la sombra de un árbol y se volvió a su compañero, señalándole con el dedo.

—¿Ves tú aquel picacho que parece azul, pero que en realidad no lo es? Recuerde, señor geógrafo: los montes vistos a larga distancia presentan ese hermoso color por la cantidad de aire. Ese es el cerro de Matú. Aquellos otros más altos son los montes de Hilaria: al pié corre el Caura; allá empiezan los

grandes sarrapiales; por allá tenemos que pasar, si Dios no dispone otra cosa.

El maestro se quedó pensativo, abobado, con la boca abierta, contemplando la belleza de aquel panorama que se descubría tan a lo lejos, tan separado, tan desvaído, tan inaccesible...

Kalunga añadió, con su habitual desenfado:

—¿Como que no te ha gustado la noticia? Se te conoce en la cara compungida y larga que me has puesto. No te amedrentes, no vayas a llorar a moco tendido por tan poca cosa; refocílate que si no te ahogas, o te masca un tigre, o te engullen las niguas de los arenales o te derrite una fiebre de cuarenta y un grados, te aseguro que vuelves a descender por aquí de regreso, echándolas de sapo rabudo y con monis sonante en las faldriqueras, que son las únicas que deben asustarse con este notición.

—Guá! compañero, no me ha cruzado por la imaginación que vaya a enterrar los huesos en los barzales que me aguardan; estoy ensimismado con ese paisaje de intrincadas e imponentes cordilleras, mas no he soñado que fuesen las de Maigualida. Creí que geográficamente ese nombre no se les daba o no les correspondía sino en el nacimiento del río.

—Maestro, no se pele tan feo ni de los cuatro cabos, ni se deje coger puntos en una materia tan traqueada. Fíjese bien, reciba una lección en cambio de las muchas que usted ha propinado a sus enjambres de mocosos. Y apunte que no le cobro nada por esto. Para mí, con venia de los del oficio, porque puedo resbalarme y romperme las narices, la sierra en cuestión fué rota y despedazada en tiempos prehistóricos por este manso Orinoco (para el que no lo conozca) o por un lago interior que le abrió la barriga al cerro del rápido de Camiseta, al que pondré de Bolívar después de haber oído anoche la inédita tradición; y de ahí, atravesando los llanos, de montículo en montículo, sus estribaciones van a dar a las montañas de Tamanaco, donde tiene su gallardo nacimiento.

—Esa es una manera original y nueva de explicar esta parte de nuestra geografía física; y ahora le añado y le repito: partiendo de la última montaña nombrada y pasando por aquí unas veces enteros, otras veces rotos, van a morirse esos levan-

tamientos de terreno en las Sierras Parimas, en nuestra frontera oriental con el Brasil.

—Perfectamente; sí, muy bien! A un maestro graduado se le escapará un sueldo, pero no una liebre de esta clase; me ha calado bastante, aunque tengo más superficie que fondo y el problema no era tan arduo como llegar al Polo; pero el sol pica mucho; no nos obsequia con un receso; son las once pasadas y es bueno acercarnos a la playa a ver cómo piensa Antoñote de estas cosas.

A poco rato se encontraron en la sombría arboleda de la orilla. Fuera del cocinero que sudaba como un azacán, los demás estaban metidos en el río zabullendo, retozando, con una alegría y satisfacción de muchachos en asueto. Kalunga se entusiasmó y les gritó al verlos:

—Hay arena o fango? porque según la respuesta, en el acto voy a acompañarlos.

—Arenilla pura, contestó Ortega, asomando la cabeza abotagada como una tonina.

Caminó un espacio para probárselo y levantando los brazos, tornó a decir:

—Es un remanso de puros guaratаros; por aquí no hay ni migaja de barro.

Kalunga, desnudándose con inesperada rapidez y botando en desorden las piezas de ropa a uno y otro lado dijo:

—Entonces al agua patos; no debe haber ni rayas ni tembladores, y chupulún.

Y se lanzó de bruces, sumergiéndose entre las ondas. A buen trecho de la orilla aparecieron unos gorgoteos y se agitó el agua, y segundos después la cabeza de Kalunga surgía con los cabellos chorreando, pegados al cráneo, caídos en la forma que criollamente llamamos de chuzo.

En el momento se escuchó el repique de su voz, enfrentándosele al pedagogo.

—¿Y usted qué hace, señor papanatas? ¿Qué espera para la violenta higienización de ese carapacho falto de luz, de aire y de sol, de ese proyecto de rana veranera, que está pidiendo a gritos sacudirse y zabullirse?

—Lo que hago es lamentar mi notoria insulsez, respondió displicentemente, y no gozar de ese deporte admirable. Lo que

estoy es abochornado; se me cae la cara de vergüenza por no poder imitarlos; haré de tripas corazón para asearme en la orilla. Yo no le tengo miedo al agua, lo que le tengo es pánico; estoy rezando la oración del llanero, de uno que era como yo:

Río caudaloso
Que corriendo vas,
Ni yo me tiro
Ni tú me ahogás.
Ya me viste por delante
Ahora veme por detrás.

—Aquí una copla no le sirve de paraguas ni de salvavidas. Usted de seguro se baña como los gatos. Haga la diligencia que lo vamos a enseñar de balde a nadar; al fin encontraremos algo que enseñarle a este maestrín sábelo todo, que es la maleta de una compañía de variedades. Desnúdese y bótese que somos muchos para salvar a un renacuajo con talante de hombre, en caso de que se empeñe en suicidarse con agua.

Ortega, consecuente con sus hábitos, se fué acercando a la *falca* y empezó a esculcar los trebejos.

Kalunga nadaba en ese momento boca arriba y observándolo le gritó:

—Te conozco las intenciones, patrón; desde ahora te voy a tutear y tratar como a un muchacho incorregible y goloso; mas no por los bombones sino por los botellones; sospecho que tienes sed dentro del agua, pero la pobre de nada te sirve para mitigarla. Chupa, hombre; bebe, para que no se te olvide el oficio.

El marino ya no pudo oír las últimas palabras porque a dos manos sostenía en la boca el pico del garrafón que le tapaba la cara, y se embutió de una asentada, no uno sino media docena de tragos. Quedóse con aire de sonámbulo y la vasija apoyada en el borde de la embarcación, atisbando al maestro que desnudo y a pié firme en unas piedras se agachaba, metía las manos en el agua, se humedecía y se palmoteaba la coronilla y las sangraderas de los brazos.

—Compañero, acérquese y encájese un *palo;* así se le quita el frío y se le espanta el temor de resfriarse. Con un trago de

ron no le tengo recelo a ningún bicho del Orinoco; soy capaz de sacarle sin dentuza los colmillos a un caimán.

—Echale agrio, gritó Kalunga, y en dormir con una raya, colear un *temblador* y chuparle la jeta a una tintorera, tú eres capaz de todo, hasta de no contrabandear.

Se volvió a Néstor:

—Pero tírate; ¿para cuándo lo dejas? Nadie se ahoga por los tobillos en la orillita; ahí mismo no se anega un niño de pecho.

Se zabulló de súbito. El nadador asomó a poco las narices al relés de las propias piedras donde Néstor con la desgraciada figura de una zancuda implume, larguiruchas y enclenques las extremidades inferiores, estirados y entecos los brazos, visibles y contables las costillas, hacía peninos, tanteos, conatos, tentativas y amagos de bañarse, pero no se resolvía.

—Dame la mano y embárcate conmigo, no vayas a creer que tengo las malas intenciones de cometer un magistericidio.

El pedagogo haciendo muecas, con una resolución sin ejemplo, caracterizándose se botó y fué a juntarse con el amigo que al punto le ordenaba:

—Echate boca abajo, yo te pongo las manos en la barriga y haces ejercicio con pies y brazos.

El abanderado de la instrucción gratuita, popular y obligatoria, que había vociferado tantas primeras lecciones, recibió el bautismo del arte natatorio, braceó, chapoteó a más mejor, se cansó, se paró con el agua hasta los pechos, y reanudó con entusiasmo estudiantil aquella gimnástica de frescor, de salubridad, de bienestar, sabrosa, estimulante, tentadora. Mientras tanto los demás bañistas satisfechos de verdad, se daban prisa en enfundarse en sus ropas, y Antoñote al cabo de su tarea, encendido como una pionía, reventó desde la peña:

—El sancocho está listo; anden que se les enfría, que yo no me quedo atrás de ustedes, y me aprovecho de un baño gratis.

Se apresuró a servir los platos. Todavía no estaba vestido ninguno de los invitados, cuando nuestro recio y hercúleo Vatel reanudaba la insinuación:

—Apúrense y dispensen lo mal *macaneado*.

Humeaban las ollas, el grato olor del almuerzo criollo y campestre se difundía por el ámbito sombrío. Fuera reverbe-

raba el sol con violentos destellos. Con la mayor tranquilidad y sin blusa, en cuerpo de camisa, desgreñado, Kalunga se sentó sobre la grama, apoyándose contra el tronco de un guamo, y se le enfrentó a su plato copetón de puro colmado, mixto, complejo, macarrónico, en que había además del cerdo, toda clase de legumbres y condimentos, menos mal manipuleo, pues por la sazón, el buen gusto y la variedad, aquel bodicamachesco y selvático banquete, era capaz no de abrirle sino de cerrarle el apetito a cualquier colega de Ramírez.

El aprendiz de natación se condujo como bueno en aquella crítica refriega, demostró una vez más que el ejercicio y el aire libre son las mejores salsas aperitivas, y en fin de fines ninguno se quejó de que males de muelas o trastornos dispépticos le impidieron exhibir sus dotes gastronómicas. Santo silencio cayó luégo sobre aquellos héroes humildes del deber y del trabajo, sobre aquellos buenos bregadores que no intentaban moverse de sus puéstos y se dieron, según sus gustos, a mascar o fumar tabaco o saborear cigarrillos. Tal cual rayo de sol que lograba atravesar el espeso follaje, iba a juguetear sobre la alfombra de gramíneas y hojarascas. Kalunga se apoyó sobre la mano y codo derechos, y así oblicuo, observaba con el rabillo del ojo que el humo voltijeando en remolinos lentos, se encaramaba y se prendía en la techumbre agreste a modo de jirones difusos y minúsculos de niebla. Al rato, después, aletargados y tendidos se entregaban a las delicias de aquella siesta homérica, defendidos del sol y del bochorno tropical por el macizo ramaje de la floresta ribereña.

Aquel descanso fué corto, tal vez brevísimo, pero sabroso y bienhechor. Es una pausa que se le arranca por fuerza a la naturaleza. De las doce a las dos postmeridiano se extiende un lapso ingrato y cruel, agobiador, peligroso a la salud por lo siderante de la insolación en las tierras cálidas. Se cae úno a veces de súbito como herido por la centella. Es preciso hacer alto y resguardarse; hasta los animales, emprendiendo largas caminadas, buscan los parajes donde se pueden defender del sol que desciende de los cielos a flechas de plomo hirviente. La luz ofusca y embota los sentidos. Los ganados de las sabanas se refugian en las matas intrincadas y espesas; los de los potre-

ros en escabrosos cañaverales o bajo cualesquiera otras sombras y echados y soñolientos, cabizbajos, cerrados los ojos, rumian en silencio, perezosamente, en espera de libertarse de aquella prisión de hoguera sofocante y de incendio asolador. El aire quema, tuesta la piel y seca labios y garganta. Del suelo brotan vahos enervadores y nos aplasta la pesadumbre de la atmósfera. Sentimos como una mano que nos extrangula; la asfixia y la agonía anticipadas; el corazón se deprime y desfallece. Las mismas aves silvestres se escudan en los ramajes, y acaso no se acuerdan de un gorjeo o no se atreven a modularlo. Ni siquiera se arriesgan a surcar el espacio para ir de un árbol a otro árbol, o atravesar un claro de bosque, y acurrucadas y mudas aguardan también que nuestra madre la tierra se desperece al fin, deponga la aspereza de su enojo y tenga piedad de los pichones y de los nidos.

—Alza, a poner los huesos de punta; la merienda-cena está lejos!

Era Kalunga que se levantaba y se metía en la *falca*. Los demás, de Néstor para abajo, se incorporaron en un abrir y cerrar de ojos y a poco rato el sonar de las palancas, el forcejeo de los músculos y el sordo rebullir al rehender el agua, denotaban que la marcha sería a todo andar, sin ninguna interrupción hasta el anochecer. Todavía harto quemaba el sol por el costado derecho, y la carroza de hojas de palma, aunque cruzada de sur a norte por la corriente de aire desalojado en el ascenso, semejaba tener las paredes de un hornillo, tal era el calor radiante. Los dos intelectuales, y éstos en realidad lo eran, se acostaron de través las cabezas apoyadas en la borda izquierda, y los talones afirmados en la opuesta. Quedaban con el espinazo hecho un medio círculo asentado en las mantas que servían de cama, con el aditamento de mantener por plumas de colchón mullido las tablas de la barca que les hacían mella en los lomos y en la cintura. Ninguno de los dos era capaz en ese instante de romper una lanza con el silencio de fastidio y estupor; tampoco podían adormilarse; la racha de sueño fugaz se les había rezagado bajo el frescor de la arboleda, y sólo trajeron consigo la angustia de aquellos momentos calcinantes de forzada ociosidad.

Por ventura, cuando menos se lo imaginaban, escucharon la voz inconfundible de Ortega que repicaba desde afuera:

—Señor Manuel, acérquese, asómese, pero ligero, antes de que se vayan.

—Qué es, le contesto: ¿hay algo que valga la pena de salir de esta hoguera?

—Arrímese o saque la cabeza y verá un racimo de iguanas en un palo seco. Si a usté le gustan le pesco algunas a garrotazo limpio.

—A mí me gusta cualquier animal, cuando hay hambre y nada que comer. Allá voy, aunque me acabe de tostar.

Cuando estuvo fuéra, el patrón le mostró no muy lejos y de la parte de arriba un árbol donde estaban escalonadas y agarradas de patas y manos aquellas tímidas e inofensivas animalías, con las panzas color de ceniza expuestas al sol reverberante.

Tornó a decir el desocupado patrón:

—Si usté quisiera atracábamos para coger algunas. A mí me gusta mucho esa carne; comiéndola me lambo los dedos; es igualita a la de gallina.

—Así aseguran los glotones, entre ellos mi paladar que la ha saboreado en casi todos los ríos de Venezuela. Sin embargo, hay personas que se horrorizan al verla y sienten náuseas con sólo nombrarla.

—Es que son muy requetefeas y le dan a úno grima, refunfuñó Antoñote haciendo arrumacos y escupiendo.

—Qué más feo que tú, le replicó Ortega, y nadie se ha muerto de repente ni corrido cuando te encuentra de manos a boca. Pareces un *guaripete* en los ojos y una tortuga en el cuerpo.

El dómine no daba signos de vida, y ya estaban muy cerca del tronco en referencia. Kalunga habló como para que le oyera:

—Si por aquí se usaran los maestros de escuela, no habría inconveniente en que no les pagasen el sueldo los Presidentes de Estado. Se mantendrían a pura iguana y estuvieran orondos, mofletudos como novios de cocinera.

—Dicen, continuó el cocinero, que ese animal es muy asqueroso; si lo cuelgan en lualto queda un zurrón de cuero y en tierra una pila de baba pegajosa.

—¡Qué verdosidá, bruto! le replicó Ortega con desagrado. Si a tí te guindaran por una pata, a la media hora se te saldría la asadura por la jeta.

—Pero así icen (y escupió.)

—Lo que debes hacer es tumbarme unas con la palanca, que ya las tenemos encima del sombrero.

Antoñote, que no esperaba que le repitieran una orden, levantó la pértiga y golpeó tan duro sobre uno de los gajos que en fragmentos y con iguanas todo aquel *bojote* cayó, tanto en la *falca* como en el agua. Pataleando varios reptiles, atolondrados por el porrazo, quedaron a los talones de los marineros y los más vivarachos o menos estropeados corrieron con las colas altas, y enarcadas las sierras que tienen del pescuezo a la cola por el espinazo, se arrojaron al río.

La súbita barahunda en un tris ocasiona un siniestro, porque los bogas sorprendidos soltaron sus palancas, y mientras se dieron a la tarea de agarrar y maniatar los bichos, la barca viró de través bamboleando y Ortega tuvo que trancar por completo el timón. Néstor salió a novelear con el ruido y la vocería de afuera, y se le arrimó a Kalunga con aire desabrido de persona soñolienta.

—Como que pensabas que todavía nos solazábamos debajo de la insolente frescura de los guamos; ¡qué cachaza! Si nuestra cacería no te despierta, no barruntas ni ves el original y futuro almuerzo en esta forma.

Estaba delante un par de inofensivas alimañas atadas de pies a manos, a modo de horrendos criminales, ahogándose, con los ojos extraviados, moviendo la membrana roja y translúcida que llevan péndula al cuello, a guisa de la gorguera que usaron nuestros abuelos.

No se pudo contener el maestro al ver aquel cuadro, inocente a la simple vista, mas revelador de la inveterada crueldad humana.

—Hé ahí a ese saurio-reptil, el más pacífico que alienta hoy de una especie extinguida, lo único que nos resta de los espeluznantes dragones mitológicos, en espera de un sacrificio ante la gula, el dios de Heliogábalo.

—Y héte aquí, que un Licenciado *in plúribus,* no concluyó el bostezo científico *dracúnculos hórridus,* o se le vanó el estor-

nudo literario, por no decir arranque estrambótico de un lírico de Sur América, con perdón de los legítimos.

—Abrase a un lado, y recojo el guante porque vengo con la lengua amolada; estuve sacándole filo por espacio de dos horas y corta un pelo en el aire.

—Con humo no se asan *jojotos;* espero la acometida; si la suya corta, la mía no se queda atrás; es un arma ofensiva y defensiva, manejada por un espadachín de estirpe. Para la cena de hoy o para el almuerzo de mañana, se van a dar un gustazo, a comer pisillo de iguana. Vamos a ver cuál vomita primero de los dos *mastros,* el de becerros de escuela o el de los peroles de cocina, el dispéptico o el famélico.

Antoñote volvió a hacer bascas y escupir sobre el agua.

—A mí no se me descompone la barriga ni con tártaro emético, y en materia de animales y de posturas, por otro nombre huevos, y para remedar los melindres de las santurronas de mi tierra, lo que me falta es comer zamuro, porque ya han desfilado por mi paladar una caterva de monos antropomorfos, empecé por. . .

—Empezaste por el araguato, le interrumpió Kalunga, y concluirías con el gorila, si se consiguiera por aquí este coime. Conste, pues, que eres un *endófago,* caníbal de tu propia familia: no te has engullido a tus papás porque no descendemos del mono, a pesar de lo que le atribuyen a Darwin; pero te has devorado a tus parientes más cercanos con la glotonería de chuparse los dedos y pasarse la lengua por los labios. Entre qué gentes estamos, válame Dios! Y de gustar estofado de jimio se pasa a masticar carne humana. La discrepancia entre la una y la otra es mínima, levísima, infinitesimal. Señor antropófago, tenga en la cuenta que jamás me duermo sobre mis laureles, entre otras razones porque no uso esas baratijas, y de reata cuando viajo por el Africa en Sur América, me encapullo en una red como los gusanos y las arañas, o pernocto sobre un cogollo en una sola pata, a usanza de las garzas, para que no me sorprendan ni los hombres con sus dientes ni los jaguares con sus garras.

—Nada de eso prueba nada en contra de las costumbres de abolengo ni contra el gusto por los bocados exquisitos: en las

selvas del Orinoco nos comemos a los micos, ya que sus hermanos los hombres no se dejan engatusar con la mazorca de maíz puesta en una tapara amarrada a un palo, para que la agarren, no la suelten y caigan en la trampa.

—En el Orinoco, estás muy en lo justo, la costumbre data de muy lejos, es antiquísima: los conquistadores del quinientos encontraron a los caribes y a otros indios regalándose con la pulpa y el pellejo del prójimo. Han alegado en contra de hechos fehacientes y de documentos indiscutibles, de diversas fuentes y de diversos lugares que los españoles calumniaron a los primeros para poderles exportar como esclavos. Esto fué posterior y nadie lo niega; mas los tripulantes de la *Santa María* encontraron el canibalismo en Las Antillas menores desde el primer instante del arribo; en la isla de Turuqueire, ollas hirviendo con miembros humanos adentro; el testigo es Cristóbal Colón; y poner en tela de juicio un testimonio suyo o rechazarlo, es dudar o negar el descubrimiento mismo. Por otra parte la antropología estudia ese fenómeno bajo sus diferentes fases, y en la clasificación de los géneros le corresponde al caribe la antropofagia guerrera y religiosa. Igual cosa se ha observado en otras razas, porque el uso ha perdurado en muy distintos lugares del planeta. Eso no tiene nada de particular ni de humillante. Pero los espíritus tocados de una filantropía amujerada o ayunos de una versación suficiente para abordar las bajezas, degradaciones u horruras de la naturaleza humana en el camino de la evolución, se suspenden, espantan o lloriquean con el incesto, con el parricidio, con el canibalismo. Creo que Terencio se les hubiera reído en las barbas con semejantes arrequives y melindres. La palabra que delínea el hecho de que nos ocupamos es griega de la copa a las raíces, y todavía más, existen las correspondientes para indicar acciones similares, geofagia, ictiofagia, lotofagia... Un criterio de gazmoños o de timoratos se aspavienta y escandaliza porque los caribes comieron asados o escabeches de indios conterráneos, pero no frunce el entrecejo al encontrar en el antropólogo Canestrini que San Jerónimo, cuando fué a predicar y difundir el cristianismo en Escocia, halló que los nativos de este país eran golosos por las nalgas de niños y los pechos de mujer. Para mí,

en el fondo, entre masticar carne de res y carne de hombre no encuentro ninguna diferencia notable; es una mera cuestión de hábitos o de tiempos; en el un caso la costumbre ha prevalecido en los pueblos carnívoros; en el otro tan sólo se sostuvo o se sostiene durante una faz del desarrollo intelectual y moral del individuo a la tribu y de la tribu al pueblo.

—En esto, como en muchas materias, yo no soy sino un aficionado, y así es que no hablo con gran conocimiento de causa y de pormenores. Pero el argumento más serio contra la antropofagia, dicen o alegan, es el que no haya subsistido hasta nuestros días, por lo cual se encuentran indios considerados caníbales en otros tiempos sin que demuestren hoy los más leves indicios o rastros de aquel hábito nefando.

—Valiente carne de gallina!, exclamaría Quevedo. ¿Quién es el baturro que ha mascullado eso? De modo que los indios que hay al presente en nuestros pueblos, sin *guayuco*, es porque no lo tuvieron nunca? Porque no se tatúan ni se pintan la piel ni adornan el testuz con vistosos plumajes, ¿es porque nunca trajeron esa indumentaria? Creo que habrá que alimentar a esos escuerzos con yerbas de lógica en vez de malojo. Argumenten también que los romanos no conocieron las diversiones sangrientas del Circo, las luchas de hombres con fieras y que no arrojaron en castigo esclavos a los estanques donde mantenían los cocodrilos, porque los habitantes de ahora son de una apacibilidad y mansedumbre de cordero. Y así por ese estilo ningún uso, costumbre, moda, han evolucionado a través de los siglos. Un sociólogo contemporáneo, Bryce, ha encontrado la antropofagia en la hoya amasónica en estos tiempos modernísimos. A los Huitotos se les enrostró siempre el canibalismo; como que no los han calumniado. ¿Qué significa esto? Indudablemente que hay tribus en las cuales persiste como costumbre religiosa o guerrera, la misma que fué tan extendida y practicada por las razas autóctonas de América, desde los tiempos prehistóricos hasta la Conquista y que con ésta empezó a extinguirse y que hoy después de cuatrocientos años no ha desaparecido todavía. Mas para disfrazar los hechos o cohonestar opiniones desfavorables a una tesis insostenible, han recurrido a otra eutrapelia pudibunda y angélica: la simiofagia, es decir, a que los indígenas no devoraban sino monos, o lo que es igual,

los hermanos y parientes más cercanos en su propia familia (y en la nuestra!), costumbre que también ha perdurado y que cuenta con muchos adeptos en las selvas suramericanas, y entre ellos te incluyo a tí, maestro inverecundo, de fauces híspidas, de buidos colmillos que por espacio de cuatro centurias y de padres a hijos y por fatídica herencia no han olvidado esa función.

—Magnífico sermón, agregó Néstor, para una cátedra nacional, menos largo que aquella histórica, kilométrica y paquidérmica que llegó en los puros preámbulos a cuarenta volúmenes inútiles. Lástima que el auditorio sea tan exiguo y que el maestro de Motaico no fuese siquiera un raquítico taquígrafo. Lástima que les suceda a esos detirambos como a todas las buenas peroraciones de ese género, que se las devore el báratro de los desiertos hórridos.

—¡Sálvame, socórreme, arcángel de la estética! que a este prójimo se le ha destapado de las hipérboles el cántaro!

—¡Perdóneme! Trataba de remedar la moda de aquella época literaria en que era prueba de buen gusto y de consumada habilidad artística versificar en esdrújulos y por eso abundan tanto desde el Mar Caribe al patagónico las composiciones en sáficos.

—O adónicos, Dios santísimo, que por obra y gracia del oficio se te salen los despropósitos por esa lengua retórica, en un estilo de energúmeno estólido.

—Si no me llama la vocación a la escuela, para imitar al gran aventurero de Córcega que manifestó una vez que de no ser Napoleón hubiera querido ser Hildebrando; si no me embarco desde niño en el cayuco de la *estrucción,* como decía un campesino de cerda en el espinazo, estuviera hoy rodando impreso en letras de molde, y si no en cuarenta, por lo menos en veinticinco volúmenes, a lo Villaespesa.

—O en ochenta, como Baroja Pérez Escrich, el de la tunda a los escribidores suramericanos, y a los que no lo son, que tuvo la gerundiana ocurrencia de comprender en una sola cáfila a cuanto bicho de pico o de uña discurre por el continente; qué de inteligencia y de sindéresis ha demostrado el grafómano cantábrico! Desde ahora se lo recomiendo al Ministro del Abecedario español, para la asignatura de lógica en Sa-

lamanca. Aunque en las pruebas de concurso, Unamuno lo reviente a férula.

—Ahora es usted el que me desgarra los tímpanos con ese reguero de palabras que llevan el acento en la antepenúltima sílaba.

—Antoñote, tíranos un balde de agua; mójanos, porque estamos hidrófobos.

Toda la tripulación se puso a reir, y para hablar en cursilerías de cronista, se amenizó el acto. Mientras los dos pasajeros no dejaban en paz a ningún mamarracho literario o científico o con las bragas ajustadas, la *falca* no cesó de remontar, y al momento en que concluyó el despampanante diálogo, aparecieron no muy lejos las copas de las arboledas que bordan la desembocadura del Caura. Ortega, que tenía la vista clavada en el horizonte, dejó el timón y se levantó para fijarse más.

—Ahora sí estamos cerca. Esos morros que ven ustedes a la izquierda son el sitio de la entrada.

Todavía reverberaba el sol con esos centelleos cárdenos del ocaso, cuando la *falca,* describiendo una curva, atravesó la boca del río, viró por la margen derecha, donde las sombras de ceibas y de congrios seculares empezaban a entoldar las aguas turbulentas de la confluencia. Era inefable la frescura de aquellas peñas festonadas de cañas y de juncales. Por el cielo en calma, diáfano a trechos, azulenco en partes, desfilaban a pares o en bandadas muchedumbre de aves con rumbo a las montañas, cuyas cimas abruptas se destacaban hacia el este. Solamente un grupo de grullos de cuello y de patas negros y de buche blanco, muy elevado, muy lejano, como quien se entretiene en torcer y destorcer una madeja invisible, abría o cerraba lenta y majestuosamente el círculo enigmático que dibuja en su vuelo silencioso.

Los pasajeros iban callados en la popa, con la vista fija en la banda opuesta, donde aparecían de sitio en sitio los claros de algunos desmontes nuevos y rozas recién quemadas, y delante de los cultivos exuberantes, ranchos de vara en tierra o en pierna, muy cerca de los barrancos deleznables. En las selvas solitarias y escabrosas, la hora del crepúsculo es muy bella y emocionante por la serenidad profunda de la luz que juguetea en las copas de los árboles, en los troncos al descubierto

y en las cumbres de los montes circunvalantes; pero envuelve al alma en halos de tristeza y desolación. Kalunga no hubiera hablado de propio marte; enjambres de recuerdos surgían de la oquedad silente de la vida anterior que fué devorada por el tiempo; y otros climas y otros paisajes y otros hombres, disímbolas siluetas, hasta imágenes de mujeres queridas y alejadas por vicisitudes e infortunios, revolaron por el ambiente soledoso de su memoria y de su espíritu.

Néstor tampoco chistaba, no perdía la ocasión de hacer también sus castillos en el aire. Ortega los sacó del embriagador alelamiento con la pregunta reglamentaria.

—¿En dónde quieren que soltemos los remos para acampar? De aquí al caserío de Birola, a mucho estirar, hay una hora, y allá encontraremos algún corredor donde poder colgar.

—En una playa sería mejor que parásemos con tal que no nos sobrecoja la noche en yerbales pantanosos o en peñascos donde no se pueda atracar ni prender una fogata siquiera; prefiero quedarme al raso, bajo la turquesa del cielo, a tener que habérmelas con techos de ranchos donde hormiguean *chipos,* ciempiés, congorochos y escorpiones, esas sabandijas venenosas y horripilantes.

—Entonces, por aquí mismo hay un lugar que ni mandado a hacer para dormir en un recodo con puerto de arena y de cascajo.

Caía la noche con solemne majestad. Hacia el poniente difuso, al modo de una gardenia de albura rutilante, se destacó en la diafanidad del espacio, Venus Urania, la idolatrada de Platón y de Cayo César, compañera de sistemas y utopías del filósofo y de las ambiciones del soldado que en las Galias soñaba con el imperio del mundo.

CAPITULO XI

Amanecía. El alboroto y la chillazón de los pájaros despertó a Kalunga, que se bajó del chinchorro y con un paño en la mano se dirigió a la orilla del río, que sólo distaba unos metros del campamento. En aquella alberca o jofaina, la más estupenda que imaginarse puede úno, puesto que se trata de un afluente del Orinoco, sin ser mahometano, el turista incansable se hizo todas las abluciones del rito gozando de la frescura deliciosa de aquellas aguas. Tan cristalinas estaban en esa época, que veía retozar desde el borde hasta la profundidad cardumes de sardinas y de otros pececillos de lucientes escamas.

Antoñote se presentó con una taza humeante de café y con su cara bonachona y francota se la ofreció, diciendo:

—Aunque no me la pague de contado, se la tiene que beber. Para eso madrugo y meneo los palitos.

—¿Y aquellos jóvenes dormilones no pensarán levantarse? Ve y sacúdelos, amenázalos y disgústalos con que no hay café para ellos.

No se hizo de rogar. El campamento estaba formado por un cuadrilátero, en que las palancas servían de *estantillos,* de los cuales colgaban los chinchorros con sus pabellones, y como éstos eran de zarazas de diversos colores, daban la idea, contemplándolos desde la playa, de una tienda de gitanos.

Ortega salió de su dormitorio con unas alpargatas en la mano y dijo volteando hacia atrás:

—Búsquenlas, que por aquí no hay rateros, y a mí nunca se me ha perdido nada.

Ramírez y Antoñote se dirigieron hacia arriba, mirando al suelo, como en pos de algún rastro. Al verlos les gritó Kalunga:

—¿Qué es lo que pasa?

En ese mismo instante resonó una estruendosa carcajada de Antoñote, que se llevó las manos al abdomen como para no reventar. Y Néstor, corriendo en medio de risotadas, se agachó y levantó y sacudió en el aire algo, de donde se desprendió un cangrejo de tamaño fenomenal, que dió vueltas de carnero al caer de batacazo. Y le gritaba al patrón, como para aturdirlo:

—¿Que no hay rateros? ¿Y éstos qué son? Van a galope tendido con mis calcetines.

Kalunga se acercaba a grandes pasos y pudo ver aquella tipica y original escena de nuestra vida agreste y selvática. El compañero del crustáceo sorprendido, con las manos en la masa, iba a todo correr con la otra media de Néstor al hombro; y Antoñote, a mucho estirar las piernas, llegando a la boca de la cueva, se la pudo quitar de un tirón. Y aquí fué Troya, era imposible no desternillarse y exclamó, dejándose caer en el arenal por un verdadero ataque convulsivo de risa:

—¡Nos asaltaron los bolshevikis! Estos prójimos no van a dejar títere con gorra en el mundo. Han desvalijado la maleta de un maestro que es mucho desvalijar. Es un chiste originalísimo que los rateros saqueen a las ratas.

Regresaron los tres a la toldería con el semblante alegre y reilón y el dómine se fué hacia el río con los zapatos en la mano para hurgar su maleta y calzarse. Mientras esculcaba aquel exiguo equipaje, se puso a dialogar con Ortega, que acababa de lavarse la cara.

—Mire, amigo, no se ponga usted a responder por nadie. No meta la mano ni por su abuela, porque su abuela lo deja atascado en el brasero y se le quema hasta el codo. Qué descaro el suyo para afirmar a boca llena que por aquí no merodeaban ladrones, y lo que se habrán reído esos dos cacos que madrugaron a mudarme sin pertenecer a la empresa de Soriano. Si no ando tan ligero me quedo sin mis calcetines de

hilo de Escocia, que por más rico y botarate que úno sea, sobra no le hacen. Yo lo que hubiera deseado era que se tropezaran con su vejiga de tabaco y se la mascaran en un solo tiempo, y entonces hasta les doy de propina mi última camisa por esa ocurrencia; pero a esos temerarios lo que se les ha antojado fué escamotear a un maestro de escuela: el atentado más grave que puede cometer un Ovejón, aunque sea de Aragua.

—Lo que le puedo jurar, señor Ramírez, es que si a mí me roba el tabaco cualquiera persona, aunque sea un canguerejo, le pego un tiro.

—Sí, hombre, hasta una puñalada por la espalda merece un ladrón alevoso de esa clase. Pero ahora que estamos en tiempo de dinamitas, lo que yo le pegaría era una bomba. Mas no me había figurado que usted, que parece tan inofensivo, tenga tan malas intenciones contra los que amenazan su vejiga, es decir, su costal de mascadas.

—Es que si a un hombre como yo le quitan eso, le sucede como a usté si le sacan algo de la maleta: lo dejan en cueros. No nos tiremos, vale, que usté y yo falseamos de un mismo cuadril, de tener muchas necesidades y de satisfacer muy pocas. Si a un ricachón le quitan un par de miles de pesos es como arrancarle un pelo a un buey y se queda riendo, y si a usté o a mí, un chino o una lavandera nos botan y pierden una franela, nos convertimos en un mar de lágrimas por muchos meses.

—Que Dios nos ampare; no andamos tapados con hojas de higuera por temor a que los muchachos nos cojan a piedra.

—Tiene usté boca de santo. Cuando los aduaneros sinvergüenzas me robaron mi primer contrabando, en que a mucho estirar no llegaban las facturas a sesenta pesos, quedé temblando y en mi casa hubo ayunos sin haberlos ofrecido. Y los seis muchachitos que tenía entonces, aquellas criaturitas partían el corazón, andaban ojerudos, con la boca descolorida y los dientes largos.

Durante todo este diálogo ya Néstor se había calzado y con el buen humor de siempre, le espetó a quema ropa:

—Y en tal caso, entonces por qué no se dejó de zoquetadas y les compró un marrano?

—En buenas estaba yo para hacer gastos.

—¿De modo que usted le teme a los gastos? Eso es una cobardía para los japoneses.

—Pero y con qué y para qué, repuso asombrado el marino.

—¿Cómo que para qué? O es que no conoce el cuento del llanero de Apure.

—¡Qué voy a conocer yo! ¿Acaso he ido a tierras tan lejas?

—Oígalo, pues. El paisano ese tenía un familión parecido a un colmenar o como él los motejaba, un nido de pichones de paraulata, sin hacer otra cosa que abrir el pico y pedir que comer. Y una vez se vió tan apurado, que en la noche consultó con su mujer para conseguirles el alpiste o el cazabe, y resolvieron *ambamente* dedicarse a toda velocidad al beneficio de cochinos. Y les fué de un modo brillante, con ser que no consiguieron un cliente ni vendían una libra de carne al fiado, ni nadie se asomaba por el tarantín.

—Y entonces ¿cómo les fué bien?

—No sea tan bobo, amigo Ortega, pues ahí era donde estaba el negocio. Si se les quedaba todo el marrano en casa, si no vendían una cerda, de lunes a sábado andaban esos muchachos traviesos y retozones, con el hocico que les relumbraba de pura manteca.

—Pues no voy a echar en saco roto esa punta, por si se me ofreciera otra vez, aunque a mí que soy tan zopenco y la cabeza no me pare nada, y si me pare son caránganos, se me ocurrió comprarles a los míos machuelo y *macabí,* que son los pescados más espinosos, para que siquiera tuvieran en qué entretenerse.

Antoñote en un santiamén había recogido todos los bártulos y en compañía de los otros tres marineros arrancaba a halonazos las palancas y levantaba el campamento para ponerse en tren de marcha.

Kalunga apareció detrás de ellos con sus trebejos a cuestas y al rato, concluido el trasporte a la *falca,* emprendieron con pueril entusiasmo la jornada.

Como ya habían entrado a las partes no correntosas del rio, el patrón mandó que trabajaran con los *canaletes;* eran muchos los recodos o largas curvas, los pozos azules y profundos, ensenadas mansas bajo sombríos boscajes. La navegación se hizo muy rápida y feliz.

Al caer de la tarde atracaron al puerto de Aripao. Algunas negras que acababan de lavar recogían sus cestas de ropa, y Kalunga, que conocía el sitio, les dijo a los compañeros:

—De aquí al pueblo hay como una hora de camino, tenemos tiempo; dé sus órdenes, patrón, y vamos a visitar esta colonia original por sus moradores.

Dicho y hecho. Desembarcaron unos tras otros y tiraron por arenales más o menos pedregosos. Arboles de follaje escaso, diseminados a grandes distancias, cortaban la monotonía del paisaje. Por el aspecto, por el terreno, por las matas de cardón que levantan sus gajos al modo de brazos desnudos clamando lluvia, por las macollas robustas y verdeobscuras de *cocuiza,* a no dudarlo, era aquella una zona de tierras estériles. En el trecho encontraron algunos trabajadores, gente de color, con hachas al hombro y machetes en la mano. Iban muy callados y a buen paso. Ya en las afueras del pueblo oyeron en el atardecer esos descompasados berridos del ganado y en las primeras casas vieron mujeres de tipo africano ordeñando sus cabras.

Llegaron al cuadrilátero que figuraba con el papel de plaza; en uno de sus lados les pareció distinguir como las ruinas de un templo, y en ese sitio pendía una campana del travesaño sostenido por dos altos horcones, única muestra ostensible de que por allí hubo en otro tiempo algún fervor cristiano. Kalunga, que iba delante de los tres, se detuvo en la primera esquina para preguntarles:

—¿A dónde quieren que los lleve? Aunque este lugar está muy solo, aunque no ven alma nacida, no vayan a creer que es despoblado. Tengo aquí varios conocidos y los habitantes son muy buenas personas.

Como la respuesta la dejaron tácita, quedaba a su entera elección el continuar de puntero. Siguieron a prisa y pararon a la media cuadra, enfrente de una pulpería, en donde una muchacha les contestó el saludo. El cicerone le preguntó en seguida:

—Hágame el favor, ¿por aquí se halla Juan Antonio?

—No, señor, no tardará en llegar; está en el conuco. Si gustan pasen adelante y lo esperan.

Abrió la portezuela del mostrador y les indicó la sala. Una vez que estuvieron sentados, se dirigió a Kalunga:

—¿Con quién tengo el honor de hablar? Dispénseme el atrevimiento.

—Con un viejo amigo de su padre; me supongo que es usted hija del dueño de la casa; he venido otra vez pero no la conocí. Estos son mis compañeros; vamos para el Caura arriba, Dios mediante.

—Tal vez sucedió cuando fuimos a las fiestas de Maripa: es la época del año cuando no estamos aquí.

Se presentó una mujer espigada, seca, bastante despegada del suelo, del color de raza que venían encontrando desde que desembarcaron, vestida de limpio, con grandes aretes de oro, los dedos muy cargados de sortijas del propio metal y de plata.

—Los señores, si no es mala la pregunta, habló después de saludar, se van esta noche? Mi marido sentirá no verlos; acabó su trabajo de madera y piensa salir a venderla. Ya le siento las pisadas.

La casa que visitaban era de bahareque y de tejas, bien alta, encaladas las paredes, puertas y ventanas anchas y de maderas escogidas, la pintura de color azul obscuro, se notaba la holgura y el orden de aquel hogar. Colgaban, como es de usanza popular, oleografías en distintas partes, una de ellas le llevó la atención a Néstor y se quedó contemplándola largo rato.

En medio del silencio, puesto que nada había qué decir o qué preguntar, Kalunga que lo observaba, le dirigió la palabra con aire zumbón:

—Has caído en el garlito. No conoces o no das con el nombre de la efigie que tienes por delante. Al fin te cogí un pelón.

—Es cierto; no doy ni de lejos, pero creo haberla visto en otro pueblo.

La señora de la casa lo sacó del aprieto.

—Es el santo de nosotros, San Luis Beltrán, llamado el apóstol de los negros.

La muchacha se sonrió y dejó ver una dentadura admirable, con esa húmeda blancura de la pulpa del coco.

La ingenuidad y sencillez de aquellas gentes demostraban a las claras que estaban poseídas de su posición social, con pleno concepto de que en su medio gozaban junto con el bienestar de no pocos miramientos y prerrogativas. Por fuéra sonó al rato como el ruido de un haz que depositan con cuidado en el suelo y un negrazo apareció en el corredor con el sombrero en la mano y avanzó hasta la puerta. Kalunga se puso en pié y le habló:

—Si no llegas tan pronto no me ves ni las espaldas.

—Dispénseme el traje, vengo de traer las verduras de mi sembrado. ¿En qué puedo servirle? Estoy a sus órdenes.

—No intento molestarte como cuando me guiaste a La Aurora. Voy para arriba con estos amigos, a llevar provisiones para nuestra gente. Ya sabes que estoy recogiendo sarrapia. ¿A cómo estará el precio?

—Con seguridad no; como por aquí no la hay ni la compramos ni la vendemos y a ese negocio le tenemos miedo, no sé a punto fijo; pero me han dicho que a más de trescientos fuertes el quintal.

—¿De veras? Entonces nos pusimos las botas hasta la rodilla. Esa es una noticia para sacarlo a úno de quicio; desde ahora empezaré a dragonear de platudo.

—Mi amito, usted sabe esto mejor que yo. No se le pára una mosca en la frente, pero siempre está de chanza y no pierde ocasión de burlarse; el mismo de la otra vez, alegre y picarón; Dios me lo conserve por aquí mucho tiempo.

—Se hace lo que se puede. Cuando subíamos no me llegaba el alma al cuerpo, porque creí que íbamos a salir con las tablas en la cabeza y debiendo hasta las orejas y parte de las narices.

—Pero ahora va a salir como el que vendió al contado, gordo y echando por la calle del medio.

Mientras conversaban los visitantes y el dueño de la casa, las dos mujeres pedían permiso para retirarse y luégo por los lados de la cocina crugió la piedra de moler y trascendió por el ambiente olor de café recién tostado.

La muchacha llegó a poco con los pocillos de costumbre, humeantes, calientes y provocadores. Los ojos blancos como pepas de guama le iluminaban la cara de ébano y una sonrisa,

que debía de ser perenne, le dejaba ver de nuevo escrito el origen del Africa en la boca.

Juan Antonio los acompañó en el regreso. Durante todo ese tiempo, Ortega, que no había dicho esta boca es mía, andaba seco, con la garganta abrasada por las ganas desesperantes de beber, y no hizo otra cosa que husmear en donde se encontraría un palo de cualquier líquido, menos agua, porque una jornada, cualquier paseo o faena sin tragos, según su modesta opinión, eran un día sin sol, una triste noche sin luna, mar sin borrasca, Margarita sin perlas, una vida sin aliciente, de perros. Es más fácil que un ratón, para hablar con Bernardo Shaw, arrastre una aplanadora, que sofrenar a un destripador de botellas, y tan así es, que cuando ya iban lejos de la casa y no veían rastros ni asomos de pipas, de frascos o de vasos, algún utensilio de los que emplean los aficionados al trasiego, le preguntó con tono agrio a Juan Antonio:

—Esto, por lo visto, es un pueblacho sin recursos de ninguna clase. ¿Aquí como que no hay Oficina de Renta de Licores?

—Cómo que si hay! Primero falta cura que un barril de claro, le contestó. ¿Usted quiere comprar algún lotecito?

A Kalunga y a Néstor les gustó la respuesta que, sin segunda intención, remachaba un clavo.

—No voy a poner un expendio: eso lo dejo para más tarde; pero sí quiero empinarme un cuarto. Yo desprecio hasta a mi suegra, pero no a una damajuana.

El primero de los excursionistas le motejó en tono de burla:

—Se hace lo que se puede, por lo menos la diligencia: un gran esfuerzo nunca está demás; a ti y a los de tu hermandad les cuesta mucho trabajo vaciar una botella, cuando no es en el estómago.

Se detuvieron ante la puerta de una pulpería de esas desmanteladas, en que los tramos del armario lucen por la falta de *corotos* y de surtido, sólo hay viejas canecas empolvadas, y Ortega se introdujo sin que le hicieran señas, seguido de Juan Antonio, a quien había invitado. En esa brega o pugilato entre el gollete y el pico de un frasco, los tragos y la boca de un *cañita,* nuestro hombre no tenía rivales, y quizás y sin qui-

zás tampoco le igualaban en ligereza. Cuando volvió a encontrarse con los compañeros les mostró la botella que blandía en cada mano, con la cara coloradota hecha unas pascuas.

—Aquí me podría quedar yo; quién hubiera pensado que en este escondrijo lo vendieran tan requetebueno y tan requetebarato.

Juan Antonio los acompañó un largo trecho, contestándoles a pelo, a todo lo que se les ocurría a aquellos preguntones y ya obscureciendo, se despidió para volver al pueblo.

Cuando quedaron solos, Néstor tornó a darle consejos al marino, adorador ferviente del dios de la parra y de las uvas, transformadas en caña y en *cocuy* por la magia de la naturaleza y para delicia del gremio en nuestro suelo.

—Vea, no vuelva a hacer eso. Conténgase delante de personas extrañas, amárrese la lengua, haga un sacrificio en vez de preguntar por el ron; ¿qué dirán esas personas tan serias, de sano juicio, que no están al tanto de las flaquezas de un prójimo, cuando lo contemplan sorbiéndose un galón sin pestañear? ¿Usted no se ha paseado por esas? ¿No se imagina el papel ridículo que hace un sujeto cuando va por la calle tartamudeando con las piernas, o cuando se pone tembleque, con los ojos encendidos como un perro rabioso y de reata las gentes le sacan el cuerpo y los amigos le huyen, a fin de no pasar la vergüenza de verlos hechos un hazmereír?

—Ay! amigo, si no fuera porque loro viejo no aprende a hablar y porque ni el padre confesor me tocó esa tecla cuando me casé, que es la única vez que me han registrado mi *mapire* de secretos, con esas palabras suyas era capaz de dejar el negocio de un solo templón, aunque ya es muy tarde...

—Con que usted llama negocio a las borracheras y por eso no las puede dejar?

—¿Cómo pretende que lo deje ahora, que estoy tan entusiasmado y contento con él? ¿Cómo no va a ser negocio, acaso es poca la plata que le he metido? Eso sería la tapa del frasco de mis disparates; yo moriré en mi ley, agarrado a una botella como el náufrago a una tabla.

O a dos, se entremetió Kalunga, porque no te descuidas en tener un contrabando detrás de la puerta, o debajo de la

cama o en un falso del barco; ya lo vemos, que a falta de una llevas un par.

Ortega se sonrió para mascullarles por lo bajo:

—Guárdenme el secreto, que ahora me voy a sacar la broma que me echó Antoñote, porque no me quedo con esa ni de chiripa.

Caminaban muy cerca de la peña y se callaron. Ortega, que iba adelante, al divisar la embarcación, le gritó al cocinero:

—¿Ya está la comida? Venimos más muertos de hambre que vivos.

Como la respuesta fuese afirmativa, descendió a paso largo, a la cabeza de los compañeros y se le acercó, mostrándole una botella y diciéndole:

—Ya vez que nunca me olvido de ti, *mastro;* tírate un palo y sírvenos.

El distraído trabajador, que en ese momento fregaba algo en cuclillas, la agarró y, enderezándose, se la llevó a la boca en un despabilar de ojos. Y junto con una exclamación y terno groserísimo, la botella, impulsada por el chasqueado hombronazo, fué dando vueltas por el aire a caer a la mitad del río.

Ortega, agarrándose las quijadas, prorrumpió desaforado:

—¿Cómo pudiste beber en un canasto y ahora no pudiste beber a pico de botella?

—Pero esas no son gracias (y soltó un vocablo pimientoso). ¿Si va y me envenena con la vagamundería? Y lo pior es que pasé un tragazo.

—No te asustes, hombre, que eso te alumbrará las tripas esta noche; tal vez les haga falta: el kerosén no ha matado a nadie, y sirve para curar la sarna.

Antoñote, que al punto se enjuagaba la boca con el agua que cogía ahuecando las manos, se lavó luégo la cara y miró compungidamente a sus compañeros. Y entonces Kalunga, a media voz, le dijo a Ortega:

—Dame acá la otra botella; me da una gran pena ver entristecido a este hombre, que es muy trabajador y bonachón.

Le sirvió un buen trago en una totuma y se encaminó hacia donde estaba, para brindárselo.

—Oye para otra vez: tenemos las narices para oler; si las hubieras usado a tiempo no te pegan esa. Te purgó el patrón sin pensarlo.

Se lo echó al coleto de un envión y luégo más animado, mostrando el agradecimiento con ojos de chivo ahorcado, se puso a servir la comida tranquilamente. La noche avanzaba a todo andar y como la playa era ancha, abierta y despejada de matorrales, de sobremesa se entregaron sin dilación a la faena de montar allí mismo la cuasi-tienda. No había *jején* ni otra plaga que obligase a bajar de los hicos el mosquitero.

Las ranas croaban hacia los pantanosos yerbales vecinos. Los marineros echados con la panza al aire, con el mayor sosiego encendieron sus tabacos y empezaron a fumar. Kalunga sentado de través en el chinchorro, se apoyaba ora en uno, ya en otro pié, para mecerse y chupar un cigarrillo egipcio de los que tenía en reserva para las grandes ocasiones: la siesta, la digestión, antes de acostarse, porque de resto se batía a cada paso a golpe limpio con los criollos. El dómine tendido a su vez, con las manos teniéndose la cabeza se entregaba a sus ensueños y acaso le pasó por la mollera el recuerdo de una rosa caribe. Y Ortega, parlanchín empedernido, cargando la bombarda de su boca con pellas de tabaco, movió con la lengua el timón de la charla.

—¿Cómo les parece el pueblecito ese? En una noche oscura será de verlo, no habrá más luces que la dentadura y el blanco de los ojos, lo único que tienen claro esos *páisas* y les relumbra que da gusto.

—Pero en vez de ser una madriguera de vagabundos y de haraganes, es un bachaquero de trabajadores. Por eso estaba tan solitario; si no fuese así hubiéramos encontrado en las esquinas o en las puertas de las pulperías esos corrillos de vagos que tanto abundan en otros lugares del país y que son tan malas pécoras. Tú no lo conocías o es que te haces el desentendido?

—Yo he pasado por la otra orilla y estuve una vez en Maripa por la fiesta de San Luis en agosto, pero por lo regular, como úno anda embarcado no puede dejar la carga sola, y cuantimás que no sale úno a tierra sino por necesidá muy grande.

Néstor que estaba oyendo, meciéndose y bamboleándose salió a la palestra.

—¿Y ya ese lo pasamos o estamos cerca, Manuel?

—Desde ayer lo dejamos a la mano izquierda, es el pueblo de mayor importancia en la región, tiene más de doscientas casas, un templo de construcción antigua, vecindario bastante, es muy concurrido de todas partes del Caura, especialmente para la fecha indicada. Allí hay campo para muchas transacciones comerciales en esa época y está destinado a adquirir un incremento notable.

—No me había figurado que por aquí hubiera una población de esa magnitud. ¡Cuántas cosas que no conocemos ni de oídas nos salen al paso a cada instante!

—Somos extranjeros en nuestra propia tierra. Alguien se imagina, y aun álguienes, para robar a Cervantes, que el río Orinoco es un alfondoque revenido, el lago de Maracaibo una jícara de chocolate y la cordillera de los Andes un pilón de manjarete. Antes de ir por primera vez a La Guaira, creí que era un puerto y no es sino un proyecto o bosquejo inconcluso: en el cacareado Tajamar, en ese armatoste sin arte y sin gracia, a mucho estirar se arrecuestan tres buques de regular tamaño. Y la tal *Corporación* ni ensancha las obras, ni mueve una paja, ni cumple el contrato y duerme a la bartola y sin descanso se atarrilla, como una sanguijuela monstruosa, con la sangre de la nación.

—La triste herencia que nos dejaron los que se jactaban de patriotas porque nadie les podía gritar en público: ¡miserables! aunque a media voz los motejaron de boas. Yo que no soy tan lerdo, me veo a veces en aprietos para darme una somera cuenta de lo que ha pasado en nuestro país entre tantos turbiones de revueltas que son un pandemonio. Y a pocos lances, para hablar en conciencia, me encuentro pésimo. ¿Cómo estarán los que no se ocupan ni por casualidad de los asuntos que les incumben?

—Hay que empezar por escribir la historia contemporánea, pero no veo las plumas, sin embargo de que no escasean los gansos.

—A menos que fueran de gallinazo.

—Que nunca faltan porque siempre está de sobra lo grotesco.

Ortega halló una ocasión propicia para burlarse del maestro.

—Quiere decir que usté no le enseña ni lo que hay en sus libritos a los muchachos. Si yo fuera un charlón le soplaría el chisme al menistro.

—Y el menistro, como tú dices, añadió Kalunga, puede estar *atulampado* (sin haber bebido) y creyendo que tiene a Venezuela en un cajón de su escritorio, o que porque le dieron un puésto le obsequiaron la inteligencia y los conocimientos necesarios y en ese caso, que no es raro, se te pasmarían los plátanos. Y déjame quieto, y no te metas y me avergüences al maestrín que no es el primero ni el último del gremio, que no rebuzna porque no se lo permite su familia. Déjalo que se revuelque y que patalée.

—Una pelada se la da cualquiera, siguió Ramírez, papá alambique, y ya ve usted que conoce este ramo como su abuela, cómo no encontraba donde pegarse un *palo,* aunque las botellas le estaban guiñando el ojo y mostrándole los dientes por donde quiera que pasábamos.

—¿Pelarme yo en eso? No; Antoñote fué el que se peló de los cuatro cabos.

Carcajeó ruidosamente y tornó a decir:

—Estaba ardido por sacármela!

—Pero la jugada no estuvo muy limpia, agregó Kalunga. La gracia se te iba convirtiendo en una morisqueta.

—Pero qué más podía hacer yo? Yo no encontré otra cosa que comprar. Si en ese tal Aripao, fuera de los negros, como que no se consigue ni una soga para ahorcarse úno.

—No hables así; qué lengua tan suelta y tan lisa; las paredes tienen oídos y los montes ojos: pudiera escucharte alguien y cuando vuelvas a pasar por aquí te brindan una cueriza.

—Estos no se enojan; si fuera el negrito aquel de Paria, del que nos echó el cuento, sí sería fácil que me arreglaran la chaqueta.

Removió su mascada y escupió varias veces. Néstor les escuchaba con atención, y pidió pareja en el baile:

—No se engría, Ortega, con su pellejo curtido, que parece una concha de *terecay;* esos de quienes habla también son compatriotas y conforme nadie puede elegir padre, tampoco puede escoger el color de la primer camisa de piel para venir al mundo.

—Es que me estoy chanceando y ahora me acuerdo de que cuando estaba en la escuela había un condiscípulo que parecía una *parapara* y los muchachos lo pusieron *el betún;* pero él no se disgustaba, y a cada uno de nosotros nos bautizó con un apodo, y a mí por lo pecoso me llamó el *carite* y con este sobrenombre me fregaban después casi todos. Cuando mi mamá lo supo, porque los chicos me lo decían a cada instante, me hizo ver candelillas y mi papá a vuelta de un viaje, por poco me acaba de ajustar las cuentas y entre las cosas que me observó, como a nadie le niegan el bautismo por el color, para quitarme de la cabeza el estar mortificando al zamurito, me cantaba esta copla:

Cuando un blanco está comiendo
De algún negro en compañía,
O el blanco le debe al negro
O es del negro la *comía.*

—Donde las dan las toman: eso que acabas de recitar es muy significativo, pero olvidaste la lección, con ser que te la enseñaron a palos.

—Qué quié usté? *Macabí* carga la fama (*); pero son muchos los baldos de esa pierna.

—Pero hay muchísimas excepciones.

—Entre ellas la magnífica del abogado Jorliac, se interpuso Kalunga, pues sostiene a pié juntillas que vive y anda holgado con el flux que le cortaron en el Congo, y azota a los de su abolengo con chistes y con sátiras. Una vez en la Plaza Bolívar lo iban reventando de un bastonazo porque le dijo a otro que las echaba de rubio, a pesar de las muestras en contrario: "desengáñate, no te piques cuando aludan a tu color: nosotros somos blancos aquí, pero no en todas partes." Cuando le nació el pri-

(*) Macabí carga la fama, frase con que los margariteños indican que no sólo ese pescado es espinoso.

mer hijo, salió muy contento a ofrecerlo a sus amigos y con que estaba resuelto a ponerlo dominó al revés, porque al fin tenía algo de particular, el blanco de los ojos. En un baile a que fueron invitados los de su misma alcurnia y los encontró en un solo grupo, como apartados y corridos, lejos de los catires, él que le daba el brazo a una circasiana, les insinuó al pasar: "no sean tan brutos, barájense." Con el gracejo y la ironía que derrocha, que no parecen fingidos, se bandea lo mejor posible y eso le resulta más airoso que andar envenenado porque sus ascendientes no figuran entre la nobleza de España, sino en la de Cafrería. En cierta ocasión, hacía circular su candidatura a la Presidencia de la República de Liberia y hablaba de los esforzados en sostenerla, por el prestigio de que gozaba entre sus amigos de la misma pluma. Y enumeraba nombres propios, éste, aquél, el de más allá, con detalles irónicos y los zaheridos le formaron un zipizape y si no pone pies en polvorosa en la dirección de su ciudad natal, le ponen amoratadas las costillas, aunque eso estaría de sobra, si no se las fracturan o achichonan.

—¿Y por qué no se viene para acá? Me comprometo a trasportarlo sin cobrarle el pasaje; aquí no estorba: un picapleitos hace falta en cualquier parte; nosotros seríamos los que estuviéramos de sobornal. Ojalá que me pudiera traer un zambote que hay por allá, que de arriero y pícaro se volvió dotor en leyes, y si lo ahorcan le harán un servicio.

—Usted es incorregible: se ha quedado con la tirria, a pesar de que le sobaron el nalgatorio, tornaba a decir el maestro.

—Maña vieja no es resabio. Es que eso no tiene quite.

—O de golpe por lenguaraz le van a quitar una oreja, le repuso el mismo.

—Aunque la eches en saco roto, te voy a dar una reprimenda, puede que te sirva de aviso, se inmiscuyó Kalunga.

—Pues no se detenga: yo aguanto con todo el cuerpo; que a mal entendedor ni que lo vuelvan oídos.

—Reparó ese encono uno que sabía más que tú y toda tu parentela y que nosotros también, y esto reza con el patrón, y ahora sigo con el maestro, si este meollo mío no se equivoca, dice el antropólogo inglés Taylor: " recuerde la engreída raza

blanca que no tuvo siempre la supremacía en el universo y que la primera civilización conocida a orillas del Mediterráneo, partió del Egipto y era de raza negra," y volviéndose al primero: hasta aquí me trajo el macho, porque si me meto a ratón de archivos, te voy a dar con la biblia en la cabeza y a volverte chingo con un latinajo.

—Aporréeme, aunque después me tenga que lavar con salmuera.

—¿Tú no has oído hablar de Salomón, de un rey que tenía novecientas mujeres o esposas, que para el caso da lo mismo?

—Caramba! con el hombrecito para gustarle las faldas! Ese no se le quedaba atrás al indio José Dolores, el amo de la Guajira.

—Y como eran de todas partes y de diversos tintes y tenía una boca de ángel y cantaba como tal, las embelesaba y las hacía también prorrumpir en versos:

Nigra sum, sed formosa.... ideo dilexit me.

Y así se vanaglorió una que era tan bella como la que más, pero no blanca. ¿Conque cómo te parece el jaque, si conoces el juego de ajedrez?

—Que me quedé en ayunas, pero de la res basta que se coja un pelo; y que los blancos tenemos muy duro y alto el cogote, sin mucha razón quizás.

—O que farolean de gatos con calzones, y al primer tapón zurrapas; y creyendo que éramos bizcos esta tarde le guiñabas el ojo a la dueña de la casa, sin pedirle permiso a Juan Antonio, que si te descubre las malas intenciones por tu alevosía, te pone de paticas en la calle o un par de estacazos por banderillas.

—No me levante falso testimonio; yo no hice más que pelarle los dientes a la hija, porque no soy ciego para no pagarle con la misma moneda. ¡Caray! con ustedes, no se les escapa un conejo.

—Lo que yo no me explico, volviendo al caso, continuó Kalunga, es cómo se pudo establecer esta colonia tan lejana y aislada y en la que ha permanecido la raza tan pura. ¿Quién trajo a estos pobladores o de qué modo vinieron? Yo no recuerdo haber leído nada a ese respecto.

—Y yo menos; estoy a ciegas, contestó Néstor.

Ortega que se hallaba en la tónica, incontenible por mezclarse en la charla, remolineando de cachete a cachete su porción de tabaco, le acuñó al dómine:

—Pus entonces declare que ha perdido los papeles, o se le mojaron con un chubasco.

—Para donde vamos no los necesito, con tal que usted no nos naufrague en una rasca.

—¡Carrizo! barajo el tiro. Cuando yo me achispo, si acaso, me tambalea la cabeza, pero siento mejor el pulso y llevo los ojos más abiertos que el faro de Chacachacare. Si no fuera por el ron que lo compromete a úno sin saber a qué hora, no me encandila don Manuel con este viaje ni encandilándome.

—Pero convénzase que el ron tuvo la culpa y por eso anda gozando de sus reales y viendo estrellitas.

—Eso se lo dejo a Antoñote, a quien hice ver el diablo.

—A la diabla lo haré ver yo, cuando menos piense, le gritó aquél desde la playa, para que no me vuelva a echar otro jeringazo igual. Todavía me sabe la boca a candileja.

Una brisa mansa y leda jugueteaba en las cañas y alizos circunvecinos, y hacia arriba del campamento, por la vaguada del río, sonaron unos gritos agudos, destemplados, penetrantes. Todos a un tiempo y de súbito se quedaron en silencio, esperando a ver en qué paraba aquel barullo. Después de un rato de quietud y de azarosa espectativa los tornaron a oír en dirección contraria, es decir, a la parte abajo de donde estaban situados, y bastante lejos. Una como anhelación y cierta frialdad envolvía los ánimos y ninguno se atrevía a chistar hasta que al repetirse por tercera vez, habló entre dientes el mismo Antoñote:

—Huy! Esos no parecen gritos de hombre.

—Y entonces de quién van a ser? preguntó uno de los otros marinos.

—De los ahogados; estás creyendo que si por aquí pasa una persona o una curiara no vemos siquiera el bulto en la oscuridá?

Otro murmuró:

—Lo cierto es que voy a cambiar de sitio, se me está descomponiendo el cuerpo.

Y los cuatro remeros arrastrando las cobijas y de prisa, se vinieron a tender, casi debajo de los chinchorros. Ortega fué el primero que habló:

—Caramba! esos alaridos a veces lo persiguen mucho a úno. Los he escuchado en las playas del mar, en noches muy claras, y siempre me ponen grifos los cabellos y se me eriza todo el carapacho.

—Y lo pior es cuando lo atolondran a úno porque gritan por el frente, por la espalda, y úno no sabe a qué atenerse, se expresó el más joven con mucha naturalidad.

Y como nadie, por lo visto, se mostraba muy locuaz, en medio de la calma, siguió narrando:

—En la Isla Blanca, que como ustedes saben es muy desierta, estábamos una vez en la pesca del carey y nos vimos muy tamañitos, con ser que entre los que se encontraban había muchos hombres de los que no se les muere el hijo en la barriga.

—Pero qué les pasó? Eche pa fuera, interrumpió Ortega, que no las tenía todas consigo.

—Lo que nos pasó fué que tuvimos que ir a parar la carrera en la cumbre del monte, donde están los cuidanderos de un hato de cabras, porque después que nos pegaron los gritos, y nos aturdieron y nos quedaban las orejas silbando, vimos venir por la playa un farol muy bajito, que avanzaba lentamente, pero no distinguíamos al hombre que lo llevaba, sino apenas un bulto, una sombra larga temblando por la orilla.

Los instantes eran angustiosos, una oleada de zozobra soplaba de los antros del misterio y las bocas callaban. Kalunga se creyó obligado a inmiscuirse de lleno para cambiar la atmósfera de espanto que se estaba condensando en torno de ellos.

Era la noche una de esas que llamamos opaca, mas no obscura, puesto que en el cielo despejado rutilaban vivaces, innumerables estrellas.

—Esos son meteoros, fuegos fatuos: a uno de éstos lo han llamado en la tierra de ustedes, la luz del Tirano Aguirre, aunque en otros lugares también aparece y se le conoce con el mismo nombre, por el terror que infundió aquel célebre aventurero con su desembarco y ocupación de la isla.

—Pero qué es eso de meteoros, agregó Ortega. Cante claro que nosotros no sabemos de la misa la media.

—Es un gas, una emanación que sale de los pantanos en donde hay troncos podridos, o de los esteros y ciénegas y despide luz semejante a la del fósforo en la obscuridad.

—Ah! entonces el farol de la isla, es otra cosa, porque en aquellas costas es más difícil hallar un madero seco que encontrar un palito de romero. Allá no hay charcos, lo que úno ve por todas partes son rocas peladas o piedras muy lavaditas por la mar.

—Es que también en las aguas marinas hay innumerables animalitos que tienen esa propiedad y hasta las mismas escamas de los pescados son fosforescentes, alumbran, centellean.

—Bueno, así será, pero la linterna esa iba por todo el arenal de la playa, donde no hay ni yerba, entre las peñas y las olas.

Los gritos que aparentaban haber cesado, se renovaron de rato en rato más estridentes y de vez en vez más cercanos. Néstor les propuso en voz baja:

—Quedémonos callados a ver lo que resulta de todo este aparato y fijémonos bien si hay algo que baje o que suba por el río.

No había acabado de hablar cuando en el propio frente del campamento, a dos pasos, allí mismo, el alarido rasgó los aires con una mayor e inusitada agudeza. El eco les retiñía en los oídos aturdiéndolos. Apenas se oía la respiración acelerada de aquellos hombres que soportaban el hecho extraordinario haciendo un esfuerzo supremo de voluntad en las actuales, inquietadoras y tremendas circunstancias. Después de una pausa de segundos que parecieron siglos, los percibieron lejos, hacia el lugar donde resonaron la primera vez y luégo más distantes y apagados, hasta que todo quedó en completa calma.

Antoñote les dijo acesando:

—Al fin nos los quitamos de encima: les pegué un conjuro, porque si no lo hago, nadie puede dormir con esa serenata.

—Conque también sabes manipulear el cobre? Yo no me figuraba la trastienda que llevas. Enséñanos eso, que no está demás una contra o defensa para tantos males y peligros que amenazan al hombre en los desiertos.

—Eso tiene muchas cúbicas: eso no lo aprende úno sino mediante una promesa o si no hace un pacto.

Néstor volvió a quedarse callado musitando, y sin poder recordar por entero la estrofa de Juan Vicente Zenea, el poeta cubano de las elegías, fusilado a bordo de un buque cuando la segunda insurrección por la Independencia:

Ay! de aquellos que viajan por los montes!
Ay! de aquellos que van sobre los mares!

Y después añadió pausadamente:

—Esó ya me lo sabía yo, no es la primera vez que me sucede el caso, porque esos ensalmos no los puede aprender el que quiere sino el que puede. ¿Y a tí quién te lo enseñó?

—A mí? Un viejo pastor de cabras en la restinga de Macanao y desde la hora y punto que lo recé en el primer apuro, me ha librado de que me asusten o que me espanten.

—Ya ves, Néstor, manifestó Kalunga, que en donde quiera se encuentra úno, cuando quiere observar, muchos datos o hechos que corroboran las prácticas o enseñanzas que consideramos remotas y perdidas. Esa palabra pacto está tan en boga hoy como ayer cuando se trata de algo de eso, oculto y grave, de origen supernormal; y empleo esta palabra, muy usada por los ingleses, por no tener otro vocablo con qué expresarse mejor. En los tiempos modernos se han publicado libros sobre ese mismo tema, uno el Doctor Maxwel, a lo que recuerdo, y del abogado francés Rozier, un estudio en una de esas revistas que se ocupan de psicología. Este mismo autor escribió un artículo sobre el hechizo de que fué víctima cuando niño, Blas Pascal, el célebre filósofo, escritor y matemático. Y pone de manifiesto, a la orden del día, palabras, hechos y materias de que nos hablan con frecuencia y en que no paramos la atención, de magias blanca y negra, porque, en dos platos, andamos como sonámbulos. Sospecho que a tí te ha sucedido lo mismo y en que no has hecho caso para quedar como quedamos ahora extáticos a las puertas del misterio, y corridos delante de un hombre a quien creíamos desprovisto de todo conocimiento, y que se muestra sereno y triunfante en presencia de la torpeza de nuestro orgullo y de nuestra crasísima ignorancia.

—Aunque estoy muy a pié en estos intríngulis, no dejo de comprender que algunos de los que motejamos de lerdos y de brutos (por lo sabios que nos hemos conducido esta noche) están más al tanto que nosotros en muchos de esos fenómenos de imposible explicación por los sistemas corrientes; y ahora se me viene a la punta de la lengua una definición de magia, algo así como producir fenómenos físicos por medios no naturales. En ese mismo rincón de Moitaco no falta quien se dedique al arte y hay un hombre burdo que cura mordeduras de perros y de animales ponzoñosos, dolores de muela, las gusaneras de ganado y auyenta zorros y mata chinches y otras plagas, sin que nadie hasta la fecha haya podido averiguar cuáles son sus procedimientos o en qué se basan sus métodos. Lo cierto es que parece que no usa yerbas, bálsamos ni pócimas; que todo se reduce a una especie de acción o influencia personal que la ejerce directamente.

—Eso es tan antiguo como el mundo recuerda, a falta de otros, esos taumaturgos griegos, y del mismo modo es muy anciana la ignorancia de los que no nos ocupamos de esa materia por muchas causas, porque no es de nuestro gusto u oponemos a los hechos una vez realizados, la duda, la burla o lo que es peor, la negación sistemática.

Ortega empezó a roncar, y casi todos los otros individuos, excepción hecha de nuestro mago criollo. Estirado en su manta sobre la arena continuaba fumando y escuchando atentamente la conversación. De repente se sentó y con una gran tranquilidad les dijo:

—¡Qué jeringa! el espanto ese como que trataba de volver, porque he sentido unos esperezos por el espinazo.

—Ahora sí nos la compusimos, contestó Néstor; pero haz tú fuerza de remos para que no vuelva, pues lo que soy yo de nada sirvo para estas emergencias y se me aflojan mucho los gonces de las piernas. A los vivos, de carne y hueso, tal vez les embisto o los toreo con mi buena o mala capa; pero no me siento muy a mis anchas con tener que batirme con un contendor a quien no le veo la cara.

—Ya no será nada porque le torcí la tuerca otra vez.

Kalunga levantó la muñeca para ver su reloj de pulsera.

—Pero si es muy temprano, no son todavía las nueve, sin embargo, estaba pensando que con la grita de los tales ahogados, se nos iba a pasar la noche en vela. En todas partes para explicar estos hechos ocurren a decir que son aprehensiones, agüeros, temores, y cuando no llegan a tanto, echan mano de la sugestión, esa palabreja tan cómoda y a la que jamás le dan el estricto o verdadero sentido. En el caso actual de qué estábamos nosotros sugestionados cuando yo ni siquiera me figuraba que fuéramos ya tan lejos de toda alma viviente, y si acaso me ha pasado por la cabeza algo, era que no iba a salir sin camisa en mi comisión, pues a tuerto y a derecho, llevo más de la mitad del camino andado.

—Yo jamás me meto en honduras porque me enzanjono y me va peor. Por mi naturaleza soy inclinado a oír lo que se me dice, a observar lo que me atrae, y a no negar nada precipitadamente. Esta conducta mía me ha valido de mucho, y las gentes al no verme dispuesto a burlarme de ellas, a frotarles o chocarles en la sinceridad de sus creencias, en vez de huirme, se me acercan, y en lugar de retraerse, se me expanden y me hablan sin ambajes.

—Poco más o menos es el método que debe emplearse en cualquier materia en que úno se sienta muy fallo o indocumentado. Yo tengo por costumbre también lo que llamo atar cabos y cuando junto varios, los recorro uno a uno para apreciarlos mejor, y hacer el ovillo; y no soy ni poco ni mucho proclive a la burla o mofa de opiniones ajenas. Por el contrario, las tengo en la cuenta, y jamás me propaso en discutirlas, y cuando las encuentro sinceras tal vez las respeto más de lo que debiera. En mis andanzas y correrías por este enorme país, tan complejo en su formación y tan múltiple en las manifestaciones de su vida material y psíquica y que tan demasiado poco conocemos y estimamos, para desgracia nuestra, he recogido una buena porción de experiencias y observaciones de diversa índole, de esas que ruedan dispersas y que barajadas y confundidas unas con otras forman un *totum revolotum* abracadabrante, por no venirme a la lengua otro calificativo más estrambótico.

—Pero no ha publicado nada? Tendrá muchas curiosidades, ya que no puedo darles otro título.

—Soy un poco huraño para la publicidad, me toco y me palpo siempre incompleto, insatisfecho o inconforme.

—Eso también es un defecto.

—Peor es lo contrario. Esa rascazón por verse en letras de molde, por arribar al llegadero a salga lo que saliere.

—O en la primera página de un periódico con la estampa de la herejía a toda luz.

—Por eso no me tomifico ni a palos.

—Nada más que por eso?

—¿Y te parece poco?

—El motivo es fútil.

Y agregó entre risas:

—Pero es decidor el terminacho. ¿Es de su propio cuño?

—No me usurpo la invención; se le atribuye a don Rafael Pombo, de Colombia. Publicaba sus buenos versos de cuando en cuando y un amigo que los leía, trató de halagarlo con endilgarle una vez a quema ropa, que cuándo los recogía en volumen, que muchos admiradores no esperaban ya sino el tomo. Y le respondió eso, que le tenía miedo cerval a convertirse en libro, a tomificarse.

—Según y como.

—A todas luces es un peligro. Una composición suelta hoy, más o menos pasable, o como diría un fumador, fumable, vaya; y otra después, así de la misma facha, creo que no corran ningún temporal. Mas una sarta, verbigracia, de estrofas y estrofitas, y estrofones, de sonetos, soneticos y sonetotes, en metros cortos o larguísimos, unas veces con rima y otras sin ella, es preciso que sean de muy buena calidad para que úno resista de seguida su lectura. Porque tú sabes que la miel, aun con ser miel empalaga, y ¿cómo será lo que no tiene de panal ni es fabricado siquiera por abejas?

—Pero a ese paso, y con esa manera de juzgarse a sí mismo no hay quien soporte el batuqueo, y nadie publicaría nada y medio mundo se quedara inédito.

—Sería lo mejor. ¿Pero quién se salva de tomificarse? No conozco al santo literario o científico que resista a esa tentación. Es tanto lo que se publica hoy, que boquea o muere ape-

nas al nacer; es tanto el desbarajuste de la publicidad, que al caer úno en esa vorágine es casi seguro el hundimiento para siempre.

—¿Por qué escurrir el bulto a temores infundados o curarse en salud? ¿No habrá algo de exagerada suspicacia en quien se considera falto de lectores con anticipación a la prueba?

—De todo eso hay y abundan los fetos que no llegaron a la cuna porque se les cayeron a la partera o a la nodriza de las manos y se les despatarraron a disgusto de los padres. Dios me libre del totazo y me salve la parte.

—Pero yo me suponía que no se trataba de embriones o de sietemesinos, que si humanos son repugnantes, literarios o científicos a cualquiera matan de susto.

—Es que si úno no cae en gracia, aunque ande pelando los dientes y vendiendo risas, a ninguno le sacará ni con tirabuzón un par de muecas.

—Estoy en un corazón contigo, para recordar a Don Juan Montalvo. Muchos que trajinan por ahí, con un doliente caminar de pavo, porque les fué mal en la feria o porque los aturdió el primer bombo que les descerrajaron los compinches y porque nadie, en resumen, les hace caso, son un ejemplo viviente del peligro de vendaval que corremos con meternos a navegar sin conocer la brújula y de que nunca dejará de aplicarse el adagio: más vale caer en gracia que ser gracioso.

Antoñote se dobló también; con su volumen de búfalo quedó mancornado y con la boca abierta, siguió tras las huellas de Ortega y de los otros compañeros, o lo que es lo mismo, se apandillaron para un mismo fin y empezaron con unos preludios de ronquidos y concluyeron por una cencerrada estruendosa de respiraciones que semejaban el solo profundo de bajo absoluto de una orquesta gargantuana y pantagruélica.

Y con este arrullo de gargantas homéricas, a los incansables dialogantes invadidos por el sosiego de la noche los arrebujó el sueño en los pliegues de su clámide inconsútil y embrujada.

CAPITULO XII

Al salir de una curva de la costa y casi para entrar en otra, como a eso de las cuatro de la tarde, Néstor, que iba en popa, columbró hacia arriba y al lado derecho una toldería que se alzaba por gran trecho de la ribera y preguntó:

—Aquello es por fin la boca de Soapure? Parece el vivaque de un campamento; creo distinguir hasta unas banderolas.

Kalunga que se entretenía engolfado en un tomo de sus libros favoritos, la historia de Guicciardini, levantó la cabeza y miró hacia el lugar que indicaba el maestro.

—Sí, hombre, aquí no hay más bocas que las que acabas de nombrar, y las nuestras y las de los ángeles que vamos a encontrar emparrandados y alegrones.

Se vino a donde el compañero y los dos se pusieron a observar aquella parte descubierta de árboles que blanqueaba a la luz vesperal, con la semejanza de un caserío de las playas del mar Caribe y continuaron dialogando.

Ortega que estaba distraído con la mano en el timón, tal vez recordando las acampadas en aquel sitio, se deslizó en la conversación.

—Me parece que cuando bajé no había tantos ranchos. O ha llegado más gente del Cuchivero y de Caicara o es que ya algunos trabajadores, buscando embarque, han salido de los montes con su sarrapia.

—Como que hay mucha gente en la casa del general Crespo; veo como bultos en grupos por los corredores. Esta noche

me voy a sacar el ratón de la Piedra y voy a tirar un cuarto a espadas; o me dejan más limpio que talón de lavandera, o me llevo en el bolsillo unas onzas mejicanas o una manada de esas águilas que se pican las alas. Siempre lo ha de saber mi mama, y aquí no tengo a mi mujer ni hay palo de escoba que me ataje y no pierdo la ocasión, porque vienen los mejores tercios del Guárico y del Apure.

Néstor le respondió con zorruna pachorra:

—Cuidado por sacarse un ratón se le mete una ventregada en la barriga, y cuidado por meterse en camisa de once varas le queda el sayo muy ancho. Yo no sé una jota de juegos, y cuando me asomo a donde hay partida, me aterro al ver que un hombre sea capaz de exponer a una carta o a un trocito de hueso con pinticas negras, el fruto de sus ahorros o el jornal devengado a fuerza de sudores y privaciones.

Kalunga no podía dejar pasar aquella oportunidad para salir con una de las suyas.

—Eso va en gustos.

—Hay gustos que merecen palos.

—Te repito que eso va en gustos, como el de mascar corcho, como el de comprar lo que no se necesita, como el de vanagloriarse de lo que no se tiene, como el de galantear una mujer a quien no le caemos en gracia o nos rechaza o nos odia. Si no fuera por los gustos yo no estuviera aquí; me gusta andar del tumbo al tambo; soy pájaro que busca nuevos soles y nuevos climas.

El mascador de Ortega no se pudo quedar sin debatir y poner algo de su repertorio.

—Por los gustos es que se venden las telas. ¿Qué hace úno muchas veces después de tanto bregar, sino divertirse, como le parece o le conviene? En una ocasión en que me gané contrabandeando unos miles de pesos y me escapé de las uñas de un guardacostas sin saber cómo ni cuándo, a no ser que fuera un milagro de la Virgen del Valle, llegué a Margarita por la costa de Mosquito en tiempo de peregrinación, hecho puros andrajos y descalzo, y cuando me puse en una ropita decente para salir, me encontré con unos *curruñas* que iban para la fiesta y antes de llegar a casa por poco me dejan en la calle: en Palo Guarime

no me sacaron los ojos porque no pudieron y atraqué en mi casa a la madrugada, trasnochado y jumo, y cuando mi mujer me vió en ese estado y le conté, con esa franqueza que tienen los borrachos de echar todo para afuera, que me habían ganado casi toda la plata del negocio, aunque cargaba uno de los chicos en los brazos, enfurecida como una leona agarró un palo de escoba y me lo hizo añicos en la cabeza. Yo estaba tan pasado de copas que no hice ninguna *movención* para defenderme, y como me descalabró de veras, después tuvo dos trabajos: el de berrear por su media costilla y el de lavarme con ron blanco la cabeza.

Néstor ante la ingenuidad con que aquel marino curtido por la intemperie y las vicisitudes de penosas navegaciones, expresaba las locuras y desgracias de un vicio, le preguntó con suavidad:

—¿Y usted no se enmendó después de aquella lección tan objetiva y práctica?

—No sea tan niño. Entonces fué pior porque estaba chingo por desquitarme, y busqué los mismos cuartos que me habían desplumado, que no se hicieron de rogar, pues me consideraban muy manso. Empezamos la partida al anochecer, bebimos hasta caernos de nuestros pies y me aparecí al rancho con los claros del día. El susto no me cabía en el cuerpo y no encontraba cómo esconder la mochila de los reales. Me resolví por último y empujé la puerta, y dí el primer paso hacia adentro, cuando de repente, no mi media, sino mi naranja entera, me volvió a caer encima con más rabia que la vez anterior y para mejor componer con la tranca de la puerta, diciendo: "so vagabundo, so sinvergüenza, ¿estas son las horas de venir a tu casa?" Y yo corría por el corredor y por el patio gritándole: "pero me desquité, eso sí, pero me desquité".

—¿Y tampoco se enmendó con esa paliza?

—No juegue. Qué me iba a enmendar yo. Dicen que marrano pollero, ni que le corten el hocico.

—Y el que ha de morir con hambre aunque las ganas le sobren.

—Y árbol que crece torcido, jamás su tronco endereza, agregó Kalunga, que no me he de quedar sin mover los labios en este litigio, porque hay muchos puntos de vista desde donde se

puede calificar el juego que tiene varias facetas, una es la del vicio, otra es la del deporte, la de más allá es la diversión y la de siempre y de todos lados, la esperanza de acertar con un quinto de lotería y libertarse de un apuro, de una penuria, de acreedores implacables, de una situación insostenible por falta de lastre. Yo no he sido jugador ni podré serlo jamás, en el verdadero sentido de la palabra, y estoy a tres mil kilómetros del entretenido y del tahur; pero me encuentro con unos simpáticos amigos que están de juerga en un sitio de recreo, playas de baños, aguas termales y entonces hago de todo, y soy capaz hasta de emborracharme. Si fuera a defenderlo, no me faltarían argumentos; y ahora me acuerdo del ocultista Cavé, que dice con su sin igual maestría y con una belleza de estilo insuperable, que los hombres que han experimentado el mayor número de emociones, mueren con el beso de la juventud jugueteándoles en los labios.

El juego es un excitador de los más violentos. Si se quiere sacudir una adormecida sensibilidad, ejerce su acción como tal vez no lo haga el alcohol, el haschich, el opio, el pambutang de los indostánicos, el *yopo* de los indios guahibos, el *cassïri* de los aruaces, y tantos otros tóxicos de los cuales el hombre ha hecho uso, costumbre, necesidad, derroche o abuso, desde los más remotos tiempos hasta el momento presente en que vamos a presenciar, a ser testigos o actores de una de esas maneras o pasatiempos en donde ha encontrado el linaje humano—y para aprovechar la ocasión de encajarles una palabra griega—nepentes para las necesidades, nepentes para las tristezas y las melancolías, nepentes para ambiciones, angustias, infortunios! Convéncete, maestro *in pártibus,* al modo de los obispos que no tienen sede fija, que deambulas como las garzas errantes, convéncete que es preciso de toda precisión experimentar las emociones del juego, para que fenezcas como lo insinúa Cavé, con la juventud gorjeando versos en la boca anhelante de vida, de más vida, de luz, de más luz, palabras con que si mal no recuerdo, dijeron abur el poeta argentino Mármol y el enorme Goethe a las torpezas y tosquedades de nuestro pequeño planeta.

—Lo de *in pártibus,* se lo tomo en el aire y ahora le agrego lo de un chusco chupador de botellas, que cuando andaba de

tuna, se decía *en pelótibus.* Si en pelota me ha dejado la diócesis de la instrucción primaria, ¿qué hubiera sido si por meterme a devoto de catar emociones nuevas me pongo a brujulear unos naipes, a comprar unos quintos de loterías nacionales, que no dan un premio ni por equivocación, o me aferro en sacudir un *taturo* en la orilla de una mesa redonda, trajeada con un tapete de cualquier trapo y en medio de una cuerda de avispones que hacen bailar un dado como una zaranda y lo paran donde quieren, como un muchacho habilidoso un trompo en la uña?

—Pero en ese caso tal vez no vagaras por aquí y con los corcovos, saltos y brincos que te hubiese producido una partida de juego, no llevaras esa alma tan pusilánime de hoy, sino otra más firme y recia, más acerada y por consiguiente de mejor temple para resistir las coces de las cosas, de los tiempos y de los hombres. Entonces quizás estarías donde menos te lo figuras, en San Sebastián o en Monte Carlo, con la malévola intención de desvalijar a esos dos honrados establecimientos, refugio de individuos de la misma calaña; y entonces acaso en una noche de suerte te rodearían el cuello los brazos más bellos de las más bellas salteadoras de bolsillos y aturrullado, *ajonjeado,* jaleado con ósculos, caricias y mimos que no te harán todas las del propio o parecido género por estos desiertos y por estas soledades.

Ortega que estaba lelo oyendo por un lado y por el otro viendo que ya tocaban muy cerca de aquel lugar célebre en la recolección de la sarrapia, les soltó estas chinitas:

—Lo que es a mí no me quitarían el gusto de arriesgar unos bolívares ni porque me saliera mi mujer junto con mi suegra, cada una con un tizón en vez de una tranca y por hacerme unos chichones en la cabeza me la rajaran como una patilla. Esta noche juego porque sí; y concluyó entusiasmado:

—A ver, Antoñote: cogé la palanca, no vaya a ser que nos desnariguemos a boca de puerto contra un peñasco.

—Yo me desnarigaré, si acaso, contra una zamba y contra un joropo, repuso el *mastro,* y na más.

—Esta noche juegas y algo más, dijo Kalunga. Mira cómo andan paseando por la playa aquella parvada de inocentes, ele-

gantes alondras. ¿Por qué las habrán dejado venir los padres de familia, a riesgo de extraviarse y hasta de perderse por estos andurriales escabrosos?

Néstor que había oído contar, pero no estaba seguro, de que allí como en Manaos, en el Amazonas, después de la cosecha del caucho o durante ella, era un punto de cita y reunión de los tipos más diversos y opuestos del país, de hombres de avería, calaveras famosos y muchachas de rompe y rasga; al verlas del modo que decía Kalunga, se dió a contemplarlas con atención y al cabo de un rato y cuando ya iban a pisar tierra, soltó la palabra:

—Si no fuera porque lo está úno viendo tan a lo vivo, se figuraría que eran embustes o que exageraban; parece que ha llegado alguna vendedora de sombreros de la *Compañía Francesa*, de *El Liverpool* o un agente de los marroquíes de *El Gallo de Oro*, y que las acabaran de desempaquetar. Las criollas de éstos y otros vecindarios, cuando más se emperejilan y adornan, se calan un cucurucho de caña o fieltro o andan con la cholla descubierta, con un par de crinejas o una sola mecha colgándoles por la espalda.

—Aguanta! Antoñote, repuso el patrón, que yo no me trabuco en la playa ni en lo seco.

El forzudo margariteño clavó la palanca en la peña y resistió el choque de la *falca* que se estremeció tan suavemente, que apenas lo sintieron los demás tripulantes y los dos pasajeros al montar la proa sobre la orilla, y saltó a tierra con un cabo en la mano para atarlo en cualquier raíz o tronco y asegurar la embarcación. Y sobre la marcha y a las volandas para aprovechar la luz de aquel clarísimo crepúsculo de febrero, empezó el desembarque en silencio, en orden, con la mayor rapidez.

CAPITULO XIII

Después de la comida empezaron a desfilar grupos de aquella heterogénea población. La casa principal, construida a expensas del general Crespo, de amplios corredores y departamentos espaciosos, dependencias capaces, estaba bien iluminada con lámparas de kerosén a profusión, de trecho en trecho, colgando de las viguetas y hasta de los horcones. Allí era el foco obligado de la reunión. Montes, el propietario actual, tiene un establecimiento de comercio, al por mayor y al detal, y múltiple porque se ocupa de los ramos de quincalla, de botillería y de víveres. Allí es donde hacen las mayores transacciones de sarrapia, porque concurren los recolectores de diversos lugares, del propio Soapure, del Cuchivero, en fin, de todas las márgenes y afluentes del Caura. Es original y pintoresca aquella conglomeración de gente: acuden de ciudades y pueblos y de los puntos más distantes. Al halago de que cualquiera persona, con asolearse un poco y divertirse con las garrapatas, puede recoger y abrir unos quintales de la fruta, no hay holgazán que no se arriesgue a visitar aquellas regiones. Y al entusiasmo que despierta el ir y venir de los explotadores y sus peones, se animan los más pesimistas, y una vez resueltos, se dirigen y llegan al asiento del negocio. Por lo tanto, no es de extrañar el que se encuentre úno inesperadamente con los tipos más opuestos en la situación geográfica del país, como el *villorro,* el maracaibero, el barinés, el carabobeño; así el habitante de las mesetas andinas, como el de los llanos y de las costas. Y si en otros tiempos el escándalo de la

producción aurífera atraía al Callao una población cosmopolita, flotante y abigarrada, y si lo mismo sucedió en Aroa en las buenas épocas del cobre, igual cosa arribó en el Caura cuando en uno de los tantos altibajos a que está expuesto el producto alcanza la sarrapia precios fabulosos. Tal acaeció por aquel entonces. Y como las aves emigran en pos de benignos y propicios climas, tampoco es de admirar que hacia allá tendieran el vuelo y en las frondas de aquellas riberas se posaran las bípedas más populares y desenvueltas.

Fernando Gómez Boada había encontrado a nuestros amigos y junto con ellos formaba un grupo, en frente y no lejos de la casa. Les explicó que por una casualidad, a su arribo al lugar, supo las estrecheces y penurias que estaba pasando Bocayuba con su gente, al pié del raudal de Para, en las islas. Y que por pronta maniobra, le embarcó las provisiones de que carecía con mayor urgencia: sal, pescado, harinas de maíz y de trigo, papelón, cazabe y tabaco. Que él mismo hizo un viaje para verlo y tratar algunos puntos y que aprovechaba también la ocasión que le presentaban para acompañarlos desde el día siguiente.

Por delante de ellos desfilaron algunas pájaras. Néstor las reconoció sin darse por entendido, mas comentó el caso.

—Pero si aquí están las de Tucupita. Me parece que son la Garza, la Bala de Máusser, la Mondonguito y la Culisa.

—¿De Tucupita no más? respondió Gómez Boada. Aquí se ha dado cita toda la pícara y alegre familia.

Se callaron; venía pasando muy cerca un par trajeado de lujo, con sus llamativos sombrerotes, con sus ringorrangos. Kalunga, que las conoció, también se hizo el sueco; pero cuando se alejaron varios pasos, prorrumpió:

—Estas caraqueñas le meten una caña a cualquiera. La Chucha, la Pichú y la Terracota están echándolas de gran cacao; falta la Viuda Alegre. Y ¿por qué no convidarían a la Casta Susana? Quien no las conozca que las compre y que se les convierta en salud.

Y no había acabado de hablar cuando se aparecieron las valencianas representantes del mismo género: La Mocotí, La Cochano, La Barco Sereno y Las Morochas.

—Esta es una revista de teatro: se las exhibe a manadas y de bulto.

Iba a continuar Kalunga, pero fué interrumpido por la llegada de dos mozos a quienes presentó Gómez Boada.

—El ciudadano jefe civil de Caicara, Perico Pérez, y su secretario, Basilio Rosas.

El magistrado de la urbe en referencia empezó a hablar con una locuacidad casi alarmante por lo incontenible. Les hizo unas encima de otras, preguntas tras de preguntas, hasta quedar satisfecho, si es que satisfacerse puede a los preguntones de ese jaez. Vestía de blusa y de blanco, sombrero alicaído hacia la oreja izquierda, a la Alfonso XIII. Cuando ya no tuvo más qué interrogarles, sin ton ni son se puso a hablar de toros, y de diestros, y de cómicos y de aventuras, en fin, la mar... A la distancia, de lejos, a tiro de cañón, estaba demostrando que sus relaciones de larga data con esa gentuza eran frecuentes e íntimas. A lo último acabó con Belmonte: lo puso de vuelta y media, y lo consideraba un torero adocenado, un esperpento por el mal talante del individuo; y así, de charloteo en charloteo, concluyó porque se le agotaron las palabras, pero no porque se le cansara la lengua.

El secretario, que no había podido chistar ni hacer otra cosa que tragar saliva mientras duraba el chaparrón y que era con su inmediato superior, tipo de la misma ralea y pelaje y hasta muy parecido el uno al otro en la edad, el color de los vestidos y maneras, al encontrar aquella coyuntura o lo que es igual, conseguir que le diese cartas, echó su cuarto a espadas.

—Es lo cierto que por aquí no faltan diversiones. La zamurada que se ha reunido no piensa pasar la noche rezando. Cuajamos el proyecto de dos *joropos*, el uno aristocrático y el otro popular. El primero con las sílfides de más quipú, y el segundo con todas esas chinchurrias que ni de molde nos han caído del techo. De modo que sobra donde elegir. Eso será tarde; lo que soy yo no voy a comprometer la digestión con un zangoloteo, porque antes tendremos una partida como de encargo; hay cuartos que no se desnivelan ni gotean; ustedes deben conocer algunos: Alamís, el hacendado de Cagua, que cuenta más cachos de res en sus potreros que una sabana apureña; Casiodoro, ese gallero tocuyano, muy peligroso y relancino, un

titiritero en toda regla. Son muchos los platudos que puede úno desplatar, si se dejan, porque no son mancos ni ciegos, pues le paran a úno un par de senas en la punta de un cuchillo. Por ahí anda rondando y con su cara de bobo, Olaizola, el gordote bonachón que en las temporadas de Macuto a cualquiera le hace ver candelillas. Por ahí nos husmea las huellas Muelsarío, aquel empleado de sanidad, a quien bautizó así una vieja en Maiquetía, porque en la furia de matar mosquitos le derrengó unas matas de cambur que tenía en el patio. En fin, que por avispas o por zánganos no faltarán avisperos. Yo, por supuesto, no figuraré ni como tercio entre tanta gente de entrecijo gordo, mas no faltará por algún lado donde empezar el manipuleo, y si no me cortan las alas en los primeros tijeretazos, ya van a saber hasta dónde remonto el vuelo, porque en materia de paradas, mientras más grandes me las hacen con más gusto las tiro. Y después aunque me pongan a bailar de cabeza, me limpien y me dejen de a huevo, todo es lo mismo; para un gusto un susto, ya que siempre no se escaparán las orejas de un halón de mi mama.

Si la primera talla fué para asustar al más guapo, ésta no se le quedó atrás. Ninguno de los circunstantes trató a derechas de contestarle y el secretario los miraba como queriendo sacarles una respuesta cónsona con sus gustos o aficiones. Perico se vió en la necesidad de inmiscuirse y secundarlo.

—¿Qué les parece? Por falta de ocasiones no dejaremos de divertirnos. La pelotera va a ser tronitosa. Si ustedes se dedican, no dejen de hacerlo; por allí por el corredor de la bodega nos encontraremos. Y hasta luego.

Los tres advenedizos siguieron por la orilla de la playa. La animación era mucha. Por todas partes relucían las luces de los tenduchos o barracas donde se aglomeraba el gentío, y desde lejos aquello presentaba el aspecto de un campamento de nuestras guerras civiles. Dado lo temprano de la hora marcharon tras de la pista de las dos autoridades que se perdían entre la multitud. Pararon para fisgonear el primer grupo que se encontraron alrededor de una mesa, en cuyo centro aparecía el juego de *cacha*. El encargado de la talla dejaba correr la bolita por el tubo encorvado que tal vez le da el nombre. Las cabezas de los apostadores se inclinaban para

ver mejor y sin mostrar zozobra, pero anhelantes aguardaban el número favorecido. Eran todos peones denegridos por el clima, de color enfermizo, barbilargos, desgreñados, las blusas abiertas al desgaire, apoyada la una mano en la tabla y la otra con un bejuco o un rebenque. Aquello no era para detenerse mucho rato y reanudaron la caminata, y a poco andar se detuvieron en otro círculo de personas donde también lucía un artefacto igual o parecido. Se trataba de una ruleta de caballitos y el juego estaba más animado porque había mujeres y la Mondonguito formaba un escándalo cada vez que perdía. El impasible tallador aguantaba cabizbajo y pacienzudo todos los comentarios, dicharachas y cuchufletas de unos y otros.

Decía la una:

—Déle vueltas al perol ese, a ver si el gancho de ballena se detiene por fin en el animal donde pongo mi plata.

—Si estás esperando a que caiga donde apuntas te va a coger el día, porque a mí no me ha salido una sola vez. ¡Qué jueguito pa más ladrón!

—Si no fuera ladrón, se metió la Garza, ¿de qué le serviría el negocio al amigo?

—Oigan, prorrumpió saliendo de su cachaza el amo del *coroto,* embozalen la lengua o no les permito más apuestas.

—¡Pero qué delicado es por las orejas!

—¡Si son chanzas!

—Gánenos los centavos, pero no se disguste. Déle la última vuelta a ver si se pára en el zorro, instó la Mondonguito, que era la más perdidosa.

—El misifús es el que te va a salir; no seas tan majadera, le contestó la Garza.

El anuncio se cumplió al pié de la letra, porque la varita se empeñó en detener al gato que era el animal que antecedía en la rueda de figuras. Y las compañeras soltaron estrepitosa carcajada, que la secundaron también los apostadores masculinos, porque la Culisa se echó para atrás gritando con aspavientos:

—Te arañó ese bicho que tanto nos persigue!

Y después de este retozo de las festivas tucupitenses, en medio del silencio de los interesados y los mirones, siguió girando el mecanismo de escamotear.

Los paseadores dejaron aquella mesa y se encaminaron hacia un árbol en cuyo tallo chisporroteaba una candileja, por encima de las cabezas de unos cuantos aficionados a las pintas, como decían los soldados españoles que iban a Flandes. Una cobija de bayeta en el suelo, cubierta con una colcha blanca, servía de tapete, y apenas llegaron se oyó la voz de un jugador.

—Paro; acábeme de sacar de penas, pero démele maraca a ese *taturo*.

El aludido, moviendo hacia arriba y hacia abajo el cubilete de baqueta, hizo sonar los cubos de hueso y prorrumpió:

—Topo y lo ensarto.

—¡Qué va a ensartar usted! volvió a decir el primero.

Mientras tanto los dados corrían paralelamente desde el uno hasta el otro borde del acolchonado espacio, y cuando cesó el movimiento, el que había tirado la parada y que por la distancia no podía distinguir bien las pintas, preguntó:

—¿Suertes o senas?

—Boca abajo, le repuso el otro, y estiró la mano sobre el montón de plata y lo arrastró a su puésto.

El errado (término del juego) volvió a decir:

—Cargo, y ábrala gorda.

—Pinto, respondió el invitado, partiendo su dinero en dos porciones.

Sonó de nuevo la maraca y la voz del ganador con acento de chacota.

—Y no la pase de punto, que lo espero ahora de cuatro, aunque no sea de patas.

—O boca arriba, con tal que sean presados.

Los dados tornaron a correr y al pararse quedaron mostrando en las blancas facetas un par de flechas o de guiones que son la marca del número tres en el popular juego. Y unos dedos largos y ásperos cayeron de pronto y arramblaron por todo el centro del tapete la pila heterogénea de monedas.

—Me embazó con ese par de lanzas que siempre me han amolado.

—Diga la otra; no se corra en lo limpio.

Era la chanza del ganador porque el recién perdido se alzaba del suelo, sacudiéndose las manos y diciendo:

—Pa su viejo; vaya que lo acaricie una caimana, y si es muerto que le salga a otro.

Y tomó el portante.

Los tres fisgoneadores se dieron por satisfechos y regresaron. En el camino, por entre la morralla, encontraron a Ortega que rodaba de mesa en mesa haciendo el mismo oficio. Y les habló:

—Pero qué gente pa más jugadora; hasta el jefe civil está prendido de las orejas de un *taturo*. Allá arriba se divierten los chivatos.

—¿Y tú no te animas? le respondió Kalunga.

—Si fueran barajas y tallaran un monte, sería capaz de romper el juramento que hice cuando me dejaron sin camisa en las últimas fiestas de El Valle. Pero con ese dominó chiquito, con esos huesos de muerto, primero me sacan una muela que un centavo.

Y siguió de largo con su ociosidad. Y ellos también, por lo ocupadísimos, sin dirección. La noche era muy clara, muy estrellada, con apacibilidad de verano y la brisa que batía los ramajes circunvecinos, ponía una nota de frescura en el ambiente cálido. Las hadas buenas repicaron en la imaginación de Néstor las campanillas de la historia.

—Hacía tiempos que no veía una feria; no me figuraba que en estos escondrijos de nuestra tierra hubiese una tan animada ni en la que se jugara tanto. Pero ya se ve; lo que se hereda no se hurta; ese mal lo tenemos en la sangre. Nuestros abuelos, los exploradores del siglo XVI, trajeron con su fuerza, con sus bríos, con su arrojo, la ambición y el derroche, y hemos seguido imperturbables en ese y en otros muchos respectos.

—Continúa, vacía tu saco de baratijas; me estás dando en la vena del gusto.

—Con tal que no me eche a perder la figura, ni me hostigue con alfilerazos, le bailo la contradanza.

—Tú te contoneas, aunque como el del oso de la fábula, tu auditorio sea de hocico y de cerda.

—Ya ve si tenía razón. Usted me hace zarandear y brincar más que un trompo *tatareto.*

—Bueno, no te halo la cuerda por lo delgado.

—Porque se nos rompe. Decía, pues, o trataba de contar que desde la conquista sembraron semillas que revientan y empimpollan con la exuberancia de las tierras vírgenes y feraces. Cuando Balboa regresaba del descubrimiento del mar Pacífico, si no me calabacea la memoria, paró en el asiento de un cacique caribe para repartir el botín de la expedición. Mas tuvo el talento y buen acuerdo, que pocas veces le faltaron, de no intervenir él mismo en la distribución de las porciones a oficiales y soldados, y los dejó que la hicieran a su talante. Era de noche y estaban debajo de unos árboles en el patio del caney alumbrado con antorchas. A discreción y con rabia se entregaron al juego. Y ya muy tarde se armó una gresca de lo más endiablada y peligrosa, como sin duda lo presentía aquel hombre formidable que se había retirado a tiempo. Echaron manos de las espadas y de los arcabuces, vociferaban como energúmenos, y a pique de ensangrentarse sin misericordia, volvió hacia ellos con su admirable sangre fría. A duras penas logró contener aquel desorden e imponer su autoridad de jefe y camarada. Hubo un suceso extraño que los llenó de estupor y asombro; aquel primitivo indígena, morador de la selva, que no había visto un pueblo ni una ciudad ni nada de la civilización de su tiempo, dejó oir su voz severa increpándoles a su modo y en su lenguaje lo mucho que le sorprendía el que hombres de tal clase y condición se fuesen a herir o asesinar por una cosa tan inservible como aquellas piedras, aquel polvo, aquellos granos o baratijas de oro. Y después de extinguirse el alboroto se entregaron de nuevo a jugar, con mayor furia, con mayor desesperación, hasta el amanecer.

—Ya ves que no te metí la pata en todo tu bambuco. Te despepitaste a todo tu sabor. Pero ahora me vas a coger este otro trompo en la uña. Si vamos a buscar el origen del juego, no escaseará con qué divertirte. Aquel Rodrigo Caro, el de los versos famosos a las ruinas de Itálica, dejó una obra erudita

sobre la materia. Y en ella quedan de relieve algunas peregrinas curiosidades, como la de que cuando los soldados romanos llegaron a la célebre Hispalis (por otro nombre Sevilla, seor dómine) con la taba en la mano, encontraron que los nativos (llámalos iberos, si te place) se entretenían con igual pasatiempo, con la *huesa,* nombre que también dan en los Andes a ese juego, cuyo instrumento es la choquezuela o rótula del ganado vacuno, caballar o cabrío y etcétera, porque la he visto de todos los tamaños y de toda clase de animal.

—Otra vez, para remate, me pegó en el suelo.

—Pero me falta aún ajustarte los tornillos. Si nos seguimos remontando por un orinoco de la historia, se encuentra que pintan el dios Baco en los más enrevesados y oscuros palimpsestos entretenido con un par de dados en la mano.

Gómez Boada que era de suyo silencioso, reflexivo, y oía siempre con una señalada atención, tomó la palabra.

—Por todas las costas de Oriente, sabemos que muchos de los jefes de la Independencia, cual más, cual menos, tiraban parada tras de parada, cuando se les presentaba la ocasión o cuando los españoles no los tenían con la cola alta, acaso con más ganas y empeño que aquellos cuartos de lujo que con el taturo están debajo del árbol. A Mariño, a Bermúdez, a Valdez, y quién sabe a cuántos más, no los asustaban con pararles duro, pues era para ellos lo mismo que beber horchata o combatir.

—¿Y Urdaneta? dijo Kalunga:

—Urdaneta, el de la retirada de Valencia? murmuró el maestro.

—El mismo. ¿Cuál otro va a ser? Jugaba el sol antes de salir. Era su única debilidad, y tan grande que sólo se la puede comparar con su decisión por la causa de la patria, su lealtad al Libertador y su corajuda intrepidez para reñir batallas y ganar victorias. En sus carteras hay apuntes raros de cosas privadas y de partidas despampanantes. En las bien conservadas páginas de la que conserva un amigo mío, la prueba al canto: "Anoche estuvimos en casa de doña Josefa (una tercia muy conocida de la aristocracia caraqueña, que también le jalaba

las orejas a Jorge) y me dejaron limpio, como Dios quiere a sus almas; pero el viejo (se refería al de Junín) me prestó treinta onzas para sacarme del trance".

—Hasta en eso revela su corazón, ingenuo pero grande.

—Qué me place la figura política y militar de este hombre, que andaba a pié quedo, sin ostentaciones, que no hacía casi ruido y que era capaz de formar tempestades y dominarlas. La noche del 25 de septiembre, esa noche de pavura, tal vez la noche más sombría de la libertad del Nuevo Mundo, trepó al ápice de la grandeza con la ferocidad de su intimación: " Si antes de amanecer no apareciere su Excelencia el Libertador, pasaré a cuchillo a toda la población de Bogotá."

—¡Qué contextura de hombre!

Gómez Boada sonreía con sus grandes ojos, silencioso.

—Esa es la fibra de los héroes, continuó Kalunga. Si para solemnizar los funerales de Efestión, que no era sino un hermoso soldado griego y un amigo íntimo, Alejandro quemó a Persépolis, qué hecatombe mejor hubiera ofrecido un Efestión del tamaño de Urdaneta para celebrar la muerte de un Alejandro cuya magnitud no tiene límites!

Néstor emocionado se enfrentó a Kalunga y al verle en los ojos chispeantes la exaltación de su amor patrio, le dijo con voz trémula:

—Me ha hecho crugir los huesos. Yo no conocía ese rasgo; lo llamaré apocalíptico.

Y los tres desfilaron callados camino de la casa citada que a lo lejos manifestaba, por el derroche de luces, como si hubiese en aquellos recónditos parajes preludios de una fiesta de ciudad y de gran lucimiento y no una reunión de burdos trabajadores y de tipos diversos y realengos.

Del mutismo en que los hundió la entusiasta peroración vino a sacarlos un trío de músicos andariegos, que con cuatro, furruco y maracas iba tocando, arrimándose y pidiendo un óbolo metálico a los grupos de personas de viso que encontraba al paso. El del instrumento, quitándose el sombrero, entonó con toda la fuerza de su voz aguardientosa y carraspeante:

Si acaso fueres al Llano
Y no llevares avío,
Cantando se quita el hambre
Y andando se quita el frío.

Trataba de repetirla o los amagaba con otra del mismo jaez y tono, cuando Kalunga se lo impidió.

—Pero, chico, por lo visto tú no te has quitado ni una ni otra cosa, aunque hayas hecho la diligencia.

—Hombre, mi amo, el que a buen palo se arrima, buena sombra le cae encima; usté nos quitará las dos; se lo estoy viendo en la cara.

—Bueno, echa pa lante: con tal que cantes algo que tenga algún chiste, si no te las quito entrambas te daré un coscorrón de ñapa para despertarte de la juma que se te olvidó contarla también entre tus haberes.

Los tres peregrinos pedigüeños que eran de pies a cabeza unos triquitraques reventados por la fisonomía y empaque grotescos y por las ropas hechas tiras, se secretearon, discutieron y al fin de muchos dimes y diretes, ya convenidos, el de las maracas lanzó a los oyentes esta muestra de su repertorio:

El gusto que a mí me da
Con un tuerto enamorado,
Es verle relampaguear
El candil que le ha quedado.

—Carrizo! se le enfriaron las empanadas; esa es antiquísima, habló Néstor; tú has salido como el payaso aquel con los dientes pelados y desternillándose de risa, porque estaba estrenando una camisa nueva, hecha recientemente con unas naguas viejas y deshilachadas que tenía su mama.

—Pero esa salida suya es tan recién nacida, que ya está mascando el agua. Cada uno da lo que tiene: el *tuno* espinas, el peje escamas, la garza plumas; dénos la plata que será el mejor chiste picante de ustedes pa nosotros.

Kalunga considerando que era oportuno quitarse aquellas malas pécoras de encima, se metió la mano al bolsillo y al sonido de las lochas, el cazurro del instrumentista gangueó por lo bajo:

—Como no nos vaya a salir con unas tres medias onzas, no hay peligro, muchachos, todo está bueno.

—Eso se quisiera el sapo, que lo tiren al pozo, murmuró el aludido; la buena voluntad me sobra, pero no las *lochas* que son ariscas.

Y le entregó una manotada de estas individuas que a veces, como los malos vecinos, hacen estorbo y molestan mucho, según el parecer de un estudiante, pero no siempre.

Gómez Boada les endilgó a su vez:

—Les voy a dar un consejo, aunque no me lo están pidiendo: en lugar de pedir por cantar esas tonadas que se les olvidó salar, deben pagarle a úno para que se las escuche sin hacer muecas ni estornudar.

—Caramba! con los *patiquincitos* éstos, refunfuñó el del furruco; son más descontentadizos que una moza de quince años; y yo que pensaba aclararme el pecho para echar el resto.

—Pues échalo, que si tus *curruñas* no han tenido ni sal ni pimienta, tú tampoco las habrás olido, les volvió a encajar.

El del cuatro que no había descansado en registrar las cuerdas, en ajustar una que otra clavija de su tosco instrumento, se apresuró a tocar un aire alegre y bullanguero, sin dar las más ligeras muestras de preocuparse por lo que pudiera abortar el majín de su compañero. El del furruco no se hizo esperar con una mortificadora antesala, de esas que llaman ministeriales, y soltó al viento:

Mi mujer y mi furruco
Se me perdieron a un tiempo;
Qué mujer ni qué demonio,
Mi furruco es lo que siento.

Y por fortuna siguieron su rumbo, dieron la espalda, que según los chinos es la posición más lisonjera de una despedida y nuestros noveleros se endilgaron hacia la casa principal. En el trecho encontraron buena porción de viandantes con dirección a la playa donde por el estruendo parecía tomar cuerpo a cada momento la guachafita: sonaban músicas, gritos, cantares, algunos cohetes hendían con ruido el aire y al estallar en la

altura, se desparramaban en rosas de luces de bengala iluminando al caer en lágrimas brillantes las aguas entenebrecidas del Caura.

Había muchas gentes del uno y del otro sexo yendo y viniendo por los corredores para matar el ocio, algunas personas estaban apoyadas de codos o de espaldas en las barandas. No les fué hacedero hallar espacio; después de varias andanzas se situaron en uno de los tramos acabados de desocupar y Kalunga quedó bastante cerca de una pareja que, estantillo de por medio, dialogaba a más y mejor muy entretenida y despreocupada. Luego a luego distinguió la voz del *gentleman.*

—Pero qué vas a hacer? ¿Qué cucarachas se te han metido en la cabeza? No vayas a figurarte que estamos en Caracas y que hay un coche de balde y nos acepta gratis o un auto medio renco y vayamos hacia Puente de Hierro o nos tendemos a toda velocidad por la carretera de Petare. Aquí, gracias al dueño de esta casa, el amable gordiflón que nos tolera, encontrarán los que trasnochan dónde colgar sus hamacas o sus chinchorros cuando canten los gallos de la madrugada, y los demás que se encaramen a buen tiempo como micos en las matas de guayabo y que cojan fresco.

No pudo oír la respuesta que fué muy susurrada al oído del tenorio, quien levantó la cabeza para fijarse en el vecino del lado, y al conocerlo, le dirigió la palabra.

—Hombre, deseaba verlo, la cosa está muy concurrida y animada, el rancho ardiendo; ¿como que no tiene ganas de incurrir? Lo veo muy desalentado, entusiásmese; quién quita que le venga una racha.

—Y usted qué hizo? Cómo lo trataron? ¿Ya probó suerte?

—Cómo que si la probé, y la saboreé también; primero deja el sol de salir y la luna de alumbrar, que yo de hacerle carantoñas a esa joven.

—Y cómo le fué?

—Que me llevaron arreado y no para el cielo; que me sacaron de bola a las primeras de cambio. No me dejaron calentar el puésto; ni siquiera figuré como tercio. Y se echó a reír.

—Entonces fué la mujer la que alzó la cabeza hacia atrás, y separándose del horcón, dejó ver a plena claridad su pal-

mito. Era una andariega internacional de buena apariencia, vistosa, carnuda, aunque bastante ajada, a quien por el derroche de extractos, lociones y aguas odoríferas en su tocado, la denominaban con el lozano apodo de La Perfume y la cual desalentada en sus proyectos, sin ceremonias se fué deslizando por la parte sur del corredor. Aprovechó la circunstancia el secretario, que no era otro el corrido galanteador, e invitó a Kalunga para ir a la pieza del juego. Cuando llegaron había una discusión acalorada entre Perico Pérez y un apureño barbudo y mal encarado, de ojos verdosos y cuencanudos. Concluido el debate con la explicación y sentencia impartida por uno de los más peritos en el arte, el jefe civil de nuevo cuño y a la moderna, todo afeitado y sin catadura de guerrillero ni de general de encrucijada, al descubrir a Kalunga entre los espectadores le llamó la atención y le brindó asiento. Este no se hizo de pencas y le manifestó que por lo pronto no lo consideraran sino como mirón.

El apureño, que ostentaba por delante un montón informe de monedas de oro y de plata, miraba con fijeza una parada que duraba desde largo rato sin que lograran decidirla aún. De súbito cuando conjeturó el momento oportuno por una de esas cábalas o signos tan frecuentes en los que se arriesgan a exponer su dinero al azar, empujó un bloque de gran tamaño hacia adelante, y poniendo de cola el *taturo*, invitó al que consideraba próximo a perder:

—Centavo atrás, pinto.

—Topo a usted también.

Y así como la suerte había tardado un largo espacio en decidirse, al salir este nuevo cuarto, cayó un par de senas apenas había acabado de abrir la boca. El chasqueado jugador se pasó la mano por la pretina, se despojó del cinturón, y al colocarlo sobre la mesa, lo estuvo moviendo de un lado para el otro y sacándole monedas con gran calma y serenidad. Una vez que ya las tenía listas, se dirigió al mismo que le había ganado y le dijo:

—Señor Dalton, tire estos treses, y le abrió la parada en esta forma:

—Topo, señor Acquatella, y véngase.

—Topo, musiú Dalton.

—Topo, musiú Acquatella...

Entre topo y topo y cherchando con estas conocidas firmas de Ciudad Bolívar, al cabo de muchas idas y venidas, y de musiú por aquí y de musiú por allá se produjo una algazara de comentarios y de quid pro quo y una retozona hilaridad de los presentes, porque los dos individuos empeñados en ganarse, en realidad de verdad eran clientes efectivos de aquellos dos comerciantes.

—Topo, señor Dalton...

Un par de ases quedó como pegado con cera sobre el tapete blanco.

—Véngase, mi viejo Acquatella; le torcí el pescuezo al jurungo, prorrumpió el favorecido. Véngase con facturas, correspondencia, *maritates* y todo, que lo voy a liquidar en una despabilada de ojos.

Echó mano al montón y continuó el dale que dale a la coptelera del *taturo*.

Le relumbraron agresivos los ojos rayados al apureño, y tirando con violencia el cinturón sobre la mesa, le gritó al contrario:

—Paro, y ábrase de piernas.

—Topo y lo arrastro...

Ni siquiera corrieron los dados; se había repetido el azar y se oyó una voz ronca del último que acababa de hablar.

—Cuéntese, este hombre siempre me ha sacado de metra.

El reciente vencedor agarró el cinturón por una punta y lo fué magullando y exprimiendo poco a poco.

Era un chorro bimetálico de diversas monedas mezclado con billetes, cheques, vales, papeles en dobleces, arrugados, desleídos, mugrientos. Y con suma minuciosidad empezó a escogerlos, a abrirlos, y mostrarlos a la vez que los ordenaba y hacía la cuenta. Concluyó diciendo:

—Creo que ha pasado con armas, municiones y bagajes; seis mil y pico de bolívares.

El perdedor, bien convencido del total que había en aquella busaca de cuero, se puso de pies y dijo:

—Arrastre... ¡Pero qué arrastrada suerte tengo esta noche! No me dejan coger alas; estoy de malas. Y se fué.

Luego al instante los demás jugadores se movían entusiasmados, pues siempre en caso igual se imaginan que es el punto feliz de ganar, salir después de un lance de esa especie; se precipitaron en lo que llaman abrir paradas y sólo podían oírse entre el alboroto y vocería algunas palabras distintas y claras:

—A mí, paro pinto.

—A mí también, no me deje afuera; paro.

—Cinco y seis.

—Treses.

—Pinto y cola atrás.

—Más paro.

—Más pinto.

—Más treses.

El apureño se levantó y fué rectificando las paradas de uno en uno, preguntando cómo es la suya y la de usted, y esta otra; no me gustan pulludas; hágamela más cabezona, y satisfecho de la aclaración y maraca que te maraqueo, prorrumpió al cabo:

—Ninguno lamiendo engorda; siempre lo han de saber en casa, y el que menos puja echa una lombriz; topo a todos.

El dado fué circulando sin interrupción de una en otra persona del redondel hasta que en medio del silencio y de una gran espectativa, volvió a las manos del ojirayado jugador. Batió con empeño y delicia aquellos huesos de indio, muelas de caimán, quijadas de asno o marfiles, que con todos éstos y otros muchos nombres más se les moteja en una jugada alegre y entre buenos tercios, y tornó a interrumpir:

—Topo a todos, *culimbos.*

Ternos y pestes respondieron a la última voz del afortunado que les paró, como mandadas a hacer en el aire las calles de Valencia, nombre con que los conocedores del oficio, por lo rectas y paralelas denominan un clásico par de senas. Estiró en derredor de la mesa una mano velluda, huesosa, curtida y se trajo en un abrir y cerrar de ojos todos aquellos diseminados rimeros de diferentes monedas, libranzas y valores y los reunió con el suyo propio, formando así un pilón macizo, abigarrado y alto, de aquellos que no los salva un venado de un brinco.

Empezó con gran pausa a contar hacia un lado lo que era metálico, hacia otro lo de papel, mientras que tornaban a oírse otra vez insistentes palabras de envite.

—Acábeme de robar. Pinto.

—Tire esta otra.

—Cinco y seis.

—Repita, aquí tiene unos treses.

Los dejó hablar, tornaban a hacer las apuestas, pero seguía impasible en su labor de arreglar aquel desorden.

Mientras tanto Kalunga que había observado atentamente las peripecias de la jugada y que con un par de morocotas en la diestra de puro apretarlas hacía chillar las águilas, sintió un vivo impulso de probar fortuna y soltándolas calientes de la mano, se las mostró con el dedo al apureño, y le dijo suavemente:

—Yo también quiero caer en la nasa o darle unos pellizcos a esa jalea. Tire esta pintica, pero a mí solo.

El *mamerto,* según la voz del juego, que estaba ya de viaje, y se montaba (vocablo del mismo oficio para indicar que se guardan las ganancias) o se apuñaleaba—término también de la citada profesión para significar lo mismo,— lo miró muy desdeñosamente y le contestó:

—Cárguela más, esas son unas salivitas de loro.

—Si son salivas, bárralas porque estorban.

—Qué vamos a hacer, a tanto instar se resuelve úno; topo!

Y echó, para completar la esquivez, un par de cuatros redondos. Y como suele suceder que en esos casos el ganancioso se considera invencible y que la caprichosa e inconstante hembra de la fortuna no le habrá de regatear nunca el cariño y los favores, se disgustó por aquel inesperado y súbito revés, y volviendo a coger los dados, dijo con voz agria:

—Cargo.

—Paro.

—Topo.

Y volvieron a caer sobre la mesa los repugnantes y fatídicos azares.

—Cargo.

—Paro.

—Topo.

Un gran silencio se cernía en la pieza; los jugadores con los ojos ávidos seguían el curso de aquel ir venir de los dados en que llevaba la peor parte el empedernido y viejo jugador. No habían pasado tal vez escasos veinte minutos cuando el cerro de oro en lugar de estar enfrente del apureño, hacía visos esparcidos en la mitad del puésto de Kalunga. El mozo tenía los ojos fijos, enormemente abiertos sobre el centro de la mesa, grave, demudado, con una serena y mate palidez en el semblante. De los cabellos alborotados le caía un mechón sobre la frente sudorosa. Ese fenómeno de la fortuna, inexplicable, misterioso y hondo, batía sus alas sobre la cabeza de aquel adolescente que, como arrastrado por un torbellino, sin decir más que las palabras enteramente necesarias, se dejaba arrebatar por el ímpetu de un chorro de suertes sin intermitencias, hasta que al fin, el contendor en la desesperación de su pérdida, tornó a desatarse el cinturón con daga y revólver y a botarlo sobre la mesa gritando con acento estremecedor:

—Tírela en seco. Paro!

—Topo!

Hubo un movimiento de sorpresa subitáneo entre todos los espectadores: había echado otra vez un par de senas. Y el perdidoso, en el vértigo de su desastre y de su ofuscación, trató de ponerle la mano al dinero y a la prenda cuando ya Kalunga los había agarrado, y murmuró con suavidad y energía:

—Permítame; eso es mío.

—Nó.

—Sí.

—Nó.

Y dió un tirón el apureño; pero en el forcejeo fué más violento y decisivo el de Kalunga, quien se quedó con el cinturón y las armas en la mano. El chasqueado vociferó entonces:

—Este es un zángano.

—Usted zángano y medio.

—Sálgase.

—Salirme yo? Tire si es capaz, guapo de barrio.

Se interpusieron dos de las más serias personas que estaban a uno y otro lado de los jugadores y evitaron la riña inmi-

nente. El que se hallaba al costado del apureño y parecía ser muy de la intimidad de éste, instóle a que volviese a la calma y a que dejara eso así, ya que no tenía razón de insultar a un caballero que no le había irrogado ninguna ofensa.

Y lo hizo salir de aquella pieza para el corredor, mientras que Kalunga recogía todo su dinero, y después de sacar los valores del cinturón, le dijo al canchero que se lo entregara junto con el revólver al perdedor.

La partida con aquel incidente se descompuso y los tercios se fueron separando de la mesa y saliendo. Sudando quedaban apenas el jefe civil y el secretario, los que arrimándose y congraciándose con el ganador, fueron los últimos en dejar el recinto.

Basilio Rosas chanceó al salir:

—Deme el barato, porque si yo no lo traigo y lo restrego con mis polvitos de parrampamplán no desuella al *cachilapo* ése. Kalunga disimuladamente le puso un par de onzas en la mano al pedigüeño.

A pocos pasos se encontraron con Gómez Boada y Ramírez, quienes al notar la tardanza del compañero, venían buscándolo y al topetarlo con el bulto del sombrero en los brazos, le preguntó el maestro:

—¿Como que estás arrullando a un niño?

—Parece que por falta de uno, les voy a dar tetero a unos cuantos bebés.

—¿Y cuándo fué ese feliz alumbramiento? Dámelo acá que yo también soy un buen nodrizo de esos nenes.

Se lo entregó para que lo palpara y se fueron andando en medio de risas y chocarrerías hacia la pieza en que desde temprano Gómez Boada les había hecho guindar los chinchorros. Y después que aseguraron el envoltorio, aceptada una invitación del secretario, Antonio Pérez de parroquia, tuvieron la desconfianza (y no sin razón) para cerrar la puerta con llave al irse a dar un paseo por la playa y gozar de la frescura y placidez de aquella noche de fortuna.

A falta de escaños se encaramaron en un montón de trozas de madera que había apilonadas en la orilla donde solos podrían bromear a sus anchas sin que nadie los interrumpiera,

sin embargo de que por lo avanzado de la noche eran pocos los individuos que transitaban por enfrente de aquellas casuchas. No lejos, hacia abajo, rumor de tiples indicaba los lugares del *joropo.*

Basilio, a quien le hacían estorbo las peluconas del regalo de Kalunga, se las sobaba en el bolsillo y al fin sacando la mano fué el primero que le soltó la cuerda al fonógrafo de su lengua.

—Y si incurrimos en lo uno ¿por qué no en lo otro? A mí me están picando las plantas de los piés; creo que en eso no me van a dejar sin camisa en la primer vuelta en que me enrede con una de esas tipas, que ya deben estar en su jugo, corre que es tarde, como si no hubieran bailado nunca.

Ninguno de los circunstantes respondía una palabra y Kalunga menos, porque después de las descargas de su temperamento en la jugada, quedó como los *tembladores* tras de varias acometidas, abobado y medio aturdido. Pero el flamante jefe civil vino en su auxilio para recordar no haberle sido propicia la suerte a él, en una ocasión cuando tanto la necesitaba y también le dió vueltas al manubrio de su charla.

—Ese jugador de Apure creía que las paradas las llevaba amarradas; es muy jactancioso; y eso de quitarse el cinturón lo hizo por chanza varias veces antes de llegarle la hora de asar el conejo; yo no se lo hubiera devuelto y mucho menos con el puñal y revólver, porque usted (se dirigía a Kalunga) le ganó todo en buena ley.

—Pero es que se vuelven locos, y son capaces de perder en un delirio hasta el alma; les tengo lástima.

—Semos, se metió Basilio, según el estribillo de ño Luna, porque usted se puso a resistir a la dobla, y después de tener un pilón tan monstruoso, era muy fácil que se le suspendiera el chorro y lo sacara de un solo *tanganazo.* Ya ve que usted si no deliraba, parecía un fugado de Catia; le faltaba poco para salir tirando piedras. No complazco a ningún tercio y me encojo o me estiro según me viene en ganas. Yo estaba más asustado que ninguno y haciendo fuerza para que no se le ocurriera salírsele un par de suertes a la corna del apureño.

—Eso es lo que úno afirma, pero no es lo que úno puede hacer cuando se juega con un cargador de ese tamaño; parece que su desesperación es contagiosa y nos la trasmite, y hay que

aguantar por sí o por no, y salga el sol por donde salgare, como decía un indio.

—Lo cierto es que si yo lo veo, habló Néstor, me desmayo al pensar que un montón de sueldos de ese grandor se lo fuera a llevar alguien sin podérselo quitar en el camino. Doce mil bolívares, tres mil pesos, noventa y nueve meses recogidos y en salvo arriesgarlos en una parada, sería el acto más heroico de un maestro de escuela; y perderlos, un suicidio degollándose con una navaja de barba. Si a mí me obligan a tirarla se me encalambran los dedos de tal manera que o me quedo con el *taturo* o con los dados en las uñas, pero lo que son los granos esos no salen a dar brincos y a correr, a gastarse o desnucarse por la superficie o por el borde de una tabla. Noventa y nueve meses, ocho años y un pico de *piapoco,* eso es mucho más, eso es muchísimo más del tiempo que llevo dedicado a la instrucción primaria de mi país. Y si ese dineral me lo topo en un bojote por ahí en una vereda o en una casa sola, aunque sea a mediodía, me pongo a temblar de miedo, porque lo primero que se me viene al testuz es que no hay tales carneros, que no es plata ni nada que lo parezca, que es un envoltorio de contenido ambiguo y sospechoso, que es una trampa puesta por el diablo para tentarme, y en vez de ocurrírseme cogerlo, lo que se me ocurre es salir en carrera para no volverlo a ver. Y si todos los institutores graduados que yo conozco hacemos una sociedad en comandita y nos prorrateamos a *locha* para edificar ese cerro de bolívares y una vez que los tocamos y palpamos bien reunidos, contados y encartuchados, nos convida a jugar y se nos presenta un Manuel Kalunga de tercio, somos muy hombres, no les quede una pizca de duda, para poner pies en polvorosa o para defender hasta con los dientes esos millones de gotas de sudor convertidas en metálico. A la mayor parte de los colegas que yo trato les sucederá cualquier cosa, por ejemplo, ahogarse, incendiarse, fallecer sin confesión, morirse de repente y hasta de parto, pero no malgastar un bendito sueldo que después de mil intríngulis ha tenido el chiste y la necedad de llegar a salto de mata hasta el fondo de un baúl de preceptor.

—¿Hasta cuándo te desgañitas con hipérboles, retórico fugitivo, pergeñador de fábulas?

—Hasta que me pase el susto. Me figuro con espanto que el perdedor nos va a romper las cerraduras de las puertas, mancomunado con sus compinches. A mí me sacuden en este momento los terrores del avaro que no puede pegar los párpados cuando oye por el techo, por el suelo, por dentro o por fuera de su dormitorio un ruido de ratas o de cucarachas, porque se figura que los ladrones le han escalado la casa y le están hurgando el *mapire* de los reales. Yo no estoy viendo avispas con tercerola, lo que no veo es la hora de que salga la luna para coger el banco a todo escape y que nos suelten un galgo...

El jefe civil, a quien le había caído en gracia la soltura y agilidad de lengua de aquel maestrín, le quiso tomar el pelo y le habló:

—Hombre, qué raro es encontrarse un pedagogo de explorador o de turista por estos vericuetos. ¿Y dónde va usted a armar, construir o poner su escuela? Es una cosa que me lleva la atención, y que abusando de la confianza, es digna de anotar en la cartera. Yo creo que de aquí para arriba en este río, los únicos escolares andan de palo en palo y de rama en rama, esperando a un naturalista que los clasifique y que usted será el primero que sube con intenciones de dedicarse a la instrucción de niños con rabo y con cuatro manos.

Néstor que se vió un tanto atropellado por la ironía de Perico Pérez, se le descolgó en el mismo tono.

—Por lo que sospecho, hasta la fecha no me he dedicado, me van a dedicar a freír micos y yo no enseñaré sino me enseñarán a pisar sarrapia, que es la escuela a que concurren ahora más discípulos en este valle de lágrimas para los apureños que perdieron la chaveta, y con ella las tripas de los cinturones.

—Hombre—reventó Basilio—ahora mismo lo declaro mi candidato: usted es el hombre que nos hace falta para Caicara, la población donde goza de mejor ascendiente un maestro de escuela, pues no han visto llegar el primero de la especie; si usted no lo toma a mal, no se vaya con estos señores: véngase con nosotros, que le aseguro que por sueldo no dejará de bostezar nunca y somos tan amantes del magisterio, que desde que nos declaramos en gobierno, no se nos ha ocurrido indagar si en el pueblo o en los vecindarios había quien encendiera los faroles de la instrucción, porque los de petróleo los mandamos a apa-

gar de noche, ya que la obscuridad tiene la ventaja de no irritar los ojos ni atraer la plaga. Nosotros hemos resuelto todos los problemas del distrito con una sola palabra tácita y explícita: no, no hay fomento, beneficencia y sanidad, instrucción y obras públicas, etcétera, etcétera, etcétera; esas son fruslerías que preocupan a los tontos; nosotros arreglamos las necesidades del distrito con un borrón de tinta y eso nos tiene muy pata de palo y tan pata de palo que hétenos aquí campantes, mi jefe volteado al derecho y al revés y yo de arriba para abajo, amaneceremos sin con qué desayunarnos; pero no nos faltará el apetito ni a quién echarle un cuero de tigre.

Un hombre que no fuese de la vivacidad mental de nuestro dómine, podría quedarse con la estaca adentro, pero Néstor que sentía cariño entrañable por la cultura de su país y sinceras aspiraciones por el adelanto de la instrucción popular, no quiso que pasara aquella oportunidad sin blandir sus ironías.

—Usted, agregó, me hace recordar un caso que sucedió cuando estuve de facción en el Delta, es decir, desempeñando la escuela del distrito capital.

—Suéltemelo, que puede venir con la cola emponzoñada, pero suéltelo; a mí no me amuelan ni con mollejón.

—Pues no me detengo. El comisario de Coporito—uno de los pueblos recién fundados—se vió en la necesidad de enviar a Tucupita a una vieja loca, aguardientosa y charlatana que tenía en candelas al caserío. Llegada y amonestada por el jefe civil para que se dejara de escándalos y trapisondas, se entabló el siguiente diálogo:

—Es que yo tengo que volver a Coporito.

—Es que usted no puede ni debe ir, porque la vuelven a mandar.

—Es que yo tengo que decirle a usted una cosa en secreto.

—Echela para afuera, que yo se la guardo.

—Es que el comisario de allá es un vagabundo, un zarandaja.

—Y eso era todo?

—No: no, señor; es que usted es otro igual.

Rosas, pasando saliva, no mudó de colores, que no era de la familia de los vergonzosos de palacio ni de aldea; pero algo tuvo que añadir:

—Eso ya me lo suponía: que con un solo tiro iba a matar a un par de palomitas sin hiel, como mi superior y yo; pero a pesar de todo, insisto en que es usted el individuo que nos hace falta para completar el trío, porque si a nosotros nos sobran marramucias, a usted no le faltan.

—Aunque esta noche nos faltó la suerte y nos abandonó la plata, apuntó Perico, y quedamos como Dios quiere a sus ángeles: limpios.

—Sin embargo, agregó Basilio, a mí me queda algo (y se metió las manos al bolsillo del pantalón), pero no estoy determinado a reincidir, lo que estoy dispuesto es a bailar; ¿qué resuelven ustedes? Pues lo que soy yo no sigo amansando este montón de troncos que están más duros y matadores que la silla que me dieron prestada para venir a visitar este paraje tan simpático, tan encantador, tan digno de fotografiarlo, y no se les inflamó la garganta a los avispones que nos lo recomendaban.

Ninguno por de contado quería pasar a mayores, aunque la casa del aristocrático *joropo* se destacaba no muy lejos con una gran linterna de colores en el dintel y el ruido de la música partida de allí, desde hacía largo rato los estaba convidando.

—Se hace lo que se puede, salió con su eterno estribillo Kalunga; pero es lo cierto que tenemos que madrugar, y si trasnochamos, es muy posible que se nos peguen las sábanas y eso es muy grave cuando úno va de marcha, tan grave como encontrar un apureño empeñado en que lo dejen en la calle, o con el mismo flux que le cortaron cuando lo pusieron de viaje para este mundo.

Néstor iba a responder, pero Basilio lo dejó con la palabra en la boca y siguió con la suya.

—Yo estuve una vez de punta con el sol: él apostando a que salía primero y yo a que le ganaba de mano, y para lograr mi objeto resolví andar de trueno en trueno y de seca en meca: anochecía en Caracas y amanecía en La Guaira o en Macuto; pero cuando iba a cobrarle la apuesta, me quedaba dormido con los claros del alba y perdía de bola. Después de una obstinada lucha de tres meses ensayé otra cosa mejor, convertirme en lechuza y me salieron las cuentas alegres: a los primeros fósforos raspados por la vieja aurora me quedaba encandilado.

—Por mi oficio de amansador de chicos mostrencos, me he visto en el duro paso de tener que madrugar, y llamo madrugar no eso de levantarse a las tres antemeridiano, lo que es una locura manifiesta, un acto también de heroicidad en una de mi gremio, sino ir abriendo primero un párpado a las seis, el otro a las siete, el ojo derecho a las ocho, el izquierdo a las nueve, y comenzar a levantar la cabeza poquito a poco, de modo que cuando úno se sienta para buscar el calzado, si no hay noticias del desayuno, no es menester que lo pongan porque ya es hora de almuerzo; y luego de una refacción de cierto peso y solidez, verbigracia, cuando no faltan unas tostadas con queso, algo en chicharrones de marrano, y una *camaza* de café con leche, tampoco se puede úno mover de su puésto a las volandas; es preciso reposar algunos instantes para no interrumpir la digestión, fumar un cigarrillo, o dos, o tres y cavilar mucho en las delicias de una siesta, y después de muy bien meditado ese sacrificio, tenderse a dormir en un chinchorro, y después....

—Y después, costal de chilindrinas, exclamó Kalunga, hay que confesar que si toda la Instrucción Pública de Venezuela está representada por individuos de tu actividad, no es extraño que haya marchado dando traspieses y trastabillones o como el cangrejo, un poquito para adelante con un muchote hacia atrás. Y te faltó añadir que concluida la siesta renuevas a la inversa el mismo procedimiento de la mañana: primero apagas un ojo, después el otro, pero al fin no los ajustas juntos de una vez y se te vuelven a cerrar y después de cerrados les metes una tranca, les echas llave y a dormir a la bartola *per omnia sécula seculorum.*

—Amén, fué el secretario el que metió baza, amén. Es una lindeza tener que tratar con maestros de escuela; nunca jamás viven contentos y siempre están vendiendo apetito, por más que nadie lo compre; pero yo no me había figurado que este amigo supiera tan al dedillo el arte que a mí me ha gustado más: el de no hacer nada, aunque supongo que nuestro papá don Francisco de Quevedo y Villegas nos ganó con tiempo y anticipación, pues a él le gustaba mucho hacer que hacía, conforme también le plugo en su filantropía el dar en no dar nada, que es el colmo de los dares.

—Paren el macho, atisben, se mezcló Gómez Boada; allá viene la que nos va a meter en paz, y les mostró con la mano ha-

cia uno de los cerros vecinos. Hay que ponernos a la obra y en busca de las descarriadas ovejas de la tripulación, que si no están jumos o ajumándose, no es por falta de diligencia sino porque al ron se le ha antojado esta noche no servir para emborrachar.

En ese momento, como empinándose y estirando el cuello para sacar la cara por encima de un biombo o pantalla, la Tanit de los cartagineses asomó lenta y perezosamente aquella clásica lividez que le imprime en la faz una transparencia de espectro. Todavía eran perceptibles los ruidos de los *joropos* y se pusieron en marcha tras de las huellas del capitán y de la marinería, adelante los interesados y pisándoles los talones las dos angelizadas autoridades de Caicara.

Llegaron a la puerta del baile considerado aristocrático por Basilio. Allí estaba la mayor parte de los tercios de la jugada y la flor y nata de las irredimibles pecadoras. El apureño no perdía tiempo en sacudirse, ya que perdió el dinero y recuperarlo era más difícil que pescar un *zancudo* con anzuelo. Fué La Pichú una de las primeras danzadoras que al verlos llegar los convidó con el "urpia! Dolores", pasando arrebatada por el torbellino de la música y en los brazos de Alamís; y el gordiflón Olaizola desfiló también zandungueándose del único modo que se lo permitía su volumen, pausada y ceremoniosamente. Y como nadie le contestara, los volvió a provocar la revoltosa y desenvuelta con otro "urpia, qué desganados los veo, parecen pollos pelones."

Y "urpia!" estalló Basilio, metiéndose de rondón en la sala y pidiéndole una paloma al hacendado aragüeño que se la cedió al punto.

Urpia! Dolores,
por qué no viniste anoche?
Después que me parrandeaste
te fuiste con otro en coche.

Eran las voces con que a su vez tomaba parte el jefe civil que no quería quedarse comiendo pavo o a la cola del obsecuente compañero y servidor.

Las dos hermanas Terracotas vinieron a dar a las manos de sus antiguos e impenitentes relacionados y el entusiasmo se

encendió, si puede encenderse más la fiebre del jolgorio en atronados de oficio.

—Estos sí son cuartos que no se gotean; se necesita tener una concha de tortuga para completar una pérdida con un desbarajuste, dijo Kalunga a sus compañeros. ¿Qué opinan ustedes?

—Que estamos parados, contestó Gómez Boada, por nuestro margariteño, y que se nos va el tiempo en agua, vamos a sacarlo de alguno de estos chiribitiles donde debe estar regado, porque si no perdemos la madrugada.

Y regresaron. Se asomaban de puerta en puerta de los tenduchos en los sitios de guachafita. Ninguna de las estampas de los tripulantes aparecía por algún lado. Los regocijos populares tocaban casi a término, las últimas gotas del kerosén chisporroteaban en las lámparas y solamente algunos trasnochados de ambos sexos, salían de las casuchas, y a pares, o lo que es lo mismo, de dos en dos, tomaban por los vericuetos como tratando de alejarse y esconderse en los parajes más lejanos y montuosos de la ribera.

—Después que se apagan los candiles de los jolgorios, se iluminan las antorchas de los silvestres himeneos, dijo Néstor, al ver que un peón sarrapiero y su pareja que iban muy cerca de ellos, comenzaron a besarse sin darse por entendidos de las personas que los estaban viendo.

—Así concluyen todas, o casi todas estas fiestas de San Bolondrón: se cumplen las leyes de la vida, y si en la antigüedad hubo pueblos que se entregaron en público y en conjunto a los excesos de la pasión y de la lujuria, con la religiosidad de una ceremonia ritual, no por eso dejaron de ser grandes y vigorosos y hasta civilizados, como los fenicios.

—Pero en dónde estará ese caritieso del patrón? habló Gómez Boada, ya un tanto preocupado de no encontrarlo. ¿Será capaz de dejarnos metidos?

—Todavía no lo creo, contestó Kalunga. Hasta la fecha en este viaje conmigo ha sido más fijo que una avenida anual del Orinoco. Podrá morderse la lengua de ganas de hablar y no tirarse un *palo* que le brinden, pero siempre es muy exacto; tiene esa virtud de marino; vamos a la *falca*.

Al aproximarse a la orilla notaron fuego en el atracadero donde la habían dejado en la tarde, y alrededor moviéndose algunos hombres.

—Son ellos, voy a gritarles para que vengan por las maletas. Uup! Uup! mande a Antoñete y dos más, patrón!

Ortega respondió a su turno:

—Allá van, desde la una los estoy esperando.

Se juntaron a los bogas y se fueron con ellos a paso de bombero. En un santiamén estuvieron en la casa, en cuyos corredores reinaban el silencio, la obscuridad y los ronquidos: de la pared a los horcones colgaba una buena porción de hamacas y de chinchorros con sus dueños adentro; pasaron a gatas por debajo, recogieron los equipajes y en dos por tres volvieron a la embarcación.

El viejo lobo de mar y de río los aguardaba con el café y con el deseo que le picaba en el paladar por averiguarles qué habían hecho durante toda la noche, mientras él bebió, bailó y se desquitó a su antojo de las lentas y pesadas horas de la monótona navegación fluvial a palanca y a remo. Y fué el primero que les endilgó la palabra.

—Conque ustedes también parrandearon, conque no tienen tolondrones en las coyunturas para maraquear el *taturo?* Qué escándalo, señor Kalunga, unos individuos se estaban haciendo cruces y diciendo en el baile de las caraqueñas que usté se había llevado hasta la carpeta de la mesa y acabó con todos los chirimbolos de la jugada.

—Hice el empeño y no salí con las manos en la cabeza llorando y pidiendo misericordia, como te escabulliste la noche en que te liquidaron las facturas en Palo Guarime y tu mujer te recibió muerta de risa y te bañó con un aguacero de escobazos.

—A ver mi barato; eche pa cá mi mariquita; no sea lechero; el que no llora no mama, y extendió la mano.

—No te precipites tanto, hombre, no alargues tanto esos dedos de oso que no te voy a dar un duro, sino un puñado; cierra los ojos más bien, que te regalo un lote para deschavetarte.

Y le puso un puñado de *lochas* que traía exprofeso.

—Ah! caramba (dijo palpando las monedas) así está de largo; le llegan los calzones a la rodilla.

—Ni largo, ni angosto ni ancho; ponte unos anteojos de cuero de sapo; es que ya no ves; convéncete que ya no puedes ver sino las botellas; empuja esa barca que mañana será otro día; me estoy cayendo de sueño y cuando aclare veremos si te dejo sin parte o te parto con un barato que no soñaste nunca.

—En el nombre de Dios y que así sea. Antoñete! proero! muchachos! a jalar canalete, que yo también les untaré el hocico con la manteca del apureño, si no se queda en veremos.

La barca se abrió de la peña hacia el centro del río al vigoroso impulso que le imprimieron los músculos de los marineros y los tres excursionistas, tendidos sobre el encerado que cubría la carga, se dispusieron no a contar las estrellas por ser muchas y porque no eran astrónomos, sino a dormir a pierna suelta con la cara al cielo y a la claridad de la luna.

———

CAPITULO XIV

Después del opíparo banquete que bien lo simulaba la rústica cena con que se celebró la llegada de los viajeros y que fué muy temprano, a estilo de los campamentos en pleno desierto y a plena selva, salieron en grupo y apareados a dar una caminata por la playa. Algunos vecinos estaban sentados a la puerta de sus viviendas gozando del aire y reposo del atardecer. Reverberaba el sol en las cumbreras de los ranchos y había sombra en los alares.

Los dos primeros de adelante eran Bocayuba y Kalunga, marcaban el paso con lentitud y encendieron sus egipcios. Rumbo abajo se pararon en el sitio donde surgían unos pedrejones limpios, diseminados como exprofeso para servirles de asiento. Desde lejos hubieran parecido al primer golpe de vista una bandada de flamencos o *garzones* soldados, subidos en el tronco de un ribazo. Bocayuba oía atentamente las explicaciones de su compañero. Podía afirmar con seguridad que no malgastaron ni perdieron el tiempo; según los compradores de Ciudad Bolívar el precio de la sarrapia se mantenía firme y alentador y en tales circunstancias una alza no era de extrañar.

—De modo, prorrumpió Bocayuba, que sacaremos a flote nuestro crédito, a pesar de los augurios, y los *jurungos* no van a pasar más nuevos sustos con nosotros, es decir, con los víveres malos que arriesgaron. Al fin y al cabo entre sorbo y sorbo de inconvenientes, me salí con las mías; consecuente con el adagio "al que se muda Dios lo ayuda," vine a este desierto en contra de la sesuda opinión de los juiciosos y las razones fortí-

simas de aquellos que no gastan su voluntad para mover el dedo meñique. Si no fuera un creyente en el poder de las maravillas de la fé, del optimismo y del entusiasmo y en que el destino es piadoso para los que trabajan con buen corazón y a brazo partido, contra vientos y mareas, no expusiera tanto la miseria de este cascarón (y se palmoteó el pecho con la diestra) que sólo merece llevarlo, porque sin duda ni vacilación algo tiene por dentro.

—Albricias! así es que me gusta el valse. Al fin hemos agarrado por la cola a una esperanza que se desvanecía, que se alejaba como un venado a todo barajuste.

—Y si no fuese por el esfuerzo tampoco pellizcaríamos nada, porque con las manos en los bolsillos y de esquina en esquina, sin ambición de bregar o de vivir, ni los mendigos recogen los centavos regados por el suelo.

El resto de los acompañantes escuchaba con gusto aquellas briosas cláusulas y entre todos Néstor no perdía una palabra del nuevo ejemplar de hombre que veía de cuerpo entero por delante. Peroró largo y tendido para informarlos del estado de la empresa, que era en resumen próspero. El sol ya muy bajo, allá como cayendo en ascuas sobre las montañas del poniente, les daba en la cara de lleno con sus resplandores y el animoso empresario descendió de su curul de piedra para regresar al bohío. Por el cielo en calma y sereno, con ese azul borroso del crepúsculo, cruzaban de norte a sur diversas aves, en busca de abrigo en los altos peñascales de vecinos montes. En la parte arriba de aquel paraje iluminado había una curva del río, donde centelleaban las rocas pendientes cortadas a pico. Y ya la sombra como en vahos caídos de momento en momento iba envolviendo las laderas de los cerros en festones de negrura y de silencio. Solamente hacia el centro de la isla toques de luz vespertina cabrilleaban en los techos pajizos de las habitaciones.

Ya en marcha, Kalunga habló con su desparpajo nunca desmentido:

—Es decir, que si no vengo tampoco hago falta, que siempre hemos de ver a espaldas vueltas esperanzas muertas, y las provisiones que traje están de más aunque el apetito no tiene embotados sus filos?

—Tu arribo era la salvación, pero no venías en hidroplano ni en globo. Por fortuna, como para una soga no falta cuero, se apareció por aquí deschavetado un bonguito con sal y con papelón.

No conducía sino una caja de kerosén. Lo mejor del venturoso surtido era el tabaco, porque no es poca la fortuna que se presente alguien en un momento de escasez y de angustia horripilante. La gente le cayó encima, rodearon a los tripulantes, esculcaban los *corotos* y cogían cuanto se les antojaba con una desesperación alarmadora; si no me interpongo el desorden se convierte en un saqueo. Como yo le hago la cara dura o le pongo la proa a las cosas que no dependen de mi voluntad y no me falta paciencia, les dije con la mayor tranquilidad que aquellos víveres desprendidos de una nube, tal parecía lo inesperado de su llegada, eran para repartírnoslos entre todos y que no creía justo de ningún modo que alguno se quedara enteramente necesitado de provisiones que tal vez les sobraran a los demás. Esto fué motivo suficiente, quién se lo imaginara, para que el hijo de la Paraulata, que es un guapetón del Táchira, se pusiera a refunfuñar de lo lindo, con un descaro aturrullador, y de mi silencio, pues no quise responder a sus primeras baladronadas, tomó pié para figurarse que con humo se asan *jojotos* y que yo me le achicaba por miedo; y entonces para darse mayores ínfulas de vencedor, rabiando, botó a lo lejos un paquete de tabacos y exclamó:

—Esos los he comprado con mi plata, y no aguanto puntas ni regaños de nadie.

No debía pasar inadvertido, como un hecho insignificante, aquel acto de grosería, por más que fuera en un hombre de su clase; y como estaba solo hasta ahora que han llegado ustedes y cuento más de doscientos quintales de sarrapia en depósito, por lo que pudiera suceder le puse coto en el momento al reto de aquel pícaro.

—Yo no he tratado ni por chanza de ofender a ninguna persona; he querido y quiero distribuir con la mayor igualdad las escasas provisiones que nos han venido como un regalo de Dios, mucho más cuando todos sabemos que aquí hay mujeres y niños que sufren en la inopia; si usted se disgusta va a tener dos trabajos, calmarse y recoger el paquete.

—Recoger el paquete?, me contestó; no sea tan bueno, no sea tan (y echó un terno con toda la boca). No lo había acabado de hacer cuando le asesté un puntapié en las quijadas y cayó como un metro hacia atrás cuan largo era. Con el porrazo se le salió el revólver del bolsillo; de un solo brinco lo cogí del suelo, porque trataba de levantarse. Las mujeres y los chicos huyeron despavoridos; alguna gritó: "socorro, que se matan dos hombres!" y en aquella emergencia, como era temprano, les repito, aun no había llegado ninguno de los sarrapieros que trabajaban en la vecindad. El batucado logró enderezarse a los pocos minutos y con un aire de fiera se metió la mano dentro de la pretina de los pantalones, sacó un puñal y se me arrojó encima. Di tres saltos retrocediendo y le grité: "no siga un paso adelante, porque lo tiro," y monté el revólver. Al oír el chasquido del arma se enfureció más y avanzó unos trancos... entonces disparé. Lo demás ya lo saben ustedes. Todavía siento el ruido de aquella detonación prolongándose de eco en eco por las hondonadas de estos cerrachones.

Gómez Boada habló con su acostumbrada afabilidad y como de antaño enterado de la bravura del viejo compañero.

—Se conoce que nunca le tiembla el pulso y por eso ni siquiera le quebró la pierna.

—Es una desgracia tener que derramar una gota de sangre, el líquido emblema de la vida; pero hay veces en las bregas del hombre que si úno no lo hace así, cualquier forajido nos vacía toda la que llevamos en las venas.

Kalunga que no se sorprendía poco ni mucho por la bravucona narración, expresó su parecer:

—Estos hombres de la broza están creyendo siempre que por semejarnos a los gavilanes en llevar más pluma que carne o porque no nos alcanza para rellenar una empanada y nos vestimos de continuo con nuestros decentes fluxecitos, no sabemos llegado el caso, amarrarnos los pantalones y romper una ternilla con la muñeca.

—O todo un carapacho con una bala, agregó Gómez Boada.

Entretenidos con esta conversación habían llegado a la puerta del caney. Una lámpara Dietz, de las llamadas de huracán, colgaba en el centro de una vigueta y esparcía su fulgor amarillento por aquel ámbito, en cuyo fondo estaban arruma-

dos los sacos de sarrapia que sin preparar aún despedían ese olor penetrante, mas no desagradable, de las almendras secas. Del lado opuesto, en lo que podía llamarse el dormitorio de Bocayuba, se percibía el chirrido del balanceo de un chinchorro. No había sillas, pero no faltaban algunos cuasi taburetes hechos con tablas de cajón. Cada uno se acomodó como pudo y Kalunga le brindó a Ramírez una esquina del suyo, con lo que quedaron ambos tan holgados como cuando se tiene un plato escaso y es preciso distribuirlo entre dos bocas.

Bocayuba se paseaba de un extremo a otro con el sombrero en la mano sin decir una palabra, los demás conversaban en voz baja y Ortega que hasta la fecha no había dado señales de vida, estaba muy ocupado en chupar y ablandar un tabaco rebelde a dejarse incinerar y que no lo botaría, a pesar de lo malo, no tanto por vicio sino por ser el obsequio de un amigo. En una de las tantas y tercas tentativas de extraerle el humo, se acordó de algo que no le habían preguntado.

—Mire, Don Gonzalo, por ahí vienen un bojote de libros y unas docenas de cigarrillos que me entregaron en Ciudad Bolívar y que le manda un amigo de Caracas y que se llama, que se llama... miren qué mollera para un leñazo; es un hombre enredado, así como de *musiú*... Qué memoria la mía! Como que es Fartoul...

—Fortoul, querrás decir; debe ser Gil Fortoul. Cuánto le agradezco esa delicadeza. Cuando recibe algo nuevo, alguna revista, algún libro recién publicado, cualquier fruslería, nunca me deja sin parte y los envíos me van a buscar y me siguen la huella como perros de cacería en los montes.

Se volvió a Kalunga y le increpó:

—Qué descuido el tuyo, no haberte puesto en comunicación con la Capital. Esa gente de mi familia debe estar enloquecida con no saber nada de mí y con el espanto de la epidemia.

—Es que allá se sabe también muy poco; el telégrafo no funciona casi sino para dar paso a las comunicaciones oficiales sobre la enfermedad; se paralizaron todos, o casi todos los servicios administrativos.

—Pero cómo supiste la muerte de Elías Toro?

—Creo que fué por un telegrama de la Oficina de Sanidad.

—Ahora me lo explico; yo lo dejé empleado en el laboratorio de ese ramo, donde él trabajó tan recio al lado de Samuel Darío, con abnegación, como trabajan los verdaderos patriotas, y no lo abandonó nunca hasta en los momentos más críticos de la implantación de los nuevos sistemas sanitarios, cuando en la misma Academia hubo quien se opusiera a las medidas contra los *zancudos,* entre ellos un tal, en fin unos tales, que si no parecen anónimos es porque lo son en realidad. Parece mentira que hubiera doctores rehacios a civilizarse, pero los hubo; allí están los hechos que lo aseguran. Toro fué el único que tomó la defensa en aquel instituto, que como todo cuerpo colegiado tiene algo de museo, o desván de cachivaches, sí: lo forman un rezago de vejestorios o de cosas inútiles por lo deterioradas. Qué lástima de hombre! A pesar de todas sus angustias monetarias siempre estaba con las puertas del alma abiertas a todos los entusiasmos por las cosas grandes. Tal vez no me lo crean, pero aquí en la quietud de estas montañas, lejos de todo fingimiento social, he llorado por él.

—Allá en Ciudad Bolívar el tiempo se les ha metido en agua, se les aguaron las fiestas del triunfo.

—¿De qué triunfo?

—De la victoria de los aliados.

—¿De la victoria de los aliados? No me vengas con eso, no me vayas a salir con uno de tus embustes; para creer lo que me dices es necesario que yo lo vea.

—Pues ya lo vas a ver y palpar; traigo un rimero de periódicos tan grueso y alto que no lo salta un acróbata, murmuró Kalunga acentuando las palabras.

Bocayuba se había parado enfrente de él, lo miró fijamente y le preguntó:

—Pero díme, ¿hay algún cable categórico? ¿Cuándo fué eso?

—Sí, no lo dudes; sí, se desplomaron los imperios; las techumbres de las viejas instituciones caen en tierra desmoronadas; ningún organismo anticuado resiste a la transformación social; les había llegado la hora; para el once de noviembre se firmó el armisticio pedido por Alemania.

—¡Santo Dios, qué inescrutables son tus designios, para la pequeñez de nuestra inteligencia!

Y se agachó apretándose las sienes con ambas manos. Una oleada fría, de esas que vienen de las regiones de lo desconocido, atravesó por aquel caney cerniéndose con el pasmo de un silencio aterrador.

Gonzalo dió unos pasos y fué a apoyarse en un estantillo hacia la parte del río que parecía gemir y sollozar fatídicamente en medio de aquella calma y lobreguez. Un pájaro nocturno lanzó un graznido agorero al surcar por fuera y encima del techo, y lo volvió a repetir dos veces más, alejándose y perdiéndose entre las tienieblas de aquella inmensidad. Los momentos eran trágicos.

Kalunga preguntó:

—Lo sintieron? Lo escucharon? Este es el canto del cárabo. Siempre nos ha perseguido y rondado por las selvas milenarias y por la soledad de los desiertos, como nuncio de malas nuévas, cuando no de desgracias: ese es el pájaro cabalístico que bate las alas en todas las leyendas desde la más remota antigüedad; maldito pájaro! Cuando la invasión de los bárbaros espanta; en las narraciones de la edad media, horripila: en el historiador Jornandes hace estremecer el organismo y temblar el alma. Eso que se le atribuye no puede ser superstición ni conseja vulgar. Que Dios nos ampare!

Gómez Boada que en silencio tenía la vista fija en el suelo, vió caído el sombrero de Gonzalo en el sitio donde estaba parado cuando recibió la noticia y se levantó para recogerlo. Con este movimiento de agacharse y de erguirse cambió un poco aquella atmósfera de plomo. Al acercarse y entregárselo al amigo, quien permanecía aún en la misma posición, como despertado de súbito levantó la frente en cuya blancura se reflejaban los rayos macabros de la siniestra sacudida y se siguió paseando por el medio de ellos hasta que prorrumpió con una voz embargada por la emoción:

—He tenido por norma no dejarme llevar de las primeras impresiones; pero hay veces en que el impulso es irresistible, tal vez porque viene de muy adentro, de lo más hondo de nuestro sér, de allá, de los lagos callados y sombríos de la inconsciencia. Yo presentía todo esto, un indefinible desasosiego me lo anunciaba, pero sin saber por qué me resistí a darle un asentimiento completo. Una noche en que me consideré muy solo

porque en la ranchería apenas se encontraban almas vivientes, debido a que los hombres andaban muy apurados en lo más recio de la recolección y yo los instaba a no desistir, no fuera a suceder que se perdiese mucha fruta caída, pues ustedes saben que si no la recogen pronto germina con los aguaceros; esa noche, según les vengo diciendo, no me salí de este caney porque lo mismo da estar adentro que afuera cuando hay una soledad tan desconcertadora por lo grande. Recordaba mi viaje por Alemania y por esa asociación de ideas que me persigue a veces como un tormento, llegué a las calles de Berlín. Allá también la soledad era inmensa. Apenas me había detenido en la puerta de Brandeburgo cuando sentí el ruido de una carretela que corría por la Avenida *Bajo los Tilos*, y cuál no fué mi sorpresa cuando vi que el auriga venía también solo, sin casco y era nada menos que Guillermo II. Siguiendo el mismo curso de ideas me engolfé por las tragedias y fuí a parar a *Wallenstein*, de Schiller. Qué tiempos, qué glorias, cómo se esfumaban y perdían en brumosos horizontes; pero ahora el final de la epopeya se anunciaba. Las falanges se hundían en las sombras que eran muy densas y gélidas, y allá muy lejos jinetes desemejables envueltos en sudarios galopaban y se alejaban hacia profundas oquedades, cuadrigas calladas de Nivelungos las devoraba el abismo. En medio de la calma escuché un grito tremebundo, estremecedor, como el que debió resonar cuando cayeron en pedazos las últimas columnas del paganismo, los últimos sostenes de aquella civilización: los dioses se van! Y una como racha de aire repentino sacudió tan inesperada, tan bruscamente las pencas de palma de este rancho, que me senté en el chinchorro creyendo que la deleznable armazón me iba a caer encima. El viento me agitó por tres veces el caney, suponiendo que fuera viento, y yo continué meciéndome y con una obsesión tal en aquellas mismas imaginaciones que era imposible desprenderme de ellas; me revoloteaban por las sienes con una insistencia que no me permitió cerrar los ojos sino muy tarde, y cuando me dormí, estaba saboreando todavía el final de la *Novia de Mesina*, del poeta citado: "el mejor bién de los bienes no es la vida, y el peor mal de los males es el crimen".

—El presagio, se atrevió a murmurar Néstor, nos sigue a veces como la sombra al cuerpo, y como no depende de nosotros, es imposible que nos libertemos de él.

—Yo he presentido esta desgracia: algunos creerán que hablo con el interés del egoísmo y que en el fiel de mi balanza pondré la parte de individualista y de apasionado; pero no se figuran que había previsto el desastre de Alemania, tal vez primero que nadie.

—Había muchas profecías, insinuó Néstor, y algunas me sorprendieron la atención por lo precisas. ¿No recuerdan ustedes aquella en que una mujer le predijo a Guillermo I su ascenso al reino de Prusia, su coronación como emperador de Alemania, su muerte y el fin del Imperio?

—Sí, le contestó Bocayuba, premoniciones es lo que ha sobrado. En Leipzig se publicó durante la guerra un libro que contenía ochenta profecías y, por supuesto, muchas o la mayor parte de ellas no favorables a Alemania. No lo conozco: lo citó la *Revista de Ciencias Psíquicas,* de París, donde vieron la luz otras, entre ellas la de Sorel, en 1870: era un movilizado quien en sueños presenció desde Soissons el desastre de Sedán, hacia donde fué y murió; y también el triunfo de ahora. Pero como suele suceder que en estas circunstancias cada uno de los contendores arrime la brasa a su interesada sardina, dejaba úno pasar las cosas y no les hacía mucho caso.

Kalunga dijo:

—El pintor Almeida Crespo, que vino ahora poco de Londres y vive pegado a la Biblia, sostiene que esta guerra se halla incluída en las predicciones de Daniel, y les mostró a varias personas los pasajes a su entender incontestables.

—Sea lo que fuere, es lo cierto que se aproximan horas muy graves y solemnes en los destinos de la humanidad. Parece que la evolución marcha a pasos forzados y una vez concluída, este planeta se resquebrajará en mil pedazos para desleírse y volver al cosmos.

—Hay veces en que lecturas de esa naturaleza me desorientan el espíritu, murmuró Néstor, y me veo tan anonadado, tan confundido, que por lo regular no las concluyo.

—Y eso que ustedes quizás no conocen la profecía de la sucesión de los Papas, la cual desde hace siglos se ha venido cumpliendo con una exactitud matemática. Cada uno de los Pontífices tiene un mote latino adecuado a su tiempo, a su carácter o a las circunstancias de su vida, y hasta detalles de lu-

gar y de nacimiento. Una vez que ocupa la silla del Pescador, es que resultan en claro para la multitud los presagios y previsiones anunciadas con anterioridad por los lemas. Ustedes recordarán que León XIII era *Lumen in celo,* y hay que convenir en que sí fué un pontífice luminoso. El de ahora se denomina *Religio depopulata,* y por más esfuerzos que hizo no logró, cuando lo propuso, la paz de las naciones. Pero lo más serio de todo es que ya son muy pocos los que restan por ocupar la silla de San Pedro, y el Papado empezó con éste y concluirá con otro del mismo nombre *Petrus Romanus,* en cuya época desaparecerá la ciudad de las siete colinas y junto con ella el universo.

—Virgen del Valle, exclamó Ortega, con tal que yo no esté vivo para ese tiempo desde ahora le doy gracias a Dios!

Estas palabras sencillas, candorosas, pero hondamente sinceras, sacudieron los nervios de todos los oyentes. Nadie chistó. El silencio en aquella soledad lejana era más imponente, más aterrante por lo único. El Caura susurraba apacible, sordamente. Una falena que había estado aleteando por encima de los arrumajes de sarrapia, vino casi exprofeso a revolar sobre las cabezas de los circunstantes y al fin se posó en la cuerda de donde colgaba la lámpara.

Al verla tan grande y tan negra que parecía cortada y hecha de pana funeraria, Kalunga se adelantó a decir:

—Esta huéspeda ha tenido siempre mala fama. A un poeta español, Nicomedes Pastor Díaz, le causaba escalofríos de terror y creo que para hacerla propicia le dedicó unos versos que son de buen corte y gusto; yo no las tengo todas conmigo cuando veo que una dama enlutada de esta especie me visita sin anunciármelo. Sin embargo, son muchas las mariposas nocturnas, es un género como cualquiera otro; de la misma manera hay aves y cuadrúpedos noctámbulos; si ahora se nos apareciera uno de estos intrusos de la noche, ¿qué podíamos hacer para evitarlo, cuando estamos en un monte?

—Yo lo espantaría, habló Gómez Boada, porque no me agradan ni los hombres ni los bichos que se me presentan sin ton ni son.

Néstor que se sentía con la piel erizada, y los cabellos rígidos, se dirigió a Bocayuba:

—¿Qué hace usted cuando en una playa tan desierta y tan lejos de todo auxilio humano, se ve abordado por un animal que no tiene ninguna gracia, y sí mucho de repugnante por su color, por su figura o por su canto?

—Encomendarme a Dios y pedirle ayuda por medio de sus agentes. Y entonces me siento con una fuerza extraordinaria para espantarlos, aun sin moverme de mi puésto.

—Pero no todos gozamos de esa fe, y por eso nos amedrentamos.

—Y por la falta o carencia de fe, que es la palanca más formidable de la vida, es que se amilanan ante los riesgos, o se atemorizan en presencia del peligro. Es la única potestad que nos fortalece y nos consuela, y tal vez la que nos hace soportable y llevadero el fardo de la existencia.

¡Tilín! tilín! tilín! cantó en un árbol vecino un ave que parecía estarlos escuchando. Tilín! tilín! tilín!

—¿Ustedes han oído alguna vez este solo de violín, tocado por un Paganini de las tinieblas? Verdaderamente que no tiene nada de agradable ni de placentero. A este sujeto me refería yo antes, a este mismo, a este avechucho que viene cantando y revolando alrededor de nosotros desde los tiempos más remotos. Se le cita o se hace alusión a él en los más diversos y heterogéneos pueblos que forman la sociedad de la tierra ¿Quién es? Nadie lo sabe.

¡Tilín! tilín! tilín!

Todos se quedaron en espectativa. Pendían atónitos de las palabras de Bocayuba sin saber por qué, y aguardaban sin darse cuenta de averiguar tampoco por qué lo hacían. Entre tanto se suspendieron las mismas respiraciones, el silencio pasaba por toda una escala de gravedad a lo fatal y aterrador para señorearse del ambiente con una oleada de pavura.

Bocayuba les agregó sin salirse de la anterior serenidad y voz firme:

—Si fuera un pájaro común, uno de tantos, uno de esos que de igual modo gimen de noche que de día, si fuera un simple pájaro y nada más, se detendría allí mismo, en ese mismo sitio y en ese mismo árbol, después de lo que voy a hacer; pero si es algo más que un ave y su voz es más que un canto o que un chillido, debe alejarse y perderse hacia abajo, hacia el lado

opuesto, en la lóbrega inmensidad de esta hora y en el letargo de este desierto.

Se aproximó a la puerta y extendió la mano por el aire hacia el lugar de donde partían aquellos trinos o silbidos desconcertantes y permaneció así por un buen espacio. Cuando la apartó, se volvió hacia ellos que lo miraban con ojos inquisidores y recelosos. En este momento, aguas abajo del río, sonó el mismo, idéntico canto y luego, alejándose más, se sintieron distanciados uno de otro los dos últimos adioses de la lúgubre cantiga que tanto y tan profundamente los había consternado y cohibido.

—Están ustedes convencidos de que hay algo más de lo que vemos alrededor, por arriba, por dentro y por fuera de nosotros los seres humanos que pretendemos abarcar con la inteligencia, de un solo golpe, cual si fuesen un manojo de paja, todos los fenómenos de la naturaleza y de la vida? Para un negador de cáscara gruesa, de esos que ya no existen sino en las historias como Carlos Vogt en Inglaterra y Luis Büchner en Alemania, esto que acaban de presenciar no vale un bledo; para ellos lo único que sirve es sentar un postulado, a capa y espada defenderlo y esparcirlo por el mundo, y no conjeturan o no quieren darse por notificados de que el mundo invisible es a ojos vistas más grande, más amplio, más absorbente que el material o físico y que los verdaderos sabios se miran a cada paso y de todas partes limitados por ese mar insondable del abismo y del misterio.

—Yo no necesito de mucho para convencerme del hecho que se pone a tiro de mis ojos y de mi pobre cacumen, exclamó Kalunga. Siempre acato el suceso o el fenómeno, aunque no me lo explique al primer vistazo. En estas materias jamás niego ni afirmo. Recojo el dato o el testimonio y me siento feliz con el hallazgo; no soy de los que andan a tientas y tambaleando, pero diciendo que van por la obscuridad con pie derecho.

—A mí, contestó Ramírez, no me sorprende jamás la duda, cualquiera que ella sea, pero sí la negación rotunda cuando se trata de problemas que no se han resuelto y que debemos estudiar para encontrar al menos una racional o plausible explicación.

Ortega que se había quedado en el país de Babia y que ya tenía con llave en el baúl de la boca la gran mascada con que se preparaba de costumbre, una hora antes de acostarse, hasta dejar caer el carapacho en las delicias del chinchorro, refunfuñó desde el cajón en que estaba sentado:

—Si la pregunta no es mala, ¿quién le enseñó esa punta, amigo Bocayuba? Nosotros los hombres de mar nos vemos a veces muy apurados, tan apurados que no nos cabe un pelo en el oído y tenemos que echar mano de algún agarradero, con tal que no sea un clavo encendido o tronco de espinas, y yo cuando me hallo que de puro miedo no me llega la camisa al cuerpo, me encomiendo a la Virgen del Valle para que me saque con bién del trance.

—Esa es la fé, patrón, la que tiende amarras invisibles a los náufragos y la que nos escuda y salva cuando se han agotado por inútiles todos los medios humanos. Jamás le ha negado la protección a nadie que la invoque con la entera fuerza y la sinceridad profunda de su corazón.

—Recuerda usted, le interrogó Gómez Boada, la noche en que nos fugamos de Irapa para escaparnos de las garras de un jefe civil, de aquel simulacro de Gobierno que llamaban restaurador, cómo nos persiguió sin tregua ese animalito con su serenata de tilín, tililín, que por un tris no damos con la pica para salir a donde estaba el bote?

—Cómo que si me acuerdo! Si para mejor componer iba con nosotros un nombre de pelo en pecho para ayudarnos a buscar y conseguir por entre aquel obscuro manglar el podrido falucho que me tenías preparado. Y aquel pajaruco se propuso de muñidor a mortificarnos la paciencia de tal suerte, que si no es porque llevamos aquel perro de presa detrás de nuestros talones, yo no me embarco, pero ni siquiera llego a la orilla. Recuerdo también que los dos últimos marineros con que contábamos y que nos aguardaban ocultos en el matorral, cuando arribamos no podían hablarnos de lo puro que les temblaban las quijadas. El presagiador fatídico, lo mismo que este de enantes voló después que le tendí la mano, y sus cantos se perdieron en la tenebrosidad soledosa y los tumbos marinos asordantes de aquellas costas bravías.

—Por una casualidad volvimos a contar el cuento, agregó Gómez Boada. No tengo memoria de una tempestad semejante ni de unas marejadas más grandes: los cerros de agua que se acercaban bramando se metían por debajo de aquella cáscara, la botaban con tanta fuerza, que en vez de hundirse o de romperse caía sobre los picos de los otros montes que acababan de llegar.

—Si no se nos ocurre amarrar el compañero al palo mayor después de arriada la vela, se lo sacan las olas que pasaban por la cubierta. Recuerda que quedamos en cueros; maletas y trebejos resolvieron ahogarse para aligerarnos de lastre. Tú mismo con tu sagacidad de pirata, no supiste dónde era la Barra de San Juan; pero el falucho como buen cantrabandista se zampó de bruces, sin tocar la puerta, y cuando amaneció estábamos dentro del caño los venturosos tripulantes, cual cinco escuálidas grullas en traje adánico, muertos de frío, navegando viento en popa hacia las selvas y tremedales de Maturín.

—Pero no les pasó nada, masculló Kalunga; después de tantas idas y venidas resulta que ustedes llegaron sanos y salvos a las bocas del Guarapiche. ¿En qué consiste lo fatídico, en dónde está lo malo, por qué se le teme?

—El que nos hayamos salvado, si únicamente nos atenemos al suceso, no es lo importante en esta serie de hechos. Lo de tenerse en cuenta es el anuncio o si quieren el aviso de no echar a mala parte el alerta, que otra cosa no fué el canto de aquel pájaro. Yo podría en mi abono acumular aquí una serie de casos iguales, parecidos o semejantes, y entonces por analogía concluir en deducciones adecuadas y lógicas, pero no decisivas. Por de contado en estas y otras materias estamos siempre oscilando entre si son o no ciertas las desgracias que presagian, pero en resumen de resúmenes lo notorio, visible y palpable es que nunca fallan. Que se caiga o no dentro de la red de una de esas desventuras no es lo dominante, significativo; el asunto en sí es lo que permanece innegable.

—Son tantas las consejas, volvió al yunque Kalunga, que circulan cuando sucede un acontecimiento desdichado, que tal vez por esto mismo encontramos coincidencias notables que en otras circunstancias no apreciamos en ningún valor.

—Las coincidencias, los hechos fortuitos, las casualidades quizás no son tales cuando se van repitiendo y amontonando; es que nosotros no conocemos la causa que en el fondo obscuro y mudo actúa y dirige los fenómenos. Antes de descubrir las leyes de la electricidad, cuántas cosas que se tenían por milagrosas no eran sino sus efectos demasiado conocidos hoy. Antes del telégrafo sin hilos nadie había barruntado que pudieran hacer comunicaciones entre los lugares más distantes sin el intermedio del alambre. El camino de las probabilidades no se ha borrado y no está lejano el día en que tal vez haya la correspondencia tanto tiempo presentida y esperada entre el mundo sensible y el supersensible.

—Eso ya está predicho, publicado. En julio, días antes de estallar la guerra universal, apareció en *The Ligth,* periódico espiritista de Londres, un mensaje recogido por Hodgson, el conferencista australiano, y que se encuentra en *The Proceeding* de la "Sociedad para investigaciones psíquicas". He leído la observación y si mal no recuerdo, una noche cuando experimentaba con un médium, hacia 1890, recibió poco más o menos lo que sigue: "Desde los tiempos de Melquisedec jamás había estado el mundo tan abocado a ponerse en relación con los habitantes de la otra vida. A comienzos de la próxima centuria habrá una guerra tremenda en que serán envueltas todas o casi todas las naciones de Europa. Después de ella la comunicación de ustedes con nosotros será más directa.—Grupo de espíritus". Tal era la firma.

—Ahora sí que vamos a estar frescos, rezongó Ortega. ¿De manera que nos vamos a encontrar cara a cara con todos los difuntos? Pues les aseguro que yo no voy a dar un paso más allá del quicio de la puerta de mi casa; se acabaron las juergas; qué alegría para mi media naranja!

—Y cuando ande embarcado, le preguntó Ramírez, ¿en dónde se mete usted para no verlos, recibirles la visita o toparse con ellos?

—Ahí sí torció la puerca el rabo; yo no me había paseado por ésas.

—No hay que precipitarse en hacer comentarios de accidentes que no han aparecido todavía. Ya habrá tiempo para estudiar el modo de conducirnos cuando eso suceda. Por mi

parte estoy preparado a recibir lo que Dios haya dispuesto enviarnos.

Kalunga se animó al oír estas palabras de Bocayuba y no dejó pasar la ocasión de salir con una guasa:

—Yo lo que temo es encontrarme con mis ingleses muertos, que hasta la fecha no son pocos y sumados con los vivos me van a cargar a cola alta y a monte.

—Si fueran los acreedores no más, el asunto no valía un ardite; pero vamos a medirnos otra vez con quienes nos quedaron cuentas pendientes, lo cual es harina de otro costal, decía Fernando medio sonreído.

Ramírez se encaró con nuestro lobo de mar margariteño:

—A usted lo van a halar por los pies todos los empleados de Resguardo que han liado el petate desde hace cincuenta años a la fecha, porque son muchos los *patucos* que debe liquidar con ellos y los cargos que tiene en contra.

—Ahora la cogieron conmigo como si yo no más estuviera como el frijol en la mata y los demás rezando de sol a sol; a usté le van a salir todos los padres de familia, por aquello de la mula: los hijos que sin razón apalió en la escuela.

—Y si lo dice de chanza no se equivoca: a usted le va a salir refunfuñando hasta la Muelona, dijo Gómez Boada.

—Y la Sayona por qué no? ¿Y por qué dejan la Llorona? Era Bocayuba que hablaba.

—Nosotros no hemos dejado a naiden, como diría un llanero del Alto Apure que al verse en un callejón sin salida trastabillando en el camino de la cárcel por una borrachera, "yo no arrempujo a naide, porque naiden sabe cómo está naiden," le gritó a un polizonte que lo atropellaba. Kalunga al acabar de expresar esto se quedó en espera de lo que pudiese decir alguno de los otros.

—Todas esas entidades que figuran de un extremo al otro de una nación y hasta en un continente, como sucede con la tal Llorona, que es tan conocida en Méjico como aquí, y no nos pican la curiosidad para tratar de saber qué hay de cierto en esas narraciones en que figuran ellas, es que preocupados por nuestros afanes diarios, nos queda poco tiempo, calma o paciencia para meternos en asuntos que no nos atañen directamente. Pero algún fondo de verdad debe existir en esos cuentos que andan

de boca en boca y en tan diversas lenguas y lugares tan distintos.

Leadbeter, un teósofo inglés contemporáneo, en uno de sus libros habla de la existencia actual de las hadas, de las ondinas, de las salamandras y de otros muchos seres considerados en conjunto y por la mayoría como fábulas, mitos y trampantojos de cerebros enfermizos; y parece que él ha disfrutado y goza de salud y no se le juzga ido de cascos.

—Convenido, señor empresario y ocultista: para saber lo que es un laberinto de cosas sobrenaturales no hay más que leer historia de cualquier país; con la de Roma, Persia y Arabia hay suficiente materia para que se nos derritan los sesos, si no los teníamos hueros. A veces, sino fuera porque me pongo yo solo a reirme, como a silbar los que andan con miedo en la noche, te aseguro que tu compañero después de una de esas lecturas no da un paso más allá del quicio para no encontrarse en la obscuridad.

—Por ahí, en esos libros de Lope, que hace tiempo ruedan conmigo, un personaje, Julio, dice que según Eliano y Plinio "un animal llamado perígono se engendra del fuego". A lo que contesta otro, Don Fernando, que "todas esas fábulas son moralidades de sus penas," y le replica el primero:

"Verdaderas quieren que sean, y dan testigos, pues Draconeto Bonifacio vió tritones, y Teodoro Gaza nereidas, y en estas navegaciones y descubrimientos de las Indias vieron unos pilotos un viejo desnudo en unos riscos; y llegando a preguntarle qué tierra era aquélla, súbitamente se arrojó desde la peña al mar, y entre esferas de espuma se zabulló en sus ondas" (*).

—Y para que no figuráramos nosotros en la excepción, por aquí mismo, después que tú te fuiste, Manuel, una noche se me aparecieron unos cuantos hombres y mujeres de estos ranchos cercanos, con todos sus muchachitos despiertos y moqueando, porque habían escuchado río abajo los gritos o alaridos de la Llorona. Yo no sabía qué hacer con ellos para quitarles el miedo y tranquilizarlos. Traté de distraerlos de varios modos, pero fué inútil. Una de las más viejas me propuso: "Si usted va conmigo y llevamos una luz, pues no tengo fósforos, ni vela, ni aceite

(*) La Dorotea, acción en prosa de Fray Lope de Vega Carpio, del hábito de San Juan.—Biblioteca Renacimiento, obras maestras de la literatura universal, página 162.

(era en los días en que estábamos desprovistos de todo), ya verá que vamos a salir del paso." Resuelto el punto, cogí delante con una lámpara, nadie se quiso quedar en este caney y la caterva atrás, como en una procesión. No habíamos llegado a la choza, cuando un grito repercutió siniestramente en los aires. Entramos y abrió un baulito y después de volver y revolver sus *corotos* para uno y otro lado, encontró en el fondo unos ramos de palma bendita, hizo una cruz, la colocó a falta de mesa sobre una tabla en un rincón y el resto de las hojas que le sobraron lo quemó en un brasero que puso cerca. Como la habitación se había llenado de gente, todos pudimos ver que se arrodilló y estuvo un buen rato rezando. Una vez que concluyó su oración nos dijo: "ya van a ver que ese espanto se va y que esta noche no llega ninguna persona viva, para que no digan después que no era cosa mala." Algunos de los allí presentes nos dirigimos luégo hacia la playa y oímos muy lejanos los últimos ecos del perturbador fenómeno. Lo peor de todo fué que al concluir el alboroto cada una de las personas se iba metiendo a su casa con sus chicos, y yo me vine en la obscuridad con una lámpara en la mano y por compañía mi revólver al cinto.

—Y se quedó solo? le preguntó Ortega. Esa no me la mamo yo ni de chepa.

—Pero qué más podía hacer? Tenía que soportar con todo el cuerpo. ¿Cómo dejaba el caney con todos estos trastos abandonados? ¿Pedía cacao?

—Lo grave del caso es que en ese momento psicológico no hay vuelta de hoja: si la ensartas pierdes y si no perdiste, habló Néstor; y si no cae úno en manos del chingo, lo coge el sin nariz.

—Para una correa nunca falta cuero; se revienta úno o arranca la macolla. A fé de Kalunga que esa noche no regreso y me quedo con la anciana para mayor alarma del vecindario.

—Te hubiera salido lo roto por lo descosido, le dijo Bocayuba. Estas bromas no sirven para risas y hay que hacer como los llaneros: apretar las asentaderas contra la silla y tenerse en los estribos. Me vine solo, me acosté solo y amanecí... acompañado.

—Acompañado de quién? Otra te pego. Explícate.

—Acompañado y muy bien, de rechupete. Como estos ranchos gozan la ventaja de que la puerta es una apariencia de seguridad, de lo puro mal hecha, lo mismo da cerrarla que dejarla abierta. Cuando aclaró el día sentí en uno de los rincones el gruñido de un animal, y era una *lapa* tiernecita que se había refugiado allí, tal vez perseguida de algún enemigo. Me dió lástima, le eché unas buruzas de cazabe, le puse agua y estuvo por algunos días muy mansa y doméstica. Y después desapareció del mismo modo que había venido, sin darme aviso, ni saludo de despedida.

—En la península de Paria donde usted como yo hemos vivido, dijo Fernando, tienen muchos agüeros y no le gusta a la gente encontrarse en la noche con ningún animal negro.

—Eso no es allí no más; mientras más anda y vive úno, mayores son los datos que recoge. En la frontera del Táchira hubo un tiempo en que varias personas de gurbia, o de valor, que es lo mismo, se toparon de manos a boca con un gran perro negro, le hicieron fuego en diversos sitios y no lo mataron. A uno de los más incrédulos y que negó existiera el hecho, esegurando que no era sino uno de tantos cuentos de camino, lo persiguió una noche de tal modo hasta la puerta de su casa que se vió obligado a treparse a una mesa del corredor y gritar desaforadamente para que vinieran a salvarlo de las garras de aquel monstruo. Lo encontraron temblando como un azogado, mientras el animal huía silenciosamente entre las sombras. Como esto hizo un gran escándalo, se supo allí, por individuos de fuéra, que el mismo mastín había aparecido en otras poblaciones distantes:

—¿No recuerda? La última vez que nos vimos en Río Caribe, nos contaron el asombro que produjo un terranova negro en los alrededores de Carúpano, en donde para la época no había en los vecindarios ningún ejemplar de esa especie. La noche en que nos embarcamos en *La Crisálida,* de Hermógenes Hidalgo, ¿no fué el timonel a decirnos que por poco no le deja llegar a la playa una perrita de lanas, blanca, con los ojos muy brillantes, que se le metía por entre las piernas y le impedía caminar?

—Esto les indica que fenómenos de la misma naturaleza se presentan en distintos lugaras y los han observado diversos testigos; y para una persona que se detenga a reflexionar un

poco, si no de pruebas sirven al menos de indicios que deben alegarse en el proceso de las Ciencias Psíquicas.

—¿Pero quién, volvió al tapete Kalunga, es el que mueve los personajes detrás de bastidores? Por lo que vemos, el material acumulado es de un tamaño tal, que si se fuese a levantar un edificio con libros y revistas de los que se ocupan del asunto, se construiría una pirámide egipcia. Bulwer Lytton presenta al protagonista de una de sus obras, vestido de negro, en un caballo negro y seguido de un perro negro. ¿Qué significa todo eso? Ese hombre ha sido considerado como uno de los grandes ocultistas modernos.

—¿Te has metido en el laberinto y pretendes ahora que te acompañe? Esas son las tres cosas negras de la Cábala, muy bien traídas por el célebre escritor en *Zanoni*. Allí en ese libro se tropieza úno a cada paso con una sorpresa, sin el refugio de hallar la clave para descifrar el jeroglífico. Benvenuto Cellini narra con una sencillez y naturalidad infantiles que, siendo niño, una noche de invierno su padre lo llamó y le hizo levantar para que conociera la salamandra y que la contempló largo rato entre las brasas y las llamas del hogar. Y si la palabra del hombre es de algún valor, cuando no hay motivo justificado para recusarla, es preciso no desechar la palabra del hombre. Satisfáganse con que yo les confiese con la más ingenua franqueza que sólo sé que nada sé, según el principio socrático y que deba echar mano de un pensamiento de la filosofía de los Drusos: "la mano está cansada, la obra está concluida, la puerta está cerrada."

—Y con eso quedamos como dentro de un cacho tapado con otro. En Caracas existe la leyenda de que cuando enfermó gravemente el general Hermenegildo Zabarse, candidato a la Presidencia de la República el año de 78, llegó al corredor de su casa una golondrina y se posó sobre una de las jaulas. Postrado en la cama era imposible que la hubiese visto, y dijo a sus familiares: "ábranle la puerta, enciérrenla y cuídenla". El ave estuvo por algunos días con cierta viveza y alegría, pero se puso triste desde el momento en que empeoró el paciente, y él les pregunto: "¿cómo está la golondrina?" Le respondieron que no comía. "Eso me lo figuraba yo," fué lo único que repuso. Cuando empezó la agonía del General, el pájaro aleteó desesperada-

mente, y el uno en su lecho y la otra en su cárcel murieron a un mismo tiempo.

—Por este camino se va muy lejos, pero no se llega al fin. En una o en otra forma aquí y allá, el fenómeno sombrío se cierne en el aire de las tragedias y las entumece con la frialdad del misterio. Cuando en los alrededores de Cúcuta fué asesinado muy joven el poeta, escritor y crítico Epifanio Mora y lo condujeron a su casa, una de las hermanas le propuso a uno de los amigos más íntimos del extinto: "acompáñeme a su pieza para sacar la ropa negra de vestirlo". Trémula y llorando empezó aquella fúnebre tarea, y al asir los pantalones notó que había algo por dentro, y al sacudirlos por varias veces, cayó al suelo una golondrina que se levantó para seguir volando por todo el cuarto. La sorpresa la hizo prorrumpir en un grito ensordecedor, y cuando algunos otros de los circunstantes llegaron al lugar, entre ellos personas de la familia, todavía pudieron ver el ave revolando.

—Con tallas de este calibre, habló Ortega, si tuviera que embarcarme esta noche no podría ni coger el timón. Estoy frío y con el pelo erizado. Virgen del Valle!

—Y lo peor del caso, reanudó Bocayuba, es que con el miedo ni siquiera intentamos resolver el problema cuando se nos presenta. Y atados de pies y manos, si no tenemos la suficiente voluntad, quedamos como paralíticos o emprendemos un galope de galgo corredor para rompernos la crisma con la primera puerta que nos topamos por delante: un justo medio entre estas dos incontenibles emociones, la del pánico y la del peligro, nos sacaría con bién de un barullo que puede convertirse en un mal y hasta en una desgracia. Pero es lo cierto que cada uno es dueño de su miedo y a veces ni con freno nos podemos contener, y entonces es cuando parecemos menos hombres o conjeturamos que en la naturaleza humana hay por fatalidad muchos bajíos e innumerables escollos donde choca para naufragar miserablemente el bajel de nuestra pobre personalidad.

—Es que úno debe tener amarrados siempre los pantalones, dijo Gómez Boada, porque de otro modo ni salir podríamos a la calle y menos aún meternos a ciegas en una encrucijada como ésta. En cada pueblo existe una tradición, en el mío

es el *Jupujupu*, por el ruido que hace, o lo que es lo mismo, una procesión nocturna que lleva por delante una especie de andas y que desde tiempos inmemoriales aparece en ciertas épocas del año. Yo no la he visto, por entendido, pero hay personas muy serias que afirman el hecho, y sería penoso y descortés desmentirlas sin tener razones fundadas para ello.

—Estamos asidos de los cabellos por los espectros de la alucinación, y parece que nos hemos propuesto aumentar los cuentos fantásticos de Hoffmann. A mí no me falta, para que digan que Kalunga se fugó del manicomio, sino estar solo y salir corriendo sin sombrero y con las manos en la cabeza.

—Pero ese mismo autor que citas, considerado estrambótico y frívolo por una crítica superficial, sabía muy bien con quién se las había cuando, al referirse al magnetismo, no tuvo empacho en sostener: "yo creo que es preciso desechar preocupaciones demasiado exageradas contra las ciencias modernas, pues la naturaleza oculta en su seno miles de secretos cuyo descubrimiento costará muchísimos siglos."...

—Quedamos en cuenta. Y para nosotros, muchas sacudidas de nervios, mucho temblor de piernas, y no dan pendoladas para abreviar el plazo!

—Si a recoger leyendas fuéramos y las publicáramos, no hallaríamos espacio suficiente para colocar los volúmenes. En Venezuela necesitamos reunirlas en treinta tomos, a manera de la correspondencia de O'Leary. Es incalculable el material que figura en las historias. La de Roma es un conjunto tal de incongruos o verídicos sucesos que a menudo la mente se confunde y no sabe úno a qué atenerse, y mezclándose lo real con lo irreal, como diría Campoamor, parece que las guerras púnicas fueron un cuento o la invasión de Aníbal una fábula. ¿Y qué me dicen de la Biblia? Este palimpsesto colosal empieza con el asombro del Génesis, atraviesa por el espanto de los Profetas, asciende por las cumbres arcanas del Apocalipsis a la divinidad de Jesús y concluye con la maravilla del cristianismo. Desde la primera hasta la última página puede úno asegurar que no hay una foja donde no palpite el misterio. El solo libro de Tobías, síntesis de creaciones y poema en la forma, lo consideró Tolstoy, por la concisión, galanura y belleza de la narrativa, como un dechado en su género y es una prueba irre-

futable, inequívoca de lo que estoy exponiendo. Generaciones tras generaciones de pueblos y de hombres se suceden en el planeta y todas han convenido, convienen y convendrán en que aquella escritura simbólica resiste a todos los racionalismos y a todas las exégesis. Lo que el espíritu más culto y analítico no alcanza a comprender, es porque todavía no tiene lo bastante, ¿qué digo? una somera preparación de filosofía y lingüística baratas para medio columbrar el sentido real u oculto de que está impregnada desde el principio al fin. Sírvales de guía que nosotros la conocemos por versiones hechas del hebreo y que cada letra de este idioma tiene tres significaciones, el valor propio, una palabra y una cifra. Esto es suficiente para poner en guardia a una inteligencia sagaz y observadora que no se deje atolondrar por juicios y críticas de segunda mano y además, se podría afirmar que fué elaborada como se construye un ánfora para recoger exquisitos bálsamos y que al destaparla sin la debida delicadeza, se escapa y evapora el precioso y sutilísimo perfume. Y eso es lo que acaece cuando con manos rudas y ásperas pretende úno manejar objetos frágiles, y usando del viejo símil: lo que sucede a los niños que por su propia inocencia deslumbrados con el color de una mariposa, la estrujan y apenas se quedan contemplando entre los dedos rastros del matiz espléndido.

—¿Y por qué niegan los curas muchas cosas que hoy palpamos y que a tutiplén se encuentran en la Biblia? dijo Kalunga, ¿ y por qué prohiben la adivinación, cuando allá aparece Saúl consultando y oyendo a la pitonisa de Endor? Aunque convengo en que se asusten con una bicoca como se asustó Balaam con el asna o mejor con la perorata de la orejuda oradora. Y estornudaron o se sonrieron todos con la salida intempestiva.

—Cuándo no es Pascua en diciembre! Eres capaz de imitar a la aludida individua con tal que te salga una gracia. Y ahora le arranco a Néstor la férula para aplicártela y no desdecir del magisterio. Pero vamos al grano. ¿De qué curas hablas? Indudablemente no será de los que han hecho su curso de teología (el valor etimológico de esta palabra te indicará que es la ciencia que trata de Dios). De forma que si te llegas a poner en relación con un sacerdote de tomo y lomo, a cada paso te llenará de sorpresa, pues ninguno como él está de día y de noche bara-

jando las cosas visibles e invisibles. A ese gremio lo he respetado siempre y lo considero desde el punto de vista en que mantiene su dominio representante de la mediación entre nosotros y el Poder Supremo. Reflexiona y comprenderás que el sacerdocio es de por sí mismo una institución que está por dentro y por cima de la naturaleza humana. Y por esta complejidad de funciones es muy frecuente que no podamos entenderlo o que no sepamos juzgarlo. Todos los grandes hombres, o mejor todavía, los espíritus selectos que han pasado en forma carnal por este mundo, han tenido siempre respeto y alta estima por esa parte de la sociedad. Hasta en los días del paganismo apreciaban con justeza a los sacerdotes del culto y cada uno de los pueblos en sus diversas y múltiples religiones no ha podido suprimir al Ministro de la Divinidad en la tierra. Ves tú que en las ciencias modernas al clasificar las necesidades, como lo hacen los antropólogos, además de las físicas colocan las de orden psíquico, la moral, la social y la religiosa. ¿De dónde proviene esto? Sencillamente de que no logramos eximirnos, aunque lo quisiéramos, de fenómenos que son inherentes al organismo humano. Y si esto no te basta, es porque jamás te has detenido a meditar siquiera un instante en la trinidad de que estamos formados, materia, alma y espíritu, para quedarme corto, porque en la filosofía búdica hay siete grados o planos. En una sola Epístola de San Pablo, clarín sonoro del cielo, según el clásico, hallarás motivo suficiente para que tu razón, la endeble y cacareada razón del hombre se entretenga por mucho tiempo. Este fogoso apóstol de pensamiento militante, hoy como ayer, y tal vez en esta época con la difusión del libro y de la prensa, es más leído y comentado que nunca, y en nuestro pueblo alcanza una gran veneración. También has visto y oído que cualquier campesino sorprendido y amenazado por un animal ponzoñoso, lo primero que grita es: ¡San Pablo! Y es porque desde su llegada a Malta se difundió por el universo y no se ha olvidado jamás el milagro con que salvó de las víboras a aquella isla.

—El milagro, al fin abrió la boca Néstor: busqué una vez esa palabra en el diccionario y me quedé perplejo.

—Pero, a lo que veo, en estos tiempos se acabaron los milagros, o los hacen en otro cuño, o los fabrican de otra manera,

porque es un artículo que cuando lo he solicitado con afán me ha dejado con el deseo, como que no lo detallan nunca.

—Que no lo detallan, canastunga! Así te voy a bautizar, Kalunga, cuando me rebatas con uno de esos gracejos chocarreros. Se conoce que andas como aquel inglés que fué al monte y ni siquiera vió la leña y al oir esto, un chusco de los nuestros agregó, que quizás tampoco pudo ver lo verde!

—Lagarto! porque a tí como que no te gusta el colorcito ese.

—Con esta otra salida tampoco te vas a librar del mandoble. En los días que precedieron a la guerra, Chestertton, a quien llaman irónicamente por su corpulencia el escritor de más peso de Inglaterra, invitó para una conferencia a cierto grupo de la sociedad londinense y entretuvo por dos horas largas al auditorio con una lucubración feliz, probando que el milagro ha existido, existe y seguirá existiendo. Días después le tocó el turno a Hilario Abbot y desarrolló el mismo tema con igual o mayor lucimiento que el anterior. Estos dos famosos hombres de letras fueron luégo durante la conflagración, críticos militares. Señor de las facesias, que por decir un chiste es capaz de meter la pata entre una trampa o la trompa en un avispero; ya ve usted que si aquí no hay bodega o pulpería donde se detallan milagros a tres al cuarto, en Londres no faltan establecimientos donde siempre está el artículo de venta al por mayor.

—Tocar a la puerta no es entrar. Esto quiere decir que metí los dedos en uno como pote de miel que no era tal y me pringué las narices.

—Mas no te vas a quedar con un solo pringue o coscorrón.

Kalunga hizo un aparte murmurando:

—No es la primera vez que me ha echado agua tibia, de esa que sirve para pelar cochinos.

—Pues ahora te voy a bañar con una de setenta grados. Swámi Vivekánanda, el filósofo o iniciado indú que en uno de sus viajes por el mundo estuvo en New York, donde aún quedan rastros de sus enseñanzas esotéricas, dijo en sus comentarios a Pantajali, padre de la filosofía Yoga: "día y noche estamos viviendo en medio de una multitud tal de milagros, que no nos damos cuenta de ninguno de ellos. No existen límites para el poder del hombre, para el poder de las palabras y para el poder de la mente". Y habló del Mántram.

—Torea ese bicho, dijo Néstor, volviéndose a Kalunga.

—Ahora yo me encuno o salto la barrera porque ese toro viene bufando.

—No hay para qué esconderse porque están dentro de los tocones. Mántrams son ciertas palabras sagradas que confieren extraordinarios poderes, con los cuales los yoguis o los iniciados en las múltiples filosofías índicas realizan milagros o maravillas.

—Ahora me quedo yo pataleando y caído sin poderme subir al nido.

—Patalea, pues: ese también es un recurso cuando nada se le ocurre intentar a úno para defenderse. A los chicos inquietos se les da un lepe por las orejas para que se tranquilicen.

—Y a los gatos se les restrega la falta en las narices para que no lo vuelvan a hacer.

—Siempre el mismo, haciendo muecas!

Se sonrieron todos. En ese momento un resoplido formidable como de vapor que se escapa por un tubo roto salió de la garganta de Ortega, que recostado a un horcón había doblado la cabeza de cansancio, de sueño y no poco de aquellos párrafos que servían para matar el tiempo, mas no para divertirse.

—Con esta serenata, habló Kalunga, no vamos a cerrar los ojos. Le asestaré unas palmadas o le pegaré un chiflido; pero mientras tanto le voy a dar una sacudida y la última orden de esta noche.

Y dicho y hecho: sin más respetos, lo meneó gritándole:

—A dormir, a dormir a pierna suelta, patrón, que la noche es larga y es bueno que madruguemos para empezar mañana el trajín del embarque.

Momentos después en aquel caney obscuro sólo se oía el runrún cadencioso de los chinchorros. El último cigarrillo de Kalunga brillaba como un cocuyo. Hacia el lado del monte lóbrego, en lo alto de un árbol, parpadeaba la luz del farol colgado para espantar los animales montaraces.

CAPITULO XV

—Cada uno puede hacer de su camisa un sayo.

—Y de su lomo escamas.

—Genio y figura hasta la sepultura.

—Y aunque se vista de seda la mona, mona se queda, dijo Bocayuba al acercarse a los dos parlanchines. ¿Pero qué gritería, continuó, es la que tienen ustedes, que a tres cuadras de distancia, desde los últimos ranchos del campamento se escucha la grisapa de voces y hasta interjecciones de varios calibres?

—Era que estábamos discutiendo por hacer ejercicio, contestó Kalunga.

—Sí, indudablemente se les quedan en zaga aquellos estudiantes que en tiempos de Gil Blas, en las esquinas de Salamanca, echaban espumarajos y daban patadas como energúmenos, en medio de contorsiones, cuando debatían algún asunto acaloradamente. ¿De qué se trata, pues?

—Decía yo, murmuró Néstor, que el crítico español Julio Casares al darles un rifirafe a Valle Inclán, Martínez Ruiz y Ricardo León, le censura al segundo el uso de los términos técnicos, en una novela, y que yo a mi corto entender creo que eso no afea el lenguaje ni lo perjudica. ¿Qué opina usted sobre la materia?

—Un momento, permítame, voy a explicar el punto, se apresuró a decir Kalunga: él no critica el uso, sino el abuso, y mucho más aquellos términos estrambóticos, que es preciso

consultar en las enciclopedias a plazos, son sus palabras, y pone en la vidriera este muestrario: *artropódidos, díctilos, metilófilos, aeridios, cetonios, dolomelos,* etc., etc. Y atájenlo, atájenlo; era la noche cuando los burros rebuznando y el loco del hospicio se desató corriendo, cayendo y tropezando.

—Sería que se le pasó la mano, como a tí ahora se te pasó la lengua con la jerigonza de gerundios que pusiste al fin. Déjalo quieto; no embromes, que es muy bueno *Azorín.*

—Sí, se pasó como la monja jugadora de treinta y uno, o el tuerto a quien mandaba en comisión el General José Francisco Bermúdez: después del susto tuvieron que ir a buscar jabón para bañarse.

—Pero concluyan de amolar esos fierros que les espejean en la boca o les dejo el puésto.

—Qué delicado estáis, para hablar en dialecto del Zulia; ¿y qué vas a hacer tú con tu taller de cuchillería?

—Lo cerraré a medias para igualarme a ustedes. Voy también a charlar, no para hacer gimnasia, sino para no perder la costumbre. A qué buen palo se han arrimado, o a qué buen árbitro han acudido. En primer lugar no puede haber una norma o regla fija que demarque precisa y exactamente los límites de una obra. En segundo, cada cual tiene sus gustos o aficiones propias así como una figura que lo distingue de los demás, y del mismo modo una fisonomía espiritual y estética. Juzgo que si el propósito de un libro se desenvuelve correctamente dentro del trazo del autor, y éste se mantiene fiel a ese plan, un rebasamiento cualquiera en pro o en contra no tiene importancia ni trascendencia de ninguna clase. Como hablo con un pedagogo, y otro que a veces se pedagoguiza también (si no me barajan el neologismo), les voy a espetar un ejemplo. A un químico se le ocurre emborronar una novela con asuntos de su profesión y de su ciencia, y si los utiliza y amalgama bien, ¿a qué reprocharle el uso de su terminología? Y vaya el otro: y si un arriero se metiese a novelador y lograre su objeto, ¿por qué censurarle que nos ahite y atafague con un lenguaje de enjalmas y de jumentos? Cada cual en su género, y si mantiene la bandera en alto, que la fama le retribuya el esfuerzo. En la época moderna, la popularidad de Julio Verne desató una granizada de volúmenes que lo imitaban en su esencia y en sus procedimien-

tos, no así en lo ingenioso de la trama y la naturalidad. Ahora tenemos en Inglaterra a Wells; Conan Doyle ha creado el género policíaco en el mismo país; Mauricio Leblanc y otros le siguen en Francia, y a ese paso debe estar crujiendo en el universo la máquina de Gutenberg con creaciones más o menos afortunadas del mismo cariz.

—Pero si a eso vamos, cualquier chisgarabís se creería autorizado para embutir en sus mamarrachos lo que se le antojara, le replicó Kalunga.

—No te salgas por la tangente; no me refería a los zurriburris literarios: ésos se creen en capacidad, autorizados para hacer y deshacer todo lo que les fermenta en el manicomio de su cabeza, empezando por acabar con la lengua y concluyendo por destruir la gramática. Oye, belitre, no es por ésos ni para ésos que adelanté mi juicio. Y voy a restregarte otro ejemplo, para ver si te destiño, ya que no te curo el prurito de la chocarrería. Te hablé de aquellos autores porque fueron los primeros que se me vinieron a la boca, pero los casos de citar son muchísimos. No ha mucho en Rusia publicaron las *Memorias de un médico,* y esta obra es de tal naturaleza, formó un escándalo tan mayúsculo, por la verdad que contiene y por la manera de expresarla, que el gremio se creyó obligado a solicitar del Santo Sínodo la prohibición, porque era un ataque alevoso contra la medicina. Conozco la obra y me supongo que Verasieff, el que figura como autor, era un médico perito en su profesión y que le hizo un bién de regular tamaño a la tierra de los difuntos Romanof. El protagonista confiesa que después de diez años de haber trabajado como un peón de fábrica para convertirse en doctor, sale de la Universidad cargado con un título que le estorba para servir de cocinero, y entonces con una energía ciega resuelve recomenzar estudios y los emprende matriculándose en un nuevo curso de anatomía, y cuando después de otra década se considera una potencia y un cirujano de primer orden, llevando su segundo grado a cuestas, por descuido en la primera operación quirúrgica deja unas pinzas y un paquete de algodón en el abdomen. ¿Estamos conformes? Lo que ha faltado es que allá en el avispero de los bolschevikis, o en cualquiera otra nación, resultara un abogado, de esos que no andan con un código empastelado en la cabeza, buscando ocasiones

de enredar la pita, hacer males, meter chismes y vivir como los escarabajos de inmundicias, y les pusiera las peras al cuarto a todos los rábulas que merodean por el mundo, incluyendo a los nuestros, que mucho necesitan de una felpa para regocijo de la república y salubridad de aquel gremio infestado de úlceras morales y físicas y que se ha convertido en una plaga y en una peste.

—Peor que el cólera, cuando no la gripe, dijo sonriendo Ramírez.

—Trabajo le auguro al que le meta el hombro a la empresa, le masculló Kalunga. Yo me pondría más bien a enderezar cachos con los codos o a pulverizar vidrios con los dientes, en lugar de tener que habérmelas con esos mapurites y otros conterráneos del mismo o similar pelaje.

—En esas estamos y la lucha será a brazo partido. Entre la tradición errada que ha venido azotándonos desde nuestra separación de la Gran Colombia y el movimiento de civilización y de cultura que nos impele hacia adelante por las buenas o por las malas, entre esas dos masas o piedras de trapiche, hay que triturar los bagazos humanos que han sido en todos los tiempos las causas de nuestros desórdenes y desgracias. Estas palabras u opiniones que tienen la acritud de la franqueza, parecerán ásperas y enconadas a los timoratos y babiecas que de cualquier actitud se espantan o de cualquier accidente se conduelen, pero yo no me asusto de que levanten una polvareda y pongan el grito en el cielo los hipócritas que están dispuestos siempre a vivir de parasitos, de merodeo o de los rezagos de los banquetes truhanescos, porque antes de todo, como entidad geográfica la Nación, antes de la Nación la familia y antes y por encima de lo que se llama familia, debe estar unido en un solo haz, vibrante y único, eso que concreto o abstracto se denomina Patria por todas las lenguas donde palpita el prodigio de la conciencia humana. Y para obtenerlo es preciso barrer, barrer mucho, barrer sin misericordia, porque de otra manera no habrá sino establos de Augías en lugar de nacionalidades.

Los dos únicos oyentes de este insólito sermón, no se atrevieron a bostezar, ni mucho menos a meter, como de costumbre, un comentario precoz, balbucir una chuscada o soltar un dicharacho.

—Hay que comenzar, y pésele a quien le pesare, por desnudarse de todo sentimentalismo, de toda piedad malsana, aunque les parezca extraña esta manera mortificante de apreciar los acontecimientos, los hombres, los hechos y las cosas; hay que comenzar, no tengo empacho en decirlo, por regenerarnos a nosotros mismos, con ser implacables al criticar nuestros propios actos; hay que bañarnos por dentro y hacer abluciones morales para presentarnos, ante nativos y extraños, limpios de toda mácula.

Kalunga encontró una brecha para introducirse disimuladamente:

—Rojas Paúl hablaba siempre de piscinas, de aguas lustrales, y hasta yo creo que de los Santos Oleos. Como que en aquella época estaban muy necesitados de la balneoterapia política y no había discurso o manifiesto en que no las encajara.

Y Néstor no se quedó atrás:

—Cuando no es calvo el pelón, de papeles no hablemos; desde que el Libertador lanzó la primer proclama y se fué desde aquí, desde el Orinoco, escalando cerros, trasponiendo cúspides y en cada victoria arengando a sus soldados, cualquier calandrajo, zopenco, zarrapastroso jefe civil se declara en el ejercicio de sus funciones con una alocución estrafalaria.

—Es que tenemos por desgracia mucho de monos para imitar lo malo; pero ojalá no nos faltaran un mismo instinto y una misma voluntad para seguir al pié de la letra el grande ejemplo y la sinceridad de aquel hombre y de la mayor parte de los contemporáneos que lo secundaron. Eran, si se quiere, una raza aparte, formados en lo moral y en lo físico con elementos de selecta calidad y procedencia.

—Y se rompieron los moldes porque después no se han visto otros de una hechura semejante o el barro de que dispusieron aquellos alarifes se agotó con la primera quema, cuando hornearon a Bolívar.

—Qué ocasión tan inesperada, qué coyuntura la que me proporcionas, Kalunga! Quédate quieto a ver si le doy forma a unas ideas que en estos días de soledad me han ronroneado por las sienes; y con poca o ninguna presunción, imagínate, sobre el origen y el nacimiento de ese ejemplar de raza.

—Pero es que en aínas voy a interrumpirte. Lástima que se hubiera muerto o que no escribiera sus memorias la negra Matea, que según las leyendas de los esclavos de Caraballeda le enseñó el ensalmo para que no lo hirieran, prendiesen o mataran, pues por más que hurguemos libros o legajos de historia, con ser que son sucesos de ayer, es poco, muy poco, poquísimo lo que se sabe de la niñez de Don Simón, que no pudo ser igual a la de los demás, como no es lo mismo el pichón de un *tucuz* que el pollaranco de un águila.

—Al fin, al fin, cabeza de chorlito, has llegado casi a una conclusión de Edgard Poe, que nos afanamos en buscar la verdad en el fondo, cuando puede estar en la superficie!

Néstor no se quiso retraer, pero no encontraba un achaque para salir de su mutismo y Bocayuba le dió pié con una bondadosa insinuación:

—¿Y a usted no se le ocurre nada?

—Lo que se me viene por el momento es que a falta de datos para estudiar a un individuo, hay que buscarlos por analogía en el carácter de los hombres de su mismo tiempo o por desemejanza entre los miembros de la misma familia o de iguales o parecidas castas. Para valerme de una comparación de música, se debe recorrer todo el diapasón de un instrumento cuando se trata de tocar con él una pieza, y si es una ópera, y un Wagner el compositor, es preciso además conocer de raíz los motivos que indujeron a la creación de un Lohengrín.

—Me han sacado a flote; en ustedes como en otros muchos de nuestros contemporáneos hay una exagerada tendencia al análisis, que defectuosa y todo no deja de envolver la ventaja de cerner en la criba del criterio los hechos y las circunstancias atañaderos a hombres y épocas o problemas sociales y políticos. La exégesis no pecará jamás de excesiva, y la lógica aunque le cargue a un ilustre actual profesor de Salamanca, siempre será un caballo de batalla en las cuestiones vitales. Hoy los que estudian la vida de Bolívar son muchos, de muy diversos países; todos los días aumentan, engruesan filas con decisión y entusiasmo y se esmeran de consuno en la labor; mas supongo que necesitan abrir nuevas sendas y aguzar los métodos apurando las investigaciones. Infiero que debe entrarse por la faz de vasco con uno como pico de minero para hacer un socavón

profundo en las entrañas de la raza que por su idioma, aislado y único, ha sido, es y será la desesperación de los lingüistas. Sergi crée que los antiguos aquitanios son en línea recta los antecesores de ese pueblo; nosotros lo vemos que encerrado entre un golfo y unas montañas, conserva a través de las vicisitudes de los tiempos, junto con la entereza de carácter la unidad hegemónica de su glorioso individualismo. Ahora bien, yo que no tengo con ese científico italiano sino el lejano parentesco en la descendencia de Adán, apelo a cubrirme con el manto de Carlyle para que me sirva de escudo y echar fuera lo que siento, no vaya a suceder que si lo retengo se me convierta en veneno. Opinaba Agustín Thierry que la tradición oral es una de las fuentes más seguras de la historia, porque al ir de boca en boca de padres a hijos y de siglo en siglo, es la trasmisión de los hechos. Sea fábula o leyenda el desaparecimiento de la Atlántida, Platón habló de la sumergida en las aguas oceánicas y en los anales de la India figuran dos islas o continentes de ese mismo nombre, extinguidos con anterioridad a la última Poseidón, que es a la que se refiere el filósofo del *Timeo* y de la *República.* La fantasía humana, con éxito precario, ha divagado a su antojo para determinar a punto fijo el lugar que a esa tierra hundida le corresponde en el globo; pero es de notar con poquísimo esfuerzo y de conjeturar por lo tanto que no se desmorona un mundo sin dejar los más leves rastros de su existencia. Lo de la Lemuria o sea ese continente que ocupó las actuales vastas soledades del mar Pacífico no se pone hoy en tela de juicio cuando los habitantes de Rota viven donde hay en pié o caídas gigantescas estatuas, ruinas de templos o palacios, de cuyos constructores no tienen los naturales la más remota memoria, y negar esos monumentos es como negar los volcanes que todavía en la hora presente han venido destruyendo, despedazando las tierras firmes que restaban ilesas de prehistóricas convulsiones sísmicas.

—Pero adonde vamos (era el Kalunga de siempre), parezco un explorador sin brújula: estoy más desorientado que nunca con ese diluvio de suposiciones.

—¿No hay en matemáticas una demostración que se llama *ad-absurdum,* señor pedagogo?

—Y también por hipótesis, cuando no hay de otras, que de todo gozamos en la viña del Señor, hasta nosotros los maestros extraviados en las soledades del Caura.

—Pues les voy a dar un frote con el absurdo o con una hipótesis, para dejarlos aturdidos de una sola vez: Bolívar no es español, ni en su sangre ni en su figura; ni en sus hechos ni en su vida privada o pública tiene nada de castellano ni de español.

—De buena duda me sacas; si era vascongado, eso lo saben hasta los muchachos de Moitaco a quienes Néstor les puso la primera albarda de historia.

—Y, a tí, que se te va la lengua, habrá que aplicarte un correctivo para que me dejes en paz y chúpate ésta que es un colmo; tampoco arranca de Vizcaya, chúpatela!

—Porque fué de Caracas y nació junto a la Plaza de San Jacinto.

—Cállate, hombre, Bolívar no era vasco porque era un atlante legítimo.

—¿Qué me dices con eso?

—Con eso le digo al mundo que Bolívar por su origen es el individuo que aparece hoy más aislado, más solitario, más único y soberbio, inexplicable y misterioso, erguido como un gigantesco obelisco en las llanuras atormentadas de la historia. Sus antecesores desaparecieron en las aguas de ese mar que lleva en su nombre el sello de un cataclismo. El grupo de aquella raza que se salvó por esta o aquella circunstancia perdida en la tenebrosidad del olvido, ganó las costas del mar Cantábrico para formar allí un núcleo de vigorosa complexión espiritual y física, y esa tribu que en su esfuerzo tenaz de siglos no ha logrado constituirse en una nacionalidad, produjo al cabo un ejemplar con todos los atributos inherentes a su inconfundible genealogía. Los métodos que se han puesto en juego para trazar el desenvolvimiento de su personalidad, son los que usan generalmente al estudiar a los hombres con quienes tiene mayor punto de contacto, por el vínculo que con la progenie humana llevamos todos en la sangre. Tales procedimientos fracasan en Historia Natural con las plantas que no se encuentran en estado de fósiles, el trigo y el plátano, y animales como la abeja, la hormiga, el vampiro y el loro que han agotado la pa-

ciencia de los investigadores para llegar en resumen de cuentas a confesar que nada se sabe de su procedencia al fin. Y si en lo físico Bolívar no se parece a nadie, salvedad hecha de los de su misma raza, de cabeza larga y de quijadas agudas, en su conformación ética es todavía mayor la diferencia. Hay que convenir en que al adoptar clasificación para el caso, cabe a maravilla en la de Bovio, el abogado italiano que socavó con piqueta demoledora la teoría de Lombroso, pues aunque no lo nombra, quién sabe por qué causa, queda harto bien destacado dentro del cuadro en que coloca al superhombre. Al hablar de los genios religiosos y citar a Budha, Mahoma y Jesús, las tres piedras basales de su argumento, considera que lo son por la perennidad de su obra. Y así de los demás. En consecuencia, a Napoleón no le concede sino extraordinarias facultades militares, porque de todo el aparato de sus guerras y reconstrucciones no restan en Europa sino las páginas legibles de una colección de leyes. De Bolívar es manifiesto que no obstante el despedazamiento de la faena de su cerebro, de su colosal empresa de titán, subsisten hoy cinco Repúblicas de las que una ondea su nombre, al modo de un oriflama, y que fueron amamantadas con ideas donde vibra la savia, arde el fuego y refulge como nunca el sol de la Democracia.

—Perdóname, eso complica y enreda más el problema; si por esa faz no se le ha considerado es porque tal vez previeron el laberinto final a que los podría conducir.—Era Kalunga quien se resolvía a opinar enseriándose.

—Pero es que no he concluido todavía. Hago la advertencia de que en esta como en otras muchas circunstancias, hablo de memoria, por no poder hacerlo de otra manera y me curo en salud por consiguiente. A juzgar por los fragmentos de esas tradiciones resulta que la Atlántida primitiva era un continente sesgado de noreste a suroeste: comienza en frente del mar Cantábrico actual y termina cerca de las cimas presentes del Aconcagua, comprendidas varias islas del Pacífico, como las antiquísimas de Galápagos, junto del Ecuador; abarca el Yrazú de la actual Costa Rica; continúa hacia la península de Florida para ir a morir en Islandia, es decir, con el Geisser en la base, un volcán en medio de los hielos y el Misti y el Santa Bárbara, otros dos volcanes en el vértice. Y qué de sorpresas no reservan

las concepciones que desbordan de los senderos comunes por lo trillados: Bolívar por su origen se desenvuelve desde las riberas del Golfo de Vizcaya, nace y se forma en las costas del mar Caribe venezolano, trepa escalando montañas como el otro atlante de la fábula con una mole de Libertad al hombro y delira, con ese hecatónfono delirio suyo del Chimborazo, y prosigue en su espantable ascensión hasta conducir aquella carga, de una pesadumbre tal que jamás se ha visto otra que la rivalice o se le parezca, defendiéndola y salvándola por los enhiestos picachos del Imperio de los Incas, y no contento o no satisfecho aún con esa ambición, que sólo es patrimonio de los Genios, atraviesa todavía los picos del Alto Perú y la deposita al modo de un faro suspendido en la cúspide del Illimani, término, remate y fin de la ardua empresa, que cantó la trompa épica de Olmedo, la más grande que ha sacudido al mundo después del advenimiento de Jesús.

—Y después... dijeron como en coro las bocas de los dos íngrimos escuchantes y después...

—Es que no puedo bornear el pensamiento que me taladra desde hace mucho tiempo el cráneo. A Bolívar no se le puede comparar con nadie e igual será en lo porvenir, y si acaso se quiere destacarlo del resto de los mortales que han sorprendido a la humanidad, aparece como una figura vasta y transparente, pero envuelta como en esos halos indefinibles que circumbalan las nebulosas, y como para observar a éstas es de rigor el uso del telescopio, para estudiarlo y comprenderlo a él es preciso iluminarse por dentro con la luz de los principios democráticos, que fueron el alma de todas sus acciones y la necesidad imperiosa de su existencia. Desde el mar Caribe empieza su batallador esfuerzo y va dejando tras de sí una estela de gloria salpicada de batallas. Cuando llega al coronamiento de la gesta no restan de su organismo físico sino las últimas pavesas y apenas alumbra su espíritu, salvado incólume de profundas catástrofes morales. Convaleciente, solo, sombrío, taciturno, no en la tarde de su vida, pero sí en el último crepúsculo de su genio, en Pativilca brotó de los labios de aquel esqueleto humano, para contestar a Tomás Cipriano de Mosquera que lo interrogaba sobre los futuros proyectos, tan sólo una palabra, pero también la máxima: "Vencer!" Unicamente vencer y nada más;

la incomparable sinceridad de toda su vida centelleó con la firmeza del diamante, y con el fulgor de un rayo caído de los cielos. Pero al cabo he de llegar por un momento a la socorrida comparanza. Alejandro concluye en las orgías de Babilonia, Aníbal con la copa emponzoñada que se propinó para libertarse de las garras de sus enemigos, y César como un águila sin alas sobre el pavimento del Senado Romano. Y a Bolívar no le es dable que terminen él y su obra a un tiempo mismo para coronar el sacrificio, sino que ha de vegetar un lustro todavía para sentir la mayor de las decepciones, apurar la amargura de ver cayéndose y demoliéndose columna tras de columna, techumbre tras de techumbre, aquel monumento colosal donde gastó el caudal de sus energías y derrochó la excelsitud de su inteligencia. Bolívar anda solo por la historia. Entre sus contemporáneos, compañeros y colaboradores, es siempre un aislado, un incomprendido: lo siguen por deslumbramiento, por necesidades perentorias o por entusiasmos momentáneos; pero de convicción, aunque es duro lanzar este juicio, parece que son muy pocos los que lo escuchan y rodean. Y hay una circunstancia todavía más rara: el único que de veras lo entiende, el único que no duda de los planes grandiosos, el único que le soporta las vivezas de carácter, el único que lo acompaña de corazón y lo estimula con sinceridad, es el que lo conoce desde niño, el que lo conduce de la mano a Europa y lo sustrae al torbellino de las pasiones y lo arranca de las garras del hastío y de la desesperanza y lo salva con un consejo la noche de la crisis moral en París; es uno a quien llamaron el loco, un filósofo original, mezcla de estoico y de cínico, un Zenón y Diógenes a la vez, un genio tutelar de la misma tierra, solitario, excéntrico y satírico, pero que desempeña a cabalidad el papel de mentor de nuestro Aquiles: su homónimo Don Simón. ¿Quién ha colocado tan de cerca este dios Momo, para que distraiga en la soledad con muecas y con burlas y sarcasmos las acritudes y melancolías de aquella esfinge? ¿Qué fué lo que tan sigilosamente le murmuró al oído en el nefasto desconcierto de esa hora tremenda de negación y de martirio, cuando pretendía en el desaliento anonadarse y morir? ¿Qué le dijo, qué le anunció esa sibila en forma humana? De las riquezas y del patrimonio, de un secreto de familia, no pudo ser, que no había arcanos de esa suerte

para el futuro mayorazgo del señorío de las minas de Aroa. De este personaje se ha dicho poco con ser que se ha dicho mucho. Empieza por cambiarse el apellido, rompe los nudos que lo vinculan a su familia, renuncia el apellido, se convierte en maestro, cicerone y guía de aquel adolescente turbulento y agitador y resuelve al punto, rasgo de maravillosa previsión, si los hay, echárselo a cuestas, llevarlo a Roma y conducirlo en peso a la cima del Monte Sacro, pináculo legendario de los destinos de la humanidad, para que se comprometa y declare allí, en presencia de Dios y de los siglos, delante de él, único testigo de la solemnidad del juramento, bregar sin término y descanso, quebrantar el poderío de España y el Nuevo Mundo libertar, en fin. Mas ¿quién es ese que posée tanta autoridad para que se le acate y oiga? ¿Qué prodigio de entidad vive con la máscara del disimulo bajo esa ruda corteza corporal? Y luego otra rareza más, porque estamos en el camino de sorprendernos a cada paso con los hechos que preludian el nacimiento de la vida política de Bolívar: un paréntesis de silencio, la ausencia se interpone entre los dos, el impulsador se esconde, no vuelve a encontrarse el educando con el apoyo ni con el calor de aquella amistad tan desinteresada y firme, como puede serlo el cariño de un padre. Ha cumplido una misión en la sombra y se retira a la penumbra: ese hombre camina envuelto en las brumas del misterio.

—Sí, yo no me había paseado con que nos ibas a salir con esas, aunque presumir es fácil, estalló Kalunga. Cómo te parece, Néstor, tu antecesor y su catadura y los humos que gasta el primero de la cáfila, porque comenzó a instruir cuando no había siquiera barruntos de una república con muchachos, y por instruir nada menos que a quien debía tener el sencillo trabajo de hacer patria para fundar escuelas; es mucho cuento ese de comenzar por dirigir a un genio en embrión para que al desarrollarse modele una democracia en germen.

—A mí ya nada me parece extraño; estoy resuelto a no admirarme hasta no quedar confundido de asombro. Deja, chico, que me siento ardido, por saber algo más del pedagogo que abandonó al discípulo después que lo dejó enzarzado, sin darse por entendido de los leves tropiezos que iba a encontrar para cumplir el juramento.

—El enredado en este momento soy yo, porque lo que se conoce de este andariego filósofo es que un día se aparece a la Aduana de Cartagena y declara sesenta mil duros, diciendo que así como otros iban a derrochar sus haciendas a Europa, él había ido a adquirirlas y que regresaba exclusivamente en busca del Libertador. Se sabe que estuvo en Viena de químico y en Rusia de maestro de escuela, por lo que a bien tiene o le place revelar, y de aquí en adelante es visible cuando saliendo de su incógnito refugio se acerca a su pupilo y considera oportuno, según su frase, encender las velas del alumbrado de Sur América, porque era lo que más necesitaba el Nuevo Mundo. La figura cínica y hostil de este individuo, al lado de Bolívar, es una causa perenne de disgustos, porque satiriza a los generales y a los más altos funcionarios, y los desprecia y los aborrece con una crueldad implacable. Según su corto entender y su modesto juicio, nadie sirve para nada en todo lo que ha andado, en todo lo que ha visto, en todos los cartapacios de historia, tanto en este continente como en el europeo, lo único grande, lo único digno de tomarse en cuenta, lo único que vale es su discípulo, para quien no halla parangón, a quien abandonó no se sabe cómo ni por qué cuando era un muchacho y se lo vino a encontrar cuando era nada menos que Libertador y Presidente de la Gran Colombia. Y al llegar el día en que juzga de rigor la defensa de su hijo espiritual y glorioso, entonces blande una pluma que desgarra cual una hoz y corta como una espada, dando a diestro y siniestro mandobles y tajos, y qué tajos! Quedarán chorreando sangre hasta que perduren la memoria del alumno y del maestro que van de brazo desde hace tiempo por el camino de la inmortalidad. Cuando se presentaba de súbito en medio de un cónclave donde figuraban, como en las tragedias griegas, los más selectos actores de la Independencia, alto, fornido, afeitado, con la boca fruncida, con su cara chocante de satírico el acre y mordaz de Don Simón Rodríguez, era motivo suficiente para que cada uno se sintiese mal y eligiera entre quedarse y soportar sus cuchufletas o salir y libertarse de la presencia del intruso. Y entonces sucedía lo que debía de suceder: maestro y discípulo se quedaban solos. Y luego, sin tardanza, se oían repercutir, unas tras otras, las carcajadas del Libertador y las voces del Mentor que volvía

a tomar la preponderancia de los pasados tiempos; o se notaban grandes pausas de silencio en que sólo resonaba el chasquido metálico de las cláusulas del dómine que tornaba a decir cosas y verdades de las cuales por desgracia ni una sílaba para trasmitirnos recogieron los coetáneos; pero es lo cierto que en la vida de estos dos hombres huy puntos de una obscuridad tal que desconciertan y acaso nunca se logren esclarecer. Hombro con hombro lo sigue al Alto Perú, lo faculta para que realice sus planes de enseñanza y lo protege. Hoy se considera el método de Don Simón tan revolucionario y tan de actualidad, que en muchos países nuevos todavía no se le adopta, porque no se le entiende. Para este innovador, la instrucción tal como se la ha comprendido y practicado, es decir, con estrechez de teorías y sujeta a textos o puramente abstracta, no tuvo valor de ninguna clase: para él lo importante era dotar al niño junto con la enseñanza primaria de un oficio que le provea el sustento diario y lo independice económicamente y de este modo combatir desde los bancos de la escuela el proletario intelectual. Y desde esa altura de miras es tan genial y tan primero que no me arredro en afirmar que fué el precursor instruccionista que abrió las puertas a las modernas doctrinas escolares. Y por eso fracasó en aquella época, y por eso en Chuquisaca no gustaron de aquel maestro extravagante que enseñaba carpintería, porque los padres de familia, chapados al antiguo sistema, juzgaban indecoroso que aprendiesen un arte manual sus hijos, y por eso rompió con Sucre, a quien escocía a burlas, y como lo conceptuaba muy engreído resolvió vengarse con una mala pasada de las de su cosecha y lo invitó al célebre banquete donde sirvieron los manjares en platos que tenían para el anfitrión la gracia de estar muy originales, pero para los convidados el inconveniente de ser unas recién desempacadas bacinillas.

—Se cuadró tu compinche, Néstor; me imagino la cara que pondrían aquellos encopetados y quisquillosos huéspedes.

—Pero lo que no te imaginas es que yo no califico ese disparate original como parto de un loco, que es el modo común de apreciarlo, sino acto del más acerbo sarcasmo para herir con dardo empozoñado en lo hondo de la carne orgullosa del Mariscal, que era muy susceptible de resentirse por la más leve

fruslería que pudiera rozar a su persona o a sus méritos. Y después de caído del magisterio vuelve a desaparecer Don Simón, deja otra vez solo a su discípulo y se queda, según unos, en Bolivia, donde muere por allá en un olvidado rincón; según otros, se fija en Lima; pero resulta en lo sucesivo que se le encuentra por el año de 50 en el Ecuador, donde lo ve el doctor Uribe Angel, y en el momento de presentárselo el Obispo de Quito, y cortándose un poco al murmurar: "Don Simón Rodriguez, el Maestro del Libertador", contestó diciendo, al tender la mano: "por si no tuviere otros títulos", rasgo este de suma y atrevida audacia considerarse él mismo de una superioridad fuéra de lo ordinario y por cima de toda discusión. Y luégo se regresa al Perú, muere, no se sabe cuándo, porque más adelante volverá a sorprenderlo un viajero francés en la posada de un camino de Bolivia y extrañado de la ilustración que revela aquel humilde vendedor de licores y cacharros criollos, y hacérselo notar así, descubrírsele suplicándole: "Soy el maestro de Bolívar, pero no se lo vaya a decir a nadie".

—Este hombre encandila, es un proteo, exclamó Néstor.

—Y ahora acabo de ajustarles las clavijas de este cuento, y voy a concluir con un rasgo cabalístico: Don Simón Rodríguez no ha muerto: es el compañero o doble del misterioso personaje que a fines del XVIII llevó tanto la atención en toda Europa, o ese propio Conde de Saint Germain, cuya vida es una farsa para los profanos, y para los impregnados de filosofías ocultas, un nirmanakaya de la India, o lo que es poco más o menos lo mismo, una proyección de cuerpo astral.

—Y en eso vino a parar todo, en que comenzamos con el misterio de la Atlántida y concluimos con el misterio del Conde a quien jamás se le vió comer ni en privado ni en público, escribía verso o prosa con las dos manos y caracteres iguales, tocaba música a perfección y usaba piedras preciosas de valor descomunal, y era alquimista y orfebre porque las construía y las perfeccionaba; tú me diste a leer el libro de la señora Ockley, que si no es chiflada le falta poco, y por la hebra que asoma parece también una individua que se profundiza por regiones alarmantes por lo desconocidas. Así se expresó Kalunga, tomando en serio asuntos que él jamás hubiera querido que se enseriasen.

—Aun no he terminado. Decía Ibsen que el hombre sólo era el más fuerte, esto no es una novedad del autor escandinavo, porque yo me he encontrado en Da Vinci este pensamiento que lo voy a soltar en italiano, por de contado, a la luz del recuerdo:

Non c'è altra magiore signoria qui la di se medésimo, e si tu fose solo, tu sarai sempre tutto tuo.

Por este imperio de la concentración en úno mismo fuí a parar en que Don Simón Bolívar seguido de su arcano protector, o para encajar un término helénico, escoltado por una *entelechia* (el nombre que no ha descifrado nadie), ascendió las vertientes del Desparramadero, atravesó el lago legendario de Titicaca y fué por todos aquellos picos de montañas impregnadas de fluidos akásicos (flamante término teosófico) hasta el extremo sur de lo que fué en un tiempo el antiguo, el remoto, el perdido continente que al desaparecer en los abismos dejó los núcleos primordiales de rocas milenarias para que se cristalizara otro mundo en el transcurso insondable de los siglos. Y allí detuvo sus pasos, se despojó de la joya de Libertad que fulgía en el asombro de su cabeza para depositarla al modo de un emblema en el ápice de eminencia prodigiosa, fijó los ojos en el cenit y con la majestad de los elegidos empezó su descenso desde la cimera del Sorata, serranía tras de serranía, a cuestas con la cruz de su grandeza hasta llegar a las playas del mar Caribe y clavarla en el calvario de San Pedro Alejandrino. Cerrado estaba el cielo de aquella enorme vida. Después de la gigantesca jornada en que fué arrebatado por un vértigo de batallas y de triunfos, mantenido al frente de falanges heroicas, victoreado por muchedumbres delirantes, volvió solo y macilento al mismo sitio de partida. Había descrito la parábola que delinean los astros en su rotar continuo, pero que los seres humanos concluyen en el antro negro del sepulcro. Y entonces es que asoma una de las faces más desconcertantes del Libertador, la del profeta sombrío y triste como Isaías y como Daniel fogoso, conmovedor y espeluznante, en sus palabras trascendentales: por eso dije al principio que este ejemplar de la raza humana no se puede comparar con nadie. Entonces llega

a los momentos en que culmina su pesimismo, del que no registran otro los anales conocidos, y viendo el desmoronamiento de todos sus sueños realizados, carne de su carne y espíritu de su espíritu, hechos tierra o polvo, convertirse en nada, expresar con sin igual melancolía: "Estos países caerán en manos de tiranuelos vulgares... Venezuela está destinada a seguir el camino de las monocracias... Los que trabajamos por la Libertad, hemos arado en el mar"... No encuentro por lo pronto las cláusulas adecuadas para ensayar un esbozo de la amargura que debió sentir aquel corazón abierto a todas las generosidades y caído de las mayores alturas al último extremo de las miserias: el aislamiento, la soledad y la pobreza. Si Byron dijo, hablando de Napoleón, que después de Satanás ni hombre ni ángel ni demonio habían caído de más alto, ¿qué diremos nosotros del águila que se arroja al abismo desde el peñón del ensueño, el más elevado que pueda concebir la mente humana?

Algo se columbra de lo que he intentado explicar, sin lograrlo, en el final de un soneto del que a punto fijo no sé quién fué el autor:

Pero tu alma sin sombra de flaqueza
llega al sepulcro con su firme paso
y depone su carga de grandeza.

Y al contemplar el porvenir, acaso
temblaba el pensamiento en tu cabeza
como un sol moribundo en el ocaso.

Y el sol humano desaparecía. Y en ese mismo instante hubo una neblina inexplicable por lo imprevista, que comenzó por las faldas del Avila y ascendió por todos los cerros de Venezuela hacia el sur, indudablemente hasta las montañas de los Andes que delimitan a Bolivia del núcleo terrestre del hemisferio austral. Y ese fenómeno de meteoro se ha observado en diversas formas siempre que desaparece uno de los grandes espíritus encarnados en este planeta. A la muerte de Cronwell, tempestad violenta azotó las costas de toda Inglaterra; a la de Napoleón, tremendo fué el huracán que sacudía los peñascos del islote de Santa Elena; pero así como físicamente se estremeció el espinazo de Sur América al abandonar la tierra para

convertirse en astro de gloria el Libertador, hubo un eclipse de pasiones, enmudecieron los odios y se arrebujaron las almas de los adversarios en el remordimiento de las conciencias. Me figuro que en el día de las exequias en las repúblicas emancipadas por su genio, tal vez no se contó un enemigo o émulo que no brotara una lágrima acerba y silenciosa, que no corrió de los ojos por el exterior de la mejilla para ser vista de alguien y que avergonzara, pero que cayó en los lagos profundos del olvido, como de las criptas subterráneas la gota cristalina y muda del manantial. Un sacerdote, Bossuet desconocido hasta entonces, en la Catedral de Bogotá, al pronunciar la oración fúnebre, tuvo la inspiración del momento en las frases más sinceras y hondas que he conocido, para condensar la tarea gigantesca del héroe, junto con la consagración de su vida al triunfo de una causa: "Aun todavía en medio de las angustias hace un testamento que debe servir de ejemplar a los hombres grandes de su clase, y que el universo entero se llenará de asombro al ver las pocas líneas, el ningún caudal de que dispone y que más parece una memoria monacal que el testamento del Fundador y Libertador de dos mundos". (1) Tremenda es la verdad! Este hombre con la abnegación de un santo agotó su existencia y su fortuna en el trabajo de la Libertad y muere en las mayores privaciones y miserias con la sencillez y solemnidad de un asceta. Tampoco en esto se parece a nadie.

—Y después, Néstor fué el que habló, y después...

—La vorágine! Cayó al suelo la caja de Pandora y se rompió en pedazos y los ficticios o fabulosos males de antaño y de ogaño se desperdigaron en realidad con instintos y pelajes de legítimos reptiles; es lo que se me ocurre, manifestó Kalunga, porque se me han acabado las flechas del carcaj, y no me atrevo a intentar con un golpe de brocha gorda la pintura del cuadro escandaloso que presentaban las hijas de Bolívar.

—Pero, reanudó Bocayuba, un escritor de la misma raza, Oliveira Martins, quien ha manejado tal vez como literato, historiador, crítico y sociólogo la pluma mejor tajada y más grande del siglo XIX, al sintetizar las anarquías y desbarajus-

(*) Oración fúnebre pronunciada en la Catedral de Bogotá por el reverendo padre Fray Manuel Teodoro Gómez.—**Documentos para los anales de Venezuela, desde el movimiento separatista de la unión colombiana hasta nuestros días, etc., etc.—Tomo IV, pág. 324.**

tes que sucedieron a la muerte de otro hombre de genio y de acción, de un ibero con sangre de atlante y de vasco también, se expresa con estos rasgos suetónicos: "Por esto la descendencia de Nunalvare, un héroe y un santo, fué una sucesión de intrigantes mezquinos, de malos deudos y de egoistas vulgares. La grande herencia del héroe aplastó a sus descendientes". (*)

—Las mordeduras del perro se curan con pelos del mismo perro.

—Badulaque! Aún te quedaban dardos y asestaste en el blanco. Conceptúo de muy hermoso y original que los filos de una péñola nutrida con nuestra propia sangre sean los que nos han levantado y puesto al descubierto las úlceras que corroyeron el cuerpo de la república después de 1830. Ese eminente pensador lusitano es quien puede suplir de luz para esclarecer a maravilla los caminos que transitamos a obscuras en nuestra historia. No hay por qué ir a buscar a casas ajenas lo que de sobra tenemos en el hogar y en el terruño. Ya es hora de que abandonemos los viejos, ridículos y malos hábitos de pedigüeños y pordioseros, los cuales tras de avengonzarnos resultan inútiles, porque es ni más ni menos que el hidalgo o caballero de pro vaya a demandar limosna a la puerta del mendigo. Acepte un consejo, porque me pirro por encasquetarle uno a cualquier hijo de vecino: cuando se le meta entre ceja y ceja salir de sus lares, ante todas otras cosas viaje primero en realidad o en sueños por la Península luso-española, y no se olvide que vive en nuestra tierra hispano-ibérica, "donde tiene su asiento y fué su cuna", endecasílabo de Gutiérrez González, el famoso colombiano cantor del maíz. Señor pedagogo, aunque su oficio no es el mío, y lo detesto, le doy esta lección para que *ad pedem litterae* se la trasmita a sus discípulos y ni usted ni ellos se dejen comulgar en lo sucesivo con ruedas de molino. No eche en saco roto que no le llega al tobillo de Oliveira Martins, en las materias que expuso con rara perspicacia, escritor de ninguna raza, de ayer ni hoy, incluidos los del Asia y de todos los colores y matices.

—Y yo que me paso de listo pensaba que era Néstor no más el de las exageraciones, y ahora me fijo en que el amigo Bocayuba también hiperboliza!

(*) Oliveira Martins.—Historia de Portugal.

—Y tan hiperbolizo y me profundizo que subí gateando por este chorro del Caura a los más altos raudales del idem, y que me los traje a ustedes enredados en la cola y me los llevo mañana adheridos a la misma.

—Con tal que a mí no me embalen y me dejen con el mismo rótulo y en la misma playa; con tal que no se trascuerden del compañero y dómine, y las malas lenguas junto con la mía no vayan a decir que vino por lana y volvió trasquilado; con tal de que se cumpla aquello de que a los mansos y humildes de corazón se les reserva el reino de los cielos; con tal que se acuerden de que el que parte y comparte y en repartir tiene tino siempre lleva la mejor parte, pero no dejando a nadie sin su trozo de tocino... con tal que...

—Pero hasta cuándo!, se interpuso Kalunga, terminas ese párrafo.

—Con tal que tengan la amabilidad de oirme y mis palabras no les suenen a lata, necedad o bobería, les voy a echar un cuento que si no viene a pelo o como tapa de frasco, ahora que estamos con un pié en el estribo, creo que no me tope otro que me saque mejor avante.

—Echanoslo, pues!, con tal que sea bueno y aunque nos pique, que no se te quede un átomo de ají en la punta de la lengua.

—Ustedes no ignoran que el Duque de Granmont, nos dice su cuñado Hamilton en las memorias que a uno y otro inmortalizaron, se dedicaba a tirarle las orejas al burro (no hay alusión a maestros o académicos), que el caballero no era lerdo ni zurdo para brujulear los naipes, que no le coleaban fácilmente una puesta, que no se le iban tampoco con el rejo en los cachos, o lo que es lo mismo, debiéndole y dejándolo con los ojos claros y sin vista, y una vez le ganó a un lord, que era muy pesado para subir a la cuerda, una suma razonablejonaca de guineas, más que las libras esterlinas y que el tercio se le hizo de la vista gorda y pasaban las horas y los días, las semanas y los meses, hasta que al fin se le ocurrió al rey mandarlo para Irlanda con una ganga, un empleito así como de virrey o de administrador, o de algo parecido por el caldo y la substancia, y que ni por ésas se acordaba de pagar a Granmont. Y precisamente a éste no se le escapaba un venado o una liebre por más que le

corriera y saltara, y cuando lo fué a despedir, aun en medio de la multitud de familiares y otras personas que lo rodeaban, le dijo: "adiós, mi lord, y que le vaya muy bien (y dándole un golpecito en la espalda); pero por si acaso, amigo mío, no me olvide en su testamento".

—Maestro, le respondió Bocayuba ceremoniosamente, no se atenga a que yo regrese de una Irlanda próxima o lejana, ni se imagine que a mí me vaya a caer un aerolito o cualquiera balumba que pulverice o aplaste y no me encuentre cuando lo desée ni con anteojos de aumento; no espere a que realicemos nuestro lote de sarrapia, no espere sino en Dios, que yo de mi parte aguardo que nos acompañe en estas y otras muchas andanzas y correrías, exploraciones y descubrimientos donde si no se le aparece un ídolo de oro en una cueva, verá patente que este Lord vernáculo no se olvida de los servidores y que ellos no necesitan de guiñarle el ojo, ponerle la mano en el hombro, hacerle un gesto o pisarle un callo; y no imite a Rousseau con aquello de que en caso de duda, abstenerse; no se abstenga, no haga esa niñería, aunque no dude, y véngase con nosotros, que de aquí para abajo descenderemos a guisa de automóvil desbocado, y no es lógico ni humano que usted se quede en las vueltas del camino.

—De quedarme tengo pocas ganas, de irme no me faltan, pero de las que sí carezco es de volver a las andadas. Y además con un magisterio no se puede ir a golpear la puerta de lo porvenir; en primer lugar porque no la abriría y en segundo porque aun abriéndola creo que me encontraría otra vez donde he estado siempre: sin subir y sin bajar, a la moda de los muchachos que van creciendo y los padres olvidadizos o tacaños no les mudan la indumentaria para que les crezcan las piernas con los pantalones, y los traen los pobres con vergüenza y todo más arriba de la rodilla. Las necesidades del hombre aumentan, pero no acrecientan los sueldos y todo el entusiasmo de úno viene al suelo como un castillo de naipes.

Su voz era sencilla, juguetona, pero exhalaba esa gravedad de la penuria, de los sinsabores, y Kalunga, a quien se le ocurrían siempre las mayores fullerías, respetó la tristeza económica del compañero.

—Ha dado usted en el hito. Ese problema me ha preocupado a mí, sin ser Alonso Quijano, llevo por dentro mi quijote entero. Cuando topo por ahí por esos rampachales a un soldado inválido de la Instrucción o a un venerable anciano que gastó los mejores años de su vida en servir ese ramo con el mayor desinterés y que al cabo se encuentra inútil y a veces, para colmo de irrisión, con familia a quien sostener y por todo capital las empolvadas hojas de un expediente para pedir su jubilación; cuando me hablan de estos beneméritos patriotas relegados como trastos inservibles, quisiera ser un Andrew Carnegie y fundar un asilo, un magisterión (para darle un nombre a ese instituto) y recogerlos a todos y mantenerlos a toda leche hasta el fin de sus días.

—Es casi el mismo problema del obrero en otras partes, que llega a la vejez y se encuentra con una mano adelante y otra atrás, picaba Kalunga, con tono mordaz.

—Y que no han resuelto, siguió Bocayuba, y que es a no dudarlo, si no la primordial, una de las causas ostensibles de esta guerra y que nutrió para que surgiera del fango de las capas sociales a ese gusano que roe lenta pero siniestramente el poderío de las naciones y carcome el árbol de los tronos dinásticos y devora la savia de las repúblicas: es el problema hecho carne, brazo, zarpa, puñal y pólvora o dinamita en el anarquista, en el bolshevik, que viene hoy a pedir a los glotones la parte que le corresponde en las pitanzas de la humanidad y que al negársela pulveriza cuanto se le oponga a la justicia de su aspiración legítima.

—Qué hacer entonces, borbotó Néstor, entreviendo la trascendencia de lo que germinaba en lo hondo de su pobreza y que no había concretado en una forma clara.

—En cuanto a usted y a los que como usted laboran en la obscuridad por modelar la materia prima que es el niño, con que después de hecho hombre se labran los pilares que sostienen las naciones, el intrincado problema se ha resuelto casi en muchos países y aun en el mismo nuestro por la abnegación, por esta virtud nobilísima en que se manifiesta del modo más sincero el amor a la Patria. Como hubo quien, y bendito sea para siempre! olvidándose de sí mismo, sacrificándose con los suyos, gastó gran parte del entusiasmo y las energías de su ju-

ventud enseñando el abecedario y no se arredró ante las dificultades o la falta de retribución y de recompensa, sin exigirnos ni regatearnos nada; así con ese ejemplo y norma nosotros o mejor los que tengamos facultades y disposiciones debemos invertir unos años de vida y de esfuerzos para poner en las manos de los párvulos que vienen tras de nosotros la antorcha de la Instrucción primaria. ¿Quién duda que el maestro de escuela es un jornalero? De igual trabajador en ese o en otro oficio, dijo el pensador alemán Lasalle con un hondo pesimismo, de ese que se atribuye a los de raza judía que era la suya, estas palabras impregnadas de un incalificable e inusitado amargor: "que no ganaba lo suficiente para vivir sino para no morirse de hambre." Y si es una verdad tremenda, tremendo es el conflicto de que ha sido generador el obrero y tremendos los desastres que causará al universo hasta que alguien no resuelva el problema que ha planteado la propia vida en el desarrollo sucesivo de los tiempos.

—Qué esperanza! Si para allá me las dejas, perdonármelas quieres; si es para el día de San Blando que no tiene cuándo, no habrá cuándo cerrarles el apetito a los que no carecen de ganas. A fé de Kalunga, Néstor amigo, compañero de aventuras sin ventura, prefiero vivir donde haya montes con sarrapia, cerros con minerales, selvas manando bálsamos, resinas y gomas; ríos, lagos y lagunas en que hierven y salen solos los pescados para meterse en las ollas y sestear en los platos; prefiero las sabanas y los matorrales donde hormiguean el venado, el conejo, el morrocoy y el galápago y otros tantos animales que si no corren en busca del fogón es porque no lo encuentran armado en forma de trampa; prefiero el caño en que gruñe la *lapa* y amenazan los caimanes y el bosque umbroso, guarida de váquiros en el suelo y nidal de paujiles y pavas en las copas de los árboles; prefiero la salvajez en compañía de los batracios y de sus serenatas que no dejan dormir en la orilla de los pantanos, junto con el violín perenne de los zancudos y la picadura de los *jejenes* que nos hacen estornudar sin tomar rapé, junto con el sol que pica y nos tuesta el cutis, y el viento y hasta el huracán que nos azota o nos hace temblar de miedo; prefiero vivir hasta con la pantera, el tigre y el águila; prefiero todo esto que al fin tiene el frescor, la hermosura y las gracias de la natu-

raleza, antes de que las convierta en desgracias una civilización cortada a la europea, que en lugar de concluir por una apoteosis terminó con una bancarrota.

—Y ahora me dejas que yo le ponga una tilde a esa *i.*

—Ponle una cachucha con tal que no le quede como una tinaja.

—Y entonces cuál fué el objeto de tantas idas y venidas? me pregunto con el fabulista y respondo con él mismo: ¿tantas vueltas y revueltas de esta guerra y de este mal fueron, eran, son de alguna utilidad?

—Me saliste con Don Tomás, ahora te contesto con Don Francisco, el que aun con ser autor del *Gran Tacaño,* no fué cicatero para esgrimir como buen espadachín ninguno de sus floretes ni menos el de su sátira. Todos dicen que han salido en defensa del derecho, pero no faltará quien los condene porque al cabo traigan *todos los derechos con corcovas.* Y que te caiga como miel sobre hojuelas una sentencia de tu Suárez de Figueroa: "dígase las verdades aunque perezca el mundo o porque no perezca."

—Y que sigan las jorobas sin haber quien se las enderece.

—Y no nos joroben más.

—Y yo no los meto en paz, exclamó Bocayuba, a quien harto gustaba la esgrima del buen humor; yo los voy a meter en el saco que uso para tales casos, donde caben muy holgadamente todas nuestras dudas y todas nuestras ignorancias. Estoy viendo desde hace tiempo tendida en el cielo una gigantesca interrogación.

Kalunga le puso la mano a Néstor en la cabeza y le dijo:

—Agachémonos, abramos el paraguas, sin embargo de que por aquí venden caro este perol y además no se le encuentra. Después de este signo ortográfico nos vuelve a dejar encandilados en un laberinto lleno de jeroglíficos, y nos cierra la puerta, y si ya no quedamos atolondrados la otra vez, de ésta quedamos sonámbulos. Agachémonos, pues.

—Con unas de esas vayas no te salvas del chaparrón. ¿Están ustedes creyendo que esta guerra la hicieron los hombres?

—Y entonces quién? preguntó con viveza Kalunga.

—Eso es lo que me he preguntado a menudo, si el poder del hombre es tan grande que pueda trastornar por su sola volun-

tad el orden, la paz del universo. Nosotros vemos en este y en otros muchos casos, como creo haberles dicho en varias ocasiones, lo que está por fuera, en la costra, lo más grueso, lo que no palpáramos, a menos que estuviéramos privados de visión. Pero se nos escapa lo que permanece velado por dentro, lejos, allá en la profundidad. Fíjense por un instante en el mapa de Europa y se convencerán de que desde el Atlántico al Pacífico, por los mismos desiertos siberianos no lucirán en adelante coronas como símbolo de reyedad en el escudo y que imitando el mote que llevó en el suyo Sebastián Elcano, una ancha faja tricolor ha circundado el mundo. Estos grandes movimientos que sacuden y revuelcan a las sociedades tan de raiz y las transforman tan de redondo para dirigirlas por rumbos nuevos e inesperados; estas revoluciones que cambian de fondo y de faz a la humanidad, no pueden ni deben ser obra del limitado valor del hombre. Pues ¿cómo se explicaría que todos los reyes de Europa hagan una guerra para quedarse sin cetro y quitárselo a sus hijos, que haya quien los acompañe hasta que se realice a cabalidad ese objeto? ¿Era el querer de los monarcas acabarse, extinguirse, dejar de ser lo que eran, renegar de su estirpe y de sí mismos, suicidarse en masa y en público? Creo que no! Y por esta circunstancia vengo a considerar que no fueron los causantes directos de la guerra y que sólo ejercieron de autómatas, movidos por fuerzas extrañas y ocultas, independientes de su propia voluntad.

—Ya nos volviste a enzanjonar en el atajo de siempre. Ya veo venir en la punta del camino el precipicio en que siempre nos despeñas.

—Y si lo ves no te equivocas; es por la razón de que partimos de un punto desconocido para llegar a otro de igual naturaleza: empezamos por el misterio del nacimiento y concluimos por el misterio de la muerte. En toda nuestra vida caminamos y nos debatimos entre estas dos interrogaciones. Yo, aunque no soy aficionado al juego y no estuve en Suapure, te arrastré en esta parada.

—Puede que sí y que me hayas jugado una cabra; pero no me toques ni me andes por ahí, por ese mi lado flaco, que me haces cosquillas.

—Lo que te hago es la barba, porque al nombrarte algo que se roce con tus locuras, te vuelves una melcocha y te deslíes como un alfondoque.

—Y me pongo más colorado que una pionía cuando reflexiono que sin haber vivido en Sierra Morena, salteo a cualquier prójimo, en poblado y a pleno día, no con lanza ni trabuco, sino con *taturo* en mano y lo desvalijó con dedos de prestidigitador, antes de que me dejen a mí con la maleta volteada y con los forros afuera.

—Hasta que te llegue tu sábado y te desuellen de cabeza a pies, y te voltéen al derecho y al revés, y esa vena o suerte que ha sido la enamorada de tus devaneos y hasta cómplice de tus trapacerías y que tiene que ser, como toda hembra de su calaña, maligna y pérfida, te dé con el último mimo y con el último beso la cornada fatal.

—Lagarto! (y hacía con los dedos de ambas manos la horqueta o signo contra la *mabita*). Estoy blindado desde hace tiempo, y si me escurro no me derrito. Si es verdad que mi enamoricada es y debe ser como tú dices, farandulera y de mala raza; si convengo en que espera cansarse de mí para darme calabazas (que acaso a tí te indigestaron y por eso andas a lo gato escaldado), en lugar de recibírselas y aceptárselas le tomo la delantera y en vez de salir de sus brazos a trompa tañida, la abandono en la primera esquina y en la primera ocasión, y ojos que te vieron ir que no te vuelvan a ver!

—Y que el propósito de enmienda no se quede en proyecto ni tenga nada de mujer.

—¿Por qué?

—Porque alegando y sosteniendo que no, dicen por lo regular que sí, y cada vez que juran y aseguran que no reinciden (teniendo motivos para ello!) no se puede colegir con exactitud qué es lo que quieren expresar, y se queda úno entre dos aguas creyendo que el sí significa no, o que éste vale por sí, de modo y de manera que no sabe úno a qué atenerse ni cuándo son legítimos los síes o verdaderos los nóes. ¿De qué clase son los tuyos, si no es indiscreta mi curiosidad?

—De chanza!

—Eso me lo figuraba yo! Que con un chiste o un chascarrillo ibas a salir del paso.

CAPITULO XVI

Mientras Ortega y su gente se dieron a la faena de trasportar los sacos de sarrapia a la *falca,* Bocayuba ordenó algunos otros quehaceres y convidó a Ramírez y Gómez Boada para ir a curar al herido. Kalunga a quien no se le pegaban muy fácilmente las sábanas al cuerpo y el sol no tenía que quemarle el ombligo para despertarlo de mañana, se había ido con su paño en la mano a bañarse al río.

La ranchería que formaba el campamento empezaba a animarse por momentos; de todos los bohíos salía en tirabuzones el humo y hacia la playa iban y venían, para proveerse de agua, mujeres con los cántaros en la cabeza o rapaces desnudos con calabazas colgando de la mano.

Al pasar por el frente de la vivienda de la vieja Pararuma, se detuvo Bocayuba y le dijo:

—¿Cómo vamos de café? Traiga tres jícaras.

—Tinto como siempre: a la moda del Llano, le respondió; lo estoy colando.

A sorbos apuraron aquella negra bebida que goza la fama usurpada de néctar, pero que en realidad es una solución de carbón molido con o sin azúcar.

La india ladina no se hizo de pencas en hablar:

—El herido ha pasado muy buena noche. Está casi curado. Ayer tuvo una pelotera con la mama, que le gritó varias veces que él tenía la culpa de todo, por su mala bebida y que le había pasado esa mano por no oirle sus consejos. Santa Bárbara! el

olicor les calienta la cabeza a estos endeviduos y los pone turulatos. Dígamen que dir a peliar con el niño que nos da de comer; el pescado se le volvió cabeza.

La dejaron con la palabra en la boca y siguieron.

El hijo de la Paraulata estaba sentado en la barbacoa que le servía de cama y con la pierna herida apoyada en un tronco a modo de banco o de silleta. Contestó el saludo cabizbajo. Bocayuba se puso a hacerle algunas preguntas. Se las respondió amable y tranquilamente y a lo último interrogó a su vez:

—¿Cuándo podré salir? No siento ningún dolor y ya he caminado por la orilla del rancho.

—Para el domingo quedas listo y puedes ir la semana entrante en busca de sarrapia, porque estamos de marcha. Hoy sale la primera carga para abajo.

Ya lejos del rancho, Gómez Boada expresó su opinión sobre el causante del incidente.

—Con ser que no le partió el hueso, el tiro fué en mala parte, muy arriba.

—Una herida en el muslo, aunque sea de sedal, no la consideran tan leve los cirujanos. Yo no soy ni aficionado siquiera, pero por mis muchas vicisitudes sí sé hacer una cura de campaña.

—Es un zambo bien fornido el hombre.

—Como todos los trabajadores nuestros que no están enfermos es rollizo, apulpado, tiene una gran musculatura, mucha resistencia y disposición para la brega. Lástima que el alcohol los esté minando y destruyendo. Si no acabamos con el aguardiente, él acabará con nosotros y con el país, que es lo peor.

Néstor, que había permanecido en silencio y rumiaba sus reflexiones, asomó la oreja con sus recuerdos históricos:

—En el corazón del venezolano hay un fondo de piedad inmenso, escribió Juan Vicente González. Ese jornalero atrabiliario quizá no es un perverso; impelido por los tragos, intentó contra la vida de usted, y usted se vió en la necesidad de quitárselo como a una fiera de encima. Después lo ha curado. No creo que le guarde rencor.

—Me parece que es un valiente y los individuos de verdadero valor son generosos, jamás cometen una traición o una vileza. He vivido y andado con ellos en las selvas y montes más

ásperos y nunca los he visto ejecutar ninguna mala acción. Tampoco abandonan a los enfermos y la crueldad no los acompaña en sus impulsos ni en sus actos primos. No es raro que se sacrifiquen sin darse cuenta del sacrificio; se arrojan sobre un caimán o un tigre por salvar a una mujer o a un niño; y después narran el hecho con una sencillez, con una despreocupación como si estuvieran contando un cuento de camino. Con estos hombres se fundó la patria, con éstos se ha sostenido a través de los ciclones políticos, mantienen intactas sus reservas de energía y utilizándolas con acierto haremos cosas muy grandes aún. Volviendo a Juan Vicente, hay que convenir en que era un escritor de raza, un prosista de primera fuerza y que calaba muy hondo en la psicología de nuestro pueblo. Con un rasgo de su pluma, pinta un hecho, delinea un carácter, acuchilla un enemigo. Sus contemporáneos adversarios, no siempre de ideas y de principios, en la avilantez de las luchas intestinas pretendieron deprimirlo, postrarlo, envilecerlo. Atravesó por medio de todos ellos esgrimiendo su pluma como una espada, como una lanza o como un puñal. No sé en realidad de qué modo estaría tajada, y aunque el símil no es mío, barrunto que debió de ser en forma de pico de águila. Sus detractores han desaparecido sin dejar rastros, pero él vivirá palpitante y bravío, acalorado y violento mientras subsista esta tierra, el sol que nos quema, la pasión que nos agita y la lengua que heredamos de nuestra madre España.

—Así pienso yo, mas no siempre encuentro a quien expresar mis ideas y fuera de mi auditorio de muchachos, he vivido siempre a salto de mata y dando más tumbos que una curiara en raudal. Pero hay veces en que no puedo contenerme y a un mismo jefe civil, de esos de cobija y palo, le rocío de pies a cabeza, al modo de un balde de pez hirviendo, los desmanes con que nos atropella, los disparates con que nos avergüenza.

—Y así piensan muchos. Es hora de hacer justicia; vuelvo a repetir que Carlyle opina que todo lo que tenemos por dentro, sea lo que fuere, debemos expulsarlo, porque si no lo botamos nos envenena como tósigo. Pasados los odios y los enconos, extinguidos los alborotos de las agitaciones, borrado el humo que ennegrece las figuras y desvirtúa los hechos, aparecen de cuerpo entero y de relieve las verdaderas caras de los hombres, y en-

tonces son inconfundibles los unos con los otros, y entonces nadie nos puede engañar y entonces es cuando sabemos a qué atenernos. En nuestra galería histórica ya están fijos en su punto de elección los retratos de nuestros actores en tragedias, dramas, comedias y sainetes. Y también las caricaturas por más grotescas que sean, y por más que las quieran engrandecer.

Néstor cayó en la cuenta de que en su arsenal de cosas viejas había muchas flechas oxidadas y comentó:

—Ahora me hace acordar usted de que por mi manía de leer, registrando papeles vetustos, tropecé con algunos epigramas que conservo entre otros cachivaches en las gavetas de la memoria.

—Juegue una carta y quédese con las otras, como se dice entre los del gremio.

—Allá por los años de 69 a 70 hubo en Caracas un periodiquito, *El Gato Negro,* en cuya redacción, según me han informado de buena tinta, se contaban personas importantes entre las cuales citan a Bolet Peraza, conocido por la vivacidad, ironía y soltura de su pluma. Satirizaban, sin darles punto de reposo, al General José Ruperto Monagas y su camarilla. Aseguran que debajo de la capa del último había un buen bebedor; por carencia de datos o de atrevimiento no puedo hacer la biografía de todos ellos: algunos son personajes conocidos o de nota y los dos músicos nombrados muy populares para ese entonces, cuando salieron en aquel organillo de la prensa los versos siguientes:

Tocando el clarín Carmona
Y cantando Ramón Landa,
Bailaban en la parranda
El Designado y la mona.
Y al marcharse para Holanda
Pedro Sucre y Batatica,
Quedó Barberii en Urica
Y cantando Ramón Landa.
¡Qué bien araron la tierra
Para formar el rosario!
Y llevaba el incensario
El Ministro de la Guerra; (*)

(*) Soublette.

Tocaba el bajo Becerra,
Bigott hacía de matrona,
Amengual de cucamona,
Corvaïa de monaguillo
Y detrás de tanto pillo
El Designado y la mona.

—Qué vagabundos, no tuvieron que ir a Araya en busca de sal, empresa que deben intentar siquiera muchos de los que las echan de graciosos con sus artículos, mendaces y desabridos, en especial aquel chanflón que hace hablar a los llaneros como a los negros costeños.

—Y supóngase, al fin se inmiscuyó Gómez Boada, cuentan que el General Soublette le tenía más miedo a una copla que al penitente de Barinas.

—Y no exageran. Cuando los muchachos le pregonaban en la calle, frente a su casa, un periódico de oposición, lo hacía comprar por uno de sus edecanes y le decía: "vea primero si trae coplas."

Así concluyó Néstor llegando al caney en donde encontraron zampuzado en un chinchorro al infatigable Kalunga, sosteniendo un libro por delante de la cara, la manera más incómoda de leer en ese lecho tropical donde todo es holgura y comodidad.

Con esa actividad que tienen los hombres modernos para el trabajo y para seguir el movimiento de ideas que forman la vida atormentada y bulliciosa de nuestros tiempos, Bocayuba entró para apoderarse de un mazo de periódicos y salir con una silla de campaña a situarse a la sombra del alar, mientras llegaba el desayuno. Invitó a que los dos compañeros hicieran otro tanto, agregando:

—Estoy hambriento por saber lo que pasa en el mundo y cómo fué ese desastre!

Kalunga saltó del chinchorro y le dijo:

—Mira, esos paquetes de Caracas no, porque yo me los encontré en Ciudad Bolívar, y son atrasados; abre éstos de *El Luchador,* que lo más importante te lo tengo marcado: allí verás hasta el último cable que publicaron en hoja suelta y me lo dieron momentos antes de partir.

Cada uno a su modo y buscando el mayor desahogo, se entregó a la lectura, excepto Kalunga, que con el libro en la mano se fué a dar una vuelta por los lados de la cocina, husmeando lo que hubiera en perspectiva para la próxima pitanza. Se oyeron unas risas. Pararuma y las dos indias auxiliares del servicio entraron en palique con el amigo recién llegado que les había traído algunos obsequios al retorno de su viaje. Se le escuchaba la voz y la chacota de siempre, con la inacabable alegría, con la envidiable soltura de su genio.

—Yo les hubiera portado de Ciudad Bolívar un almacén, pero hubo dos causas que me lo impidieron: la una, la menos importante, era que la plata estaba arisca, tan arisca que apretaba a correr cada vez que intenté ponerle la mano; y la otra, que la embarcación es muy chiquita y si la cargo con los regalos no me caben las provisiones.

De las tres, la sola que podía contestar era la consentida del empresario, porque siendo de legítima raza panare, inteligente como la que más, había nacido en La Urbana, habitado en pueblo, donde hay roce con familias, y por el conocimiento de los quehaceres caseros, su desenvoltura y vivacidad, parecía una mujer de edad, no obstante su juventud. Las otras dos, salidas casi por primera vez de la cimarronera, con ser que tenían el mismo raigambre no estaban poco ni mucho habituadas a vivir entre los criollos, y el aborigen no se familiariza fácilmente, a veces nunca. Con frecuencia retornan a sus tribus.

—No diga eso, no se haga el muy pobrecito; sabemos que en Suapure corría el oro por todas partes.

—Sí, cómo no; pero el que les dió la noticia, qué lástima! no les dijo la verdad completa. El chorro de *morocotas* era muy grande, mas no había cerca de alambre con qué atajarlo ni bateas en qué recogerlo.

—No me venga con brinquitos; a Don Gonzalo le despepitaron el cuento y respondió sonriendo que le iba a tirar las orejas.

—¿A mí?

—Sí, al mismito.

—Conque ya le metieron el chisme! Ese lengüiflojo debía de ser Ortega; qué boca de margariteño para untársela de *chirel!* Esa gracia me la va a pagar en cualquier momento, con ser

que no veo cómo, porque ahora se va solo y nosotros lo seguiremos muy pronto. Si no, hasta lo pincho con un alfiler o lo pellizco como hacen ustedes con nosotros cuando están de malas pulgas.

—De veras, conque ya es el viaje? Y yo que pensé que no era tan ligero.

—Y usted extraña eso? Yo creí que ya se lo había dicho Gonzalo. Aquí en la ranchería no es una novedad; cada cual apronta sus *macundales*. Nosotros nos vamos al terminar los embarques, pero volvemos el año entrante.

La muchacha palideció bruscamente, cortó de súbito el hilo de la conversación, continuando su oficio de ama de casa, y con la cara grave y agachada iba y venía en silencio de una parte a otra, acaso hundida en penosa reflexión. El avisorado interlocutor, alerta por el repentino cambio, no quiso mover un punto más aquel resorte, mascullando para sus adentros: " y a mí que no me gusta dar malas noticias, venir sin ton ni son a salir de pájaro de mal agüero; siempre me he de chupar estos espárragos por no echarle un bozal a la lengua." Y volvió hacia donde estaban los compañeros distraídos en la lectura.

—Aunque los interrumpo y prosigan, como decía el otro, ¿qué hay? ¿Se destornillaron o no los teutones?

Bacoyuba dejó caer el periódico sobre las piernas ante aquella interpelación y levantó la cabeza.

—El eterno problema que pretenden resolver por las armas y queda siempre en pié! ¿Quieres oirme en serio, como persona formal?

—Y hasta en broma, como persona de peso, porque le gano a un gavilán por la pluma.

—Pues al agua, pato.

—Y cuida de no mojarme.

—Para no estirarme mucho, desde el Imperio Romano hasta la fecha, con Germánico, con Marco Aurelio, con Varo y en fin con todos los guerreros que han venido desde el Mediterráneo hasta el Danubio y el Rhin, no se ha hecho otra cosa que considerar estos ríos como límite o como valla, a fin de que no pasen del Norte las fecundas razas que por una ley biológica incontrovertible se desarrollan y van a lo largo de los caminos, a modo de hormigueros que emigran en busca del sol,

de una vida que está en el sur fascinante para los hiperbóreos, y que rechazados hoy, vuelven mañana a toda costa con un mayor empuje de expansión. Aquí mismo encuentro una *interview* al General Fosch, quien dijo a periodiquistas ingleses que si los aliados occidentales pensaban ser los que habían detenido aquel impulso de setenta millones, él no lo conceptuaba así, y que fué Rusia la que lanzada sobre las huellas de los invasores, sofrenó el arranque, los detuvo en la marcha y les hizo volver caras.

—Esa ya es una opinión tan traída y tan llevada que yo formulo un símil así: si cuando el león alemán pasó el Rhin no lo prende por la cola con la jeta el oso polar, lo tira hacia atrás y lo revuelca, de salto en salto y de zarpazo en zarpazo hubiera llegado al Atlántico y al Mediterráneo, pero fué mucho el pelaje y la sangre que le arrancó a mordiscos por las estepas de Polonia y de Galitzia. Mas ya ese torbellino que nos envolvía, sacudiéndonos de polo a polo, sacó de raíz las cepas de imperios y zarismos, y con el tiempo alejándose y diluyéndose aún, no restará sino el borroso recuerdo de tamaña embriaguez de exterminio. Sin embargo ahora lo importante no es saber cómo pasaron las cosas, sino cómo van a sonar los peroles después de este traqueteo cuando a los pueblos se les hará cuesta arriba volver a las andadas, y a los supervivientes de aquellos tronos y coronas que se empolvaron por el suelo con el totazo, si llegaren a soldarlas (trabajo le doy a ese latonero!) o no les restan alientos para acomodarse de nuevo a los sucesos o no se encuentran las cabezas para meterlas en los cetros que rodaron bailando en la guachafita. Eso reza con los que están por el momento tan restregados que parecen hilachas de estopa tiradas al muladar; pero ¿qué van a hacer los que con la algazara musical de aquellas trompetas descomunales retornan *vincitori*, como canta el coro de la *Aída?*

—Y no se te ocurre otra cosa? A pesar de que te supongas que con burlas y dichos se resuelven puntos obscuros, has rozado a vuelo de pájaro, eterno reilón de todo, el hito de la cuestión. A cualquiera le resulta en extremo fácil que después del reparto del botín, porque tú verás que han beneficiado al león de que hablabas enantes, cada uno se va con su cuarto al hombro y regresa orondamente a su casa a descansar de la fatiga

que le causó la carnicería; pero no te atreves a dudar que si las naciones que entraron en lucha se sienten muy holgadas, o como decimos por acá, con la cincha floja, los pueblos como entidades y los hombres como individuos no están de ningún modo satisfechos y se miran descabalados en sus aspiraciones e ideales por mejorar y vivir una vida distinta a la anterior, es a saber, que no sea la que trajeron a rastras al modo de un fardo insoportable hasta mil novecientos catorce. No se concibe tanto destruir, tanto matarse para que el mundo sin cesar navegue "por el piélago inmenso del vacío", de los versos de Quintana. El pueblo alemán no se manifiesta contento (qué habrá de manifestarlo un ahorcado con la lengua afuera), eso sería macabro! se estremece bajo el descoyuntamiento de la derrota; pero el inglés, absurda situación! hé aquí el busilis, tampoco muestra algún atisbo de sincera alegría, aunque encima, a horcajadas, y espoleando al vencido. ¿De dónde provienen estas contradicciones y anomalías que asaltan y sorprenden con sus brusquedades? Si este gran desconcierto, si este gran desastre de la humanidad, si este terremoto espiritual y físico no es para un cambio radical y completo en la marcha de los destinos del mundo, voy sospechando con sobra de indicios que así como llegó en otro tiempo la revolución francesa con el ciclo de la Diosa Razón, estamos ahora bajo el dominio de la Diosa Locura.

—El desayuno está puesto; allá va Mecoro. (*)

Era la voz de Pararuma. Detrás de la india que llevaba los primeros platos, el perrito negro de Bocayuba salió dando brincos y saltos, tal vez creyendo en sus animalescas inocencias que su amo lo iba a dejar sin parte. La refacción estuvo muy animada, novelesca, gargantuana, como de costumbre entre exploradores y monteros, en los lugares donde es abundante la cacería. La ciencia culinaria lugareña que empieza en el asado y concluye en el guiso lució solamente el gusto del aderezo, pero no la variedad. Había diversas carnes: de váquira, *cháchare, picure, lapa,* el plato favorito del niño Manuel, según el docto decir de una de las panares, quien se complacía en vivir a la husma de que no le faltara y le era muy fácil conseguirla de los vecinos o de los indios que visitaban con frecuencia el campamento.

(*) En Guarao, negro

—Estoy con el temor de que me falten ganas, decía Kalunga al sentarse, habiendo *tepescuintle;* con eso solo me bato y nada más; que no me traigan ni esa peste de café con leche condensada. En este viaje ha sido muy difícil encontrar carne de monte, porque todos los que se dedican al deporte venatorio andan sarrapiando.

—Hoy amaneciste inventando verbos y encajando americanisnos, ese *tepescuintle* no creo que te lo haya brindado la casualidad en el camino; gesticula con el empaque de venir cojín cojeando de la tierra de Don Venustiano Carranza (a quien Dios guarde), repuso Bocayuba.

—No te había dicho que ese vocablo indígena lo traje de Costa Rica y que en San José la dueña de la pensión me ató corto, porque era capaz de negarme hasta el vinagre con tal de que no me faltara nuestra *guartinaja* o *lapa* con ese nombre de la lengua *quiché?* Y vamos a ver, ¿qué hay de particular en eso? Si otros importan a troche y moche y por dácame esas pajas, palabras gabachas, ya que no pueden saquear un almacén de extranjis para vender de contrabando siquiera queso de Camembert, ¿por qué no he de introducir yo todos los vocablos criollos que el amor a lo propio me depare en pueblos americanos que al fin y al cabo son de nuestra misma sangre por el español, por el portugués y por el indio?

—¿Quién te tartamudea lo contrario? Con tal que no perjudiques a nadie ya puedes hacer lo que te plazca, y si hubiere daño de tercero, por fuerza se te vuelcan las cosas y te aplican la ley en el tribunal del buen gusto, en donde te juzgarán sin piedad ni remisión. Pero lo que yo no veo es la necesidad, con ser que me canso de abrir los ojos, de estar acarreando todas esas voces cuyos servicios no nos hacen falta y no tienen, qué han de tener, ni una migaja de utilidad ni una mueca de gracia y eso de atiborrarnos a juro, de más términos criollos cuando ya no podemos con los nuestros, si no es una excentricidad, que sería lo más soportable, revela una locura de difícil curación. Suponte que el alienista francés Esquirol dice que es un síntoma seguro de degeneración cada vez que los nombres propios extravagantes comienzan a aparecer en una familia, y si tú principias por singularizarte con el uso de los vocablos que escuecen, desgarran los nervios o revientan los tímpanos, siento

mucho que los puntales de tu cerebro no vayan a venir al suelo y te despachurren.

—Miren por donde se me descuelga el hombre! De modo que si yo sigo vocalizando palabrejas raras, además de ser un prurito para distingirme, tontería de que estoy muy lejos, puede ser que se me esté saliendo el juicio por alguna resquebrajadura encefálica? Pues entonces ya son muchos los que van de capa caída por la cuesta de Catia (*), señor iguanodonte de la intransigencia.

—A otro perro con ese hueso, dromedario de la chacota. No hay que tomar el rábano por las hojas, ni hacerse cruces sin ver al diablo: has tergiversado mis opiniones, que no porque sean mías dejarán de serlo. Iba a decirte que el manejo de un léxico *sui generis* en vez de ser un rasgo de buen gusto es signo de un paladar estragado o de los tanteos de principiante pésimo. La evolución del pensamiento humano no es hacia la excentricidad que conduce al intrincamiento. Es a la inversa: el arte ha caminado siempre por el sendero de la sencillez, hermana de la naturalidad, y nos lleva por el desnudo de la forma, a la perennidad de una creación. Un plato raro podrá ingerirse una vez, pero no de continuo. ¿Has visto cosa más bella que un niño sonrosado, liso, pulcro, vivo, palpitante y elástico como lo parió su madre? Ponle después un gorro de encajes, con ser de los más finísimos de Holanda, envuélvelo en una camisola de seda imperial de la China y cúbrele los piecezuelos con unos escarpines de tafilete marroquí y verás la fealdad del mamarracho que patalea debajo de ese envoltorio. Lo estrambótico y ridículo no pueden ser elegantes, aunque los usen o preconicen los príncipes de la moda.

Néstor que en ese momento tenía en la boca el jarro de café con leche condensada, se iba atorando, mas pudo prorrumpir junto con un estornudo fenomenal que hubiera hecho estragos en el vecindario, pero afortunadamente se atracaba solo en un ángulo del cajón.

—Ese es un garrotazo marranero.

Kalunga agachado con un palo de costilla de su *tepescuintle,* moviéndolo al modo de un cepillo entre los dientes para extraerle las últimas jiras de carne, y de un lado a otro para pasar

(*) Manicomio de Caracas.

el bocado, meditaba una salida oportuna que se le ocurrió al fin, con una reminiscencia.

—La sencillez y la naturalidad y el desnudo, qué bello, qué artístico es todo eso! Ahora me acuerdo de lo que dijo Voltaire de la primera obra o discurso de Rousseau: "cada vez que lo leo me dan ganas de ponerme a andar en cuatro patas."

—Y quién te lo impide? Cuando adoptes esa elegante posición, a mí no me extrañará que vayas a comer gamelote.

Con ser que el puntazo había sido a fondo y asestado con precisión, a Kalunga por su agilidad le fué fácil sacar un tanto el cuerpo y a pesar de la herida rebatir.

—Qué lenguas, válgame Dios, qué lenguas las que están de moda en el Caura; no lo desbarrigan a úno, pero no es por falta de filo!

—Al que le pique que se rasque. No era nada lo del ojo.

—Pero me ibas abriendo un ojal, con ser que me sobran.

Siguió medio amostazado y prendió otro costillar, pero de *cháchoro,* que si no es superior por el gusto, no se le queda atrás en sabor a la carne de cualquiera otro animal cerril.

Néstor vino en socorro de su compañero de viaje.

—Con tal que el duelo sea a primera sangre, yo serviré de padrino. Y vaya lo uno por lo otro.

—No tenga miedo de nuestros desafíos; este mequetrefe y yo hemos vivido entre las breñas de los montes en una riña perenne sirviéndonos las pullas de proyectiles, pero de forma que si hay encuentro puede de antemano apostar a comerse el muerto.

—Sorpresa tras de sorpresa! Ahora me las hallo con que Gonzalo ha hecho en estas encrucijadas un curso de escultura práctica y habla mucho de formas, como que las indígenas no le han sentado ni parecido mal.

—Ya ve usted, contestó el zaherido, amigo Néstor, cómo después de haber derribado al contendor, lo dejo levantar del suelo y me ataca otro vez. En estas soledades, que no son las de Góngora, no se hilan tan malos copos en la rueca de la ociosidad, porque las entendemos mejor, y hay que dedicarse hasta a enderezar cachos con los codos para llevar con agrado la vida, que si no la sabemos conducir, se nos vuelve muy cargante.

Kalunga insistió con su viveza habitual:

—Y que cargar con todo hasta cargar contra Góngora. Pobrecito! Después de tres siglos de muerto no le han dejado dormir sin sobresaltos. Qué arrullos de matracas y de cencerros; cuándo se hubiera imaginado nunca lo que le tenían reservado la veleidad de los hombres y de los tiempos! A cada quisque lo están despertando para echarle en cara sus inocentes enigmas y a cientos de los que se manducaron hasta niños crudos ni siquiera los recuerdan! A ese pobre Erostrato, el mentecato que le metió candela al primer templo que se encontró por delante, tampoco lo dejan quieto y cuando se necesita pintar una cosa absurda no pierden la ocasión de traerlo por las orejas a bailar la danza. Y en resumidas cuentas, ¿quién es el más deschavetado, el loco que se mete con un cuerdo o el cuerdo que se mete con un loco?

—Juntos los dos, dijo Néstor. Ya la monja mexicana nos habló del que paga por pecar y el que peca porque paga. Ya la Sagrada Escritura vapuló al que ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo. Ya la sabiduría de los refranes nos enseñó que un clavo saca a otro clavo, o ambos...

—Ya, si te dejamos seguir, los dos clavos se nos quedan adentro, refunfuñó Kalunga, y para remedarte, ya lo que estoy viendo es que vamos a devorar el desayuno, y el amigo Gómez Boada nos ha dado en toda regla una clase de longanimidad, consecuente con el mote *silence and secretly* de Carlyle, quien era tan cumplidor de este su principio, que una vez de sobremesa, si mal no recuerdo, en un banquete donde figuraba Darwin, hizo de tal modo la apología del silencio que no dejó que nadie chistara una palabra.

—Soy discípulo, repuso el señalado, de un viejo comilón de mi tierra que cuando se sentaba a la mesa decía: "yo me llamo Juan Orozco, que cuando como no conozco." Y era verdad que cuando se entregaba a esa fagina ni escuchaba un trueno ni oía un cañonazo ni le molestaba un impertinente; y además es que ustedes hablan por lo que yo dejo en el tintero, y, según el remoquete de los andinos, por todos juntos.

—Pa ca no tire, es para juntos, por ambos el disparate de mis paisanos, añadió Gonzalo; y andemos juntos pero no revueltos y no les cruce por el caletre con ser camaradas que se van a quedar sin un repeluz: Kalunga me trae de un loco

español a un misántropo inglés, y le voy a contar ya cuántas son cinco.

—Pero estoy viendo que desde que llegamos, por sí o por no, de bromas o de veras, no has hecho otra cosa que abrir tu estuche de sorpresas: después que nos despatarraste y confundiste con tu Bolívar atlante, que entre paréntesis no me desagrada, ahora nos sales con que era huero de cascos el florido Don Luis de Góngora y Argote, y yo no me quedo con ese entripado, sin embargo de que al musiú de Don Tomás no lo defiendo del cargo de mal humorado, pues aquello de no vivir sino en un retiro, casi en un yermo, si no es prueba de excentricidad tampoco es rasgo de estar muy en sus cabales. Y cuando Don Ubaldo Emerson, mi compinche estadounidense, emprendió aquel tan largo viaje para ir a conocerlo, en vez de entusiasmarse con este rasgo de fervor, por poco no lo recibe. Y creo que el admirador, a pesar de seguir admirándolo le hizo una visita, pero una y nada más.

—Quién pudiera cargar en su maleta como pastillas comprimidas o cajas de ampolletas, las obras que úno necesita para documentarse, divertirse o satisfacer sus gustos favoritos. Así tendríamos la facilidad de vivir en un monte lo mismo que en una gran ciudad, con todos los libros al alcance de la mano. Entre los que andan por ahí maltraídos y llevados en esos cajones, me topé con *Las Soledades,* editadas nuevamente en París y me di a la lectura con mi habitual ferocidad, pues ya no puedo calificar con otro nombre el deseo jamás satisfecho de fojear páginas con letras de molde. Y resultó lo que me había sucedido anteriormente: no las pude entender ni al derecho ni al revés, y no obstante los versos son pulcros, cadenciosos y rítmicos, con todo el lustre de que habló Guillermo Valencia, quien deseó un día en la tortura de un artífice inconforme de su trabajo, *todo el vigor de un mundo para pulir un verso,* y no obstante le quedó el *para pu* de esa aliteración exhorbitante. Desde las primeras composiciones al *Polifemo* y a *Las Soledades* hay indudablemente un proceso, no de bueno a mejor y óptimo, sino de bueno a malo, peor, pésimo. Y esto mismo debe suceder con los caracteres de su escritura, comenzando por ser correctos, uniformes y claros, para llegar al enrevesados, ilegibles garabatos. Podría hacerse una investigación en los manuscritos, si

existen todavía, y al hallarlos con esas lacras, el indicio o sospecha puede notarse muy temprano, en los principios de su carrera, y viene a ser una prueba palmaria de locura. Con esto, de fijo, no estoy diciendo una novedad; los que estudian enfermedades mentales, al dedillo conocen de esa especie casos numerosos, y en los procesos médico-legales figuran como documentos las cartas de los enfermos en que a la simple vista se descubre el trastorno en la hechura o grafía de las letras, para ver si me expreso mejor. Eso tocante a la parte material y en cuanto a la psíquica el desarrollo del morbo corre parejas con el otro. Hay una especie de terremoto de las ideas, para no meterme en más honduras y no usar términos técnicos y que me venga a salir lanza en ristre, de cualquier mogote, un Casares español, que sería soportable; pero no un Albalá criollo que me produjera bascas, pues ustedes saben el horror que le tengo a los sapos y otros anfibios.

—De modo que desde la *nevada falda, que hoy de perlas bordó el alba luciente* (*), en lugar de ir para adelante el amigo de Manuel, cogió de para atrás, agregaba Néstor, para donde cantan las palomas en el palomar, según la vieja canción satírica?

—Pero eso es fiambre; en cualquier biografía encuentra úno que el presbítero cordovés fué a parar con el equipaje de sus brillantes rimas, tonsura, capellanía y todo en el manicomio donde murió. Y si con esa vara vamos a medir a cualquiera de los hombres que han fatigado por uno o por otro respecto la atención del mundo, ninguno se queda sin su rejonazo, ya que se ha creído que no hay rasgo de genio sin pizca de vesania, y de los tiempos cercanos podría citar a porrillo: Verlaine murió de etilismo, Guy de Maupassant se embarcó para lo desconocido con igual bandera, y por la misma causa Bodelaire cayó a distiempo en el Aqueronte; y el inconmensurable Edgar Poe, en la hora y punto cuando se publicó *El Cuervo,* iba de través de acera a acera de Broadway, bailando un rigodón con las piernas y las heces del alcohol. Y sin embargo nadie les ha enrostrado que las obscuridades de esos humos les ennegrecieron la tersura de sus páginas, sino que murieron envenenados por este filtro. Aquel librito, *Las fronteras de la Lo-*

(*) Principio de unos lindos versos de Góngora.

cura, me ha hecho cavilar no poco que si son muchos los que viven dentro, no es menor el número de los que hay al borde del precipicio, y también recordar el letrero que dicen tuvo en tierras hispánicas un asilo de enajenados: ni son todos los que están ni están todos los que son.

—Para réplica, Kalunga-gallo, tu exposición no deja de tener espuelas; para excusa no le falta oportunidad, mas para defensa hay que convenir en que tu argumento es flojo. Debemos hacer la salvedad de que los escritores citados por tí los mató el padecimiento antes de que sus cerebros se deslieran o licuaran en el abismo de la locura. Y no se puede dudar que el *Orla* y *La Horca* de Maupassant, así como *El Gato Negro* de Poe, están escritos bajo la obsesión del *delirium tremens.* Un poco más allá en el proceso y lo que les resulta son jeroglíficos o borrones de tinta; de suerte la piedad del destino se los llevó a tiempo para la bancarrota de sus vidas y en mala hora para la belleza de las letras humanas. Infiero que se les presentó primero la monomanía con lucidez de los actos, en general; y en particular, permanencia de regularidad en la expresión escrita; pero como no sabemos a qué causa obedeció la vesania del capellán de Felipe III y qué ideas fijas le azotaron la cabeza cuando escribía sus dos últimos enigmáticos libros, por estos dos testimonios solamente podemos deducir que la dehiscencia del conocimiento apareció primero que la pérdida de la forma, y de aquí que a pesar de desgracia tan mayúscula permanezca tan pura, tan nítida y tan pulcra, como una bomba de jabón que nada tiene por dentro.

—Qué defensa tan peregrina y tan noble ha hecho usted del más escarnecido de los escritores castellanos! ¿Cómo es posible que Kalunga se atreva a sostener que le tiene tirria? Todos los críticos, de antaño y de ogaño, le atribuyen ser el abanderado de los disparates, por de contado exceptuando la primera época de su producción literaria, cuando al estudiarlo debiera comenzarse por distinguir entre los dos Góngoras, el sano y el enfermo, que sería lo más lógico y prudente.

—Después de formar mi opinión, para robustecerla me encontré en Don Francisco de Quevedo aquello de poetas chirles y *hebenes,* y esta última palabra en boca del gran satírico, como un relámpago en medio de la obscuridad, me sugirió la certi-

dumbre de ser el único de los coetáneos que puso el dedo en la llaga de este caso literario. Buena porción de escritores que lo juzgan, consideran hechos aposta sus extravíos (ideas delirantes hoy) cuando no son sino frutos y efectos de la irresponsabilidad, como no hubiera sido culpable de un delito común si llega a cometerlo. El no creó una escuela de embolismos ni fué el causante de la algarabía literaria; tampoco los que padecen de enfermedades mentales han originado la locura en el mundo. No es falta en un maníaco salir por las calles a soplar perros; culpados conceptúo a los que van tras él imitándole y desmandándose hasta ingerirse no sólo con canes sino con seres humanos también. Por analogía se explica mejor el suceso: hay pintores que sorprendidos de igual sufrimiento y por quedarles alguna sombra de energía, acometen sus trabajos como en sus mejores tiempos, y llegan, el hecho es notorio en nuestra época, a la borrachera de los colores y de las figuras; los cubistas serán garantes de lo que esbozo. A semejantes monomaníacos en vez de brotarles retratos o cuadros de las puntas de sus pinceles, les escurren enjambres de caricaturas o de mamarrachos. De modo que está usted satisfecho, fiel y tradicional amigo de los que escriben con símbolos para que los entiendan por señas? Pero sepa también y no haga oídos de mercader, que si tolero con las salvedades necesarias al padre putativo del desbarajuste poético, no estoy jamás resuelto a cargarles el mono a sus secuaces, que la indulgencia no puede ni debe llegar a tanto. A esos que se fingen o de veras están locos de remate, que les apliquen camisa de fuerza!

—¿Y qué haces con ellos? Trabajo te voy a dar, porque no son escasos; y no te olvides de Horacio con su *genus irritabile vatum.*

—Arrearlos para el manicomio, que no han de faltar corchetes para reclutarlos ni una ducha bajo cero para asentarles el juicio, si es que lo usaron.

—Epa! epa!, tocaban a la puerta y era una muy conocida voz que interrumpiéndolos venía en auxilio para sacarlos del atascadero de literatura. Al levantarse de los cajones que acomodaban para suplir la carencia de mesa, encontraron a Ortega que ostentando su habitual resabio estaba de pies, los brazos abiertos y con las manos apoyadas en uno y otro lado de lo que

hacía de puerta. Explicó a Bocayuba con su brusca pero franca y pintoresca locuacidad que la *falca,* su única bestia de carga, tenía los lomos con algunas mataduras y que no era muy juicioso zamparle sacos hasta el tope. Por supuesto en ocasiones apuradas nadie se pone a considerar si el macho resiste el peso y se desgonza, mas si se cansa o se echa, se le quita y bota lo que estorbe, y así se acostumbra con una embarcación: si comienza a echarlas de buceadora, a cabecear para hundirse, empiezan por aliviarla del lastre y si es preciso, por desembarcar a nado, y concluyen por abandonarla definitivamente.

Esto último lo decía, con ojos apicarados, pausas y reticencias maliciosas, removiendo su mascada y con un aire socarrón. Kalunga se le fué a la rienda, imaginando que si aquella chanza llegase a convertirse en una realidad palpable, pudiera haber trastornos económicos y lloriqueos de bolsillo.

—Mira, patrón, si en el espinazo se le abriera a tu jumenta una cicatriz curada en falso, o a tu palangana se le ocurriere desfondarse por una vieja pegadura que no son pocos los agujeros carenados que la adornan, hay un medio magnífico para salir del aprieto: haces que haces botar el lastre y la carga, y no los arrojas fuera porque esos nos cuesta un ojo de la cara y no pensamos quedar tuertos; pero haces que haces primero que te tiras de cabeza al agua, como por gracias y burlas, y en realidad sí te tiras de bruces con todas las diez arrobas de tu cuerpo y vas a la hondura del río a parrandear con los *tembladores,* y adiós barriga y el tabaco de la vejiga.

—Virgen del Valle! Cuándo no será San Juan en veinticuatro y cuándo no me pondrá rucio de puro jorobarme. Compañero, si un margariteño no se frunce por una travesía de alta mar, ¿le asustará barloventear por una batea como este Caura? Yo nunca me había guindado con un viejecito como este, dando bandazos a que te tumbo y a que me caigo, sacándole el bulto a tantas piedras y troncos; pero le parece una zoquetada empinarse úno ese trago del chorrerón de *La Unión?* Si se revienta un mecate de los que engarzamos en las raíces de la peña para jalar la *falca,* le aseguro que no se salva uno para contar el cuento y que los *maritates* van derecho al fondo y nosotros, después de conversar con los pescados, estuviéramos haciéndole una visita a San Pedro.

Bocayuba que en esta guasa de palabras veía aparecer claro los riesgos de la navegación y el paso ineludible del raudal que acababan de citar, poniendo de un lado las cherchas para ocuparse de sus intereses con la atención que requerían las circunstancias, se dirigió de una vez a Gómez Boada y al marino:

—¿Cómo encontraron ustedes el trecho del caño de Mato para arriba? Ya estamos en plena sequía, y de aquí a abril no ignoran que seguirán bajando las aguas; ¿tendremos tiempo de sacar siquiera el depósito hasta Suapure?

Gómez Boada fué el primero en contestar:

—Eso depende de las barcas de que dispongamos. En cuanto al peligro no lo evadimos sino con el río lleno, cuando los saltos de los raudales y las piedras ahogadas (*) están cubiertas.

—Contamos con que cada uno de los trabajadores tiene una o dos curiaras, me refiero a los de mayores medios, que los otros a duras penas hallarán en qué salir. Por lo visto cargan poco, llega la más grande a treinta quintales de cabida, a las restantes no puede metérseles sino de cinco a quince. Se exceptúa de esta cuenta nuestro Leviatán fluvial, la falca de Miguel Gil que transporta de ochenta a ciento.

—Pero ¿a cuánto monta por todo el cargamento? Han sacado mucha para Suapure? dijo Ortega.

Bocayuba explicó minuciosamente. El había aprovechado desde el comienzo de la cosecha el descenso de cualquier embarcación. Prefería el engorro de fletes pequeños, aunque fueran de uno a uno, a mantener un depósito difícil de movilizar de un momento a otro. Por esa circunstancia esperaba recoger los últimos lotes que había diseminados por las islas comarcanas, el grueso de la recolección estaba a salvo y tal vez en Ciudad Bolívar.

Fueron en busca del viejo Gil para anunciarle que debía aprontar su barco y los remeros y aprovechar la coyuntura del retorno de Ortega, a fin de que se prestaran ayuda en caso de riesgo.

Oyeron al dejar el caney la voz de Ramírez, que exigía a Kalunga alguna información.

(*) Piedras grandes de los ríos que en las avenidas quedan tapadas por el agua.

—¿Cómo es el nombre técnico de esta planta que deslumbra por su beneficio? Parece que la hay en otras partes, pero no la denominan lo mismo que nosotros.

—*Dípterix odorata,* dómine botánico, lírico teórico, que de seguro enseña a los muchachos por sistemas nmotécnicos, aventando al aire hacerles adquirir conocimientos prácticos. *Dípterix odorata,* porque no es inodora, como la gracia de ciertas mujeres insípidas. Hay una clase que la llaman mona (no de las que usa Ortega) y que no tiene olor, el mismo *cumarú* del Brasil. *Dípterix odorata* es el *Tonka-Been* de los ingleses (por hallarse en esa isla), la nuestra se distingue en lo penetrante del aroma. A falta de tortas, quédate de papamoscas, y no me interrumpas en la sabrosura de leer unas bellas páginas exóticas.

—Pero no te sulfures; la cosa no vale la pena; no te emberrinches por tan leve imprudencia, gaje de nuestra amistad, virtud que tiene por base la tolerancia; y ahora sopórtame la segunda, que yo no lo vuelvo a hacer, como dicen los muchachos cuando caen en falta. ¿Y quién es el autor de librito tan coqueto, tan bien empastado y con la portada de ese azul tan bello?

—Te aguanto la reincidencia, pero hazme el favor de no intentar la tercera acometida, porque te afusilo o te ahorco. El novelista no usa pantalones, por consiguiente es una autoriz! De *pecator, pecatrix,* de *amator, amatrix,* y así se faja con un maestro, o lo hago estornudar para que no me muela, aunque me salga Don Julio Calcaño con *El Castellano en Venezuela,* y me enjabone con el capítulo de barbarismos para que no incurra en algo que suene a ese asqueroso *adoratriz,* terminacho que tanto le escocía y que se da la mano con *vengatriz, pensatriz, soñatriz,* que para ridiculizar a los que lo usan, les lanzó como tres explosivos.

—Déjate de mechas; para juegos estás muy volantón, como que ya pasas de los trece, y chupa que se te cansa el rengo.

—Lagarto! Y no mientes el número ese; mira que desde la cena de los apóstoles le tengo miedo a la docena del fraile.

—Pero a lo que se me alcanza aquí no se va a poder mentar a nadie, ni a mi taita ni a mi abuela, porque entre tú y Don Gonzalo parece que han *boicoteado* a un sinnúmero de voces o de cosas por el temor de la *jettatura.*

—Y si lo dices por burlas te van a salir las veras. No somos nosotros, son ellas, las *mabitas*, las que pretenden desgraciarnos con su mala sombra, y por eso *vade retro*. Y óyeme estirando las orejas más que uno de tu calaña, a no ser que seas tú mismo el que las alargue. Si a ti te gusta conducir a tu casa (cuando la compres) porque ahora no estila esa prenda ningún preceptor millonario; si a ti te place rodearte de todo lo hermoso y elegante que te encuentras en tu camino (se me olvidaba que habías dicho que tu marcha fué siempre por picas y zarzales) escucha, atiende, bachiller en trápalas: si te enamoras de lo que infunde deseos de poseerlo, por ejemplo una muchacha indígena (no hay alusión cazcorva), si pretendes que no haya ni se oiga a tu lado, cosa o palabreja que inspire desconfianza por esta o aquella razón plausible o abominable, ¿para qué te metes a músico de cuerdas sin conocer los trastes del instrumento y desprecias los consejos de la cordura? ¿Quién te manda a ti que te circundes de micos, de loros verdes, de *tiganas*, de gallinas de Guinea, de paujiles, etcétera, etcétera, pajarrucos de mal augurio, de mal agüero o de mal gusto? ¿Por qué no hacer todo lo contrario, que es lo que aconsejá la sana prudencia? Te las arreglas para adquirir potreros o sabanas, con ganados, eso sí (si son de sangre escogida, mejor) y animales silvestres, aunque sean venados que no se dejan enlazar; corrales con pezuñas de cerdos que chorrean manteca, sin freirlos, esa es la gracia; y cercados en que lo aturdan a úno cacareos de gallinas y pujidos de pavos que hacen rueda y por añadidura platanales, cafetales, cacaotales... Y no tener en el huerto, jardín o búcaro, matas de mamón macho, de *turiara* o de manzanillo, enredaderas de parcha, plantas de begonia o de siemprevivas; no viajar en martes, ni andar con un bizco ni saludar a una mujer barbuda, y por último vivir con un mazo de llaves en el bolsillo para manosearlo, sacudirlo y agitarlo cada vez que nos topemos con un conocido y clásico *mabitoso*... (y espérame a que tome una respiración para proseguir porque me estoy ahogando!).

—Santa Bárbara! ¡apiádate de mí, y sálvame! ¿Quién se hubiera paseado por la bobada que cometí quedándome solo con esta máquina de botar palabras y frases que me han caído encima como un ciclón que puede convertirse en un diluvio!

—Por las once mil vírgenes! que este tercio y yo que corremos parejas con la lengua y con algunas cosas más, de golpe nos vamos a deshacer por dentro y se nos sale de bola el poco juicio que trajimos al mundo, y si no damos de cabeza contra las rejas del manicomio y lo abrimos y nos dejan entrar, es porque no gozamos de crédito en ese establecimiento, o porque morimos de repente, o porque no hay tiempo de que nos pongan camisa de fuerza, o porque tirándonos por una sabana y desbocándonos hacia el sur iremos a parar a los desiertos patagónicos.

Néstor se dobló y se cayó sobre un cajón apretándose con ambas manos los ijares, porque fué tal el acceso de risa que no tuvo valor de contestar y le faltaron ánimos para contenerse. Hasta las indias de suyo silenciosas, contagiadas con aquella hilaridad se carcajearon en la cocina, y Pararuma vino y se asomó a ver qué era lo que les había sucedido a los dos reilones y encontró a Kalunga pataleando en el chinchorro y al compañero gritando: "ay! ay! si no me reviento en una de éstas no voy a fiestas al cielo, como dijo el sapo!"

Repuestos mutuamente de aquella convulsión de nervios con risas, el uno continuó en el chinchorro, pero estirando un pie y meciéndose; y el otro se acostó de medio lado en el cajón que era suficientemente largo, y sosteniéndose la cabeza con la diestra, fué el primero en hablar.

—Pero dime al fin, ¿quién es el autor de ese novelicidio? Porque me tienes en aulagas con callar su nombre.

—Miriam Harry, *La Isla de Voluptuosidad, Ilustraciones,* etcétera. "Al escultor Perrault Harry, mi marido. A aquel que fije en la piedra y en el bronce el rasgo móvil y el instante eterno, ofrezco esta historia de fugitivo amor y de flotantes horizontes.—M. H."—¿Quieres más señas? Es la autora de *La Conquista de Jerusalem* (bolondrón que no ha llegado a mis manos).

—Ah caracha! esa dedicatoria es una amenaza; no deja de tener tupé que la mujer se le dirija al marido en esa forma. Recuerdo que un amigo mío bachiller, una vez ensayaba enamorarse y un prójimo íntimo de la dama, interesado en que encontrara al cabo un partido, y no se quedara para vestir santos, puesto que se estaba poniendo olisca a jamón, comenzó a ha-

cerle elogios, pintándola muy inteligente, muy espiritual, una bachillera en toda regla, y el amenazado que era un juerguista tantas muelas, levantó la mano exclamando: "párese ahí que yo pararé también mi trote; no quiero en mi casa rivales de profesión; eso no más me faltaba!"

—Ese es un anécdota emboscado; sospecho que tú fuiste uno de los actores y que si en verdad lo eras y te fingías enamorado de pelotica, ha sido uno de los rasgos de más cordura en tu bachilleresca vida. Figúrate los inconvenientes de estar úno desde que amanece hasta que anochece al lado de un colega de este talante, y si se trata de escribidores, cómo será el compromiso! Suponte que en Caracas se bajó del tranvía un poeta al avistar a un cofrade que iba a pie, y al ver éste que el otro se metía la mano al bolsillo interior de la levita, descubriendo las malas intenciones, algo así como de leerle en plena calle un bojote de cuartillas, al verse sin retirada, con el mismo ademán se le aproximó en són de guerra, gritándole: "alto ahí, si me lees te leo," y ambos se quedaron mirándose a la cara, muertos de risa.

—Sin embargo eso sería pasable a pleno giorno y una vez que otra, pero lo que te aseguro es que de seguido sería un gorro al que no le encuentro símil. Ahora bien, ¿cómo se las compusiera úno con que en la sosegada dulzura de la madrugada y cabeza con cabeza y en una misma almohada, entre arrullo y mimo se le ocurriera a la media costilla susurrar: "palomito mío, y yo que por estar zurciendo la ropa de los chiquirritines no te leí las diez y siete octavas reales, la silva, el romance heroico y los ocho sonetos que compuse esta mañana; pero voy a aprovechar el tiempo para recitártelos!" ¿Qué harías tú en semejante conflicto?

—Evaporarme! Porque creo que un suicidio no me salvara de esa atrocidad. Mira, bribón, jamás a nadie le he deseado un mal, pero a ti que te has propuesto acorralarme con tus humoradas, te deseo una caída y desnucada en los brazos de una harpía literaria, que eso y no otra cosa es una marisabidilla o una néstora, por no decir bachillera.

—Pero yo soy muy cristiano y al que me da una pescozada por un cachete, le pongo el otro y me basta. Mas en este momento lo que quiero es saber con todo el desespero de un pre-

guntón, en qué consiste el argumento de la novela, porque eso de la voluptuosidad así a secas, se me figura que es una lujuria o lascivia, así y asá, el tema agotado siempre y renovado luégo, por escritores en boga o por novelistas de baja, y eso no tiene nada de particular. Hago la salvedad de que por las muestras, tu dedo índice encajado por la mitad del libro, no has llegado al término, y que por las puntas se saca el ovillo.

—Eso no es óbice. Tengo un método originalísimo para aprovechar la lectura y te lo indico para tus futuros discípulos (si es que reincides por aquello de que a marrano pollero aunque le corten el hocico). Yo leo con mi hermano el canguerejo, empiezo por la última página de para atrás, hacia el prólogo y no estoy descontento de mis éxitos. Tú sabes que eso envuelve dos ventajas: la una que si el libro es bueno, con el extracto final se harta el apetito y la otra que si es un esperpento, con un renglón de la postrera foja se avalúa el resto. De ese modo me he soplado balumes de volúmenes de los más famosos pergeñadores en renglones largos y en renglones cortos. Al que tenemos sobre el tapete ya le hurgué el epílogo y como no me satisfizo, ahora le estoy registrando el proemio. Bástete con saber que la protagonista termina en medio de presagios enviándole al galán olvidadizo una esquela acongojada o un recado tristón, lo que es algo así como una fiestecita de familia que concluye con un "hasta luégo" o por apagar el candil en *joropo* de pueblo. Y para decir verdad, esta inglesa escribidora no es de la morralla; las escenas son tan vividas, que si yo soy el marido auténtico, estuviera oliendo que a ella le habían hecho algún maleficio en un viaje hasta Ceylán, isla hospitalaria donde se consumó en la voluptuosidad de una novela un adulterio más. Y eso es todo. Y hé aquí que en cualquier país y en cualquier idioma se encuentra úno con que los temas son los de siempre y que fuera de la nota personal que es lo único que vale, en suma, es muy difícil paladear algo nuevo que desborde de los cánones de la trivialidad común.

—Mal que no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor. Mal que viene sin curarse desde la antigüedad hasta nuestros días, mal de muchos que tú sabes de quién es consuelo, mal de que debemos huir...

—Mal, y de los peores, y te voy a atajar en tu retahila, porque malamente serías capaz de concluir; te aseguro que me hostiga por modo estupefaciente. Ya no tiene úno en dónde refugiarse; una especie de uniformidad en la vida y en los seres nos está invadiendo y aturrullando. Verbigracia, este sombrerito de jipijapa, que era muy original sesenta años atrás, cuando no era fácil adquirirlo ni comprarlo, es una prenda que estila hoy todo el mundo, desde el limpiabotas hasta el millonario, por no decir Manuel Kalunga. Uso un relojito de pulcera que fué una novedad ahora un lustro, cuando la moda se generalizó entre los hombres, porque las mujeres lo llevaban desde hace tres cuartos de siglo y al presente resulta que no les traje sendos regalos de ese *chéchere* a las indias porque no conocen la muestra. Este nivelamiento de los hombres y de las cosas y de las ciencias y de artes, y en fin de todo en todo, será todo lo simétrico y matemático que se quiera, pero no es todo lo bello y artístico que gustándonos se nos mete por el corazón en la cabeza.

Los pusieron en paz, porque tenían cara de reanudar la algazara, las voces de los diligentes compañeros que volvían contentos de su rebusco. Gonzalo concluyó al llegar al umbral.

—Arreglado y viento en popa, se van Gómez Boada y los dos patrones con la carga hasta el tope de las barcas grandes y con el mayor número de curiaras, a remolque, si fuere preciso; es una escuadrilla de trabajadores que hacen sano empleo del valor para cumplir con la vida y no una banda de fascinerosos que amenazan acabar con la del prójimo. Al pacífico almirante de Río Caribe le encomiendo la vigilancia y el interés, y a los dos lobos de agua dulce el buen juicio, para no perderlo contra un peñasco.

—Y ahora, Ortega, vamos a que me cuente algo de las peripecias del viaje; por lo muy atareados hemos dispuesto de poco espacio para charlar largo y tendido.

—De sustos, no pasé ninguno; lo que me asustaba era no llegar pronto, no fuera a morirse usté de puro ayunar sin ser semana santa; navegamos con mucha suerte; y desde que encontramos al maestrico por los pejugales de Moitaco, se nos alegró mucho el viaje.

—Cuidado conmigo, masculló el citado, porque si me desacredita le saco los cueros al sol. Usted se regó en La Piedra y por poco lo tiene que recoger el comisario; bueno, ya sabe para su gobierno que no me quedo con ninguna espina adentro.

—Oigalo, agregó Ortega, a ese paso hemos venido; qué muchachos bien alevosos por la boca! Me da miedo cuando los miro embistiendo con la lengua; me han metido los embustes por arrobas, a tarrayazo limpio. Supóngase que me hicieron ir a Aripao y se les metió entre pecho y espalda que no me debía tomar un roncito ni probarlo ni olerlo; me salieron con unas cortas y otras largas: con la mecha de que era veneno.

—Pero bebiste al fin? preguntó Gonzalo. ¿Los contrariaste con la terquedad de no obedecerlos?

—Que si bebí? Y para qué lo fabrican? Yo no creo que lo compran para no venderlo; la verdá es que unos cargan la fama y otros la lana.

—Lana? Tú lo que siempre llevas al hombro es una perica, dijo Kalunga desde el chinchorro.

—Pues hasta ahora estaba en la creencia de que yo lo que había cargado de pasajera era una mona. Pero aun llevándola y *ajonjeándola* no me encandila ni me dejo robar, y ahí está que al maestro le registraron el *mapire* muy de mañanita y por poco lo mudan sin pedirle permiso.

—Y cómo fué eso? ¿De modo que lo sorprendieron algunos expresidiarios de Cayena? Bonito lo vamos a pasar con esos huéspedes.

Kalunga se bajó del chinchorro, vino hasta la puerta y narró con todos los pelos y señales la aventura de los crustáceos rateros, y le puso tanta mostaza al cuento y aseguró, por haberlo visto con sus propios ojos, que aquellos animalitos tenían a la puerta de su establecimiento, por otro nombre cueva, un letrero que rezaba: *Lavandería China, gratis para los maestros que viven en el Orinoco y viajan por el Caura.* Y al vapor, porque maniobran como en función de títeres, sin vérseles los dedos: aquello fué vertiginoso; si no es por las piernas de Antoñote que corrió a quitárselas, no son las medias no más, sino las maletas junto con el maestro lo que transportan de un solo tirón.

El margariteño, fingiéndose asombrado, añadió:

—Y tuvieron cara de echarme la culpa a mí, como si yo les hubiera aconsejado a los cacos que desvalijaran al maestro. ¿Por qué no le dicen eso?

—Pero no le has participado la ingrata noticia que recibiste en Ciudad Bolívar: te haces el bobitonto, cuando lloraste al pensar que esa desgracia pudiera suceder también en Venezuela, tarde o temprano, cueste lo que costare, aunque se oponga todo el ejército de Ortegas, o lo que es lo mismo, de aguardientófilos.

—Pero qué patuco es ese? Estoy en las nubes, ¿Por dónde me irá a salir el muchacho con este nuevo bolondrón?

—Ya lo vas a ver. Imagínate, Gonzalo, que para distraerme estaba leyendo los últimos cablegramas en voz alta, días antes de regresar, y hallé la estupenda, la grandiosa, la sublime noticia (estilo de periódico en moda) que este año entra en vigencia en los Estados Unidos de Norte América la ley de temperancia o la supresión absoluta de las bebidas espirituosas y fermentadas, la ahorcadura inmisericorde del alcohol y de sus congéneres, y Ortega que me escuchaba no se pudo contener y empezó a gimotear ante la muerte de sus infelices hermanos. Y todo compungido, cayéndosele unos lagrimones que parecían aguacates, en medio de sollozos que daban lástima, me preguntó:—¿Ese malandanza llegará a Venezuela?—No, hombre, le respondí; todavía hay tiempo para seguir trancándose, hasta que el Congreso Nacional resuelva poner en práctica lo que han hecho todos los países del mundo: acabar con el aguardiente en lugar de guindar a los *trancómetros*... Y como le volviera el alma al cuerpo, lanzando un suspiro cual si le hubiesen quitado una tonelada de las espaldas, añadió:—Pues entonces su boca diga verdá; se han salvado mis hijos de quedar huérfanos, porque yo (y se limpiaba los mocos de las narices) me iba a suicidar.

—Con un plátano maduro, qué barbaridá! ¿No le dije que era de regular calibre la lengua de estos muchachos? Yo si en cualquier desespero me degüello será con una botella sin tapón, pero de otro modo, ni a empujones. Vea el falso testimonio que me levanta.

—No, hombre; no te levanta, le agregó Bocayuba, porque no estás en el suelo; te he pasado el cepillo de la sin hueso para alisarte las corronchas.

La vena de Ortega se empezó a despertar.

—Mire, Don Gonzalo, hasta de balde le sirvo yo con tal de que me acompañen este par de cazones: qué dentadura para morder; que no se la vaya a maltratar un sacamuelas. Ese día que esculcaron al maestro me acabaron de probar esos bicharacos de animales que no es la primera zorra que amarran, pues una vez encontraron en alta mar un bote perdido, que llevaba en el mástil un pedazo de vela que subía y bajaba como una banderola. Admirados de no descubrir gente en la cubierta, sospecharon los que iban al salvamento que algún tripulante enfermo hacía las señales, y cuando abordaron y no vieron rastros de ninguna persona, se pusieron a buscar la causa de aquella curiosidá y se toparon conque mi amo y señor canguerejo estaba muy entretenido enrollando y desenrollando unas drizas para pedir socorro!

—Pero qué grilla, salió al encuentro Néstor; ahora ya ni las piensa, ni las disimula; tampoco son mascadas que lo ahogan; se le salen solas, como los ronquidos cuando está durmiendo.

—Y eso que ustedes no han oído una jota de las picardías de esos bichos.

—Desembúchalas, le insinuaba Kalunga; aprovéchanos antes de irte, por si no hallas en el camino a quién endosárselas.

—Pues allá les va un botón. A un paisano, creo que hasta pariente mío, pescador muy pobre y que se iba a pasar las crujías a las costas de Macanao, le jugaron una que parece mentira y le sobra la verdá. Afligido de perder una tarde y parte de la noche en tirar el anzuelo sin sacar una escama, se despabiló muy de mañana y sin hacer siquiera café, tan arrancado estaba, después de montar la *pana* en el fogón y meterle candela se fué en un bote a echar sus guarales. Cansado de esperar desde las cuatro a las siete y convencido de que ya no jalaba ni un bagre, ni una lerna, ni una *guitarrilla,* se vino a la playa por si acaso la fortuna le ponía en las manos aunque fuera un marisco. Cuando llegaba cerca de la orilla vió que un enorme canguerejo quería botarse al agua y entonces se lanzó de un salto, lo apañó, y como hay que contentarse con la suerte, así lluevan palos, sin lavarlo siquiera, fué estornudando de risa y lo zampó y lo cubrió en la olla que estaba hirviendo; pero tuvo que volver a va-

rar su barquito que con el oleaje comenzaba a alejarse y al regresar a la carrera, ya que el hambre era mucha, y la carne flaca, se encontró con que el zángano levantaba con el testuz la tapa para no desollarse con los pringues, brincaba fuera de la vasija y corría a todo escape a refrescarse en el mar. El compadre salió loco, en barajuste, pero no tuvo tiempo de atajarlo porque se le zambulló de chupulún, y entonces desesperado le gritó para vengarse: "Virgen del Valle! permite que le pique un pasmo!"

Los circunstantes quedaron desarmados con este rasgo humorístico del patrón y se rieron a mandíbula batiente. Y Bocayuba en tono familiar renovó la inquisición de noticias.

—Los que suben dicen a una voz que en la boca de Suapure estaba ardiendo el rancho con la fiesta y la llegada de gente de todas partes, y que había muchas parrandas en qué divertirse, y ustedes no se hicieron los bobarrones porque no les conviene o les sienta mal ese papel.

—Yo no, los demás sí; creo que no iban a rezar el rosario; en lo limpio desde que anocheció se me perdieron los compañeros; apenas alcancé a bailar de nueve a once unos *joropitos,* por no dejar, casi sin ganas. Y se me presentaron vendiendo risas a las tres de la madrugada. Yo no sé por dónde fué que anduvieron ni con qué se alegraron, porque ellos tienen la mala costumbre de no ajumarse, le aseguro, y hasta le apuesto que estaban chispos y no era de aire, pero sí de algo.

—Pero tú no oliste nada? ¿De qué pudieron ser esos alegrones? ¿No los habría tentado alguna diabla?

—El demontre fué el que vió un apureño cuando le plancharon la camisa sin habérsela lavado antes.

—¿Entre los tres?

Kalunga, que se veía descubierto, se apresuró a interponerse:

—Mire, Ortega, que hay chiste con chiste y chiste sin gracia, y ese que vas a soltar, de puro viejo usa bordón. Lo chusco del jaleo fué que le di una coleada a un cimarrón de Apure y me traje el cuero.

—El cuero no, añadía el marinero, lo que cargaba por dentro en forma de tripas, pero que lo perdió con figuras de águilas, de las que se muerden el hombro.

—Conque maña vieja no es resabio, insistió Bocayuba, conque estuvimos de paro y pinta?

—Ahí te traje a *Facundo* para que leas otra vez la opinión de Sarmiento sobre el juego; por mi parte creo que un exceso de actividad impele a gastarse úno por sí mismo; Quiroga combatía o se entregaba a brujulear las cartas para domeñar su vigor, por lo que parodiando a Díaz Mirón: timbres o glorias que saldrán ilesos, no te preocupes, mi plumaje es de esos. Y para colmo, al caudillo argentino le hacía dúo el fraile Aldao y a éste no le ganó una vez hasta la sotana porque con tiempo la había colgado, sino hasta la bicoca de cincuenta mil *morlacos*. Lo que lamento es no haberme encontrado de juerga con el vándalo en la feria y fiestas de El Retamo.

—Para que te vieras en el conflicto de aquel muchacho que después de ganarle cuatro mil pesos, el facineroso caudillo le aconsejó que se fuera, mas no lo quiso oir, y cuando los perdió, le mandó a regalar doscientos azotes.

—A mí? No juegues. No hubiera necesitado hacerme señas con la oreja, porque me le escabullo al darle los primeros mordiscos a los fondos del tallador. Yo no soy de la familia espiritual de los que se maman los dedos. Ahí te traje la biografía de Ribas por Juan Vicente González, en que verás lo que hizo Vasconcellos con la granada juventud de Caracas, para tenerla en el puño, reunirla y alagarla en su propia casa donde se entregaba a divertirse con los chascarrillos de la cartilla de cuarenta hojas o con otros libros de menos cartas, y a José Félix no lo asustaban con cortes de espadas de acero o de naipes. Ahí te traigo....

—Ahí me traerás una biblioteca de casuistas para defenderte: ese el viejo sistema de salvar las causas perdidas, acumular muchas razones y argumentos y salir con el parto de los montes.

—Bueno, pues, si no te gustan los criollos, por ahí en esos cajones anda un zumbón de norteamericano que hizo un libro: *Sobre el tope* y por subtítulo: *Por uno que fué y vió* (*), y tan vió la guerra de trincheras que regresó a su casa con un bayonetazo en el hombro y una quijada de menos. Tiene de nuevo un vocabulario del lenguaje nacido entre aquellas zanjas inferna-

(*) Over the top. For on that go and sew.—By Guy Arthur Empey.

les, que si no lo hace ameno y original, a no dudarlo le imprime un sello de actualidad característico. Es una fotografía a vuela pluma de aquella vida especial, pero no creo que se haya tomado otra con mayor precisión, sin olvidar un rasgo o un detalle caricaturesco.

Y tomando a Néstor de la mano salió con él hasta la puerta y se lo presentó sonriendo.

—Y ahí te traigo este muchacho que es un estuche de sorpresas, un archivo de cuentos originales y criollos, una colección sin empastar de anécdotas de historia patria, y un amigo que será de hoy en adelante incansable, leal compañero de nuestras andanzas y aventuras por todos los ámbitos de nuestro país.

CAPITULO XVII

En frecuentes ocasiones solía suceder que en el campamento quedaba muy poca gente, a causa de encontrarse en los sarrapiales la mayor parte de los trabajadores, en el afán y premura de aprovechar el transporte de las embarcaciones dirigidas por Gómez Boada. Entonces podía decirse con toda la boca que los pantalones, sin ser tejidos con la misma tela que la de los pájaros, eran un ave rara, excepción hecha de los tres pares que se alojaban con los individuos habitantes del caney de la empresa.

Se calla por sabido que aquellos ciudadanos por más contentos que estuvieran con su suerte, que si es anubarrada o maligna se debe hacer propicia o sacarle el mayor partido, se hallaban a menudo en ascuas para aventar la murria que les caía encima como una nube de plomo abrumadora de fijo, intolerable a veces. Bocayuba ocupado en ordenar sus papeles, arreglar sus cuentas, pesar las almendras que traían por lotes grandes o chicos, encontraba un modo fácil de distraerse o a falta de otro menester se tendía a leer a sus anchas en el sosiego de aquellas horas monótonas y lentas. Profesaba también el principio de que el tedio, el agua turbia que envenena la vida, no viene de fuera, no brota del ambiente que nos circunda, sino de las profundidades del alma y tal vez del mismo espíritu: como el ojo que veía Caín persiguiéndole implacable adonde quiera que fuese, a guisa de un espectro horripilante, el hastío andaba colgado del árbol de la existencia. ¿Cómo libertarse de él? ¿Cómo

huirle? ¿Cómo desterrarlo? Las filosofías callaban a ese respecto, las religiones ponían un sello en las páginas de Job y en las de Salomón, y aquél en las tierras áridas de Hus y éste en los ubérrimos collados de Canaán, se lamentaron áspera y amargamente de los sinsabores del mundo y concluyeron con la vanidad de vanidades. Los modernos embaucadores que se han engalanado con el ropaje de un Pitágoras para fundar escuelas que no tienen de las antiguas ni aspectos de belleza ni rasgos de serenidad; o que se vieron rodeados de serviles discípulos que no traen siquiera la capa de elegantes pliegues, que usaron los gallardos concurrentes a los pórticos atenienses: esos filósofos del embolismo y de la negación que van de hipótesis en hipótesis, así como de laberinto en laberinto, de enigmas inútiles a viciosos círculos; esos que ni siquiera han esparcido un átomo de sinceridad en sus escritos, porque tampoco sembraban granos que fecundaran el erial de sus propias vidas; esos voceros de una ética que no entienden ni ejercitan ellos mismos y que predican hasta el suicidio para correr en seguida, como Schopenhauer, huyendo del cólera; esos no son los que pueden en modo alguno esclarecer la duda, alumbrar las tinieblas de la incertidumbre, impedir tormentas de pasiones, inquietudes del cerebro y torcedores del ánimo. Preferiría más bien solazarse en alguna página impregnada de savia mística, en pensamientos donde vibra melosa la voz de los anacoretas hindúes y la dulzura de los sonidos *de las cítaras que citarizan* de que habla San Juan de la Cruz.

El que no se estaba quieto, ni porque lo ataran, y por su misma vivacidad de espíritu disponía de variados recursos para evadirse de cualquier aburrimiento, era el indócil Kalunga, que ensayaba en esas circunstancias diversos y oportunos deportes. Cuando Gonzalo los veía en ese estado de espíritu, en que todo es fastidio y desazón, les insinuaba sonriendo:

—Upa! Cazadores de animales cojos y ciegos, hagan hoy una gracia, no se lamenten ni se disgusten si encuentran una perezosa dormida; nadie se va a reir de ustedes si le marran el tiro.

Aprestaban las escopetas, las chácaras de las cápsulas, se ajustaban las polainas y seguidos de algún muchacho baquiano de los contornos o para que trajese las piezas cobradas, salían

los flamantes aficionados cazadores. A Mecoro, el más chiquitín de la familia, si no lo invitaban, valía lo mismo, porque el rapaz oliendo los preparativos o en vista de una diversión muy acorde con sus instintos, era el primer chicharrón de la partida.

Es de suponer que la caza mayor, si la hubo en alguna época, después de levantada la ranchería, por el ruido y las voces de toda la agrupación, era muy difícil que aportara por ahí. No obstante ya se contaban casos de venados que atravesaron el río y vinieron asustadizos a las mismas puertas de las viviendas, y hasta un jaguar en busca de un cochino se atrevió a meterse en el cercado de un patio, sin pedirle permiso a la dueña, que con increíbles dificultades lo había conducido embarcado en su curiara. En los matorrales abundaba la volatería: bandadas de perdices cimarronas hormigueaban piando por los pajales vecinos, y al nacer del sol no sería exagerado afirmar que se tropezaban con úno por cualquier sendero que anduviese y en ocasiones llegaban de inesperada visita a los corredores de los ranchos y escarbaron jugando la ceniza de los fogones. Contando esta maravilla de nuestros bosques, iban por una vereda Kalunga y Néstor, cuando éste le repuso con la jovialidad del buen humor:

—Considero un pleonasmo recalcar que este país es la tierra ideal para los haraganes. Deberían, eso sí, recogerlos a todos, sin excepción de clase, ora sean de levita o de zapatos, ya de blusa o de alpargatas, y mandarlos para acá, bien rotulados para que no se extravíen por el camino: así no nos aturdirían con la cantaleta de que no hallan empleo a su actividad y por lo cual en las ciudades perecen de hambre. Aquí la vida no les costaba más trabajo que el de alistar las ollas y echarse a dormir, porque las perdices se cocerían ellas mismas.

—¿Qué perogrullada estás diciendo? Pero qué remedio tan inútil el que se te ocurre; sácale punta a ese cacumen obtuso, a ver si te pare otro! Eso es no conocer de los títeres ni las petacas.

—¿Por qué? No te burles así de mi modesta opinión.

—Porque entonces esa caterva de ociosos no tendrían ollas, y aun teniéndolas no las montarían en el fogón y las perdices pasarían el chasco de no encontrar donde meterse: fracasarían en la misericordiosa intención de alimentar al hambriento.

Desengáñate, has cometido un disparate del tamaño de una torre. Al inepto, al holgazán, al enfermo de pereza, al anémico de energía, lo considero perdido o lo veo muy difícil de enmienda. ¿No te paseas por la causa que alegarían para no hervir el agua o para no atizar la paila, en el supuesto de que después de mil vacilaciones y tanteos llegaran a realizar el esfuerzo máximo de tener cocina?

Néstor, fingiéndose perplejo, agregaba:

—No doy, no acierto, verdaderamente estoy con la mollera cerrada.

—Pues que las perdices no estaban desplumadas!

—Ah! si son capaces de eso y de mucho más. En mi pueblo es conocida la historieta de un labrador a quien consideraban muy en sus cabales y que maldecía y vociferaba en la urgencia de ir por plátanos al conuco. Y se ponía de un humor de perros. Su misma mujer que era de la pasta de las santas le confesó a sus parientes que lo aguantaba solamente por ser la pesadumbre de su cruz.

—Carnestolendas! ¿Y qué demontre se le encajaba a ese pobre hombre o por qué tomaba esos berrinches tan sin motivo?

—Porque de las matas deberían caer los plátanoss asados o cocidos.

—Y desollados en la boca de los holgazanes.

—Para no tener que agacharse.

—Y que les pasaran enteros, gargüero abajo, para evitarse el masticar!

—Son muchos los socios del perezoso que se resolvió a que lo enterrasen vivo antes que mover un dedo para adquirir el sustento y comer, y al pasarlo en las andas por el umbral de una caritativa mujer, viéndolo sano, detuvo el cortejo e impuesta de aquella atrocidad, suplicó a los enterradores no fuesen a perpetrar el crimen y ofreció un almud de maíz para remediar la necesidad y que el miserable oyéndola, al fin movió los labios para preguntarle—¿Pero está sin cáscara?—No, le repuso, pero es muy fácil pelarlo.—Pues si es así, murmuró el zángano, muchas gracias; y que siga la marcha!

Caminaban por la orilla del río. La frescura de los cañaverales y de las arboledas convidaba a detenerse, a pasar allí el buen rato absorbiendo a todo pulmón aquella atmósfera suave

y acariciadora. Con la piel ardiendo y los labios tostados por el resistero, sentían un encanto indefinible, un deseo de echarse, de adormecerse, de hundirse en el sopor que emergía anestesiante al rumor de las aguas en los pedregales ribereños. Los ojos descansaban en la sombra muelle ofuscados de la turbadora reverberación. La luz de la tarde se esparcía con violencia sobre las pajas sabaneras, amarillentas y secas, que crujían al caerles el sol en manojos de rayos oblicuos y quemadores. Kalunga hasta ese momento distraído con la charla, debajo de un ramaje en que el palo de cruz colgaba las macetas de sus flores a modo de borlas carmesíes, no se acordaba que iba de jira, en són de caza, con un cuchillo largo y pendiente al cinto y una escopeta terciada a la espalda. El maestro, al igual que otras veces, no llevó arma ninguna, pensando que era una carga inoficiosa, ya que tras de ser poco o nada amante de las artes venatorias y de reata casi imposible que anduvieran en silencio por los sitios en que de costumbre dirigían sus ojeos, acaso topasen con tal cual avechucho de los que no se utilizan para carne o apenas escucharían a distancia el ruido de alguna tórtola que vuela con desusada antelación, al sentir las pisadas o las voces de tres individuos en marcha. Al verlo, pues, sin nada en las manos o en la cintura, detalle de imprevisión chocante, Kalunga empezó entre chanzas y veras:

—De modo que tú vienes escotero, sin un cortaplumas en el bolsillo, por no dejar, así como de paseo: estás jugando con candela. Aquí o más allá se portan armas, no por lujo, ni por gracia ni para dañar a nadie; aquí en estos montes hay que pilar muy fino; cuando úno menos se lo figura le sale cualquier bicho bravo y le hace pasar al más guapo un susto de padre y muy señor mío, y se queda úno paralítico de miedo o se le quedan los talones en la carrera.

—Confío en tu pulso y en tu puntería, y en que tu escopeta no pistonea, y, por añadidura, en los ojos del chico que nos acompaña y en el olfato del lebrel.

—Tú brincas por encima de una talanquera o te encaramas a un corozo con la misma facilidad que bebes un vaso de agua, soy el primero en reconocerte esas habilidades, pero *mano* tigre no se duerme en las pajas, ni se anuncia con tarjeta, ni muestra el blanco de los colmillos por coquetería, ni él ni su familia para mascar necesitan de los buenos oficios de un dentista.

—Pero yo no creo, hasta no verlo, que sea tan vulgarote y caritieso que ose faltar al respeto de dos personas decentes, extrañas, de agradable presencia; o a burlarse de la simplicidad de un chicuelo ágil y avispón y sobre todo, desafiar a este mastín, y—señalaba a Mecoro, que se lamía el hocico con la punta de la lengua—que sin chistar se engulle un pernil de pollo o unas sopas de galleta, cuando los amos no le recortan la ración.

—Atente a eso, y anda llamando a la muerte como el viejo del haz de leña, para que cuando se te presente de improviso, sin notarlo, se te caigan los pantalones, o cuando te aboques con el primer uñas largas le espetes, en lugar de una cápsula, un cuentecito de los tuyos para amansarlo y volverlo amigo. Sí, hombre, le vas a echar un puñado de arena en los ojos.

—O a rezar la oración de canilla que es infalible para salvarse úno del mayor peligro que lo amenace.

—Ajá! Conque tú también conoces el naipe por los palos? Qué descubrimiento tan inesperado el que acabo de hacer! Vamos, no seas tan egoista con este hermanazo: enséñamela en un pestañeo, no vayas a dejarme indefenso, pues no quiero ni debo quedarme a la cola de nadie que sepa un quite de semejante importancia para librar el carapacho a tan poca costa o casi de balde, de cualquier bocaza con muelas. Enséñamela, Néstor divino; te voy a incensar con todo el tupé de un adulador patentado, hasta que me enteres al dedillo de ese mamotreto!

—Pero hablas en serio?

—Cómo que si en serio! ¿Y de qué otra manera podría discurrir un hombre de mi tamaño?

—Pues te confieso que si es así, en eso no te voy a complacer ahora. Olvidé el oficio, si lo tuve, de charlar con formalidad; si hablaras de chanza, fuera otra cosa.

—Entonces me has reventado, pedazo de... (ponte de sombrero el calificativo más pestífero del mundo) .... eres un.... (ponte más encima otro y de la peor clase que se cueza en el horno de la boca de un lenguaraz).

—Pero antes me pondré en carrera para esquivarme del ciclón que me amenaza. Y yo que soñaba en divertirte siquiera un instante en medio de este fastidio, venir a saborear tan inmerecida decepción.

—Pues no habérmelo dicho! Anda, y que te acaricie un sapo; balbuce lo que te hace cosquillas en la punta de la lengua.

—Un peón de mi abuelo, porque habrás de saber que no todos los de mi casa heredaron la enfermedad de vivir a salto de mata, en aquellos días en que no había paz en ningún pueblo, caserío ni hacienda, porque no se acababa una guachafita de revuelta cuando empezaba la otra, y después de un reclutamiento aterrante sucedía otro peor; ese bendito jornalero, jamás tuvo que ir con el chopo al hombro, la canana a la cintura y el miedo por todo el cuerpo, a correr tras de ningún prójimo o a que lo persiguieran a él, siempre se libró de caer en las uñas del primer guerrillero que lo encorralara o se salió de las filas del desgobierno que le pusiera la mano. Y siempre andaba con el sonsonete conmigo no hay tío, páseme el río; padrino, hable por mí; pida que me den la baja; sáqueme, que yo no sirvo para militar; soy hijo único y mi mamá es muy pobre y está balda de las piernas. Conmigo amistad y gracia, pierden el tiempo porque con rezar la oración de canilla, me basta, que sí me basta: primero consiguen un erizo que agarrarme un pelo. Un babiecas (no hay alusión ni invectiva directas) cansado de escuchar la retahila le preguntó al cabo:—¿Me la puedes enseñar? Mira, enséñamela a mí que soy padre de familia y tengo muchos hijos.—Pues cómo no, ya lo vas a ver, le contestó, prepárate. Y con el aire más circunspecto y grave del mundo añadióle:—Imita todo lo que haga, con la mayor exactitud; cuidado con equivocarte ni en un tris, porque se pierde el efecto. Y se ató las cotizas, se arrolló y ajustó los pantalones, se apretó el sombrero, y cuando concluyeron ambos la maniobra, interrogó con mucha seriedad al bolonio (repito que no me refiero a nadie!) ¿Estás listo?—A la orden, le contestó.—Pues por aquí, que es más derecho! Y emprendió una galucha desaforada, vertiginosa, brincando piedras, trasponiendo zanjas, salvando vallas, hasta que ya el otro rendido de correr gritó que no podía seguir un paso más y se paraba con la lengua afuera del puro cansancio. El zumbón que era un especialista en carreras de a pie, deteniéndose también, le dijo con una calma bribona: Creo que necesitas mucho tiempo y constancia para aprenderla a medio mascullar; para esta oración en vez de memoria lo que se debe tener es mucho brío en las piernas y mucha fuerza

en los talones.—Me la pegaste en la oreja, concluyó el Juan Bimbas colérico, porque si no estuviera echando los bofes por la boca, te araño como una gata o te muerdo como un váquiro.

—Como te rasguñaría yo, porque para clavarte un solo diente, en caso de que me resolviera, sería preciso embotármelo y de ñapa saber que ni aun así hay riesgo de estornudar o de que se me afloje al olerte el pellejo; o que me prueben con lujo de razones y de testigos que, después de tocarte, no se me caen todas juntas las treinta y dos piezas de las encías.

—Zamacueca! Me has hecho dar el salto del tordito.

—Y agradece que no te ponga a bailar de cabeza.

Durante todo el lapso de descanso, el muchacho de guía, quizás con mayor aburrimiento que los escursionistas, se había separado de ellos seguido del gozquejo, y éste no obstante que por su grandor lo podían asustar los mismos ratones, y cuando le venía en ganas tornábase mortificante y le ladraba a la sombra de una cucaracha, no lejos en unos matojos empezó a latir con un empeño y una alharaca como si por hacerlo le estuvieran pagando un jornal.

Reanudaron el paso en dirección de la bullanga. A corta distancia por la vereda regresaba el chico a medio galope para anunciarles que el bosquejo de can acababa de levantar una gran bandada de perdices y que se habían posado en los gajos de una mata de chaparro. Activaron la marcha con el ansia de no perder la ocasión de atrapar siquiera una muestra de cacería, cavilando que si regresaban al campamento con las manos vacías, Gonzalo se iba a lucir dándoles cordelejo y que para resistirle o contrarrestarle una zumba cuando estaba de humor, era preciso tener mucha correa o un nutrido repertorio de salidas y chistes de buen cariz.

Materialmente el arbolito en lugar de hojas y de ramas parecía cuajado de picos, cabezas y alas apiñadas, sin moverse casi; atónitas con el sobresalto del pánico aquellas aves miraban hacia abajo, los ojos que simulaban minúsculas y relucientes cuentas de azabache, solamente entregadas a ver el monstruo amenazante, que tal vez lo fuera para sus imaginaciones, y no un diminuto e inofensivo animalejo que sin poderlas alcanzar, a cada salto se enredaba entre las pajas enanas; y los oídos atolondrados por la inusitada algazara tampoco advirtie-

ron en el cazador que brutalmente les descerrajó un tiro a boca de jarro. Un reguero de plumas cenicientas se esparció por el aire, numerosas pechugas grises rodaron sobre el herbazal, el chillido del resto de la parvada ilesa que volaba a la loca se confundía con el estruendo de la detonación. Mecoro cesó de latir, y se dió a la tarea de olfatear el montón de piezas, sin saber a cuál primero acudir, yendo en su agitación de un lugar para otro; el baquiano se afanaba en agacharse y levantar aquellos cuerpos salpicados de sangre, calientes, estremeciéndose, palpitando agónicos, y en abrir las macollas de gramíneas y recoger aquella abundante cosecha de vidas extinguidas por la mano inmisericorde del hombre.

—Te has cuadrado, murmuró Néstor; si al menos fueran ariscas...

—Pero no hay otras; y ave que corre y vuela siempre llega a la cazuela.

—No me refiero a eso; es una lástima destrozarlas así, volverlas sin piedad añicos!

—Qué romántico!

—O qué humano.

—Te faltan el arpa, el espadín y la melena en bucles para ir cantando de castillo en castillo, con la ventaja de que nadie te oiría y de no encontrar enanos ni dulcineas. Con la esperanza de que te apedrearan los chicos y de que te hicieran el fo los hombres prácticos, esos que abundan tanto, porque la necedad es una planta que medra con estupenda lozanía en todas las latitudes.

—Sí, me falta mucho, no hay necesidad de que me lo recalques; pero me sobra corazón...

Y a mí? En buenas estamos! Ya sé por dónde me vas a salir, armado de punta en blanco; asoman las orejas tus principios teosóficos, la crueldad innecesaria, la bajeza de los instintos, el retroceso a la fiera. Luégo me vendrás con el respeto a todo sér viviente y que el ingerir carnes es devorar cadáveres y saborear un estofado prueba palmaria de la bestialidad humana, que por falta de evolución se atraganta aún con sustancias venenosas y repugnantes. Entonemos un himno a los vegetales! ¡Loor a las legumbres, benditas sean las papas, benditos sean los repollos, los arracaches, las coles y los nabos!

Convengo en todo eso, dómine de los faroles de la instrucción, pero como en el cuento de marras, es muy tarde, el hambre mucha, andamos algo lejos y no estoy para echar ni recibir sermones, sino para mover de regreso mis talones.

El baquiano listo y alegre, terciado el morral en que todavía sonaba el aleteo de alguna perdiz herida y manaban gotas de sangre, luciendo al modo de lágrimas de rubí al caer sobre las hierbas, para abreviar el camino se puso adelante por un sendero distinto al que llevaron, con Mecoro pisándole las huellas. Y de prisa, en silencio, granjeando terreno sin hacer alto, tomaron la vuelta de la ranchería y al toque del ángelus volvieron al campamento.

Estaba Bocayuba distraído, sentado y solo, fumando a la puerta del rancho, a eso de las ocho y media de la noche de aquel mismo día, cuando la vieja Pararuma, no supersticiosa como toda india sino sensible a las fuerzas ocultas como todo primitivo, se presentó con otra mujer de edad para decirle que había visto una luz andando por encima del agua, por el centro y la margen del río; que al principio creyeron que proviniera de la curiara de algún pescador o que tal vez un ocioso pretendía asustarlas, pero luégo se convencieron de que aquello iba y venía de orilla en orilla con una gran rapidez, sin ver a nadie que la manejase; y que en resumidas cuentas, a las vecinas que la contemplaban les dió tanto miedo que salieron corriendo.

Gonzalo, que la oía con atención, le contestó:

—Eso no es nada, esos son fuegos fatuos. ¿No has escuchado referir que donde hay madera podrida, huesos de hombre o de animal, aparecen esas candelas?

—Sí me lo han dicho, y un hombre del Llano me aseguró que en una sabana donde trabajaba eran tan frecuentes las bolas de fuego, que yendo a caballo de noche se acercaban tanto que parecían pegarse a la cola de la bestia. Pero eso no quiere decir que no haya otras lumbres que no son de las que usté habla. Vivíamos en La Urbana, fuéra de poblado, y una madrugada al regresar de un velorio, mi marido compró una vela por si acaso había aque alumbrarnos en los malos pasos, y cuando llegamos al primer zanjón, tuvo que raspar fósforos y más fósforos, pues la brisa era tanta que gastó casi toda la

caja sin conseguir el intento. Cuando estábamos en este aprieto percibimos un farol que venía detrás por el mismo camino; yo le dije entonces: mirá, aguardemos al que trae esa luz; y apenas se lo había dicho, sin saber cómo ni cuándo se pasó hacia adelante. Mi compañero a quien no se le enfriaba el guarapo por tan poca cosa, apresuró la marcha para alcanzarlo, y notando que no lo conseguíamos, le gritó: "hola, amigo, párese ahi, y me hace el favor de facilitarme su lámpara". El bulto quizás oyó la voz y nosotros abreviamos el paso suponiendo que trataba de esperarnos. Cuando íbamos ya muy cerca, créalo, señor Bocayuba, con estos ojos que se los ha de comer la tierra, vi que un hombre se detenía de espaldas, que llevaba una linterna en la mano y que a la claridad se le distinguía bien la ropa; vestido de negro, de camisa blanca y con un arma o cordón en la cintura. Cuando ya le pisábamos los garretes mi marido volvió a hablar: "dispense, amigo, lo llamé porque no he podido encender una vela que llevo". En esto, y como si de veras hubiera escuchado se volteó hacia nosotros, con un brazo largo y seco levantó la luz y ¡Ave María! nos mostró aquella cara pálida, tan pálida y desencajada que era ni más ni menos que la de uno que acabaran de desenterrar; y de pronto se desapareció, y nosotros seguimos hacia el mismo sitio donde estuvo parado y no encontramos ni el rastro. Y es el caso que aquella sabana es rasa, limpia, sin un mogote, y ni cerca ni en los alrededores hay casa habitada, ni siquiera un corral de ganado.

Bocayuba que en estos casos para inspirar confianza nunca se burlaba, al concluir la relación, preguntó:

—¿Y ustedes qué hicieron?

—¿Pues qué íbamos a hacer? marchar por el camino, con ser que a mí no me cabía el susto dentro del cuerpo y se me aflojaban las rodillas, seguí temblando al pié de mi marido, porque este hombre no tenía que ver con nada y era capaz de agarrarse hasta con el mismo mandiga!

Kalunga y Ramírez que fueron desde muy temprano a dar una caminata por la ranchería, llegaron también con la novedad del fuego fatuo y como por lo regular en estos campamentos, donde no hay noticias de ningún género, hasta de la peste de un perro se forma un escándalo, no tardaron en

aparecer otros vecinos y vecinas, entre ellos el viejo Pacho Cruz que gozaba fama de haber rodado mucho y de ser un hombre de pelo en pecho. Cada cual fué tomando sitio alrededor de Bocayuba y unos en cuclillas y otros sentándose en el suelo renovaron de diversos y exagerados modos el caso de la luz, y hasta hubo quien sostuviera que eso de seguro era el ahogado, un muchacho que en años anteriores fué a atravesar el río por ese mismo sitio y se le trabucó la curiara. Una de las mujeres devotas agregaba que el ánima debía estar penando por la promesa a algún santo, y que si le fué imposible cumplirla o no la quiso pagar, sería bueno hablarle cuando volviera a salir.

Ramírez le interrumpió:

—¿Hablarle? ¿Y eso le parece tan fácil? Yo le aseguro, que si me encuentro con él, en lugar de abrir la boca, me abro en una carrera que no me alcanza un galgo.

Uno de los avispados rezongaba:

—Yo no me tiro ese cacho de agua.

Alguien de los presentes añadía:

—A mí que no me salga si no quieren que como un relámpago me desprenda de esta isla.

Y otro:

—Si es un vivo encamisonado el que me sale de sopetón, y me viene con cuentecitos, sin sustos ni vozarrones, aunque sea más feo que una tarasca, pase, soy capaz de atenderlo, de chancearme con él; pero si es un muerto, pero si es un muerto...

—Si es un muerto qué? mascullo el viejo Pacho Cruz.

—Si es un muerto, ño Pacho.... que le salga a otro.

Algunos de los presentes se rieron con la broma, y hasta se produjo una expansión de chacota en todo el corro, solamente a los muchachos no les cayó muy en gracia ni era de esperar que un anuncio de visiones o espantos les halagara cual una piñata de bombones. Pararuma la joven se fué aproximando por entre los circunstantes hasta que estuvo muy cerca de Bocayuba y allí callada se acurrucó como para guarecerse de algún peligro invisible.

Kalunga que había guardado un silencio prudente no esperó que lo invitaran para meter su cuchara en la sopera, y

con su tono chancero le puso la mira a uno de los más caracterizados del grupo.

—Oiga, usted que es el más veterano y que ha viajado y vivido tanto por estas aguas, yendo y viniendo, de día y de noche, tiene que saber muchos *cachos* de aparecidos y no le faltará uno en el carriel; es temprano, saque lo que sepa, que esta gente y yo entre ella, asustados como estamos no vamos a conciliar el sueño.

Pacho Cruz, hábil práctico del Caura, lobo fluvial, y no de mar o de anchas ondas, como Ortega, pero sí incorregible mascador como aquél, carraspeó, escupió, se pasó el tarugo de un cachete para el otro y se preparó así para vaciar el saco.

—En verdá este río es muy sano; aquí no hay esos espantos de que hablan en otras partes y que son capaces de helarle la sangre a un sapo. Se cuenta lo del toro que embistió una vez a unos *sarrapieros* y les hizo poner los talones en la nuca de la pura galucha que pegaron.

Ramírez, que esa noche sentía la imaginación más alborotada que de ordinario, no pudo menos que interrogarlo:

—Pero ¿era un toro de veras?

—De veras o de mentiras, como lo está oyendo, el envoltorio es gordo; fué tal la carrera de la manada de guapetones, que por poco se desnarizan y dejan las uñas de los pies en los pedregales de la playa.

—Pero bueno, viejo, exclamó Kalunga, déle contra el suelo a ese cuento que todos estamos con la boca abierta aguardando a ver los arrumacos del animal.

—Pues ahora los verá usté. Entre aquellos jornaleros tenía varios conocidos y al llegar poco después me contaron en fresco el caso y lo voy a repetir sin quitarle un pelo. Un domingo en la noche estaban convidados al *joropo* de una ranchería y resolvieron salir muy temprano para irse al chapaleo. Como ese día habían cazado un venado, lo prepararon para la cena y se encontraban comiéndoselo alrededor de una hoguera, en el patio del caney. Engullían muy desentendidos cuando uno de ellos les dijo: miren el vecino que hace rato nos está aguaitando, y señalaba con el dedo el punto en que lo veía. Todos inmediatamente levantaron la cabeza y se fijaron en aquel animalote del tamaño de una torre, que con la

cara colorada por las llamas de la hoguera parecía una cosa nunca vista. Las mujeres se alarmaron y algunos hombres también, porque no todos, cuando es menester, tienen las piernas firmes, y dando unos alaridos y gritos horribles, apretaron a correr para ocultarse en la vivienda; pero uno de los más valentones no se movió de su puésto y se puso a atisbarlo con mucho cuidado, y cuando se hubo convencido de que si no era de cierto una res le faltaba poco para serlo, echó mano de uno de los tizones y se lo zumbó con tanto tino que se lo pegó en medio de los cachos, al mismo tiempo que gritaba espantándolo: "toro, ¡jub!..." El chispero se le derramó por toda la cabeza como si hubiesen despavesado un hachón en el propio testuz del animal, que se quedó como si tal cosa, sin apartarse del punto. El guapo le tiró otro tizón que le pasó por encima sin tocarlo, y ya iba a repetir el tercer golpe cuando se le vino de frente con un brinco tan violento que no tuvo lugar de escaparse y de una sola trompada lo levantó y botó tan alto que fué a caer encima del rancho.

—¡Encima del rancho!—prorrumpieron a una varias de las mujeres del cenáculo, con manifiesta sensación de terror incontenible.

Pacho Cruz continuaba:

—Y ustedes han de creer lo que hizo el toro después que le metió el cabezazo al atrevido *sarrapiero?* Se puso muy tranquilo a apagar con el casco los tizones y una vez que no dejó siquiera una brasa para encender un tabaco, y quedó todo en una oscuridá como de boca de lobo, dió tres bramidos que dejaron aterrados a todos aquellos hombres, silbándoles los oídos por mucho rato.

Se hubiera sentido crecer la hierba, tal era el estupor de la reunión; mas Kalunga, que nunca se paraba en pelillos, se acordó de un detalle que había dejado en el aire el narrador.

—Y el hombre de la cornada se quedó jineteado en el caballete del corbertizo, y no pidió que le subiesen el chinchorro o una cobija siquiera?

—Pshe, eso se comprende, eso es natural; ¿y quién lo iba a apear en la noche, con aquel cuidandero que siguió mugiendo y rondando el rancho, queriendo metérseles adentro, hasta

que cantaron los gallos de las tres de la madrugada? Le aseguro que usté o yo ni pagos hubiéramos sacado la punta de la nariz por una rendija. Muy de mañana hicieron una escalera para bajarlo y estaba más tieso y frío que una plancha de hierro serenada y duró tres días privado, sin volver en sí, como un muerto.

De la concurrencia estupefacta que apenas respiraba anhelosa, ninguna persona se atrevía a interrumpir el silencio, hasta que la vieja Pararuma con el embuchado de las luces, no se pudo reprimir y le espetó sin vacilar a Bocayuba:

—Ahí me lo tiene usté, ese toro cachudo es de los mismos fuegos de que me hablaba ahora rato? ¿O por burlarme se chanceaba?

Los que no habían oído la conversación pasada al principio entre la india y el empresario, pararon la oreja.

—No, vieja, le repuso, yo no lo dije por tanto: todos los casos no son iguales; a mí, en honor de la verdad, no me ha sucedido nada, pero eso no significa que a otros en lo limpio no les haya salido el zorro.

Los hombres aguardaban ya repuestos de la impresión del toro diabólico, cuando Kalunga que en esa y demás ocasiones similares hacía de careador, lo azuzó para que continuase.

—Pues, despáchanos uno de tu marca o de tu colección. A ver, ¿cómo son los que tú sabes?

Una de las mujeres, todas las cuales no se encontraban aún con el alma dentro del cuerpo, se arriesgó a murmurar:

—Sí, cuéntenos uno, pero que no sea medroso; a mí me tiemblan todavía las quijadas.

—Sí, sí, opinaba otra, esas patrañas horrorosas no lo dejan a úno pegar los ojos, y si duerme, es con pesadillas dando brincos en el chinchorro.

La joven Pararuma se preparó a escuchar, pero como era tanto el miedo que le infundían aquellos relatos, se dejó de miramientos: con disimulo estiró un brazo para apoyarse en las rodillas de Bocayuba, se aproximó lo más que pudo hasta quedar con el mentón rozándole los pantalones.

—No hay por qué asustarse, comenzó Gonzalo; el tigre no es como lo pintan; se colige de los hechos observados en diversas partes, que ningún espíritu puede meterse con nos-

otros; parece que no le es permitido causar males ni trastornos; sin embargo, a veces si no los produjo, estuvo a pique de hacerlos.

Ramírez que en ese momento no las tenía todas consigo y aunque había leído lo suficiente para informarse a la ligera del movimiento espiritista moderno, y el barrullo psicológico le deschavetaba el juicio, sin haber llegado a conclusión ninguna en pro o en contra, halló una coyuntura de interrogar:

—¿Y usted cree en espíritus?

Kalunga se interpuso:

—No lo interrumpas; déjalo que primero nos afloje el cuento.

—Yo solo no, es la humanidad entera la que ha mantenido esa creencia. Ya ve usted, joven maestro, cerebro abierto a los cuatro vientos del espíritu, estamos aquí en plena selva, en un desierto casi, pues los únicos habitadores nos encontramos reunidos en un mero grupo, y tratamos nada menos que de una manifestación anímica, como lo hacen tal vez en Londres esta noche los miembros de la *Sociedad para investigaciones psíquicas,* cuyas ramas de París, Boston y muchas otras ciudades o capitales del mundo confirman mis asertos.

—Yo lo que quería era picarle la lengua, no estorbarlo; tampoco me siento con ánimo ni con bastante equipo para discutirle a usted.

—En eso revela discreción; lo cuerdo es no desbarrar por necedad o por ingerirse úno en lo que no le atañe ni conoce ni estudia. Un amigo mío y de toda confianza, en otro tiempo hubiera discutido hasta por los codos, sin apoyarse en un argumento de peso, cuando hoy las obras de Crookes, Wallace, Asakoff, Du Prel, Hodgson, Hislop, Ymoda, etc., etc., y por último Lodge, componen tantos kilos de volúmenes que aplastan de seguro al que se les atraviese en contra.

Kalunga a quien la alusión lo había amoscado, le cuchicheó por lo bajo a Ramírez, pero no tan bajo que los demás no percibieran:

—Apártate a un lado porque te pisa.

—Yo me corrí a tiempo, le contestó en el mismo tono.

Los demás que oían aquello como ventear con lluvia, sólo esperaban el relato; en medio de la calma sonaba tal cual

palmada en las piernas o en las mejillas para espantarse algún *zancudo* inoportuno. El viejo Pacho Cruz sentado en su cobija y con las zancas cogidas dentro de los brazos, dejando de imitar a las cabras en la rumia; hacía en cambio chisporrotear el hachón de su tabaco. La vieja Pararuma remolineaba su mascada y escupía de rato en rato.

—Según anuncié al principio, en ocasiones parece que los espíritus se enfadan. Como he viajado mucho y me complazco en atender lo que se me dice, recuerdo que una vez se trajo a colación este mismo tema y un señor que gozaba fama de circunspecto, cuyo nombre no viene al caso, nos narró a varios circunstantes la chanza pesada con que un aparecido se vengó de cierto prójimo. Era un día de difuntos en San Luis de Cúcuta, lugar de Colombia cerca de nuestra frontera; los fieles del pueblo y del vecindario se hallaban congregados en el camposanto y mientras el cura iba de tumba en tumba rezando los responsos que le exigía cada deudo (y recibiendo los reales, interrumpió Kalunga), algunas personas, muchachos, jóvenes y viejos andaban de un sitio para otro curioseando por entre fosas y túmulos, leyendo letreros de lápidas y cruces. Se detuvieron en una sepultura en cuyo borde había, para conducirlo al osario, un esqueleto de mujer recién desenterrado. Empezaron a hablar, uno de los presentes dijo:

—Están todos completos, miren qué huesos, ni lavados son más limpios.

—No era calva, ni vieja, se halla la cabellera intacta.

—Pero qué dentadura! No le falta ni la muela cordal.

—¡Y qué blanca! Todos los dientes parecen de marfil.

—¿Y eso les pica la curiosidad?—manifestó otro de los interlocutores que alardeaba de gracioso y desenvuelto y encarándose a todo el grupo, les preguntó:

—¿A que no saben ustedes por qué luce esta calavera la dentadura tan entera y tan blanca?

Y los circunstantes, mirándose entre sí, y mirándolo con cierta novedad, trataban de encontrar una explicación, cuando él mismo la soltó en medio de una carcajada:

—Cómo no la iba a tener tan blanca y tan buena; les apuesto a que era mascadora!

La chirigota produjo una risotada general. Se dispersó el gurupo, como decía un veterano de guachafitas militares y cuando la campana de la iglesia daba el toque de oración, fué saliendo la muchedumbre del campo de la paz, nombre con que llaman los alemanes al cementerio. Nuestro chusco, hacendado de alguna holgura y con gusto para montar muy buenas y briosas bestias, sin perro que le ladrase si llegaba aclarando a su casa, excepción de su mujer, que no lo arañaba por parrandas o trapicheos, se encontró con algunos *curruñas* amigos del jaleo y entre palo y palo, dicharacho y chiste se apuraban las horas, y cuando emprendió el retorno a su fundo serían las once pasadas.

Al salir por el norte del pueblo en dirección de Venezuela, hay un llano en que el camino parece formar una cinta de azogue por lo despejado y ondulante. Hacia los lados la vegetación es raquítica y escasa. A la mitad de esta planicie oyó por el aire un zumbido como el de un ave que le pasara tocando el sombrero. Miró hacia atrás, a pesar de que la noche era obscura había suficiente claridad para distinguir a lo lejos, pero no divisó sér humano ni animal alguno. Cabalgaba uno de sus mejores *rangos,* uno de aquellos que, según el decir popular, no permiten de puro cosquillosos que se les asiente una mosca sobre el lomo. Iba a pasitrote tendido. Y el ave o lo que fuera le volvió a rozar tan cerca que sintió un soplo frío en las orejas. Y volteó a mirar y nada. La senda estaba expedita y ni siquiera se movían las hojas de los matorrales de la orilla.

A la tercera vez el ruido fué como un golpe seco, y tan fuerte, que creyendo que le asestaban una pedrada al caballo, lo sofrenó alarmado, lo chaceó, parándolo de pronto. Giró la vista en torno sin descubrir otra vez nada y cuando trató de seguir, un bulto negro de mujer avanzaba de frente, hacia la cabeza de la bestia que amusgó las orejas y se espantó reculando; pero el que la gobernaba, como buen equitador logró reprimir la estampida y el esperpento le llegó a la coraza y con una voz aflautada que le penetró hasta los sesos, lo saludó muy ceremonioso y cortés:

—Muy buenas noches, Don Candelario (así se llamaba el sujeto); yo soy la mascadora; venía para que me viera otra vez y no se le olvidara mi dentadura.

—Huy! prorrumpió la mujerada.

Y la misma calavera de que se había burlado en la tarde, abriendo la boca y mostrándole los dientes, se destacó en la negrura del feroz espantajo. Súbito el caballo salió desbocado y el jinete, poseído del vértigo, sintió que alguien se montaba al anca de la bestia y lo estrechaba con un abrazo de huesos crujientes. En el silencio de aquella soledad, de aquella calma y de aquella noche, caballo, caballero y espectro se abalanzaron por el camino con una violencia tal, que el estrépito vibraba por valles y por montes y el eco del galope aterrador repercutía a lo lejos con siniestro y lúgubre: ¡patacán, patacán, patacán!....

—Dios nos ampare, exhaló una voz femenina en medio del terror que los ahogaba.

Bocayuba se levantó para estirarse, sacudirse y aventar el estupor de los oyentes; pero el viejo Pacho Cruz, el único que conservaba íntegro su coraje de navegante y aventurero, no quiso quedarse con la bandera a media asta y dijo:

—Si no lleva a mal que yo meta el cucharón, ¿a dónde fué a parar la carrerita el rocín ese, o dónde botó al jinete y a la entrometida que se le acomodó a la grupa?

—El propio Candelario, de quien no es dable sostener que a pesar de lo muy rascado se le aclararon un tanto las entendederas con el macabro saludo, a la mañana siguiente no había recobrado el juicio y su familia atemorizada envió por el médico. Su esposa contó al vecindario que a deshoras de la noche despertó al galope de una cabalgadura que venía derecho a la casa y que luégo escuchó un violento golpe en la puerta, la caída de un cuerpo y un quejido horroroso. Y acordándose sobresaltada de que su marido andaba por el pueblo, salió precipitadamente afuera y encontró al caballo atolondrado, despavorido, temblando del cansancio y que de junto del cuerpo de su marido, que no era otro el que estaba exánime en tierra, se desprendió un bulto negro de mujer rezongando: "agradece que tu esposa es una santa", y desapareció en las sombras al decir estas palabras que la hicieron estremecer de miedo.

—Como yo estoy ahora, murmuró el maestro.

—De mí no se diga, mascullaba la vieja Pararuma.

Y Pacho Cruz:

—Les aseguro a todos que no me chanceo con cosas del otro mundo, y eso que soy más terco y duro que una piedra de fogón.

Y Kalunga con tono filosófico:

—Lo que no me cabe en la mollera es que por tan poca cosa, por una cuchufleta, hubiera tomado el ofendido espíritu una venganza tan grande, donde hay manifiesto rencor, y si a ese paso vamos, allá en el otro barrio castigan ojo por ojo y diente por diente.

—Es mucho lo que falta por explicar de esos fenómenos que están hoy sobre el tapete de todos los sabios que se ocupan de la materia; no se pone en tela de juicio que los hechos existen y son tantos que el novelista inglés Conann Doyle, después de treinta años de observaciones, ha llegado a escribir: "no más pruebas, innecesarias de puro abundantes; tratemos de hacer algo más: basemos sobre esos cimientos una nueva religión".

Ridder Haggard, otro grande escritor y novelista de merecida fama y popularidad en el mundo británico, que en sus obras mantiene siempre vivo el interés por alguna antigua y rara tradición espiritual del Egipto, país donde estudia y habita la mayor parte del año, ha confesado paladinamente sobre esta materia: "cuando hombres como Crookes, Wallace y Lord Kalvin se han sentido tan profundamente atraídos por la investigación de los problemas psíquicos, nosotros los que no podemos entrar en parangón con ellos, debemos medir nuestros juicios antes de lanzar una opinión contraria".

—Yo no sólo me mido, sino me encojo, que por pasarme de listo me han hecho pasar sofocos, consideraba Kalunga, y por burlarme de los sueños de un buen señor me recibió con cuatro piedras en la mano.

—Cuéntanos eso, hombre, que tal vez amenicemos el acto, que ha sido muy variado, pero con música de miserere.

—Maestro, ya que tú y yo no hemos bailado en el turno anterior, no perdamos ahora el que viene.

—Por mi parte y la del cura, que nos saquen del zanjón, agregó el viejo Pacho.

—Pues allá voy, para que sepan lo que es meterse en camisa de once varas. El hombre de mi cuento, en un viaje de La Guaira a Carúpano, nos tenía acatarrados en el vapor diciéndonos que lo asustaban mucho los sueños que con frecuencia le sucedían y relataba una infinidad, referentes a su familia, a sus relacionados y aun a personas con quienes pocos tratos llevaba. Un Néstor, por no decir compañero, que era lo mismo que yo, vivaracho y alegre, le manifestó con gracejo:—Tenga mucho cuidado con el reloj de su cabeza; mire que cuando se descompone, lo llevan a úno al manicomio para arreglarle la cuerda. El sujeto, entre cortado y severo, repuso con benevolencia:—Pues entonces debieran ensanchar ese establecimiento porque la clientela sobra; sin embargo, puede ser una enfermedad. Yo no debía quedarme sin jugar una carta, y boté una:—Dicen que a las personas de buen diente les sucede eso, porque se desmandan a menudo por la boca. Absténgase de comilonas y verá.—Pero si me cuido demasiado, volvió a decir, vivo pendiente de mi salud. Y como era un obeso y sanguíneo, me afirmé en suponerlo glotón y volví a la carga:—Pero es que entonces le falta bicarbonato!

Todos se echaron a reir; pero él, amostazado y con gravedad, se vino a fondo:

—Sí, me cuido mucho, hasta de leer y en una obra inglesa que trata de la materia me encontré que el alegar las indigestiones para explicar los sueños era tan burdo como grotesco, pues si bien se mira y considera que la humanidad consta de mil millones, la mitad está soñando en la noche y por consiguiente indigesta, según aquel sentir, y si el remedio fuera el bicarbonato de soda, esa droga tras de ser estupenda sería la de mayor consumo en el mundo.

A los circunstantes, como es de figurarse, les caía mejor ésta que la otra conversación. Se les notaba animosos, regocijados, hasta con ganas de tomar parte, pues ningún sér humano al hablarse de sueños se considera extraño a tenerlos o confiesa no haber experimentado alguno en su vida. Bocayuba con la gran tirada de su narración espeluznante, adoptó por un receso, y Néstor no se anduvo por las ramas.

—De modo que el mercader, así lo juzgo por los términos de su lenguaje, los puso en conflicto, o mejor, a ti y a tu a látere los dejó sin saber qué decir y con el rabo entre las piernas?

—Qué nos iba a dejar! Eso fuera si la percha de mi repertorio no tuviera sino un solo clavo. Al otro que me secundaba sí lo vi con la cara confusa y las orejas coloradas, pero yo me salí de debajo de aquel oso. No se disguste, señor, le supliqué; perdónenos a mi amigo y a mí la indiscreción de recetarle bicarbonato y camisa de fuerza, pues no somos curanderos, ni siquiera médicos, que si lo fuésemos no se nos escapa usted ni de milagro, porque entonces le prescribimos un cajón en forma de píldora.

—Y así se sacaron la que les hizo tragar el perengano ese. Pero de todas maneras nos hemos quedado en espera de algún sueño, y si es de ángel, de antemano me voy a sonreir con los tuyos.

—Eso te lo dejo a ti que sin embargo de que tienes alas no vuelas por lo pesado, mas no por carecer de agilidad ni porque te falten plumas o te consideres muy pichón.

—A decir verdad, a mí no me gusta plagiar a nadie; por eso no sueño durmiendo sino despierto y con los ojos abiertos.

—Otra chilindrina: así como la de nadar en lo seco, y alimentarse con viento, habilidades de un maestro de escuela: a este dómine lo vamos a exhibir en la primera oportunidad.

—Pero si con ese zarandeo me vas a marear sin dejarme concluir!

—Echa, pues, tu rúbrica, aunque parezca un garabato.

—Yo no he soñado en serio sino una vez y con el chiste de que por el manejo de un negocio floreciente estaba muy rico, tan rico, que en mi casa por dondequiera había costales de morocotas, apilonados en los rincones como arrumes de sarrapia. Cuando iba de paseo, me sentía agobiado, casi sin fuerzas para caminar por lo repletas que llevaba las faldriqueras. Y fué el caso que no me perdía de vista un pedigüeño, de esos que lo acompañan a úno como perrito de ciego, y por quitármelo de encima resolví darle dinero a puñadas y así también aliviarme del peso. Pero era mucho el trabajo, mucha la dificultad que me costaba sacarlas, y en el aprieto de que no me vie-

ran otros clientes del mismo pelo en aquel trance y me liquidaran, ofuscado tiré con fuerza el último montón que traía en la mano, pero se me desparramaron las monedas por la pierna abajo, cayeron con estrépito al suelo, y en la precipitación con que me agaché para recogerlas, le pegué con la cabeza al infeliz que se fué de espaldas gritando. En eso me desperté asustado, para encontrarme que la ganancia era el gran roto que le hice registrando al derecho y al revés a mi escuálido bolsillo, de donde no podía caerse una *locha* porque no la había conocido nunca!

La muchedumbre regocijada con esta nueva variante de la conversación ansiaba prolongarla y una voz femenina partiendo del grupo animó al viejo Cruz que pasaba por ser muy listo cuando estaba de humor.

—Oiga, ñor Pacho, ahora le toca a usté; no se quede con la lengua pegada al paladar; muévala.

Bocayuba, sacudiendo al cabo su mutismo, secundó la invitación:

—No nos dejes sin parte; aquí cada uno echa su camisa al sol.

—Divertir a palos no es tan fácil. En fin, qué le vamos a hacer. Conforme dicen algunos que son de pocas pulgas, yo soy de pocos sueños. Solamente recuerdo uno así, así con algo curioso. Hubo un tiempo en que mi mujer me tenía frito con sus celos, y al regreso de cada viaje, por cualquier cosa, por el menor disgusto, empezaban a volar sobre mi cabeza los trastos de cocina, como una bandada de pájaros. En una de esas noches en que no le encontraba puésto a las espaldas, aunque estuviera acostado desde temprano, soñé que para escapar de sus cariños me embarcaba para lejos en una horrible desesperación. Apenas subí a bordo se presentó una muchacha bonita, graciosa, ofreciéndoseme sin dengues para consolarme de mis tribulaciones, mediante una sola condición. Le contesté que con mucho gusto, si no era difícil lo que me proponía. —¿Qué difícil va a ser, pobre hombre, casarse otra vez y con una personita como yo?—Sí, eso es fácil para usté que no se habrá metido en músicas, no para mí, que soy gato escaldado.—Pues no pierda la ocasión, respondió muy risueña, y me tendió la mano cariñosa, se la estreché y me dejé llevar halán-

dome poco a poco hasta que llegamos a la borda. Cuando nos vimos allí solos, todavía más zalamera, hecha una melcocha, me fué a besar, y yo estiré los labios encartuchándolos para corresponderle, pero en vez de recibir un beso, ¡San Jerónimo! quedé ciego como por un relámpago con la manotada que me dió en la boca y caí de espaldas al río.—¡Hombre al agua! ¡socorro! ¡un salvavidas! gritaba la tripulación. Y yo ahogándome escuché que con voz calmuda les respondía mi mujer:—No tengan cuidado, déjenlo que se refresque; ese vagabundo de mi marido náda más que un tiburón.

—Hombre, dijo Bocayuba en medio de las risotadas, eso me recuerda una premonición que se cumplió en realidad, hace algunos años, cuando Venezuela parecía atolondrada por los disparates y escándalos de un hombre que él mismo ordenaba lo llamasen héroe máximo, segundo libertador, capitán de Sur América y otras mil lindezas estrafalarias y grotescas; cuando no había en nuestra tierra más que ruina y pillaje y desorden, y no estaba todo el mundo preso por quítame allá esas pajas, porque las cárceles y fortalezas no eran suficientes para contener a los perseguidos; en ese entonces gemía en la prisión de Ciudad Bolívar, por desafecto a la guachafita imperante, el procurador Quirós, quien en la madrugada del 19 de marzo de 1908 soñó que paseando por el malecón del río, veía una barca incendiándose a lo lejos, y se acercó para cerciorarse con exactitud. Las chispas y lenguas de fuego iluminaban las orillas, embarcaciones ancladas y edificios cercanos, pero no escuchaba voces de alarma ni distinguía a ninguna persona que tratara de apagar la candela; se aproximó todavía más, cuando en eso divisó a un mugriento *culí,* que solo y con el mayor apuro iba y venía con un balde desfondado para echarle agua a una gabarra vieja y podrida que ostentando en un costado y en una banderola hecha trizas el pomposo nombre de restauración, se quemaba a todo andar, como un montón de basura. Convencido de lo ridículo del ajetreo y la miserable angustia del azacán para llenar la vasija que de puros agujeros semejaba una regadera, llegó hasta ponerle la mano sobre el hombro para decirle por caridad: no sea tan lerdo, buen hombre; ni con una bomba de mil caballos de fuerza lograría nadie atajar ese incendio; ya de ese carapacho no van

a quedar pavesas. Al oirlo pegó un salto y un berrido el malsín, y cayéndosele el perol de las manos y la máscara de harapos, le mostró de súbito la cara de mono desgraciada y siniestra de Cipriano Castro. Y efectivamente, nueve meses justos después se hundía para siempre aquel trasto inservible por lo inútil.

—No le falta embocadura para cantar un gorigori, acuñaba Néstor.

—No se necesita de sacristán para acabar con una merienda de negros, le ajustó Kalunga.

La concurrencia femenina, desentendida de la medrosa impresión del comienzo, se fué escabullendo poco a poco. Pacho Cruz conversó largo rato aún en la puerta con Bacayuba; fué el último que se despidió, agregando que al amanecer traería unos cuatro quintales de sarrapia en grano, para empezar a arreglar cuentas. Pararuma la joven entró primero al rancho, todavía asustada, lo que dejaba entrever por la prisa con que se dió a la tarea de poner los mosquiteros, y los otros dos que restaban, Kalunga y Ramírez, se movieron para ir donde colgaban los chinchorros en su puésto del caney, con pocas ganas de enzarzarse en comentarios y muchas de dormir.

CAPITULO XVIII

Bocayuba para dar movimiento a toda o la mayor parte de su gente, porque de cuando en cuando se aglomeraba hasta el punto que le hacía temer por otra nueva escasez de provisiones, resolvió enviar a Gómez Boada a reconocer aquel archipiélago en una de cuyas islas residía. Entre las instrucciones le encarecía la de visitar a la de Dufrumí, una de las menos conocidas y llegar hasta el raudal de Cinco Mil, nombre que lleva por haber perecido allí, en tiempos lejanos, conforme la leyenda, un francés que conducía en pesos igual suma de dinero. Las hipótesis o conjeturas para explicar las causas del viaje de aquel extranjero por regiones tan solitarias e ignoradas, no se resolvían por tentativas de búsquedas del fruto codiciado hoy, que no era objeto de especulación para la época. Quedaba en la obscuridad el móvil de tal empresa. ¿Qué objeto se propondría ese expedicionario para arriesgarse a la ventura en aquellas soledades, cargando con aquel fardo metálico en embarcaciones que por lo regular son de muy poca anchura y longitud y de maderas tan livianas? Por falta de vacar a sus ocupaciones no había intentado—con ser que lo deseaba—una excursión para hacer el itinerario del infortunado explorador. De todos modos es de suponer que si el árbol de sarrapia frondosea en la falda occidental de los montes que forman las serranías del Caura, se encuentre también desde la margen izquierda de este río por todas las montañas que se extienden hasta el Cataniapo o sea el pié de los grandes rápidos, com-

prendiendo las estribaciones o declives orientales. Como en el raudal de Para es donde empiezan, en cualquier tiempo del año, las dificultades para la navegación, nunca los recolectores pasan más allá y los raros que se atrevieron a remontar, según los informes más verídicos, no alcanzaron sino hasta la desembocadura del Erebato y han sostenido siempre que los terrenos son iguales a los de la parte inferior y que con seguridad debe existir la mata codiciada en aquellos tan fragosos, desconocidos lugares, aunque en verdad no tan distantes de poblados. Los pocos indios con quienes había logrado entenderse, pertenecían a las tribus de los panares, casi blancos, de pequeña estatura, de buenas facciones y muy vivos y mansos; pero ellos no le suministraron ningún dato interesante. Los taparitas, cuyo nombre lo motivó el usar por guayuco la cáscara de la *crescencia cugete* o lo que es lo mismo el calabazo, han desaparecido de las riberas del Caura sin saberse con seguridad los motivos de tal ausencia o separación. Quedan diseminados algunos grupos de guayomgom que bajan de cuando en cuando a ponerse en comunicación con los criollos que viven o trafican por el río. Recién ido, al principio de los trabajos, conoció de éstos una parcialidad con cuyo capitán pudo entenderse y había proyectado una entrevista en la laguna de El Tigre, y como se aproximaba la fecha de efectuarla, para ganar tiempo y aprovecharlo de la mejor manera resolvió, de un momento a otro, despachar a Gómez Boada, como hemos dicho, hacia el sur, acompañado de Néstor con la orden expresa, perentoria, de comprar la mayor cantidad del fruto y de recoger el contratado que ya hubiesen puesto a tiro de embarque en las márgenes; y él descendió con Kalunga sin detenerse en la bajada, sino solamente para acampar, coger leña o avistarse con alguno de los *sarrapieros* a quienes había suministrado víveres, en calidad de anticipo.

Pasados tres días de navegación atracaron una tarde casi a boca de noche, cerca del punto indicado, en el cual debía celebrarse la pactada conferencia con los indígenas. Luego a luego que saltaron los tres marineros con el objeto de apañar algunos troncos y chamizas secas para encender la fogata y preparar la comida, y cuando todavía el empresario y su compañero estaban sin haber sacado sus chinchorros para buscar

en qué colgarlos, oyeron gritos desaforados de pánico hacia el punto de la sabana por donde se dirigían los leñadores. Dejaron los trebejos y se fueron al encuentro a ver qué era toda aquella algazara inaudita por lo inesperada. Apenas granjearon a pleno pasitrote una corta distancia de la orilla, vieron desde un altozano, a la cárdena y nítida luz del crepúsculo, un espectáculo verdaderamente majestuoso por lo extraño: dos corpulentos toros cebú en violenta acometida, detrás de los marineros, galopaban con las cabezas levantadas y las colas por el aire. Corran, corran! fué lo único que clamaron como auxilio o defensa a los fugitivos que desgonzados y casi muertos de fatiga trataban de ganar la playa. Bocayuba y Kalunga sacaron instantáneamente los revólveres y como los asustados venían de frente, los descargaron a lo alto. Con los disparos se detuvieron de repente los feroces brutos, dieron varias vueltas, mugieron, y se tornaron a enfrentar en actitud de emprender una nueva acometida. Los escapados del peligro a fuerza de mover los talones, llegaron con la lengua afuera al lugar en que estaban parados los tiradores. Ni siquiera podían explicarse; solamente jadeaban y volvían los ojos con espanto hacia los montaraces enemigos, como si aún sintieran en las espaldas la amenaza de aquellas retorcidas cornamentas.

Sobre el lienzo crepuscular, en la sabana desnuda de árboles, cubierta de bajas hierbas, se destacaban los dos animales bramando fiera y hoscamente, olfateando y escarbando la tierra, rojos, lustrosos, con una arrogancia y esbeltez que se imponían al ánimo con la ruda monstruosidad de la soberbia.

Kalunga, observándolos, tuvo que hablar, porque de otra manera lo ahogaba la emoción del cuadro.

—¡Qué hermosos son, no parecen de carne ni de bronce, sino de oro puro, a los cambiantes de la luz que centellea y los ilumina a brochazos rembranescos!

—¡Qué lástima que se pierdan estos derroches de colores y de bellezas de una frescura y originalidad abrumadoras, sin que los fijen en sus telas los pintores nuestros!

—Si hubiera venido Tito, que tiene la ventaja de ser un feroz aficionado por el arte de Cúchares, y torea! Yo lo vi en el Circo Metropolitano en una becerrada que se organizó con fines de beneficencia; y no le sentaban mal el traje de luces ni

la agilidad e impavidez con que se arrojaba sobre los cachos de los toretes.

Bocayuba encontró pié para recordar a Michelena, de quien quedan varias pinturas de valor y poco conocidas, entre otras, una de Bolívar a caballo, joven, de patillas y muy carigordo; que no gustó a nadie, quizá por el hábito de verlo en la efigie de las monedas y medallas, serio, pensativo, con arrugas en la frente. En la casa del afamado pintor hay un estudio que parece un juguete, una clueca con sus pollitos, y es de notarse la gracia y soltura con que salieron de su pincel (y para imitar tus hipérboles): lo que les falta es que píen. Allí mismo se puede admirar también la *Corrida de Toros en Sevilla,* cuadro que fué expuesto y que sí merece la fama de que goza por la natural viveza del colorido....

—Y me seguirás narrando todo lo que hay de bello y glorioso en esa pinacoteca, a la que no hay extranjero que no visite y yo ni siquiera la conozco por fuera; así andamos los venezolanos, o mejor la mayoría de los que nos gloriamos de llevar ese gentilicio.

—Pertenece aún a la viuda del pintor, mas no dudo que vendrá dentro de muy poco a ser patrimonio nacional, pues las obras famosas de nuestros artistas se hallan en el país, y no han salido ni saldrán por más millones que ofrezcan.

—Y por más defectos que nos adornen y por más descuidados que hayamos sido, en el corazón del venezolano, junto con la piedad de que habló Juan Vicente González, hay un inmenso amor por lo grande y por lo nuestro. El museo boliviano, fundado ayer, se enriquece cada día con nuevas adquisiciones de mérito; de diversas partes del mundo traen joyas, prendas, armas, cartas, libros que pertenecieron a los próceres o al hegemón de Sur América.

—¿Y dónde mejor podrían estar? Así como fué maravillosa la dispersión de esos objetos, es un prodigio la rapidez con que hoy vienen a ocupar el puésto que les corresponde en ese santuario. Yo, que como tú sabes, no tuve tiempo ni ocasión para dedicarme a recoger siquiera algún manuscrito o documento sobre la Guerra Magna, he adquirido algunos autógrafos que irán a los anaqueles de la casa del Libertador.

—Y al paso que no es oro todo lo que reluce, no es verdad todo lo que se critica a los particulares o a los gobernantes. A Guzmán Blanco, a quien tanto se le enrostran las negligencias, atendida la oportunidad que hubo en sus largos días de mando para organizar el museo nacional, se le considera incansable, tenaz conservador de las reliquias patrióticas. Cuando alguien en persona le entregaba papeles originales o por medio de un ministro se los ofrecía en venta o como un obsequio, le contestaba: "para la Academia de historia; o adquiéranlo y entréguenselo a Ramón Azpurúa". (*)

—Existe un vicio un tanto pueril y afeminado, según unos, herencia de España, y según mi leal presunción, fruto de la necedad, de la majadería o de la pesadez de cascos, y por el cual se atribuye al gobierno todo lo malo que hay o estorba en el país y nosotros los que no manejamos la cosa pública, nos figuramos o nos creemos la flor y nata de lo bueno; y a eso se le podría añadir el de calificar de feo, inútil o cursi todo lo que es nuestro y precioso, y bello lo que es ajeno o de fuéra.

—No, hombre, ese es el mál de muchos consuelo de tontos; eso es universal. En lo que conozco de estos dos continentes y del europeo, no recuerdo un pueblo en que no haya notado ese defecto, hijo de la crítica burda o malignidad de la lengua que conforme es una misma y ágil en todos los hombres, es muy dada a lo procaz y superficial.

—Y aquello de que ninguno está contento con su suerte, y cómo es posible lidiar con hijos de tantas madres, y no hay peor cuña que la del mismo palo. En Venezuela es muy frecuente oir que no se protege a los intelectuales, palabreja que ha hecho camino y que se la cala cualquier chisgarabís porque a mucho sudar garrapatea unas cuartillas que no valen un bledo ni un pito ni una flauta; o porque presume que pergeña artículos de periódicos, cuando hay grandes escritores que no han podido aderezar uno. No se protege al arte, qué falta de patriotismo, se vocifera por ahí en las esquinas, y cuántos pintamonos han gozado y vivido en Europa por largos años, a expensas de la nación! Qué lástima de genio y cómo se descuida el gobierno en enviarlo a que se perfeccione y con sus estatuas, con esa maravilla de su cincel, asombre al mun-

(*) El de los **Documentos** para la vida pública del Libertador. (Blanco y Azpurúa.)

do y nos cubra de gloria; y es un pobre muchacho que manosea el yeso y que no pasa, ¡qué ha de pasar! de ser un alfarero legítimo. En las parroquias he soportado latas horripilantes con el aparecimiento de los prodigios en botón. En San Fernando de Apure fuí una vez entre otros muchos convidados a oir una genia, o lo que es lo mismo, a una niña de diez años, enclenque y paliducha, que rasgueaba piececitas en una guitarra de tal volumen que la infeliz quedaba apenas visible detrás de aquel cimborrio fenomenal. Y resultó lo de siempre: que tocaba; y lo de costumbre: que tuvimos que aplaudir porque era justo y generoso no regatearle una palmada a la enfermiza párvula.

Y Kalunga desbocado cuesta abajo hubiera ido a parar quién sabe dónde, si Bocayuba no viene en socorro y le tira una lazada para bajarlo del hipogrifo.

—Mira, los becerros esos como que no piensan volver a la majada. Me contentaría con llevar siquiera uno de esta especie de sementales para el Alto Apure. Se les acusa de alzarse muy pronto, y de ser muy bravos, y además se teme la dificultad que cuesta manejarlos por la corpulencia; pero no así a los hijos, es decir, los mestizos.

—El remedio está en la mano: traes unas vacas, te declaras en vida pastoril, obtienes las crías y hétenos en los tiempos virgilianos, para satisfacer tus instintos de nómade.

—Y tú al lado mío de contera, o de beduino.

—Barajo! El estoque es arma prohibida.

Parrafearon buen espacio. El ganado del género cebú cuyo nombre figura por primera vez en el naturalista Buffón, sin saber de dónde lo tomara, porque en el Asia, que es su cuna, no se le denomina así, abunda cerrero en las tierras pecuarias de aquellos lugares: la especie del Caura es africana, importada en tiempos recientes por el general Crespo; de origen asiático, de la península de Guserate hay también en las sabanas del Yuruary. En Jamaica han aclimatado el buey de Mysore, uno de los más apreciados, porque es animal de tiro, y de gran pasitrote, fué el que Hedin estimaba indispensable para la guerra, aquel célebre conquistador mahometano que a principios del siglo XVIII sometió a su mando varias provin-

cias del norte de la India y puso en peligro la dominación inglesa. Nos falta criar ese y otros magníficos toros.

—Sí, nos falta mucho; pero ahora soy yo el que te atajo: nos falta antes de todo volver al campamento, y nos falta hacer algo por el estómago....

Los envolvió la noche. A la luz de la fogata que a duras penas encendieron con las astillas de un tronco encontrado en el pedregal de la playa, devoraron sus provisiones con el hambre y rapidez de soldados en facción. Al pié de uno de los peñones, casi tallado a pico, con ralas crenchas de arbustos en la cima y en los flancos lo menos cubierto de bejucos que pudiesen ser abrigo de sabandijas o de reptiles peligrosos, a falta de matas donde colgar para acostarse, tendieron sus encauchados. Los marineros después de asegurar la embarcación en las raíces descubiertas a flor de tierra, se pusieron en cuclillas alrededor de la lumbre, junto a los naturales murallones. Uno de ellos al ver las vivas llamas del fuego cuyo resplandor abarcaba un buen espacio y a quien no le salía el susto de entre pecho y espalda, ni olvidaba el mal carácter de los terneros salvajes, expresó sus temores:

—Don Gonzalo, esos bichos no se nos arrimarán ahora con esta claridá? Aquí no hay para dónde correr; tendríamos que meternos en la *falca.*

—No, por fortuna, le respondió; el ganado como tantos otros animales, teme a la candela. Lo que es por una embestida no dejaremos de dormir.

Serenados con esta explicación, se echaron sobre el puro suelo, buscando el terreno más duro y no pedregoso, y encendieron sus tabacos. El cielo estaba muy despejado, la Vía láctea, el hermoso derrotero del universo y del infinito descogía su blancura de granujientos copos de algodón, diseminados como al capricho, a través del vacío. Y hacia abajo, hacia el norte, la Constelación del Carro, muy inclinada, apenas dejaba ver a ras del horizonte las estrellas que forman el timón.

Kalunga que hacía rato, boca arriba, iba observando los cardúmenes de luceros que pasaban ante sus ojos, y sintiéndose en lo íntimo fallo, por no decir ignorante de conocimientos cosmográficos, con su habitual sinceridad dejó caer las siguientes palabras:

—Bienhaya! de los que nada saben ni en nada piensan. Cuando hice mi curso de astronomía rudimental, el doctor Ugueto nos convidaba siempre al Observatorio Cajigal para enseñarnos las constelaciones, pero yo era uno de los más flojos, y a mucho estirar llegué a conocer algunas de las estrellas de primera magnitud. Y después se me olvidaron, y a veces me remuerde la conciencia tanto sacar cera en mi época de colegial, pues tendría con qué distraerme en estas horas, que si no son pesadas tampoco encantan por lo suaves ni brindan con gracias o halagos.

—¿Y de qué nos hubiera servido, contestó Bocayuba, un curso completo de materias que no vamos a utilizar en nuestra vida diaria? Siempre se ha criticado y con razón el que nos hagan atiborrar de cosas inútiles, porque es un trabajo impuesto al cerebro con detrimento de las facultades que debemos poner en juego para abrirnos paso o para sostenernos derechos una vez que entramos de lleno por el camino de la existencia. En siglos pasados se tendía a la universalidad de estudios y a los que sobresalieron por el prodigio de la memoria en adquirirlos, se les cita como portentos: Pico de la Mirándola es uno de los paladines; pero si el erudito italiano volviera a deambular por este pequeño planeta, en conflicto lo vería yo para dominar todos los ramos de una ciencia, cuando hoy una sección de Historia Natural es suficiente a indisponer y espantar al más guapo, a no ser que tenga una vocación decidida por ella y muy regular meollo, y aun entonces le quedan lagunas, y acaso esteros.

—Los extremos se tocan. Por huir de lo universal nos *especializamos,* verbo que indica dedicarse exclusivamente a una cosa y creo que eso, cuando no desequilibra, paraliza el funcionamiento del resto o de toda la máquina cerebral. Seré un tanto explícito: si sólo se usa la rueda de un reloj, se gasta pronto y se oxidan las restantes y entonces lo que fué un cronómetro se convierte en un cachivache inservible, en una maraca resquebrajada. Y átame esos cabos; lo contrario también sucede. Se cuenta de un poliglota alemán que se le mezclaron, confundieron y empastelaron todas las lenguas que hablaba, al modo de una caja de tipos de imprenta manejada

por aprendices, y que después él mismo no podía vivir ni gobernarse con aquella torre de Babel por cabeza.

—Conozco el caso de esa tapara de grillos.

—Si la mollera es de un diámetro muy reducido, se le vuelven a úno los principios de varias ciencias un barullo, y si se logra la dicha de no enloquecer, es muy difícil soportar el aquelarre.

—Es una verdad de a folio. A Colombia trajeron al servicio de una empresa un carpintero, especialista en escoplo, que desempeñaba su oficio a perfección; pero una vez que concluyó el trabajo, tuvo que volver a su país de origen, porque con la sierra o la garlopa o con cualquiera otra herramienta de su arte, era un chambón intolerable. Parece de requisito ineludible que la maravilla del cerebro se desenvuelva con uniformidad a fin de que no se deteriore ni se gaste; pero sin duda ahí está el quid, al querer que se mueva con toda su intrincada maquinaria nos resulta lo del pato de Don Tomás, que ni corre ni vuela, ni náda con mediana habilidad. Hace algunas primaveras que venimos buscando un justo medio y supongo que seguiremos cojeando con el defecto, unas veces mal y otras peor; no tan calvo que se le vean los sesos, dice el adagio; la cordura exige que se llegue a ser fuerte en algo, y de lo demás que nos tape un barniz como el que nos cubre a nosotros; y basta, que es mucho lo que basta o que está de ñapa.

—Pero a mí no me basta ni me basto; siempre estoy inconforme conmigo mismo, con mi tiempo, con los hombres y con las cosas. Y cada vez que me contemplo por dentro, que me examino, que me juzgo y que me martirizo criticándome y mordiéndome, es mucho lo que sufro al considerarme tan escaso de esos conocimientos indispensables para andar con holgura por este pequeño planeta, quitándote el vocablo, y porque a cada rato me lo encajas de estribillo.

—Pudiera ser, pero no es mío, así en esa forma; es del doctor Ricardo de la Parra, escritor colombiano y célebre por sus hipérboles.

—Suéltame una siquiera y resérvate las otras para otra ocasión.

—Yo no le arrebato nada a nadie; si por casualidad se me queda enredado en los zarzales de la memoria el harapo viejo

de una reminiscencia, de que habló Campoamor, a fe de caballero que en el instante se lo devuelvo a su legítimo dueño, si le recuerdo el nombre, y si no, lo aviento lejos porque me repugna y asquea.

—Sin embargo no debiste olvidar que Edgard Poe calificó a este valle de lágrimas de execrable planeta, y Larra de mísero globo.

—Pero yo no puedo traer conmigo a todos los escritores que me admiran o me satisfacen, ni gozar de la retentiva de Séneca. Te endoso esa tarea y que no se te convierta en chifladura.

—Bueno, si ya sé que eres muy escrupuloso con lo ajeno; te alabo el gusto. ¡Ojalá que todos pudieran decir otro tanto! Pero no me dejes colgando.

—Tendré que hacer memoria, aunque el satírico me respondiera que haga también inteligencia, que me costaría lo mismo.

—Hazlas ambas, que no te cobro nada por el par.

—Desagradecido! Estás con un aburrimiento insoportable; intento amenizártelo y me sales con una coz. Y para que sepas que donde las dan las toman, me acuerdo de una bolada que le sucedió a Bismark, quien tenía ojeriza a los médicos, y una vez dijo con brusquedad al suyo que los galenos le horripilaban por lo brutos; pero el matasanos le respondió vengativo, esquivando el golpe con habilidad, que animales en la forma de enfermos lo asustaban también. Aplícate el sinapismo.

—Carambola, carambolita, carambolón! ¿Pero qué hubo de la parra y del racimo que me ofreciste sin estártelo pidiendo?

—Que al bajar por el alto Magdalena, sorprendido de la vegetación y soledad de aquellas márgenes, al llegar a la desembocadura del río Nare, donde eran más lujuriosos los bosques y más grande lo desierto aún, se expresó con esta magnificencia de exageración: "pasarán torrentes de millones de siglos, antes de que esta tierra se civilice"!

—¡Qué penca de andaluz y qué palo de verdad! Díganme si se le hubiera ocurrido, que no es poca ocurrencia, meterse por estos trigos y que le tocara una noche como esta, donde los

marineros y nosotros, siete mingos apenas, las estamos echando de habitantes de este Sahara, que sólo tiene la gracia de su sarrapia y de no ser estéril.

—¿De quién la culpa? A pesar de lo que ha crecido la población del universo, es mucho el lugar que hay deshabitado. La parte que nos corresponde es muy pequeña en comparación con las amelgas incultas que demoran de aquí a la Tierra del Fuego. Y no es por falta de empeño. Me has hecho surgir del fondo de la memoria un gran intento de poblar estas regiones, que no fué en tiempo muy lejano y sin embargo han olvidado casi hasta el sitio donde se plantó la colonia. Tú escuchas a cada paso en Guayana el nombre de quien pretendió de firme resolver el problema, y por desgracia no lo acompañó el éxito que es la piedra de toque de las empresas.

—¡Don Juan Bautista Dallacosta en el escenario! Veamos cómo desempeña el papel de actor en este drama, porque para no haberlo terminado con felicidad es de cajón un accidente, y para ello cualquier cosa es un trastorno, y un trastorno es una catástrofe, chica o grande, pero lo es.

—Y sí lo fué. Imagínate que este hombre, el de mayor relieve entre los de su tiempo por su espíritu trascendental, patriota y emprendedor, y dada su posición de riqueza, en uno de sus viajes conoció en Londres a una dama filántropa, cuyo nombre se ignora, a quien habló con el calor y el entusiasmo de un convencido, le pintó la riqueza y exuberancia de Guayana, la carencia de población y lo fácil que sería situar bien a los inmigrantes cualquiera que fuese el número; y un día, años más tarde, siendo Presidente del Estado, sin ningún anuncio previo, amaneció anclado en Ciudad Bolívar un bergatín con la expedición costeada por esa mujer. La acogió con frenesí, como a un ángel de liberación, y sin pararse en obstáculos la hizo conducir a estas riberas; escogieron las tierras, dicen que sobre las mesetas del raudal de La Unión, o cerca de Aripao, construyeron las habitaciones, y equipados de herramientas de labranza, en fin, de un todo, se establecieron los primeros pobladores. Y para abreviar, no quedó casi uno.

—¿Y eso por qué? ¿Qué mosca les picó?

—Ojalá hubieran sido moscas! Fué otra cosa peor y menos conocida entonces.

Kalunga interpoló, rompiendo la ilación:

—Cuidado me sales con otro misterio, porque salgo en carrera para la sabana, aunque me salgan de repente los cuernos, de los cebús, por supuesto!

—Esos apéndices difieren de los que nombraste, en que nacen hasta sin notarlos, en que a nadie le brotan sin sentirlos; la diferencia no es poca; aquéllos por carta de más, y éstos por carta de menos.

—Demonche! ¿qué estás charlando? Si nos libramos del trueno, ¿entonces nos coge el rayo?

—Que te miren y no te toquen. ¿A dónde iríamos a dormitar si te descubren el paradero?

—En lo dicho, en que si me asaltan me corro; cada vez que emprendo una carrera por mi cuenta o por la de otro, me salgo del mapa; yo cumplo lo que ofrezco.

—Lo mismo da atrás que en las espaldas: tanto aquí como allá es igual.

—¿Sin moverme de mi puésto? Este es el colmo: revienta esa berenjena.

—Sin necesidad de moverte; puede suceder que no te estén saliendo sino entrando.

—Carrizo! Eso es patibulario. Yo no contaba con esa huéspeda tan inhospitalaria.

—Pero lo imprevisto es lo que más sucede. ¿De qué te asombras? Lo previsto es que nadie se escapa.

—Si antes de esta jira algo me das a oler del enjundio, en su casa se quedan Sancho o el burro o los dos a un mismo tiempo.

—Cara o sello, el peligro es grande y permanente: allá arriba, en el campamento nos hemos librado, yo no sé cómo, pues estoy con un credo en la boca temiendo que nos invadan.

El patrón que tenía bastante confianza con Bocayuba y estaba sentado sobre su ruana, le dijo a éste:

—Parece que no sea el tiempo; he andao mucho por estas vegas y sólo en dos o tres ocasiones nos hemos visto a las del trapo con esa plaga.

—Acabáramos, prorrumpió Kalunga, y acaba con ese tejemaneje a ver cómo acabaron esos inmigrantes.

—¡En las fauces de las niguas!

—¡Y ahora sí me acabaste!

—Y no he acabado tampoco.

—¡Pero acaba al fin!

—Total. ¿No conociste en la casa de Dalton, de Ciudad Bolívar, a un catirito, espigadito, delgadito, y muy simpático y que para más señas se le estaba royendo una oreja?

—¿A Bond? Uno que tenía empaque de inglés, pero nada más que por encima, porque era tan criollo como una guanábana o tan auyama como yo, o tan níspero como tú, o tan toronja como el patrón, porque a uno y otro los he de arañar de aquí en adelante por haberme mamado el gallo con las tales niguas. ¡Y que no haber caído yo en ese lazo tapado con hojas!

—Al mejor cazador se le va una liebre. Con ser que en este caso en vez de una fueron muchas y no de las que corren a flor de tierra sino por dentro de la arena y por debajo de la ropa antes de clavársele a úno. Siendo muy niño aún el individuo de que hablamos lo trajo su padre, uno de los supervivientes, Henry A. Bond, que vino casado de Calcuta a Ciudad Bolívar, de los pocos salvados a pura muñeca, o lo que es igual, por el esfuerzo y la actividad de Dallacosta que mandó por ellos cuando supo el desastre. Eran ingleses, y hay razas más delicadas que otras para ciertos parasitos. Encuentro criollos, *culís,* negros, etc., a quienes les cuesta un ojo de la cara dar un paso, con esos inflamientos horribles, llamados patas de jamón, enfermedad producida por un huésped de la sangre; y que mueren de viejos, pero no del padecimiento. Sin mortificarse por las mordeduras, comidos de piojos, he visto a indios de las andinas altiplanicies. Y si a mí un intruso de esos me da un paseo por los pajonales de la cabeza, se me alborota todo el cuerpo y no me deja dormir, aunque me peguen o me cosan los párpados. Niguatoso hay que me sorprende como el cotudo que tenía más coto que cara, del satírico colombiano, y que usa más niguas que ropa porque las lleva cual una costra desde las uñas a la rodilla y anda tan campante como si nada. Pero cuando aquellos infelices aparecieron en la antigua Angostura, iban peor que la perrilla de Marroquín, que de

puro zaratán, no era perra ni era tal sino una sarna perrosa en figura de animal.

Como era tan temprano, ni el patrón ni los bogas estaban dormidos ni en camino de dormirse, y no dejó de caerles en gracia lo del animalejo pintado tan gráficamente por el escritor presidente de Colombia. Kalunga entre chercha y risa añadió:

—¡Pero hombre! cómo es posible que te burles con tanta desfachatez de la desgracia de esos moradores. Nunca te había descubierto aviesas intenciones ni esa fealdad de mofarte de los triquitraques reventados, que otra cosa no son los prójimos a quienes les cae encima un hormiguero de malas pécoras. Por eso dice el refrán que el fisgón que más mira menos ve, y ahora estoy menos viendo con ser que abro los ojos a lo fiscal de estampillas y las echo de estar siempre más mirando. Sin embargo, qué hacemos, mi bién, qué hacemos, tan *chanchirosos* que estamos, juntemos nuestros *chanchiros* y un solo *chanchiro* hagamos. Y un *chanchiro* me has hecho tú con las benditas jóvenes del Caura, y qué jóvenes!

—Y qué terminillos me vienes arrecostando desde hace días, empezaste con el *tepescuintle,* que todavía me chírria en los oídos, cual retiñido de resquebrajamiento de vidrios, para romperme la paciencia o el bautismo, y aun no descubro las intenciones de que concluyas con esa repugnancia de vocablos.

—Vamos por partes, pudiera decir a tenor de Lope de Vega: "yo soy aquel que en los pasados, cantó las selvas y los prados", mas como no gasto los humos de aquel poetazo, tal vez el más enorme que ha producido la humanidad, y en cambio de lira lo que rasgueo modestamente es bandurria, tengo que contentarme con oficios vergonzantes por lo humildes, y ser el introductor de términos, locuciones o refranes de los países vecinos: de Colombia traje por cura de misa y olla, chalán de iglesia y para indicar cuando uno pide un auxilio y se lo dan muy mal o con la puerta en el hocico, una nueva acepción de la frase ayudar a bien morir, la prueba al canto: me le declaro a una muchacha y en vez de corresponderme con un sí, me obsequia un par de calabazas del tamaño de una berenjena, y entonces digo: mi adorado tormento Clori, Nise o X me ayudó a bien morir. En otra situación me resuel-

vo a tirar el sable y me le presento a un amigo a quien considero en fondos, para que reponga los míos y ¡zas! me apara con un *nó* más grande que un cebú del Caura y entonces salgo cantando bajito y mascullando: me ayudó a bien morir el tercio. Ya ves que no son tan malas y pobres mis importaciones. Se hace lo que se puede.

—Ya voy viendo que has hecho y harás barrabasadas con tu lengua y con las lenguas, y que si no te pongo coto, de golpe me dejarás paperudo.

—Continúo, como decía el otro, continuando. De aquel *patois, argot,* o *papiamento,* como le dicen allá, en Curazao, en aquel peñasco, isla o arrecife de los judíos portugueses, hubiera henchido mi morral, para regocijo de babiecas. Suponte que es tan torpe y pobre la jerga esa, que hace los géneros posponiendo al sustantivo la voz mujer u hombre, según el caso. En consecuencia, para nombrar el burro no hay más recurso que decir un *borico home;* y para su consorte la jumenta, una borico *mujé.* En la sección de noticias de periodiquito escrito en aquella monserga, apareció un ministerio recién nombrado en Venezuela; y era de sospecharse el aprieto en que se vió el redactor para verterlo a su difícil guirigay: Ministro de Relaciones Interiores, *ministro di aposento;* de Relaciones Exteriores, *ministro di calle o di fora* (*); de Hacienda, ministro di *cunucu;* de Obras Públicas, *ministro di frenti di casa;* de Telégrafos, *ministro di cabuya;* de Guerra y Marina, *ministro di pringamento* (**) e di balandra; de Instrucción Pública, *ministro di buqui* (***) con letra, y de Fomento, *ministro di cataplasma!*

—Que me la pusiste sin avisármelo como un parche.

—Pero si lo curioso es que esos isleños están creyendo que hablan algo decente porque ganguean. ¿Tú sabes cómo llaman una función de teatro en que haya música y canto?

—¡Qué voy a saber yo, si tú eres el profesor de ese idioma!

—Pues una zarzuela o una ópera, es *maroma di boca!*

—Dime (y no concluía Bocayuba por la risa que lo atajaba), dime...

(*) Fora, afuera.
(**) Pringamento, pelea.
(***) Buqui, de buque, y book, libro, en inglés.

—Te escucho con oreja y media.

—¿Y ese sistema de oir ahora?

—Para dejar la otra mitad de centinela. ¿No ves que estamos solos en un monte?

—Dime, por fin, ¿a dónde iremos a parar, si nuestros decadentes, modernistas o futuristas se apoderan de ese chapurreo y nos lo sirven en libros, revistas o periódicos?

—¿Que dónde iremos a dar? Al infierno, si Dios no mete su mano; o al manicomio si los gendarmes no intervienen a las volandas.

—Estás de recoger con cuchara, pero te escucho, porque me sirves de espantamoscas con tu locuacidad bufonesca. Bendito sea Dios! que me depara en una forma tangible las cháchara festivas que hacen reir a la murria y la nostalgia, esfinges del desierto!

—Ah! caramba! y yo que me figuraba que si no para un fregado serviría para un barrido y ahora me encuentro con que ni siquiera me utilizan para asusta-pájaros, sino para coco de insectos, y toman mis observaciones por jocoserías.

—Tómalas y no las tomes por lo que son, que trato de tomarte el pelo, lo que no es muy fácil, porque no lo encuentro.

—Caracho! ¿De dónde sacaste ese mausser de repetición, que no me yerras un tiro? ¿Y qué culpa tienen esos mechones que han caído en plena lucha, y a los que si no fuera así, fusilaría por cobardes o traidores que me abandonan a lo mejor del tiempo?

—El que más corre menos anda; y ¿quién te ha dicho que se te está cayendo la paja del caballete del rancho? ¿De manera que delante de ti, como en la casa del ahorcado la soga, habrá que suprimir la calva?

Kalunga se pasó la mano por la cabeza y sobándose y notándose que la deserción de sus cabellos tenía visos de agravarse, murmuró para consigo: "menos mal, otras prendas inútiles, el cepillo y la almohaza que no me fastidiarán más"; y volvió a su tono característico.

—Ya que no por lo genial en la guerra (de la cual sólo conozco el pasitrote!) de aquí en adelante me pareceré a César en lo liso del *tuste,* y si no por hacer buenas comedias y mejores versos, en no necesitar de peine tendré la originalidad de

imitar a Don Leandro Fernández de Moratín a quien los estudiantes de Bolonia le tomaron el pelo por no tenerlo.

—Amén, y bendito sea el buen humor y que me traiga y lleve de la mano siempre y volvamos al grano. Yo soy aquel que rebusca lo bueno y lo acomoda y encaja en la maleta de vuelta a la patria (y que por esta rebatiña no se moleste la sucesión de Pérez Bonalde) para regarlo a título de una proficua semilla por los esteros y rastrojos de su país.

—Y yo en eso a nadie me le quedo atrás ni necesito de arreador. Hubiera sido el banquero Fusagaba que se desvivía por llevar de fuéra e imponer todo adelanto que redundase en beneficio del Japón y protegió a Kitasato en establecer el instituto para estudiar las enfermedades infecciosas; o sin llegar a ese grado de riquezas, tuviera como tantos avaros onzas y morocotas enterradas al pié de un chaparro, a estilo llanero; o pilas de oro en un arcón, a la moda de cualquier tacaño en cualquier parte; si la holgura monetaria me acompañara por herencia o por éxito en alguna empresa, a cada paso prodigios salieran de mis esfuerzos. Mas como soy apenas un hombre que se respeta y que vive en una modesta posición y con decencia para que no me confundan y al acercarme a un prójimo no le inspire temor a su bolsillo o eche a correr creyendo que le voy a pedir prestado, traje de mis romerías simientes de pimienta, de nuez moscada, plantas de alcanfor y un remedio para curar las garrapatas.

—Siempre es algo, aunque parezcan fruslerías. ¿Y cuál es el mostrenco de alma que te va a criticar por eso? Señálamelo con el dedo cuando se presente ese desnaturalizado, que de seguro no le faltará en la boca la frase consagrada para denigrar: “ todo está perdido en este país.”

—Sí, porque de charlatanes de baja estofa, también abundan las malas hierbas.

—Pero de necios malvados no se hizo cuenta en el evangelio de los pueblos.

—Yo me quisiera cargar al hombro lo más rico y útil, lo más precioso y bello del mundo y esparcirlo a los cuatro vientos para que todos lo disfrutáramos en nuestra tierra!

—De la isla de Barbada eché por delante cuando me embarqué para mi villorrio natal, aquellos pececillos que devoran las larvas de los *zancudos,* los *millions,* nombre inglés que les cae que ni mandado a hacer, porque se reproducen a millaradas; me los traje cuando otros conterráneos aprontaban su mala fé y sus peores instintos comprando herramientas de punta y corte y de pólvora y taco para venir en són de fiesta a la matanza de venezolanos: si en sus manos hubiera estado esos patriotas fervorosos nos importan y regalan las chinches, y hasta las siete plagas; y yo honesta y humanamente creo que debemos acabar con toda clase de sabandijas, comenzando por esos políticos saltimbanquis y los caudillejos de cerda y de pezuña, a quienes considero los más horribles y repugnantes congorochos! ¿Y les parece poco a los descontentos, inconformes y pedantes destruir un germen nocivo, en vez de cultivarlo? Cambiar un machete o una ametralladora por una semilla?

—¿Cómo te parece la figura del padre Mohedano, el que introdujo de Martinica las primeras matas de café, a fines del siglo XVIII, y con las cuales se formaron las primeras almácigas para distribuirlas gratis a los agricultores?

—Colosal, sencillamente colosal, es el padre de nuestra riqueza. Después del Libertador a ese conspicuo filántropo le corresponde el primer puésto en el santoral de la patria.

—Pero yo que soy más pobre y humilde, tengo que recortar y reducir mis ambiciones, por eso vine del exterior con zapatos de goma, ñatos de tacones (entiéndase bien,) que sirven para andar úno sin sinfonía en las plantas de los pies y sin querer imitar a los gatos en las uñas los remeda en la ligereza sin estruendo y a nadie engañan con hacerle parecer claro el adagio: "mucho ruido y pocas nueces." Yo ando sin que alma nacida se sienta ni se resienta de mis pasos, que es mucho decir, porque generalmente los que pasan, nos pasan de jorobarnos con sus malos modales. Yo me deslizo sin rizar una superficie líquida o sólida, cuando otros se arrastran a rastras que es mucho arrastramiento en sus arrastres. Se me olvidaba una cosa muy importante, y es hacerte una pregunta intempestiva para que me la respondas categóricamente: ¿por qué tú no me despepitas ahora el motivo especioso que tuviste para importar el horror a lo verde?

—Lagarto! Porque se lo comen los burros y aquí no es un mirlo blanco el animal con cuyas quijadas se cometió el primer fratricidio! Y qué mandíbulas las que gasta! Lagarto!

—¿Por eso no más te deschavetas? El motivo es fútil; has debido proceder a la inversa; traer el horror a las quijadas de asnos para que no haya abeles o necesidad de caínes, y entonces no volveríamos a escuchar un rebuzno (cuánta felicidad para la familia!) sin embargo de que al faltar esta elocuente expresión no nos oyéramos ni entendiéramos nosotros mismos.

¡Juá! juá! juá! Este retozo de risa salió de las bocas de los marineros, que estaban atentos y entretenidos con aquel pugilato de palabras con que dos personas de fácil talento pensaban distraerse del aburrimiento de una espantosa soledad agreste, pues a veces cual bajo máscaras de carnaval dejaban trascender, no las notas chillonas del bufón, sino las muecas horripilantes del esplín. Kalunga, para lograr encender uno de sus tantos cigarrillos, empezó a raspar fósforos y más fósforos, bajando o subiendo la cara, a fin de librarse de las chispas. Bocayuba observándolo, le dijo por picarlo:

—Te vas a cansar el brazo o a perder la paciencia. Echale agua.

—Al fósforo no; ¡pobrecito! Humedad es lo que le sobra; lava les echaría yo a los monopolizadores de industrias nacionales.

—Hombre, qué memoria la tuya! A pesar de tenerla tan buena, se te olvidó decirme algo de cosas políticas y de que intentaban alborotar el cotarro. En esos paquetes de periódicos veo que les están dando una felpa a los enemigos del orden público, entre los cuales figuran algunos de los malhechores de monopolios, a quienes acabas de referirte. Y se están imaginando los tunantes que ya el país les ha perdonado los daños que le causaron. Qué desmemoriados son! Me dan ganas de citarlos uno a uno y a grandes rasgos biografiarlos.

—Ni se te ocurra otra cosa, ¡pardiez! que ahora sí pega muy bien. ¡Lagarto! ¡lagarto! ¡lagarto! Métete la mano al bolsillo; pellízcate el mazo de las llaves o sacúdelo. Yo mientras tanto me agarro el mío y escupo por sobre el hombre y de para atrás, a usanza romana.

Y así lo hizo tres veces, sentándose y formando un ruido tal que por el mismo silencio y soledad del sitio parecía más escandaloso de lo que era en realidad.

—No te alarmes, no te vayas del seguro, no creas que yo me propaso ni desgarito por una bagatela; era un decir, una opinión como cualquiera otra. El día en que yo los nombre, no será aquí en el yermo donde nadie sirve de testigo, mejorando lo presente; lo haré en público y desde una tribuna, porque estoy resuelto no a medirme con ellos sino a medirles el espinazo. Y salga el sol por Antequera, que tarde o temprano llegaremos al estadio y a las manos, nos veremos las caras, porque al revolcarnos como pretenden nos revolcaremos mutuamente con la pluma y con el sable y estoy harto de soportar en silencio las maldades de los unos y los desmanes de los otros. Ni pido ni doy cuartel, a Dios gracias! Son ellos los que van a renovar el país, así lo claman en todos los tonos, pero debieran comenzar por renovarse a sí mismos. Piensa un psicólogo norteamericano que en la bancarrota y decadencia del individuo, primero están los harapos en el alma que en el cuerpo, que la suciedad es de dentro y no de fuéra. Estoy conforme con ese modo de ahondar en la psiquis humana: declaro que aquellos pordioseros de la moralidad política no son por respecto alguno de los que puedan enrostrarnos las llagas de que padecen y por las cuales se les están cayendo las carnes a pedazos. Si hay excepciones, que las haya; ¿cuándo ha mancado esta regla en todo asunto o debate? No es por ahí por los defectos, por ese talón de Aquiles, por ese flanco débil u opaco de la humanidad, por donde deben herirnos, para matar y vencer. No. ¿Acaso hay venezolanos que no sepan lo que nos falta o nos sobra? Lo que nos falta es incorporarnos de lleno y de firme al movimiento de la civilización actual; y lo que nos sobra es el mal criollo, el mal que viene de abajo, de lo hondo de nuestro pueblo, inconsciente de los derechos que no le enseñamos a conocer por nuestra característica desidia.

—Estoy viendo un chaparrón, en forma de discurso, de encíclica o de réspice.

—Y lo aguantarás a palo seco.

—Con tal que no me descalabre!

—El mal es viejo, tan viejo que arranca en parte de más allá de la colonia, de ésta en mucho, y desde luego acrecentado con el que trajo el sistema republicano entendido y practicado a medias: la obra de la independencia no envolvía la organización política y estable de la nacionalidad, y cuando surgió la república tras el dilaceramiento de la guerra, eran escasísimos los hombres capaces de estimar en su justo valor la beneficiosa utilidad de los principios democráticos. El célebre Obispo Mas y Rubi (por los años de 50 a 60) no permitió que en el Seminario de Mérida se ordenase ningún individuo de color, consecuente con su principio de castas: **mano negra** no debe ni puede empuñar cáliz. Y del mismo modo pensaban los aristócratas o nobles que vinieron a actuar en el Gobierno: consideraban desdoroso admitir por colaboradores, aun en humildes empleos, a los esclavos manumisos, peones o arrendatarios de ayer. El cacique indígena fué sustituido por el español, capitán poblador, encomendero, alcalde, y a éste, caído el régimen monárquico colonial, le sucedió el propietario, el oficial de ejército, o el jefe político: en el orden expuesto nuestra evolución fué lenta, tardía, pesada, trabajosa: al presente nos debatimos con vicios, errores y rutinas que vienen de muy lejos, y para estirparlos debemos aunar nuestras inteligentes fuerzas con abnegación ferviente y patriótica. Insistir en un solo culpado, en la entidad gobierno como única responsable, es engañarse úno a sí mismo, servirse de profunda mala fé, o dejarse llevar por desatentadas ambiciones encendiendo el rencor y despertando el odio. Al huero declamador de moralidad política y al teorizante de republicanismo catoniano, inhábiles para la acción, no los considero jueces competentes para que decidan en un litigio donde serán tachados por cómplices, o por inútiles. No se predica con abstracciones y términos altisonantes sino con el ejemplo, y hay que demostrar a la faz de un país que se es virtuoso con los hechos tangibles; el apóstol que dudaba exigía de llano en plano ver y creer. Casi todos los tiranos fueron antiguos demagogos, según Aristóteles, y en Sur América hay amplio espacio para aplicar esa frase del maestro de Alejandro. Vienen hambrientos de reformas o atiborrados de proyectos, o ahitos de doctrinas halagadoras; pero una vez que llegan al poder, desvanecidos por el

vértigo de las alturas, se convierten en unos mandarines insoportables. Si la renovación de un país dependiera de los presuntuosos que la predican y atizan las guerras civiles, nosotros hubiéramos llegado al vértice de la grandeza democrática, porque son muchas las contiendas provocadas por los salvadores de la república. Y entonces ellos o nosotros tenemos que desaparecer: los que fueron de uno u otro modo al mando y fracasaron por muchas causas, por ineptitud, entre otras, o los que estamos en esta forma, erguidos y con el hacha o el escardillo de los jornaleros desmontando para sembrar y cultivar granos fecundos en lo físico y en lo moral. Bregaremos a brazo partido para ver quiénes se quedan en el campo, si los retrógrados de todos los tiempos o los obreros de la transformación nacional: si ellos logran triunfar iremos al retroceso y al atraso, y si nosotros salimos victoriosos, saludaremos a la Venezuela de lo porvenir. Mientras tanto, les niego y les negaré, ante propios y extraños, que tengan más razón y mayores méritos para manejar la cosa pública. Las evoluciones verdaderas, grandes y efectivas se han hecho siempre de raíz y del fondo hacia arriba, pero jamás a la inversa. Los parches o los remiendos dieron resultado ilusorio para la renovación de las sociedades; la obra no es de detalles, sino de conjunto. Y hoy como ayer, en el eterno vaivén de los pueblos desarrollarse es vivir. Las monarquías fueron incapaces de comprenderlo así y cayeron de costalazo para no levantarse nunca. Las repúblicas tienen que abrir y estrechar en sus brazos a la genuina democracia. Hemos perdido casi todo el siglo XIX en una refriega de gavilanes y de cernícalos, prolongarla es una demencia. Se nos han adelantado algunos pueblos del continente, más en lo material que en lo psíquico. La culpa por decontado es colectiva, como toda culpa social. Es el momento de aprovechar el tiempo y alcanzar con el esfuerzo y la actividad conscientes a los que se nos fueron por delante o por encima y muy fácil se resolverá nuestro problema de por sí mismo: pongámonos las botas de Pulgarcito para caminar siete leguas por hora y ya verán en Sur América de lo que son capaces los venezolanos.

—Las botas de siete leguas me las puse desde niño y no me las volví a quitar ni para dormir y yo barrunto (sin adu-

larte!) que tú no has usado de otras, pero estoy sospechando que se nos acaben antes de llegar a la meta.

—Todos los gestos te sientan bien, menos el de pesimista.

¡Fío! fío! fiiío! resonó estridente a lo lejos, por encima del peñasco y hacia la silente negrura de la sabana. Aquel silbido repercutió por las rocas cercanas y distantes y los marineros que estaban todos tendidos levantaron la cabeza. Al repetirse, sentándose en guardia, Kalunga botó una colilla de cigarrillo.

—Y esta parranda? Por fortuna es de gente. ¿Qué dices tú?

—Es el anuncio de que viene un baquiano de los guayomgom y me alerta de que al rayar el día tengo que avistarme con él.

—¿Y esa era la señal?

—Y cuál otra podía hacer con unos indios! Se me pasó por alto decírselo a ustedes, pero me ha servido de prueba, y de una prueba categórica para mis observaciones de lo invisible. ¿A que no les dió miedo?

—Yo creí que era un chiflío de persona descarriáa, manifestó el patrón.

—Y tú qué pensaste, Manuel?

—Yo qué iba a pensar! Primero estaba escuchando para darme cuenta y juzgar; pero lo que sí es muy cierto es que no me cruzó por la imaginación que fuera de alguno de tus protectores.... vamos, de algún ente asombrador y anormal, por no encontrar otros adjetivos.

—Algo has adelantado y te felicito, como de la noche que vamos a pasar, y me despido hasta mañana, porque si Gómez Boada no conoce a nadie cuando se dedica a la manducatoria, yo cuando voy a dormir no quiero que me hagan bulla ni me arrullen con cháchara.

Y se cubrió la cara con una punta de la manta. Kalunga que se había quedado tendido a lo largo, apoyado en un codo, no se creyó a pique de entregarse al sueño y como no pensaba lo mismo que el camarada y estimaba de mal gusto querer roncar desde tan temprano, reincidió todavía:

—Sí, no te fregaremos con ruidos y te acariciarán las ondas del Caura, que rumorean de lo lindo y sabroso, pero te harán cosquillas las niguas, que no será lo más alegre del cuento. Quién hubiera creído que un bichito que apenas se ve cuando

pasa sobre el pellejo de úno iba a matar en embrión los sueños del lírico Dalla Costa, porque hay pelmazos de hombres en nuestro país, con cabezas de morrocoy (paisano que con dificultad usa sesos) que llaman líricos en tono despectivo a los que tienen la desgracia de llevar en la tapara de poner sombreros, eso que bautizamos de ideales, palabra gastada y deslucida de puro andar de belfas de mulo a probóscides de jumento. Me dejaste turulato con los benditos insectos sin saber en qué pararon, y para mejor adornar la fiesta, ya como que empiezan a darme un registro de arriba para abajo (y se rascaba para simular mejor) por todas las quiebras y hondonadas de mis terrenos propios, que no son baldíos, a discreción de cualquier desalmado, que tampoco tienen sarrapia (líbreme Dios!) en ninguna forma que parezca erupción. Me dejaste con la palabra en la boca y sin el sueño en los párpados; si no fuera porque aún conservo resabios del Carreño que me enseñó una tía solterona, cometería el disparate de halarte por un pié o por ambos para que me entiendas. A ver, respóndeme: ¿cómo pudieron esos animalejos, menos que liliputienses, acabar con Dalla Costa, es decir, con sus proyectos?

—Acabándolos!, se vió obligado a responder Gonzalo. Se te soltó el frenillo de la sinhueso, que en tí es sin rival y le sobran tendones o músculos por la facilidad con que la manejas. ¿Que cómo dieron al traste con esa intentona de colonizar en Guayana? Pues del mismo modo que los *zancudos* se chuparon el primer canal de Panamá y no la bancarrota de marras, pues no dejaban ánima viva inyectándola con la fiebre amarilla! Con esas plagas que infestan y matan se extinguen primero los pueblos antes que los destruyan los enemigos, cuando no sus mismos deslayados hijos. Con eso basta y sobra para que ningún país se desarrolle, enriquezca y viva floreciente de energía y de vitalidad. Un inglés de talla en su ciencia escribió un libro para probar la tesis: *Mosquito or man* (*). ¿Cuál de los dos se queda en el trópico? Hay que exterminar al uno para salvar al otro, o se le desampara el sitio para no sentir y padecer sus estragos. Debería escribirse la obra hermana de la anterior: *Parasitos or men,* es decir, o se quedan ellos campando a pierna

(*) R. Boyce.

suelta o nosotros nos desprendemos de su perniciosa sociedad para alistarnos en la vanguardia de la civilización y marchar a lo porvenir. Y hasta aquí me trajo el jamelgo, como dijo un gitano; y aunque no te dejo solo, que no se te olvide el resto de las lecciones de la tía, y abur!

Gemía el viento con suavidad de arrullos o de arpegios de guitarras invisibles, rozando las hierbas del peñasco. El cielo parecía un manto azul de intensidad profunda, donde las estrellas, abejas de oro, cernían polen de luz con el movimiento de sus alas. El río rumoreaba cadencias de arrobo y de misterio, y el sueño rociaba el nepente de la calma sobre las sienes de aquellos venezolanos enardecidos por las tormentas del trabajo y de la vida!

CAPITULO XIX

El sol no se había asomado todavía para preguntarles cómo durmieron, cuando aprovechando los primeros claros matinales apareció en el campamento el intérprete del cacique de los Guayomgom. Sin flechas, sin plumas en la cabeza, sin ropa, sólo unas hilachas a modo de camisa y que le colgaban en jiras hasta el ombligo y de ahí para abajo, rodeado por sobre las ancas del habitual *guayuco* de fibras. Curtido y alto, de buenas formas y con esa cara impasible con que los hombres primitivos no revelan ni permiten descubrir sus impresiones, saludó en castellano y se sentó a la turca, no lejos del fogón donde los marineros se daban prisa en preparar su café y calentar las provisiones. Bocayuba, que como de costumbre no se dejaba sorprender en la cama por ningún rayo de sol, se había levantado y dirigido por la margen del río, como si tratara de comprobar algún dato de los tantos que llevaba depositados en el desván de su memoria. De espaldas al campamento, desde un montículo contemplaba la llanura en cuyo fondo aparecía el juncal y los grupos de árboles que circuyen las riberas de la célebre laguna. Cansado de otear el horizonte sin descubrir cosa que le interesara la atención, apenas cayeron los primeros rayos de luz sobre el paisaje, volvió sobre sus pasos a la orilla, hizo las rituales abluciones de higiene en aquellas aguas frescas y cristalinas y siguió lentamente hacia el campamento. Al primero que se encontró en el mismo menester que acababa de ejecutar, es decir, cogiendo agua con

las manos y lavándose, fué a Kalunga, que acurrucado sobre unas lajas no lo sintió sino cuando estuvo muy cerca. Lo miró de medio lado y rompió con la afluencia de su carácter expansivo:

—Ahí tienes a tu compadre, sin decir una palabra, con su cara no muy zalamera, y supongo que esperándote, porque lo que es con ninguno de nosotros habrá de liquidar ninguna cuenta. Qué paisanos los que se nos presentan a veces de sopetón (decía éste secándose con el pañuelo). Si no fuera por la costumbre que tengo de no sorprenderme antes de tiempo, cuando abrí los ojos y me encontré con el visitante, me pongo a correr para recrear las piernas.

Bocayuba por la premura siguió andando sin contestarle. El indígena al verlo se paró y vino a su encuentro, le tendió la mano y le habló sin conturbarse:

—Tipuana venir y estar esperando, un monte ayí atrás. Venir con gente y mujeres teniendo miedo.

A su vez le manifestó que había hecho el viaje para cumplir la oferta y llegó en la noche anterior junto con esos compañeros, y que no temieran porque su amistad era probada; que la primera vez que los encontró en la isla de El Merey les regaló de cuanto disponía, hasta una escopeta y alguna sal que de sus provisiones le quedaba.

—Pero Tipuana decir, continuó el intérprete, tú solo y compañero; mujeres con muchachitos corriendo si ver mucha gente blanca.

El desayuno fué a las volandas. Después de ordenar a los marinos que se alistaran de un todo para el regreso, salieron precedidos del indio que llevaba en la mano una torta de cazabe, único obsequio que aceptó con visible muestra de agrado. Se internaron por una vereda, detrás del peñón donde pernoctaron. A todo andar atravesaban terrenos quebrados, de vejetación escasa, baches, arroyuelos, zanjas, hasta que se hallaron al pié de unas rocas yertas, a guisa de muro, lavadas por las aguas y donde el indio se detuvo para decirles:

—Ustedes quedando y yo ir avisar Tipuana.

Desapareció por entre la maleza. Examinando con la vista los alrededores formaba aquel lugar una especie de mirador desde donde podía distinguirse hacia el sur las montañas de Cerbatana que corren paralelas al Orinoco, al norte una zona

de pastos y llanuras con chaparrales y en el centro la mancha espejeante de la laguna.

—Y ahora, a fastidiarse tocan; ¿hasta cuándo nos tendrán aquí varados estos mamelucos?

—No te impacientes, que esto va a paso de bomberos. Yo lo que quiero es inspirarles la mayor confianza para si de aquí en adelante se nos ofreciere volver. Estos indios por comer la carne de la fruta recorren muchos sarrapiales, acaso más ricos y extensos que los bosques que explotamos en esta cosecha. No se ocupan en recogerla porque no les interesa; mas cuando sepan que yo la compro, vendrán en gran número y haré un buen negocio de permuta. Como han tenido pocas o ningunas relaciones con los criollos, no conocen siquiera el cambalache; ya verás que no traen ni una cesta, ni un chinchorro, ni un pájaro, en fin, nada que se les pueda mercar; vienen por temporadas a este río que no es muy abundante de caza o de pesca, merodean donde no los molestan y luégo se van a sus lejanos escondrijos, que deben estar retirados, porque hasta la fecha no sé de nadie que les haya descubierto sus pueblos o rancherías. Es de suponer que ellos traten con tribus de panares y de taparitas, de esos que tampoco visitan con frecuencia las riberas, y todos ellos aleccionados por mí me darán tal vez un buen resultado en futuras empresas.

—Qué imaginación la tuya, ya estás soñando! Y lo peor es que alborotas el avispero de la mía y empiezo a ver peñascos con esmeraldas, grietas de barrancos con rubíes y cauces de quebradas con diamantes y *cochanos.*

—He vivido de sueños, de sueños grandes, la ebriedad de mi vida ha sido soñar mucho y no estoy arrepentido. Loado sea el Reverendo Padre Mariana, a quien se le atribuye el haber traído del hebreo esa bendita palabra: ¡inebriar! Yo me siento cada vez más inebriado con ese elíxir y lo necesito para mis actos y lo apuro con frenesí de loco, del mismo modo que otros los groseros excitantes, el aguardiente plebeyo, el brandy palurdo, el vino diabólico y la cerveza vulgar. A mí me robustecen los sueños y me mantienen con el frescor de la esperanza y la biaraza de la ilusión, tan resuelto y tan animado siempre, como erguido en medio del oleaje de los tiempos que fueron para no volver y los tiempos que anuncian lo porvenir. Y siempre soy el mismo, en especial por dentro. Las

vicisitudes son incapaces de tocar a la punta de mis cabellos y si los tocan no se los llevan, parece que respetan los cráneos en que chisporrotea el cráter de la idealidad. El ensueño es el generador de las ideas o es el camino de luz por donde bajan del infinito a la tierra. Y es también el padre de la acción, fertiliza la matriz de la misma vida y la impregna con el germen que luégo por maravillosa metamorfosis se transmuta en hechos. Soñé, tú lo sabes mejor que nadie, en las riquezas del Caura, y ya ves que hoy se han vuelto realidades corpóreas que descienden por este río abajo, en forma de almendras de nueces, a convertirse en oro; sí, en ese elemento primordial para que se transformen en carne o materia viva cuanto pensamiento de renovación o de patriotismo o de filantropía acaricia las cabezas vibrantes de entusiasmo, de optimismo, de honradez y de buena fe. El día en que deje de soñar, iré como una sombra doliente que titubea por los senderos obscuros, ya no tendré alientos para aventurarme entre los riesgos y peligros de las empresas, la avilantez de los hombres y la batahola de los adversarios.

—El Dorado es el sueño de los sueños. Yo no denigro a los que antaño corrieron desalados tras de ese espejismo fascinante y perecieron en la demanda, ni me burlo de los que hoy van por el ancho planeta caballeros andantes de un ideal, aunque de fijo sucumban! En esto no te contradigo, en eso voy hombro a hombro contigo; quería chulearme de tus exaltaciones, pero me has puesto los cascos al revés, y a mí que soy el refrán completo, que de poeta, médico y loco me faltaba poco! Estos ríos a mi modo de ver, que es lo natural, corren todos en busca de papá Orinoco, y si el Paragua está enloqueciendo ahora con sus minas diamantíferas, ¿por qué no se le debe haber ocurrido a la naturaleza sembrar aquí los núcleos de esos guijarros que tanto deslumbran el cerebro del hombre y los ojos de la mujer? Si yo fuera minero no haría otra cosa que escarbar y barrunto que no me ganaría un cachicamo en eso de hacer subterráneos. Hoy mismo gastara parte de mis zarpas en registrar estas peñas y creo que no perdiera el trabajo y la ocasión.

—¿Conque te quieres convertir en un gliptodonte? Si eso no más necesitabas has dado en el clavo sin pensarlo; estos sitios son el domicilio de los más grandes supervivientes de esa

especie, de la cual en otras regiones del país no existen sino los enanos. Del tamaño de un hombre he visto conchas que se podrían utilizar para dormir en lugar de hamacas.

—No te burles de mi ignorancia; ya sabía yo que en la Argentina han desenterrado de tal individuo fósiles que parecen elefantes. Pero hablas en serio o en broma? Si aquí hay los hijos vivos que no reniegan de su progenie, ¿por qué no han de encontrarse los esqueletos de sus antepasados?

Un movimiento repentino de las altas hierbas que los circundaban les interrumpió en la conversación y el indio baquiano asomó el busendo de la cabeza seguido de otro que apenas se distinguía caminando detrás de él. Se aproximaron al mismo paso que venían, sin dar muestras de extrañeza o de intimidarse.

Una vez que estuvieron en presencia de los blancos, el cacique se adelantó para darles la mano. Era un hombre joven, de buen semblante, ojos melados y de color bastante prieto. Por única ropa el *guayuco,* por arma un varejón con punta de macana, es decir, un chuzo. Les dió a entender que era preciso caminar un poco más, hacia el punto donde había dejado la tribu, porque allí era donde estuvo en una ocasión en parlamento con otra persona. Por las señas que dió el intérprete del individuo citado, dedujo Bocayuba que podía ser el general Tabares cuando anduvo en busca de tierras de cría para fundar un hato en aquellos parajes. A poco cogieron por la vereda que serpenteaba los murallones de roca, Tipuana adelante, en medio los dos excursionistas y el parlamentario de último. En silencio y esquivando las asperezas del terreno detuviéronse al cabo en una eminencia donde se notaban varias hendeduras y en una de ellas se deslizó el que hacía de puntero en la marcha. Una vez adentro pudieron ver los advenedizos que aquel recinto formado por lajas enterradas unas, de través otras, en vez de gruta presentaba la imagen de un dolmen o habitación de piedra del hombre prehistórico. Destacábanse en las paredes varias figuras conservadas ilesas de la acción del tiempo, no esculpidas sino pintadas de un color amarillo de naranja, de algún ocre que simulaba viejas manchas de sangre. Fuéra de un sol, dibujado desde lo más remoto con el círculo y los rayos, otro esbozo de reptil en simples líneas precisaba el cuerpo oblongo de un caimán; y

en varias partes una mano con sus cinco dedos extendidos, ora hacia arriba, ya hacia abajo. Por el techo había diseminados contornos inconclusos o rudimentarias figuras de diversos animales, una rana sin patas era bastante notable. (*) El cacique después que los dejó curiosear les hizo señas de que se acercaran a una abertura lateral, por donde se percibía la laguna casi en toda su extensión. Luégo les mostró el sitio en que paraba su gente. La tribu estaba muy cerca, a la pampa. A la vista de los extranjeros se apeñuscaron las cabezas y permanecieron contemplándolos, con esa ingénita gravedad del indígena, que presenta en la cara una nota característica de su alma: de la frente hasta la boca una natural serenidad, animada por el brillo de los ojos y en la barbilla y en las quijadas uno como gesto de displicencia, de terror o de amenaza, de manera que parecen a la primera impresión como si hubiera dos faces superpuestas o una máscara hecha con dos distintos objetos: la de arriba, para infundir confianza, y la de abajo, el terror. Después que estuvieron un buen espacio viéndose los unos a los otros, para que transmitiera al jefe blanco, Tipuana empezó a hablar con su ayudante y éste en su lengua chontal de infinitivos y gerundios expresó lo mejor que pudo las necesidades de aquel grupo errante de aborígenes, asegurando que no venían con frecuencia a las playas del río porque hubo ocasiones en que les dispararon tiros desde las barcas que pasaban. Vivían en la parte alta del Erebato; no bajaban embarcados por no tener curiaras ni herramientas con que construirlas, y por desconfianza de que a sus ranchos fueran a llegar forasteros con malas intenciones y les arrebataran sus hijos o sus mujeres, no querían llevar a ninguna persona al lugar en que residían; pero que si no los molestaban iban a formar un pueblo arriba del raudal de Para y esperaban que les diesen siquiera algunas hachas, machetes o cuchillos.

Bocayuba prometió que ni él ni su gente sin permiso de Tipuana se meterían jamás en caneyes y rancherías de indios; que si cualquiera de los peones a pesar de las órdenes les cometía una falta, se lo avisaran con la mayor rapidez, y que en lo sucesivo por la costa bajaran todos los años a Suapure,

(*) La piedra en realidad existe y parece un hongo descomunal, mas para la narración se ha delineado una gruta.

donde había blancos generosos que deseaban tratar con ellos cuando así lo quisieran. Que debían recoger mucha sarrapia en cada cosecha para sacarla a un buen punto de embarque y cambiarla por las cosas que hubiesen menester sus familias, y que cuando supieran que él estaba por alguna de las islas, lo buscaran para abastecerlos de lo que carecían y que por el momento contasen con algunos utensilios y abalorios que les trajo en un viaje apresurado, sin haber tenido ocasión de prepararse.

Tipuana al terminar la conferencia le hizo saber que de allí en adelante sería un leal amigo y con su tribu y otras parcialidades vecinas trabajaría para recogerle sarrapia cuando la necesitara. Y Bocayuba por remate de la entrevista invitó al intérprete a que los acompañara en el retorno, no fueran a extraviarse y al mismo tiempo para que le llevase a su jefe las herramientas ofrecidas. Se despidieron. El cacique se quedó a la boca de su gruta y ellos tomaron por el herbazal de la vereda. Al salir de la cueva, Kalunga, que aguantó pacienzudo la para él interminable lata, no tardó en empezar a desquitarse:

—Pero qué compatriotas más pobres y desventurados. Tanta miseria me da grima!

—Y hay forajidos que maltratan a estos rezagos de humanidad desamparada!

—Mientras tú charlabas no hice otra cosa que fijarme en aquella pandilla tan escuálida. Sólo traen *guayuco* los adultos, mujeres y hombres; los jóvenes de ambos sexos, junto con los chicos, están completamente en cueros. Noté que las muchachas se ocultaron temblando detrás de las madres y que los niños se intimidaban menos mirándome con mayor atención.

—¿Olvidaste que en el Cuyuni los arecunas que se presentan por primera vez son muy tímidos y medrosos y aunque vayan en compañía de los que han estado en tratos con nosotros también se ponen a temblar sobresaltados de emoción? Este es un rasgo que no se escapa a los que han vivido en relación con indígenas. Mientras se han avistado a menudo con los criollos o trabajan casi sometidos a nuestras costumbres, es cuando se observa ese ademán de impasibilidad o mejor de ocultación de sus impresiones. A veces un indio desnudo y parado en una peña, por más plaga que lo circunde y le pique,

conserva su actitud hierática, y al pasar una barca se muestra tan inconmovible, tieso y serio, que una estatua de bronce se le queda atrás.

—Noté además que a bulto no se parecen nuestros futuros socios a otros de los tantos que la suerte nos ha deparado por los montes, y algunos se imaginan que ya se han acabado! Qué bien informados están los que así piensan.

—Según Kochgrümberg, el último gran explorador que vino por el Brasil al Merevari y alto Uraricoera y de aquí al Pádamo y Ventuari, la mayoría de las tribus citadas por Schomburgk en esas regiones, hacia mediados del siglo XIX, han desaparecido por el impaludismo y a muchas de las existentes encontró infectadas de dicha enfermedad. Pero de esto a que se han extinguido los aborígenes luengo es el trecho. Cuanto a la diferencia que hay de tipo a tipo en su talla, cara y cabeza, es demasiado ostensible para que se escape así como así, aunque no se disponga de un ojo avisor o acostumbrado al trato de diversas razas. Al obispo Las Casas se le ocurrió escribir que el haber visto un indio era suficiente para conocerlos a todos. No traigo a cuentas este craso error de apreciación, para mal juzgar la ligereza del apóstol. Del azteca a nuestro guajiro y de aquí al jíbaro y de éste al ona o patagón, median abismos. Entre los mismos indígenas venezolanos no hay más que comparar al que acabamos de dejar con el guarao y el caribe, el maquiritare y el piaroa. Solamente el Padre Acosta fué el que desde un principio vió claro en la pluralidad de razas o subrazas del hemisferio occidental y para mí es el primer antropólogo del nuevo mundo, aunque para la época en que escribió no estaba tan generalizado ese altisonante nombre.

—Gracias por la lección, y a buen tiempo, si el discípulo no la echa en el saco roto de su magín.

—Y se te escabulló la mejor pieza de este ojeo. Cuán cierto es que al mejor cazador se le va una tórtola. ¿Qué les encontraste de más o de menos a las mujeres viejas?

—De más? No vengas con eso; si eran casi iguales a los hombres en lo flacas y huesudas; ¿qué les podía sobrar del esqueleto entonces? ¿De menos? Si todos llevaran harapos siquiera, habría alguna diferencia de indumentaria entre lo masculino y lo femenino.

—Convéncete de que ya no sólo se te divorciaron los cabellos sino de que se te empaña y tambalea la vista.

—Te aseguro que en una noche sin luna, y en un pueblo sin alumbrado o en la obscuridad de un rancho no será muy factible palpar las diferencias de pronto, a menos que se cuente con una mano hábil para andar a tientas.

—Cuándo ibas a quedarte sin desparramar el tarro de tu pimienta. Pero convéncete, en este lance el conejo se te fué saltando y haciéndote muecas con el rabo.

—Si un matrimonio de estos prójimos se me presenta de manos a boca, no sólo a mí sino a cualquier cristiano, al más lince se las doy para que establezca de súbito la distinción, desde el momento en que no sabrá cómo atender al marido, titubeando para no confundirlo con su cara mitad. Arréglatelas tú, que en conocimientos de indios has pasado de la teoría a la práctica, y si viviera tu suegro no me parece que llegaras a sufrir confusiones equívocas o lamentables....

—Qué golpe, qué pinchazo, qué acometida; ahora sí me declaro a la defensiva. A ver, sácame la punta de tu lengua: es una curiosidad; sácala.

Kalunga abrió la boca y muerto de risa hizo lo que le exigía el compañero.

—No eran vanas mis sospechas; yo creí que no era navaja, aunque de acero; pero es de acero, aunque afilada!

—Compañero, échame al anca!

—Pues volviendo al tema, insisto en que andabas cegato por el fastidio o llevabas turbio el vidrio de tus antiparras ahumadas.

—Convengo en que no me dormí de aburrimiento para que el silvestre amigo no se sublevara por una descortesía.

—No sorprendiste lo más original y llamativo de ese cuadro de mujeres y se me pasó por alto picarte los ojos. Ninguna traía los pechos colgantes, a pesar de los años y de la crianza. A mí me chocó demasiado la primera vez que advertí esa peculiaridad, desconocida en las razas europeas, y por falta de una explicación anduve con el sambenito a cuestas por mucho tiempo, sin que libro o individuo alguno me pusiera en la huella de encontrar la causa.

—¿Y cómo te zafaste del trance? Por lo pronto también voy a quedar en el mismo caso en que te viste, pues ahora

caigo que a estas paisanas en verdad no se les podría burlar como el chusco que les dijo a unas viejas charlatanas, que se echaran sus glándulas al hombro y salieran a vender cocos.

—Me sacó de la encrucijada una mujer, cuando menos lo esperaba, y no era una doctora, a no ser que las faldas de la curiosidad sean más científicas que las ínfulas de un académico.

—Pero revienta esa piñata, que si aquí no hay una banda de chiquillos no falta un pedazo de alguien a quien le hace gorgoritos en la lengua la dentera de estos confites.

—Abreviando, pues. La turista viajaba por nuestro territorio del Alto Amazonas, y en el Guainía le sorprendieron las cabelleras de las indias banibas y barés, las más largas, espesas y ebánicas que puedan observar ojos humanos: algunas mujeres o muchachas, cuando se las destejen, les caen en ondas de la cabeza a los pies, como un velo tejido con hebras lustrosas de azabache.

—Pero lo que no atisbo es qué relación hay entre unos senos a la Ninón de Lenclos y unas crenchas que no es dable comparar con otras; si yo me voy de bruces y me desbarranco con la lengua, tú como que te vas de cabeza con la lógica.

—Y con una interrupción de las tuyas, del tamaño de una danta, suficiente para espantar un búfalo, solamente una persona que te conoce como yo, es la que no queda patitiesa y sin voz cuando le cortas la palabra y lo dejas turulato.

—Dale matraca! Y ahora me acuerdo de un admirable adefesio que han hecho los campesinos del Estado Mérida con el verbo precipitar: es que si yo me *citripito* demasiado, tú no tardas en *citripitarte,* y andamos los dos en una continua *citripitación.*

—Sálvame la parte, Doménico Cotugno! (*) Que si al Caura traje los oídos sanos, por un milagro saldré con el sitio donde estuvieron mis orejas!

—Y mientras tanto el cuento y yo nos quedamos colgando sin ser racimos.

—Y mientras tanto la viajera, por no desdecir de su sexo, no dejaba *mapire* ni *guapa* que no esculcara, ni yerba que no probase ni costumbre indígena a la que no le indagara la causa

(*) Gran anatómico italiano que descubrió en el órgano del oído el líquido que lleva su nombre.

y el origen. Y una mañana encontró a una india cuarentona que le tenía suma confianza, dale que dale masaje a su propia hija, de través y debajo del punto o sitio en que han de brotar las mamas. Y tu tocaya en hábitos, que como tú en igual o parecida ocasión hubiera reventado si no preguntaba el móvil de semejante maniobra, optó por interrogarla.—¿Para qué es eso, comadre? ¿Está enferma su niñita?—Para esto, le respondió, sonriendo y mostrándole ella misma los verdaderos globos túrgidos de que tanto han hecho mención los poetas de veras y los chirles también, si no me equivoco. Pero al mismo tiempo ocultaba en la ropa algo, bajando la mano disimuladamente.—No sea pícara, tornó a decirle, y le echó mano a lo que trataba de esconder. Era un segmento partido en forma de media luna y tallado del fondo de una totuma, muy liso y pulido, del cual se sirven las madres de aquellas tribus, con mucha habilidad por la constante práctica. para amasar de continuo los músculos pectorales de las hembras, se puede decir casi desde que nacen hasta la pubertad, costumbre o procedimiento que vigoriza y endurece la carne y la piel y mantiene el órgano suspendido hasta la senectud.

—Una lección de anatomía y de estética corporal; lástima que no haya sino un discípulo y del sexo que menos la necesita. Te faltó auditorio.

—No lo he buscado nunca, y menos de oídos susceptibles de resentirse por una bagatela; con frecuencia agarran el rábano por las hojas, y esta ingenua relación la hubieran tomado a mal; las beatas y los hipócritas siempre están viendo gatos ensillados; qué pudorosos son por las orejas: las amusgan sin ton ni son.

—Se escandalizan con una página de Flaubert; no van al teatro por temor de un chiste de mal gusto o de mal género; en donde quiera descubren la obscenidad sin haberla, pero duermen con las obras más detestables, por lo sicalípticas, debajo de la almohada. No pueden ver cosas en que sospechan colores subidos, pero no tienen empacho en hacerlas a escondidas. Y que ruede la bola, y así es el mundo; ¿qué le hemos de hacer a un clavel que se deshoja?

—Lo que se hace es andar con pié derecho y sin echarla de enderezar tuertos y defender agravios, no torcer ni tergiversar los hechos o las palabras, y aunque no logremos siem-

pre decir lo que nos plazca o necesitemos, no perder de vista que los árabes no se retraen en llamar las cosas de la naturaleza por su verdadero nombre, sosteniendo que la malicia o la suspicacia humanas son las culpadas de que se trastruequen o confundan la inocencia con la perversidad. Y así vemos nosotros groserías incalificables traducidas al castellano en sus obras literarias, científicas o religiosas, cuando en modo alguno, según ellos, existen en los textos originales leídos sin prevención de ninguna clase.

—No te contradigo, pero te afirmo que si a una muchacha, por desenvuelta que sea, le echo al pié de la letra un cuento cualquiera de las *Mil noches y una noche,* sale en carrera tapándose los oídos sin dejarme concluir, y que si está por ahí cerca un palo de suegra, de esas que le cantan la cartilla al más pintado, o me pone las peras a cuarto o me tengo que poner yo mismo en disposición de marcha!

—Pero si fueran las suegras no más, con no tenerlas se salvaba el inconveniente que no es poco rubicón.

—Pero es que en estas materias todo el mundo es suegro o vulgar, que es lo peor. Qué lucha tan estéril la de pretender modelar a una nación, pueblo, familia u hombre en normas de belleza, de justicia, de sinceridad, de amor! Hay veces que me parece razonable el pesimismo de Ramón y Cajal, que considera muy poco adelantado el desarrollo del cerebro humano, desde los tiempos históricos a la fecha. De ahí que encontremos a cada paso inexplicables incongruencias, anomalías y anormalidades tanto en lo espiritual como en lo físico. Lo que para nosotros, los hombres de América con mezcla o sin mezcla de europeo, es ilícito por inmoral, no lo es para los habitantes del Asia, naturales o mestizos. Cada especie evoluciona según la calidad de su organismo celular, y si pudiéramos decir lo mismo del alma, cada individuo se desenvuelve según el protoplasma que constituye su organismo psíquico. Ratón hace cuatro mil años, no puede ser caballo ahora; abeja cuarenta siglos atrás, no es al presente un águila; las cucarachas animales o humanas siempre fueron y serán cucarachas; parece que el género sabandija no es susceptible de perfección.

—Huy! qué filósofo estás!

—Un Kalunga cuando la conquista, no será Francisco de Asís en 1919; y aunque se vista de chunga, Kalunga será Kalunga, y toma tu parte de filosofía de manual enciclopédico.

—Y cada loco con su tema...

—Y tú no sueltas el tuyo por la misma causa.

—Porque para mí todo es igual, todo es uno y lo mismo, el anverso y el reverso, arriba o abajo, adelante o en la espalda, no son problemas que me desvelen o desganen y no me negarás la migaja de derecho que tengo también para filosofar, pues para decir disparates no hay más que ver lo que han desbarrado los amantes de la sabiduría desde Sócrates hasta Balmes. Y allá voy con mi tole tole.

—Pero que pase de largo, sin arañarme.

—Un confitero de mi tierra cuando estaba de juerga o de rasca, lo que era casi siempre, porque había convertido en sábados no sólo los días de entre semana sino los mismos domingos, tenía una burra mañosa que, enjaezada con grandes árganas, le ayudaba a repartir el producto de su industria. Iban ambos de pulpería en pulpería o de casa en casa de los clientes: él a medio palo o de palo entero, y ella con su carga justa y el apéndice de sus resabios completos. Sucedió a menudo que por amanecer de mal humor, lo que con frecuencia arriba lo mismo a un rocín que a un mortal, sin aguijarla, por cualquier cosquilla, se ponía a dar brincos hasta que aventaba al traste con cestones y caramelos. El amo montaba en cólera y la molía a rebenque, y el asna quedaba por algún tiempo hinchada, renca, sin poder menear la cola, pero no cogía cama por no tenerla o porque creyera inoportuno y hasta peligroso que la viesen echada o de remate y la sacaran viva y aun arrastrándola del rabo para servir de bistec a los zamuros. Al industrial entonces le arreciaban los quehaceres, llevar a cuestas el fruto de su trabajo, distribuirlo, venderlo: atender a la paciente, servirle de enfermero, buscarle el pienso y condimentárselo. Por eso en muchas ocasiones le toleraba cualquier desmán, por temor a las consecuencias. Una vez, en vísperas de unas fiestas, el hombre de nuestro cuento si no se caía de sus pies tampoco podía andar derecho y si no besaba la tierra a cada tranco, era de apostar que la abrazaría de seguro; y la jumenta porque se olvidó de las palizas o se acordó de sus astucias o porque un perverso tábano se le sentó en

mala parte, dió un corcovo fenomenal y ¡adiós *corotos!* no quedó ni un confite, ni un merengue ni un alfeñique en las alforjas. Un pulpero saltó por encima del mostrador con una astilla de leña y se la alargó al dueño para que castigase aquella inaudita travesura. Pero el desventurado mercachifle, que andaba con una de esas monas que llamaban lloronas, se puso a moquear con una tristeza lastimosa y no le aceptó al amigo el sólido ofrecimiento.—Echele palo, le decía éste, no sea bobo; hasta los burros se enmiendan a leñazos. ¿De manera que usté fué el que botó los *chécheres* y de lo puro ajumado no ve el perjuicio que le ha hecho, o es que le regalan el azúcar para que la burra lo riegue o lo patee?—Sí, tiene razón, le contestó; pero eso me pasa a mí y a cualquier racional, porque lo peor de los males es tratar con animales, y hace algunas navidades que me lo sé, pero tampoco me quiero convencer!

—Y en consecuencia deduces que somos muchos los confiteros, y si por ahí te escabulles, por ahí es que te aguardo.

—A mí no; si acaso a la jumenta.

—O a los dos, que en marramucias son iguales.

—Iguales? Barajo! Te voy a enjaretar unos versos que ni de encargo.

Bocayuba, como aquellos que componen versos de repente, mas con una semana de antelación, le improvisaba:

—Pero yo me anticipo al que enjareta
Y se descuelga por cualquier barranco,
Y saludo a la burra y al poeta
Desde mi torre con pañuelo blanco.

Y el camarada, acaso ducho en esos torneos, no tardó en responder:

—Nosotros solamente los iguales?
Rectifico el decir del confitero:
Eso fuera verdad, si de animales
No estuviere poblado el mundo entero!

Y así entretenidos y tras el intérprete volvieron a la orilla, sin saber a qué hora, donde después de haberle entregado los objetos ofrecidos a Tipuana, y con un sol que despedía centellas se embarcaban en un santiamén.

CAPITULO XX

Navegaron con empeño la última noche del regreso, para aprovechar la claridad de la luna, y despiertos a la luz matinal, apresuráronse a higienizarse en el movible tocador del río y con la satisfacción del que arriba sin atrancos ni tropiezos abordaban a la playa silenciosa de la ranchería.

De los pocos habitantes no aparecía ninguno para informarlos de la novedad que hubiese ocurrido en la ausencia, los bogas se aceleraron a sacar los bártulos del reducido equipaje y los dos pasajeros, terciándose los abrigos, iban a saltar a tierra, cuando una mujer, seguida de un chico desnudo, llegó a la orilla con una tinaja para coger agua.

Avido de noticias la saludó Kalunga para buscar el motivo de entrar en palique.

—Buenos días, amiga; si no nos esperaban, aquí estamos ya para que no se les olvide nuestra buena estampa. ¿Pero como que se encuentra muy solo esto, o fué que hubo parranda y los trasnochados se figuran que el sol pasó la noche en claro también?

La mujer que por el desgreño de ropas y semblante, presentábase recién levantada o tener poca amistad con peines o cepillos y ningunas relaciones con pomadas y coloretes para acicalarse y lucir el cutis, bajó el cacharro, y pasándose las manos por la cabeza, tartamudeó lo mejor que pudo:

—Si es que casi no hay un alma; la gente se ha estado yendo; solamente volvieron antier los otros señores que viven en el caney.

Se agachó lentamente sobre una piedra, llamó al niño, lo hizo acurrucar, le inclinó la cabeza y se puso a lavarle la cara.

Kalunga se dirigió a Bocayuba.

—¿No te parece bueno que les dé una sorpresa? ¿Cómo saldrán de espantados esos benditos prójimos si les tiro sobre el techo un *guaratoro?* Dime la figura que haría el maestro corriendo en paños menores, cuando una grulla se le queda a zaga en la gordura de las canillas!

—Si no inventas otro, no te aplaudo el disparate, le contestó brincando a la arena. Anda bien pobre tu facundia; no has acabado de desembarcar y lo único que se te ocurre es una chanza fuera de tiesto; acaso vengan rendidos con el maltrato de una excursión penosa.

—San se acabó, pues; si no te gusta el proyecto con la sola intención me basta. Estoy que me pica la sangre por verlos, y en esto sí no me ganas ni con un motor en cada pierna. Y echó a correr para llegar primero.

Hacia uno de los extremos del campamento asomó una cabeza femenina bien conocida y una mano se alzaba alegre para saludar al empresario, que correspondió agitando al aire el sombrero. Mecoro, a guisa de punto negro, partía de aquella enramada con tanta violencia, que a derechas era difícil distinguir lo que fuese en realidad, hasta que atravesándose delante de Gonzalo, a brincos, escarceos y latidos de alborozo, le daba una bienvenida desbordante de cariño.

Ya cerca del umbral de la habitación percibía la voz de Néstor, que contestaba al jacarandoso compañero:

—No te extrañes de que vengamos más tostados que rosquetes que se queman no en la puerta sino en los rincones de un horno; se me olvidó llevar un quitasol como el tuyo, pues traes la cara con un barniz de chocolate.

—Pero si debieras estar más retozón que unas castañetas; ahora no volverás a usar ese color de mango enveranado de que te alardeabas en Moitaco.

Los despartió de la inminente riña de boca la entrada de Bocayuba y del perrito que aún no cesaba en sus ruidosas manifestaciones de júbilo. Gómez Boada, con la pausa bonachona de su temperamento, comenzó a relatar los altibajos de sus exploraciones. En las islas es frecuente encontrar el árbol de sarrapia, en mayor o menor abundancia, bien desarrollado y

frondoso. Fuera de esta planta la vegetación es pobrísima, salvo en las orillas donde las vegas húmedas y pobladas de tupidos cañaverales aguardan a que suene la hora de redención con los primeros hachazos de los desmontes benéficos, de aquellos en que se derriba un tronco, o se aniquila a un estéril ciudadano de la selva, por decirlo así, para sembrar otro que rinda el jugo de sus savias, el perfume y sabor de sus almendras, o el prodigio de la nutrición con la exuberancia de los racimos.

Acaso yacerían minerales en las entrañas invioladas de aquellos cerros. Como el excursionista no era práctico, ni siquiera superficial conocedor de terrenos metalíferos, es de convenir que anduviera sin percatarse hollando prodigiosos veneros, y en las pupilas azoradas cayesen los matices amarillentos, rojizos o negruzcos, denunciadores de la magnificencia del oro, la solidez del hierro o la bondad del carbón, al modo que en las del ciervo montaraz, sin herirlas en lo vivo, sin imaginar que un día el impulso necesario convertirá en fuentes opulentas la secaldad de los peñascos áridos.

—Aquí les mandan, masculló presentándose de repente, una de las indias panares que traía un cesto, cafetera de peltre y varios pocillos y servilletas. Se deleitaron con aquel brebaje que olía excitante. La servidora vestía una holgada camisa sin mangas, que le caía a los pies, lisa, en forma de saco, de un color lacre subido y luciente, cual si estuviera envuelta en la cáscara de una pionía gigante. Buscaba con el azor de sus ojos cobardes y recelosos a su preferido el niño Manuel y bajaba la cabeza con timidez, cuando el glotón de carne de *lapa* le salió al encuentro.

—¿No me tienen algo de cacería, no me han reservado algún pernil? No vayan a creer que venimos de algún hotel ni que por esos recovecos nos trataron a cuerpo de rey. Díle a tu ama que es mucha la alegría que traemos por dentro; pero los estómagos andan con una tristeza inconsolable que sólo con sustento se les puede mitigar.

La indígena esperó que le devolviesen los trebejos, y sin responder una palabra, con esa mudez que es casi innata en las de su especie, se encaminó a la vivienda que ocupaban durante la corta separación de los viajeros.

Ató los cabos de la interrumpida narración el expedicionario Gómez Boada. El paso del raudal es hacedero con mayor facilidad en tiempo de verano; por varias corrientes se divide y subdivide el volumen de las aguas. Cerca de las bocas encontró una familia de indios, que según lo poco que les pudieron entender subían a San Luis de Erebato, en donde existió un pueblo antiguamente y tal vez hoy se alcen los asientos de alguna parcialidad numerosa. De hombres criollos vieron los rastros en los sitios donde recolectaron sarrapia, chozas abandonadas, pilas secas de conchas de la fruta, haces de leña y varas con piques recientes de hacha o de cuchillo. Hallaron un fogón en que todavía no estaban apagadas las brasas entre la ceniza. Pero los moradores, sin duda, a entregar los últimos restos de su cosecha, bajaron antes al campamento, y entonces resolvió regresar por la banda izquierda del Caura, y pasar por los cerros vecinos al río Nichare. Allí encontró una porción de sacos en tierra y curiaras cargadas para conducirlas al Merey y más adelante, en la desembocadura de aquel afluente se avistó con un explotador guariqueño, cuyo producto, aunque perteneciente a la empresa, lo dejaría en Suapure, para no remontar, ya que de seguro, por lo avanzado del tiempo, los demás trabajadores deberían hallarse fuéra de los montes. De todas estas andanzas resultó la prolongación del viaje hasta muy abajo y muy lejos del punto de partida; y en vista de los datos obtenidos resolvió internarse por estas desconocidas regiones y visitar el puésto de los hermanos González, que de años atrás disfrutaban de buenos sarrapiales en esos parajes.

Kalunga y Ramírez que podían soportar con paciencia las debilidades y flaquezas de nuestro prójimo, cuando en ello les iba algún provecho, así fuera el de solazarse y reir a su antojo, no la tuvieron poca ni mucha para asistir impasibles un momento más, con la llave del silencio echada a la boca, y se hicieron señas con ojos y manos para salir a desaburrirse de puertas afuera. No hubo necesidad de que la emprendiesen con uno de esos charloteos sin acápites ni puntos finales y en que a falta de mejor recurso para aventar un esplín, no le metían las tijeras a pellejo ajeno, por no encontrarlo y abusaban a veces de su facilidad, derrochando los cuentos de buena marca para caer en esa lasitud de ideas, o agotamiento mental, cuando

sólo acuden a los labios dicharachos de color ambiguo, y anécdotas, chistes con términos de mal gusto o que desentonan por lo pésimos. Los libró de cualquier desmán de vocablos o de pensamientos el arribo del par de indias, dobladas bajo el peso de los canastos donde humeaban bien olientes y provocantes las viandas suculentas del desayuno que, preparado a las volandas, les enviaba la hacendosa diligencia de Pararuma.

Con este alegre y sabroso impedimento que venía cuando menos rápido lo supusieron, pero que sí esperaban con hondos y callados apetitos, desocuparon el campo los dos dialogantes para dar espacio a que lo colocaran sin largas ni enojosas esperas o ineficaces detenciones, ya que una noche de navegación y varios días de carnes asadas a prisa, con la tiesura innecesaria de las galletas y la sequedad ingénita del cazabe, requerían una tregua inminente porque no eran socios de ninguna sociedad de temperancia.

Mientras aquellas criadas primitivas se ocupaban en acomodar los platos lo mejor que podían sobre las mondas tablas de los cajones, trabajo que para ellas tenía más dificultades que atravesar un río a nado o recoger frutas silvestres en sus bosques, se entretuvieron los hombres en una animada parladuría.

—¿Y cómo le salió el novicio? ¿No le pidió cacao antes de tiempo, o se le entumeció con las primeras noches deslizadas al raso, alumbradas por la instalación eléctrica de la luna?

—No se enfría ni se pasma, Bocayuba, la verdad sea dicha; es un ejemplar de maestros en acción que así como constriñen a un pilluelo a conocer una letra del tamaño de una jirafa, aprenden ellos mismos a vivir del aire, cuando no encuentran en las montañas posada gratis. Si no damos en los ranchos de un *sarrapiero* que para mejor componer estaba con un pie en el estribo, pasamos las de San Quintín, porque en la bajada, a pesar de que les regateamos combustibles a las mandíbulas, se nos acabó el aceite, y para abastecernos no conseguimos la dirección exacta de bodega alguna.

—Entonces yo le propuse a mi jefe recurrir al ardid del gitano, que para evitarse gastos enseñaba a su borrico a no comer, pero que tuvo la dificultad de que en el aprendizaje se le murió el discípulo. Y con esta treta saqué con anzuelo una

sonrisa de la cara de los bogas que la pusieron de vinagre, cuando una tarde para liquidar las cuentas pendientes con el estómago, arreglamos el saldo con la sopa apetitosa de las últimas *buruzas* de unas galletas fósiles y por añadidura café sin dulce.

—A tí, lo pulló Kalunga, si te llevaran a la horca te perdonaría el verdugo, si antes de echarte la soga te conceden la gracia de abrir una sola vez la boca!

Concluidos los preparativos indispensables para invitarlos a desayunar, las indias se olvidaron de hacerlo, por no acostumbrarlo nunca, y contoneándose con sus largas batas coloradas, salieron sin decir palabra; mas los huéspedes de la campestre fonda que hubieran entendido hasta por señas cualquier llamato que oliese a banquete o algo que lo pareciera, se sentaron no alrededor sino a lo largo del simulacro de mesa. Iban uno tras de otro dando elegantes cuchilladas a una gallina asada, después de haber dejado en escombros las armazones de media docena de torcaces sabaneras, cuando Bocayuba sorprendido del inesperado silencio de la comitiva les insinuó en tono de guasa:

—¿Como que estamos en casa de la familia Orozco? Porque según infiero, el hambre atrasada, sin referirme a los exploradores del Nichare, nos fuerza a que nos olvidemos de nuestras viejas relaciones, y que no nos conozcamos sino por el ruido de la masticación.

—Confiero al bachiller Ramírez, contestó Gómez Boada, facultades las más amplias que se puedan conceder para que me represente en esta emergencia y para que vean que mi memoria no flaquea, sin embargo de que mis piernas trastabillen por falta de lastre, que les cuente lo que nos sucedió después que salimos del rancho de los González. Y mientras tanto me hago todo oídos, aunque deseara convertirme en todo dientes.

—Te ha tocado la alternativa, se interpuso Kalunga; te he visto airoso en el papel de banderillero, mas no sé cómo te irá de espada.

—La noche que dormimos en ese sitio, los dueños nos llenaron la cabeza de palabras de por aquí, expresadas de distinto modo, y ellos muy jóvenes vinieron la primera vez con su padre y han vivido siempre en buena amistad con los indios, por lo

cual nombran *yape* a la sarapia que nosotros pronunciamos *sarrapia.* No dicen Nichare sino Nicare, y el raudal que visitamos lo titulan Pará; así mismo nos enseñaron que al bajar el primer rápido es el de Píriu, al que nosotros oímos llamar a cada paso La Unión. Sin parar mientes hemos destrozado las denominaciones geográficas antiguas, por ignorarlas o por una comezón bárbara de andar bautizando lo que ya de antaño trae consagrada crisma.

—Pero qué preámbulo, Néstor; cuando vayas a tocar el punto, nosotros iremos en camino de tocar marcha; hazme el favor mientras tanto de pasarme la mantequilla, que la tienes a tu derecha. Voy a calafatear las rendijas de mi mollera para que no se me despegue la atención por algún foramen.

Y para fortuna del narrador, entretenido Kalunga en untar sus rebanadas de plátano maduro, no volvió por el momento a inmiscuirse.

—Los González estuvieron en otras calendas explotando balatá, negocio en que si no salieron quebrados, quedaron tuertos.

—Ahora soy yo el que te ataja, le endilgó Bocayuba; ¿de modo que por ahí mismo hay de esa preciosa goma, o la descubrieron en otros bosques fuera de estos lugares?

—En las propias márgenes del río, por las cercanías de la casa en donde hoy habitan comenzaban los gomales; y eran extensos y poblados, y hubieran hecho beneficios incalculables.

—Pero a buen seguro, le replicó, que talaron con la brutalidad de costumbre las arboledas de esa riqueza, tal vez la más envidiable del país, por lo fácil de extraerla de la profundidad de las selvas.

—Según los González cuentan, después de una cosecha de sarrapia, por no estar con los brazos cruzados, resolvieron con un buen práctico indígena expedicionar al río y cerro de Icutú, y pasar hasta el pico de Tamanacú, si el tiempo los favorecía con escasez de lluvias. En la última montaña, bandas errantes de panares salieron al paso, sin causarles molestias ni infundir ninguna clase de sospechas ni temores, mas como no viesen resultado en una semana de constante caminar, y en previsión de un agotamiento de víveres, decidieron volver a sus comederos, y a la vuelta, y no muy lejos, en las mismas vegas que

festonean el Nicare descubrieron corpulentos árboles de balatá, y con ser que eran poco o nada peritos en sangrarlos, recogieron unos seis quintales que vendieron a buen precio en la boca del Sipao.

—¿Cuál es ese paraje, que escucho por primera vez señalar así? interrogó Bocayuba, a quien interesaba en grado sumo la noticia.

—El propio Suapure o Soapure, si es que aquí, como en otras partes, han hecho haches y erres de los nombres propios de lugar, y por ese perjuicio, de cuarta a cuarta nos extraviamos en un dédalo. Codazzi, cuya autoridad respeto y venero, dió principio a esas alteraciones con la palabra Goajira, que pura y limpia se ha pronunciado siempre sin la *o* y dejando esta vocal por la *u,* en la primera sílaba, dibujó en la misma región el río *Sacuy.* A ingenieros y geógrafos debemos errores mayúsculos y a veces de nada nos sirve consultar los mapas porque nos hallamos en un pueblo o sitio anónimos o bautizados como a bien les plugo.

—Y he concluido, y me figuro que todos cuatro representamos bien el papel de comensales y voy por el segundo cigarrillo, y tú haciendo piruetas en los comienzos de la narración; maese, avísame la víspera de entrar en materia, para colgar la hamaca. Sin excusarme opino que como en el chascarrillo del payaso, se le puede recortar unas yardas a la cola de la mona y, sin embargo, quedar rabuda.

—Pero no me acribilles por la difusión, no me achaques a mí solo lo que es una flaqueza universal de nuestra época, no hagas al uso de mis cofrades que los borrones en la enseñanza los atribuyen al mal pulso de sus escolares; ahora todo es largo y cansón, menos la falda de las mujeres; ahora no se abrevia sino el paso....

—Ahora como enantes, una empresa que se extiende a guisa de pulpo, absorbiéndoselo y chupándoselo todo, o una obra en quinientos volúmenes con párrafos a la moda de Castelar, en que úno con la lengua afuera se detiene en cualquier parte para tomar aliento, porque parece que el autor no necesita de aire cuando se le desboca la imaginación, lanza en ristre sobre el alazán de sus capítulos.

—O como en *Claridad* de Enrique Barbusse, última novedad parisiense, donde el protagonista herido de gravedad, solamente se gasta en su delirio la bicoca de cuarenta y dos páginas, se vió forzado a añadir Bocayuba que no podía evitarse las digresiones de sus amigos.

—Los males inveterados, prosiguió Néstor, que no se curan con agua sola ni con paños tibios; Boileau se burlaba de las novelas de la señorita Scudery, que invertía tres tomos al pintar una casa sin haber pasado del zaguán al patio; Armando Palacio Valdés en una estación de baños se encontró a un poeta lírico que enfermó con sus propias descripciones, y la temeridad de nuestro Manolo llega a no permitir un informe sucinto con algunos detalles de importancia.

—Las quijadas se te caigan, le contestó el sindicado, por el diminutivo anfibio, por no decir sospechoso; y desparrámate que voy a encender un tabaco del largor de una longaniza, para resistir hasta lo último a un émulo de la novelista acuchillada por el crítico francés.

—Pues veré cómo se anuda lo que desata un hablistán, y guárdate el vocablo. Los González al regresar emprendieron sus trabajos con entusiasmo feroz, porque palpaban la coyuntura del rápido lucro, y sin ahorro de gastos para contratar peones de las cercanías, también los buscaron en distantes caseríos y aun fuéra del Caura. Nos indicaron el punto donde se dedicaron a la devastación, que otro nombre no se le puede aplicar a la tala de árboles con el objeto de extraer gomas, bálsamos, resinas o de utilizar las maderas, sin reponerlos por ningún método.

—Sí, rompió Bocayuba, para enriquecerse comenzaron por destruir la riqueza misma; para vivir con holgura abrieron las puertas a la miseria. Los trabajadores de esa ralea, asesinos de la selva, deberían estar en los presidios, y si acaso en otras épocas se les toleraron sus perjuicios, porque hoy es imposible que se les continúe perdonando, fué por nuestra desidia o en atención a que eran ignorantes, bárbaros jornaleros que, armados con el hacha de la ferocidad en la mano, en vez de cortar cabezas humanas destrozaban cuerpos de árboles. Derribar a rozo y velloso bosque de cuyos tallos fluyen exquisitas savias ni más ni menos que raudales de oro y que la industria

utiliza y modela en las mil diversas formas de objetos, máquinas o enseres que exigen a porfía las necesidades del mundo actual! Eso no cabe en cerebros sanos, y eso apenas cupo en los que había secado y endurecido la fiebre de la destrucción para saciar el hambre de sus fauces o arcas de avaros, a costa de la sangre, o lo que es lo mismo, la riqueza de una nación!

Kalunga se vino de frente tirando tajos y mandobles:

—¿Y esos se llaman venezolanos? ¿Porque no tienen más virtud ni mérito que el haber nacido en nuestra tierra se les puede apellidar así? Solamente por esa causa me explico que los consideremos como tales, del mismo modo que al tigre, al caribe, al *temblador,* a la *yaquirama,* a pesar del colmillo que desgarra, del diente que destroza, del contacto que mata y del aguijón que envenena!

Gómez Boada terció también, saliéndose de su habitual mansedumbre:

—Le arde a úno la cara al ver la insolencia con que descuajaron esos bosques.

Y Bocayuba volvió a emprenderla contra esos asoladores de los vastos y prodigiosos emporios de la vegetación nacional:

—Y lo peor del caso es que les hemos permitido a gentes extrañas, aventureros foragidos, de ínfima especie, criminales acaso, que vengan sedientos a satisfacer su codicia, con detrimento de la vida y de la prosperidad del suelo. Si un árbol, un leño cualquiera es de un valor inestimable, ¿cómo no lo serán ahora y siempre los que figuran como únicos, insustituibles para la medicina y las industrias? Me asaltan por el momento unas palabras de Costa, que rebosan de la sinceridad exuberante de su corazón y que las recuerdo y recito a cada paso, al caminar por entre las ruinas de nuestras selvas y montes, por los desiertos que van dejando las talas y quemas, como grandes úlceras acanceradas sobre la epidermis vigorosa de nuestro país. Habló así aquél filósofo de alma y pensamiento heroicos, y patriota cuyas voces en mis oídos retiñen con la unción y sencillez del mensaje divino de un apóstol. "Cuando el contristado viajero, al atravesar un *secarral* de esos que ocupan extensas llanuras de muchas provincias de nuestra Península, sin una hierva en que se fije su vista, sin una gota de agua en que apagar su sed, sin un sér viviente a quien preguntar la dirección de

su camino, no puede menos de exclamar: ¡Grima y vergüenza a los españoles que sin consideración de ningún género, talan bosques y devastan selvas, mirando a los árboles como a sus peores enemigos, cuando no podrían sin ellos existir! ¡Triste es, en verdad, la realidad! Pero lo que es más vergonzoso todavía, lo que hace latir de coraje y de rabia al corazón menos patriótico, es que no se escarmienta, aunque se ve que las fuentes y los arroyos se secan donde hubo un bosque; que las nubes pasan por encima sin derramar una gota de líquido; que los rayos abrasadores de la ardiente canícula calcinan y hienden la tierra, que sedienta se abre por doquier; que los vientos se ensañan sin estorbo alguno, y que las plantas más resistentes a las sequías acaban de perecer o arrastran una vida raquítica y miserable; al jolgorio de los ruiseñores que anidaban en el bosque, ha reemplazado el silbido fatídico de la serpiente; al murmullo de la cascada, ha sucedido el graznido del cuervo; a la brisa fresca y suave que mecía los árboles, ha sustituido el furioso huracán que arrastra en polvo a la abrasada tierra; al balido de la oveja y al canto del segador, ha seguido soledad terrible, cual si hubiera caído el anatema y la maldición. Ante cuadro tan triste, la población huye y escapa, abriendo paso a un viajero fatídico y terrible: EL HAMBRE!; sí, la miseria se enseñorea de aquel país que antes era un vergel, y que por la ojeriza infundada de los agricultores *y de otros que no son agricultores,* contra los árboles, ha quedado convertido en un erial estéril."

—Y si eso apesadumbró el ánimo del eminente polígrafo, añadía Kalunga, ¡cómo se hubiera sublevado si contempla en su patria la destrucción de florestas que como las de Guayana han sido únicas por la exuberancia de sus savias!

—Y que no viniera nunca y viese la matanza de aves para arrancarles la pluma y colmar bolsillos de extranjeros y de criollos, secuaces de la desolación, continuaba Bocayuba, porque entonces saldría creyendo que la locura es la que impera en las naciones cuando no se pone coto al furor de los especuladores, y a la rapacidad de los traficantes! ¿Y qué medidas se adoptan suficientes a reprimir el destrozo de la riqueza pública, si es preciso transformar a los hunos, a fin de que no exista la barbarie? El propietario de un bosque se considera el

amo absoluto y lo descuaja sin orden y sin método, así lo convierta de fértil y proficuo en terreno de secano por la extinción de los manantiales, y sin temor de que los predios colindantes corran la misma suerte. Los gobiernos han dictado y continúan dictando leyes y reglamentos con el móvil de cohonestar los males que provienen de la destructora sed de lucro; pero aún sería necesario que cada venezolano que entra con hacha en un bosque o recorre con un arma de fuego la sabana, llevara una escolta que lo contenga cuando encuentre un árbol de balatá o de pendare, o descubre el dorso de una garza! El instinto perverso del niño se debe combatir desde la escuela, para que no despliegue su ferocidad cuando llegue a hombre. Y eso no es un mal criollo, sino de todo el universo. Suele suceder a veces que un individuo reprimido en el lugar de origen emigra a lejanos países, y si no lo atajan en sus desmanes, va directamente a perpetrar el crimen. Es de observación vulgar que el europeo en el Asia se entrega a hechos y actos por los cuales iría en su patria cuando menos a presidio: fraude, robo, estafa son sus manejos comerciales, y falsifica desde monedas hasta productos alimenticios. En Norte, Centro y Sur América hará otro tanto, si una mala entendida benevolencia de la autoridad consiente que meta en juego las facultades y energías de que dispone con lujo de buenas maneras para evadir o burlar las leyes y trastornar el orden social. Hubo un tiempo en que *siringueiros* (extractores de goma) del vecino Brasil, venían a nuestro Territorio del Alto Amazonas y talaron árboles de *hebea,* el único que no ha tumbado jamás un venezolano en aquella región, es decir, llegaron a tierra extraña a desguazar lo que nunca se destruyó en la suya; y si no se les convence con un argumento contundente, como decía un jayán blandiendo un garrote, las màrgenes del Casiquiare fueran hoy jirones de secadales.

—La estaca, opinó Kalunga, es la lógica de mayor acierto y trascendencia para convencer a los recalcitrantes. A los refractarios no se les infunde la civilización con lecciones orales o discursos tribunicios. A los irracionales, por no decir jumentos, de la fábula de Sistiaga, no se les encarrila con la voz meliflua del franciscano que gritaba: "¡arre, burrito mío!" y se

le reían en sus propias barbas, sino con el pulso, la macana y los ternos del arriero.

—Evolución, evolución, añadía Gonzalo, están gritando los sociólogos y los que no lo somos, desde hace algunas calendas, cuando nos tropezamos con esas gentes más cerradas de cascos que un cerrojo; o con esos pueblos que se detienen a rumiar su ignorancia en los potreros del atraso... Evolución!, evolución! Y Europa, el modelo que seguíamos a ciegas, con una servidumbre gregaria, nos acaba de probar, en una truculenta lección de salvajismo, la cultura de cuarenta siglos! Y nos quejamos de los desvaríos de la humanidad en conjunto y nunca de las locuras de nosotros los hombres en particular; y la boca del zafio se desgrana en alabanzas a la forma de gobierno tal, y a la excelencia del método de administración cual; y los componedores del mundo, nos salen de por ahí, de cualquier caverna, vociferando sus proyectos infalibles y mostrando el mapa de sus planes destinados a la salvación universal; pero se nos viene a la mente aquel melancólico pensamiento de San Buenaventura, cuando confesaba lo tarde que se había convencido de que él mismo era el causante de sus propios males.

—¿Y ahora qué me dices, Manuel, si te observo en mi carácter de dómine que me han arrebatado ustedes mis derechos profesionales, les enderezaba burlándose Ramírez, para soportarles con todo el cuerpo la candidez filosófica de tratar de hacer que las cosas sean como úno quiere, y no como ellas infaliblemente son? Contéstame. En especial, a ti me dirijo, porque me debes en buena ley el desquite.

—Eso es muy fácil, a nosotros y a otros muchos prójimos se nos ha metido el grillo de que debemos andar y vivir de serio, cuando el tráfago de la existencia requiere que lo tomemos todo en broma. Gonzalo pretende que no le tumben un árbol, ni le maten una garza, ni le desuellen un venado, ni le arranquen una raíz, ni le deshojen un botón, como si los arrancados se pararan en pelillos por esas fruslerías, o como si el estómago permitiese que lo aplazáramos cuando brinca en sus desmayos pidiendo auxilio. El daño que nosotros vemos en miniatura nos aterra, porque es criollo, aunque hijo legítimo de la maldad terrestre, pero no nos asustan las consecuencias de los vidrios que ha roto a cañonazos la cultura europea y que

nosotros empezamos a pagar, como las habas de marras, con el alza inconcebible de los artículos. El egoísmo, es la razón de las razones, y voy a sostener ese escombro de doctrina porque me sobran apoyos y puntales.

—Y te falta el juicio, añadió Bocayuba; y cuando te dislocas no le queda gozne bueno a la máquina de pensar, por no decir tu cabeza. Concedido, es una bagatela destrozar millones de árboles que representan miles de millones de bolívares, porque Rusia quedó en cueros, Alemania y Austria *in puribus naturálibus,* y además boqueando; convengo en que no hay que dejar una garza viva en las llanuras porque los aliados en la carnicería moderna, por otro nombre guerra de las naciones, están ahora soñando, para salir de apuros, en fijar un tributo a las siete cabrillas que han pastado siempre de balde por el cielo; pero convengamos también que si la riqueza natural de Venezuela se deja a discreción de los desalmados insaciables, para que las despilfarren, mañana no podrían venir sus hijos, como hemos venido nosotros hoy, a buscar un refugio en las vicisitudes y una retribución a la honradez del trabajo; sí, convengo en que Turquía haya quedado con una mano adelante y otra atrás, si es que le quedan; pero no que los conciudadanos del Libertador, al igual que los compatriotas del Cid, emigren por manirrotos e imprevisores a mendigar un pan o vayan a ser ludibrio de pueblos extraños con la caja del buhonero a las espaldas.

—Y el hombre pensó que me afianzaba el clavo, y lo que ha hecho, en cambio, es despertarme de mi alelamiento; si el propietario nuestro es por excelencia disipador y no se detiene en gastos ni entre sus cualidades brilla la del ahorro y no hay vallas que lo atajen en sus derroches. Se cuenta de algunos hacendados de mi tierra (repito que soy de Caracas y oriundo de Tinaquillo) que en los años florecientes apenas habían acabado de ensacar los últimos granos de café, se calzaban las espuelas para montar y salir a los puertos; y a Europa, a los "molinos rojos" de la Ciudad Luz, a gastar más de lo que produjeron las matas y los esfuerzos de una cosecha; a rodar en los trenes lujosos de las capitales de la civilización el pecado capital del desbarajuste y de la prodigalidad. Yo desciendo en línea recta de aquel buen estanciero, célebre por sus parrandas, que al recibir los cuartos restantes del malbaratamiento

de sus propiedades, se apareció a su casa diciendo: "mujercita mía, hijitos míos, alégrense y gocen mucho en el baile de esta noche porque es el último que les voy a dar!" Y el que venga atrás que arrée, aunque en el desamparo los polluelos de la garza, abriendo el pico de sed y de hambre, queden piando en el nido, moribundos, irremisiblemente destinados a sucumbir.

—*Fragility! thy name is woman,* para hablar con Shakespeare. Fragilidad femenina de la imprevisión, tu residencia es muy vasta y por desgracia aquí no te negamos albergue! Si se desconciertan los que por su posición debieran ser ejemplos vivos de la labor consciente y eficaz por el orden y por el método, ¿qué le vamos a pedir al que únicamente trae la cabeza para igualarse a los demás? Iba de Apure y me encontré en la estación de Cagua con un propietario del Guárico, hombre de luces y de holgada posición. Mientras llegaba el tren de Valencia nos informábamos mutuamente de los hatos, de las mejoras en la cría caballar y vacuna, de los precios del ganado, en fin, de una en otra materia y a lo usual en todo asunto o charla, variando temas caímos en la explotación de las plumas, en la hermosa riqueza que ondea al modo de airón de nuestras pampas; y le pregunté por el conocido y famoso *garcero* de su finca. Volviendo hacia mí su cara compungida y avergonzada, de súbito me repuso con una voz lastimera:—Ya no existe, y suspiró, como por la pérdida de algún sér querido. —Pero ¿qué estoy oyendo? volví a decirle, ¿usted no lo vigilaba? ¿quién se ha atrevido a arrebatarle ese tesoro, herencia de sus antepasados?—Yo mismo, continuó, le confieso mi debilidad: me vi de repente en una gran crisis monetaria y lo mandé a tirar, a destruir para salvar mis estrecheces; se recogieron setenta y cinco kilogramos de *aigrettes*: salí de los compromisos de mi fundo, arruinándolo.

Néstor, a quien por tantos comentarios y digresiones atajaron en su exposición y no vislumbraba una vereda para escabullirse o terreno firme donde seguir la marcha, optó por hacer un quiebro:

—El cuerdo escarmienta en cabeza ajena y el loco ni en la suya propia, y en vista de la conducta del propietario este adagio requiere una modificación urgente, verbigracia: si con un fatuo no se llega a ninguna parte, con un hombre de juicio

a veces se llega a alguna, y agrego que si los dos renquean de una misma pierna ¿cómo andarán los que nacieron baldos de entrambas? Un escritor francés, arribando de provincias a París, arrojó desde un puente al Sena el último céntimo, porque era una vergüenza incalificable entrar con tan poca plata en una ciudad tan grande. Un colega mío de centavo en centavo reunió para comprar un jamelgo y cuando se vió sin blanca, sus compinches le aconsejaban que lo mantuviera con retazos de papel, y él respondía con el mayor desenfado a los que lo chuleaban: "pero me he dado el gusto de pasear a caballo y echarlas de rico, aunque no me lo creyesen". Y a mí me sucedió que para pagarle a una casera que me cargaba a cola alta, resolví venderle mis herramientas de dormir, figurándome que no se las llevaría, y en la noche cuando me fuí a acostar me encontré sin chinchorro y sin cobija, y por ser previsivo como el dueño del *garcero,* tuve que acostarme en pelo, amansando los ladrillos.

La interminable sobremesa hubiera seguido sin torcer su rumbo, pues era poco o nada lo que restaba por hacer en el campamento, ya que en los días anteriores embarcaron los últimos lotes de carga, cuando el hijo de la Paraulata, bien peripuesto y con el semblante animado y bonachón, aparecía en el umbral saludando.

—Venía, les habló, a pedir órdenes, me voy con mi gente en la madrugada.

—Te lo agradezco, contestó Bocayuba; pero nosotros partiremos a más tardar mañana en la noche. Supongo que te alcanzaremos en el trecho de aquí al raudal. ¿Cómo te fué de utilidades este año? Creo que es el mejor que han tenido ustedes desde que están viniendo a recoger sarrapia; por lo menos así me lo aseguran los más viejos trabajadores.

—Por mi parte, voy con la esperanza de volver, si usté regresa para la otra cosecha. Nosotros tal vez hubiéramos ganado siempre, pero los dueños de empresas nos arremachan las provisiones de tal modo que venimos adeudados y salimos debiendo.

—Sí, esa es la moda vieja, pero ya hay otros sastres que no se llevan con las tijeras el pellejo del cliente y se les acabará la rapiña en forma de negocio a los comerciantes de malas mañas. No es preciso que yo retorne; ya saben todos la

manera corriente de pagar el fruto y de vender los artículos de primera necesidad.

Despidióse el antiguo pendenciero que después del incidente de la herida abandonó la chirria y los tragos y se condujo como un hombre formal y laborioso. Una serie de comentarios sobre el arraigado y pésimo sistema de las empresas, suministrar al jornalero víveres a precios escandalosos, causa de la situación precaria, cuando no de ruina, de algunas zonas en que abundan productos naturales, les llevó parte de la mañana, hasta que se cansaron de hacer castillos en el aire para salvar al peón de las garras de hacendados y propietarios, decanos de la usura y sostenedores del atraso agrícola; y concluyeron estableciendo en lo venidero puntos de abastecimiento, a fin de facilitar el transporte y con ellos abaratar las mercancías en los lugares apartados de centros comerciales.

—Y aquí, añadió Kalunga, cabe muy bien don Lupercio de Argensola, o mejor, un cacho de su manoseadísimo soneto: "lástima grande que no sea verdad tanta belleza". Y ahora los convido a recorrer nuestros dominios en la soñada y en realidad verdadera ínsula, pues ya que los vamos a dejar, sin que nos quede otro recurso mejor, nadie acaso barrunta, y menos yo, cuándo será que se le ocurra al mismo (señalaba a Gonzalo) u otro entusiasta por el estilo, invitarnos para venir a divertirnos con los recreos de estos andurriales.

—Sí, hombre, lástima grande que no se pueda realizar todo lo que úno piensa en beneficio de su país y para la felicidad de todos y de cada uno. Lástima que unos gestos de pesimismo te pongan una careta con las macas de esos empedernidos conterráneos que andan siempre llorando sobre las ruinas y desgracias de una tierra que no los necesita, y por la cual nada han hecho, que por fortuna tampoco les debe nada, y que ¡gracias a Dios! se anda muy campante y oronda sin recurrir a semejantes hijos. Lástima grande que por falta de una aspiración colectiva y por no sentir en lo hondo del alma el amor de patria y llevar en el cerebro firme y robusto el concepto de nación, derrocháramos el coraje de nuestros músculos y el ardor de nuestro espíritu. Lástima grande que en estériles fraseologías y sangrientas, intestinas luchas, junto con vidas y riquezas perdiéramos miserablemente un siglo!

—Y lástima que como siempre (con perdón del dúo restante del auditorio) me caiga a mí casi solo este chaparrón de ensueños patrióticos que, si a nosotros nos sienta bien, a otros les sentará mejor.

Salieron a pleno sol, tratando de ir por la sombra de los alares de los ranchos que aún diseminados, escuetos los más, les prestaban de trecho en trecho algún refugio para defenderse del incendio canicular. Bocayuba permaneció en el caney, se entregaba con alborozo a las delicias de la soledad y del reposo que le resarcían de sus fatigas, creyendo en la inutilidad de las caminatas o paseos sin móvil o fin justificables, cuando es mucho lo que debe recorrer por las sendas terrestres el hombre de actividad física y de pensamiento militante; y harto el desgaste de energías para lograr el éxito y el triunfo. Asió un libro a la rústica vuelto sobre las hojas, dejado por los compañeros encima de los cajones: era *El trágico cuotidiano,* de Papini. Sentado de través sobre el chinchorro, con hambre de leer empezó a devorar la suelta prosa y se deleitó en aquellas páginas, donde el escritor italiano parece que escarba con las uñas del análisis las entrañas del alma. Al cabo se le rodó de las manos y se sumergió en sus propias reflexiones. También él había rondado taciturno por el borde de tenebrosos, inesperados abismos, desfalleciente, tambaleando, próximo a caerse. Vías dolorosas y ásperas con las agujas de los guijarros le hincaron hondamente las plantas y lloraron sangre que se estancó en silencio sola, porque nadie vino a enjugarla con la piedad de un socorro. ¡Cuántas veces en la tortura demandó un auxilio, una mano que estirase sobre su angustia la generosidad del consuelo; pero nadie escuchó sus voces, y se vió envuelto y constreñido en el sudario de la desesperación! Jornada tras de jornada anduvo y desanduvo los caminos de la ambición generosa y cuando se creyó a salvo de contratiempos, se le alzaba delante el fantasma aterrador del desencanto, inexplicable, fortuito, señalándole con el índice y la mudez de una esfinge senderos escabrosos y largos, hacia metas más lejanas y más ciertos precipicios, en cuyas cavernas alcanzaba a vislumbrar remolinos de sombras, gesticulando con las muecas rígidas y la frialdad de los esqueletos. La vida suya no malgastada por los vicios ni abatida por la estolidez de las pasiones corría en pos de algo justo, de algo viril, de algo

necesario y eficaz al bién común y estuvo siempre dedicada al sostenimiento de causas nobles, pospuesto el villano interés del egoísmo, a la cabeza de las mesnadas del entusiasmo y en el pleno ejercicio de la renunciación. Pero allá en lo secreto, en lo callado, en lo recóndito de su propio sér, emergía de continuo el desasosiego, la inconformidad que lo arrastraban a vórtices de encontradas bataholas y tendencias y a dudar de la eficacia de las luchas por el mantenimiento de un ideal. ¿Cómo surgir incólume de las miserias de torpes emulaciones y asechanzas, salvarse del naufragio a estilo de Camoens, con el tesoro de su poema a cuestas? ¡Quién sabe si esa desazón perenne no sería necesidad del espíritu que impulsa al hombre a despertar los órganos adormecidos por el letargo de la inercia, a renovarse en mejores, propicios horizontes! Y entonces, con la virtud del legendario Anasverus, se lanzaba a todo arranque en busca de amplios destinos a su vigor, sin quedar a la zaga de nadie, sin mirar hacia los lados y sin pararse nunca ante los cerros de obstáculos; entonces para escapar de las garras del ocio y de frívolos pasatiempos, de rutinarias conveniencias de sociedad, se internaba por tierras incultas, ríos y lagos desbordantes, desconocidos e inhabitados, a disfrutar de las bellezas y exuberancias de su país que a los umbrales de nuevos tiempos abre los brazos generosos y benévolos, a todos los pueblos del orbe, y los convida a la redención de la vida por el trabajo que enaltece y por la prosperidad que liberta: entonces era preciso bregar....

Saltó del chinchorro. Un estímulo subitáneo y profundo, cual un espolazo eléctrico, le rasgó en lo íntimo, sacudiéndolo de aquel ambiente de marasmo y en la violencia lo empujó hasta la puerta; y ajustándose el sombrero salió con el ímpetu del que mucho tiene que hacer y mucho le resta por andar en los vericuetos del mundo.

Las curiaras de los recolectores que ya se consideraban en disposición de navegar, arreglados en sus cuentas, recogidos sus enseres y menajes, relumbraban al raso, amarradas en las estacas y troncos de la ribera. Tal cual persona aparecía en el alar de algún cobertizo, y por ningún sitio vislumbraba el perfil de los compañeros. En la superficie del río asomaban las grandes piedras sus calvas grises, bastante disminuido para la época el volumen de las aguas que despedían reflejos deslum-

bradores; y en los montes vecinos, chamuscados, plomizos, desnudos de follaje por los vientos y soles del verano, asordaba la estridente canturria de las chicharras. Llegó a la enramada de Pararuma a toda prisa. El ruido y movimiento del servicio le indicaban el empeño de lucirse aplacando la gazuza de los clientes.

—Aquí estoy, si no me han visto, profirió en vez de saludo, y fué de seguida hasta una barbacoa en que crepitaba la candela y hervían vocingleras las ollas de peltre. Y no hallando a la muchacha indígena al girar la vista en torno, trataba de inquirir por ella a las panares que no levantaban la cabeza, entregadas a sus quehaceres, cuando la vió desalada venir por entre las matas del fondo, un gran sombrero de paja calado hasta las cejas y suelto el cabello. Y le habló al llegar, primero con los ojos de las hembras de estas razas, de quien dijo Reclus, que los tienen profundamente bellos, inconmensurablemente tristes; y después con las palabras que por la agitación se le enredaban en la garganta. Había ido en busca de la madre para que la ayudara a salir de apuros, que ella conocía mucho de cocina porque en La Urbana la enseñaron, pero no logró encontrar a la vieja caminadora; y que no se figuró nunca que volviesen tan presto, y además los víveres que dejaron se acababan a la carrera, y resolvió ahorrar algunas latas de conservas en previsión de una grande escasez y más bien echar mano de las aves de corral que por la falta de maíz hacían estorbo.

—Menos, le cortó la perorata Bocayuba, en nuestras jaulas (y se golpeaba el cinturón), y cuando úno está de balde, que no piensa en la hora de trabajar sino en la de comer. Pero dime ahora, ¿quién fué el cazador de esas apetitosas torcaces que nos enviaste para el desayuno? No les noté rasguños ni heridas.

Una de las desgreñadas indias que atizaba el fogón, levantó la cabeza haciendo un gesto de astucia y complacencia, y la otra que, con un machete sacaba astillas de un trozo de leña, suspendió su faena para oir la charla.

—A estas mujeres no les pica mosca ni las atajan espinares; por suerte no las corre cualquier bicho de monte o de agua. Han armado trampas por estas playas y sabanas; de día atrapan que da gusto, perdices, *cóitoras*, tórtolas; y de

tarde y de noche pescan a flecha; en lo que saben hacer son muy diligentes, y flojas para los oficios que no entienden; lo que es por ellas no se pasan hambres; les tengo a ustedes para el almuerzo un sancocho de morocoto. Desde que viven conmigo, ya lo ve, nada nos ha faltado; pero no quieren irse para el Orinoco; están medio afligidas con el viaje: a mi mamá que les habla en su lengua, le forman un guirigay cada vez que las convida, y entonces no comen y se arrinconan a llorar. Estas gentes se apegan tanto a sus retiros que cuesta Dios y su santa ayuda para sacarlas a los pueblos donde las vean.

—Pero ¿qué les espera a las infelices después que nosotros nos vayamos, si en este lugar ni en los contornos quedará un alma dentro de una semana?

—Volverán a sus escondrijos, aunque sean solas; como son tan baquianas de estos barzales, y no les importa caminar a cualquier hora, irán en busca de su parentela que puede estar por ahí, no muy lejos.

—Y si no la encuentran, perecen de seguro; son demasiados los animales bravos de estas montañas, y es fama que el tigre gusta mucho de la carne de indio, con preferencia a la de otros hombres. Siempre han observado que cuando en la noche ataca de sorpresa un campamento en que hay individuos de las dos castas y a rastras se lleva a una persona, jamás es a un blanco.

—Dios nos ampare! ¿Pero qué hace úno para detenerlas? Si ando con el Cristo en la boca temiendo que al menor descuido por una vereda escurran el bulto y me dejen cruzada de brazos.

—Por lo pronto que tu mamá les inculque que van al pueblo y regresen sin tardanza, con ustedes mismas, y que allá en los hatos de La Urbana hallarán indios de su misma cría para que al quererse venir ellas las traigan a sus montes. Y si esto no basta, las engatusan con unas cortas y otras largas, hasta que llegue la hora de partir; y entonces por las buenas o por las malas las acomodas en tu curiara y que viajen a remolque.

La muchacha, sonriéndose, le contestó en el mismo tono juguetón:

—Entonces se botan al río, y si no las aparan los *caribes,* las remolcan los *tembladores;* y cuando nos toque volver por

aquí, nos recibirán muy contentos, a pura flecha o a chuzo limpio.

—Sí, no lo dudes, ese es el sistema cariñoso que usábamos nosotros los criollos para atraer a los indios, y por eso ya no contamos casi con ningunos, porque se han remontado o se pasaron a la frontera de países vecinos.

—No lo crea, los que se han acabado son los yaruros; al menos es lo que se dice por allá, que los arrasaron las enfermedades.

—Y tus primos los panares que les tenían horror los perseguían a muerte, de miedo a las corronchas que les agraciaban el cutis, sin consentirles que merodeasen o se arrancharan en las cercanías.

La interlocutora hizo un mohín de disgusto, y añadió bajando los ojos tristones:

—Siempre me está dando en cara con el tal parentesco, como si yo tuviera la culpa....

Bocayuba, que no esperaba aquella salida, acudió en el instante a remediar su pisada en falso:

—No te dije eso por reproche ni debes tomarlo por la más leve injuria; no es una mancha llevar sangre de indio en las venas. ¡Ojalá que muchos de los blancos tontos que alardean inflados a lo pavorreal, se enorgullecieran de otra cosa mejor!

Y pasó la nube de quisquillas. Luégo cambió de redondo la plática indicándole que mandaría a uno de sus peones a la mañana siguiente para que les arreglara el ajuar en la embarcación y no les faltase nada al momento del viaje.

Pero esto mismo no desvaneció la sombra que cernía sus zozobras sobre la imaginación pueril de la indígena, y esforzándose por libertarse de una duda que la atormentaba con tenacidad a todas horas, en esos últimos días, repuso con aire doliente:

—¿Y usté con quién se va?

—Con los compañeros en la falca grande, donde iremos desahogados; por fortuna enviamos por delante muchos de esos trastos que son útiles aquí, mas no para llevarlos úno consigo. Armas, provisiones, encauchados, la carga indispensable es lo que nos resta: ustedes salen primero, y nosotros después, de modo que boguemos a una vista y podamos socorrerlas en caso de necesidad. Aprovecharemos la luna; con el

fresco de la noche los remeros no se fatigan y devoran leguas. Debo hacer algunas diligencias por los puertos de la orilla y entenderme con algunas personas; de paso en el raudal de Mura desembarcaré para hablar con un amigo, y nada más; si nos ganan en la rapidez de la bajada, lo que no creo, me aguardan en la Boca de Suapure: allí debe estar en són de carga uno de los vapores que vienen todos los años a sacar la cosecha.

Pararuma, que de tan larga explicación sólo colegía muy preciso y claro que llegaba el instante muchas veces presentido, ahora inaplazable de la separación, y con la mirada fija en el suelo, sin embargo de que sentía la desgarradura de algo que le arrancaban de súbito, pues el amor es hermano de las rosas en el aroma y en las púas, por índole de raza ocultando su pesadumbre, añadió como distraída:

—¿Y después?

—En Caribén o en la playa de las Mercedes; en la misma Urbana me urge tocar cuando suba el Orinoco; no tarda mi próximo viaje al Alto Amazonas y Río Negro. Allí nos veremos....

—¿Y después?

El ruido de una persona que se acercaba por fuéra de la vivienda les hizo suspender el palique, y la suegra ladina entró saludando y esparciendo con voces y ademanes la alegría que experimentaba al saber el regreso de los excursionistas. Gonzalo satisfizo a más y mejor la rascazón de informes de la buena mujer, que no hallaba otras maneras de manifestarle el beneplácito del arribo, que acosarlo a preguntas. Luégo le aseguró que con el alborozo y los preparativos de la gente para salir del monte, había notado que un indiecito a su cargo charlaba mucho con las cimarronas de la casa y que al acercárseles se callaban haciéndose los desentendidos, y eso, por lo ducha en esas tretas, le olía al proyecto de una fuga.

—Bueno, concluyó Gonzalo, si a tí se te desgaritan, ¿qué será a nosotros los que ni siquiera sabemos su lengua y es la primera ocasión en que nos ven y nos tratan? Ahora hablábamos de eso, antes de tu llegada; mira, debes valerte de tus mañas y poner en juego tus ardides para que no se te vayan, y si no, espera la rechifla que te vamos a dar cuando salgas con que los indios se huyeron.

—¿Y usté cré que son tan chiquitos que me los pueda echar a la espalda en un *mapire,* como hacen eyos con sus hijos de teta? No me embrome, que estoy aburría de aquerenciar a esos gentiles y cuando ya los tengo mansos y acristianaos, y los considero que han perdío sus astucias, no dejan el resabio de vivir en sus madrigueras y se largan.

—Con la misma ligereza que yo ahora, pero sin despedirse; y hasta luégo.

Se vino al caney a todo andar. El sol que ascendía al zenit esplendía con esa viveza y nitidez ofuscantes de los trópicos, cual si sus rayos cayesen y se reflejaran en superficies de níkel. Ganaba terreno con la sibarítica esperanza de hundirse en la sombra del rancho, despojarse de los vestidos estrechos y molestos que nos dispensa a guisa de gaje la civilización, rebujado en la holgura de la pyjama que simula a maravilla el bienestar del desahogo, con arreglo a las necesidades de la naturaleza, para que la vitalidad del organismo recobre la esbeltez y donosura maltratadas por los artificios y las modernas indumentarias insalubres. Vivir del aire y al desgaire, no será una paradoja de eugenesis, sino un sistema de renovación social. Vivir en contacto y roce con nuestro silvestre origen y menos recargados de inútiles arrequives, nos conduciría a impedir la flacidez y decadencia del músculo, y nunca sujetos a la moda, capricho del vulgo o imposición de gustos ajenos, causa de que el hombre moderno entontecido de orgullo, con la jactancia de considerarse el más libre de los seres, aparezca el más despreciable de los esclavos. Entró de improviso en su refugio, acorralado por la jauría de los rayos solares. Los camaradas se mecían en sus chinchorros, a todo lo ancho del espacio, en un ir y venir acelerado que renovaba el ambiente, al modo de aspas ventiladoras. En aquel medio de paz y de frescura se hacía oir la voz de Ramírez.

—Ese muchacho que hemos visto con las uñas y las yemas de los dedos reventadas es una prueba de lo empírico del método para abrir y extraer las almendras. Creo que el mazo que ni siquiera es de estos cerros, pues son cilindros o lajas de piedra que como negocio traen de fuéra, se podría sustituir por algo mejor, una máquina que rebanara la corteza de las frutas sin partirlas; y así junto con ahorrar tiempo se emplearían

menos hombres que tanto necesitamos en otros oficios y labores.

—No por hábito de contradecir, repuso Kalunga, manía ridícula de la cual no padezco, debo observarte que la industria ni es vieja ni es importada, sino muy nueva y muy criolla. Nació cuando a un buen comerciante se le ocurrió enviar al extranjero una muestra de sarrapia que después de empaparla en aguardiente, toma color de ciruela pasa, y con ese aroma especial que no tiene de fresca ni antes de la operación. Inventa tú el aparato, lo patentas, y te auguro mayores proventos que los de andar con el abecedario y la tabla pitagórica al hombro, sin que nadie los cotice o te los compre de contado.

—Ese proyecto se parece a uno de los tantos que figuraron en la época de los monopolios o lo que es lo mismo de la *mabita,* en que no faltó quien pretendiera arrendar la Barra de Maracaibo, las Bocas del Orinoco, los picos de los Andes, y en consorcio con el Ministro de Fomento que lo apoyaba para remate, un pacífico ciudadano se entusiasmó hasta volverse loco con la facilidad que había de acumular dinero de ese modo y presentó un contrato en que alquilaba por noventa y nueve años las sabanas del Guárico para la cría de camellos, con exclusión de cualquier otro animal.

Gómez Boada que oía y se columpiaba a más y mejor, picado por la curiosidad cayó en el lazo que les tendía el dómine.

—¿Y qué objeto se proponía con esos bichos el ciudadano ese?

—Pues destinarlos al transporte de la correspondencia, especialmente en los Llanos, porque una bestia de piernas tan largas no la ataja ningún caño ni se atasca en ningún charco.

—Y no lo aprobaron, añadía, con tan notorias ventajas para la nación?

—No, a pesar del calor que para empollarlo le prestaba el Ministerio, se les enfrió el pichón de alcaraván y cuentan que en el desespero de monopolizar algo, el contratista, ya que no encontraba por donde meter las narices, resolvió encajarlas como ratón de iglesia, por cualquier agujero, y se zampó en la cueva más retirada y oculta que halló a sus instintos. Poco tiempo después acusaba las márgenes del Casiquiare, a título

de tierras baldías, y se las concedieron y se las traspasó a una compañía inglesa que, domiciliada en el Brasil, vivía de puras trampas y que resolvió hacer la última quebrando. Pero este monstruo tomaba distintas formas y cuando nadie se lo imaginaba, apareció un belga que para más señas tenía apellido de zorro, Fuchs, diciéndose cesionario de aquel infeliz engendro, asesorado y defendido por un abogado, un gran patriota venezolano (de dientes para afuera), y hubo que darle un trancazo por el cogote.

Bocayuba que había estado rumiando aquella ensalada sin poder engullirla, se deslizó de rondón en el asunto.

—A quién? Porque por el hilo no deduzco al sujeto que se le quebró el serrucho o se lo reventaron en la cabeza. ¿Quién fué el destripado? ¿el belga, el contrato o ese leguleyo que por lo visto es de los que llaman escarabajos, para indicar el oficio de que se alimentan y viven?

—A todos juntos, pero no en aquel entonces en que campeaba la mojiganga de un periódico semi-oficial, abanderado del desorden y de la iniquidad, con un paquidermo de Aguadulce, nombre que lleva un pueblo de Puerto Rico, y que nos hizo la merced de obsequiarnos un histrión que incapaz de servir de cocinero en su tierra, se vino de sastre a Caracas, y no pudiendo tampoco blandir las tijeras del oficio, se resolvió a manejar su lengua bozal, a modo de escoba que arrastra toda vileza y acumula toda inmundicia, para escarnio y vergüenza de propios y ludibrio de extraños. Supónganse que en una de las páginas destinadas exclusivamente a la adulación aparecían sueltos por el estilo: " de Paracotos comunican: anoche cayó un aguacero torrencial, agricultores de plácemes, ciudadanía de júbilo. Bendigamos la mano generosa del caudillo; éstos son gajes de la *Rebajación sin igual!*" (*) "En Chichiriviche una mujer del campo acaba de dar a luz tres rollizas criaturas, prodigios de la época, munificencia de la mano que nos gobierna." Y para remate en unos esbozos biográficos del caimacán el panegirista recorriendo a los héroes más famosos desde la antigüedad a nuestros días, y dejándolos chiquiticos

(*) Uno de los diversos apodos con que el pueblo denominaba aquel estrafalario período que se tituló Restauración liberal.

ante su ídolo, terminaba con este rasgo soberbio: "hasta en los ojos se parece a Napoleón."

—Sería de ver a un mico con pupilas azules de gato! Sin regatear el precio hubiera alquilado a ese fenómeno para exhibirlo a la faz del mundo, y creo que me hiciera millonario con sólo presentar el mamarracho.

—Pero ¿qué hacías tú, dónde estabas? ¿De modo que no supiste lo que pasó en Venezuela durante el bochorno de esa época, cuando para colmo de desgracia hasta sufrimos un bloqueo de Inglaterra, Alemania e Italia, que prevalidas de nuestra debilidad y de nuestro desbarajuste vinieron a reclamar con la boca de los cañones pagos de deudas cuyos intereses ni siquiera abonaban en aquella zambra de locos y beodos? Aquel escándalo motivó el aparecimiento de la doctrina de Drago, ilustre jurisconsulto argentino que la formula, que a capa y espada la defiende junto con su país, sosteniendo en resumen, que así como no hay legislación civil que prescriba la destrucción de los haberes del deudor por falta de cumplimiento y que autorice al acreedor a que lo ejecute por su propia mano, de igual manera no hay principios de derecho alguno que establezcan la ruina de un pueblo para efectuar los cobros internacionales. Como son cosas tan públicas, tan ajadas y sabidas, extraño que vengas a salir con tu cara de asombro; a menos que me prepares una carnada de anzuelo.

—Vamos por partes, y quedará satisfecho el maese rábula, si a tanto llegare mi habilidad para defenderme de un cargo injusto por lo erróneo. Yo había resuelto no estar visible en mi tierra, lo que logré por mi especialidad en el galope, y en uno que emprendí con entusiasmo, traspuse la frontera de un solo brinco y me resolví a deleitarme en Curazao, comiendo nísperos y chupando mamones, tarea que cumplí a contentamiento de mi bolsillo que jamás anduvo lo suficientemente holgado; y para delicia de mi familia, porque no me arriesgaba en ninguna intentona revolucionaria que me pudiera costar el pellejo. Yo no escurrí el bulto; me espantaron los jefes civiles que volaban tras de mí hechos unas fieras, cual bandadas de zamuros a caballo, y cuando de instruccionista empedernido merodeabas a gatas, que es casi decir que no sirves para otra cosa, en vez de dedicarme a sembrar apios o freír micos, ope-

ración muy cónsona con tu magisterio escolar, me puse a contar las olas que arribaban a la isla, los bostezos de los desterrados, las narices de los judíos y a ensayar por mi cuenta el método más rápido para digerir el *funche.* Yo, amables oyentes, voy a tomar una actitud melodramática (y al efecto, se bajó del chinchorro); a la inversa de aquellos que usan una cuarta de tacones y un sombrero de media vara de copa con el objeto de aparecer bien altos (aunque resulten como un sandwich que llevara por tapas un *pumpá* y unos zapatos!), no quise ni siquiera echarla de proscrito ni de hombre prestigioso en política, ni de arrogante figura militar, por no igualarme a ciertos vagos, a solapados embaucadores, a tristes e infelices caudillejos que se van de su tierra cada vez que no encajan en un gobierno o que los desprecian o los botan al barrer la polilla de los puéstos públicos. A mí me daba grima oír a esos isleños hablar de Venezuela, porque de seguro era para injuriarla, como si la madre tuviera culpa de que un hijo desnaturalizado, al frente de una camarilla de aduladores y de truchimanes que llevaba enredados a la cola, se hubiesen propuesto avergonzarla con sus francachelas, escándalos y atropellos. Yo, bachiller incorregible, me propuse adormecer mi espíritu con opio de paciencia, pues se necesita mucho de esta virtud para refugiarse en las Antillas, algunas de las cuales no son ni serán nunca más que islotes de contrabandistas, porque en los tiempos que corren ya no lucen ni medran los piratas. Y junto con olvidarme del buen gusto de saborear las lenguas literarias, me divertí escuchando a todas horas rebuznar en *papiamento,* y para imitar a Sieyes cuando repuso al bochinchero de Bonaparte que le preguntó qué hacía en la Revolución francesa, durante la época del Terror, y le contestó: "vivir," te responderé con igual laconismo: vegetar.

Bocayuba que embebido seguía el hilo de la conversación, columpiándose también y dentro de la fresca anchura de la pyjama, con voz entrecortada por la risa, se introdujo en el diálogo.

—Reséñanos al vuelo ese baturrillo de cosas, cuenta todo lo que te sucedió por tus zumbas y por tomarle el pelo, al que ni por chanza llevaba uno en la mollera ni tenía uno de cuerdo, con ser que le daba cabezazos a la puerta del manicomio y

no se la abrían, empeñados sus secuaces, tan fatuos como él, en que no estaba loco porque estaba suelto... ¿A que no vacías de un tirón lo que hay en el *agaje?*

—¿Que no me despepito? Si fué que por abreviar no sólo me comí las comas de la peroración, sino que por un tris me sucede lo que a un parlanchín de cantina a quien su mesonera para quitárselo de encima, como quisiera yo quitármelos a ustedes, le sirvió un cocido de municiones y se las engulló creyendo que eran garbanzos.

—Conque ahora me toca a mí, volvió a pincharlo Néstor: ¿si será que el escaldado no quiere mostrar las mataduras porque no le vean los lomos?

—No me tientes ni provoques; soy de los escasos que pueden exhibirse sin temor a que los señalen con el dedo, y mis faltas por más que las exagere la malignidad de mis enemigos no pasan de ser veniales; sin embargo, por un pecadillo literario me aplicaron la ley del talión. Si por un soneto casi me ahorcan, díganme si me desmando y llego a producir un tomo entero, a usanza de los que empiezan por dedicarle uno a la novia y concluyen espetándole a cada cosa o bicho que encuentran una docena de tales composiciones.

—Pero esa atrocidad es digna de lanzarla a los cuatro vientos, y grabarla en piedra blanca para los fastos poéticos de Venezuela.

—Entre bobos anda el juego, y no se lo has dicho a ningún babiecas; pienso escribirle un prólogo, que será un volumen, con el título de aventuras y desventuras, altibajos y percances de un autor o sea historia compendiada e inédita de los males que le llovieron por catorce endecasílabos.

—¿Pero quién fué el responsable? ¿Tú o esa ringlera de renglones cortos? añadió Gonzalo. Cuando se confiesa úno, es de rigor no dejar nada en el tintero, o lo que es lo mismo, entre pecho y espaldas. A mí me han referido que tus compañeros asilados fueron los causantes de que te llevaran al pulguero.

—En síntesis, fué el caso que uno de tantos proscritos decía una tarde en un corrillo cerca del Puente de Barcas, que ningún amante de lo ajeno le ganaba al *Reventador* en el descaro con que se usurpaba nombres y distintivos altisonantes y que del escamoteo había salido muy mal hasta el Quijote,

puesto que le desvalijó el mote de uno de los personajes. Otro de los circunstantes que era general, de los muchos que también se apropian ese grado, aunque después les apliquen el conocido epitafio:— aquí yace un general, héroe de la Guerra Larga, que oyó la primer descarga, en su lecho funeral—nos increpó: "¿qué les extraña a ustedes esa urraca, cuando *Lilís* (Ulises Hereaux), el célebre dictador dominicano, confesaba que creía a pié juntillas en la descendencia del mono, porque sobraban, junto con él inclusive, los ejemplares humanos que se desviven por meter sin permiso los dedos en los bolsillos del prójimo?" De resultas de aquella aseveración tan paladina y universal se originó una jarana de chocarrerías, y cuando nos despedimos para ir en busca del *funche,* pues allá no hay siquiera lugar de indigestarse con nuestras populares caraotas, llevaba entre ceja y ceja el proyecto de cometer un soneto, y después de una brega de tres días con sus noches, cazando consonantes rebeldes y amarrándolos por las puntas, volví al sitio en que de costumbre nos juntábamos los ociosos, muy ufanos en arreglar la patria cuando llegara el momento feliz; y al verlos reunidos aproveché la ocasión, diciéndoles: "aquí está mi óbolo, un novicio que se encarama en la tribuna, les pide y les exige por adelantado la más generosa indulgencia." Y en medio de la espectación empecé a leer con voz emocionada, de colegial ensayado:... "Pero vuelve los ojos a estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya..." (*) Hice un alto, respiré y proseguí:

Como apenas faltaba al malandrín
en su estrecho chirumen de chacal,
sanguinario y estúpido y venal
de un brinco dar a su miseria fin.

Resuelve en su demencia el *calanchín*
arrancarse la cerda de animal,
y bota de arracachas el costal
y en pelo se le monta a su rocín.

(*) El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, Parte I, Capítulo XVIII.

Monstruo de vicios que amasó la hiel,
agarra por las crines la ocasión
con una horda que lo sigue fiel.

¿Quién habrá que supere a este bribón?
Empezó por robar a Timonel,
y es el caco más vil de la nación!

—Bravo!—Estupendo!—Magnífico!—Te felicitamos! (porque nunca ha de faltar entre nosotros el emplasto de una felicitación!)—Hay que publicarlo inmediatamente.—Qué banderillazo! Eran las voces que salían del corro y no me escatimaron ni abrazos ni apretujones en aquella efusión patriótica. Y para sacar copias, de las manos me arrebataron la hoja de papel. Tres días después en dondequiera oía hasta en *patois* recitar versos de mi producción político-satírica, y gocé de la locura de esos momentos de gloria efímera, bañado en aguas de rosas con mi triunfo, creyendo que todas las miradas se fijaban en mí, porque el mundo (puerilidad que trastorna a los primerizos literarios) no debía pensar sino en el autor del soneto, al que un crítico sesudo y penetrante, de esos que por ser incapaces de concebir algo se complacen en babosear los partos ajenos, no encontraba otro defecto que el estar escrito en consonantes agudos, como si no los autorizara el uso de los grandes maestros. Alguien hubo que me aconsejó escribir una sátira o una novela de mayor aliento, para ridiculizar a la situación imperante en Venezuela; pero la manta no daba para tanto, según mi modesta opinión, o de otro modo, no creía que la pandilla mereciera los honores de ocuparse úno de ella, desdeñé los halagos de mi precoz y futura nombradía y cansado de aquella vida de inútil espera, aguardando a que las frutas se cayesen de puro maduras, convencido por la correspondencia de familia que de mí nadie hacía caso, que ningún politicastro se acordaba de aquel mozalbete, cuyas opiniones por contrarias que fuesen, se tomaban a niñadas, burlas o fisgas, en la primera ocasión y sin despedirme de mis compañeros de inofensivo ostracismo, en un vapor holandés me embarqué para La Guaira, y con gran regocijo y los brazos abiertos me recibió mi abuela la Rotunda.

—Eso no fué sino un cambio de hotel, expresó Néstor: te viniste de una mala fonda de Curazao a que te hospedaran en otra igual o peor, con la diferencia de que allá le chupabas el jugo a los nísperos y aquí te iban a chupar el tuyo las sabandijas de la cárcel.

—Qué palo de imprudencia, recalcó Gómez Boada, abandonar aquellas delicias para gozar de estas ventajas, despreciar el resistero de aquel peñón que parece un anafe encendido sobre una roca, por buscar el refugio de tan benéfica sombra.

—Pero si no he concluido, si es que ustedes a lo mejor del tiempo, después que lo ayudan a subir a úno, le quitan la escalera; cuando se va en la mitad del cuento, con una chuscada imprevista, lo dejan a úno guindando.

—Pagamos en la misma moneda; el pescado muere por la boca; de tal padre tal hijo, contestó pausadamente Bocayuba. Así como tú nos pones en ascuas, nosotros te ponemos en parrilla; con la vara que tú cortas te medimos nosotros; lo que no atisbo es el motivo de que te sorprendas. Ya es hora de saber por qué cambiaste de dirección y de residencia, sin quererlo, y en vez de posar en tu casa fuiste a posar en la policía. Lo que esperamos es un extracto de ese arreglo de cuentas. Total: ¿quién tuvo la culpa?

—¿Pues quién iba a ser? Nada menos que el sonetico (y se calló mirándolos con sorna y medio sonreído.)

—El sonetote, descerrajó Ramírez. ¿Acaso es poco el veneno que destila de la cola?

—Apenas me habían acabado de alojar en el calabozo pasó un cabo de recorrida por frente de la reja recitando en voz baja los versos del último terceto: "Quién habrá que supere a este bribón?"... Era aquello un sueño, una alucinación endiablada, ¿cómo podía suceder que sin haberlo publicado aún, puesto que no salió en el único periódico que había en la isla, resultara venido a Venezuela y en boca de todo el mundo? Después que intimamos, un compañero de prisión me preguntó: ¿usted no conoce al *siempre vencedor y jamás vencido?*— Ni ganas, le repuse, disimulando el enojo que me ahogaba. No me refiero al *maute* ese (el individuo era de Apure y hablaba en su lengua,) sino a una composición que nos llegó hace algunos días y siquiera por lo cargada de ají nos venga de los

malos ratos, ya que no lo hacemos con nuestra propia mano. Fingí estar por completo en la luna. Y me espetó, sin suprimirle un punto, mi epigramático ensayo que después de haberme valido tres noches de vigilia, ahora empezaba a costarme la libertad y quién sabe si hasta un ojo de la cara. En resumen, aquellos asilados cifraban toda su enemiga en estar mandando tal cual vez a escondidas, noticias falsas, hojas sueltas rebosantes de bilis, panfletos del mismo gusto y color, con frecuencia pasquines, y entre esas remisiones apareció un paquete del adefesio, en letra de máquina, firmado con mi nombre y apellido escuetos; y si no hay mejor manera de divulgar una noticia que participarla en secreto, es suficiente prohibir una obra por insulsa que sea para lograr con rapidez su circulación; de igual manera los catorce renglones como una mancha de aceite se difundieron por todas partes.

El pedagogo no se retrajo en asestarle una chinita más:

—Entraste al templo de la fama por el zaguán de chirona.

—Y me salí por la puerta falsa de aquel paraíso, que no es poco salir, con intenciones de circumbalar el globo y fuí a parar la carrera a Budapest, y si no me ataja un invierno que extenuó las fuerzas de mi faldriquera y entumeció mis rodillas, todavía estuviera corriendo por las estepas del Asia. ¿Pero ustedes qué hicieron? Pues a juzgar por las apariencias que observo, se aconchavaron con el tío tigre, y se mamaron la ubre de la bonanza y del bienestar de una época tan deliciosa (lagarto!) en compañía de los cachorros sin garras que agasajados por el taita merodeaban sueltos de un confín a otro confín.

—Ten con ten que el rengo es de malas mañas y te tumba si corcovea, con mi título debajo del brazo anduve a trompicones, en perenne bostezo, sin hallar dónde extenderlo, porque entonces los Ministros de Instrucción resolvieron apagar las luces para que no les faltara obscuridad.

—Yo me profundicé en los montes del Alto Catatumbo y no me atreví a sacar ni la punta de una oreja por temor de que me la desguazaran los murciélagos; soporté más bien una vida silvestre y de privaciones antes que me borraran de la lista de los vivos; tomaba notas originales de costumbres criollas, pues no tenemos otras; esbozaba croquis de tierra nuestra, la única que nos atañe y nos distingue como pueblo y como nación; y

al cabo, de bosque en bosque y de costa en costa, vine a encontrarme con el amigo Gómez Boada que se divertía jugando al escondite, unas veces de contrabandista y otras de lo mismo, porque el sancocho de aquellos tiempos corría el peligro de que no llegara a la casa después de conseguido o de que los esbirros del *siempre vencedor y jamás vencido* se lo arrebatasen a úno de la boca.

—Y no se lo dejaran probar, aunque oliera como éste, agregó Néstor, señalando a las indias que asomaban a la puerta del caney sosteniendo en sus cabezas y caderas las cestas del almuerzo.

La pitanza se convirtió en un torneo de proyectos sobre las futuras correrías y empresas que era necesario realizar en diversas regiones para beneficio de los intereses individuales y provecho del engrandecimiento y prosperidad nacional. Opinaba Bocayuba que las costas se habían poblado a causa de la facilidad que encontraron los primitivos fundadores para comenzar sus labores agrícolas, y de aquí que hacia el corazón de las grandes, fértiles selvas que demoran incultas en el interior, apenas se descubren núcleos insignificantes de pueblos y simulacros de ciudades. Que los ríos, esos caminos que andan, según la frase estrujada del vulgo, legítimos heraldos de la civilización de todos los siglos, palpitaban a guisa de arterias con nervios, de lozana robustez y elasticidad, por el organismo incólume de una república erguida a las puertas del mar Caribe. Y en efecto, se parte de la Capital por la hoya hidrográfica del lago de Maracaibo, se atraviesa el ubérrimo itsmo del Táchira, y se llega a las concavidades del Arauca y del Apure para descender navegando a la cuenca prodigiosa del Orinoco. Hay una nación, una patria, una Venezuela hermosa y floreciente que conocemos y amamos desde los bancos de la escuela, y que de hombres para admirarla y disfrutar sus riquezas recorremos en los vehículos del progreso, el carro, el vapor, el automóvil; pero existe una más bella aún, una más rica todavía, por la altiva soberbia de sus montañas, la exuberancia de sus climas y el emporio de sus minerales; y esa porción tan vasta, que se extiende desde el océano al Brasil, desde el Orinoco a la Guayana británica, es por desventura la más ignorada de sus hijos, la más lejana de la Capital, la más solitaria. Este suelo que hollamos, con-

tinuaba, fascinadora región de mi país, instiga mis ensueños y me lanza en el porvenir sorprendiendo metrópolis, escuchando el zumbido de las colmenas humanas, en donde hoy señorea la aterradora majestad de los desiertos. Esa perenne alma de la raza que me agita sin descanso, que es mi única fuerza y mi orgullo único; esa voluntad aspérrima del comunero de Castilla, o del bizarro explorador, o del marino audaz, o del soldado sin miedo: ese "cristiano y caballero, como español sin tacha," de que habló Zorrilla, el poeta inmenso de nuestra lengua, es el que intacto perdura en mí después de cuatrocientos años y todos ellos por ventura son los que de consuno se adueñan de mi espíritu y sacuden y atizan la inercia de los músculos y las llamaradas de la inteligencia, para que me resuelva con toda la renunciación de un apóstol a empezar la Venezuela del siglo XX, fundando una ciudad en Atures, al pié de los grandes raudales.

Como toda idea alta y generosa difunde su grandeza en el mismo ambiente donde se incuba y lo impregna de un aliento de solemnidad, las palabras de Gonzalo tenían un sonido metálico, de vibraciones desconocidas.

En medio del silencio siguió la voz gemela del hermano en propósitos, voz más grande y sincera que la vinculada a nuestra vida por el lazo de la sangre.

—Y nosotros te secundaremos con un sólo móvil y con una sola tendencia, emocionado acentuó Kalunga, con un fin no más: la prosperidad nacional. A brindar por los pueblos que brotarán de nuestras manos y de nuestras ansias de trnsformación. ¡Hurra! por las promesas que se afirman en hechos de vitalidad y de trascendencia y por los sueños que se convierten en la realidad de las obras, a despecho del pesimismo que socava energías y agosta manantiales de entusiasmo y abnegación. ¡Hurra! por la voluntad que no se achanta ni desfallece ante los primeros ni los últimos obstáculos!

Como eran abstemios se vieron en el forzoso paso de chocar los jarros de peltre, vasijas homéricas de los jornaleros, rebosantes de ese bullente elíxir que desciende gorjeando por entre los cauces profundos de los cerros, por entre las breñas y peñascos, para fecundar y robustecer las tierras incultas y los predios lozanos que resarcen a maravilla los esfuerzos del

hombre. Y también porque los cristales de bacarat o las copas de Bohemia están demás en la aspereza de los bosques, frente a la naturaleza que se engalana con sus joyas abruptas, pero de una belleza fuerte y varonil, disuenan la fragilidad y delicadeza de artefactos que denotan la inconsistencia de refinamientos y gustos femeninos.

Néstor no pudo evitarse una apostilla que ajustaba sin ruido y venía al molde:

—Nosotros nos emborrachamos con esperanzas, cuando las ondas vibrantes de ideas nuevas nos rozan las sienes y nos aturden fanfarrias de triunfos venideros. ¡Bendita borrachera la del amor a la patria, bendito bebedizo el que hace perder el juicio a las falanges que batallan por la raza!

Gómez Boada también reflexionó:

—Dios ampare a los que a cada nuevo día se levantan con mayores bríos para reanudar las faenas!

Cuando encendieron los cigarrillos para deleitarse con el café y sumergirse en la siesta, rachas de viento roznaban por entre las palmas del caney, esparciendo indefinibles rumores de sopor, y vahos de letargo envolvían a los seres y las cosas. El sol caía.

—Ahora, continuó Kalunga, saboreando un egipcio y tendiéndose en su hamaca, no envidio a Carnegie ni a nadie; me parecen los millones inútiles y demasiado molestos; me considero un nabab que desertó de la India asiática para refugiarse en la nuestra; ahora me ganarán ustedes, hasta en roncar al post-meridiem; pero si se transformaran en diamantes todas las arenas de esta playa y me convidasen a recogerlos, no saldría ni un palmo más allá del quicio. Con un hartazgo de gastrónomo, con un licor de entusiasmo patriótico, con el tabaco que viene de los jardines de Cleopatra, con la espectativa del viaje y con esta sombra, en medio de un desierto, si me resta una pisca de cordura, y no empiezo a bailar como un títere, es por respeto a los fueros de la amistad y del compañerismo. Dentro de tres días estaremos a muchas leguas (Néstor, no te disgustes porque no use en mis cálculos el sistema métrico decimal), y dentro de seis puede que lleguemos nosotros mismos a abrevarnos en el Orinoco.

Nadie le respondía. Chirriaba el vaivén cadencioso de los chinchorros. El humo de los fumadores, formando racimos

grises, se prendía en las hojas del cobertizo. Alguna cigarra a distancia no cesaba de rascar las cuerdas de su violín.

El monologuista continuaba:

—Me voy sin una lágrima siquiera. ¿De quién será este endecasílabo? ¿Por qué se anida en el matorral de mi cabeza este avechucho de parvada ajena? Por la razón sin razón de que no sólo los versos por lo insulsos, sino lo que hiciere nuestra frívola curiosidad, se pega a la memoria sin andarse con miramientos ni pidiendo excusas a sus legítimos dueños. Me voy, casi del mismo modo que vine, sin haber hecho un mal a ningún insecto de la escala zoológica (maestro, no te alarmes por mi tecnicismo!) y sin pararme en pelillos, o lo que es igual, procurando que no me tachen por mi ligereza de morrocoy. ¡Quién tuviera un aeroplano a disposición para lanzarme a toda máquina por esos aires y bajarme a cenar esta noche en el comedor de mi casa! ¿Cuándo será ese cuando en que salga de Caracas después del desayuno, almuerce en San Fernando de Atabapo, aterrice en la piedra del Cucuy para tomar un helado y regrese por la tarde a oir a la Barrientos o ver a María Guerrero en el Teatro Municipal? Y otro verso ajeno asomando la punta de sus ritmos: ¿cuándo será que pueda....?

—Libre de esta prisión volar al cielo, añadió Ramírez. Te contesto por la cuenta del imperecedero Fray Luis de León, y porque no te figures que estamos sordos o nos queramos tapiar las orejas a tu soliloquio burlesco. Y por la mía propia: los pueblos como los hombres que conservan intactas sus energías y se demoran en el camino de los adelantos, se ponen en marcha de un momento al otro, y efectúan en diez años las jornadas que dejaron de hacer en siglos, verbigracia, el Japón.

—Novedad novísima, fiambre de lo puro reciente y plato de toda boda o perenne ensalada de los banquetes periodísticos. Ese desperezamiento es el que aguardo, y a veces tiemblo que no suceda, porque a nosotros los venezolanos nos gusta más una hamaca que una muchacha bonita, y por eso la centuria anterior la pasamos durmiendo a la bartola o nos echamos con la carga después de 1830, y cerramos los ojos y los oidos y no despertáramos si no nos tumban las puertas a golpes y a gritos; y al abrir los párpados y estirarnos bostezando,

nos encontramos con que los compañeros del cabo austral de Sur América iban corriendo bastante lejos.

—Pero los alcanzaremos de un solo tranco.

—Que así sea, fué lo único que chistó Bocayuba, medio adormilado, porque Gómez Boada, ya sumergido en el bochorno de la hora, no movía ni un dedo de las manos ni un músculo de la boca.

—Continúa que aún te escucho, tornó a decir Ramírez con un acento tal de soñolencia, que era imposible no lo advirtiese el humorista avizor.

—Hasta luégo, que también voy de pasaje en la misma nave y me dirijo con rumbo cierto a la urbe de la pereza por el sendero de la ociosidad; y si este lecho no es de rosas, nadie me negará que es de envidiables adormideras.

El caney quedó en el más profundo silencio. De las cinco de la tarde en adelante empezó el desfile de curiaras, bongos y otras embarcaciones fluviales que conducían a sus apartados hogares a los restantes trabajadores de la empresa. Los enhiestos montes de la banda occidental proyectaban una sombra apacible y vagarosa sobre los alisos y guamos ribereños y extendiéndose con ondulaciones de manto flotante avanzaba de segundo en segundo sobre las casuchas diseminadas de la ranchería. En los picos lejanos reverberaban los cárdenos destellos del ocaso y por el límpido cielo azul las aves seguían sus rutas invisibles hacia los polluelos y los nidos. Cada barca era un diminuto bosquejo de lo que fué el lejendario esquife del navegante Noé. Aglomeración de tripulantes de ambos sexos, colocados en hilera de un extremo al otro, movimiento de brazos y de *canaletes,* ruido de choques y voces, jaulas en que aletean gallinas y pájaros domésticos, guacales donde asoman por los huecos hocicos de animales de cerda, perros que laten y van de punta a punta por entre las personas y los cachivaches; cajas, baúles, maletas, todo un revoltillo, todo un estruendo desconcertador y original.

Los últimos que se pusieron en pié o que lograron aboyar desde las honduras del enervamiento y desasirse de los brazos encantadores de la siesta, que fué larga y tendida, como la requieren los amantes del trabajo, pero que saben reparar los desgastes de energía en las calmas de solaz, tuvieron que ser por fuerza Kalunga y Ramírez, o lo que es igual, los únicos

que se encontraban en tren de marcha, sin quehaceres ni atenciones, con el deseo de salir, de abandonar aquellos parajes y de volver a confundirse entre el barullo de los vivos y la marejada del mundo.

Sentados el uno sobre una silla de campaña, y el otro en un tronco, casi con las puntas de las botas dentro del agua, se entretenían en ver la partida de los barcos atestados de peones y de sus modestos ajuares.

Pasó una curiara muy pequeña y angosta manejada sólo por mujeres, rebosante de una caterva de chiquillos que iban gritando alegres y bulliciosos, con esa sencillez encantadora, ajena de amedrentarse por los riesgos ni de prever las contingencias de futuros peligros. Batiendo las manos, agitando los sombreros se perdieron en lontananza.

Néstor, embobado por lo pintoresco de aquel desfile, y paseando la imaginación por las vicisitudes de viajes nocturnos, en que se arrostra la muerte a cada vuelta del río o en cada desnivel de las corrientes, murmuró casi para sí mismo:

—Y van solas. ¿No habría un hombre que las acompañara? Si ese cascarón se voltea, ¿quién podrá salvarlas? ¡Venir de tan lejos y arriesgar la vida en estos desiertos, por recoger unos sacos de almendras y reunir unos bolívares que tal vez los padres o maridos malgasten en borracheras y parrandas!

—Ni se ahogan ni se mueren; no te preocupes, fantástico bienhechor. Y arribaron por iguales o parecidos motivos que los nuestros. Con la bella intención de zafarse de aprietos, o de trampas, por la razón de que nadie está contento con su suerte o quiere trocarla por algo mejor, aunque en la busca o mudanza lo desalojen o lo conduzcan a úno para el otro barrio, sin cobrarle nada por el alquiler o por el trasporte. No te desveles porque la curiara atraque en el primer barranco o peñón de un solo cabezazo, y en vez de echar en tierra los pasajeros los eche al agua; o que le dé un patatús en la mitad del río, que no es lo mismo que en medio de la sala, y en lugar de ir a la orilla se vaya a fondo, y en cambio de que los reciban los parientes con abrazos y besos, los aparen los caimanes con los colmillos de punta. No te apesadumbres por la suerte que corran los que tú te figuras desamparados, que no lo esta-

rán de veras tanto, cuando han llegado ilesos hasta nosotros desde el zafarrancho que tuvo Nuestro Señor con el abuelo Adán, y porque a pesar de las cerrazones y aguaceros del diluvio, con ser que salieron con la ropa, la pluma o el pelaje chorreando, logró el patrón del arca desembarcar en los muelles del monte Ararat a toda su tripulación, familia, parentela y jardín zoológico. Y desde entonces no hemos dejado de rodar por este globo ni bípedos ni cuadrúpedos, ni ningún bicho del suelo o del aire, con o sin uñas, tropezándonos a veces, estorbándonos siempre, por lo regular de malos modos, por de contado agrios de carácter, displicentes o coléricos; y o nos damos con los codos o nos mostramos los dientes (y también nos los clavamos!) gruñéndonos cuando no se puede más y como fieras devorándonos en la primera ocasión, aunque nos sobran los sermones de amor y de justicia y no faltan las prédicas de libertad, igualdad, fraternidad, porque diz que somos hombres o entes racionales, y yo no lo pongo en duda, pero siempre me quedo con mis aprensiones y sospechas.

—Y yo sin voz ni voto, estático o paralítico, con semejante desguitarramiento de palabras.

—Y no he comenzado. Estoy en los prolegómenos. ¿Ves aquella manada de hombres que bajan vendiendo el contento y haciendo una grisapa de mil demonios? Por más que el bongo se les vaya a pique y ellos caigan en el colchón del pedregal arropados con la sábana del agua; por más que se les atraviesen las dificultades y los amenacen los peligros, seguirán con su charla, y sus gritos y su algazara sin que nada los ataje ni enmudezca. Un rayo podrá partirlos en toletes, convertirlos en polvo, átomos de gas o de vapor, pero los fragmentos, pedazos, nubes o partículas continuarán impertérritos hablando. Te apuesto a que son maracaiberos.

—¿Por qué no dices zulianos? Mira que si alguno te oyese se picaría por no darle su gentilicio en forma. Ellos son muy puntillosos y se enfadarían por tales nimiedades. Y ahora que me provocas, voy lo que quieras a que son caraqueños, nacidos y bautizados en el barrio de Catedral. A ver, ¿a que ésta sí te la gano, o me convierto en fraile? Los conozco en su aire de suficiencia y de superioridad, porque con el mero hecho de haber visto el pico del Avila desde que abrieron los párpados y atravesado el Guaire en los brazos de una niñera, viven con

la descabellada presunción de ser los más capaces e inteligentes de sus compatriotas y nadie les echa pié adelante en méritos que no les retoñan por ninguna parte o en aptitudes que no se les hallan ni con lente de aumento.

—No seas tan párvulo, por no llamarte galápago; aunque tengo más defectos que pelos en la cabeza, no cojeo del puntillo de regionalismo y me importa un ardite que me saquen los cueros al sol, o que en la belfa me restreguen las costumbres o resabios provinciales. A Dios gracias, entre mis vicios, debilidades o máculas, esa jiba no es la que doblega al jorobado! ¿Cuánto vas a que me salgo con las mías? Si les registramos los peroles, ¿a que les encontramos una Constitución en cada maleta? Por allá en las riberas del lago se les topa atollados en un arenal, vestidos de negro, con botas de charol, a medio día y con un sol que llueve tizones o por lo menos cenizas!

—O montados en un borrico, de *pumpá* y de levita, cuello bajo y corbata blanca, de alpargatas y con un código debajo del brazo, así cuentan que trafican por caminos y por calles!

—Y la verdad no es cuento, y a ti te van a contar cuántas son cinco, porque los has puesto verdes. Y tan caritativo que te fingías y sólo espiabas descubrirles el codillo para no marrar el flechazo.

En ese momento desfilaba otra curiara por delante de los implacables discutidores, con algunos jornaleros de semblante de guapo, fornidos, corpulentos, barbudos y que llevaban *peinillas* al cinto y sombreros de pelo de guama caídos sobre la oreja izquierda.

Néstor, volviendo a las andadas, siguió con la broma:

—¿Y estos paisanos de dónde proceden? ¿A que no los conoces? Con ser que tú columbras desde aquí a un venado que ande corriendo por los antípodas, ¿a que no sacas por la facha y los modales el villorrio o terruño de estos individuos?

—¡Vaya una necedad! Si no son tachirenses, que me esplumen. El empaque no miente; si pudieras charlar con ellos te deleitarías con el sonsonete: "mirá hombre, caminá sin *quimbas* pa que se t' hinchen los deos; por lo pobre *mano* Pacho, pila el máiz por el *ajiaco;* con el *miche* y con el *pisco* pasan las penas del rico; con una taza de *mute* come la mama y el sute". ¿Y qué nación o pueblo no tiene lacras morales o

físicas, imperfecciones u originalidades, usos o costumbres que los hacen distinguir de los demás y que no se confundan de los nativos de otros países? Qué hermoso el linaje humano con una misma cara, con un mismo cuerpo y para colmo hablando con un solo idioma! Por fortuna al Hacedor del Universo no se le escapó ningún detalle, mayúsculo o minúsculo, para que después se lo tacharan de imprevisión o de falta de conocimientos en el arte de fabricar las pelotas celestes, por no decirles esferas. Y para ajustar el tornillo, tampoco se vió en el trance de consultar a un crítico chisgarabís, que de puro avispado y perspicaz le aconsejase que en vez de criar preceptores aumentara en beneficio de los gastrónomos, el género de los pavos y la familia de los gansos.

—¡Pólvora y fuego! San Pablo, líbrame de ponzoñas, que cometí la imprudencia de hurgar un avispero, y en cambio de chuparme la miel, me aprovechó el aguijón!

—*No tremes terra, qui o no te faço nada,* decía un portugués, el día de un terremoto. No te frunzas que no levanta ampollas el aceite hirviendo con que te estoy perfumando. A mí no me asustan con gracejos, ni marrullerías de provincia ni me enojan al afearme por mi origen la jactancia y presunción carabobeñas, porque les salgo al tope, según el caso y lugar del contrincante, con el ensimismamiento de los cumaneses que se figuran con charreteras de mariscales porque son de la tierra de Sucre, y se sublevan cuando mientan las dulces ananás sin añadir que en las vegas del Manzanares no brotan piñas sino terrones de azúcar que empalagan a las abejas. Y como estoy muy lejos de las estrechuras de criterio de aquel margariteño, a quien no le cupo jamás en el testuz que hubiera más sal que la de Coche, más pescado que el de sus mares, más perlas que las de sus ostrales, ni más santos en el cielo que la Virgen del Valle; y como no me imagino a guisa de un *llanero* que él solo sabía de reses porque nació en un corral, y montaba muy bien porque era remendón de fustes, y se las echaba de lince porque no le echaron la mano en su oficio de abigeato, y como no me pueden enrostrar que me tapo los lunares porque llevo la cara descubierta, si alguien me tachara de fanfarrón y de que en mi tierra enterraron a Don Quijote, le replicaría de pronto que eso nada tiene de raro porque lo

veneran en todas partes. Dómine, abre el paraguas y agáchate que te está cayendo a trueque de tus reprimendas la granizada de una lección; y si es verdad que detesto la pedagogía por el horror a los mostrencos discípulos, cuando llega el caso nadie carece de un garrote, por no decir de una férula. Y si no ando rompiendo lanzas, no reniego de mi abolengo, y aquí, como allá, por los cuatro vientos de Venezuela, he corrido una vida de campeador, sin coraza, sin yelmo, sin armas, con el único fin de conocer a mi patria, con el santo móvil de cerciorarme de sus necesidades, inaplazables las más; con el propósito de predicar—sin ser un Fray Gerundio—en cualquier púlpito y a la faz de cualquiera muchedumbre, que nos falta como pueblo y como nación la soberbia y pujante virtud de la unidad. Y que esfuerzos, tendencias y aspiraciones del venezolano actual deben coincidir en una idea, concretarse a formar de los diversos terruños y núcleos de ciudadanos, sin exclusión alguna, una densa y compacta masa; a estimarnos en lo que valemos, a no considerarnos extraños dentro del propio territorio, sino hijos del mismo hogar; a confundirnos en una amalgama única y hermosa por la solidez y vitalidad de los enérgicos elementos que la constituyan y mostrarnos ante el mundo homogéneos y robustos, generosos y fuertes, altivos pero hidalgos, con el brillo de un haz de rayos de sol de los trópicos que centellea sobre un jirón de la zona tórrida!

—¡Viva la unidad nacional!

Y este grito repentino y estrafalario de Ramírez, interrumpiendo al orador, resonó por las playas del contorno y el eco se prolongó de cerracho en cerracho, cual un tronido en medio del silencio y de la majestad de la tarde.

Después agregaba, compungido:

—Aunque nunca hace estorbo ni redunda una patriótica filípica, y si la necesito y la acepto con beneplácito, no soy el que más carece de ella; aunque te has valido de la ocasión de encontrarme indefenso y solo, que es casi decir que sin piedad me acribillaste, pues a usanza moderna no me diste un aviso de la agresión que me preparabas, convengamos en que me has arrebatado el oficio por la fuerza, y que en el desempeño has salido a pedir de boca, y que si los antiguos paladines al caer en la lid se entregaban con armas y bagajes a discreción

del vencedor, a mí no me queda más recurso que depositar a tus plantas mi modesta pero honrada tizona, o lo que es igual, mi título de maestro.

Y dejó caer a los pies del camarada un papel muy bien doblado, bastante percudido y amarillento. Kalunga pegó un salto de su silla y con ambas manos extendidas hacia el suelo, ocultos los pulgares, entre los dedos medio y anular, en la clásica forma que llaman de la contraguiña, soltó una estentórea carcajada.

—Por sí o por no, vociferaba luégo entre risas y gestos, hay que ensalmar el contenido de ese envoltorio; pero si en realidad encierra el diploma o guillotina que decapita al monstruo de la ignorancia, confieso sin ambajes que jamás estuvo en mejores manos. Recógelo, úsalo, manéjalo y aplícalo sin misericordia; haz hecatombes de esa hidra, no de ciento sino de mil cabezas y quémalas o entiérralas en fosas insondables, no vaya a suceder que resuciten y devoren de una tarascada a los compatriotas de Bolívar; que primero sucumbas en la demanda que rodar bajo los golpes de tan alevoso enemigo y que antes de que se te agoten los bríos o se te paralicen las muñecas, tu gremio sagrado se multiplique, se desarrolle y como un voraz enjambre de langostas cubra el país de confín a confín.

—Sin arruinar a nadie.

—Por sabido se calla.

—Sin hacer estragos.

—O sin estragarnos!

El ruido de una barca que venía a pasar por enfrente, les cortó el hilo de la conversación. Fuéra del patrón que iba agachado, una mujer madura y algunos chiquillos, se distinguía una muchacha bien puesta, de graciosa presencia, de faz sonreída, sentada cómodamente en la popa y que saludó con la cabeza y un aire significativo.

—¿Eso con quién es?—susurró Néstor en voz baja.

—Con cualquiera de los dos, pero ahora es conmigo,—repuso socarrón el interrogado.

Y contestó a la joven levantando y moviendo la diestra.

—Parece que los viejos son los papás y que no te conocieran, por el semblante indiferente que les noto.

—Los suegros siempre nos ponen cara de vinagre, a menos que a ti te haya sucedido lo contrario por un especial favor o por una gracia que no se te encuentra ni con microscopio y fueras así una palmaria excepción. La suerte es que con esos cancerberos muy poco o nada tenemos que brujulear, de otro modo una madre que en vez de la hija se asomase a la ventana, nos haría el mismo efecto que un toro en el portillo de una talanquera. Y ahora dime, ¿cómo empezarías tú a galantear una suegra, de esas bigotudas y desdentadas, que arrugan la cara al primer saludo y se les queda fruncida y se proponen a contestar, si es que contestan, en monosílabos o pujidos, a tus palabras corteses y melosas? ¿o a no responder una jota, lo que no es habitual en ellas, pues por la lengua no les gana una cotorra, y esto si no se les ocurriese algo peor, como darte unas calabazas por cuenta de la novia? ¿De qué manera te las arreglarías tú para salir del paso?

—Empezaría por no empezar.

—Pues así he comenzado yo, en estas u otras parecidas circunstancias; pero el destino, que es a veces tan pícaro como el diablo o tal vez un poquito más, ha dispuesto las cosas al revés, y cuando una suegra nos hostiliza o nos corre, la chica, por salirse con las suyas, nos atrae; cuando la reverenda mamá nos pone de patitas en el zaguán, la dama de nuestros pensamientos nos coloca entre la espada y la pared, un compromiso formal; y cuando convertida en un ogro materno nos desahucia o nos devora con sus ojos de basilisco, la hija nos echa el lazo o nos come a besuqueos.

—¿Pero eso no será su táctica y nosotros de bobos y de aturdidos caemos en el artificio?

—Añagaza o emboscada, el hecho es que para llegar aquí sano y salvo, quiero significar, sin la media naranja o una costilla de menos, si no he sudado la gota gorda, no ha sido por obra y gracia de mi habilidad, ni por un milagro, sino porque así como hay muchos cristianos de pocas pulgas, yo confieso que vine al mundo con pocos poros, y en lugar de quemarme y derretirme, a lo mejor del tiempo y mientras nadie lo huele, si me han preparado un nudo, cuando intentan o quieren apretarlo, a la chita callanda lo desato y me escabullo.

—Ahora me explico por qué a veces no te hallábamos en estos cuatro ranchos ni con perros cazadores, y si no fuese porque se te considera (por no haber razones en contra) una persona que está en sus cabales, salimos de juicio, creyendo que habrías perdido el tuyo entre las aguas de este río. Mas una leve indiscreción, en el supuesto que lo sea un saludo de mujer, al dejar translucir algo más que una señal de cortesía, me ha abierto los ojos de la malicia para figurarme que si no ibas en malos pasos, andabas de picos pardos. Y si es justo que tú, a fuero de hidalgo, no cometieras la imprudencia de revelar secretos de amor, es muy humano también que me acuerde del famoso don Manuel Bretón de los Herreros:

Cuentan de un corregidor
nada bobo,
que siempre que al buen señor
denunciaban muerte o robo,
atajaba al escribano
que le leía la querella
diciendo: al grano, al grano...
¿Quién es ella?

Kalunga observó:

—Aunque no soy "monstruo de naturaleza en decir versos de improviso con admirable impulso", para hablar con Lope de Vega, allá va una muestra:

Por remedar tales versos
a compás
y con rasgos no perversos
y sin reserva detrás,
por respeto a una mujer
tan gentil,
conténtate con saber
que es la Gil.

Y me quedo viendo si revientas o arrancas la macolla.

—Echando a pique se aprende:

A la hija de Julián
nuestro amigo,
acompañándole van
(y del caso soy testigo)
las memorias de un doncel,
pero el chico es tan bolonio
que no le gana en lo fiel
ni un demonio.

—¡Urpia! ¡Soberbio! Eso era lo que faltaba, les gritó Gonzalo, que buscándolos, aparecía en ese momento por encima del barranco. Es mejor que la den por meterse poetas y no a tirar piedras. Le están componiendo versos a la primogénita de uno de mis buenos clientes sarrapieros, que de puro enamorada les ha dejado el puésto vacío, pues acabo de verla pasar con su familia, viento en popa.

—Eso no reza conmigo, contestó Néstor.

—Y a mí si me roza, no me raspa, añadía el otro.

—Les vengo a dar una noticia estupenda. Me encontré con Pacho Cruz, a quien le sobran dos remeros y me los cede a condición de que se los devuelva de Suapure. Dejé a Fernando disponiendo los trebejos para el transporte y ahora vienen los peones a cargar en la falca los equipajes. ¿Qué tal? ¿Estamos o no de vena? ¿Cómo les parece al par de trovadores salir esta noche cuando apunten los cuernos de la luna?

—Albricias, gracias a Dios, repuso Kalunga, que ya este entreacto si no era de cabuya, semejaba de mecate y por lo largo merecía enrollarlo.

—¿Y ustedes están listos? ¿No se les habrá escapado un detalle por arreglar?

—Yo estoy a la moda de maestro, como el inglés del testamento, por echar la rúbrica: no tengo nada, debo mucho y lo demás se lo dejo a los pobres.

Por más que se considerasen escoteros se pusieron en movimiento y se marcharon al caney. A Bocayuba de nuevo se le metieron los títeres de ordenar y disponer y por última vez minucioso registró cajas, rincones y papeles, no fuera a olvidárseles algo en la premura de los momentos de partida. Al obscurecer en aquel campamento no había adminículo que echar de menos y cenaron en la playa, utilizando de mesas y

sillas los mismos baúles y maletas que restaban en tierra aún.

Cerró la noche. En medio de la quietud que envolvía el montuoso paraje y del ruido monótono al quebrar de la linfas en los pedregales, sólo eran claras y distintas las voces de los dos mozos que le hacían inquisitivas preguntas a Gómez Boada sobre peripecias y aventuras de los navegantes criollos. El marino, avezado y complaciente, les narraba sus viajes fluviales, lacustres, marítimos, con la ingenuidad de su carácter, emprendedor y campechano. Gonzalo, que iba y venía paseándose delante de ellos sin tomar parte en la conversación, reflexivo, cabizbajo, entregado a sus íntimas imaginaciones y que de vez en cuando levantaba la cabeza y dirigía la vista en derredor, de repente se detuvo para decirles:

—Ya ven ustedes (señalaba el cobertizo) estos cuatro horcones, unas cañas y palmas que sirven de techo, unas varas que hacen de paredes, el trabajo para juntar los materiales, el esfuerzo para construirlo, algún dinero, nada en suma, y sin embargo, al pensar sin avaricia que es mío, que tengo que abandonarlo, que mañana estará solo y dentro de pocos meses ya en ruinas o caído y que a pesar de la resistencia del maderamen, en breve tiempo no queden tal vez ni rastros, un soplo del cierzo helado de la melancolía me crispa los nervios y me entumece el espíritu. Cuando vinimos angustiados, esta playa seca, banco de arenas visitado por fieras y pájaros silvestres, solitario en la noche, desierto en el día, con la bulla y charla de los jornaleros, con el afán de la empresa, con el humo que se alzó de los primeros fogones, el vocerío de las mujeres, el canto y grito de los muchachos, el triscar y reir de los chiquillos, con la vida, en fin, se animó la vida. Era un pueblo que surgía de improviso, que brotaba de los eriales, en sitios escabrosos y apartados, era un grupo de emigrantes de la misma lengua, de la misma raza y de la misma patria, uniforme y viril, dispuesto a extraer de las entrañas de la tierra el propio sustento y el de los suyos, sin esquivar esfuerzos, sin ahorrar energías, con la entereza de la honradez y el coraje de la voluntad. Cuánto mejor sería que no se dispersase un morador, que no se abandonara el punto, que no se cayera un rancho; esta deleznable armazón de mimbres y de pajas, vivienda insegura y movediza, refugio en las inclemencias, asilo en las fatigas y pesadumbres, fué la primer he-

chura, el hogar que salió de las manos del hombre para salvarse de la intemperie, abrigar su prole, mantener el núcleo, y constituir la familia de las edades primitivas, y ha permanecido inalterable en su construcción al través de las revoluciones espirituales y físicas que ha soportado la humanidad. Y cuando queremos romper los lazos de la inercia, sacudir el marasmo y echar las bases de una futura población, elegimos un espacio en la selva, cortamos árboles, follajes y yerbas y concluimos por imitar al abuelo prehistórico al recoger los tallos y ramas para levantar un rancho. Si permanecemos en el lugar algún tiempo, si uno tras otro individuo llega y construye, si el arribo de gentes no se detiene y crecen las necesidades y continúa el movimiento, hé aquí un pueblo, calles, plazas, fábricas, talleres, cambios y mejoras en las habitaciones y mañana quizás una ciudad floreciente y de una grandeza y de un porvenir incalculables. Esta es la historia del mundo y en Norte y Sur América hay muchas ciudades de ayer, veinticinco, cuarenta años, un siglo a lo sumo. Cuando Michelena y Rojas hacia 1855 fué en comisión al Brasil, enviado por el Ministro Secretario de Estado en los Despachos del Interior, Justicia y Relaciones Exteriores, Licenciado Aranda, remontó el Orinoco y el Atabapo, por el Guainía descendió al Río Negro, en la confluencia de éste con el Amazonas, se detuvo en San José, peñón de una ranchería, que es hoy, antes de una centuria, Manaos, la metrópoli de un bosque y con más de cien mil habitantes. Lo que fascina la imaginación, lo que ensancha el vuelo del entusiasmo, y aspiran los verdaderos patriotas, es fundar, construir, establecer una villa, una casa, una empresa, algo que viva, que crezca, se desenvuelva y marche hacia adelante. Lo que me duele ahora es que concurrimos a formar el caserío, a sostener sus moradores, emplearlos y dirigirlos y no logramos que en pié se mantuviera largo tiempo y que con la misma celeridad que hubo para instalarlo, en breves horas se contribuya a que se desmorone y desaparezca. Y la causa dimana de que a estas regiones se viene a trabajar por intervalos, durante las cosechas, de un modo intermitente, pero el mal acaso arranca de más lejos, pues se les atribuye a las sociedades de origen latino el vicio o falta de ejercitar su actividad por lapsos y de ahí los constantes vaivenes en su desenvolvimiento, y corroboran la aserción

con el ejemplo de Italia, donde sólo en Lombardía hay esa constancia y paciencia con que labora la hormiga, y por eso se manifiesta siempre vigorosa y florentísima. Nuestra sobrante población, si fuere verdad que hubiese un exceso, mas para el caso concédanme el permiso de usar la paradoja, son grupos con instintos de emigración, y que a la husma de redondear a la carrera una fortuna, deslumbrados por el escandaloso beneficio de las minas de Guayana, abandonaron sus hogares y en busca del bienestar se fueron con la leyenda de El Dorado en la cabeza. Después que cesa la prosperidad y junto con ella el laboreo de las vetas o aluviones, aquellas bandas de jornaleros y de empresarios en pequeño, desarman sus tiendas, se las echan a cuestas, y hélos de nuevo en pos de sus sueños de riqueza, a la pista del caucho, camino del Alto Amazonas. Si es verdad que el hombre necesita a veces de trasladarse no sólo de una parte a otra en su tierra sino a países extraños, a trueque de mudar de condiciones y de suerte, también es cierto que debemos sofrenar al caballero andante, extinguir los resabios ambulatorios y ahogar en germen al nómade que llevamos por dentro.

Kalunga, que había seguido sin perder una coma aquella larga exposición, al llegar a lo último sintió que le clavaban el alfiler en su propia carne.

—Pues ya vas a contar un colega de menos, un desertor de tus filas, cuando ni por equivocación te lo imaginabas.

—Me dejas aturdido. ¿Quién es? Señálamelo.

—El mismo que viste y calza—y se golpeaba el pecho.—Si a este palo de amigo le quitas turbante, chilaba y alfange y lo apeas del caballo, obligas al beduino a que se convierta en sedentario y, enfermo de tristeza, sería capaz de morir.

—¡Santo Dios! Hasta allá no alcanzan mis proyectos, yo sé que el árbol torcido jamás su tronco endereza, y cuando esbozo mis ideas no pretendo que me sigan con una servidumbre de grey y que el individuo pierda su índole o su personalidad. Yo dejo en mis planes que cada cual mantenga su yo y desarrolle todas las iniciativas de su temperamento. No presumo que nadie amolde sus opiniones a las mías ni se me parezca en mis gustos y aficiones, eso fuera un rasgo de chifladura, y estoy a muchos kilómetros del desequilibrio de cualquier género que sea y aplaudo el carácter donde quiera

que lo encuentro. Ancha, muy ancha, es Castilla, según el hablar y sentir de nuestros abuelos, y como ancho, muy ancho es nuestro territorio, cabemos regaladamente los de menor empuje y los de mayor energía, los de tendencias más opuestas y los que no albergaron ninguna. Pródigos de la acción, avaros de la voluntad, cáfila de pesimistas, conjuntos de entusiastas, corajudos, pusilánimes, anémicos, robustos, diligentes, inútiles, por ventura para todos hay holgadísimo espacio y nos sobra el oxígeno del aire, la savia de los montes, la exuberancia de los climas!

—Te cayó el último chaparrón de la temporada, fué lo único que murmuró Néstor.

—Y sin llover y antes de ponerme el encauchado, contrarió Kalunga; pero no creas que no te salpiquen algunas gotas y que a muchos no los humedezca o los empape de la coronilla a los pies.

Detrás de los cerros circunvecinos empezaron a oscilar los tenues resplandores de la luna, con esa vaguedad indecisa del incendio de llanuras lejanas. No lejos de los circunstantes había estallado una algazara de voces, una que otra interjección hombruna y tal cual risotada les interrumpieron la conversación. Gómez Boada pretendió dirigirse al sitio del ruido y ya se separaba del grupo, cuando notaron que venía uno de los bogas.

Casi no pudo hablar al acercarse, no tanto por la agitación sino por la risa que le producía el hecho que se apresuró a contarles. Las indias de la vieja Pararuma trataron primero de huir al ver que a señas las instaban a ocupar un puésto en el barco, les atajaron el galope y entonces se pusieron a bramar, tirándose al suelo, y al levantarlas en vilo para meterlas a juro, tuvieron que asirlas por el cuello porque enfurecidas se defendían con pataleos y mordiscos y echaban espuma por la boca.

Bocayuba le indicó:

—Tengan mucho cuidado con el bamboleo y con esas pobres salvajes, no vayan a trabucarles la curiara. Dile al patrón que al vernos aproximar, yo mismo le doy la orden de salir.

Cuando a poco se destacaban claros y distintos los contornos del paisaje, alturas y laderas, hondonadas y valles, vegas y orillas, y la luz del satélite espolvoreaba de un finísimo blancor de azúcar las cimas de las espesas arboledas, Gonzalo, que

en los momentos de viaje se sentía siempre alegre y juguetón, le hizo cosquillas a su yunta de troveros.

—¿Por qué no improvisan ahora? Rasguéen esas bandurrias. Esta silenciosa mensajera, el más calumniado de los orbes celestes, de igual modo que el cerdo infeliz entre los animales; esta novia sin bodas y de muchos novios y que acompaña a las almas románticas y las mima sin arañarlas, sin hacerles estorbos, sin costo alguno, y que presta de balde su candil no sólo a millonarios y a desarrapados sino a todos los seres de la creación, para que no se desnariguen ni embarranquen; esta solitaria andariega bien merece los arpegios de una música y los ritmos de un canto.

—Eso se quisiera el sapo, refunfuñó Kalunga, es decir el público, que a úno le nazcan valses o le florezcan versos o chistes, al pedírselos de súbito, pues si no se llevan a la mano muy bien estudiados y sabidos, sucederá que intentando hacer reír a los oyentes se les haga echar pestes y arrugar la cara. Mi compinche y yo (señalaba con el índice a Néstor) fabricamos coplas para el gasto de la casa, pero no nos atrevemos a ofrecerlas en venta por el temor de que ni gratis las acepten.

—Mientras nos fastidiamos aquí en familia, intercaló el pedagogo, y nos hemos aburrido por un trimestre, y tolerado mutuamente tantas debilidades, propongo por si tuviere mayoría, que debemos soportarnos las últimas. ¿No le parece muy democrática mi proposición, Fernando?

—Y muy oportuna, que si hoy no me aplican por lo desmemoriado, que vivo en la luna, yo no sé para cuándo lo resuelven; hasta la fecha es que me desayuno con esa noticia; si antes lo hubiera sabido, les aseguro que no les permito que me dejaran sin parte. Aprovechen, muchachos, que ya se va alzando por encima del cerro esa torta de cazabe, anémica y relumbrosa, pues a mí que no soy poeta no se me ocurre llamarla con otro nombre.

Kalunga les aderezó:

En un campanario ví
la luna que semejaba
un punto sobre una i !

—Pero eso no es tuyo, agregó Néstor.

—Ni tuyo tampoco, y, por consiguiente, de ninguno de los dos, ni pretendo substraer esa manca estrofita del equipaje de don Alfredo de Musset; olvidas que así como no falta cuero para una correa, jamás carece úno de una reminiscencia que, si no viene a pelo, viene al gusto. Espero que me brindes una de tu cosecha.

—Alto ahí, se interpuso Bocayuba, aplacen el temerario desafío, y si es por tiempo indefinido, mejor: temo que se les desenrolle la cuerda y se les destuerzan los tornillos y en lugar de amanecer bien lejos, nos aclare aquí trasnochados a ripios; prefiero que me fatiguen y me adormezcan a coplas río abajo. Empuje, patrón, y que Dios nos acompañe.

—Y la Virgen Santísima!— mascullló con su humilde fervor cristiano el marino, y clavando briosamente la palanca en la peña, separó la embarcación de la ribera.

El golpe de los remos comenzó a sonar pausadamente. En la ondulante superficie las aguas reverberaban con destellos cenicientos. A poco trecho, al avistar el bulto negro del otro barco, el empresario se puso de pies para avisarle al capitán, según lo convenido:

—Rompa la marcha.

¡Chupulún! Un ruido sordo de cuerpo que cae al agua, acompañado de otros dos, retumbó de improviso al borde de aquel esquife y Mecoro en la popa, dando brincos de espanto, ladraba desaforadamente:

—¿Qué novedad? ¿Qué les pasa?— gritó Bocayuba acercándose.

—Las indias que se botaron al río, contestó una voz de mujer joven.

—Y el indio vagamundo tamién, rezongó la vieja Pararuma, con tono de resentimiento.

—Pues si es eso todo, eso es nada, habló recio Kalunga; les envidio el gusto sin el susto; nunca está demás un baño, cuando no falta calor; si hubiera tiempo yo mismo me zambullo y me refresco antes de emprender viaje. Con ese lastre y estorbo de menos, hay de sobra comodidad.

—Pero es una lástima, añadía la muchacha; pueden ahogarse.

—No lo crea. Mañana irán derecho a sus madrigueras a contar el cuento. Esas gentes, para nadar y morder si no son guabinas les falta poco.

—Y ahora ¿qué hacemos? Era el timonel que desde el lugar del siniestro, en aquella situación conflictiva, se dirigía a Gonzalo.

—Seguir el rumbo y navegar, le repuso.

Resonaron otra vez los *canaletes*, la curiara delantera giró hacia el centro del río, y prosiguió alejándose y perdiéndose con sin igual rapidez hacia una curva de la borrosa distancia.

Después de comentar el suceso con rasgos de buen humor e instalándose del mejor modo sobre la angosta cubierta, los viajeros se tendieron boca arriba.

Pasmaban la soledad y la quietud agrestes. La luna esparcía sus manojos de lumbre cual si desgranara en silencio las cuentas de una sarta de ópalos. Ululaban los vientos por el abra de las obscuras serranías. Y al ver pasar el innúmero cortejo de figuras que dibujan las estrellas, arrullados por el monótono bogar que convida a sumergirse en las brumas del ensueño, tal vez recordara alguno la graciosa imagen que acaso en igualdad de circunstancias, al través de los mares de Grecia, acarició la mente divina de Platón:

¡En el azul del cielo geometrizan los astros! (*)

Tucupita: Marzo a Julio de 1919.

(*) Figura esta reminiscencia en mi poema inédito **El Monte Duida.**

VOCABULARIO

A

Acure.	Cuadrúpedo, familia de los roedores.
Agaje.	Una especie de cesto.
Ajonjear.	Mimar, halagar.
Ajiaco.	Plato hecho de legumbres y granos.
Araguaney.	Arbol de madera resistente para la ebanistería.
Arracacha / *Arracache*	Legumbre a la que se le da generalmente el nombre de apio.
Atulampar.	Encandilar.
Arañandi.	Voz hecha por ironía, como las latinas *operandi, amandi.*
Azul.	Un partido político de Venezuela.

B

Barzal	Zarzal, breñal.
Banco.	En la frase *tomar el banco:* tomar el portante, coger el camino.
Bola.	En las frases *caer de, sacar de,* etc.,: caer de redondo. En esta forma se encuentra en el *Escudero Marcos de Obregón.*
Botiquín.	Cantina.
Butaque.	Asiento bajo de madera y de cuero en forma de tijera.
Busendo.	Cabello en desorden, alborotado, sin peinar.
Buruza.	Migaja.

C

Cacha.	Un juego de azar.
Cacho.	Cuento.
Cachilapo.	Ganado vacuno de mala medra.

Cagüeño.	El natural del pueblo de Cagua.
Calafre.	Voz irónica por cadáver.
Calanchín.	Fámulo, asistente.
Camasa.	Vasija o totuma hecha con la fruta de una cucurbitácea.
Canalete.	Remo corto.
Canaletear.	Remar con canalete.
Canchar.	Calar.
Cañita	Bebedor, borrachín, etc.
Cañófilo.	El amante de la caña.
Caña.	Aguardiente de.
Capotera.	Maleta.—Lío hecho con el capote.—Hatillo.
Carite.	Pez, el mismo que en español se denomina bonito.
Carro.	Sablazo, timo.
Carángano.	Piojo.
Cogollo.	Copa de árbol.
Cóitora	Ave de cacería.
Cochocho.	Piojo.
Corna.	Cono de cuerno o de baqueta con que se juega al dado.
Coporo.	Pez de río.
Coroto.	Trebejo, cachivache, traste.
Cocuiza.	Planta textil similar al henequén mejicano.
Culí.	Cooli, trabajador indostánico.
Culimbo, a.	Ave que no tiene rabo.
Cumarú.	Sarrapia.
Curagua.	Planta textil, parecida a la maya, pero sin espinas.
Cuarto.	Tercio de juego.
Curruña.	Compinche.

CH

Chacear.	Detener, detenerse.
Chácara.	Bolsa, mochila.
Chácharo.	Cierto cerdo montés.
Chivera.	Venta de cachivaches viejos.—Almoneda.
Chiva.	Cabra, harapo, prenda de ropa que pertenece a otro.
Chísmenes	Voz irónica por chismes.
Chipo.	Insecto chupador de sangre.
Chivato.	Jefe, personaje de importancia.
Chipe.	Bledo, en la frase no vale un chipe, no vale nada.
Chola.	Chancleta.

Chimbo.	Limpio, pelado.
Chéchere.	Cachivache.
Chinchurria.	Tripa delgada, mujer de mala vida.

D

Dotor.	Corrupción de doctor.

E

Envitolado	Emperejilado, peripuesto.
Emparamar.	Enfriar, helar.
Endófago.	El que come dentro de la misma tribu.
Estantillo.	Horcón, poste.
Estrucción.	Corrupción de instrucción.

F

Falca.	Barco de remo al que se levanta la borda con tela o tabla.
Finito.	En la frase estar finito, estar en el mismo sér, inmutable; estar finito por, estar deseoso.

G

Gamelote.	Cierto pasto, familia de las gramíneas.
Garrací.	Pantalones abiertos en el ruedo.
Garcero	Lugar en que anidan las garzas.
Gocho.	Gacho, animal o persona a quien le falta una oreja.
Guama.	Fruta del guamo; mala pasada, broma, "estar en la guama" por estar muy bien.
Guapa.	Çesto o canastilla plano de tejido muy fino.
Guáramo.	Valor, fuerza.
Guarataro.	Guija, guijarro.
Guaripete.	Cierto lagarto de la parte oriental de Venezuela.
Guaro.	Cierto loro.
Guartinaja	El agutí.
Guitarrilla.	Cierto pez.
Guayuco.	Tapa rabo.
Guarandinga.	Cosa de poco valor, arrequive, molestia.
Guayare.	Morral del indio.

H

Huesa.	Hueso de choquezuela, taba.
Hueva.	Tabaco en plancha que usan para mascar los marinos.
Hipopo.	Fibra de cierta planta textil, similar al henequén.

J

Jechona / *Jecho*	Corrupción de hecho, en sazón, maduro, a medio madurar.
Jején.	Insecto vesperal, chupador de sangre, muy molesto.
Jojoto	Mazorca de maíz tierno.
Joropo.	Baile y música popular venezolanos.
Joropito.	Diminutivo del anterior.
Júcaro.	Corrupción de búcaro, objeto o cosa en forma de cartucho de papel.
Juma.	Embriaguez, borrachera.
Jumo.	Ebrio.
Jurungo.	Extranjero, advenedizo.
Jurungar.	Hurgar, molestar.

L

Lapa.	El agutí.
Liquiliqui, e.	Blusa popular de dril.
Locha.	Moneda de níquel equivalente a dos y medio centavos.
Llanero.	El habitante de la región de los Llanos.

M

Mabita.	Mala sombra, jettatura, mala guiña.
Macari.	Pez espinoso de los mares de Margarita.
Macundales.	Enseres de uso propio, trebejos.
Macanilla.	Espina de la palma del mismo nombre.
Macaneado.	Manipulado.
Malojero.	El que lleva malojo o sea hojas de maíz que se echan de pienso a los animales.
Majunche.	Tabaco de ínfima calidad.
Maracucho.	Nombre popular que se da a los nativos de Maracaibo.
Mano.	Abreviación de hermano.
Mamerto.	Mamador, ganancioso.
Mantuano.	Noble, aristócrata.
Mapire.	Cesto criollo tejido de fibras gruesas y bastas.
Maracómetro	Vocablo hecho al estilo de la voz cronómetro.
Mastro.	Corrupción popular de maestro.
Mata.	Arboleda, grupo de árboles en los Llanos.
Maritates.	Cachivaches.
Miche.	Aguardiente.
Mocho.	Mutilado, animal que no tiene cuernos.

Morlaco. Voz popular para indicar pesos o fuertes.
Morichal. Lugar en que hay palmas de moriche.
Moriche. Una clase de palma y también un pájaro canoro.
Morocoto Cierto pez del Orinoco de carne exquisita.
Morocota. Moneda de oro equivalente a ciento cuatro bolívares.
Movención. Movimiento, vocablo hecho al estilo de convulsión, propulsión, etc.
Mute. Sopa hecha con espinazo de cerdo, de cabrito y legumbres.
Musiú. Extranjero.

N

Nepe. Residuo de la pilada de maíz.

Ñ

Ñema. Huevo, amarillo del huevo.

O

Ocumo. Una legumbre.
Oripopo. Una especie de zamuro.

P

Palo. Trago de licor.
Palanquear. Trabajar con la palanca.
Pana. Lata para cocinar.
Parape. El carey.
Pesa. El expendio de carne, matadero.
Peinilla. Un machete largo.
Pataruco. Gallo basto.
Patuco. Enredo.
Parapara Semilla negra de cierto árbol, luciente y lisa.
Patiquín. Lechuguino, petimetre, ninfo.
Paisas. Abreviación de la voz paisano.
Pelizorrero. Asustadizo.
Pisco. Pavo.
Pistonear. Faltar al disparo el fulminante.
Picure. El roedor que también tiene el nombre de acure.
Piapoco. El tucano.
Pimpina. Vasija de barro cocido donde se coloca el agua de mesa.
Pumpá. Chistera, sombrero de copa.

Q

Quiché. Lengua de la América Central.
Quimba. Cotiza, sandalia de cuero crudo.
Rajamacana. En la frase: de rajamacana, de fuerza, duro, recio.

R

Rasca. Borrachera.
Relés. A relés de, por el borde, por la orilla.
Repeluz. Golpe en el aire, breve, rápido.

S

Sarrapiero. El que recolecta sarrapia.
Simón. Un bolívar.
Sigüí. A látere.

T

Tanganazo. De golpe, de costalazo.
Tarantín. Tenducho, establecimiento comercial de poca monta.
Tatareto. Trompo que no baila bien.
Tranquero. Puerta de corral.
Trancómetro. Bebedor a la manera de cronómetro.
Temblador. Anguila eléctrica.
Terecay. Una especie de tortuga de río.
Terecayero. El que busca el terecay, el planeta Júpiter.
Taturo Véase corna.
Tepescuintle. Véase Lapa.
Tigana. Cierta ave insectívora del Orinoco.
Tongonear. Corrupción de contonear.
Totuma. Vasija hecha con la fruta del calabazo.
Tuno. El arbusto nopal o cochinillero.
Tucuz. Chupaflor, colibrí.
Turiara. Planta fatídica.
Topia. Piedra de fogón.

U

Urpia. Corrupción de la interjección hurra.

V

Vaquera. Silla de los llaneros.
Váquiro, a. Marrano de monte de mayor tamaño que el chácharo, jabalí criollo.
Villorro. El nativo de la Villa de San Cristóbal.

Y

Yape. Otro nombre de la sarrapia.

Yaquirana. Mariposa venenosa que tiene un aguijón en el pecho, según los indios del Vaupés y del Isana brasileros, porque en nuestro territorio del Alto Amazonas no se la considera como tal.

Z

Zancudo. El mosquito.

Zorro. En la frase salir el zorro; asustar a una persona.

Zurumbático Lelo, sorprendido, estático.

NOTA

El objeto de este vocabulario es hacer legible los pasajes en que figuran voces criollas, de lenguas indígenas o provincialismos, se entiende, para los que no son de Venezuela o que por originarias de un lugar del país no son conocidas en otro. De modo, pues, que el mismo nombre de vocabulario es demasiado para el objeto que se propuso el autor.

